

DA  
CIÓN

TONOMA DE NUE  
ERAL DE BIBLIOTE

J. J. FRANCO

LAS VIAS  
DEL CORAZON



PQ4692

.F3

V5

V.1

C.1

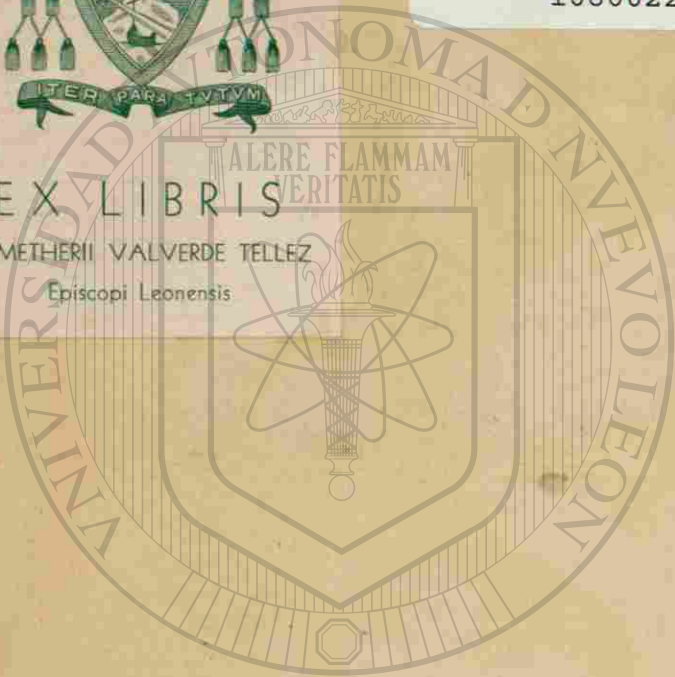
010741





1080022115

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS  
**VÍAS DEL CORAZÓN**

RELATO DE AYER

NOVELA ESCRITA

**POR D. JUAN JOSE FRANCO**

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, Y REDACTOR DE  
«LA CIVILTA CATTOLICA.»

TRADUCIDA POR

**D. JOSE MARIA CARULLA,**

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

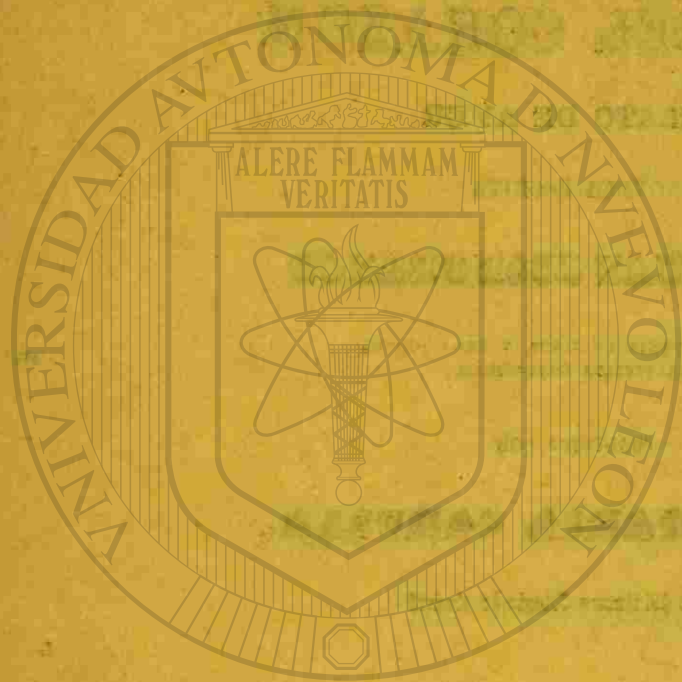
MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TIPOGRAFIA DE «LA VOZ DE MEXICO»

Calle de Chavarría número 6.

1890



**BIBLIOTECA**

DE

**"LA VOZ DE MEXICO"**

Sección recreativa.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MEXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1981



LAS VIAS DEL CORAZÓN.



UANL

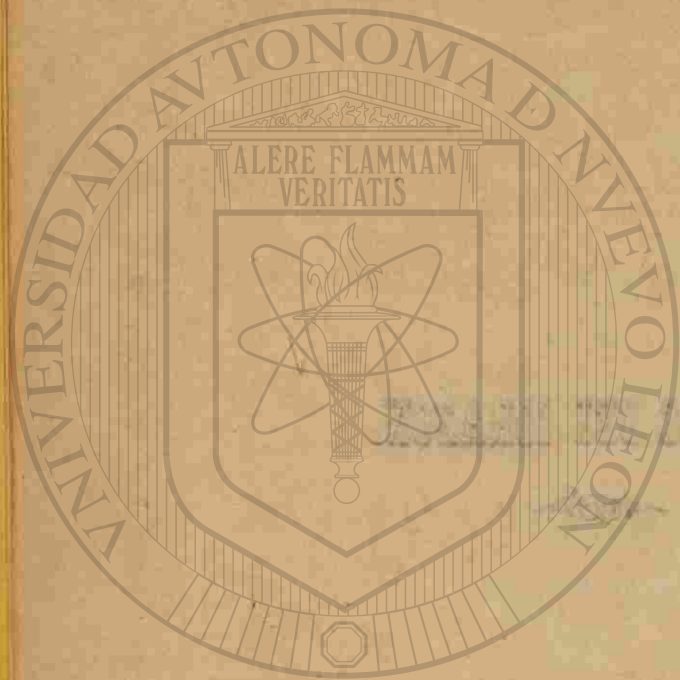
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





( LAS  
VIAS DEL CORAZON. )

RELATO DE AYER.

NOVELA ESCRITA

**POR D. JUAN JOSE FRANCO**

DE LA COMPAÑIA DE JESUS, Y REDACTOR DE  
«LA CIVILTA CATTOLICA.»

TRADUCIDA POR

**D. JOSE MARIA CARULLA,**

Abogado del ilustre Colegio de Madrid.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN.  
Calle Alvarado y Torres  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE «LA VOZ DE MEXICO.»

Calle de Chavarría número 6.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1890

46971  
FONDO  
ALVARDE Y TORRES

PQ4692

F3

U5

v.1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## LAS VIAS DEL CORAZON.

### RELATO DE AYER



#### I.

##### UNA SIMPATIA CASUAL.

El hecho de hallarse dos almas en el camino de la vida, y simpatizar mutuamente casi al primer aspecto, produce una cuestión admirable para los que inquieren los fenómenos interiores del hombre. ¿Las une acaso el flujo y reflujo del magnetismo? ¿Es fascinación de la mirada? ¿Es identidad de los espíritus semejantes? Difícil empresa responder adecuadamente: es uno de los cien ó mil misterios de la naturaleza, que, aun cuando existen, no se comprenden, por más que cien y mil veces se haya intentado explicar sus causas secretas.

Hallábase Julia tranquilamente sentada delante de una hermosa Virgen, en la ga-

010741

PQ4692

F3

U5

v.1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## LAS VIAS DEL CORAZON.

### RELATO DE AYER

I.

#### UNA SIMPATIA CASUAL.

El hecho de hallarse dos almas en el camino de la vida, y simpatizar mutuamente casi al primer aspecto, produce una cuestión admirable para los que inquieren los fenómenos interiores del hombre. ¿Las une acaso el flujo y reflujo del magnetismo? ¿Es fascinación de la mirada? ¿Es identidad de los espíritus semejantes? Difícil empresa responder adecuadamente: es uno de los cien ó mil misterios de la naturaleza, que, aun cuando existen, no se comprenden, por más que cien y mil veces se haya intentado explicar sus causas secretas.

Hallábase Julia tranquilamente sentada delante de una hermosa Virgen, en la ga-

010741



lería de cuadros del Museo de Nápoles. Tenía delante un caballete, y en él un pequeño bastidor blanco, del que pendía una chapa de marfil ovalada, donde se admiraba la copia de la Virgen en miniatura, en campo de oro puro, según la escuela bizantina. Concluido estaba el trabajo principal, y la joven (parecía tener unos diez y ocho ó diez y nueve años) retocaba ciertos detalles con gran cuidado: aquí marcaba mejor un contorno, y allá corregía un pliegue con esmero: en una parte mitigaba los colores demasiado vivos, y en otra encendía un rayo de luz brillante ó resplandeciente; unas veces daba un toque á un realce, y otras oscurecía un poco más los vestidos. Julia no pensaba sino en su obra: tenía su alma en el pincel. Una mujer anciana y grave, que no se movía de su lado, mezclaba sucesivamente las tintas, ó le iba entregando los colores, ó lavaba los pinceles; parecía estar para el decoro de la jóven, y así era, en efecto.

Detrás de ella, ó, mejor, un poco aparte, se detuvo un buen rato una señora, evidentemente forastera, á juzgar por su traje y por su fisonomía; por sus ojos azules la consideraba cualquiera inmediatamente hija de Albión.

*Mistress* Ana Needle, llegada el día anterior á Nápoles desde Roma, se puso en movimiento á media mañana: con el ardor propio de los habitantes de su país, ansiando ver cosas lindas, habíase metido por la puerta de los estudios, dirigiéndose después á la galería de pinturas. Iban con ella dos muchachas hijas suyas, de las cuales la mayor podía tener unos diez años: la excelentemadre había dividido con equidad entre ambos las molestias del viaje, confiando á la una la bolsa de los panecitos dulces, y á la otra una cestita con el pequeño frasco y el vasito de plata. Había reservado para sí la pesante guía, encuadernada, por supuesto, en piel roja: con el amparo de su compañera leal, iba leyendo los números de las obras, y juzgando las pinturas según el juicio irrefragable consignando en el tomo.

Admiraba uno tras otro cada objeto, con igual desinterés é imparcialidad, mas cuando llegó á la Virgen, cuya copia estaba debajo, figuróse sin más razón que debía ser célebre por excelencia: como había dibujado, creyó de su deber estudiarla más reposadamente. Abrió para su auxilio el libro que llevaba bajo el brazo, sentóse, y sacó los *gemelos* de su funda. Pero ¡cosa



peregrina! por más que se procuraba elevar á las regiones del arte, sentíase ¡corazón de mujer! dominada por lo que el arte denomina realismo, no sabiendo en su virtud apartar la vista de la pintora. Fingía dirigir los *gemelos* á una y otra parte con el fin de ver las obras maestras que pendían de las paredes, y tornaba, sin embargo, á considerar el aire noble de aquella cabeza viva, como también su perfil correcto y gracioso, que atraía tanto más cuanto menos lo velaban postizos adornos. Julia, depuesto el sombrerito, dejaba sólo ver su cabello, cuyos abundantes rizos blancos se recogían bajo una pequeña toca blanca que se puso á guisa de velo: todo su traje descubría cierto descuido pudoroso, que alejaba de la joven la menor idea de las galantes coquetuelas que suelen dejarse ver en los museos y se dan aire casi de artistas consumadas. Este resplandor de ingenuidad mucho más se vislumbraba en su semblante y en sus ojos, completamente atentos á la obra, sin que salieran nunca de la pintura modelo, ó de la copia, casi concluida.

Mistress Ana comenzó á pensar y hacer conjeturas consigo misma:

—¿Quién sabe? Puede ser una pintora

de mérito; y aquella anciana, su madre... Podría comprar el cuadrado, y después de logrado, pedir la fotografía de la autora... Serían dos poéticas obras maestras que realzarían en Londres mi salón de invierno, así como un curioso recuerdo de Nápoles del cual hablaríamos con las amigas.—La viajera daba vueltas y vueltas á su pensamiento, aumentándose sus ansias y tiranizando el capricho su mente; se acercaba un poco á Julia, y retrocedía luego, como arrepintiéndose; se marchaba del salón, al que volvía perseguida y contrastada por su deseo, que no la permitía irse sin haber hecho antes alguna prueba. Acercóse por fin en actitud vacilante á la señorita, y al cabo de innumerables excusas, le preguntó en gerga itálico-inglesa si había hecho aquella miniatura por ser artista, ó por gusto. Julia, después de mirar á las niñas, que la contemplaban mientras su madre hablaba con ella, y después de distinguir por el conjunto de todas que tenía delante una dama principal:—He comprendido, contestó con una sonrisa; la señora tiene afición á las bellas artes, ¿no es verdad?

—Un poco; y este cuadrado de la Virgen me gusta extraordinariamente... con gus-



to... si fuese posible... Y mistress Ana no se atrevía casi á decir la frase.

—Hable, hable con libertad, replicó Julia, avergonzándose un poco de la proposición que adivinaba.

—Pues bien; me consideraría dichosa si pudiese adquirirlo por su justo valor

—Nada más fácil, respondió con desenvoltura la joven, sustituyendo al italiano el puro inglés; sólo que fijo á la obra un precio muy alto: me la pagará con una tarjeta suya de visita.

Asombrada la extranjera por la noble y pronta urbanidad de aquella joven amable, rechazó la oferta, se opuso, y dijo que no podía de ningún modo acceder. Julia, con la generosidad propia de su corazón tierno y gracioso, insistió, sacando al insistir del bolsillo una cartera miniada de marfil, de la cual extrajo una tarjeta jaspeada y con ondas argentinas, en la que se leía, "Julia de los Laureles;" ofreciéndola, dijo á la dama:—Adelante, cambiémos; el trato es provechoso y está concluido: ha hecho usted la petición, y estamos convenidas en el precio: *Madam* no se puede desentender.

La señora vió brillar encima del nombre de Julia una corona coudal (exigía su padre aquel lujo); y más llena de asombro

aún, con la mayor confusión, dijo:—Aceptaré, ya que *milady* lo desea vivamente, pero es preciso que me permita cumplir mi deber, y darle las correspondientes gracias en su casa.

—Darme las gracias, no, *Madam*; sería demasiado; pero podrá favorecerme por pura gentileza, siempre, y con placer mio.

—Al decir esto, volvió á tomar la tarjeta, y puso debajo: "Chiaia, 29, primer piso." Después, mirando á la entregada por la señora, preguntó:—¿Está V. en la fonda de...?

—De la Sirena.

—Pues bien; en la Sirena recibirá la Virgencita. Poco me queda que hacer; con algunos toques quedará terminada. Saquéla de una copia, en casa, dándole aquí la última mano. Y si desea saberlo, la destinaba yo á mi padre en el día de su santo...

—Siendo así, dijo mistress Needle interrumpiéndola, no es posible...

—Hágame el favor; no piense más en ello: sobra tiempo para concluir una segunda copia, y se la daré á él; no sabría cómo pasar el tiempo mejor.

La viajera se halló cortada; con las ceremonias más gentiles que supo hacer se despidió de la noble pintora, dejando el museo,



en parte turbada y en parte alegre de su aventura. Aquel mismo día, poco ántes de la hora del almuerzo, detúvose delante de la fonda de la Sirena un coche ostentoso, del cual salió un distinguido caballero anciano y una joven: eran el conde Octavio de los Laureles y su hija Julia. Admitidos por mistress Ana con las mayores demostraciones de honor, y no sin un poco de vergüenza, el conde, persona de la más exquisita educación, se puso á excusar á su hija, que por sus pocos años y por su imaginación exaltada, propia de artista, habíase atrevido á ofrecer á otros aquel trabajito.—En cuanto á mí, añadió el conde, no puedo quejarme, porque me proporciona lo sucedido la ocasión de añadir otro apreciable conocimiento á los varios adquiridos al otro lado de los montes.

Mistress Ana se deshizo en cumplimientos, acciones de gracias y elogios de la pintura, á que la jóven acababa de añadir un hermoso cuadrado de ébano con adornos dorados, que adquirido había para su padre. La conversacion versó pronto sobre Inglaterra, sobre las bellas artes de Italia y sobre las ansias de ver cosas nuevas, siendo cordial, y durando más de lo que se suelen prolongar en las primeras visitas

de cumplido, En toda ella el recato y actitud de Julia, unidos á su hablar agradabilísimo, deslumbraron de tal suerte á la extranjera, que, terminada la visita parecíale, que trascurrieran mil años sin poderla devolver.

## II.

## DESCONFIANZAS Y SOSPECHAS.

Quiso la casualidad que mistress Ana, entrando en la casa del conde de los Laureles, descubriese un rótulo de alquiler en una de las puertas; como habia dicho á su agente de viaje que diese vueltas y buscarse una habitación donde pasar tres meses, se paró á lerlo atentamente. Se presentó el portero entonces, y habiéndole preguntado ella por la habitación desocupada, el buen napolitano, que no sabía ciertamente hablar á silbidos, entendió sin más que la señora deseaba visitar el cuarto, respecto del cual había leído el *Se alquila*. Tomando un manojito de llaves, escogió una sobre cuya madera estaba escrito *Piso segundo*, y dijo á la Needle:—Hágame el favor, excelencia; suba conmigo.—La inglesa fué conducida al segundo piso, y no sin asom-



en parte turbada y en parte alegre de su aventura. Aquel mismo día, poco ántes de la hora del almuerzo, detúvose delante de la fonda de la Sirena un coche ostentoso, del cual salió un distinguido caballero anciano y una joven: eran el conde Octavio de los Laureles y su hija Julia. Admitidos por mistress Ana con las mayores demostraciones de honor, y no sin un poco de vergüenza, el conde, persona de la más exquisita educación, se puso á excusar á su hija, que por sus pocos años y por su imaginación exaltada, propia de artista, habíase atrevido á ofrecer á otros aquel trabajito.—En cuanto á mí, añadió el conde, no puedo quejarme, porque me proporciona lo sucedido la ocasión de añadir otro apreciable conocimiento á los varios adquiridos al otro lado de los montes.

Mistress Ana se deshizo en cumplimientos, acciones de gracias y elogios de la pintura, á que la jóven acababa de añadir un hermoso cuadrado de ébano con adornos dorados, que adquirido había para su padre. La conversacion versó pronto sobre Inglaterra, sobre las bellas artes de Italia y sobre las ansias de ver cosas nuevas, siendo cordial, y durando más de lo que se suelen prolongar en las primeras visitas

de cumplido, En toda ella el recato y actitud de Julia, unidos á su hablar agradabilísimo, deslumbraron de tal suerte á la extranjera, que, terminada la visita parecíale, que trascurrieran mil años sin poderla devolver.

## II.

## DESCONFIANZAS Y SOSPECHAS.

Quiso la casualidad que mistress Ana, entrando en la casa del conde de los Laureles, descubriese un rótulo de alquiler en una de las puertas; como habia dicho á su agente de viaje que diese vueltas y buscarse una habitación donde pasar tres meses, se paró á lerlo atentamente. Se presentó el portero entonces, y habiéndole preguntado ella por la habitación desocupada, el buen napolitano, que no sabía ciertamente hablar á silbidos, entendió sin más que la señora deseaba visitar el cuarto, respecto del cual había leído el *Se alquila*. Tomando un manajo de llaves, escogió una sobre cuya madera estaba escrito *Piso segundo*, y dijo á la Needle:—Hágame el favor, excelencia; suba conmigo.—La inglesa fué conducida al segundo piso, y no sin asom-



bro vió al hombre abrir la puerta, é invitarla con gestos á entrar. El cuarto parecía cómodo y estaba completamente libre, por lo cual, si bien se apercibió de la equívocación, lejos de disgustarse, parecióle una muy buena ventura. Examinó, por lo tanto, atentamente cada pieza, la amplitud de las ventanas, los pasos de comunicación, las cosas fijas, el *confort* de los muebles (estaban las habitaciones amuebladas), y, en fin, las demás comodidades á propósito para su familia y para sus criados. Sobre todo, la vista parecíale deliciosa, y el portero, viéndola semi-encantada en los balcones, pretendía que desde allí se gozaba la mejor temperatura de Nápoles y de sus contornos. En una palabra; la señora pidió el precio, y deseosa de no perder un día, se hizo conducir á la presencia del señor de la casa. Era precisamente el conde de los Laureles, y mistress Needle se alegró de poder matar dos pájaros con una pedrada.

Era esperada, y fué recibida, tanto por el conde como por la condesa, con la vivaz afabilidad propia de las casas patriicias de Nápoles. Habiendo venido Julia después, la cumplimentó mucho, hizo caricias á las pequeñas, de cuyo lado nunca

se apartaba la señora, y les quiso enseñar á todo trance su estudio, lo cual era invitar de un modo indirecto á su madre. Mistress Ana se prestó de muy buena voluntad, admirando el estante de libros encuadernados con piel marroquí de varios colores y de lindos dibujos, no siendo pocos para una señorita; con gran placer leyó en algunos los títulos de varias obras inglesas, literarias en parte y por ella conocidas, y en parte ascéticas, de que no tenía la menor noticia; pasó luego en revista la colección de plantas, de piedras y de mariposas, que, unidas al dibujo y á la música, formaban los objetos de las pasiones más fervidas de Julia; reconoció á la Virgen de la galería, cuya copia, mucho más grande que la miniatura, mostraba las trazas aún de la redecilla, con la que habíala Julia trasladado al marfil en menores proporciones. La gentil joven hacía de *cicerone* dulcemente y con donaire, sin alabanza y sin esfuerzo; por lo cual mistress Needle, como buena madre, iba repitiendo en su corazón: "¡Dios quiera que semejante á ésta salgan mis hijas!"

No hay que decir si la vecindad de Julia y de su ilustre familia harían cada vez más agradable á la extranjera el alojamiento



to poco antes visitado. No dijo palabra, y sin dificultad concluyó el contrato: al día siguiente hizo trasportar á él sus baules. Era la vez primera que la rigidísima anglicana (tal era la señora Needle, y consumada *pietista* (1) por añadidura), dejaba que se abriese su corazón á un sentimiento de amor y á un principio de confianza en pró de papistas y extranjeros. Trascurriendo los días, adquirió franqueza cada vez mayor con la familia del conde de los Laureles, y las recíprocas relaciones se hicieron frecuentes, aunque no muy simpáticas por entonces, ni muy amistosas. No sabía comprender cómo habiendo repelido antes el menor trato un poco íntimo con las personas pertenecientes á la comunión católica, y sobre todo con las fanáticas italianas, concedía entrada libre ahora á una familia aristocrática, que respiraba el *papismo* más completo, sin que nadie mostrara la menor aversión á su persona, sino respeto y benevolencia, sin embargo de que á lo menos debían poner en duda sus ideas heterodoxas. Ya no le hacían aguardar en ninguna hora del día, pudiendo con su mirada sagaz sorprender y descubrir las cos-

(1) Una de las muchas sectas protestantes. (Nota del traductor.)

tumbres domésticas; contra todo lo que aguardaba, en la casa del conde de los Laureles descubría toda la regularidad de las *serious families* de su país; la hermanita y el hermano paterno de Julia (la condesa era su madrastra) eran poco más ó menos de la edad de sus hijas, asemejándose á ellas en los modales, en el trato y en la inocencia; indudablemente descubría mayor cultura y despejo al entretenerse con ellas por haber sido educadas á la italiana, y por no haber crecido á la inglesa, esto es, en la *nursery*, ó, como diremos nosotros, junto á la nodriza, en cuyo cuarto no suelen ver casi otro semblante que el de la madre y el de la camarera.

Ignoraba ella que todas las distinciones se le hubiesen negado en absoluto, á la primer indicación que hubiera hecho contra la fe religiosa de la familia. Habiéndola tratado Julia íntimamente, se apercibió de que faltaba en su habitación toda huella de piedad católica, y tuvo miedo en un principio: parecíale mal encontrarse en aquella estancia sin un Crucifijo y sin una Virgen, como en pleno gentilismo. Dijóle su padre que se pusiera muy en guardia contra los libros, y que si la extranjera le recomendase alguno, fuera cauta, sin leer



antes de pasarlo por la censura paterna. El mismo, hallándose conversando con la Needle, abrió con afectada indiferencia una Biblia que sobre una mesa estaba, viéndola desprovista de notas, sin el libro de la Sabiduría, sin el de Tobías y sin el de los Macabeos. Volvió á cerrarla, sacando por consecuencia indubitable que la mistress Needle era anglicana ciertamente, ó de alguna de las dos ó trescientas sectas conocidas. Por lo cual, vuelto á su casa, dispuso que con ella no se hablase de religión, tratándosela, empero, con la más extraordinaria cortesía en todo lo restante, porque aparte su involuntaria desventura, la señora Needle parecía la más honrada mujer del mundo, y madre óptima, enriquecida con todas las bondades que más embellecen su sexo y su condición: quizá el trato cortés de los católicos contribuiría poderosamente á disminuir en ella las preocupaciones calumniosas de su creencia falsa. Esta firme voluntad del conde de los Laureles era la razón secreta de los tratos amorosos con que los suyos complacían á la protestante.

Mientras con tanta discreción era favorecida por el señor de su casa, mistress Needle no deponía sus prevenciones con-

tra el *papismo*. Todo lo contrario: persuadióse de que la familia del conde de los Laureles, á lo más, constituía una feliz excepción, ya que no fuera la mayor hipocresía la única virtud de aquellos señores. Así razonaba ella cuando le parecía sentir en su conciencia una especie de remordimiento por la mucha estimación que, mal de su grado, profesaba especialmente á Julia. Pero no dejaba de inquirir sutilmente y casi de fiscalizar á su amiga nueva, al presentársele una ocasión propicia, con tanto mayor disimulo, cuanto más profunda era su desconfianza. No habia podido nunca descubrir en ella la menor vanidad ni orgullo, sin embargo de que su nacimiento, sus gracias naturales y la multitud de los adornos de su educación esmerada le ofrecían coyuntura para envanecerse mucho. La tentó sobre la materia delicada del corazón. Habiéndola hecho hablar de sus esperanzas en el porvenir, contestó Julia sencillamente: —Es la cosa de que menos me cuido: mi padre piensa en ello, y confío que aun más pensará Dios. ¿Qué podría yo hacer para conseguir mí dicha? Nada. Por lo demás, no vivo escondida en un estuche: si alguno forma propósitos respecto de mí, los dejará conocer.



—Pero á su edad, ¿no hay ninguno por quien se haya interesado su corazón?

—Por ahora ninguno, ninguno de veras. . . Alguna indicación me consta que ha hecho á mi padre una tercera persona; mas no quiero poner nada de mi parte á fin de apresurar ó inquirir: si son rosas, florecerán á su tiempo; por fin, me parece que si me toca escoger, corresponde á los padres presentar.

Esta ingenua contestación, que cien muchachas católicas dieron y dan continuamente, pareció un prodigio de recato á la señora Needle, que conocía muy bien la costumbre completamente diversa de su patria, en la cual es demasiado común que después del período reservadísimo de la infancia, los padres abran la mano á otro período de libertad fanesto para las jóvenes.—¡Oh! decía ella, no he oído á ninguna que me hablase con filosofía tan estóica. La mayor parte, apenas llegan á la pubertad, ó son introducidas en las reuniones, echan el ojo á su presa, y la persiguen encarnizadamente, hasta que la logran, ó la pierden de vista. . . ¿Y qué hacen los padres de familia? Los hay sesudos, gracias á Dios, en gran número; pero no faltan hombres sandios que contribuyen á la

obra; y, bajo el especioso pretexto de que los matrimonios son para las personas casaderas y no para los parañifos, dejan que sus hijos se labren su desventura. . . Basta; de esto hay un poco en todas partes; no es un privilegio de la Alta Iglesia (1).

Otro incidente ocurrió, que si no le hizo concebir alguna idea excelente de la religión del Papa, hízola cuando ménos desconfiar de sus propias desconfianzas. Hallábase la desconfiada viajera, antes de amanecer, apoyada en el antepecho de la ventana, con las persianas entreabiertas, toda ojos y hiel, poniendo en parangón las mañanas de Nápoles con las mañanas de las grandes poblaciones inglesas, y especialmente de Londres. Con secreto triunfo de su desden *anti-papístico*, esperaba reconocer las trazas de la decadencia moral de aquella gran metrópoli católica, de la que á porfía escandalizanse los viajeros protestantes. Muchas horas consumió burlándose de aquel modo, aunque sin descubrir nada en que poder afirmar su preocupación. En su virtud, dejando una vez el lecho, y siendo mayor su afán, encar-

[1] Frase que suelen pronunciar con frecuencia muchos protestantes. (Nota del traductor)



gó su coche para un poco ántes de amanecer el día siguiente; hizo subir detrás á uno de sus servidores, armado hasta los dientes y á otro delante, como si hubiera de atravesar un bosque lleno de malhechores, ordenando al cochero que fuera con lentitud por las calles más populares de la ciudad.

Sucedió á mistress Needle que su guía impresa y los recuerdos de las relaciones referentes á Nápoles le parecieron mentiras de hadas. No descubría sino tiendas atrancadas, balcones cerrados, puertas cocheras no grandes, cerradas ó vacías, y un silencio profundo, apenas interrumpido por las pisadas de la poca gente que desfilaba junto á las paredes, estudiando su paso; hasta el primer rayo del sol no se animaba la ciudad por los forasteros y mercaderes, solícitos de proveer los mercados de verduras, frutas, pescados y carnes. La viajera se indignaba casi con el cochero porque no había traslucido su deseo de estudiar las costumbres de Nápoles: sólo despues de ir mucho en coche en todas direcciones, comenzó á desengañarse, pero á su manera. Nápoles, á su modo de ver, no se podía comparar con Londres, á lo menos en su parte exterior. Al amanecer,

Londres es insoportable: cuantas veces había tenido que verla yendo á la estacion de *London bridge*, habíase visto precisada de todo punto á bajar las cortinas de las portezuelas, por el horror y las náuseas.—Mas á lo menos allí, reflexionaba ella perspicazmente, la corrupción es corrupción, libre corrupción; nada se vela, ni se disimula. Aquí, por el contrario, estos hombres casi fugitivos, y estas mujeres envueltas en velos, cuando vuelven de las orgías de la noche, me dan doble asco.—Así se consolaba de su derrota.

¡Pobre ilusa! Le habían atronado tan extraordinariamente los oídos con la podre de la corrupción de las poblaciones *papistas*, que consideraba ciertamente á Roma, Nápoles, Milán y Turín encenegadas en el fango cien veces más que las morales poblaciones inglesas. Esperaba, pues, hallar en todas partes, y en Nápoles principalmente, aquellas crueles tabernas, iluminadas con gas, que se hallan en los arrabales de Haymarket, de Regent-street, de Strand, de Piccadilly, y de cien otros puntos; aquellas *public-houses*, aquellas *case d'ostriche*, aquellos *palazzi del gin*, aquellos *saloni* del piso bajo, donde al comenzar la noche comienza el día de los excesos, que acaba só-



lo al despuntar la nueva luz. Buscaba eso, no para gozarse ciertamente, sino á fin de aborrecer desde lo más íntimo de su alma la abyección de los infelices pueblos sumidos en las tinieblas de la superstición. Maravillábase de no hallar en todas partes aquellos desocupados y cosa peor, que desembocan de todas partes en Londres, á grupos, á hileras, á montones, á olas, y en tropel, ébrios por los licores falsificados, y por la atmósfera de todos los vicios, respirada durante la noche. No dudaba encontrar en medio de Nápoles, y en el primer crepúsculo, nubes de mujeres infelices, á cientos y millares, como en Londres, desgredadas, con los sombreros de color de rosa pendientes, con las basquiñas sucias y destrozadas, en actitud de ir presurosas á los antros, que son su cueva cada noche; estaba segura de que no faltarían, como en Londres, aquí y allá, meretrices embriagadas y adormecidas en los umbrales de las puertas, echadas á lo largo de las paredes de las casas, ó envueltas en el lodo; sin embargo, nada de lo dicho presentábase á sus ojos en la ciudad papista. ¿Cómo explicar este misterio?—Nápoles, positivamente, acababa diciendo, es la población de la más consumada hipocresía. . . . Es

verdad que de Berlín hube de huir horrozada por las abominaciones que se ostentan sin freno en todas partes, selladas y permitidas por las autoridades civiles: ¡es verdad que la estadística da en Londres una torpe prostituta por cada siete mujeres! Pero el que lo desea se puede librar del contagio. Aquí no; toda la hediondez yace escondida en las casas comunes, y se empantana en el seno de las familias. ¡Qué pestilencia! volvía á exclamar; ¡qué pestilencia mezclada, confundida é identificada con las costumbres del pueblo! ¡Y decir que nada en el exterior se trasluce! Esto es ciertamente el *non plus ultra* de la corrupción; es la podredumbre de las heridas, infiltrada en la circulación de la sangre. . . . Tales abominaciones no se conocen en la libre Inglaterra—

En tanto que la ferviente admiradora de su patria y acusadora de las demás, expresábase tan sabiamente, era conducida á su casa de nuevo al salir el sol. Halló abiertas de par en par las ventanas, y miró la marina: hi aquí que salía del portal nada ménos que *miss* Julia en persona, con otra mujer.—¡Quién lo hubiera creído! exclamo la Needle llena de indignación. ¡Tom, Tom (era un criado) ven aquí



al momento: ¿Ves aquellas dos mujeres que huyen presurosas? Vé, vuela, marcha detrás, y no las abandones un instante; cuando vuelvas, sabrás decirme adonde han ido. Tom se puso el sombrero, saltó las escaleras y lanzóse como un perro de presa, que no pierde de vista la caza; pero ¿qué? De pronto las mujeres doblaron una esquina, y desaparecieron. El pobre Tom se paró mirando á su alrededor, desmemoriado y aturdido; por fin, viendo entrar gente en una iglesia, imaginó que se habrían metido dentro. Entra, las distingue en una banca la una junto á la otra, y corre á referir á su señora lo que había visto.

Mistress Needle entre tanto daba valor á sus sospechas, fantaseando locamente. ¡Oh, la bribona de Julia de paseo también á esta hora! ¡Y se hacia la inocente, la pudibunda, la angélica! ¡Y torcía el cuello como una palomita del nido contándome que hoy se celebraba la fiesta de su Virgen! ¡Qué sepulcros blanqueados son los *papistas*! ¡Necio quien cree en sus manías de devociones! Mas yo sabré qué centro de corrupción frecuente.—Al decir esto, llegó el servidor jadeante, y dijo:—Han entrado en la iglesia.—Llévame pronto

á donde han ido, contestó la señora: echarse un manto encima y ponerse un sombrero, fué una cosa misma. Estaba lejos, muy lejos de imaginar que el *servicio* de los templos católicos pudiese diferenciarse mucho de las solemnidades de los protestantes; creía como de fe que la *Cena* se celebraba una sóla vez los domingos á hora cómoda, en que las señoras hubieran podido componerse y arreglarse. Juzgando lo peor de aquella reunión eclesiástica, sentíase dominada por el ansia irresistible de ver con sus ojos lo que pasaba en ella de misterioso.

Ahora bien: encontró lo que cualquier cristiano halla en los templos, en las primeras horas de la mañana, sobre todo en los dias de mayor devoción. El sagrado lugar se iba paulatinamente llenando de personas de toda condición; la generalidad eran del pueblo, criados y católicos humildes de la clase media. Toda esta gente parecía colocarse en la casa de Dios como en la suya propia: los pobres cerca de los ricos, y las mujeres con los pequeñuelos; algunos que pendían de los brazos de sus madres, con sus gritos y lloriqueos escandalizaban fleramente á la *pietista* hostil; legos y sacerdotes entraban ó salían por



cierta puerta interior de la iglesia (la de la sacristía), y áun se mezclaban algunas mujeres. Era un espectáculo nuevo y extraño para la señora Needle, y mucho más le asombraba ver salir á los sacerdotes revestidos llevando el cáliz, y al pueblo formar una especie de cola, circundando los altares donde se detenían; unos leían en libritos, otros pasaban el rosario, y otros atendían de diferente manera al *servicio*, según la propia devoción ó tibieza.

Pero lo que más ávidamente buscaba con sus ojos, era á Julia. La descubrió entre un grupo de mujeres veladas como ella, y de hombres recogidos y graves, cerca de una especie de cajón con tres divisiones. Vió en la del medio sentado un sacerdote con sobrepellíz y estola; vió á Julia caer de rodillas cuando llegó su vez, junto á la reja. Mistress Ana echó mano á su reloj, por imaginar que aquel acto debía ser la confesión de los católicos: ansiaba saber la duración de aquel misterio papista. Julia permaneció siete minutos, ni más ni menos; al salir de allí, con el velo siempre echado, dirigióse al comulgatorio. La siguió sucesivamente la Needle, poniéndose detrás de una columna, para vigilarla de

cerca. Con curiosidad, que iba en aumento, observó el modo práctico de la *Cena*, maravillándose del número crecido de hombres de varias condiciones que á la sagrada mesa concurrían. No pudo mirar la cara de Julia en el momento de recibir la partícula; pero bien fijó los ojos en su semblante al volverse á su sitio. Esta vista, mal de su grado, la hizo impresión, imponiéndola un sentimiento de respeto. Julia resplandecía entonces con toda la belleza moral de la virgen cristiana; la vió con las manos juntas, la cabeza cubierta, la cara humilde, la mirada contenida y el espíritu recojido en Dios. ¡Parece aquella Virgen que copiaba en el museo! iba pensando consigo propia la protestante. En el momento en que más miraba la viviente pintura, alzó Julia una mano, se hizo caer el velo hasta debajo la barba, y volvióse á su puesto de ántes, arrodillada é inclinada la faz entre las palmas de sus manos.

Mistress Ana no quiso perder nada de la escena, y no se movió hasta después de observar á Julia que salía de la Iglesia. Volvió á su casa con la mente absorbida en su aventura, contraria de todo punto á sus cálculos. Como no tenía un corazón maligno y pérfido, comenzó á explicar con



menos hastío aquella imaginada hipocresía del pueblo que había visto al amanecer.— Es claro; iban al *servicio* del templo.... Van gentes de todas condiciones. ¡Ah! si no fuese la cena católica un banquete de Babilonia, ¡qué bella costumbre para introducirla en mi parroquia del Parque verde! —Pero pronto se corregía escrupulosamente.—Poco á poco; no nos dejemos dominar por imprudentes entusiasmos: hay muchos lados á que atender. Esta cena sin orden, hecha sucesivamente en tantas mesas, no es bastante grave y respetuosa... Una sola, á eso del medio día, delante de todo el pueblo, es mucho mejor. Entrad en San Pablo de Lóndres: ¡qué silencio! ¡Qué retiro! ¡Qué selecta reunión! Allí acude la flor de los ciudadanos; poca gente á la verdad, pero á lo menos aquellos hombres distinguidos están con decoro, y aquellas *ladies* apenas se mueven ó lo hacen á compás; parece un auditorio pintado.—Sino que al llegar á este punto, á la pobre *pietista* se le representaba Julia en el momento de volver de la mesa celestial; aquella cara, aquella actitud, aquella trasfiguración del semblante, absorto en la fe religiosa, dañaban y confundían su razonamiento, continuando delante de su fan-

tasía delineados con vivos resplandores como si se tratase de una visión.

En la mañana misma tuvo ansia de inquirir los interiores efectos de la Cena en la muchacha, y mediante un pretexto, la vió en su presencia, y se puso á conversar de cosas comunes, de modas, de juegos y de diversiones. Julia correspondía serena y decidora según su costumbre, no menos amable y alegre, acariciando á las hijas de la señora; en suma, no demostraba que hubiese ocurrido en ella el menor cambio. La Needle intentó sorprenderla con una revelación inesperada:—Dígame, *miss* Julia, ¿qué pensaría de mí si le dijese que esta mañana la he espiado en el templo mientras decía sus faltas al sacerdote, y celebraba la Cena.?

Julia, sin vacilar:—Diría que ha hecho perfectamente no dejándose ver, para no distraerme.

—¡Oh! ¿Que efecto y qué impresión experimentan los católicos por este rito?

—Yo, repuso Julia, no puedo hablar de las otras; en cuanto á mí, me siento más tranquila que nunca, y el mundo me parece más hermoso cuando vuelvo de mis devociones.

Mistress Ana no empujó más allá su ex-



cursión indagatoria: había pasado con exceso su confín de no meterse nunca en las cuestiones religiosas, para no perturbar su quietud ni la de nadie. Por otra parte, ¿qué podían aprovechar semejantes discursos? Miraba las ceremonias católicas con absoluta indiferencia, como un mero estudio histórico é instructivo, con el propio interés con que hubiera contemplado en Constantinopla las danzas, y las costumbres morunas de los *dervis* (1) mahometanos. El corazón continuaba tan firme, que le parecía inútil investigar las opiniones ajenas, contrarias á la verdad que poseía. El único resultado real para la *pietista* petrificada, fué sentir disiparse algo la desconfianza que la hizo sospechar de Julia. Imposible ya desconocer que había de habérselas con una *papista* supersticiosa en grado superlativo, mas de ánimo recto y de buena fe. Fué su primer paso hacia la amistad, que no podía hallarse lejos.

¿Y quién podía predecir la cadena de los sucesos futuros, dependientes de dicho primer eslabón?

(1) Nombre de ciertos religiosos que viven juntos bajo la dirección de un superior. En cada monasterio suele haber treinta ó cuarenta. (Nota del traductor.)

### III.

#### MUTUA CONFIANZA.

Un corazón bien formado, no envuelto en los pliegues de la voluntaria perversión ó de las costumbres viciosas, con dificultad resiste al encanto inocente de la virtud; forzoso es que se rinda á su noble y delicada violencia. Mistress Needle, tratando á los del conde de los Laureles, tenía ocasión diariamente casi de conocer á no pocas personas, y sobre todo á damas distinguidas. Como su carácter noble y apacible servíala de carta de recomendación, y además daba de ella testimonio espléndido la misma familiaridad de la casa, no tardaron á franquearle la puerta muchas familias nobles, cosa para ella, sin amigas en Nápoles, sobre toda ponderación agradable. Julia, por otra parte, no vaciló un

cursión indagatoria: había pasado con exceso su confín de no meterse nunca en las cuestiones religiosas, para no perturbar su quietud ni la de nadie. Por otra parte, ¿qué podían aprovechar semejantes discursos? Miraba las ceremonias católicas con absoluta indiferencia, como un mero estudio histórico é instructivo, con el propio interés con que hubiera contemplado en Constantinopla las danzas, y las costumbres morunas de los *dervis* (1) mahometanos. El corazón continuaba tan firme, que le parecía inútil investigar las opiniones ajenas, contrarias á la verdad que poseía. El único resultado real para la *pietista* petrificada, fué sentir disiparse algo la desconfianza que la hizo sospechar de Julia. Imposible ya desconocer que había de habérselas con una *papista* supersticiosa en grado superlativo, mas de ánimo recto y de buena fe. Fué su primer paso hacia la amistad, que no podía hallarse lejos.

¿Y quién podía predecir la cadena de los sucesos futuros, dependientes de dicho primer eslabón?

(1) Nombre de ciertos religiosos que viven juntos bajo la dirección de un superior. En cada monasterio suele haber treinta ó cuarenta. (Nota del traductor.)

### III.

#### MUTUA CONFIANZA.

Un corazón bien formado, no envuelto en los pliegues de la voluntaria perversión ó de las costumbres viciosas, con dificultad resiste al encanto inocente de la virtud; forzoso es que se rinda á su noble y delicada violencia. Mistress Needle, tratando á los del conde de los Laureles, tenía ocasión diariamente casi de conocer á no pocas personas, y sobre todo á damas distinguidas. Como su carácter noble y apacible servíala de carta de recomendación, y además daba de ella testimonio espléndido la misma familiaridad de la casa, no tardaron á franquearle la puerta muchas familias nobles, cosa para ella, sin amigas en Nápoles, sobre toda ponderación agradable. Julia, por otra parte, no vaciló un



momento en invitarla á ciertas reuniones para obras de beneficencia, en que hacía de secretaria, ó cosa semejante, por lo cual la señora Needle se creía sumamente honrada.

Un nuevo mundo inexplorado, incógnito é increíble, abríase á sus ojos. Ante todo, le maravillaba ver la gran facilidad con que se confundían en las juntas indicadas *la nobility*, la *gentry* y el *common people*: veía, por ejemplo, hermanas de la caridad acogidas y tratadas íntimamente por princesas, uniéndose en fraternal consejo para proponer los medios de subvenir á éste ó aquel pobre, á ésta ó aquella familia, con tan vivo y sincero amor, que la extranjera casi no podía creer en sus ojos y en sus oídos. Crecía su estupor al ver la multitud de ropa blanca, de mantas y de vestidos que se distribuían gratis, juntamente con muchos bonos de pan, de carne y de medicinas: lo que la maravillaba más era saber que gran parte de aquellas ropas salían de las manos de las mismas señoras que se presentaban en las juntas, ó de sus hijas. Parecíale también descubrir algo verdaderamente caritativo en las relaciones de las hermanas visitadoras, cuyo oficio no había sospechado nunca que pudie-

ra existir.—¡Cómo! preguntábase á sí misma: ¿és posible que estos benignos rostros maternales puedan sufrir las odiosas costumbres del mendigo, y que estas gentiles manos enguantadas acaricien á los enfermos, á los heridos, á los gangrenosos? ¡Dios mío! Noto que mi corazón se revuelve sólo al pensarlo. . . Un insecto cualquiera que viese cerca de mí. . . —

Mistress Needle daba un salto de horror, y sentía ganas de vomitar.

Como un pensamiento trae otro, volvían á su espíritu las desconsoladoras desventuras de los pobres de su patria, y los desapiadados hospitales, en que son escondidos, por decirlo así, los enfermos, para librar de su vista al poderoso y al feliz, pensándose poco en aliviar sus necesidades; volvían á su mente las públicas acusaciones contra ciertas casas de beneficencia, donde perecen á centenares niños en mantillas, continuamente abandonados por la habitual negligencia de la administración; las *workhouses* famosas, de fama pésima, impenetrables á las miradas del público, y parecidas á las galeras, dentro de las que los pobres, más que para el trabajo, son recibidos para la tortura; y, en fin, la cruel limosna que se arroja de lejos á los infeli-



ces, como á los perros rabiosos, con infinitas precauciones para no verles, y sobre todo para no tocarles de cerca. Aquí, por el contrario, mistres Needle descubría con sus ojos el amor que aquellas piadosas mujeres profesaban á sus semejantes, sintiendo casi las palpitaciones de sus corazones generosos y compasivos: sin quererlo y sin advertirlo, volvía á su casa del brazo de Julia, con el espíritu perfumado por la más pura caridad evangélica y alegre por haber contribuido grandemente con su óbolo á la colecta con que terminara la reunión.

Sobre todas las demás, una circunstancia le parecía abstrusa é inexplicable: saber cómo, siendo protestante, y reconocida tal, por la sencilla recomendación de una jóven la dispensaban acogida tan cordial aquellas santurronas y severas papistas.—Porque papistas son, decía, cuantas allí entran; todos sus discursos están llenos de supersticiones, y el fanatismo brota de sus actos. ..Paréceles que han conseguido una victoria cuando han logrado poner en el cuello de un moribundo una medalla de la Virgen. ..Empero, no se avergüenzan absolutamente nada de mi presencia; todo lo contrario, hablan de ella,

les entretienen y casi les complace. Verdaderamente precisa confesar que su persuasión religiosa tiene su raíz en el fondo del alma, y que viven inquebrantables en ella, sin la menor duda: de otra suerte, ¿cómo admitir con tal vanagloria en sus arcanos misterios á una extranjera por su nación y su fe? ¿Cuándo una sociedad de señoras de mi comunión dejaría penetrar á una papista en sus interioridades religiosas?—

No vislumbraba mistres Needle que la cándida paloma Julia iba preparando una trama sutil y tejiendo á su alrededor las mallas de una red noble, pero eficaz para después envolverla. ¡Ay si la severa pietista lo hubiese traslucido de algún modo! Se hubiera esdandalizado y hubiese salido incontinenti. Porque la pía joven, con el ojo penetrante de una napolitana, y con su perspicaz ingenio, había comprendido pronto que la inglesa no podía tener más bondad. Realmente habíala visto correr los domingos en busca de la capilla de los protestantes, dedicándose luego todo el día á la lectura de su pobre Biblia mutilada, que hacia leer á sus hijas hasta la saciedad; sabía que era vigilante contra la menor trasgresión del festivo descanso, hasta el punto de no querer absolutamente, sólo por



este motivo de conciencia, intervenir en las reuniones familiares del conde de los Laureles, donde tocábase algún wals en el piano. Creía por ello Julia que la Needle casi sólo era protestante de hecho, pareciéndole increíble en su virtud que un alma tan virtuosa naturalmente, resistiera muchísimo la gracia de Dios, cuando un rayo de claridad celestial hiriera su espíritu. Proponíase abrir la vía para él, descubriendo el Catolicismo por el lado más á propósito para producir impresiones suaves en su corazón. A fin de que pudiera ver y saborear las dulzuras de las virtudes católicas, recomendábala á sus conocidas, ya de viva voz, ya mediante un billetito: "Pongo en vuestras manos, solía escribir, á una señora protestante, de alma muy hermosa, pero extraviada, por desventura, por los errores: su corazón está dispuesto espontáneamente á lo bueno, y es muy amorosa madre de sus hijas; una paloma sin hiel; tratadla con todas las consideraciones que juzgueis más oportunas para quitar de su cabeza que somos las hijas del Anticristo, sin ofender su buena fe con importunas conversaciones religiosas. Me dice el angelito que más y mejor se le hablará con buenos tratos que con lindos

discursos." Julia era comprendida y secundada.

A fin de conseguir más seguramente su intento, daba largos rodeos, por haberse apercibido muy pronto de que la señora sufría mal que le hablasen de materias espirituales. En su virtud, procuraba ganar su afecto con mil actos de amoroso servicio y de leal amistad. Procediendo así, Julia no había de simular la menor cosa ni de hacerse violencia, por haber simpatizado naturalmente con la señora Ana. Pasaba gustosamente las horas haciéndole compañía, ora conversando sobre los asuntos corrientes, ora entreteniendo con cualquier diversión á las tiernas angelitas Clara y Clemencia, que, frecuentemente metidas en su cuarto, se fastidiaban por la permanencia en Nápoles tanto como su madre se divertía. Uno de los pianos que adornaban la habitación del conde de los Laureles, fué gentilmente prestado á la señora Needle; Julia, como por pasatiempo, se entretenía en recordar alguna pieza, y tocaba cualquiera de las muy vivaces fantasías del pueblo napolitano, que no poco electrizaran el espíritu siempre uniforme de la matrona inglesa. Hizo aproximar también al teclado á las dos jovencitas, y en poco



tiempo consiguió tanto, que con sus dedos pudieron sacar algún acorde; la mayor aprendió además alguna cancioncita por su buen oído, con júbilo extraordinario de su madre.

Impresionada mistress Ana por tales cortesías perennes, sintiéndose amada por Julia con sincero y desinteresado amor, veía colmado en parte el vacío que á su alrededor contristaba su existencia. Le parecía que se hallaba mal dejando de ver á Julia: si la joven no subía, bajaba pronto á buscarla ó mandábale (demostración de absoluta confianza) á sus hijas, á fin de que pasasen un buen rato en su estancia. En el mes último que permaneció en Nápoles, la familiaridad con la hija del conde de los Laureles llegó á tal punto, que no sabía separarse de ella; quería la junto á sí en el coche para el paseo diario, en sus visitas, en los museos y en las salidas agradables por los alrededores. Ni el padre de Julia tenía dificultad en permitir que su hija tratase íntimamente á la protestante, hallándose seguro, por una parte, de la reserva de la Needle sobre religión, y segurísimo, por otra, de la firmeza de Julia, más capaz de convertir á otros que de ser por otros sorprendida. En dichas expediciones agrada-

bles era Julia el alma y la vida de las forasteras: designaba las vistas más deliciosas, nombraba los castillos, las aldeas, los sitios de los alrededores, refería la historia de los lugares ó de sus ruinas, y con frecuencia se bromeaba en iuglés sobre la erudición extravagante que ponían de manifiesto, con la seriedad más cómica, los *ciceroni* de oficio. Alguna vez sucedía que una de las mil escenas de aquellos sitios hechiceros hería la imaginación de la viajera; Julia sacaba entonces un *ábum*, sentábase sobre una roca, y á los ojos de la Needle lo bosquejaba en lápiz rápidamente, con toques ligeros y seguros, regalándoselo después. Muchas veces el conde de los Laureles invitó á la dama, ya más bien huésped que inquilina, á una posesión suya poco distante del puente de la Magdalena. Allí encontraba refrescos y helados, así como para las niñas una merienda de frutas y un surtido abundante de naranjas, de *mandarinas* y de limoncitos, con las que hacía las ir después cargadas y alegres.

En tales días Julia procuraba con el mayor afán que se divirtiesen las muchachas de su amiga; jugaba con ellas al volante, al aro y á la carrera, como si fuese de su



misma edad; procuraba que al jugar su hermanita y su hermanito se acomodaran á los gustos de las forasteras, é hicieran la diversión sumamente agradable. ¿Cogían ellas una flor? Las enseñaba á ponerla en una cajita de herbolario para su conservación. ¿Enamorábanse de una piedrecita brillante? La ponía pronto aparte, con el fin de llevarla después á casa. ¿Cazaban con la red una mariposa? Julia la cogía delicadamente, sin sacudir las perlas de sus alas, y la sujetaba con un alfiler sobre un árbol. La provisión hecha en todo el día proporcionaba nueva diversión en el siguiente. Julia ponía en orden pacientemente las plantas cogidas; quitaba sus partes inútiles, las extendía sobre papel de manera que las hojas de los tallos y los pétalos de las corolas consevasen su propia posición, y las colocaba entre cuadernillos de papel, poniéndolas luego bajo la prensa: comparaba las piedras con las de su propia colección mineralógica; cogía también las alas de las mariposas con las puntas de las tijeras, fijándolas de varios modos en papel engomado, y disponiendo, no sólo sus partes superiores, sino las de debajo, no sin que dejara sitio en medio á fin de imitar con sus pinceles el cuerpo del

animal. En cada nueva cosa escribía debajo el nombre científico, juntamente con el vulgar italiano, añadiendo, si la sabía, la palabra inglesa. Así fué haciendo dos *álbums* y arreglando algunas chucherías á las que puso el nombre pomposo de *Historia natural de Nápoles*.

Las hijas de mistress Needle experimentaban un placer extraordinario; á poco que Julia dejase hacer, no le daban paz ni tregua: tanto se habían enamorado de la joven y de las cien diversiones que inventaba. Hallábanse todo el día en las faldas de la madre pidiéndola que las dejase ir á ver á miss Julia, y disputaban á fin de que la invitase al paseo; asediábanla luego á preguntas cuando subía para verlas. La buena madre, lejos de tener celos ó de reprenderlas por sus importunidades, las animaba con el ejemplo, porque su afección á Julia se aumentaba el doble, por descubrirla tan inclinada y cariñosa con sus amadísimas, que, juntamente con su primogénito John (había este quedado en su patria en un colegio), formaba los únicos dulces vínculos de su corazón. Parecíale ser doblemente amada en sí y en sus hijas.

A veces maravillábase de sí propia, y



casi se reprochaba.—¿Como puede ser esto? decía. Yo, que nunca he podido sentir estimación ni tratar benévola-mente á una papista, ¿me abandono ahora por completo á Julia. .?Y sin embargo, no hay nada que decir; se sabe hacer amar por fuerza: siento que la estimo como si fuese una hermana ó una hija. Pero conviene decirlo: no es cual las otras, sino una excepción, una rara excepción entre las que piensan del mismo modo. ¿Ha dejado escapar nunca de sus labios una sola sola palabra ó alusión remota desfavorable por algún concepto á mis ideas religiosas? Nunca, nunca. Si por inadvertencia le digo algo de las suyas, se pone á teologar sobre sus creencias con más firmeza y facundia que lo hace mi ministro cuando le consulto sobre los treinta y nueve artículos. .Y no hay que decir que se quiere poner en buen lugar por hipocresía. ¡Oh! habla con el corazón en la mano: está penetrada y convencida de lo que dice; ¡pobre! Es inquebrantable en sus locuras, como si fueran realidades que palpara con sus manos. ¡Qué pecado! No tiene otro defecto que ser papista endiablada. .no, buena; enemiga de ofender y de disputar, así como de sentir mal de nadie ¡Ah, si fuese de mi comunión!

De tal suerte se estrechó, por último, la familiaridad de las dos amigas, que habiendo llegado para ella la estación de volver á su patria, retardó dos semanas la salida de Nápoles, sólo para gozar más largamente de la conversación de Julia. Ofreció repetidas veces á su padre llevarla consigo algunos meses para ver á Londres, y pasar el estío en su quinta del Parque verde.—Allí, decía una vez al conde de los Laureles, adquirirá vuestra hija un poco de mundo; verá ciudades, países y costumbres diferentes de las italianas: esto ensancha los horizontes de la mente, destruye las preocupaciones con que nacemos, y nos libra de las estrechuras del espíritu. Creedme: es el complemento mejor que podeis darla, de su buena educación. Mientras se perfecciona en el inglés, mis pequeñas aprenderán un poco de italiano y un poco de música. . . Sola estoy en mi casa, con mis hijas; consideraré á vuestra Julia como si la hubiese llevado en el seno, y estará como una joya en su estuche.

—No lo dudo. dijo el conde interrumpiéndola.

—Nos proporcionará la mas dulce y agradable compañía del mundo, hasta que vos, conde, ireis á buscarla en el oto-



ño, para volver á casa con vuestra joya.

—Demasiadamente quereis obligarme, señora, respondió el conde. Si pudiese yo alejar de mí á Julia, creed que á nadie la confiaría más tranquilamente. Pero ¿qué quereis? comienzo á ser un poco viejo, y esta niña es mi sostén, mi alegría y mi descanso; me rejuvenezco cuando estoy en paseo con mi mujer á un lado y Julia en el otro: paréceme que la gente me mira con envidia. Es una debilidad, lo comprendo: ¿qué se ha de hacer? Me sabría mal privarme yo espontáneamente de mi consuelo mientras me lo guarda Dios.

—Más se trata de pocos meses, y después...

—Vamos, replicó el conde; transigiremos. No estoy distante de hacer este año una expedición con Julia por el otro lado de los Alpes, ó por el Rhin, ó por Francia, y entónces...

—Entónces, añadió misstres Ana, de todas maneras y á todo trance, debéis pasar un mes en Northumberland, donde tengo algunas tierras, una quinta ó castillito, como queráis llamarle, que es la mansión de la paz y del fresco. Sí, sí; es un asunto estipulado y concluido. ¿Lo puedo decir á Julia?

—Haced lo que os plazca: está bien, no sobreviniendo, se entiende, alguna cosa que mude mis condiciones: un impedimento podría siempre...

—¿Qué impedimento? No admito impedimentos posibles, y me prometo desde ahora esta fortuna inmejorable. Mi querida Julia me participará vuestros viajes, á fin de hacer ir un hombre de confianza á la estación de Londres. Permanecemos allí dos días ó una semana para ver la capital, y después tomamos el camino de hierro de Newcastle, llegando en un día sólo á la quinta del Parque verde: si les dejo huir de allí antes de que concluya el estío, será mía la responsabilidad.

—Bueno, ya que lo quereis, os doy casi mi palabra; pero de la semana y del mes de permanencia hablaremos en el lugar.

—Pues convenido: aun espero, dejando el protocolo sin cerrar, conseguir capítulos más favorables.

Mistress Needle, con esta victoria conseguida, fué á congratularse con Julia. Le dijo una porción de cosas amables y atractivas, que salían de su corazón.—Oye, añadió con gozo que rebosaba y con maternal ternura, oye, Julia mía: yo recibo



poca gente en el Parque verde; pero aunque fuese lo contrario, no sabría imaginar visita más amada que la tuya. Allí conocerás á toda mi familia, incluso al pequeño John, que está educándose. El día en que llegues al Parque verde, me parecerá ver de pronto este cielo azul de Nápoles, que tanto ha contribuido este invierno á la salud de mis hijas. ¡Qué fiestas te harán Clara y Clemencia!—

Grandemente ansiaba Julia realizar el viaje, ya por el natural deseo de novedades que tienen las jóvenes, ya por el ansiado placer de abrazar de nuevo á su amiga y á sus hijas, reanudando fuertemente una amistad de la cual prometíase nada menos que conquistar toda una familia para la verdadera religión. Aun se atrevió á exponer una dificultad:—Mistress Ana, dijo, iré como á bodas, si mi padre me lleva: ¡figúrese! Para volverla yo á ver, y á sus amadas angelitas, iría sin dificultad á pie, ó volaría, si tuviese alas; pero...

—Pero ¿qué? ¿Qué *pero* puede haber?

—Uno pequeño... ignoro cómo lo tomaría, si se lo dijese.

Dilo, dilo de seguida: quitaré yo de delante todos los *pero* posibles é imposibles.

—Pienso, dijo Julia un poco vacilante, cómo lo haré para ir á misa.

—¡Qué! respondió con fuerza la señora; el condado de Northumberland está más lleno de católicos que ningún otro país de Inglaterra. Hay iglesias y capillas católicas casi en todas partes. Está mi castillo á dos horas de Newcastle, pudiéndose volver dos veces en un mismo día; allá podrás ir á la misa, á la cena, y al sermón. También tendrás en mi casa todas las comodidades para las abstinencias de tu religión, para los ayunos y para todo: ordenarás tú propia tu desayuno á mi Zipporah. Sólo me desplace ver á una buena muchacha, cuya conciencia no tiene de qué reprocharse, entristecerse con los ayunos, enflaquecer y desmejorar.

—No tema por esto; no me obligan los ayunos.

—¡Oh! ¿Por qué? ¿Ha exceptuado por ventura el Pontífice á las muchachas bonitas?

—¡Precisamente! respondió Julia sonriendo; y exceptúa también á las no graciosas hasta los veintiún años.

—Tanto mejor: estoy en este punto de acuerdo con el Papa. Por lo demás, sabes que respeto sinceramente las opiniones de



todos, aunque sean turcos ó paganos: mucho más procuraré contentarte en cosa tan indiferente como es sustituir un pedazo de salmón á una costilla de liebre. No temas, hija mía; descansarás en mi casa de campo como una paloma en su nido.—

Al decir esto, Clara y Clemencia, concluidas sus tareas escolares, llegaban saltando y divirtiéndose para saludar á su madre. Al oír la nueva dichosa de que iría Julia á visitarlas al Parque verde, movieron suma gritería por el júbilo y las felicitaciones, festejando á miss Julia con sus caricias ingenuas, y enroscándose á su cuello. Julia dió un beso á cada una. Por ello la buena madre se derretía y derramaba lágrimas de gratitud. Tomó á Julia de la mano, y acercándola luego á su corazón:—Ven, dijo; si me visitas en Inglaterra, pues tienes tan buen corazón para mis hijas, te prometo que hallarás en mí lo que acaso te falta: un corazón de madre.

—¡Lo necesito tanto! exclamó Julia. ¡La que yo llamo madre no lo es!

Mistress Needle, al oír estas frases, y sobre todo el hondo suspiro que furtivamente las acompañaba, se confirmó en su sospecha de que la pobre Julia no estaba

exenta de dolores domésticos, por culpa de su madrastra. Sin embargo, no quiso saber más. Sólo se atrevió á pedir que la joven fuese con ella á casa de un fotógrafo, y lo consiguió: hizo allí que formasen un grupo común; Clara y Clemencia juntas al lado de su madre, y ella en actitud de estrechar la mano de su amiga.

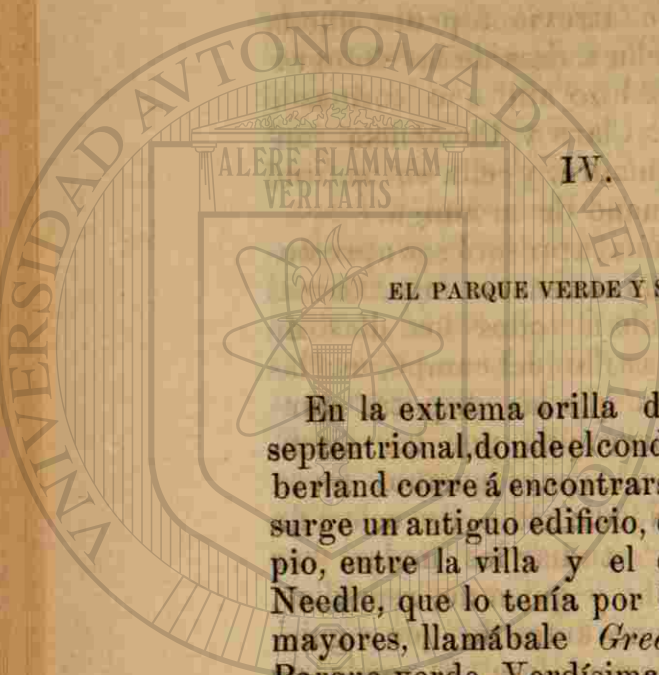
Después de lo cual apresuró sus aprestos de viaje. No podía detenerse más. Cartas apremiantes llegaban todos los días de Londres y del castillo del campo, en las cuales le advertían que las disputas aumentaban en su parroquia, por las disensiones del cura con los parroquianos. En su virtud, mistress Needle ardia de celo á fin de acudir al sitio, estudiar los males, ver quién tenía derecho y quién no, remediar, en fin, los desórdenes ántes de que siguiese alguna ruina escandalosa. El conde de los Laureles y su hija fueron á la estación con ella, despidiéndola con tantas muestras de amistad, que la protestante llevó consigo la esperanza de volverlos á ver dentro de pocos meses.

Mas ¡ay! muchas veces las esperanzas se convierten en tristes ilusiones.



hasta los cercados de hierro y los sitios más agrestes de los montes, donde batallan en campo no contenido huracanes bramadores, bajo un cielo generalmente de plomo. En el fondo del valle, casi á una milla del castillo, corre placidamente el Tyne, que no deja ver ningún puente en los alrededores, siendo guardián fiel de la quietud, predilecto placer de la protestante. Sólo turba el silencio de la solitaria mansión el rumor de los vientos en los días procelosos, y ordinariamente con frecuencia el silbido de la locomotora, que al otro lado del río vuela sobre el camino de hierro de Newcastle á Carlisle, haciendo temblar la tierra bajo el terrible peso del carbón de piedra, entre una nube de humo.

El Parque verde era precisamente el lugar, ó, mejor dicho, el teatro donde mistress Needle comparecía en todo su verdadero sér natural. Porque en Londres las conveniencias sociales, y en viaje la necesidad de ver novedades ó de recurrir á personas de diversos caracteres y costumbres, forzábanla á tomar parte en alguna que otra diversión, modificando sus propias inclinaciones. Pero en el campo, y en el centro de sus propiedades, circundada de campesinos suyos, que ocupaban ciento



#### EL PARQUE VERDE Y SU CURATO

En la extrema orilla de la Inglaterra septentrional, donde el condado de Northumberland corre á encontrarse con la Escocia, surge un antiguo edificio, de su género propio, entre la villa y el castillo: mistress Needle, que lo tenía por herencia de sus mayores, llamábale *Green Park*, ó sea Parque verde. Verdísima, en efecto, es la pendiente amplia y desahogada que hay en medio, sobre un borde á guisa de escalinata. En torno de la habitación principal y de los edificios rústicos, dan vuelta los jardines, prados pequeños, y cien cosas lindas; las faldas debajo se visten de campos y de prados; arriba, las colinas se coronan de selvas de un verde oscuro, casi negro, que llegan de borde en borde



cincuenta chozas en el radio de unas cuatro ó cinco millas de circunferencia, no reconocía jefe superior, como si fuera un caballero feudal de la Edad Media en su baronía. Esto sin contar las ricas minas de carbón que poseía en sus alrededores, con cuyos obreros se poblaban unas dos terceras partes del pueblo, distante tres millas del Parque verde, y sepulto detrás de una porción de colinitas descendentes de la cadena de los montes Cheviot. Allí la castellana ejercía, por la naturaleza de su condición, una casi absoluta soberanía: no existe sobre la superficie del globo terráqueo una raza más sumida en la esclavitud que el pueblo ínfimo de la libre Inglaterra, y sobre todo el de los campos.

Para buena ventura de los terratenientes, mistress Needle los trataba como reina piadosa, y como tal no la veían con malos ojos sus súbditos. Por cima de todos sus pensamientos estaba la religión, no sólo para sí y para su familia, sino también para la inmensa clientela dependiente de su fortuna. Entre los numerosos y diversos títulos de posesiones y derechos que adquirido había por herencia ó por muerte de su marido, ninguno ambicionó tanto, ni fué conservado más ansiosamente, como

el de *advowson* de su parroquia. Con tal documento en la mano, se había declarado casi reina, reguladora y soberana de la cura espiritual de las almas, por cuanto, en virtud del mismo, podía elegir y presentar para la rectoría de su parroquia el candidato que mejor le pareciese, sin oposición por parte del obispo, por ser desusado de todo punto, ni mucho menos contradicción de los parroquianos, que desde tiempo inmemorial aceptan el párroco que les regala su patrono, de la propia guisa con que se resignan á la lluvia ó al granizo. No hay que decir con qué solicitud, cuando le tocó designar nuevo ministro, recorrió, con la linterna en la mano, toda la Gran Bretaña. Finalmente había encontrado un doctor de Cambridge, hombre perfecto y digno ministro del altar; lo había divisado merced á un opúsculo que publicara contra el *puseismo* (1). Mistress Needle leyó, estudió y pesó cada frase del escrito, quedando persuadida de que el *doctor* Wind (así se llamaba) resplandecía como un astro en el cielo anglicano, por su fe intacta, sin la menor baba de la nueva herejía *romanesca* de la escuela de Oxford.

(1) La secta de los protestantes que más se aproxima al Catolicismo. Son muchos los que se convierten. (Nota del traductor.)



Además de la incomparable ventaja de la doctrina sana, el doctor era, al parecer, un padre de familia grave; tenía fama, por último, de poseer un metal de voz clara y simpática.

Conferido el cargo, y convenidas con el nuevo rector las tareas de la parroquia, mistress Needle se había puesto en viaje, según costumbre, á fin de pasar en clima más dulce la estación invernal. Sólo que las veinticinco mil libras del beneficio eclesiástico no podía gastarlas el doctor Wind en el lugar que nosotros llamaremos también del Parque verde. Además, por desventura de la señora, era canónigo prebendario de varias catedrales, vicario de algunas parroquias diseminadas por diferentes condados de Inglaterra y del país de Gales, capellán, en fin, de un hospital en Escocia, siéndole forzoso en su virtud nutrir parcamente de sermones á las ovejas del Parque verde. Dada una carrera en la estación en que la reina del lugar se dejaba ver en él, ponía el primer cura que hallaba á la mano, y tomaba las de Villadiego. Como verdadero *gentleman*, expendía sus tres ó cuatro mil libras esterlinas en Newcastle, en Carlisle, y hasta en las aguas de Spa, de Baden-Baden, y de Mon-

tecatini; lo que gustaba menos á la severa mistress Needle, es que tenía fama de corredor excelente en las cazas de las zorras, de consumado *sportman* y de *turista serious* en las carreras de Epsom. Con todo, por tan leves manchas no llevaba ciertamente á los tribunales eclesiásticos al mundano *clergyman*; hubiera sido un proceso de gastos enormísimos y de fatal éxito: fuera de que la tolerante señora encontraba muchas circunstancias atenuantes:—Ya, decía, el alto clero hace poco más ó menos lo mismo: es una necesidad dolorosa, pero al fin necesidad: además ¡pobrecito! ha de casar á las hijas: ¿cómo encontraría con quién acompañarlas entre estos pobres, sin darles un poco de solaz en las respetables reuniones? Toleremos.

Con todo, aprovechando una oportunidad, no supo sufrir completamente, y alguna semi-queja huyó de sus labios: referida de boca en boca al potente doctor Wind, produjo el efecto de alterar no poco la feliz armonía que reinara entre el beneficiado y la patrona. Fuera por ello, fuera por otra cosa, el doctor dejó de ser áspero y menos intratable relativamente al puseísmo. En algún sermón osó llamar *honorables* á varios de sus jefes, admitiendo á la



santa cena, y, lo que peor era, á su conversación, algunas *ladis* de los castillos próximos, que tenían fama de muy adictas al partido *romanesco*; esto en la parroquia misma del Parque verde, á los ojos plañideros de la señora. Por este inesperado peligro de ruina en la fe, la buena mistress Needle se quedó espantada y llena de horror; vió el *romanismo* á las puertas, así como al Papa, llevado sobre su silla gestatoria y triunfante en el Parque verde. No podía sosegar hasta poner remedio al temido desastre. Mas era forzoso conducirse con sumocomedimiento, porque de frente solo hubiera conseguido agriar al extraviado pastor.

Le llamó, pues, á su casa en forma cortés, y dando muchos rodeos, tan sabiamente lo fué atando y envolviendo, que el reverendo rector se apercibió de que la mujer no pactaría sino renunciando á sus principios y enmendándose, ó bien haciendo dimisión de la parroquia. Consideró á qué terrible lucha se exponía entrando en liza con una mujer de conciencia delicada, que procedía por convicción; mucho más temía escándalos y su propio descrédito, poniéndose en abierta pugna con la que daba sustento á más de la mitad de sus fel-

greses; por otra parte huía ¿cómo no? de renunciar al cuidado de las almas del Parque verde, por cuanto era tanto como quitarse de la boca un bocado del mil liras esterlinas. Se avino, al fin, prudentemente á pactos, y demandó un arreglo. Sobre la mesa formuló un cartel, que se publicaría en el *Diario del Clero*; así estaba concebido: "Se busca un cura para un pueblo de cuatro ó cinco mil fieles: país sano, hermosas vistas, camino de hierro próximo. Salario: cuarenta liras esterlinas." Mistress Needle pretendió que se añadiese: "rectoral grande y provista de todo: hasta de jardín." El doctor, por vía de compensación de esto, que le hacía perder la casa, quiso añadir lo siguiente: "de la que se deberá tener gran cuidado: que no se presente un eclesiástico que tenga prole de tierna edad"

—Pero falta lo mejor, dijo la señora.

—¿Qué falta?

—No podría nunca sufrir en mi parroquia un pastor que no profesase mis opiniones; todo lo enseñado por la Alta Iglesia, ni más ni menos.

—Muy bien, respondió el rector acomodaticio; escribo súbito: "Cualidades morales que se requieren: principios *correctos*,



buenas testimoniales de piedad, de moralidad y de instrucción: voz clara. Dirigirse á mistress Ana Needle, Lóndres, etc." Habiendo escrito así, alargó el papel á la señora para que lo releyese, diciendo:—  
 ¿La quiero complacer, ó no? Con esto me propongo poner de realce hasta qué punto estimo su amistad, y seguir con vos en las mejores relaciones posibles: os dejo enteramente la elección de mi sustituto.—

Mistress Needle no sabía pedir ni esperar cosa mejor. La nueva elección, hecha según las reglas de su conciencia timorata, recayó sobre un sencillo *clergyman*, no titulado doctor, ni *fellow*, ni decano, ni prebendado, ni titular de varias parroquias; pero fiel secuaz de la Alta Iglesia, y sin inclinaciones papistas: en suma, era el reverendo Star, lleno de ciencia y de hijos, completamente dedicado á su familia y á su parroquia, deseoso hasta entonces de hincar el pie en cualquier sitio, y de recorrer el país para sustituir á los pastores poderosos durante la estación de los baños y de las cazas. A instalarse iba voluntariamente en la *confortable* casa rectoral, sonriéndole mucho el jardín no pequeño; esperaba que las cuarenta esterlinas aumentarían con los derechos de los bauti-

zos, de los matrimonios y de los funerales, cuya tarifa es alta más que baja; el número no podía dejar de ser considerable, teniendo la población cinco mil habitantes. Desde la primera entrevista, el reverendo aspirante se ganó el respeto y el corazón de la ilustre *pictista*; dió de su persona y de su celo informes seguros; dijo ser adversario implacable de las innovaciones; prometió tener mucho cuidado del huerto y de los muebles, no menos que de las almas, y alzando astutamente la voz, puso de realce su talento para la predicación, como también sus lindos ademanes y su órgano vocal, de que se vanagloriaba con justicia. Mistress Needle halló naturalmente oportunidad para explicarle sus teorías para la buena marcha de la parroquia, que fueron oídas, aprobadas y encarecidas: la señora no anduvo corta en promesas de proteger las obras espirituales de su ministro, asegurando que le ayudaría con su consejo y auxilio. El buen *clergyman*, pobre y necesitado, no sabía qué ventura mayor pedir, sino una patrona rica, celosa, é inclinada á la caridad: si él gustó á la señora, la señora le gustó á él; encargóse del oficio con recíproca satisfacción y comunes esperanzas de remediar



los males ocasionados por su predecesor.

La devota señora prometiase que con tal pastor subrogado para dirigir á sus ovejas (píamente las consideraba suyas en virtud del *jus patronato*), vería en adelante florecer la piedad; sobre todo gozaba anticipadamente los más consoladores domingos del mundo: un servicio regular, no dispuesto para que durase muy poco, cena decorosa, frecuentada por el pueblo, y sermones que no saldrían del puro protestantismo, siendo regulados de acuerdo con su conciencia. Realmente todo lo que se había prometido de antemano, parecíale que pasaba en los primeros meses con exactitud: el reverendo Star, según mistress Ana, era un hombre según el corazón de Dios. Pero ¿qué? No era igualmente un hombre según el corazón de todos los de la parroquia. La mala semilla del protestantismo mitigado se había echado demasíadamente aquí y allá, teniendo numerosas plantas, por culpa de la connivencia ó descuido del doctor Wind. Volvían á correr por las manos de todos los que no eran campesinos ó braceros los pequeños *Tratados* que años atrás habían hecho crujir el edificio del Alta Iglesia; el consejo de la parroquia se mostraba indulgente, y casi favorable,

á los habitantes del lugar, contaminados por el *semi-papismo* latente. De aquí una aversión sorda, si bien disimulada, contra la nueva hechura de mistress Needle, aversión á la verdad, impotente para quitarlo pero potentísima para amargar al infortunado cura y á la celosa patrona.

Esta lucha religiosa se guerrea en el Parque verde, helado y envuelto entre las brumas glaciales, mientras mistress Needle se deleitaba con las auras apacibles de Nápoles; era este el asunto urgente que la forzó á poner fin á las dilaciones y á la dulce compañía de Julia de los Laureles. Poco y mal descansó en el viaje de Nápoles á Inglaterra: apenas estuvo en Londres, tomó el camino de hierro, dirigiéndose á Newcastle. Le tardaba volver á su país y tomar de nuevo las riendas del gobierno, trabajado por la discordia civil. ¡Oh! ¡Si á lo menos dentro de las paredes de su casa hubiera podido conseguir, con un poco de quietud, la conversación y las gracias de la joven napolitana! Pero todo lo contrario; fuera la tempestad rugía casi furiosa; y dentro, la desolaba la soledad, que sentía doblemente por haber gozado las dulzuras del afecto de la muy candorosa y



sincera alma de Julia. Entre tanto el estío se acercaba y veíase no léjos la canícula, sin que Julia ni el conde, su padre, diesen señales de vida. Mistress Needle provocó al conde con una misiva fechada en el Parque verde, llegando á vuelta de correo la contestación. Era cortés y breve; manifestaba su disgusto, y la necesidad dolorosa de no cumplir la palabra que había dado, por culpa de asuntos urgentes. Julia metió dentro un billetito afectuoso, y nada más.

Mistress Needle sospechó que mediaba probablemente un misterio.

V.

¡POBRE JULIA!

El misterio sospechado por Mistress Needle en las cartas del conde de los Laureles y de Julia, existía desgraciadamente: era un indicio de segura tempestad, que casi se desencadenaba ya sobre la cabeza de la muchacha. Poco tiempo trascurrió antes de llegar al Parque Verde la prueba notoria en una segunda carta. Después de algunas palabras de cortesía y afecto, expresábase así la joven: “¡Si me

viese! ¡Cuán trasformada estoy! Pero imagino que no me verá tan pronto. En el invierno que viene ansiará ver otro cielo que el de Nápoles. De todas maneras, si llegára en sus viajes á esta ciudad, seguramente no me hallaría en el palacio de Chiaia, ni al encontrarme reconocería el semblante de aquella su amiguita que llamaba hermana é hija. ¡Tanto he padecido! Me asombro de no haber echado canas. Todo á mi alrededor vacila: no me atrevo á mirar el pasado ni el porvenir. ¡Quién sabe lo que será de mí! Para serenar mi mente, perturbada por negros presentimientos, fijo la consideración en mi señora Ana; me acuerdo además de sus deliciosas hijitas, Clara y Clemencia, siempre apacibles como su inocencia; y para dar descanso mi corazón triste, imagino estrecharlas contra mi seno una tras otra, y darles un ósculo, rogando á Dios que aparte siempre de su cabeza inocente las terribles desgracias que afligen mi juventud. Dígaselo por favor, y me crea en todo evento, su *sincerísima y afectuosísima* amiga,—*Julia de los Laureles.*”

Al leer esta carta, no pudo dudar Mistress Needle de que algún imprevisto revés de fortuna había herido á su amiga pre-



sincera alma de Julia. Entre tanto el estío se acercaba y veíase no léjos la canícula, sin que Julia ni el conde, su padre, diesen señales de vida. Mistress Needle provocó al conde con una misiva fechada en el Parque verde, llegando á vuelta de correo la contestación. Era cortés y breve; manifestaba su disgusto, y la necesidad dolorosa de no cumplir la palabra que había dado, por culpa de asuntos urgentes. Julia metió dentro un billetito afectuoso, y nada más.

Mistress Needle sospechó que mediaba probablemente un misterio.

V.

¡POBRE JULIA!

El misterio sospechado por Mistress Needle en las cartas del conde de los Laureles y de Julia, existía desgraciadamente: era un indicio de segura tempestad, que casi se desencadenaba ya sobre la cabeza de la muchacha. Poco tiempo trascurrió antes de llegar al Parque Verde la prueba notoria en una segunda carta. Después de algunas palabras de cortesía y afecto, expresábase así la joven: “¡Si me

viese! ¡Cuán trasformada estoy! Pero imagino que no me verá tan pronto. En el invierno que viene ansiará ver otro cielo que el de Nápoles. De todas maneras, si llegára en sus viajes á esta ciudad, seguramente no me hallaría en el palacio de Chiaia, ni al encontrarme reconocería el semblante de aquella su amiguita que llamaba hermana é hija. ¡Tanto he padecido! Me asombro de no haber echado canas. Todo á mi alrededor vacila: no me atrevo á mirar el pasado ni el porvenir. ¡Quién sabe lo que será de mí! Para serenar mi mente, perturbada por negros presentimientos, fijo la consideración en mi señora Ana; me acuerdo además de sus deliciosas hijitas, Clara y Clemencia, siempre apacibles como su inocencia; y para dar descanso mi corazón triste, imagino estrecharlas contra mi seno una tras otra, y darles un ósculo, rogando á Dios que aparte siempre de su cabeza inocente las terribles desgracias que afligen mi juventud. Dígaselo por favor, y me crea en todo evento, su *sincerísima y afectuosísima* amiga,—*Julia de los Laureles.*”

Al leer esta carta, no pudo dudar Mistress Needle de que algún imprevisto revés de fortuna había herido á su amiga pre-



dilecta de Nápoles. Contestó con las más tiernas palabras de conmiseración que le sugería su espíritu gentil y sensible, así como con las expresiones más ardientes de amistad inviolable. Prometió ir á Nápoles en el próximo viaje invernal, cosa muy fácil para ella, teniendo el propósito de volver un año á Italia: dijo, por tanto, á Julia que le mandase su nueva dirección, á fin de que no bien llegára, ella y sus hijas la pudiesen ver y consolar en sus aficciones, consolándose además de su larga separación. Así escribió la señora Needle; quiso, á mayor abundamiento, que cada una de sus pequeñas añadiese al pie de la carta una línea. Quizá veremos en breve qué impresión causó en el espíritu de Julia este amoroso lenguaje de la piadosa inglesa, y á qué designios condujo.

Aun no habían trascurrido del todo dos semanas, cuando Mistress Ana, como de costumbre, daba en su quinta lección de protestantismo á sus hijas. Hallábanse sentadas éstas en dos escaños frente de su madre, que tenía delante una hermosa mesa, en la que se hallaba una biblia en folio, abierta y apoyada con religiosa majestad sobre un cojin de seda encarnada con grandes flecos de oro. La señora leía

muyseria y ensimismada un pasaje del cap. xxv de San Mateo, infundiéndole, digámoslo así, versículo por versículo, en el corazón de sus hijas con todo el celo posible y con ternura maternal. Interpretaba prácticamente aquellas frases: “Yo tuve hambre y me dísteis de comer.”— Debemos, decía, entender en su verdadero sentido estas palabras de Dios, y nosotros con doble motivo, porque las podemos cumplir, por abundar en bienes de fortuna. No debéis creer, hijas mías, que hable aquí la biblia sólo del pan y de las patatas que por el *impuesto de los pobres* pagamos en favor de las *workhouses*, no; aquí se alude al pasto del espíritu, que debemos proporcionar al que lo necesite. Se requieren biblias y más biblias; así como hacerlas llegar, á poco precio, á las manos de todos, dándolas é imponiéndolas, si es posible, á cada uno de los hombres “sentados en tinieblas y en sombras de muerte:” por esto consigna Dios la obligación de concurrir voluntariamente con las cuotas anuales á la obra de las sociedades bíblicas, y al aumento de los misioneros. ¿No os alegráis vosotras al oír en las relaciones de la prensa que los feroces habitantes de Honololú leen los salmos de David



y ensalzan al Señor en la lengua de su país? Ciertamente, sí, es el más bello triunfo de la Alta Iglesia, triunfo negado á los papistas. ¡Demasiado escasa corre la palabra de Dios bajo la tiranía del Papa! Si no porque nosotros derramamos millones de biblias en los países católicos, manteniendo con grandes gastos misioneros, almaceneros y vendedores; ¡desventurados papistas! Nacerían y morirían sin gustar nunca “el consuelo de las escrituras,” quedando en su virtud, envueltos siempre en las tinieblas de la superstición y del pecado.

—¡Oh! ¿Cómo se pueden salvar los que no saben leer? preguntó Clemencia, que tenía una mente muy despejada y un corazón muy bello.

La piadosa madre no había previsto esta dificultad, gravísima en sí, aunque apenas indicada por el buen sentido de una niña. No pareciéndole honroso mostrar vacilación, dió un largo rodeo y se puso á enaltecer la providencia de Dios, que á sus elegidos da la luz de sus ojos para que vean y lleguen á leer. Añadió: “En cuanto á vosotras, Clara y Clemencia, os ha concedido el favor de la óptima educación cristiana, que procuro daros con ahinco.” Volvió después á la explicación

literal del texto bíblico, y expuso con menos error la belleza de las obras de misericordia corporal, con que se socorren las diferentes necesidades de los hermanos. Así, la pobre Mistress Ana daba la leche y el veneno á sus hijas, amontonando groseros errores y viles calumnias con alguna buena y santa verdad. Difundía los primeros por culpa de su secta, así como estas verdades por su corazón, tan noble como caritativo, sin apercibirse de que iba enseñando á sus hijas el modo de renegar del artículo noveno de la iglesia anglicana, donde se dice que nos justificamos por la *sola* fe, y del décimocuarto, donde las obras de supererogación se proscriben como verdaderas “impiedades”

En el momento en que la señora Needle se dedicaba con más ardor á la predicación de la “doméstica iglesia,” como llamaba “bíblicamente” á su familia, compareció el cartero en el dintel de la entrada del Parque con un pliego de cartas que remitían desde Londres, y con un paquete de diarios. En un abrir y cerrar de ojos aquél y éste pasaron por diez manos, llegando á la presencia de la castellana, elegantemente colocados en una bandeja de plata. Ninguna novedad interesaba tan gran-



demente su corazón como el arribo del correo; parecía á la solitaria mujer que refrescaba, por decirlo así, la vida, los conocimientos y las relaciones, cada vez que alguna persona distante pensaba en ella. Corrió su mano indeliberadamente al pliego, y el ojo á reconocer los sellos del correo. Pero se contuvo pronto, á fin de no interrumpir el ejercicio religioso sobre la biblia: únicamente después de concluida la lectura, y de haber sonado la hora prefijada, cogió las cartas. Una llevaba el sello de Nápoles.—¡Luego es de Julia! exclamó la señora Needle con afán sumo. Saltar de la silla y romper el sello temerosamente, al mismo tiempo que acercarse al alféizar de una ventana, fué obra de un instante. Fijó su vista en la carta con ansiedad; temía una nueva revelación de dolores y acertaba demasiado con sus presentimientos. He aquí lo que decía la desventurada Julia:

“Ilustrísima señora Ana: Sus demostraciones de afecto, así como el dulce saludo de sus amadísimas Clara y Clemencia, aliviaron las llagas de mi alma, como un bálsamo disminuye el escozor de la herida. Pero no las cicatrizaron; no es posible. Escribo solamente para dar un desahogo

a mi corazón angustiado, y para pedirle consejo. Mas ántes oiga lo que me ha sucedido. La quiebra de un banco, y de muchos bancos, complicada con un desastre en la Bolsa (¡nudo de calamidades!) ha envuelto á mi familia en la desventura. Es inútil entrar en los particulares: básteme decir que después de la desgracia, ó, mejor dicho, de la catástrofe, liquidado el haber, nos encontramos con setenta liras italianas al mes, para cinco personas. De mi dote materna, libre al parecer de todo contratiempo, y que debía estarlo realmente, me queda sólo la casa de recreo de la Sandía, que conoce: cuatro cuartitos y un jardín de limoneros, bajo un cielo verdaderamente encantador; en fin, una delicia para pasar medio día con el objeto de merendar, y nada más. Y sin embargo, nos parece una inesperada fortuna poder-nos refugiar allí, sin sufrir la tortura de una casa de alquiler en Nápoles. Adiós el palacio de Chiaia; adiós las habitaciones lujosas, los coches, las galas, los espectáculos, las tertulias y las reuniones propias de mi condición: vivimos secuestrados del mundo y de la sociedad. Mi único consuelo en tantas privaciones es no haber amado nunca demasiado, gracias á Dios,



las cosas que me ha quitado. Además del repentino decaimiento de nuestra fortuna, me desgarran interiormente otros infortunios, de que ansío borrar todo recuerdo, para no affigir (¿de qué serviría?) su corazón, y para no hacer mucho más cruel mi existencia.

“A tal extremo he quedado reducida. Así lo dispone Dios, siempre justo y benéfico, aun al castigar nuestras culpas. En vano examino todos los límites del horizonte: ningún punto se ilumina con la esperanza. Es cosa concluida. Necesito tomar un partido; ganarme mi pan. Mi familia ha gastado montones de dinero para mi educación, sin contar lo que rendían los frutos de mi dote materna: justo es que yo la reembolse, haciendo valer en favor de los míos lo que de ellos recibí; aun cuando el cumplimiento de mi deber me cueste una indecible humillación. Aunque no logre ayudarles, me proporcionará gran consuelo no disminuir el pan, tan escaso, de la mesa de mi padre, de mi madre y de mis hermanos. Resuelta estoy á sacrificar mi amor propio en el altar del cariño filial, y, pues Dios lo quiere, á cumplir el sacrificio sin llanto y sin límites. Seré con gusto dama de compañía, profesora, aya,

camarera, todo. Solamente que para no apurar la hiel más amarga del cáliz, desearía servir léjos de mi patria y de mis conocidos. Si V. S. confirmase mi elección preferiría la Inglaterra. Conoce bastante mis habilidades: no son muchas, pero las emplearé todas.

“Si V. S., además de aconsejarme, se digna pronunciar alguna buena palabra con el fin de acomodarme con alguna familia católica (¡vea qué demanda, pero conozco su corazón!), le besaré las manos por el insigne beneficio. Rogaré á Dios que se lo pague, alejando de Clara y de Clemencia toda desventura. Puede hablar de mí como de persona nacida en el servicio para que se le ocurra proponerme: quisiera que ignoráran todos en mi nuevo estado que mistress Ana Needle me llamaba en otros tiempos amiga, y que yo era entonces la condesita *Julia de los Laureles*.”

Mistress Needle, á medida que avanzaba en la lectura se identificaba con Julia, y sentía una especie de mano que más violentamente cada vez dificultaba su respiración; el corazón se le hinchaba de lágrimas, que salían silenciosas, pero á largos raudales, por sus ojos. Puso al fin la carta en la mesa de la biblia, exclamando:



—¡Pobre Julia!—Y se dejó caer con todo su peso sobre la silla próxima. Poco después volvió á tomar el papel, leyólo de nuevo meditando cada sílaba y midió por todos sus lados la profunda desgracia de la joven. Se la representó tal como la conociera pocos meses ántes, á saber, en la flor de su vida, con todos los encantos de su edad, refulgente por su inocencia y por su brío virginal, segura, en fin, y radiante sobre la senda del porvenir; parangonóla después con la presente situación, imaginándola decaída, escuálida, entristecida y necesitada de pan, lanzando en su virtud suspiros lamentosos:—¡Pobre Julia! La primera vez que había encontrado una amiga verdadera, que me amaba, y á mi familia, con sinceridad y desinterés, debo sufrir la pena desgarradora de verla delante de mí en una especie de abismo. ¡Pobre Julia!

Entre tanto, llegaba la hora del desayuno; sus pequeñas entraban en el salón, acariciándola como de costumbre: sólo sabía responder:—¡Pobre Julia!

Clemencia, que era la mayorcita, preguntó:—¿Pero por qué?

—¿Te acuerdas de aquella querida lady

Julia, de Nápoles, que te hacía tantas fiestas y te enseñaba tan lindas cosas?

—Si, bien: ¿ha muerto?

—No ha muerto, mas casi le ha sucedido una desgracia mayor... ¡Figúrate que ha quedado despojada de todo y reducida á la pobreza! ¡Tan hermosa! ¡Tan joven! ¡Tan buena! ¡Pobre Julia!

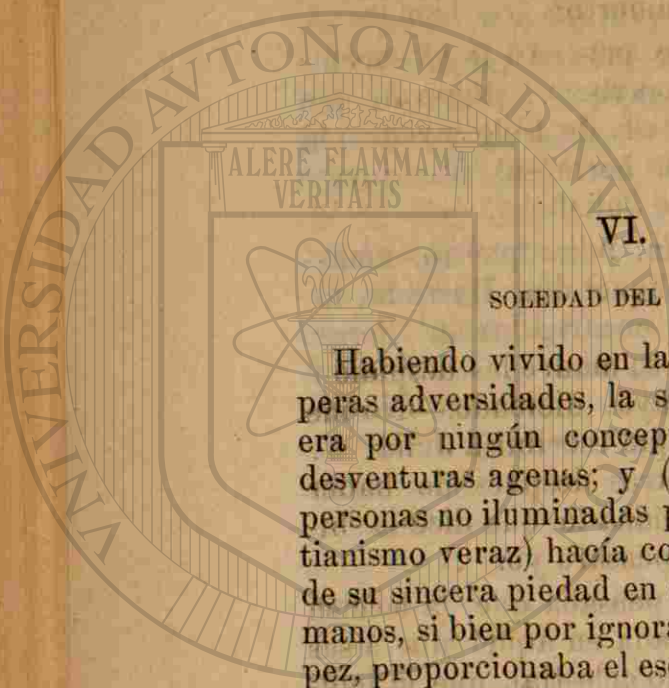
La carta de Julia, por supuesto, amargó el desayuno de aquel día. Hasta las niñas tenía los ojos encarnados de llorar. Después de comer, su madre las despidió y las hizo ir con su aya, diciendo:—No me distraigais: tengo que escribir á Julia... ¿Qué le direis vosotras después de haber estudiado esta mañana lo que dice la biblia...? Basta: lo pensaré yo.

Mistress Needle pensaba que la lección de la biblia explicada en aquel día á sus hijas era un consejo celestial, que la indicaba de antemano lo que hacer debía:— ¡Es preciso que socorra yo á mi pobre amiga!



y por la de su difunto, se dedicó á la educación de su familia con incomparable amor, poniendo sobre las tres blondas cabecitas todo su afecto para el presente y para el porvenir. Con resolución y constancia desdeñó todas las proposiciones de ventajas ó de goces personales.

Los dulces cuidados maternales derramaban algunas flores por la calle solitaria de su viudez precoz; pero sin embargo sentía grandemente que se debilitaran á su alrededor los vínculos de las sociales relaciones. No bien se fué divulgando su irrevocable propósito de rechazar nuevos lazos, los amigos que frecuentaban sus reuniones y tertulias en Londres, como también su quinta de recreo en los valles de Northumberland, se fueron alejando insensiblemente, trasformándose en simples conocidos. Sólo permanecieron fieles algunos padres y madres de familia, que formaban lejanos planes sobre sus hijos. Se acostumbró á la quietud, no sin un arcano sentimiento de melancolía: parecíale su sistema de vida semejante al curso de una barquilla que surca un lago deleitoso, á quien nadie aguarda en el puerto. Quizá cuando llegasen sus hijos á la pubertad, florecerían nuevamente para ella las rela-



## VI.

## SOLEDAD DEL ALMA:

Habiendo vivido en la escuela de las ásperas adversidades, la señora Needle no era por ningún concepto insensible á las desventuras ajenas; y (cosa rara en las personas no iluminadas por la luz del Cristianismo veraz) hacía consistir gran parte de su sincera piedad en socorrer á sus hermanos, si bien por ignorancia, en lugar del pez, proporcionaba el escorpión frecuentemente. A medida que la fortuna contraria redobló sus golpes contra ella, se confirmó en el propósito de cumplir sus deberes. Su esposo querido, por no decir adorado, murió cuando más podían florecer sus esperanzas humanas, dejándola viuda con tres hijos, de los cuales el primogénito era varón. Mistress Needle, joven aún (tenía treinta años), rica por su inmensa fortuna



ciones sociales; pero por entonces, fuera de su palacio, nada se movía en el mundo que hiciese vibrar las fibras de su corazón.

A la verdad, las dos muchachas le habían sentir suaves delicias. Al parecer habían heredado la rectitud de su corazón, dispuesto al bien naturalmente: iban creciendo á sus ojos según las deseaba, y semejantes á ella, que había sido á su edad una cándida criatura, sólo ansiosa de complacer á su madre. Por el contrario, John, el primogénito, ya llegado al fin de sus estudios, y no distante de la mayor edad, que lo constituiría jefe de la casa, le daba mucho en que pensar. El pobre había nacido en la India, enfermado desde su nacimiento por un susto grandísimo que su madre sufrió cuando aún le llevaba en su seno, al atravesar el Ganges, á causa de un cruel cocodrilo que se lanzó á su barea. Por añadidura, el clima destemplado de aquellas regiones le perjudicó, pasando en su virtud, toda su infancia flaco, y con peligro. Llegada la edad de los primeros estudios, poco ó nada pudo aprovechar, atendidas las frecuentes vacaciones por su salud vacilante completamente necesarias. Suplía, sin embargo, con su inteligencia y con su deseo ardiente de aprender. De

aquí nueva ocasión de temores para su madre. John vivía mucho más sumergido en los libros de lo que demandaba su edad, y era poco aficionado á la conversación, impenetrable, sombrío, taciturno é incapaz casi de una sonrisa. ¿Tenía corazón para su madre? ¿Para sus hermanas? ¿Quién podía saberlo?

¡Cuánta luz de resignación hubiera irradiado en el alma frecuentemente afligida de la pobre señora la suave mística del catolicismo, si hasta ella hubiese podido resplandecer! Mas los bálsamos secretos que brotan de las fuentes del Dios crucificado no llegaban á sus heridas. A saber proporcionarse algún alivio, lo hubiese hallado en un oratorio devoto de su casa, y en un altar donde hubiera descendido de cuando en cuando la inefable Víctima! ¡Lo hubiese hallado además en las horas de mayor angustia, rezando allí con fervor el *Via-Crucis!* ¡Lo hubiese hallado, en fin, reuniendo por la noche á su familia, y hablando con el Padre celestial del eterno destino, como también de la felicidad del otro mundo! No conocía las deliciosas lágrimas de un fiel arrepentido, que aguarda el perdón de sus culpas en el tribunal de la pe-



nitencia; ni los celestiales gozos de un alma pura, convidada al banquete angélico; ni las horas silenciosamente absorbidas delante de una imagen de la Virgen divina de los Dolores; ni la pura voluptuosidad, en fin, que las cristianas generosas encuentran cuando enjugan el llanto de los pobrecitos. Era, sí, espléndida cuando se trataba de auxiliar á los necesitados: pero no había sabido nunca leer en la Biblia, junto al precepto de la limosna material, el de la limosna del corazón: "Estuve enfermo, y me visitásteis;" ni mucho menos saborear aquella sublime frase, que contiene sin duda el germen, la llama y el gozo de la caridad católica: "Lo que hicisteis al último de los míos, conmigo lo hicisteis."

La triste señora, en las secretas luchas del alma, ora dominada por la melancolía, ora por los temores de la eternidad, no conocía otro amparo que la Biblia; en los ministros de su culto no descubría realmente más que operarios de las cosas sagradas y predicadores de los hermanos, sin reconocerles misión alguna celestial para explicar autorizadamente las Escrituras, establecer la conducta moral que debían seguir las almas, ó aclarar las cosas de su conciencia.—Debo juzgar la doctrina de

los ministros, decía en su corazón, según lo que leo en la Biblia. . . El séptimo artículo de la confesión de la Alta Iglesia dice que no es necesario para salvarse lo que la Escritura no revela. . . ¿Cómo? ¿Se habrían de aceptar los propios artículos si no estuvieran contenidos en la Escritura? No. . .; veo que los anglicanos de América han rechazado con la Biblia el símbolo de San Atanasio, que admitimos nosotros los de Inglaterra: es más; han corregido con la Biblia el propio símbolo de los Apóstoles; evidente señal de que no tenemos otra guía, ni otra irrefragable autoridad que la palabra de Dios.—Y la pobre pietista se abandonaba con ímpetu á su Biblia, sobre todo en sus días más sombríos y desolados, no apercibiéndose de que ciega mente creía en los treinta y nueve artículos, suponiéndolos fundados en la autoridad de la Escritura; pero que para distinguir las Escrituras dictadas por Dios de las hechas por los hombres, no tenía más apoyo ni criterio que los propios treinta y nueve artículos.

Lo peor era que para disminuir las fluctuaciones de la mente dudosa, y para enjugar las lágrimas de su corazón, la Biblia le proporcionaba muy escaso consuelo, por



ser un libro mudo y árido, como las heladísimas obras ascéticas de sus *correligionarios*, que con sumo cuidado hacía venir de las librerías de Londres. Una de sus amigas, ardiente puseista, habíale ofrecido la *Filotea* de San Francisco de Sales, por ser un tratado de moral, de lectura dulce, al par que algunos tomos de Faber, entonces publicados, con gran aprobación de los católicos y de muchos protestantes de buena fe. Mistress Needle desfloró algunos capítulos aquí y allá, mas luego notando que aumentaba desmedidamente el atractivo de tales obras, las arrojó lejos de sí, creyéndolas peligrosas para la pureza de su fe.

En el propio Evangelio no encontraba sino un código de leyes, esparcidas á la ventura, á que creía deber sujetarse rígidamente, so pena de sentirse culpable en conciencia, y merecedora de las divinas venganzas. Mas el ternísimo relato de la infancia del Salvador no avivaba su devoción un punto más que las otras historias sagradas: estaba sumamente distante de los delicados afectos que despierta en un corazón católico la vista de un Niño Jesús en los brazos de su divina Madre; pintura que inspiró el sagrado texto de

San Lucas. Un poco más la seducían las narraciones de los admirables perdones otorgados por Jesucristo, unas veces á los pecadores, y otras á las pecadoras; procuraba notar en ellos las consecuencias de la fe, que purifica el corazón y borra las culpas; pero el "amó mucho" de la Magdalena era ininteligible é impenetrable para ella: el amor inmenso á la Persona infinitamente amable y adorable de Jesucristo no había jamás arrebatado su espíritu al abandono ardiente y confiado, efecto común de la piedad católica. Más que sentir en sí el misterio del perdón divino, se confirmaba en el convencimiento de su vida immaculada, en que hacía estribar prácticamente la principal confianza en su salvación, bien que en teoría la refiriera sólo á la fe según los principios de su secta. Maravillábase alguna vez de las expresiones de ternura que solía encontrar en algunos libros católicos sobre los dolores del Hombre-Dios.—¿Cómo? decía: soy tan cristiana como lo puede ser cualquiera de los cristianos; sé de memoria el Evangelio de la Pasión, y respeto á mi Redentor; mas tales sentimientos no hallan cabida en mi corazón: El Cristo se adora, no se com-padece.... Sus padecimientos, más que



otra cosa, se deben admirar, bendecir y exaltar, por ser la prenda de la salvación: esas ternuras, por el contrario, sólo tienden á disminuir la majestad del divino Mediador, á empequeñecerlo y formarle según el modelo de la humanas criaturas: no hay dignidad en semejantes devociones. Para decirlo en breves palabras, el *consuelo de las Escrituras* pocas y ténues gotas de bálsamo derramaba en su corazón, ávido de luz, de auxilio y de seguridad.

A inquirir profundamente la causa oculta de tan doloroso desengaño, hubiera descubierto en sí misma un sutilísimo veneno de orgullo que serpenteaba en su corazón, robándole lo divino de las divinas Escrituras. Además de no recibir su Biblia de la Iglesia, infalible Maestra de la palabra auténtica de Dios y de su sentido, sino solamente de una secta humana y falaz, que hizo en el sagrado código deshonestas mutilaciones, mistress Ana, siguiendo el espíritu de la rebelión anglicana, dedicábase á la lectura como si pusiera el oído para escuchar un oráculo, cuya significación le correspondiera inquirir. Sucedió que, lejos de conocer mejor la verdad ya poseída y averiguada por conducto del vivo magisterio de la Iglesia, vagaba por aquellas

páginas difíciles de comprender, como si fuese árbitra soberana de la religión, siempre ansiosa de reunir las verdades de la fe y los preceptos de la moral, así como de levantar un edificio de creencias, en el cual se imaginaba resumir el Verbo de Dios, sin que resumiera más que sus propias opiniones sobre Jesucristo.

De aquí su maravilla cuando un mismo pasaje le dejaba un sabor completamente distinto del de ayer; se sorprendía tácitamente si alguna prescripción evangélica se le presentaba delante como un precepto absoluto; poco segura de la interpretación, comenzaba después á vacilar y á tener dudas, para concluir limitándolo á un simple consejo. De todas maneras, abrazaba el último parecer como el inmejorable, y como una nueva luz del Espíritu Santo, tranquilizándose con el testimonio de su buena conciencia.—Tú buscas, decíase á sí propia, la verdad sinceramente.—La impresión vaga, aérea, levísima que quedaba en su espíritu, al desaparecer la claridad de la luz cuando más ansiosamente la seguía con su mirada, y las vacilaciones sobre todas las cosas, sin contornos declarados y precisos entre la verdad y el error, atribuías á la propia condición de las doc-



trinas religiosas. Infería, en su virtud, la necesidad del libre examen, en fuerza del cual las más rídiculas y contradictorias opiniones descansan tranquilas y fraternalmente agrupadas al pie de la Biblia, condenando sólo á los papistas, que pretenden determinar el sentido de la palabra de Dios; más que á estos veía con malos ojos á los puseistas, tráfugas de la Alta Iglesia, papistas en todo menos en confesarse tales.

En el ínterin, no hallando entre sus internas dudas el consuelo eficaz que deseaba, lo conseguía con frecuencia voluntariamente distraeyendo su espíritu. Su ánimo, esquivo naturalmente y reservado, no le permitía precipitarse en el torbellino de las tertulias alegres: aborrecía las diversiones ruidosas: después de quedar viuda, no se presentó en bailes ó en reuniones de cumplido, ni siquiera en el gran *derby*, fiesta de los caballos, de precepto para todos los ingleses de pura sangre. Sólo alguna que otra vez comparecía en el palco de un coliseo para oír alguna de las óperas muy encarecidas, por ser desde muy niña sobre toda ponderación apasionada de la música; ni llevaba nunca á sus hijas al teatro si antes no había ido en persona

para examinar minuciosamente la representación, las decoraciones, el baile y todo. Privada, pues, en gran parte de los placeres del mundo, buscaba distracción en la naturaleza, en los viajes y en el estudio de las costummbres extranjeras. Tal era la secreta causa que le hacía pasar gran parte del año lejos de su suelo nativo. No queriéndola confesar á sus amigas, ponderaba la necesidad de un aire más clemente para sus pequeñas, y su propósito de procurarlas mayor variedad de ideas civiles y religiosas.

Sólo que sus peregrinaciones por los países católicos, en vez de disminuir su aversión al catolicismo, habían hecho que fuese mayor. Embebida como estaba en preocupaciones profundamente arraigadas, no sospechando ni remotamente que vivía en el error, cuanto descubría en los católicos lo interpretaba de mala manera, y lo entendía según las calumniosas aseveraciones de los protestantes. Cuando no podía desaprobár sus usos y costumbres, por ser honestos evidentemente, suponía intenciones ocultas, odiosos designios interesados y velos de hipocresía; á lo menos explicaba el poco bien innegable, atribuyéndolo á excepción. Por el contrario, todo



lo malo que hallaba atribuía á la corrupción propia del papismo, mientras indulgente hasta el exceso, disculpaba las miserias de los países protestantes. Habiendo así recorrido y aun habitado en diversas ciudades de España, no le quedó más impresión que la de un pueblo altivo y salvaje por su fanatismo; en Italia hábiale parecido ver el país de la superstición; en Francia tachaba claramente á sus moradores de frívolos é irreligiosos; en Irlanda todo hedía en su concepto á embriaguez, que campeaba sobre una miseria viciosa y brutal; cada vez que daba una carrera á través de la Europa, volvía al hogar patrio más profundamente devota de la Alta Iglesia, con mayor vanagloria por no ver á su alrededor alguna de las odiosas papistas que habíanla escandalizado en alguna parte.

No se había dado nunca el caso de que la desdeñosa pietista hubiese vislumbrado alguna luz de los esplendores admirables de la sociedad verdaderamente católica: ni la fe divina, cierta é indudable, y una en todos los pueblos; ni el acuerdo del episcopado con el Obispo de Roma, ó la unión del clero con su obispo propio, y de los seglares con el clero; ni la vida enérgica de la

religión que recorre las venas del gran cuerpo universal, manifestándose en el culto exterior, uniforme en todas partes, y en demostraciones variadísimas de piedad; ni el celo puro de los sacerdotes católicos, dedicados á la santificación de los fieles; ni la multitud de las limosnas que baja voluntariamente de las manos de los ricos, y aun de los no ricos, para sostener el culto y aliviar la pobreza de los hermanos; ni los triunfos heroicos de la caridad, que consagra su vida á los enfermos, á los huérfanos y á los desventurados de todas clases; ni la pureza de las costumbres en el seno de las familias temerosas de Dios; ni el gran número de éstas, ya en las ciudades, ya en los campos: joyas bellas que brillan en la corona augusta de la Iglesia católica, poniendo de realce su perenne santidad y su mística unión con Jesucristo, su Esposo celeste. Estos tesoros deslumbradores de luz para toda imparcial mirada, no atraían la consideración de mistress Needle, por ofuscar su vista el odio, el desdén y el desprecio, que tomaba por cariño á su propia religión.

Tanto más las nubes del error se condensaban cerca de su persona, cuanto en sus viajes no había intentado



se de las condiciones íntimas de los aborrecidos papistas. Todas sus acciones juzgábalas de lejos, desde lo alto de su ciencia bíblica y por las apariencias cogidas al vuelo, hallándose ya persuadida de antemano para descubrir sólo desórdenes, abusos y corruptelas. Ni las personas con las cuales estrechaba vínculos de amistad podían desengañarla, porque, fuera de sus paisanos protestantes, no hablaba con nadie; si las circunstancias la inducían á tener alguna relación con los católicos, su costumbre invariable era no tocar nunca el punto de la religión, y no sufrir que otros lo hicieran. De modo que absolutamente no tenía más noticia religiosa que la que le suministraba su biblia, entendida según su propio capricho, pero con buena fe: ni más luz práctica en sus morales dudas que la teología fabricada con sus lecturas. Sentíase sola, solitaria y aislada en el sendero de su salvación, lo cual arrancábale algunos gemidos; pero, sin poder imaginar que sobre la tierra pudiera existir otra condición para un cristiano.

Fué una especie de milagro que en su voluntario aislamiento llegase, por decirlo así, á sorprenderla su amistad casual con la joven papista Julia de los Laureles. No

alimentaba propiamente intolerancias profundas, sino más bien relaciones de afecto y de servicio recíproco; habiendo hallado una vez su alma otra joven que rebosaba de cariño sincero, no puso término á la correspondencia, y gustó por la vez primera lo suave de la amistad, abandonándose á ella con todo el atractivo de un afecto dulce, nuevo é inesperado. Quien le hubiese dicho que el germen del vivo amor que le demostraba Julia era sólo un movimiento de caridad católica, y un intento noble de salvar su alma hermosa como también las de sus hijas, la hubiera hecho retroceder como si se tratase de una gran paradoja. De todas maneras, la gentil muchacha había sabido entrar tan adentro de su corazón, que reinaba en él aun de lejos. De aquí la impresión extraña y el terror de mistress Needle al recibir el anuncio de la irreparable desventura de Julia. Disminuido un tanto el primer ímpetu de la pena tumultuosa, hizo su oficio la razón, se puso á reflexionar, y concibió un plan luminoso y pío:—¡Quién sabe, decía, si la pobre Julia, que tiene un espíritu tan recto, sacará ventaja de su infortunio. .! Quizás la Providencia le dispone el camino para la luz del Evangelio. . . lejos de la atmós-



fera pestífera del papismo, podrá descubrir por sí misma el buen camino... ¡qué placer para mí!... En todo evento, como educadora, sería siempre un precioso regalo para una familia católica. ¿Y en mi casa...? ¿maestra de Clara y de Clemencia...? Pero á la larga, ¿no podría escapársele algún principio erróneo que turbase la paz religiosa de mi familia? Sí... no... —

Mistress Needle tomó la pluma para contestar á la condecita, sin saber lo que á la pluma dictaría su corazón... y escribiendo lloraba.

## VII.

### LOS EMPOBRECIDOS.

La contestación de mistress Needle á Julia fué la siguiente:

“Amiga: Ignoro lo que yo escribiré en esta carta. Tu desgracia perturba mi mente y destroza mi corazón: te contesto con los ojos vacilantes, velados por las lágrimas. Vuela, vuela, hermana mía dulce, vuela á mis brazos; sentirás cuán fuertemente mi corazón late por tí. Es imposible que no se halle algo que te convenga: se hallará. Procura sólo venir. Pero aca-

só no te sea fácil hacer un viaje tan largo, sola por completo. Será mejor que me aguardes. Cuarenta ó cincuenta días, y partiré. Es forzoso que continúe aquí este tiempo, hasta que mi John sufra el examen de curso: quiero llevarle conmigo. Nos consolaremos recíprocamente: tú perdiste la fortuna, y temo yo perder mi hijo, mi primogénito, mi todo. Me espanta mirarlo. Los médicos me imponen la obligación de apartarle por ahora de los estudios y de hacerle pasar el invierno bajo un cielo clemente. Luego en Italia. A primeros de Octubre te mandaré mi dirección precisa de Turín. Te será fácil unirte conmigo allí. Volveremos á darnos un abrazo, y se fijará el sitio de la cura invernal. Entonces tendré un poco coordinadas las ideas, confusas ahora por tan crueles accidentes, y se podrá madurar mejor el partido para tí. Tanto por si te determinas á venir á encontrarme al Parque verde, como por si te place mejor reunirte conmigo en Turín, envío treinta libras esterlinas al consulado inglés, que te serán entregadas haciendo ver tu tarjeta de visita, y dejando recibo. Clara y Clemencia te mandan un beso. ¡Pobres niñas! ¡Si hubieses visto el efecto que les han causado tus noticias!



fera pestífera del papismo, podrá descubrir por sí misma el buen camino... ¡qué placer para mí!... En todo evento, como educadora, sería siempre un precioso regalo para una familia católica. ¿Y en mi casa...? ¿maestra de Clara y de Clemencia...? Pero á la larga, ¿no podría escapársele algún principio erróneo que turbase la paz religiosa de mi familia? Sí... no... —

Mistress Needle tomó la pluma para contestar á la condecita, sin saber lo que á la pluma dictaría su corazón... y escribiendo lloraba.

## VII.

### LOS EMPOBRECIDOS.

La contestación de mistress Needle á Julia fué la siguiente:

“Amiga: Ignoro lo que yo escribiré en esta carta. Tu desgracia perturba mi mente y destroza mi corazón: te contesto con los ojos vacilantes, velados por las lágrimas. Vuela, vuela, hermana mía dulce, vuela á mis brazos; sentirás cuán fuertemente mi corazón late por tí. Es imposible que no se halle algo que te convenga: se hallará. Procura sólo venir. Pero aca-

só no te sea fácil hacer un viaje tan largo, sola por completo. Será mejor que me aguardes. Cuarenta ó cincuenta días, y partiré. Es forzoso que continúe aquí este tiempo, hasta que mi John sufra el examen de curso: quiero llevarle conmigo. Nos consolaremos recíprocamente: tú perdiste la fortuna, y temo yo perder mi hijo, mi primogénito, mi todo. Me espanta mirarlo. Los médicos me imponen la obligación de apartarle por ahora de los estudios y de hacerle pasar el invierno bajo un cielo clemente. Luego en Italia. A primeros de Octubre te mandaré mi dirección precisa de Turín. Te será fácil unirte conmigo allí. Volveremos á darnos un abrazo, y se fijará el sitio de la cura invernal. Entonces tendré un poco coordinadas las ideas, confusas ahora por tan crueles accidentes, y se podrá madurar mejor el partido para tí. Tanto por si te determinas á venir á encontrarme al Parque verde, como por si te place mejor reunirte conmigo en Turín, envío treinta libras esterlinas al consulado inglés, que te serán entregadas haciendo ver tu tarjeta de visita, y dejando recibo. Clara y Clemencia te mandan un beso. ¡Pobres niñas! ¡Si hubieses visto el efecto que les han causado tus noticias!



Aun tienen los ojos encarnados de llorar. Te quieren mucho de veras.... Mas ¿de qué sirve que reserve para el porvenir mis designios? El corazón me manda (y dicen que el corazón de las madres no se equivoca), el corazón fuérame á decirte que aquellas dos amadas criaturas estarían bien en tus manos, y que tú en mi casa serías como la piedra del anillo. Yo les enseñaría la religión, y en cuanto á lo demás harías tú de maestra, de aya, de madre. Te las confío desde ahora si quieres. Ház-melas buenas, como eres buena tú: no pido cosa mejor. ¡Oh qué carta tan mal escrita! Esto que te digo al fin te lo debería decir ante todo. No sé dónde tengo la cabeza. Mas el afecto del corazón está firme y seré siempre tu *amiga aficionadísima*.—  
*Ana Needle.*"

Es fácil imaginar cuán dulcísimo consuelo derramó en el alma entristecida de Julia esta tan pronta, tan tierna y tan noble contestación. Si había querido antes á la inglesa por las muchas bondades que descubría en ella, y por aquel interés que acompañaba naturalmente su deseo de convertirla á la religión católica, añádase ahora á los otros motivos la deuda de la gratitud que es el sentimiento más suave y

fuerte de todo espíritu gentil. Tomó la carta, y levantándola hacia el cielo:—¡Oh Madre divina! exclamó: recompensad vos esta pobre protestante. Le quisiera dar algo de mi paraíso: es demasiado buena, y no se debe perder.... El cielo me parecería escaso de gozo, sin ella junto á mí.... Quiero que se salve.—

Julia fué á manifestar su propósito á su padre. El conde Octavio nada sabía; ni hábale pasado por la imaginación que su hija pensara en salir de su lado, á fin de alejarse de la familia; mucho menos sospechaba que hubiera llegado al punto de negociar semejante trato. Su primera palabra fué llamarse ofendido en su altivez de caballero; por consiguiente, desde las primeras indicaciones se atufó, y puso muy mal semblante á su hija generosa. No bien supo que había escrito á la señora inglesa, se salió de sus casillas, y dijo con visible aspereza:—Antes de poner la pluma en el papel, debiste contar con tu padre. Te hubiera dicho que mientras me llame yo el conde de los Laureles, no permitiré que mi sangre lleve librea. Lo que más me disgusta es que hayas divulgado fuera de casa estos desatinos. Es una indignidad,



que no esperaba de Julia, para colmo de mis pesares. Escribiré yo para retractar tus proposiciones y poner en claro que has perdido la cabeza. Que no me hables más del asunto, ¿entiendes?

Julia dejó pasar este primer anuncio de temporal, que casi, casi no le llegaba de improviso; después de permanecer un poco en silencio:—Padre mio, perdonadme, respondió con un gemido de paloma. Tenéis razón para inquietaros; pero también oíd mis excusas, y dejadme razonar un momento.

—Desatinar, más bien, desvariar, decir extravagancias.

—Escuchadme, y quizá convendréis conmigo en que, si soy loca, no lo soy tanto que merezca ser atada.—Al decir esto, tomó con muy buen modo las manos temblorosas de su padre, y, estrechándolas entre las suyas, continuó con voz suplicante:

—Si os hubiese hablado antes de la cosa, me habiérais impedido lo que juzgo que debo hacer por vos y por la familia. ¿No veís que yo sobro en la mesa común, pudiéndome ganar el pan por mí misma? Me avergüenzo cuando tomo mi plato de sopa.

—¿Qué me estás hablando de pan y de sopa? interrumpió el conde. Nos faltará lo

necesario á nosotros, pero á ti no te puede faltar. Esta casa de recreo es tuya: vale cuarenta mil liras como un ducado. No es una gran dote; mas bastará para colocarte honrosamente, cuando yo encuentre un mal empleo que me pague, si otra cosa no, el alquiler de la casa.

—¿Qué decís, padre mio? ¿Os parece? ¿Puedo pensar en estas bromas? ¡Echar de casa yo á mi padre y á mi sangre, para gozar de la dote con otra familia! Aunque me lo mandáseis, os desobedecería.

El pobre conde, desarmado y conmovido por estas dulces palabras, abrazó á su hija, diciendo:—Está bien, Julia: veo que amándote más que á todos mis hijos, no he colocado mal mi afecto.

—Si se tratase de afecto sólo, lo cambiaría con afecto; pero existen además los gastos de mi educación, gastos crecidos que...

—Son gastos de que no me arrepiento.

—Mas yo; además de que no os arrepintais de ellos, quisiera que os produjesen algo, ahora que la familia tiene suma necesidad. Mi madre, mi hermano y mi hermana se fatigan, languidecen, y no podrán seguir como ahora mucho. Si me quedo, seré una carga; si me voy, puedo ser un



alivio: á lo menos desaparecerá una boca de la mesa, y habrá una estancia más donde pueda respirarse.

—Oye, hija mía, dijo entonces el conde Octavio, enternecido; tendrías mil razones si fuera negocio de interés; pero existe algo más importante para mí que el interés, ó sea, el honor. He vendido, ya lo sabes, las tierras, el palacio, hasta el último clavo, sin vacilar un instante: con el honor no se transige.

—Lo comprendo, padre mío; ni yo, por ninguna cosa del mundo aceptaría una colocación en Nápoles; pero si fuera en el fin del mundo, ¿padecería nuestro decoro? Se dice que Julia se ha retirado en casa de algunos amigos, y todo corriente. Supongamos, además, si lo quereis, que los conocidos (¿quién se cuida ya de nosotros?) supiesen la cosa: me parece que no podrían decir de mí sino que me quería ganar honradamente un pedazo de pan para sacorrer á mis padres.... ¡Oh! No se ha desencadenado aún el domonio. ¿No fuera peor si se dijese que la desventura nos había envilecido, y que continuábamos sin hacer nada, vociferando contra la fortuna? Mientras que sufriendo nuestra suerte con dignidad, y luchando con ella del mejor

modo posible, podrá suceder que la Providencia nos ayude; podremos entonces cultivar un poco la edacación de Carlitos y de Mariquita (el hermano y la hermana paterna de Julia), á fin de que no salgan dos ignorantes; tendremos algo también para pagar un médico si sobreviene una enfermedad...

—Sería preciso pagarlo antes de que partieras; porque el día que en te viera salir de mi lado, no dejaría de caer en la cama.

—¡Dios no lo permita! No será cierto si entráis en razón.

—Está bien; pero entre tanto me quedaría sólo; entre tu madrastra y yo, bien notas que, después de estas desventuras, no hay armonía posible.

—Demasiado me quereis, padre mío, y Dios sabe cuánto me destrozará el corazón alejarme de vos; mas espero que la armonía será más fácil yéndome que quedándome. ¿De qué sirve disimularlo? Ella está siempre de humor negro conmigo, y.... Vamos, vamos, no hablemos del asunto.

El conde de los Laureles, impresionado grandemente por estas vivas razones, comenzaba un poco á desentenderse de la primera manía del punto caballeresco, y seguía defendiéndose débilmente:—¡Si á lo



menos, dijo, pudiera esperar que hallases una familia á propósito, segura, digna, que supiese apreciar el tesoro de que me privaría!

—Con el auxilio de Dios, hallaré más y mejor de lo que pudiérais desearme, sin que me falte amor ni compasión.

—Hija mía, repuso el pobre padre desconfiado, tú no conoces aún el mundo: si tuviéramos nuestro palacio y nuestras rentas, al más leve dolor de cabeza nos ahogarían con halagos: sabrás cuán amargo es el pan ajeno.

—Con todo, creo haber hallado ya casi un pan tolerable.

—¡Pues qué! ¿Te ha contestado la señora inglesa? ¿Te hace alguna proposición? ¿Por qué no me lo decías antes?

Julia sacó la carta de mistress Needle, y dióselas. Al infeliz conde le cayeron las lágrimas leyéndola. Se la devolvió diciendo:—Desvanece todas mis dudas. Es una providencia para nosotros y quizás también para ellas: yo te bendigo.

VIII.

#### UNA HISTORIA DE LÁGRIMAS.

Logrado el consentimiento de su padre, Julia volvió á escribir á su bienhechora, manifestándola sus sentimientos de gratitud, y diciéndola que prefería dirigirse incontinentemente á Inglaterra, atendida la muy feliz ocasión que se le presentaba de una familia escocesa que, volviendo á su patria uno de aquellos días, acompañaría hasta Newcastle, cerca del Parque verde. Calló por decoro las demás razones: esto es, que las estrecheces iban siendo tan extraordinarias en casa del conde de los Laureles, que no debía perder ni la más pequeña ganancia, y que por añadidura su padre no



menos, dijo, pudiera esperar que hallases una familia á propósito, segura, digna, que supiese apreciar el tesoro de que me privaría!

—Con el auxilio de Dios, hallaré más y mejor de lo que pudiérais desearme, sin que me falte amor ni compasión.

—Hija mía, repuso el pobre padre desconfiado, tú no conoces aún el mundo: siuviéramos nuestro palacio y nuestras rentas, al más leve dolor de cabeza nos ahogarían con halagos: sabrás cuán amargo es el pan ajeno.

—Con todo, creo haber hallado ya casi un pan tolerable.

—¿Pues qué! ¿Te ha contestado la señora inglesa? ¿Te hace alguna proposición? ¿Por qué no me lo decías antes?

Julia sacó la carta de mistress Needle, y dióselas. Al infeliz conde le cayeron las lágrimas leyéndola. Se la devolvió diciendo:—Desvanece todas mis dudas. Es una providencia para nosotros y quizás también para ellas: yo te bendigo.

VIII.

#### UNA HISTORIA DE LÁGRIMAS.

Logrado el consentimiento de su padre, Julia volvió á escribir á su bienhechora, manifestándola sus sentimientos de gratitud, y diciéndola que prefería dirigirse incontinentemente á Inglaterra, atendida la muy feliz ocasión que se le presentaba de una familia escocesa que, volviendo á su patria uno de aquellos días, acompañaría hasta Newcastle, cerca del Parque verde. Calló por decoro las demás razones: esto es, que las estrecheces iban siendo tan extraordinarias en casa del conde de los Laureles, que no debía perder ni la más pequeña ganancia, y que por añadidura su padre no



tendría precisión de acompañarla, ni de que su semblante se pusiera rojo entregando su hija á la *señora*. No duraron mucho los aprestos del viaje. El más fatigoso fué sin duda encajonar diligentemente la librería y la colección de historia natural que había Julia salvado del naufragio. Quería dejarlas bien arregladas, esperando hacerlas ir después á Inglaterra, y servirse de ellas en su nueva condición, cuando pudiese. De su ropa blanca escogió la más precisa, y de sus vestidos los menos lujosos. Para el viaje eligió un abrigo obscuro sobre un vestido de lana de color de bronce: en la cabeza un sombrero de paja que tenía un velo ancho y fijo, de color pardo: parecía una camarera inglesa en traje de campo.

No bien llegó al suelo de Inglaterra, con la guía de los horarios de los caminos de hierro en la mano, pudo avisar por telégrafo á mistress Needle la hora de su arribo á la próxima estación al Parque verde. Llegó allí completamente sola, porque los señores escoceses la habían acompañado no más hasta Newcastle. Completamente sola también, la señora Needle, aguardábala bajo el pórtico de la entrada. El primer recibimiento fué arrojarse recíproca-

mente los brazos al cuello, exclamando la una:—¡Oh Julia!—Y la otra:—¡Oh señora Ana!—Y sin decirle más, haciendo que los criados tomaran elequipaje de la forastera, mistress Ana hizo subir en el coche á su amiga, y sentóse á su lado. Tenían ambas una multitud de preguntas que hacerse y de cosas que decirse.

—Querida Julia, comenzó la Needle, pasándole un brazo por el cuello: aquí estás con tu madre; habla, desahógate y deposita tus penas en mi pecho.

Julia:—Cuando la he distinguido en la puerta de la estación. me ha parecido ver la primera estrella después de la tempestad.

—Quisiera que mi casa te pareciese el puerto. Pero estás abatida, fatigada, y tienes necesidad de reposo: apenas lleguemos...

—Apenas lleguemos, dejará que abrace á sus niñas. ¿Cómo están? ¿Y su hermano?

—Están todos, poco más ó menos, según costumbre. Pero mis hijas no saben aún nada de tu arribo: si lo supieran, no te dejarían hoy tranquilamente. Descansarás, y después. . .

—¡Qué! No hará nada que descanse mejor como permanecer un rato con vos y con ellas. ¡Si supiese cómo se rehace mi cora-



zon cuando me veo delante de alguno que me quiere bien...! ¡Después de tantos engaños...!

—¡Pobre Julia! dijo Ana toda enternecida. Haremos lo que deseas: verás á Clara y á Clemencia. John continúa en el colegio. ¡Qué fiestas te harán! Después hablaremos muy reposadamente: nos quedará tiempo; ahora no te quiero fatigar. Me lo has de referir todo.

—Es una historia de lágrimas sin fin. No creía que se pudiese sufrir tanto sobre la tierra.—

Entre estas palabras y otras sobre la salud y el viaje, llegaba el coche delante de la muralla del castillo. Julia se vió acogida como una señora de distinción. Fueron llamadas las señoritas, que á la inesperada aparición, arrojáronse á sus brazos festejándala con multitud de ingenuas caricias y de felicitaciones. Mas su madre, despidiéndolas prontamente, quiso de todas maneras que se fuese á su habitación, preparada de antemano, y que descansase un poco. Esperábala allí una camarera con el objeto de recibir sus órdenes. Despidióla Julia; ante todo cayó de rodillas al pie de la ventana, y buscando el cielo con sus ojos, bendijo al Señor, que

después de tantos dolores, le mostraba finalmente una sonrisa de paz; rogóle con ardiente plegaria que fuese provechosa su estancia en aquella mansión, tan piadosa para sus desventuras, á pesar de ser anticatólica. Después, arreglándose del mejor modo que pudo sus vestidos, y poniéndose como de casa, manifestó deseos de presentarse á la señora: le tardaba ponerse de acuerdo con ella, y regular desde luego la marcha del empleo flamante. Mas la señora no bien la vió, fué corriendo á encontrarla, y abrazóla nuevamente, diciéndola: —¿Por qué tan presto? ¿Por qué no tomar alguna hora de descanso?

—No puede creer, respondió Julia, cómo me siento confortada por sus muchas bondades y por el recibimiento de sus hijas.

—Mucho me place; quisiera darte más y mejor. Pero siéntate; aquí estamos solas (y cerró la puerta). Cuéntame todo lo que ha pasado. Héte dicho ya que te haré de madre: los asuntos dejémoslos para mañana. Ahora vamos, habla, dímelo todo.—

Lo que Ana pedía por benevolencia, requeríalo el corazón de Julia por necesidad no habiendo hasta entonces encontrado una amiga con quien desahogar completamente sus penas. ¡Pobre Julia! Aunque



apenas llegaba á los diez y nueve años, había gustado todo lo que hay en el mundo de más acerbo para una doncella. Tanto más amargo era para ella el insulto de la fortuna contraria, cuanto la próspera le había hecho sentir profusamente sus blanduras. Hasta los últimos años, en las relaciones sociales veíase circundada por una perpetua sonrisa; en la intimidad del hogar doméstico, acogióla una blandísima cuna de plumas en la infancia y en la adolescencia. Su padre, si bien pasó á segundas nupcias cuando tenía poco más de tres años, había seguido mirándola como la pupila de sus ojos, á causa de las innumerables dotes de que la joven mostrábase adornada: la propia madrastra parecía estar enamorada de ella, á lo menos hasta los últimos años.

Cuando llegó á la edad en que la viveza de las inclinaciones se manifiesta por la vez primera, y se cambia en pasiones de cuando en cuando, Julia no parecía dar señales de vida sino por sus ardientes deseos de aprender. Procuraba reunir sin excepcion los adornos de una jóven gentil; como tenía mucho y penetrante ingenio, no se contentó con el baile, con la música, con el dibujo, y con el bordado, á que se dedi-

caba por pasatiempo consagrándose además al estudio de la literatura y de la historia. Poesía el idioma materno perfectamente, y rimaba con aquella facilidad grande, propia de la mujer culta; hablaba expeditamente el francés y el inglés: En los idiomas de los doctos no se propuso ahondar mucho; pero comprendía el latín muy bien; su ejercicio predilecto era saborear el Evangelio y la Imitacion de Jesucristo: aquél en la Vulgata y ésta en una edicion poliglota. Intentó asimismo aprender el griego: sólo que, desalentada por la dificultad de los principios, se contentó con leerlo correctamente.—Esto me basta, se dijo, para buscar en el diccionario la etimología de los nombres de las plantas y de las mariposas.

Decía esto Julia, porque de muy atrás partía su afición á la historia natural: había venido á ser, por decirlo así, toda yerbas y flores, toda minerales, toda insectos y conchitas. Fatigaba mucho á la que iba con ella, yendo por todos los alrededores de Nápoles y de su marina, en busca de objetos que estudiar y de peces naturales que adquirir. No le parecía bastante reunir cuatro nombres de que acordarse con vanidad en la conversación; no se conten-



tó mientras su padre no le hubo dado profesores, libros, y lo necesario para el estudio; por lo cual, poco después se formó paulatinamente bellas colecciones, que tenía más ordenadas y dispuestas que las joyas en su estuche. De las curiosidades del Vesubio poseía may abundante provisión, conteniendo cerca de cuarenta especies de minerales; de la flora, de coleópteros y de lepidópteros (1) napolitanos tenía en abundancia, y traficaba, cambiando principalmente con los extranjeros; ganábase de las amigas el sobrenombre de Julia Flora ó de Julia de las Mariposas.

Su padre y los amigos de la casa se disputaban el gusto de satisfacer con ahinco su noble pasión, en que pasaba dulcemente los días, buscando pocas diversiones más, aunque sus iguales desearan é hiciesen lo posible para ir en su compañía. Ocho años ó diez transcurridos así, enriqueciendo su mente y cultivando sus propias inclinaciones de joven bien nacida, habían dado á Julia un carácter sério y tranquilo, que no le permitía malgastar el tiempo en vanida-

[1] Flora es el nombre de una planta. Los coleópteros constituyen un orden numeroso de insectos, formado por Linneo, y admitido por todos los naturalistas. Los lepidópteros forman otro orden que comprende todos los animales articulados que presentan ciertos caracteres. (Nota del traductor).

des y coqueterías. Cuando la ocasión y las personas que iban con ella la invitaban, hacer sabía guirnaldas con todas sus hojas, y brillar sin altivez en su verdadero esplendor.

De aquí comenzaron á salir para Julia las primeras espinas. Porque en las fiestas de la casa, y en las reuniones agradables, atraía Julia los ojos y los obsequios de todas las personas, mucho más que la condesa de los Laureles, su madrastra. Por añadidura, el padre manifiestamente la quería mucho más que á los hijos de su segundo amor; deseaba que fuera siempre con él á las tertulias, no sufría que la contradijeran en nada, y no pocas veces tomaba el parecer de Julia: semillas todas de amargura en el corazón débil de la condesa. Las caricias y las maternales solicitudes que profusamente le mostrara en los años anteriores, eran de día en día más raras: algunas medias frases, algunas indicaciones, algunos actos espontáneos mal reprimidos, revelaban á Julia que había decaído del corazón de la esposa de su padre: por precisa correlación, tomaba el trato de la joven apariencias de sospechoso y desagradable, sumamente contrarias á su carácter franco y amoroso. Además, los



hijos de la condesa, por el instinto que tienen las criaturas para secundar á su madre, agradecían poco las caricias y los servicios de la hermana paterna, desviándose de su lado; por más que procuraba con el mayor afán atraerlos y conseguir su familiaridad.

De tal sorda desventura nada sabía el conde Octavio, ó á lo ménos no adivinaba su profundidad, porque no surgían escándalos ni graves perturbaciones. Julia, para no contristarle, no se quejaba con él, ni se daba por entendida de los mil pinchazos que teníanla de continuo en el potro; para la mayor paz de la familia, ponía el semblante alegre, sobre todo en presencia de su padre. El intento principal de la madrastra ( que no era ruin en el fondo ) tendía indudablemente á quitarse á Julia de su lado y á enviarla lejos con su dote y sus consejos, á fin de conquistar el dominio completo en su casa, y atraer sobre sus propios hijos el afecto del conde. El hecho parecía sin duda honroso para ella, y la gente celebraba su afán de casar á su hijastra, cosa por cierto no difícil. Además de tener Julia no pocas virtudes y gracias, hacía traslucir su madrastra á los pretendientes del brillo de ciento cincuenta mil

liras de dote, heredadas de su madre, y dos veces más que le prometía el conde, su padre. El partido para Julia se halló, pues, por decirlo así, en el umbral de la puerta de su casa, no bien se fué á buscar.

—¡Caí! ¡caí! exclamaba la joven al indicar este punto doloroso de su historia; caí: era inexperta, y no sabía imaginar que un joven bueno, según las trazas, pudiese tener una cosa en los labios y otra en el corazón. Todo esto sucedió después de vuestra salida de Nápoles, y fué sin duda el origen de nuestras desventuras.

—¿Pero tú le dabas tu corazón de veras?

—Comenzaba ciertamente á dárselo. El joven era del gusto de mi padre; en cuanto á mi madrastra, no veía luz sino por sus ojos, asediándome con elogios, con promesas y con excitaciones, á fin de que admitiera el partido. Os diré, sin embargo, que me parecía tener un presentimiento de que no sería mío, ni yo suya: una especie de cortina ó de velo parecía que me alejaba de su persona, no pudiendo, en su virtud, acostumbrarme á la idea de ser feliz llevando su nombre. . . . Ya siento a veces la tentación de creer en los presentimientos.



—Hazlo: créelos cuando prometen felicidad.

—¡Son tan raros! el más triste de todos se ha realizado.

Quizá os acordais vos también. Recuerdo que una vez recorriamos juntas en vuestro magnífico carruaje la ribera de Chiaia y la calle de Pozzuoli: un viento dulce de primavera nos soplabá en el semblante, haciendo las pequeñas el más vivo y delicioso ruido que puede gozar el ojo de una madre: parecían dos pajaritos batiendo las alas en su nido. Os consumía, ya contemplando á la una, ya poniendo la mano en los bucles de la otra, ya presagiando su futura felicidad. De repente os dirigisteis á mí, me circundásteis con un brazo, y me dijisteis estas precisas palabras: "Tú eres hermosa también, pero con hermosura distinta de la inglesa; tú eres buena también, pero con bondad que no es la nuestra; tú sabes realizar el milagro de ser católica y sin embargo excelente. Serás feliz como éstas, te lo profetizo; no puede hacer desgraciada Dios á una criatura tan gentil." Conservo todavía estas frases en los oídos y en el corazón. ¡Tau vivo me pareció el afecto que os hacía vislumbrar en mí un presente y un porvenir tan lison-

jero! Mas recuerdo también que yo entonces me abandoné, no sin echar á la espalda la cabeza, como se confía una joven á su madre; y respondí: "No, mistress Ana, no seré feliz: mi familia tiene un pecado muy grande que purgar y sufriré yo la pena." Y lloré: tenía razón para ello. El justo castigo de Dios nos ha llegado; la culpa llama la pena, como el abismo invoca el abismo. Teníamos en casa bienes eclesiásticos.

—¿Qué quiere decir bienes eclesiásticos?

—Las tierras y fincas que pertenecieron á las órdenes religiosas y á las colegiadas, de que se apoderó el gobierno bajo el dominio francés.

—Ciertamente no los habrías robado, sino adquirido según la ley del país.

—Es más, dijo Julia; mi papre los había comprado á los compradores de los compradores. Mas un anciano, amigo de casa, repetía con frecuencia: "Mira Octavio, lo que haces: los bienes de la Iglesia son fuego que consume los patrimonios: el saneamiento del Papa libra la conciencia del pecado, mas no contiene siempre la justicia de Dios del castigo temporal." No fué atendido: nuestro caso es un ejemplo más, agregado á millones de ejemplos. Creo



ciertamente que de aquí provino nuestra ruina.

—Presagios sin fundamento, hermosa mía, presagios sin fundamento. Me decías poco antes que nació el mal de aquel joven. . . .

—Sí: aquella fué la ocasión. He aquí cómo: Mi madrastra (puedo decíroslo á vos) no podía estar tranquila mientras no me arrojase de casa: apremió en su virtud á mi padre para que ultimase los negociaciones. El se oponía, porque aun no estaba en disposición de dar las cien mil libras que prometiera. Tenía precisión de retirar los fondos del exterior, donde producían mucho; pero había decaído notablemente su valor nominal y el precio á que se habían comprado. Mi padre se dolía vacilaba y no sabía resolverse á sufrir tanta pérdida, esperando siempre pronto el alza. Propuso á la familia que me demandaba que aceptase aquellos títulos, no al precio de la plaza, sino según su coste. No se admitió la proposición, y en virtud de las instancias continuas de mi madre se resolvió á retirar todos sus títulos de empréstitos extranjeros, con pérdida no leve. Era un disgusto, pero no un desastre. El desastre comenzó cuando mi padre quiso imponer aquel gran

caudal en los bancos de Nápoles, que metían entónces mucho ruido. ¿Habeis oído hablar nunca de los bancos usurarios de Nápoles?

—Yo no, dijo mistress Needle.

—En pocas palabras: eran ocho ó diez cuadrillas de ladrones que habíanse arrojado sobre la ciudad, este año cabalmente, para establecerles, ofreciendo á porfía el doce ó el diez y seis por ciento al mes.

—¿Es posible?

—Creo que pasaban adelante. El hecho fué que alrededor de dichos establecimientos se agitaba una multitud de bribones de segunda mano, de trujamanes, de extrangu-ladores, de pícaros, de fulleros, en suma, toda la gente de presidio con guantes amarillos; afanábanse por cazar á los tordos en las redes. Estaban éstas alrededor y los reclamamos sobre las malezas, faltando solo cerrar la malla cuando los pájaros hubiesen poblado los arbustos.

—¿Pero es posible, dijo la protestante, que otros se dejen coger en esta red de que se librarían los niños?

—Y cuántos! El que no caía engañado por los ruines, se dejaba perturbar la cabeza por la sencillez de los hombres de bien. Porque debeis saber que algunos



hombres casi viejos, de dulce cháchara, habían entrado desgraciadamente en la trama indigna. Eran puestos en lo alto por los ladrones, y se desgañaban revelando los motivos y arcanos de aquellas operaciones maravillosas; decían que los bancos negociaban por cuenta de algunas sociedades extranjeras, y que invertían las sumas inmensas recaudadas en Nápoles, en sedas de la China, con ganancias fabulosas; de aquí los intereses crecidísimos que pagaban los establecimientos. Otros pretendían que detrás de las operaciones se hallaba el gobierno de Italia, necesitado de millones súbitamente y á cualquier costa. De lo cual, los buenos tontos inferían que las usuras exorbitantes que les tocabanse podían meter en el bolsillo con absoluta conciencia, á título de restitución. En suma, fué una multitud de mentiras, rodeos, bribonerías y debilidades agrupadas, por las que buenos y malos cayeron en el garlito. Mi padre no acudió pronto, y fué peor, porque á lo menos los primeros cobraron algunas mesadas, reembolsándose con ellas del veinticinco ó del treinta por ciento del capital. Mas nosotros, por ser de los últimos, llegamos apenas á tiempo para quedar en la jaula. Yo que de aquellas cosas entendía

tanto como de árabe, oía el estruendo, la confusión y la fiebre con que la gente iba frenética á los bancos; tuve deseos de ver con la claridad posible, tratándose de una muchacha. Ignoro lo que comprendí; pero me dijo el corazón que allí había un abismo, pidiendo en su virtud y conjurando á mi padre para que no echase nuestro caudal en aquella ladronera. Todo fué inútil. Mi madre se dirigía contra mí como una víbora, é instaba con furor á mi padre, á fin de que no hiciese caso de una niña que aun tenía la leche en los labios; añadía que mirase más bien á tantos hombres expertos en colocar su dinero, que obtenían de los bancos hermosas monedas de oro, tan lisas, que no presentaban una sóla arruga. En una palabra, hizo un monte con todos los valores que pudo liquidar, y los arrojó en el báratro. Dos semanas después lo ví una mañana inquieto, de mal humor, consternado. “¿Qué teneis padre mío?” le dije. Me contestó: “El banco Rabbi vacila; sería nuestra ruina.” A la mañana siguiente había en el establecimiento un tropel de acreedores y un tumulto indescribible: mi padre se hallaba entre la multitud oprimido, mandado de Herodes á Pilatos, y sumido en la desesperación. Las



portezuelas no se habrían. Llegó, por fin, la fuerza pública con orden del cuestor; abrió; no había ni una persona en las oficinas, ni la sombra de un ochavo en las cajas. Figúraos cómo volvió á casa mi padre. ¡Qué días aquellos! Entre tanto llegaban las noticias de bancos semejantes, que uno tras otro crujían, abismando las fortunas de innumerables interesados. Grandes señores y familias enteras, ayer poderosas, se veían en la calle; comerciantes de gran pulso habían perdido allí los capitales de sus negocios; pobres viudas, muchachas solteras y huérfanos quedaban reducidos á la condición de mendigos; obreros, servidores, gente menuda innumerable se lamentaban privados de sus ahorros, y de toda esperanza. Herían los ayes las estrellas: muchos perdieron la razón, y algunos la vida: jamás hubo en Nápoles tantos infortunios. Nosotros habíamos caído muy abajo, pero no en el fondo; nos quedaba un palacio en la ciudad y posesiones en la provincia. Mi padre, loco por la desgracia, quiso luchar contra la fortuna; jugó á la bolsa, y naturalmente al descubierto, aprovechándose del crédito que gozaba. Dos liquidaciones le fueron favorables: animado, lo puso todo en la tercera; fué una ca-

tástrofe. Temí para él un golpe de apoplejía: ¡tan fuera de su estado me pareció en aquellos días!

Callábamos, como heridos por el rayo. Al fin recordó que era cristiano y caballero, é hizo la razón su papel: si no podía poner en salvo su caudal, podía poner en salvo su conciencia y su honor. Un comerciante de máquinas de labor (en gran escala, se comprende), hábale meses atrás propuesto comprar el palacio, cosa que había siempre rechazado. Mi padre fué á verle, y volvió á entablar el trato. Aquel hombre de bien no quiso aprovecharse de nuestras necesidades extremas, y mantuvo sus ofertas de antes. Se ultimó el asunto en una hora, otorgándose al día siguiente la escritura de venta. Así se sustrajo mi padre á la ignominia de una quiebra. Por la noche me llamó aparte, y me dijo: "Julia, yo y la familia quedamos en la mendicidad (ya lo sabía): has salvado tú sola gran parte de tu dote. Y es justo: á seguir tus inspiraciones, seríamos todavía los condes de los Laureles. Tu madre ha sido castigada con fundamento, y con ella yo: he sido débil é imprudente. Ahora todos estamos á tu merced. Oye y comprende bien de qué se trata. Aquellos cuatro mil du-

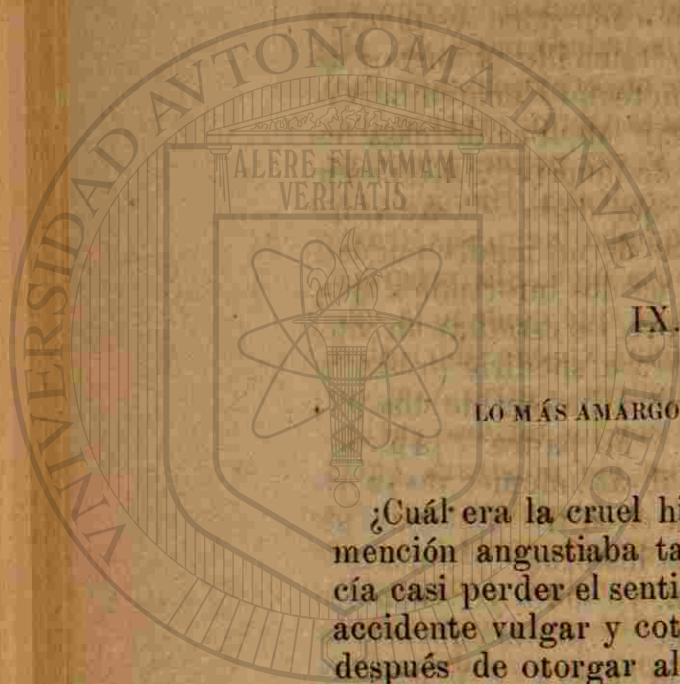


cados que por tu cuenta manejaba tu tío (era el curador que me dieron cuando mi padre pasó á segundas nupcias) se han hundido en el naufragio.—Padre mío, dije, lo sabía: hice ya la gran cruz, y mi sacrificio está bien hecho: pensad sólo en la familia.” Continuó: “Tu tío, cual nosotros, y sobre mi palabra, arriesgó el capital en el banco Rabbi: en llegando á la mayor edad podrías pedir el dinero, mas no sería justo, porque no tiene la menor culpa en la desgracia, fuera de la de haber locamente intentado aumentar tu dote, lo mismo que nosotros nuestras entradas. El mejor partido para tí será aprobar las cuentas cuando le sea posible rendirlas. Si puede reintegrarte de tu pérdida, lo hará espontáneamente, por ser honrado y estimarte mucho. Constreñirle á restituir incontinenti por haber de casarte, sería una crueldad y llevarlo al extremo de la desesperación... ¿Tendrías valor para diferir todo designio de casamiento hasta la mayor edad?—Padre mío, respóndele, si esto ha de contribuir al bien de la familia, pronta estoy á todo.” Me replicó: “Será útil, sí, para ella y utilísimos para todos: mientras estás en nuestra compañía, la familia puede vivir en tu casa de recreo de la Sandía, y gozar la

entrada de las verduras, de las hortalizas y de las flores: ¿te parece poco? Estamos en tal situación, que cada poco es mucho. Cuando queda uno reducido á menos de mil liras anuales, un techo y cuatro berzas alrededor, sin pagar alquiler de casa, es cuestión de vida ó de muerte.” Respondí súbitamente: “¿Por qué dudais?” soy afortunada si estas cosas de mi madre pueden ser tan oportunas en los infortunios que padecemos; sólo es preciso estudiar un modo conveniente para despedirle presto á él: ya sabéis que nunca he sentido una pasión verdadera. . . .” Mi padre: “¡Ah, pobre niña! exclamó abrazándome, no sabes tú que ya no piensa él en tí!” Entonces se puso á contarme una historia. . . .; una historia! mistress Ana; yo sudo, yo tiemblo, yo muero al contarla. . . . (Julia cubríase la cara, dejaba caer la cabeza y perdía el sentido.) Permitidme respirar un poco. . . desfallezco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS





LO MÁS AMARGO DE LA COPA.

¿Cuál era la cruel historia cuya simple mención angustiaba tanto á Julia y le hacía casi perder el sentido? Reducíase á un accidente vulgar y cotidiano. Ella propia, después de otorgar algo á la debilidad femenina, sintió vergüenza y remordimiento por confesarse tan sensible, á causa de un contratiempo de amor. Sobreponiéndose pronto á la pena, prosiguió su relato.—Aquel joven, dijo, que mis padres admitieron en nuestra casa, y del que habíamos acogido tan bien sus primeras gestiones, me ahogaba con protestas amorosas. Apenas podía decirme alguna cosa por lo bajo, estaba

cierta de oírque me hacía para siempre árbitra de su corazón, que fuera de mi lado no gustaba una gota de felicidad, y que sin mí la tierra era un sepulcro para él. Me gustaba un poco que me creyesen poética ó romántica, y luego ¡es tan dulce creerse querida! ¡Además, era la vez primera que un rayo de amor me lisonjaba! Hacía un rato la incrédula, y tomaba luego sus frases por oro de ley. Ahora bien: ¿lo creerías? En la noche misma en que conoció la ciudad nuestra desgracia, viósele derretirse en un salón y galantear á otra, con los mismos extremos y con los mismos melindres exagerados que me mostrara en el día precedente... Un abandono tan rápido y cruel de una empobrecida tiene su propio veneno. ¿no es verdad? Porque, observadlo; no soy tan niña que no comprenda que ciento veinte mil liras de dote, desvanecidas en un momento, dan motivo para diferir ó poner término á una negociación de esta clase. ¿Pero necesitábase tanto para demostrar alguna educación, alejándose de nosotros con muestras de pesar, y actos de cortesía? Pues no, sin decir adiós siquiera. ¡En la misma noche acumulado había ya para mí tanto tesoro de desprecio y tanto amor para la otra! Con-



fieso, con todo, que en la humillación gusté alguna felicidad por verme libre, fuera como fuera, de las garras de aquel mal... de aquel miserable: compadecí á la otra.

—Ya ves, contestó mistress Needle con un suspiro de conmiseración, que no todo mal viene para dañar. Te hubieras encadenado á un corazón ruin... ¡He padecido yo tanto también!

—¿También vos, señora?

—Sí: también he pasado días acerbos; mas no por este linaje de cosas. La compasión desde aquel tiempo ha venido á ser para mí una necesidad más que una virtud. Hazme, por lo tanto, el favor de hablarme absolutamente como si fuera tu madre: tengo veinte años más que tú; deja completamente aparte las señorías, y trátame de *vos*, según vuestra costumbre. Ya ves cómo te llamo de *tú*, como á mis hijos.

—¡Cuánto me place, madre mía! Pero que nada os escandalicen mis debilidades. He depuesto, sin duda, el odio; diré mejor que no he odiado: pero he padecido, padecido dolores de agonía.

—Lo comprendo: tú no sabrías odiar.

—Si pudiese odiar hubiera odiado á los autores de nuestros males, el día en que salimos de nuestro palacio. ¡Qué momentos de

profundo dolor! Mi padre, después de haberme participado la venta poco antes consumada, reunió á la familia. “Tengo una noticia mala que dar, dijo á mi madre y á todos. Se ha salvado el honor, pero todo lo demás se ha perdido. Repito que todo: no penseis que conservo algo. En la semana entrante dejaremos esta casa, que ya no es nuestra.” “¿Pero cómo?” preguntó consternada mi madre. “Calla: tú tienes la culpa,” repuso mi padre con una severidad que no había descubierto nunca en su rostro. Ya ni mi madre se atrevía á chistar. Se lloraba en un silencio de muerte. Al fin mi madrastra se animó preguntando tímidamente: “¿Y las fincas rústicas?” “Vendidas.” “¿Qué nos queda, pues?” “La miseria profunda, dijo mi padre, y además un puñado de obligaciones de amigos, á los cuales, por mi buena ventura, encuentro que presté algunos miles de ducados, y una pequeña parte de tu dote. Cuando hayamos encontrado las obligaciones, echaremos cuentas. Entre tanto, vislumbro que nos quedará en limpio lo bastante sólo para comer pan moreno y beber agua. Nos retiraremos á la casita de Julia.” Hizo mi madre observar que no contenía puesto para todos. “Convendrá en-



contrarlo, respondió mi padre, ó dormir á la intemperie." Os dejo considerar las ansias, la vergüenza y las angustias del cambio brusco. ¡Saber que nuestros muebles mejores se vendían en pública subasta por un pedazo de pan, y que nosotros, despojados, habíamos de meternos en cuatro reducidas estancias!

—¿Cuatro no más?

—¿Que quereis? No es una torre, sino una casita de recreo que tiene á su alrededor calles de laureles y de adelfas, así como algunos limoneros: en suma, una delicia, que recibe su valor del sitio y de la vista, pero nada más. Faltábanos allí lo necesario, porque, fuera de mis cosillas, que mi curador no dejó vender, todo lo restante se consagraba inexorablemente á la extinción de las deudas. Miramos á nuestro alrededor: no había medio de arreglarnos en aquel chiribitil. La primera noche dormimos sobre las sillas, y en el suelo sobre sacos, después de cenar pan y fruta. Al día siguiente, viendo la desesperada melancolía de todos, encomendéme á Dios, cobré aliento, y me propuse acomodarnos de algún modo menos indecente. De los dos desvanes se dispuso el mejor para mi padre y mi madrastra; en

el otro se colocó un mal catre para mi hermanita y para mí; para mi hermano se puso una cama volante en el cuarto donde se guisaba y se comía; di apariencias de salón de visitas al recibimiento, y quedó arreglado el hermoso nido de ratones.

—¿Y qué decía tu madrastra?

—¿Mi madrastra? No aprobaba, ni desaprobaba y no cogía la menor cosa con las manos; veía como nos fatigábamos extraordinariamente llevando allá ó aquí aquel mueble, arreglando, puliendo ó quitando el polvo de alguna cosa, y callaba como una estatua de mármol. Mi padre, no; cuando á casa volvía, nos ayudaba el pobre, y á veces nos decía: "¡Valor, hijos! Vuestro padre habrá sido un loco, pero no un bribón." A veces repetía el adagio: "Quien es causa de su mal, llore sobre sí mismo; mas á lo menos ninguno me podrá echar en cara que le adeudo." En la mesa: "Es un triste desayuno el nuestro, mas es nuestro." Mi madre, cuando vió que había vuelto el orden á la casa, que no faltaba limpieza por más que faltase lujo, y que los quehaceres domésticos quedaban arreglados, pareció que poco á poco volvía en sí, cual si saliese de una larga enfermedad



mental. Al cabo de un mes nos habíamos conformado casi del todo con aquellas angustias. A una cosa no sabíamos, empero, acomodarnos; á recibir visitas. Aunque raras veces, venían algunos parientes cercanos, benévolo é íntimo, y sin embargo al oír que sonaba la campanilla en el cancel del chiribitil, mi madre daba un grito: “¡Pobres de nosotros! Una visita.” Sentía yo subírseme la sangre á la cabeza.

Cuando Dios quiso, liquidó mi padre las cuentas, estableciendo por punto capital que no podía ni quería contraer deudas, y manifestando en su virtud que el gasto no podía pasar diariamente de dos francos, ó poco más. ¡Figuraos! ¡El jornal de un mozo de cuadra! Y éramos cinco. Son miserias más fáciles de padecer que de sufrir: cien veces al día se nota la falta de lo preciso. ¡Si á lo menos mi madre hubiese sabido tomar su cruz con tranquilidad! Pero no; algunos días poníase triste y se irritaba mucho, surgiendo escenas que preciso era ver. En aquellos instantes de humor negro se lamentaba de todos y de todo, llegando á decirme que no sentía las penas de los demás, por haber salvado la dote, que dominaba demasiado y que tenía orgullo muchísimo, á fin de que supiera mi

hermana que sería yo más adelante una señora de distinción, y que haría ella de la vándera. Alcanzaba bien yo que la hipocondría era la causa de sus frases, mayormente porque otras veces me alababa y agradecía mis servicios: con todo, estas injusticias concluyen por hacer insoportable la vida.

—¡Pobre Julia! dijo mistress Needle, inclinándose á ella y tocando su espalda.

—¡Cuán cierto es que nosotros mismos nos disponemos las cruces más pesadas! Si el Señor nos las envía de paja, las hacemos de madera; si nos las envía de madera, les añadimos clavos. Consideradlo, mistress Ana; si en el escondrijo de aquella casa hubiéramos sabido nosotros decir una vez sinceramente: “Hágase tu voluntad,” y hubiéramos formado después todos un corazón, á fin de ayudarnos el uno al otro, y fortalecernos recíprocamente, hubiéramos padecido diez veces menos y ganado diez veces más; hasta hubiéramos reído de cuando en cuando, por hacer aquellas cosas que jamás habíamos hecho. En alguna ocasión me sentía dispuesta yo á la broma; pero aquel estar de todos los días entre el yunque y el martillo, aquel ver y oír desde por la mañana hasta por la noche ayes y más ayes, quejas y más



quejas, reproches y más reproches eternos ¡ah, mistress Ana! es preciso haberse hallado para comprenderlo un poco.

—¿Y no intervenía tu padre para poner paz?

—¿Intervenir! ¿Contra quién? ¿Contra la hipocondría? ¿Contra el mal de nervios?

Mi madrastra no era ruin en el fondo; pasado algún tiempo, se tranquilizaba. Mi padre, cuando la veía salir de sus casillas, se desahogaba sólo con nuestro dicho napolitano: ¡Oh! Está hecho. Apercíbime yo desde los primeros días de que lo mejor para mí y para todos era irme de allá, donde servía de pretexto para las cuestiones: no me atrevía sin embargo, á decir una palabra, por conocer la delicadeza de mi padre. Hablar de ir á casa de otro era lo mismo que darle una puñalada en el corazón.

—Esto le honra, dijo mistress Needle.

—Lo comprendo; mas, en fin, me parece que todos los cuarteles de nobleza deben ceder á la necesidad. Durante algunas semanas acaricié dicho pensamiento. ¿Sabéis lo que me resolvió? No lo adivinaríais nunca. Fuimos á pasear una noche por dentro de Nápoles (después de dos meses que la vergüenza nos tenía tapados en casa;) y no

puedo deciros la impresión que me causó Nápoles después de aquellas semanas de soledad. A la vista de las muchedumbres briosas y ondeantes por las calles, de las tiendas resplandecientes por los géneros, de las modas, y de los objetos de lujo, volaba mi mente á los espectáculos y las reuniones de nuestro antiguo albergue; oprimirse sentía el corazón, volviendo á pensar que mi hermano y mi hermana crecerían en la soledad, sin comunicarse con el mundo y sin poder instruirse. ¡Pobres plantitas, decíame á mí propia, á las cuales no llega un rayo de sol! Secaránse desde su principio, y serán estériles para toda la vida. ¡Si á lo ménos pudiese yo dedicarme á su instrucción! Mas ¿era posible plantar escuela en casa, cuando mi madre no sufría que diese una orden? ¿Cómo habia de permitir que dispusiera un sistema de estudio? Es preciso que yo parta, dije luego: lo que se ahorre si me voy, servirá para vestirles y mandarles á cualquier escuela de los alrededores. En suma, entónces os escribí, y ya sabéis lo demás.—

Mistress Needle habia escuchado esta horrible y compasiva historia, admirando cada vez más la virtud de Julia, y diciendo en su interior:—No es, por consecuen-



cia, tan pobre como dice; se ha despojado de lo suyo para socorrer á su familia. En realidad continúa en posesión de lo que heredára de su madre, y pudiera excluir á todos. Demandó una explicación:—¿Pero no se opuso tu curador á que dejaras en poder de los parientes tu casa de recreo, que hubieras podido reivindicar para tí sola?

—¡Dios le libre! Le hubiera sacado los ojos, caso de hacerme semejante proposición. Lo importante sin duda es que mi familia pueda disfrutar aquellos residuos de nuestra fortuna. Mi padre ha convenido en pagar el alquiler á mi tío y curador, el cual me pasará en su virtud una pensión en familia, bien entendido que, si Dios me da vida, tendré que nivelar las cuentas cuando llegue á la mayor edad, escribiendo el saldo de todo lo no recibido. ¿Qué os parece? ¿Podría obrar yo de otra manera? Mientras fuimos poderosos, mi padre me hizo vivir como una reina, proporcionándome todo lo que pedía ó demandaba; considerad que habré tenido hasta diez profesores.

—Por fortuna dijo mistress Ana, no tuviste otros caprichos.—

Julia estaba no poco rendida, las ardien-

tes y largas conversaciones, despertando los varios dolorosos incidentes de más de medio año de tempestades, habíanla fatigado. La plática comenzó á ceder, dejando á mistress Ana toda comodidad para sus reflexiones, ora encomiásticas, ora benignas, ora cariñosas, y sobre todo bíblicas, que eran las más frecuentes en ella por su costumbre de sermonear en casa. Se había comido y hablado de varias cosas, y comenzaba mistress Needle su discurso, escuchando sus hijas con paciencia. De pronto Clara levantó tímidamente un dedito, indicando Julia á su madre. Después de cerrar la joven sus ojos, iba inclinando su cabeza con ciertas oscilaciones, cada vez más largas, y de cuando en cuando contenidas. La señora indicó á sus hijas que se retirasen sin hacer ruido ni decir una palabra, y se quedó contemplando á la durmiente con fijeza.—¡Pobre hija! exclamaba en su corazón la protestante. ¡Cuántos dolores ha sufrido y cuán tristes vicisitudes ha pasado en su tierna edad! ¡Qué buena y generosa con los suyos! ¡Se ha despojado de su haber para dejarles acomodados en su casa y en su finca! ¡Entre tanto se quiere ganar su pan haciendo de camarera ó prestando cualquier otro











ba lo árduo de la empresa. Su primer pensamiento fué ocultar cuidadosamente la secreta llama de su corazón, y en el ínterin discurrir el papel que debía representar. Conoció que no gustaría ni una sombra de quietud propia si no hacía bien á los demás, y si no trabajaba con ahinco en la condición que le asignaba la Providencia, descendiendo voluntariamente un escalón más, cuando se le presentase coyuntura propicia. Esto se propuso. Otra cosa no se propuso, sino que naturalmente lo hizo, esto es, tratar á la Needle con un candor y con una seguridad tal, que le valió diez veces más que cualquier poderosa estrategia.

Entre tanto llegaba la hora del desayuno, hacía Julia lo posible para tomar lengua del nuevo país: la casa de mistress Needle era un país, y muy poblado por cierto. Comprendía cuanto le importaba no dar en falso un paso desde el principio. Aprovechaba, pues, las ocasiones á fin de conversar con la servidumbre más alta, y permitía que le dieran consejos, no sin manifestar suma gratitud: así como era sagaz, conocía las costumbres de la casa, estudiaba el carácter de las personas con las cuales tenía necesidad de vivir, ponía-

se al corriente de los escollos que debía evitar, y procuraba gobernarse á sí propia con prudencia. Más que los otros, le sirvió para su intento una buena joven, que se fué, por decirlo así, á refugiar en ella desde los primeros días, atraída precisamente por lo que preocupara no poco á mistress Needle, esto es, el Crucifijo y la Virgen colocados por Julia en la cabecera de su cama. Kelerina (así la llamaban) vivía en casa de la Needle, cargada de quehaceres y de penas, por ser la que sufría todas las fatigas del servicio de las pequeñas: por compensación, no la quería ninguno de un modo especial, por lo mismo que merecía que todos la quisiesen.

Era hija del Tirol. Mistress Neelde le había echado el ojo y admitido cerca de sí en una fonda de Inusbruck, donde hacía la muchacha de camarera, con una pulcritud, un donaire y una modestia verdaderamente encantadoras. Habíala pedido la Needle á su madre, que se la concedió, á condición de que su hija pudiese cumplir sus deberes religiosos: era católica. Mistress Ana no faltó á las promesas que hizo; mas sus compañeras de servidumbre se complacían en contrariarla: tanto más se atrevían con ella, cuanto, sobre ser senci-



lla, bonachona é infatigable como las Kelerinas de su país, era tan sumamente tímida, que una mirada torva le hacía verter lágrimas. Habiendo ido una vez al cuarto de Julia para llevarle una carta, Kelerina vió con sus ojos las imágenes sagradas que había en él, y alargó los brazos saludándola con un *oh* largo y lleno de inefable alegría. Faltó poco para que saltase al cuello de Julia con el fin de abrazarla; pero no pudo resistir al deseo de besar devotamente la Virgen y el Crucifijo, exclamando:—Por esto la reconozco, señorita, como hermana: ¡alabado sea Jesucristo!

—¡Eternamente! respondió Julia.

Al oír esta contestación, que le recordaba el cristiano saludo de sus montes, la pobre Kelerina sintió subir á sus ojos lágrimas de ventura, y con toda confianza empezó á decir:—¡Ah! ¡Si supiese cuánta saliva me hacen tragar estas protestantes!

—¡Pues qué! ¿La señora te prohíbe las prácticas de la religión católica?

—Ella no, repuso Kelerina: si pido venia para ir á misa, me la da; pero miss Mary y las otras mujeres siempre me suscitan algún obstáculo: oigo misa el domingo, cuando en el pueblo vecino se dice;

mas por devoción, si puedo ir por Pascua y por Navidad, no consigo poco.

Julia recogió ávidamente tales noticias, añadiendo:—¡Oh! ¿Por qué miss Mary te o impide si la señora te da permiso?

—Miss Mary no está bien con nadie; respondió Kelerina: es la mujer mas ruin de la casa. Me mirará siempre con malos ojos, mientras no quiera yo acompañar las señoritas al templo, lo cual no haré nunca, interin conserve mi nombre de Catalina Krupp, y sea católica para ir á la iglesia y al paraíso, pero no para ir á la sinagoga de los protestantes, y después al infierno. Oid, Señora Julia: si quereis continuar aquí bien, guardaos de Miss Mary: cuando nó la hace, la piensa.

Quiso el buen ángel de Julia que los frecuentes coloquios de Kelerina con ella fuesen referidos á la señora de la casa. Lejos ésta de hacer por ello calendarios, tomó la cosa por su buen aspecto, y llamando incontinenti á la muchacha, le preguntó:—Dime pronto, Kelerina: ¿es verdad que la señora Julia te quiere bien?—Respondió Kelerina:—Es una señorita tan bien educada, que quiere bien á todos.

—¿Quieres cuidar de su cuarto?

—Con mucho placer, señora.



—Pues bien; yo te libraré de todos los demás servicios.

—No es menester; hallaré tiempo para todo.

—No, no, añadió entonces mistress Needle; no te quiero sobrecargar: irás al templo con ella cuando guste, y tomarás el almuerzo en su compañía, ó ayunareis cuando queráis. Pero dos cosas exijo de tí: la una es que no hables nunca de Julia con las mujeres de casa, ¿has comprendido? ni para bien ni para mal; la otra es que la contentes mucho y tengas siempre su habitación más limpia que un espejo.

—No dudeis que la serviré precisamente como á vos misma os serviría.—

Kelerina fué alegremente á dar á Julia esta noticia, que sabíala ya, y que la recibió graciosamente. Por ello la joven, llena de gozo, y procurando chapurrar un poco el italiano (por haber nacido en los confines de Italia, no desconocía completamente la lengua de Julia), imaginó haber casi encontrado su protectora, y concluido con ella un tratado de guerra ofensiva y defensiva. Mistress Ana, por el contrario, no sin motivo la separaba de su cargo anterior. Comenzaba un poco á dolerse de haber querido confiar tan presto

á Julia la educación de sus hijas: un terrible escrúpulo dominábala y consumíala, temerosa de que la papista, porque al fin lo era la joven hasta la médula de sus huesos, no se supiese contener del todo, y escandalizase á sus hijas de alguna manera. Aquella imagen de la Virgen, sacada tan pronto, daba miedo á la celosa pietista, haciéndola casi concebir el propósito de hacer de Julia una simple dama de compañía. Así ella y la otra mujer católica no podrían ingerirse de ningún modo en las cosas de las niñas.

Para que insistiera en su nuevo propósito, trabajaba con el mayor ahinco miss Mary, la perseguidora de Kelerina. Era una vieja solterona, potente en la casa, no tanto por su prestigio, cuanto porque todo lo que hacía ó deshacía era enteramente aprobado por la señora. Para entender la prepotencia de miss Mary, es preciso referir en breves frases su historia. En su juventud había enseñado el idioma materno á la propia mistress Ana, entonces pequeña: al casarse, la siguió á título de camarera y mujer de confianza. En materia de religión profesaba principios inflexibles, y creía honrarlos martirizando á todos los que á su modo de ver se apartaban de



ellos. Ya se consideraba como persona de la familia, por lo cual no quería oír hablar de salario prefiriendo algún regalo de cuantía que de vez en cuando hacía admitir la señora. Cifraba toda su felicidad en hacer como si mandase á esta, y en repetir después á las personas del servicio que tal cosa se hacía, por haberla aconsejado, y que tal otra no había podido hacerse, por no merecer su aprobación.—Esta mañana, decía por ejemplo, he hallado á la señora un poco descolorida, la he mandado incontinenti á la cama, y no se levantará sin mi permiso. Quien la oía, guardabase mucho de reír en su presencia.

La buena mistress Needle, venida la hora de pensar seriamente ya en el aprovechamiento de sus hijas, con sumo placer de miss Mary, que se figuró así afirmar su dominación, la rogó que hiciera con las criaturas lo que hizo con ella en su infancia. En su virtud, metió no poco ruido con su escuela; hacía de una bagatela de ortografía una cuestión de estado, y el fin del mundo, de una regla de sintáxis. Las lecciones que señalaba eran ciertos trozos insignificantes de historia patria, en los cuales hacía figurar cuatro ó cinco señores del *clan* de Irlanda, y hablaba finalmente

del rey Dermot de Connaught, que para ella era un héroe, por haber llamado, á fin de destruir su patria, las armas inglesas. Dictaba también cúmulo de fechas, que honraba con título de Estudio sobre las revoluciones de Inglaterra; pasaba en revista la conquista romana, la sajona, la danesa y la normanda, haciendo una mezcla con párrafos de Ceawlini, de Vortigherni, de Aella, de Penda, de Edwy, de Etelvofi, de Canuti y de Hardicanuti, que eran el desaliento de las alumnas. Otras veces daba por escrito una instrucción sobre los reyes de Deiria y de Bernicia, de los cuales había salido el reino de Nortumbria, en tiempo de Eduino, potente rey, y fundador, aseguraba miss Mary, de Parque verde, ó de un castillo que estaba en el mismo lugar. Por cuyas eruditas lucubraciones echábalas ella de historiadora. Mistress Needle, que sabía perfectamente la historia patria, no dejaba de advertir los golpes sufridos por la cronología á causa de la erudición de su vieja servidora; pero hacía como si no los notase, porque miss Mary juzgaba con sanos principios antipapistas el período de la reforma, que era el punto principal. Perdonaba mucho á su



antigua educadora, en gracia de sus buenas intenciones, así como de los rigurosos consejos de honestidad y modestia que le dió siendo niña.—Dejadla hacer á su modo, respondía mistress Ana cuando alguno se dolía de las ridiculeces de la vieja; añadiendo en su corazón:—¡Pobre mujer! hame siempre amado, servido y adorado; es la fidelidad en persona; precisa no contristarla ahora que sus cabellos han encanecido en mi casa.” Tales sentimientos de la señora bien conocidos, relativamente á miss Mary, eran el fundamento de su prepotencia.

No anduvo lenta miss Mary en acudir á sus armas cuando se apercibió de que se trataba de darle una sucesora en Julia; conociendo el lado débil de mistress Ana, no dejó de soplarle los oídos con las razones de la conciencia.—Cuidado, decía con libertad censoria, cuidado, mi buena señora; esta señorita tan abispada, tan lista, y, lo que peor es, tan italiana, no me gusta del todo: no hay que perderla de vista, para que no trate á vuestras hijas con demasiada franqueza. Es un sol, lo admito, hermosa y digna de vuestra confianza; pero, en fin, será siempre cierto que las hijas de Moab fueron el escándalo de la casa de Israel. Habeis

procurado con la mayor ansia alejar de los habitantes de la parroquia un pastor medio puseista, que al fin y al cabo no era del Papa: y ¿quereis dejar vuestra sangre en poder de una joven (joven es) que nos ha venido del centro de la Babilonia romana, siendo toda papista y toda superstición? Vuestra madre, ciertamente, no me hubiera fiado nunca vuestra infancia, á no conocer bien mis principios ortodoxos: ¡es tan facil que la juventud se deje seducir por las novedades! No he dejado de hacer el oficio de centinela de noche, como dice el profeta Isaías, y he dado la voz de alerta; pero si desgraciadamente ocurre lo que temo, nadie podrá pedirme cuenta de la perdición de vuestras hijas: he puesto en salvo mi conciencia.—

Si bien tenía la señora Needle á su antigua maestra por exagerada y ponderadora, sus palabras, añadidas á sus propios terrores, suscitaron en su espíritu una terrible tempestad. Advertiase aún en su semblante, que algún pensamiento afanoso la tenía sumamente agitada: las mujeres de su mansión sospechaban que algún nuevo disgusto con el rector de la parroquia ó con los feligreses, la tenía de mal humor ó bien que le conturbaba alguna triste no-



ticia sobre la salud de John. Lo peor era que Clara y Clemencia, por su juvenil sencillez, hacían cien caricias á Julia, lo cual angustiaba no poco á la madre, por el miedo que tenía.—¡Si á lo menos las inocentes no estuvieran tan enamoradas de ella! Pero con la estimación que le profesan y con su amor tan cándido como entrañable, es imposible que no experimenten alguna simpatía por la religión de Julia. . . Yo no, por estar instruida y ser señora de mi corazón; el efecto que me producen las devociones de Julia es solo de lástima; mas aquellas pobres palomas inexpertas, ¡quién sabe, quién sabe. . .! es necesario que á todo trance ponga término á este peligro: es un deber; ¡división, división!—

Aquí, á los propósitos de guerra defensiva, sucedían por vía de refuerzo, los designios de guerra ofensiva.—Porque, decía ella, si Julia estuviese retirada de toda familiaridad con las pequeñas, quedando reducida sólo al papel de dama de respeto, se abriría el campo para obrar asiduamente en su espíritu y familiarizarla con la religión anglicana; nacerían coyunturas para librar su mente de las preocupaciones papistas, y poner en su verdadera luz las supersticiones condenadas por el Ver-

bo de Dios. Mistress Needle hacía mucho caso de su ciencia bíblica, y además había viajado no poco, pretendiendo conocer los puntos vulnerables del papismo: no dudaba de que Julia paulatinamente se deleitaría con la verdad más que con la mentira, no bien la esclareciese con dulzura ella, su amorosa amiga y bienhechora. Por si abría Julia sus ojos á la luz del Evangelio, mistress Needle ya en su corazón la colmaba de favores, y no ponía término á su cariño: la consideraría como de su familia, constituyéndole una dote, porque, fuera del patrimonio para su primogénito, poseía bienes libres, con los cuales podía crear, sin perjuicio de nadie, una posición desahogada, digna de su hija espiritual.

No se le ocultaba que medirse con la joven abiertamente por medio de controversia, tendría por el pronto muy mal resultado: Julia se pondría en guardia, resistiendo y peleando fieramente con su ingenio agudo y con su conversación variada, aunque solo fuese por un puntillo de honra. Convenía, pues, celar las piadosas insidias bajo la especie de una conversación, y escoger prudentemente el terreno de batalla, ponderando las ventajas de la Iglesia reformada y trayendo á la memoria



puntos en los cuales evidentemente, podía con fundamento, según ella pensaba, condenar el papismo. Para poner en práctica su propósito, la señora Needle dispuso una sutil estratagema, esto es, suscitar en apariencias cualquier cuestión religiosa, y reservarse realmente á sí sola el derecho de infringir los pactos para el bien espiritual de su amiga.

Sobre tales designios mistress Needle daba vuelo á su imaginación, construía quimeras maravillosas, exaltaba su mente y ardía en deseos de ver terminada su obra: entre sus castillos en el aire, y sus escrúpulos como buena madre, y los consejos prudentes de miss Mary, no acababa de resolver la ocupación á que debía dedicarse Julia. Así pasaron dos semanas. Descansaba la joven, y seguía tratando muy gentilmente á la protestante. En el interín, no viendo los del castillo que se tomaba una determinación relativamente á ella, hacían conjeturas. Miss Mary se jactaba secretamente con todos, menos con Kelerina.—Esta pizpireta italiana no me gusta, y no se hará nada con ella: ya he procurado que me oiga la señora.—Entre tanto John estaba para regresar del colegio, y la estación de hacer el viaje iba á llegar: era

preciso venir á un acuerdo. Mistress Needle determinó hablar con Julia aquel mismo día, y manifestarle con finura, sí, pero sin velo, la resolución tomada de tenerla para su propia compañía, y librarla con tal pretexto, de todo cargo relativamente á sus hijas.

Era esto un desdecirse de lo dicho, que le imponía su conciencia timorata, pero errónea, y que deploraba Julia no menos que la propia mistress Ana. Mas el hombre propone y Dios dispone.

## XI.

EL CONCORDATO PATENTE Y LAS INTENCIONES

RESERVADAS.

En los últimos días de Septiembre, la familia de la señora Needle aguardaba la hora del desayuno, gozando la débil luz de un sol ya nebuloso é incierto. Con frecuencia en Parque verde hacía de salón el jardín, en el cual reuníase la familia delante de la mesa. Mas las tierras parecían tristes, por carecer casi absolutamente de



puntos en los cuales evidentemente, podía con fundamento, según ella pensaba, condenar el papismo. Para poner en práctica su propósito, la señora Needle dispuso una sutil estratagema, esto es, suscitar en apariencias cualquier cuestión religiosa, y reservarse realmente á sí sola el derecho de infringir los pactos para el bien espiritual de su amiga.

Sobre tales designios mistress Needle daba vuelo á su imaginación, construía quimeras maravillosas, exaltaba su mente y ardía en deseos de ver terminada su obra: entre sus castillos en el aire, y sus escrúpulos como buena madre, y los consejos prudentes de miss Mary, no acababa de resolver la ocupación á que debía dedicarse Julia. Así pasaron dos semanas. Descansaba la joven, y seguía tratando muy gentilmente á la protestante. En el interín, no viendo los del castillo que se tomaba una determinación relativamente á ella, hacían conjeturas. Miss Mary se jactaba secretamente con todos, menos con Kelerina.—Esta pizpireta italiana no me gusta, y no se hará nada con ella: ya he procurado que me oiga la señora.—Entre tanto John estaba para regresar del colegio, y la estación de hacer el viaje iba á llegar: era

preciso venir á un acuerdo. Mistress Needle determinó hablar con Julia aquel mismo día, y manifestarle con finura, sí, pero sin velo, la resolución tomada de tenerla para su propia compañía, y librarla con tal pretexto, de todo cargo relativamente á sus hijas.

Era esto un desdecirse de lo dicho, que le imponía su conciencia timorata, pero errónea, y que deploraba Julia no menos que la propia mistress Ana. Mas el hombre propone y Dios dispone.

## XI.

EL CONCORDATO PATENTE Y LAS INTENCIONES

RESERVADAS.

En los últimos días de Septiembre, la familia de la señora Needle aguardaba la hora del desayuno, gozando la débil luz de un sol ya nebuloso é incierto. Con frecuencia en Parque verde hacía de salón el jardín, en el cual reuníase la familia delante de la mesa. Mas las tierras parecían tristes, por carecer casi absolutamente de



flores; los prados, antes tan alegres por sus yerbas fresquísimas, languidecían enmarañados y cubiertos de hojas caducas; los árboles, de ordinario verdes, parecían tener un color obscuro, y la misma atmósfera velada parecía disponerse á sufrir los primeros ultrajes del invierno. Julia, sentada sobre un asiento apoyado al pie de dos hayas gemelas, pintaba un dibujo napolitano, donde resplandecía una aldeana de los alrededores de Nola, en traje de novia. Clara y Clemencia, como de costumbre, estaban cosidas á su falda, haciendo una multitud incesante de reflexiones sobre aquel traje poético, sobre aquellas ondas de los bordados en oro, sobre aquellas franjas y cintas vistosas, y sobre aquellos lindos encajes que herían su imaginación. Sobre todo Clemencia, la más pequeña, no acababa de preguntar á cada toque que la joven añadía. Creía tener gran motivo para ello, porque trabajaba Julia muy á su placer, y quería formar con su muñeca una esposa de la campiña de Nápoles. Habíaselo aconsejado así la propia Julia, cuando le preguntó su parecer sobre la manera de vestir graciosamente otra muñeca que le habían regalado.

Mistress Needle llegaba poco á poco,

pensando en sus adentros el gran discurso con que anunciaría su destino á la joven. ¡Pobrecilla! Determinábase con pena, vacilando entre el sí y el no; entre su afecto maternal, que le decía encomendara enteramente sus pequeñas á Julia, y su conciencia, que la retraía y aterrORIZABA por el temor del papismo de la muchacha. Observó á la gentil joven napolitana con el cartoncito apoyado en su rodilla, y encorvada sobre su trabajo; á Clara, que sostenía en una mano la cajita de los colores, y alisaba con la otra las rubias trenzas de la pintora; á Clemencia, por fin, en otra parte, puestos sus ojos en el dibujo, con la muñeca en la mano y charlando sobre las bellas estofas con que adornar quería su esposa de cartón. Se detuvo un rato la protestante con el fin de contemplar el grupo que formaban sus hijas con la extranjera, la quietud y el abandono que mostraban, y el cándido afecto de Julia, complaciéndolas en aquel inocente capricho. Mientras estudiaba aparte aquel cuadro, con la poesía de que las madres saben revestir aún las cosas más pequeñas de sus hijas, alzó Julia los ojos del cartoncito, y viendo delante á la señora, se puso de pie y le ofreció su asiento rústico, con tan re-



verente sumisión, que no hubiera podido hacer más, no diremos una hija, sino una esclava. La Needle, de sentimientos delicadísimos y de muy buen corazón, quedó dominada por la pena en virtud de aquel acto de la nobilísima joven, discurriendo la violencia que se haría de seguro á sí misma, tomando actitud tan contraria á su condición nativa. Julia disimulaba tan bien, que vanamente la Needle buscó en su semblante señal de alteración: parecía que obraba sin esfuerzo, y que procedía según su gusto.

Todas estas observaciones é ideas fueron obra de un punto, de un momento, de un relámpago; encubriendo también su propósito, rechazó gentilmente la oferta, aceptando la silla que le llevó una de sus pequeñas. Entretúvose en considerar el dibujo ligeramente delineado por Julia; después que se lo hubo dejado ver á las niñas, les dijo:—Ahora marchaos, y haced dos cabriolas; pero cuidado de no mancharos los piés en los prados llenos de agua.—Dirigiéndose después á la joven, trataba de realizar el propósito concebido. Buscaba las frases, pero venían tardíamente, y exclamó al fin:—En suma, veamos lo que debemos hacer de nuestra pintora.

Julia fijó los ojos en la frente de la protestante, y con una dulce sonrisa:—Haced de mí, dijo, lo que os plazca; con tal que sepa y pueda, estoy á todo pronta. ¿Creeis que os escribí en broma que estaba dispuesta á ser hasta camarera?

—¡Oh, no! No lo digas. ¿Por qué sales ahora con esa tontería? No la puedo escuchar; hasta he sentido no ver en tus cartas la corona condal, como cuando me escribías desde Nápoles.

—Pues yo, repuso Julia, he renunciado de veras, una vez para siempre, á mis pretensiones de nacimiento. Casi me parece haberlo hecho hasta por un poquillo de amor propio.

—¡Vaya una salida!

—Pues sí: á quedarme en los pliegues del corazón algún fondo de dama principal, sufriría las consecuencias cada hora; y vos, á obstinaros en tratarme como en Nápoles, os encontraríais embarazada diez veces al día. Tomemos un partido razonable: haced de señora de la casa, pues lo sois, y haré yo de maestra de las niñas, como debo, pues lo quereis. Así cada una quedará en su puesto, y estaré yo más contenta que unas pascuas. ¿Sabeis lo que escribí en aquella epístola sin corona?



—¿Cómo quereis que lo sepa?

—Escribí, continuó Julia, que se guarden de ponertítulo alguno de nobleza en los sobres de mis cartas. Lo hubieran debido pensar ellos; pero se lo he recordado á fin de impedir equivocaciones. Conozco que sometiéndome así plenamente á la condición que me señala la providencia de Dios, sin gemir por lo pasado y sin pensar demasiadamente en lo futuro, se difunde por mi alma el sosiego y reflorece mi salud. Miradme: no soy la de los primeros días; así á lo menos me lo revela el espejo.

—Te dice la verdad, y lo celebro extraordinariamente.

—Pues bien, por consecuencia; en lugar de hacer de *lady* quejumbrosa y descontenta, quiero ser la pobrecilla miss Julia, resignada y alegre: quien se contenta goza, dice nuestro proverbio.—

Era este el instante oportuno para mistress Needle de venir á la cuestión, y declarar el acuerdo tomado. Si no que á medida que más hablaba con Julia, sentíase menos dispuesta á realizar su propósito.—¿Como, pensaba, podré yo contristar un alma tan sensible? Cuando se arroja en mis brazos con tal candor, ¿podré alejarla de mis niñas como si tuviera la peste? ¿Po-

dré responder á la franqueza con sospechas? ¡Qué injusticia!—La turbada mujer se recojía en sí propia, callando y combatiendo el espantajo del papismo. Por fin, procuró un arreglo entre las dos conciencias: la una decíale á los ojos y al corazón que la joven no podría menos de hacer mejores á sus hijas; la otra la llenaba de terror, viendo en ella un peligro para la fe de sus pequeñas.—Marcaré mis condiciones: si Julia las admite, no será capaz de engañarme después.—Dirigiéndose á ella, dijo:—Oye; tú me ves pensativa, y me sobra razón para ello.

—¿Y por qué, si lo puedo saber?

—Voy haciendo calendarios sobre la manera de dar principio á la educación seria de mis hijas: es tiempo de que dejen aparte el aro y las muñecas. ¡Oh! ¿No has pensado estos días un poco en el asunto?

—Yo, respondió Julia, si quereis que confiese la verdad, no he querido discurrir programas, mientras no me haciais indicación alguna: gozaba del respiro que me otorgábais, procurando desvanecer mis pensamientos tristes. Por lo demás, si verdaderamente quereis que hablemos de la cosa, podré deciros algo según me ocurra. Ya el corazón me enseña cuando se trata



de aquellos ángeles: ¡las veo tan sinceras y tan afectuosas para vos, como también tan agradecidas por cualquier leve servicio que se les preste!

Mistress Needle, por ser madre óptima, tenía el corazón en sus pequeñas; las palabras salidas de la boca de Julia la electrizaron de tal manera, que se olvidó completamente de sus escrúpulos y de las amonestaciones de miss Mary, inspiradas por los celos. Dijo luego:—Toda vez que tanto te interesas por ellas, te doy el encargo de que medites en el asunto, y hablaremos nuevamente otro día. John está para volver, y no bien retorne, convendrá tomar el portante, si queremos viajar antes de que nieve: una vez en Italia, cuando estemos acomodados, podremos dar principio á la empresa; de lo contrario, estaríamos siempre aguardando sin concluir nada. ¿Estás conforme?

—Conforme. Mas no sabré discurrir otro plan para ellas, fuera del que se siguió conmigo, poco mas ó menos.

—Perfectamente: es lo que quiero. Vuélvete á copiar en ellas, si es posible.

Sonrió Julia por la frase cordial, y dijo. —Tratando de copiar ciertos originales de carne y hueso, los grandes pintores, ántes

de darles retratados, los acarician de mil maneras, cuando los hacen estar quietos, cuando los dibujan, cuando los bosquejan y cuando los perfilan; después, al pintarlos, tienen mil estratagemas para disminuir las faltas del pobre modelo. Existe aquí el peligro de que ciertas líneas os disgusten.

—¿Cuáles? preguntó mistress Needle, dominada por la mas viva curiosidad.

—Oid cómo marchó mi educación, y juzgad. . . .

—¡Oh, sí! oigámoslo. Dímelo todo desde su principio hasta el fin: soy curiosa.

—Mi padre, viendo mi ardor de aprender cien cosas, pensó contenerme, como se hace con las gallinas demasiado voladoras, constriéndome á estudiar el latín.—Eres una mariposa, me decía de continuo; eres como una barquilla sin lastre, que se lleva cualquier ráfaga de viento.—Cierta día vino un anciano canónigo de la catedral con la gramática latina, para que leyese sus primeras páginas, y estudiara después la lección del día siguiente. Empecé el estudio con furor caprichoso, pareciéndome linda cosa saber cuatro *cuyus*, mayormente tratándose de un idioma que aprenden entre nosotros poquísimas muchachas. El canónigo, dándole dándole,



consiguió hacerme conocer á Fedro, á Cicerón y á otros; me hacía traducir y aprender de memoria versos latinos. Yo le llevaba las composiciones muy bien hechas, y recitaba perfectamente algunas elegías de Tibulo ó algunos trozos de Virgilio; él, en premio, me sermoneaba de vez en cuando además de las explicaciones:— Está bien el latín, repetíame con frecuencia; pero ante todo se necesita religión, religión é historia; de lo contrario, señorita bella, será siempre una casquivana y una tonta de capirote.—A fuerza de oír su antífona, me hizo no poco efecto; le pedí libros, y me trajo una multitud. Alternó así la lección de latín con la de historia y con la de religión. Yo gozaba estudiando aquella; pero, sobre todo, diciendo todas las objeciones y todas las necedades que puedan inventarse contra las verdades de la fe; en un momento las solventaba él y me convencía; después comenzaba á sofisticar y á embrollarme, á fin de que me defendiera y amparára las verdades divinas, haciendolo así hasta el punto de que mi padre, que asistía casi siempre á las lecciones, interrumpíame diciendo en ocasiones:—¿qué charlatana es mi *teóloga!*—(Mistress Needle suspiraba y decía en su cora-

zón:—¿Será un hueso duro de roer convencerlas de sus patrañas papistas!) Mas teóloga ó no, confieso que me aficioné no poco al estudio aquel, y que, sobre cuantas cosas he querido aprender, puse siempre aquella. Así he llegado, á lo menos me lo parece, á formarme cierto sentido práctico al juzgar las cosas sin excluir los problemas religiosos y los políticos; me parece que los pensamientos son míos, no tomados de las opiniones ajenas, y no me aparto de mi convicción por cualquier viento de chácharas ó de sofismas. Ahora bien . . .

Mistress Needle, con angustia creciente la interrumpió:—¿Pero cómo? ¿Quisieras dar á Clara y á Clemencia un curso de religión?

—Todo lo contrario. Digo esto á fin de que veais claramente que no podría volverme á copiar en ellas.—

En estas palabras de Julia escondíase una finísima industria de apostolado. Provocando el estudio de la historia y de la religión, esperaba que las inocentes niñas concebirían de vez en cuando dudas respecto del *anglicanismo*; las dudas promoverían cuando ménos ciertas interrogaciones, y entonces tocaríale aprovecharse de



ellas con el auxilio de Dios. Nada sospechando mistress Ana de sus propósitos, añadió:—Se comprende que no quieras tocar tales materias: esto acredita tu discreción. Ya tenía la palabra en la punta de la lengua para decírtelo yo propia.

—¿Qué?

—Quería decirte que ya he pensado en la religión y en la historia. Miss Mary comenzó desde el año pasado un cursito de historia sagrada y de historia antigua: algunas veces, en los temas que les da de idioma inglés, las procura igualmente iniciar en la historia patria. Seguirá poco á poco haciéndolas seguir por aquel camino: no estoy descontenta de su método. (Quería decir de su espíritu anticatólico.) Por lo que hace á la religión, no pasa un domingo sin que yo les explique un poco la biblia. No sé que más pueda desearse para dos niñas de diez años. Ya que me recuerdas esto, precisa que te hable una vez, propiamente según me dicta mi corazón y mi conciencia.

—¡Bendita seais! exclamó Julia: hagámos por entendernos; así me place.

Prosiguió Ana, recorriendo la mitad de la senda:—Tú eres católica, yo protestante: es lo único en que no estamos de acuer-

do; de lo contrario, seríamos dos almas en un cuerpo. Lo somos á pesar de lo dicho, y no tengo de ti la menor desconfianza. Te creo muy prudente, y de seguro no querrás entrar con dos niñas en controversias....

—¡Cómo! dijo Julia interrumpiéndola, ¿las he suscitado nunca con vos?

—Esto es, repuso la Needle, lo que me fuerza mucho á quererte bien. No soy intolerante, como sabes; no lo soy en verdad, y aborrezco, por el contrario, cordialmente la intolerancia; pero soy madre, y por la gracia de Dios tengo un poco de conciencia: no se hallará mujer sin ella teniendo hijos. Yo, pues, me creería culpable (debes respetar, ó á lo menos comprender, esta persuasión), me creería culpable si en las almas inocentes de mis hijas dejase penetrar otras opiniones, fuera de las que considero puro rayo de fe y viva inspiración del Espíritu Santo. Espero que un día en el paraíso también tú me darás la razón. Digo en el paraíso, porque los de la iglesia inglesa no condenamos al infierno á los católicos honrados.

—Ni los católicos, dijo á su vez Julia, condenan al infierno á los disidentes de buena fe.



—Tanto mejor, contestó la Needle con visible alegría. Mas no entremos en cuestiones religiosas.

—Bien. Volvamos á nuestro asunto. Os doy mi palabra (Julia se llevó al corazón la mano) de que en cuanto de mí dependa no se dirá de religión la menor cosa. Es un propósito renovado diez veces desde que puse mis pies en Parque verde. Pero en cambio, ya que os placen las cosas claras, me permitireis que observe mi religión, ¿no es verdad?

A mistress Needle le pareció magnífica cosa poder renovar sus protestas de tolerancia y de sentimientos religiosos, después de vencido el punto capital que tranquilizaba su conciencia. Respondió, por consiguiente, con ardor:

—¿Qué me pides? Sería la primera en recordarte tu religión, si de ella (cosa imposible) te olvidáras. No hay cosa que desprecie tanto como una mujer incrédula. Sin sentimientos religiosos sinceros y profundos, la mujer es mala hija casi necesariamente; se hace peor, si á ser llega esposa; y es pésima, si, por su desventura y de otros, es luego madre. No puede ser sino una finísima hipocritona: la creería ladrona, deshonesta, capaz de las acciones

más viles; aun cuando en el exterior se mostrase distinguidísima señora, no le diera yo albergue en mi perrera; mucho menos, por consiguiente, á mi lado y al lado de mis hijas. ¡Considera, pues, si soy mujer que pueda contrariarte en el ejercicio de tu religión!

—Mirad mistrees Ana, repuso Julia riendo, lo que me decís es la repetición de lo que metía en mi cabeza siempre aquel buen anciano maestro de latín, monseñor y canónigo de la metropolitana de Nápoles: añadámoslo, pues, como artículo decimotercero al símbolo de los Apóstoles, con el cual estamos de acuerdo.

—¡Oh, sí, de veras! De acuerdo, completamente de acuerdo; predícalo también á mis hijas, y te quedaré muy obligada.

—Pero cada uno la que profesa, ¿no es verdad?

—Naturalmente. ¿Habríamos de poner en práctica una religión que no fuese la nuestra? Puedes observar, por tanto, los ayunos que te prescribe tu Iglesia, como cuando estabas en el palacio de tu padre. Kelerina llevará tus órdenes al mayordomo. También, para concurrir á los oficios, absoluta libertad. Tenemos una capilla católica á pocas millas de distancia: dispon-



drás que te pongan el coche. Será un bien para la pobre Kelerina, que ha ido á pie hasta hoy; te acompañará! Y si quisieras ir á Newcastle, ya lo sabes, el camino de hierro te puede conducir con gran comodidad dos veces cada día ¿Te basta?

Julia:—Me basta y me sobra.

No satisfecha la Needle con las muchas concesiones, añadió:—Aun cuando en tu habitación quieras disponer una capilla, no me opondré. ¿Conoces el proverbio de los ingleses? “Mi casa es mi castillo.” Fuera, nada; dentro, todo.

—Tengo que daros las gracias por muchas cosas; pero por ninguna me considero tan obligada como por esta libertad, que aprecio más que mi vida. Por ella reconozco vuestro corazón de reina. Creedme, señora Ana; aunque os hubiese odiado de continuo, os amaría desde hoy como una verdadera madre.

—Bueno, bueno; tú me recompensarás educándome bien aquellas queridas criaturas. Ya sabes que me ha entrado el deseo grandísimo de verlas modeladas como tú. Piensa, por lo tanto, en el modo. Por lo que hace á la literatura y á la historia, no hay que añadir nada. En cuanto al coser y al bordar pensarán las mujeres de casa; fue-

ra de que no tengo la pretensión de que sean modistas. Lo que te corresponde sin duda es darles un aire distinguido; conseguir que sepan presentarse con elegancia en una tertulia, que hablen algún idioma además del propio, que dibujen, que toquen el piano, y las demás bagatelas que adornan no poco la conversación. Desenreda tú la madeja, poniendo las cosas en orden.

—Ante todo, según creo, convendrá no poner demasiada carne al fuego. Pues deseamos que algún conocimiento entre muy bien en sus cabezas, es preciso dejar alguna cosa para los años venideros, y acostumarlas en el ínterin á comer como á los pajarillos, nutriéndolas cada día un poco mejor; tanto más, tratándose de vuestras hijas, que deben seguir sus cursos, parte en la ciudad, parte en el campo, y parte por esos mundos de Dios.

—¿Pues cómo lo arreglarías?

—Yo les daría por este año breves lecciones cada día. Antes del almuerzo una, que sería de gimnástica.

—¿De gimnástica! exclamó mistress Needle con espanto.

—Deponed vuestro temor, dijo Julia. Nunca he soñado en saltos mortales, en barreras, en escaladas y en trapecios. Son



juegos locos más que inútiles; he creído siempre que á las niñas les basta el volante, el aro, la cuerda y el ruido en el jardín, sin permitir que logren demasiada libertad, ó que se descaren. ¡Son flores y azucenas! Aludo á la gimnástica de las familias honestas, esto es, á los principios del trato gentil, para que sepan ponerse bien, presentarse con decoro en un salón, bailar algo, y así sucesivamente. Este poco estruendo sirve para que crezcan sus piernas después de las horas del estudio sério de la mañana, y para que tomen con gusto el almuerzo. ¿Os parece bien?

—¡Muchísimo!

—La otra lección debería ser de piano, porque si los dedos no se sueltan desde tiernecitos, difícilmente consiguen dominar el teclado; añadiría un principio de dibujo después de las doce, reposado el almuerzo. Si os placiese dejar el dibujo para después, se podría introducir en su lugar una hora de cualquier lengua, por ejemplo, de francés, de italiano ó de latín. No lo poseo perfectamente; mas, preparándome, podría enseñar los elementos de un modo fácil.

—Por ahora el latín, dijo la Needle, no me acomoda: el francés lo aprenderán

cuando viajemos por Francia: sería tiempo de que les enseñáras el italiano.

Me place. Para la aritmética y los demás adornos de historia natural, así como para las primeras nociones de la física y de la química, quedará tiempo en los años siguientes. En el ínterin, encárgome yo de indicarles algo por vía de pasatiempo. Parece que con un poco de constancia y sin variar de método, exigiendo seriamente que sepan los que se les vaya enseñando, y que den razón de ello, pareceme, digo, que verdaderamente aprovecharán más de lo que se pueda querer, tratándose de niñas de poca edad. No quisiera fartidirlas con estudios excesivos, pero sí conseguir que ansiáran saber cada día algo que ignoráran en el anterior.

—No lo dudes, dijo la señora: harás de ellas cuanto quieras; tienen una pasta de ángel, y las he preparado de tal suerte, que se dejan conducir con un hilo de seda. Además, tú las sabes también llevar perfectamente.

—Haré cuanto pueda, con el auxilio de Dios; mas antes conviene que reflexioneis lo ya dicho, y me respondais si os acomoda el dibujo.

—No hay que reflexionar, respondió la



Needle, manifestando plena satisfacción: comencemos desde mañana. Me reputo dichosa por confiarte mis hijas. Sólo una cosa me desplace.

—¿Cuál?

—Ciertos celos que se apoderan de mí: estarás con ellas todo el día, dejándome á mí, pobre vieja, completamente sola.

—¡Oh madre mía! gritó Julia con ímpetu; quiero estar con vos constantemente. He traído todo mi corazón á vuestra casa, y después de cumplir mis deberes con los míos de Nápoles, quiero ser vuestra y consagrarme á mi bienhechora.—

Mistress Needle, por este desahogo tierno de Julia, cuya sinceridad no podía poner en duda, se sintió llena de júbilo y bendijo la hora en que habíala invitado á ir á Parque verde, como también la feliz inspiración de poner aparte los envidiosos consejos de miss Mary. Convino con ella en que comenzára el año escolar al día siguiente; y se resolvió que en el tiempo intermedio tuviera Julia entrada libre en las habitaciones de la señora, á título de dama de compañía. Llamó incontinenti á las niñas, y presentándolas á Julia, intimóles con gravedad que desde aquel día en ade-

lante la obedecieran como si fuese ella misma, ya que Julia se dignaba ser su maestra: les añadió que al día siguiente comenzarían las lecciones. Cuando Julia, con aire distinguido, después de acariciar á sus discípulas, se retiró, á fin de que la madre pudiese aconsejarlas á solas, habló en efecto más pausadamente, y dijo:—Perlas mías, tendréis una educación escogida entre mil. Por este año os enseñará poco á poco las lindas maneras de presentaros, y el piano, sin contar otras cosas que os hagan discretas y señoritas de distinción. Ha llegado el tiempo de prescindir un poco de las diversiones y de consagraros al estudio. Haced, pues, lo posible para sacar provecho de sus enseñanzas, y complacer á miss Julia en todo y por todo. ¡Ay! Si le diéssis un disgusto, sería peor que si me lo diérais á mí. ¿Pero que digo? No necesitais ya vosotras de recomendaciones. Miss Julia es un ángel de bondad, ¡y os quiere tanto! No sólo debéis contentarla, sino mirar lo que hace en la mesa, en la conversación y en todas partes, con el fin de imitarla. ¿Lo hareis?—Las niñas saltando al cuello de su madre, cubriéronla de besos, prometiéndola todo lo que las supo pedir.



En la noche del día referido, alegrábase mistress Needle consigo propia de lo hecho con Julia, y del solemne acto de magistratura materna, que parecíale haber cumplido muy bien. Tenía de peculiar que se presentaba en todos los actos domésticos con actitud grave y seria, solemne, acaso con exceso. Ella misma lo notaba en ocasiones, por lo cual le parecía egregio partido para la mejor educación de sus hijas llamar en su socorro á Julia, cuyo trato, lleno de modestia noble, admiraba, siendo á la vez además siempre gozoso y alegre.—Sí: yo soy demasiado acompañada, y no sé dar á las niñas cierto brío, mas Julia tiene en el cuerpo cierto espíritu del Vesubio; no sé mostrar mi corazón, fuera de las circunstancias extraordinarias, mas Julia lo lleva en los labios; me dejó vencer por los escrúpulos y por las sospechas, mas ella es cándida y trasparente como un cristal; no sabría tomarme interés por las flores y los insectos, mas Julia de una mariposa hace un acontecimiento que ocupe á las pequeñas todo el día: Clara y Clemencia tomarán un poco de la madre y un poco de la profesora: es un compuesto, un mixto, un sistema perfecto de compensaciones.—¡Día feliz....! Pero Julia, ¿no sembrará

el papismo en mi casa? Es imposible: lo ha prometido, y no me hará traición.

Julia en el ínterin, en un cuarto poco distante, después que Kelerina le hubo llevado la ropa blanca y la botella del agua para la noche, no podía descansar por la superabundancia de su gozo. Veíase ya colocada con seguridad en un puesto donde el natural amor propio no sufría insoporable violencia, y en condición además de no temer encuentros peligrosos para su conciencia; á todo esto añadíase la circunstancia de poder auxiliar á los suyos. Todo cuanto le rodeaba le parecía de color de rosa; suave y dulcemente, como por encanto, se volvía á Dios y á la Virgen, resolviéndose en afectos de gratitud y de confianza. Comprendía que una fuente de paz se le abriría cuando dijese:—Contenta estoy de servir; porque Dios lo quiere. ¿Por qué afligirse, cuando hubiese podido hacerla nacer esclava como Kelerina, y como aquellas pobres mujercitas de los aldeanos de Parque verde que vivían en las cabañas con el puerco? ¿Acaso Dios le hacía un agravio quitándole parte de sus bienes con que la colmó hasta sus diez y nueve abriles? Si se hubiera casado con aquel joven ¿quién sabe? Estaría quizá des-



esperada y arrepentida, mientras aquí, si bien dependía de otros, gozaba de un albergue tranquilo, presentándosele delante una empresa digna de consagrar á ella su vida, á saber, la de conseguir para la Iglesia una familia entera. La mente de Julia tenía alas y volaba, volaba, gustando anticipadamente el triunfo celestial de abrazar nuevamente, ya cristiana fiel, á su amiga y bienhechora mistress Needle, como también á sus amadas hijas, y acaso á todos los demás del castillo.—¡No, no: no seré digna de mirar el cielo, exclamaba con ardor, si dentro de doce meses no he desengañado á mi amiga....! Pero no permite que le hable de religión. Sí, sí. Mantendrá su propósito una semana, y después será la primera que á él falte: la co-nozco. En la intimidad, el alma se abre y exhala: no hay cosa que lo pueda impedir.... ¡Este pavor al papismo es muy buena señal! Y orando por la Needle, quedó vencida por el sueño.

Dulcemente maravillada quedóse pocos días después, cuando se le presentó el mayordomo, y alargóle con reverencia un recibo para que lo firmase: con el recibo le dió un cartucho de oro.—¿Por qué? preguntó.

—El por qué debeis saberlo vos, señorita, respondió el ministro de mistress Needle. Yo sólo sé las órdenes recibidas, y os ruego que lo firmeis para descargo de mi administración.

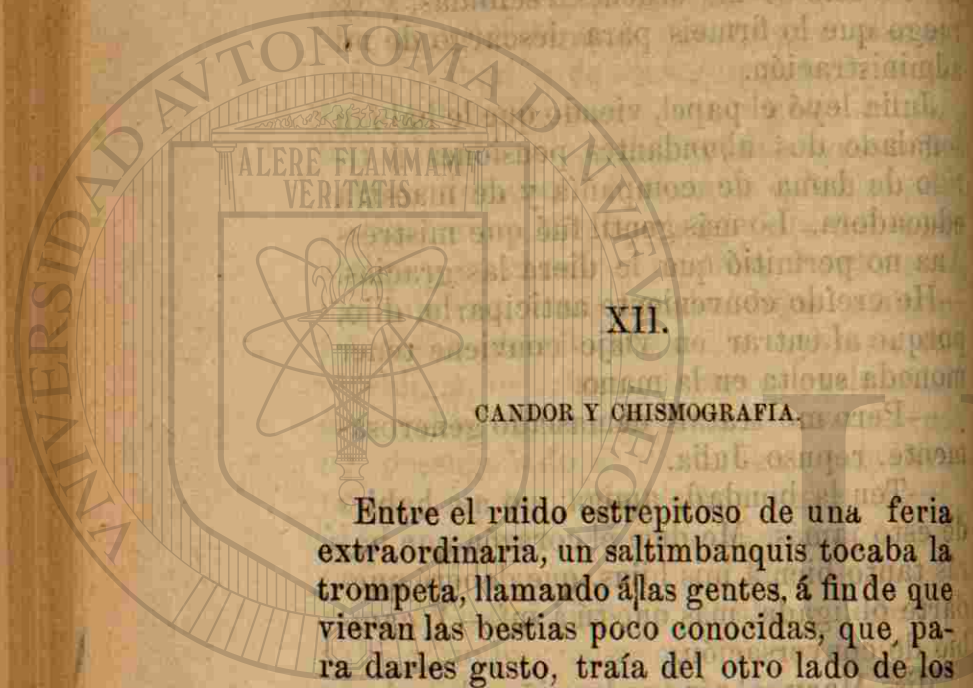
Julia leyó el papel, viendo que le habían señalado dos abundantes pensiones á título de dama de compañía y de maestra educadora. Lo más gentil fué que mistress Ana no permitió que le diera las gracias.—He creído conveniente anticiparlo, dijo, porque al entrar en viaje conviene tener moneda suelta en la mano.

—Pero me tratais demasiado generosamente, repuso Julia.

—Ten la bondad, amiga; no me hables de esto jamás. Me dice el corazón que harás tanto bien á mis hijas, que deberé quedarte obligada, más que tú á mí.—Y cambió de conversación.

Miss Mary, al oír que las niñas llamaban maestra á su inocente rival, y al saber pronto el infeliz éxito de sus amonestaciones, estuvo tres días cejijunta, irritada y sin decir la menor cosa.





## XII.

### CANDOR Y CHISMOGRAFIA.

Entre el ruido estrepitoso de una feria extraordinaria, un saltimbanquis tocaba la trompeta, llamando á las gentes, á fin de que vieran las bestias poco conocidas, que para darles gusto, traía del otro lado de los montes y de los mares. Mas los campesinos cuentan su dinero antes de gastarlo: al anocheecer se percibió el buen hombre de la pequeña ganancia del día. *Quid faciendum?* Hace sonar más ruidosamente la trompeta, toca con mucha más fuerza el tambor, sube al palco cerca de la puerta del circo, y se pone á publicar una muy nueva lotería. —Saco á suerte, dice, la bestia más gran-

de, la más maravillosa, la más fuerte, la más linda, la más estupenda. ¡El elefante por un sueldo; un sueldo cada billete; el rey de las bestias por un sueldo!—Los billetes se despachan en tropel: unos toman tres, y otros doce: llueve dinero. Se saca el número: el predilecto de la fortuna es Beco; Beco es saludado como felicísimo y envidiadísimo poseedor de un elefante.—Será indispensable, le dijo pronto el charlantán, mantener con cuidado al monstruo. Se morirá, de lo contrario, al tercer día, y la piel no es buena ni para hacer una criba de nueces. No cuesta mucho su manutención: con medio carro de yerba cada día tendrás bastante; abrévalo á la fuente; por la noche se contenta sólo con un barril de buen vino. Te recomiendo, compadre, la cuadra, y nunca podré recomendártela suficientemente: es preciso hacerla de intento, espaciosa y para él sólo, porque si pasa el elefante una noche con los demás animales, ¡adiós mi dinero! devora las ovejas, los rucios, los caballos y los bueyes con todos sus cuernos. Vamos, cógele; te ha favorecido la suerte; llévalo á tu casa.—Beco observaba aquel cabezorro extraño, aquellas grandes orejas en forma de



vela, aquella trompa plantada entre dos ojos nada tranquilizadores.—Necesito un cabestro, exclamaba en su interior.—A mirar volvía el animal suyo, y estudiando el modo de hacerle comprender que á buenas se fuera con él, le hacía inclinaciones de cabeza, y le invitaba con la mano. Mas el majestuoso paquidermo (1) hacía dar vueltas unas veces á sus colmillos de marfil, agudos, de más de metro y medio, y otras á sus ancas, que tenían cinco metros de altura, sin dar señales de reconocer á su nuevo señor. Añadió el charlatán: —Yo le hablaré, y verás si obedecerá.—Hace una señal, y da el elefante un bramido, que pone en fuga y en desorden á todos los feriantes del sitio.—¡Caramba! exclamó Beco, refugiándose detrás de una puerta; no hay que gastar muchas bromas con ese animalito . . . . Y luego un carro de yerba cada dos días y un barril de vino por la noche . . . . ¡Y si se comiese algún día el hermoso par de novillos que compré yo el año último . . . ! ¡Estaría loco . . ! Diga, señor del elefante: ¿qué me daríais por él si quisiera revendéroslo?

(1) Orden de mamíferos que comprende los elefantes, los rinocerontes, los asnos, los cerdos y los caballos. (Nota del traductor.)

—No compro nunca dos veces la misma bestia, respondió el charlatán

—¿Y si os la diese por lo que cada billete cuesta, por un sueldo?

—Sería deshonorar al rey de la naturaleza. ¡No lo consentiré nunca!

—Pues bien, tomadlo gratis, os lo doy.

—Soy un señor, y no admito regalos de nadie.

—Siendo así, replicó Beco más embarazado que nunca, dejaré plantado al señor elefante, y que sea feliz quien lo coja.

—No, señor, añadió el saltimbanquis; el elefante es vuestro, y lo dejo ahora en vuestro poder, debiendo en adelante mantenerle.—

En una palabra, Beco pagó al charlatán para que se dignase volver á tomar su mercancía. Lo que prueba que no es cómodo siempre poseer un elefante.

Mistress Needle se hallaba poco más ó menos en las condiciones de Beco, con la diferencia de que no deseaba de ningún modo quedarse sin la joven. Para ella, el elefante (cosa inverosímil, imposible y absurda) era la gentil señorita Julia de los Laureles. Tener á su disposición una joven tan cumplida; tenerla diariamente á la mano como dama de conversación, é in-



troducirla en las reuniones como maestra de sus hijas, parecíale á la señora muy bien: era Julia el decoro, el lustre y la felicidad de la casa. Mas todas las medallas tienen su reverso. Julia seguía siendo siempre, sin notarlo, aquella dama noble que no quería parecer, y era, mal de su grado, por su nacimiento y educación. Aunque no pocas veces abandonábase á los pasatiempos con sus discípulas, se leía en su cara la condescendencia más que el gusto de loquear, y el ansia de complacer á los otros más que el objeto de divertirse. Aun al prestarse á los muy leves servicios que á la señora dispensaba sin que se los pidiera, mantenía su actitud tan modestamente segura y tan señora de sí, que la Needle se apercibió de que á su alrededor tenía una igual, más que una sierva. Si luego se ponían á conversar, mostraba Julia tanto buen sentido y un criterio tan inmejorable, que la señora sentía forzosamente los efectos morales de la inteligencia superior de la joven. Veíase por ella forzada dulcemente á tratar á su sometida con delicada consideración, al propio tiempo que la compelia su cariño á confiar en ella en absoluto.—¡Oh! ¿Cómo podría ejercer imperio, preguntábase á sí propia, con una

joven tan bien nacida, tan amorosa, tan consagrada al bien de mis hijas, tan dócil, sobre todo, que se dobla y cede á la más insignificante indicación?

Tal era, y no era otra, la fascinación secreta con que Julia irresistiblemente se apoderaba del corazón de su señora, si bien despreciaba todo artificio y seguía invariabilmente con su papel humilde, aun en presencia de la baja servidumbre y de los forasteros. El no pretender ni usurpar nada, dábale autoridad y señorío. Estando próxima la partida de Parque verde, se multiplicaban las visitas hechas y recibidas por mistress Needle; no pasaba día sin que algunas personas que vivían algún tiempo en el campo (damas generalmente) se reunieran en la sala del castillo. Tocábale á Julia llevar á ella un rato á sus discípulas, y la señora la trataba cortemente, presentándola pronto á sus amigas. Naturalmente veíase forzada la joven á tomar parte activa en la conversación común, sobre todo porque mistress Needle, ansiosa de poner en evidencia el valor de su adquisición, se complacía en que viesen su manera de discurrir. Adaptábase Julia con gentileza á las chácharas comunes, hablando en inglés correctamente con las



personas del país, y en francés con las del extranjero que á veces llegaban á Parque verde; sabía sostener la charla de las jóvenes de poco juicio, y contestar dignamente á las reflexiones serias de sus madres. Nutrida desde muy atrás con buenos estudios, de gran memoria, vivaracha, pronta en expresar sus conceptos, y lo que sobre todo se aprecia en las reuniones femeninas, con un semblante que resplandecía por su rara belleza virginal, y mucho más hermoso por su ingenuo rubor, hacía que todas las miradas se dirigiesen á ella, señoreándose poco á poco de los demás; todos estaban pendientes de sus labios, y dirigía la conversación haciendo el papel principal, y tornando á ser lo que otras veces había sido, esto es, la reina de las reuniones.

Sucedía que las tertulias de mistress Needle, admiradas de los altos pensamientos de Julia, de sus nobles halagos, y de sus maneras distinguidas, decían á los oídos de la protestante, cuando acompañadas eran á su coche:—Sabed que teneis una señorita como una perla; se luciría en las tertulias de las damas más ilustres de Inglaterra.

—¿A mí me lo decís? respondía la Nee-

dle, gloriosa del cumplimento. Demasiado lo sé, y conozco lo que vale.

—¡Oh! ¿De dónde la sacásteis?

—La saqué del ramillete, ó más bien me llovió del cielo.... Es una estrella, ¡pobrecita! una estrella eclipsada del cielo de Nápoles.

—Pero ¿quién es?

—Es una condesita con un escudo que envidiaría un duque. ¿Qué queréis? desgracias de familia. Mas el carácter bien templado no desmonta por el cambio de condición. ¿Lo creerías? Me causa respeto aun á mí; déjome mandar por ella.

—¡Oh! ¿No tiene nunca la ocurrencia de hacer de doctora?

—¡Ah! Es una oveja, como veis. Si no lo impidiese yo, á pesar de ser lo dicho, humillaríase hasta el punto de hacer de camarera, de peinadora y de esclava. No tiene otro pecado que haber nacido papista.

—¿Papista y santurrona?

—Yo, respondía la Needle, no lo quiero saber: en el trato no pierde nunca el equilibrio, cuidándose sólo de la escuela y de sus cosas.—

Realmente Julia, estudiando las personas con las cuales había de vivir, compren-



dió claramente que en el castillo de la Needle se albergaba una corte completa en miniatura, con todo el agregado de celos, envidias, adulaciones, partidos y chismografías que se puedan encontrar en una corte grande al natural. Había resuelto, en su virtud, no mezclarse poco ni mucho en cosa que no le perteneciese, hacer á todos buena cara, huir de la familiaridad, y abrirse camino para su soberano propósito, conquistando simpatías en fuerza de buenos oficios. Las mujeres de servicio, con frecuencia arrastradas, reprendidas y maleadas por la serpentosa miss Mary, gozaban al recibir una orden por boca de Julia, quien, al trasmitirla en nombre de la señora, la endulzaba como si fuese una súplica. Además, Kelerina no cesaba de alabar á la joven, aun con el fin de vengarse de la vieja regañona, que tantas veces la había hecho llorar. Con frecuencia la señora le recordaba su prohibición de suscitarse cuestiones con los demás criados, y de hacer comparaciones; todo era inútil; la buena hija del Tirol no creía hacer comparaciones, por limitarse á ponderar las bondades extraordinarias de miss Julia, que nunca la reprendía, y que siempre se mostraba satisfecha de sus servicios. Era

verdad, sin embargo, que la servía con esmero y puntualmente.

—La sirvo, decía jactándose con la señora, la sirvo como si fuérais vos, y como serviría también á la reina Victoria, si viniese á Parque verde.

—Está bien, contestaba mistress Nedle; pero no lo digas tanto.

—¿Qué inconveniente hay en ello? Todos la queremos mucho, y es una señorita tan gentil, que me dice siempre: “Gracias, Kelerina.” Nunca me dijo gracias miss Mary, mientras arreglé su cuarto.

—Bueno, vamos, vete y cálmate. Miss Mary no tiene que porfiar contigo: mas calla; no hables más, ni para bien ni para mal.

Con las compañeras después, la locuaz Kelerina expresaba su respeto y su estimación á la joven de una manera mucho más significativa, llegando á decir con énfasis:—No tendría dificultad en confesarme con miss Julia.—Por ello se le burlaban no poco las mujeres, no acostumbradas á la expresión del lenguaje católico popular. De todas maneras se arraigaba la buena reputación de la flamante maestra y dama de compañía. Julia no sólo lograba ser muy querida por la camarera católica,



á quien trataba con amor en compensación de las asperezas todos los días recibidas, sino que contentaba igualmente cada vez más á la señora, que descubría de continuo las nuevas cualidades excelentes de su protegida. En cuanto á las alumnas, muchachas bonísimas por su índole y por los cuidados de la madre, se adaptaban como cera virgen á la forma que Julia procuraba imprimirlas; las guiaba con una señal, las corregía con una mirada, y las premiaba con una sonrisa.

Por todas estas razones, bendecía cada uno en Parque verde la hora en que había puesto el pie Julia en aquella casa. Sólo estaba con disgusto la infeliz miss Mary. A medida que la rival lograba el favor de los otros, con más placer la hubiera roído con sus dientes. ¿Cómo no, si la bailarina de Nápoles, como por burla la llamaba, de golpe había logrado su categoría, en el magisterio de las señoritas, contra sus consejos prudentes? Mucho más la escocía descubrir que Clara y Clemencia se doblegaban gustosas á la maestra de Nápoles más que á ella: con Julia se mostraban muy diligentes, muy gozosas y muy expansivas al paso que en su escuela estaban con disgusto y con temor. Llegaba su despecho

á su colmo por la condescendencia de la señora Ana con Julia, y por la intimidad que aparecía en su trato recíproco, de la cual no podía considerarse privada, porque no habíala gozado nunca.

Parecíale á miss Mary que un veneno fijo y acumlado se estancaba en su corazón, oprimiéndolo si no le daba salida: exhalábalo, haciendo á la joven alguna ruina acción á fin de que conociese su dominio y su inferioridad respecto de ella. Pero aun cuando espiaba mucho la coyuntura, perdía el tiempo: Julia no le daba motivo, ni razón, ni pretexto. Avisada por Kelerina y principalmente por sus propias observaciones, huía suavemente de miss Mary, y obraba con prudencia infinita. No quedaba en su virtud á la celosa mujer más recurso que rumiar en sus adentros la hiel, y por único desahogo decir boberías en secreto á cada uno de los del servicio, sobre los daños y peligros de la familia.— ¡Oh! ¡Que hayamos de ver, decia, á una joven con la leche en los labios, mandar absolutamente en esta casa, donde sin ella todo iba como un reloj!

—¿De qué sirve hacer mala sangre? respondían las mujeres de confianza; es forzoso atar el asno donde manda el señor.



La señora no ve luz sino por sus ojos; debemos callarnos, por consiguiente.

—He aquí, replicaba la Mary, lo que me da pena; ver á la señora enamorarse de una ave de paso hallada en las calles de Nápoles, y traerla con el fin de que meta la zizaña en la familia. ¡Quién lo hubiese dicho! Yo no he dejado de inculcar los buenos principios en la cabeza de la señora: ¡como la tratára yo!: no gallearía, de seguro bajo mi dirección, no, de veras. No omito ahora los consejos excelentes; más forzoso es decir que aquella maga de Nápoles ha conseguido hechizarla con su papismo; y que por ello la señora no hace caso de nadie. ¡Ay! Hasta un ciego lo vería; la quiere tanto, que la mocosa, dándole, dándole me pervierte á las pobres criaturas, que yo educaba con tanto afán. No las conozco desde que miss Julia se ha puesto á disparatar con ellas todo el día.

—En parte continúan siendo siempre vuestra sometidas, replicó una mujer adulatora; les dais lección; y las podreis oportunamente suministrar el contraveneno.

—¡Prontó lo has dicho! respondía suspirando miss Mary; es preciso ver las cosas en la práctica, y no teóricamente; entón-

ces es harina de otro costal. Es verdad que aún estoy en el mundo; mas Julia las enseña lo que place á las muchachas; á tocar el piano, á coger las mariposas y á dar brincos; claro es que las niñas sin juicio van detrás de quien las entretiene con semejantes diversiones, y mandan á paseo á quien las educa con severidad. Veo y no veo el fruto de mis sudores: conspira todo para que aumente mucho su descaro, y debo navegar contra la corriente. ¿No sabes que hasta el señor John (había vuelto pocos días antes) va detrás de ella como un perro?

—¿También le habrá encantado su boquita de miel?

—¿Qué dices? un caballero distinguido como John no se deja engañar por una bailarina italiana. Ella es la que no concluye de enroscarse á su alrededor, á fin de atarlo con sus melindres lisonjeros.

—¡Oh! ¿Con que ella es quien lo busca?

Miss Mary, con el fin de ocultar la contradicción en que había incurrido por el ódio; replicó:—Un poco el uno y un poco la otra. Por fortuna, ojos tengo aun, y ciertas cosas las veo sin necesidad de gafas. Procuraré también hablar; y si no



soy atendida, quien sufra el mal, con su pan se la coma.

—Decís bien, miss Mary. Ahora sois más necesaria que nunca.—

La interlectora se marchó contenta, por haber consolado con frases gratas á la celosa miss Mary, pero aún más contenta en su corazón por advertir que había dejado de tener la sartén del mango, yendo á las manos de Julia, más ligeras y más serviciales.

Sabía luégo Julia estos chismes por Kelerina, que se juzgaba en el deber de tenerla muy al corriente de lo que sucedía, para bien de las dos. Todo lo decía, por más que al oír la Julia cantar, pusiese á veces la mano en su boca, diciéndola.— En estos lábios estaría bien una mordaza, ó á lo ménos algunas puntadas. Eres demasiado habladora; sabe que ciertas cosas no necesito saberlas.—No le disgustó sin embargo, á la joven enterarse de las necesidades de miss Mary referentes á John. Eran las menos creíbles, y manifiestamente inventadas por la perversa intención de hacer daño. Se propuso únicamente proceder con mucha mayor circunspección, y quitar el más leve pretesto para las habladurías.

Verdad es que semejantes precauciones eran completamente inútiles, porque John según la excelente costumbre de las buenas familias inglesas, veía sólo á la maestra en la estancia de su madre, ó en el salón de la tertulia, á vista de todos. En ella por su índole agreste y reservada, era agradable y accesible lo mismo que un oso. Tratábale Julia, para domesticarle, con singular respeto; no dejaba de informarse de su salud, y obtenía por respuesta *yes* y otros monosílabos de especie parecida; cuando lograba un cortés *I thank you, miss Julia*, conseguía una gran victoria; si luégo las pequeñas, loqueando con la joven, lograban hacer asomar á sus labios una media sonrisa, el triunfo era estupendo, y llegaba el gozo de la madre á la médula de sus huesos.

El jovencito infeliz padecía una hipcondría que hubiese ablandado las piedras. Era capaz de permanecer silencioso, apoyado en una butaca, una hora entera, arreglándose las uñas con el cortaplumas, ó cortando un mondadientes de madera durante una conversación, sin decir palabra, ni alzar los ojos de su grosero trabajo. Otras veces colocándose en el vano de una gran ventana gótica, hojeaba un li-



bro latino, edición preciosa de Cambridge, y allí se quedaba fijo, volviendo hoja tras hoja, sin cuidarse del mucho ruido que hacían las mujeres. Con todo, no obstante sus asperezas; daba señales de bondad. Cumplía su obligaciones de hijo y hermano; pero sin ir un punto más allá del estricto deber. Con Julia no salía de las palabras que prescribe la buena educación, no pecando por carta de más, sino por carta de menos. No pasaba de preguntarle la significación de una frase que no entendía por sí, ó de pedirle que leyese un trozo de francés con buena pronunciación, ó aldenos exámetros de autor latino, por el gusto de conocer su valor métrico, mucho guás armonioso en boca italiana que en la mos ingleses. Sus relaciones con Julia terminaban allí; necesitábase toda la superfi ma malevolencia de miss Mary para inventar seducciones amorosas.

En otro terreno, era un poco mayor el éxito de la guerra de miss Mary contra su rival. No concluía de referir sus erudiciones históricas, en las cuáles creía estar sumamente segura. Sin embargo de hallarse Julia medianamente versada en aquel ramo de culta educación; al devanar la ma de ja de los cien reinos efímeros ó miscros-

cópicos de la Gran Bretaña, vacilaba frecuentemente. Las hostilidades se abrían ordinariamente bajo forma cortés y disimulada. Miss Mary fingía promover dificultades á sus discípulas, ó hermo sear su discurso con alusiones á los hechos y monumentos de la historia patria. Tenía buen cuidado de interrogar á Julia, y hacerla intervenir con dudas é interrogaciones dirigidas á ella, por el gusto de que vacilase, se confundiese y se avergonzase de su ignorancia sobre las crónicas inglesas. Añadía centenares de sucesos y de nombres, no sin alguna palabra despreciativa, á manera de paréntesis, contra los forasteros, naturalmente poco prácticos en los importantísimos acontecimientos de la Gran Bretaña.

Julia perfectamente sentía el veneno del proceder villano de la profesora, y no le hubiera sido difícil tomar el desquite, envolver á su adversaria con estrategia semejante, sacarla fuera de su terreno ventajoso, y empeñar batalla en otro favorable para ella. Más fácil le hubiera sido, porque su palabra corría segura, y miss Mary, en saliendo de las crónicas de su país, era un pez fuera del agua. Mas Julia



no sabía defenderse de ataques indignos, tomaba expedita y segura el partido de reputarse discípula de la orgullosa maestra, escuchando con avidez sus doctas citas, no queriendo mostrarse de ningún modo herida por sus flechazos, y confesando modestamente que le interesaban mucho las historias del país, como también que las hubiese aprendido con tanto placer como las de Italia. Hasta llegó á pedir bellamente á miss Mary algunos libros, á fin de aprenderlas. Mas la vieja, muy astuta, después de haber confiscado todos los que había en la casa referentes al asunto, negóse á prestarlos, bajo el pretexto de que los tenía continuamente á la mano para sus lucubraciones históricas, siendo, como si dijéramos, los chismes de su arte. Necesitó la joven aprovecharse de un paseo á Newcastle para comprar algunos volúmenes, que, estudiados con gran perseverancia, la elevaron pronto á gran altura, pudiendo decir su parecer sobre las erudiciones de miss Mary. Viendo ésta el mal resultado de su intento, se olvidó poco á poco de sus ciencias más queridas, dejando á dormir su repertorio de mesa y de salón.

Con sus astucias consiguió lo contrario de lo que se proponía. Mistress Needle,

que no carecía de buen juicio, sin dar claramente á entender que notaba las innobles contiendas, comprendía muy bien su objeto y su valor. Aplaudía en su corazón el franco y modesto proceder de Julia, causándole aseó el tortuoso é indigno de la vieja. Sin embargo, nunca le pareció propio de su dignidad descender al palenque como pacificadora, ó preparar de algún modo una intervención. Fué muy diferente cuando se trató de hacer otro viaje por Italia. Resuelta entonces á quitarse de su alrededor la enfadosa peste de pedantería que muchos días zumbára en sus orejas, llamó á miss Mary á su gabinete, mientras Julia entreteníase en dar la lección de italiano á las niñas. Con buenos modos, mas demostrando su firme propósito, le dijo:—Oid, miss Mary; sabiendo que de mala gana emprendeis largos viajes fuera del país, os quiero contentar.

—Con vos, empero, iré siempre con placer, dijo interrumpiéndola.

—No, no: he tomado mis resoluciones, y esta vez no puede hacerse de otra manera. Ya conoceis las condiciones tristes de la parroquia; existe siempre la maldita levadura, ó más bien, la zizaña mal arran-



cada de los puseistas. Quiero saber todo cuanto suceda.

—Está el agente de las minas, que pudiera . . .

—No lo creo bastante cuidadoso. Además, de puseísmo y de la alta iglesia entiendo tanto como de árabe; por añadidura, siempre su cabeza está en los salarios, en las huelgas y en los desastres. Se necesitan mujeres para estas investigaciones. Te confío la cosa más delicada que hay aquí: me debes representar cerca del reverendo rector, é informarte de lo que suceda, de lo que se maquine, y de todo. Escríbeme á lo menos una vez por semana.

Miss Mary se hubiera quedado con muchísimo gusto en Parque verde en otras circunstancias; pero en aquellas por ningún caso del mundo hubiera querido separarse de su señora. Afligíale la cruel sospecha de que quizá Julia, siguiendo sin rival con la familia, tomaría el timón en los tres meses. De todas maneras, comprendiendo que mistress Needle no prescindiría de su determinación, tragó la píldora muy amarga, y puso buen semblante. En secreto después refunfuñaba con la servidumbre:—Ya no se respetan los cabellos blancos . . . ¡No parece sino que haya

miss Julia hechizado á la señora! ¡Sólo faltaba esto, que se enamorase de una mujercilla italiana . . .! No quisiera que le sucediese ningún mal, ni tampoco á sus hijas.

Al siguiente día, en el castillo del Parque verde sólo se hablaba de viajes. Italia y Florencia estaban en las bocas de todos. Estudiábanse los mapas; se sacaban de sus fundas las guías y el *livret Chaix*; se soñaba y se decían cosas poéticas sobre el paso de los Alpes. Las imaginaciones daban el adiós á los montes de abetos y de pinos, así como á las nieblas de los valles de Northumbria. Navegaban á través del Canal de la Mancha, y á gran vapor; iban volando por los caminos de hierro franceses, y gozaban de antemano el cielo de Florencia, que las niñas juzgaban naturalmente muy parecido al de Nápoles, gozado en el año anterior. Hervía la obra de los preparativos. Clara y Clemencia corrían adelante y atrás, muy ocupadas en recoger sus papeles y sus juguetes, así como en pedir incesantes consejos á Julia sobre lo que debían llevarse y lo que debían dejar. John, calmoso, calmoso, reunía libros de bolsillo, pipas y boquillas de fumar. Julia arreglado prontamente su baúl, se



volvía toda ojos y toda manos, á fin de ayudar en sus preparativos á la señora y á sus hijas. Mistress Needle acumulaba principalmente un tesoro de biblias, á fin de que ni á la familia ni á la servidumbre faltase el pasto espiritual.

Decía la señora:—Vamos á pasar el invierno en Florencia.—No revelaba enteramente su plan; porque si bien había verdaderamente resuelto pasar tres meses ó cuatro en la ciudad de las flores, tenía puesta mira en algún punto intermedio, al que volaba en espíritu. Ansiaba restaurar allí su devoción, sin hacer demostraciones ni ruidos, para que no se disgustase Julia, á la que creía poco devota de su santuario.

Miss Mary se despidió sin descender hasta el estribo del coche, bajo el pretexto de reuma en las rodillas. Leíase en su cara la cólera y el despecho. Saludó á todos, dando también á Julia un medio adiós lo más friamente que supo, y diciendo en su corazón:—Si no volvieses más, no sería yo quien te llorase.

Así partían.

## XIII.

## FRÉJUS

Clara escondía su cabeza en el regazo de su madre, siguiendo abrazada estrechamente con ella. Clemencia calmaba de modo semejante las palpitaciones de su corazón en los brazos de Julia. Habían entrado casi en el *túnel* entre Modáne y Bordonechia. ¡Pensar que dentro de las oscuras vísceras del monte quedaban por recorrer doce mil metros! Tanto Julia como la señora Needle habían procurado prevenir á las criaturas contra las opresiones del miedo; en toda la subida por la extensión del valle del Arco habían encarecido incesantemente la hermosura, la alegría y las ven-



volvía toda ojos y toda manos, á fin de ayudar en sus preparativos á la señora y á sus hijas. Mistress Needle acumulaba principalmente un tesoro de biblias, á fin de que ni á la familia ni á la servidumbre faltase el pasto espiritual.

Decía la señora:—Vamos á pasar el invierno en Florencia.—No revelaba enteramente su plan; porque si bien había verdaderamente resuelto pasar tres meses ó cuatro en la ciudad de las flores, tenía puesta mira en algún punto intermedio, al que volaba en espíritu. Ansiaba restaurar allí su devoción, sin hacer demostraciones ni ruidos, para que no se disgustase Julia, á la que creía poco devota de su santuario.

Miss Mary se despidió sin descender hasta el estribo del coche, bajo el pretexto de reuma en las rodillas. Leíase en su cara la cólera y el despecho. Saludó á todos, dando también á Julia un medio adiós lo más friamente que supo, y diciendo en su corazón:—Si no volvieses más, no sería yo quien te llorase.

Así partían.

## XIII.

## FRÉJUS

Clara escondía su cabeza en el regazo de su madre, siguiendo abrazada estrechamente con ella. Clemencia calmaba de modo semejante las palpitaciones de su corazón en los brazos de Julia. Habían entrado casi en el *túnel* entre Modáne y Bordonechia. ¡Pensar que dentro de las oscuras vísceras del monte quedaban por recorrer doce mil metros! Tanto Julia como la señora Needle habían procurado prevenir á las criaturas contra las opresiones del miedo; en toda la subida por la extensión del valle del Arco habían encarecido incesantemente la hermosura, la alegría y las ven-



tajas de atravesar de parte á parte las horribles barreras de los Alpes con fácil y breve pasaje. A pesar de todo, aquella profunda obscuridad y aquel entumecimiento por el frío agudo, que sucedieron de repente á la dulce luz de un cielo apacible y sereno, llenaron á las angelitas de insuperable abatimiento.

—Pero ¿qué temes? iba Julia repitiendo á la más jovencita; alza los ojos y mira el farol que brilla sobre nuestra cabeza.—Clemencia sólo sabía contestar:—Tengo miedo.—Como Clara por fin había dado entrada á la razón, comenzado á mirar á su alrededor, si bien llena de recelo, mistress Needle tomó cariñosamente por la cabeza á la otra, que aun no se tranquilizaba, dirigióla hacia sí un poco, y le dió un beso en el carrillo. Encontrándose la niña frente á frente de su madre, y viendo que, tanto Julia como los demás la tranquilizaban, cobró aliento y seguridad. Dejó que le quitaran los chales con que la envolvieron de cualquier modo al entrar en el subterráneo, porque la estación, que parecía de primavera, saltaba luego de súbito al estío y á la sofocación propia de la canícula. Unos querían bajar los cristales, y otros querían alzarlos. Julia sostenía que

daba lo mismo lo uno que lo otro, porque la corriente impetuosa que descendía de la boca italiana hacia la francesa, desvanecía incontinenti el humo de la locomotora: luego se vió que tenía razón.

Entre tanto, para impedir cualquier pensamiento triste, discurría largamente y en alta voz sobre los particulares de aquella empresa de gigantes; hablaba del plan concebido por mentes poderosas, que llevaron á término la perforación; de las terribles máquinas para barrenar con sus bocas llenas de escoplo, con las cuales mordían la dura roca, lanzadas con vapor en medio de las hondas vorágines; de los tubos de aire vital que llegaban al fondo de aquella tumba con el fin de alimentar i respiración de los trabajadores de las minas que se cargaban; de la circunstancia de retirarse los mineros detrás de las defensas volantes; de cómo estallarían abriéndose y arruinándose las entrañas de los Alpes, siendo pronto en cien carros recogidas y llevadas afuera. En tanto que centenares de hombres robustos empujarían para nuevos asaltos los afustes de las máquinas horadoras, un poco aliviadas del primer trabajo, otras cuadrillas, bajo la dirección de ingenieros y capataces medi-



rían el vacío conseguido, haciendo en él las combas, murando en estas de una y otra parte las piedras cortadas, y construyendo después una bóveda fortísima y alta, sin que con tantas obras propias de ingenieros que se sucedían, alternando y mezclándose con los trabajos materiales, ocurriese desorden por aglomeración de personas, ni estorbo para el regular y solemne avance de la conquista subterránea.

Había Julia estudiado también las relaciones de los sabios sobre la interna geología de Fréjus, y los cálculos de las masas increíbles de materiales extraídos de las excavaciones, ó empleados en la construcción de la gran obra. Placiale luego reducir estas masas geométricamente á no pequeñas montañas, ó á muros semejantes á la gran muralla de la China, ó á piedras regulares que fuesen de Londres á Roma. Hasta John se fijaba en tales problemas, y al parecer oía resolverlos con gran gusto. Mncho más ponía sus ojos en Julia, cuando iba enseñando las diversas rocas, por en medio de las cuales pasaban; con asombro oía que una joven le recordaba la nomenclatura mineralógica, que había oído desde los bancos de la escuela; los

suelos de esquistos calcáreos (1), moreuos por hallarse encajonados dentro de filones de antrácitos (2), así como los esquistos cuarziformes (3), arenosos y talcosos, que aquí ó allá redoblan, triplican ó cuadruplican los flancos del monte hasta el vivo macho interno, que surge más fuerte que el hierro, por ser de pura y durísima piedra silícea (4). Llegado á este punto el *tren*, mostraba Julia con el dedo desde las portezuelas las paredes próximas á los faroles, que presentaban escabrosidades de infinitos cristales en punta, claros ú opacos, mas siempre brillantes: parecía un viaje encantado, en medio de paredes incrustadas de diamantes.

Mientras fatigábase Julia por tener ocupada la mente de las niñas, á fin de que sus imaginaciones pueriles no quedasen dominadas por el miedo, un incidente hizo vanos sus afanes. El farol que resplandecía en el techo del coche de pronto lan-

(1) Roca formada de carbonato de cal y esquistos, cuyo color es vario. Se halla en los Alpes y en los Apeninos.

(2) Sustancia carbonosa que arde con dificultad y que generalmente no produce llama, humo ni olor, compuesta de carbono con algo de hidrógeno, y de una sustancia térrea, formada de alumina, cal silicea, y á veces de carburo de hierro.

(3) Que tienen la forma del cuarzo ó alguna de sus propiedades.

(4) Lo que es de pedernal ó pertenece á él.

(Notas del traductor.)



guidece, vacila y muere. Cada pasajero deja escapar un grito involuntario, porque no sin alteración ve desaparecer aquella débil estrella, consoladora en el tenebroso camino. Es un suceso nada raro ni peligroso; mas no existe pecho tan armado de raciocinio que á mil seiscientos metros bajo tierra no se desaliente por un instante. Hiciéronse las muchachas superiores á su desventura un rato; mas pronto se volvieron á refugiarse en Julia y en su madre, silenciosas y dominadas por su aflicción.

En el exterior era la noche profunda, é interrumpida sólo de vez en cuando por el brillo de los faroles de gas, diseminados á cien metros de distancia. Daban estos un momento cierta luz circular, que iluminaba el coche; mas luego volvían las tinieblas. Callábase, dando el silencio fuerza y alas á los extravíos de la fantasía. Grandes y pequeños seguían dudosos, fijándose mucho en cualquiera estrépito que rompiese la monotonía del sordo murmullo del *tren*. ¿De qué aprovechan las reflexiones cuando un terror pánico llena de pavor el corazón? Se sueña despierto. Cada novedad quita el brío, encoge la piel y hace que tiemblen las vísceras: el fragor de los coches que ruedan en el sitio cerrado, con-

fundiéndose con el estruendo continuo de la gruta, parecè un sonido amenazador; á cada hilo de agua que cae sobre la vía se piensa en torrentes y en ríos cuyas simas tragan; el silbido de la locomotora tó-mase por un silbido de serpientes, y el respirar de las válvulas por un gemido de monstruos ó de fantasmas que salen de los ciegos báratros circunstantes. ¡Ay si el *tren* disminuyese su carrera un poco! ¡Ay sobre ay si se para! ¿Qué ha sido? ¿Se ha echado á perder la máquina? ¿Se ha desmoronado la bóveda? ¿Está interrumpido el pasaje? ¿Se ha incendiado un *wagón*? ¿Qué catástrofe tenemos encima? ¡Oh Dios! ¿Quién nos socorrerá en este abismo y en las entrañas de la tierra?

No es nada; una distracción del *fogonista*, una precaución del conductor, que se preocupó de un obstáculo insignificante, y que ahora, desvanecida su aprensión, empuja muy animoso la máquina sobre su vía.

Así es que tanto para las personas de imaginación pintoresca como para los que conversan en los coches, brilla deseada y alegre la primera luz de la desembocadura. A nuestros viajeros anuncióla John, que, apoyado en la ventanilla, la esperaba. Decirlo y aparecer los primeros rayos á de-



recha é izquierda del coche, fué cosa de un momento; todos volvieron á respirar, se alegraron y salieron de angustias, como si se tratase de gente que, oprimida por un grave peso, vese libre al fin, alienta y bebe á grandes sorbos el aura de la respiración. John había meditado los versos de Virgilio sobre las *tenarie fauci* y sobre los *profondi aditi* de Plutón; había bautizado algunos trabajadores que, arremangados y con un gran sombrero de hule, trabajaban en ciertos puntos, con los nombres de *Bronte*, *Sterope* y *Piracmone*, de los miembros desnudos; ahora disponíase á saludar la Italia, que no había visto aún nunca, con el *Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus, Magna virúm*. Quería él acreditar-se con Julia, para no pasar del todo por grosero é insensible ante las bellezas de la naturaleza. Mas se ahogó en su boca su admiración por el imprevisto espectáculo que presentaba el primer cielo italiano que veía. Observaba sólo una niebla fija, que podía cortarse con el cuchillo, ahogando todos los alrededores y el valle que había debajo. En medio de ellos descubría con estupor las cercanías coronadas de nieve, sin pensar que se hallaba más de mil doscientos metros sobre el nivel del mar; los

pinos, los alerces, los abetos y los abedules que sucesivamente hallaban al descender, parecían gemir bajo el acumulado y blanquísimo peso que oprimía sus ramas seculares.

—¿Mas dónde esta Bardonecchia, que veo en los mapas á la salida del túnel? preguntaba mistress Needle.

Su hijo, que mirando estaba, contestó: —Allí abajo está en el valle: veo algo semejante á la torre de un castillo que navega entre las nubes. Debemos estar encima del Olimpo, porque las tempestades se forman bajo nuestros piés.

Mistress Needle se alegró al ver que daba señales de vida, y que los labios de su primogénito, mudos generalmente, profesaban algunas palabras; lo consideró feliz augurio. En la estación de Bardonecchia se detuvieron un poco, y bajaron nuestros personajes. Ansiosa Julia de secundar el buen humor de John, se le acercó juntamente con sus hermanas, y provocólo de gentil manera para que cambiase algunas palabras: —¡Qué progreso, señor John! En otros siglos, en que se obstinaba en bajar por estas montañas en el invierno, se debía meter en una piel de toro embutida en lana, y hacerse *descolgar por las rocas*, co-



mo dicen aquí, ó sea descender, por medio de cuerdas, con el auxilio de estos habitantes de los Alpes, que, dedicados al arte de ir sobre los hielos, y herrados sus pies como si fueran mulos, caminan diestramente sobre aquellos como sobre una era trillada.

—Gran progreso en verdad! respondió John; sin embargo, no me hace la Italia el recibimiento que aguardaba: frío, nieve y horror por todas partes, como si de Parque verde nos dirigiéramos á la Escocia.

—Poco á poco, señor: más abajo está la Italia, y espero que la encontrareis hospitalaria todavía, á pesar de hallarse avanzado el otoño. Vamos: cualquiera cosa yo apostaría á que pensábais con amor en el *Hic ver assiduum, atque alienis mensibus aestas: ¿no es verdad?*

—Precisamente, precisamente; contestó John maravillado; habeis leído en mi pensamiento.

Entonces pareció electrizarse. Habían tocado su parte sensible: los clásicos eran la única cosa del mundo en que John parecía libre de la hipocondría. Volvió á subir al coche con el semblante más alegre que de costumbre, y mostróse con los suyos más sociable. Volvió la joven á poner

en movimiento su conversación encantadora. Cada uno pendía de sus labios, á excepción de la señora, que absorta parecía en un gran pensamiento. Mistress Ana, en vez de buscar ávidamente, según costumbre, las vistas variadas de los alrededores parecía preocupada sólo de sus mapas geográficos. Sacábalos de sus fundas uno tras otro, extendíalos á la luz de los cristales y minuciosamente los examinaba, poniendo encima el dedo índice y el del corazón; pasaba de los mapas á las guías, que con visible ansiedad consultaba, y tornaba de las guías á los mapas.

Julia, por fin, se puso á su lado, y con gracia:—Señora, le dijo, ¿habeis hallado lo que deseábais?

—Tú no lo debes saber, Julia mía, respondió la Needle con una sonrisa. Busco una cosa que acaso no te gustaría si la supieses.

—¿Qué decís? Nada de lo que os interesa es indiferente para mí.

—Pues bien, dijo la señora; busco las aldeas famosas de los Valles valdenses.

Respondió Julia, sin que se demudara su semblante:—Allí están. Los atravesamos: Sepáranos de ellos esta cordillera de mon-



tes altos que los cierra á la derecha. Desde allí corre el vallado del Chisone. Fenestrelle (Julia lo indicaba con el dedo en el mapa) es el primer lugar importante; más abajo Pinerolo, y á Levante, entre estos montes, Lucerna, Torre, Angroña, y así sucesivamente todo el país valdense.

—¡Ah! ¡Si hubiese un camino de hierro, exclamó mistress Needle, que nos condujese allí en derechura, sin este codo inmenso de Turín!

## XIV.

## CHÁCHARAS PARA EVITAR CHÁCHARAS.

Habiendo Julia oído aquella exclamación de mistress Ana en pró de los infelices cantones heréticos de Italia, auguró en su interior mal para sí: á lo ménos dos ó tres días de tribulación. Resignóse, sin embargo, procurando que la conversación versase sobre asuntos alegres, temiendo no poco que la señora entrara en cualquier discurso ascético relativo á los valdenses. Mientras cada uno ponía sus ojos en los peñascos es-

cabrosos y tristes dentro de los que vuela el *tren*, indicaba la joven el *Rocciamelone*, el *Col de la Rota* y el *Cenis*, cuyas cumbres se desvanecían envueltas en las turbadas, y ateridas por los hielos perennes. Hablando iba á las pequeñas, sentadas delante de ella, de los corzos de los Alpes, que llaman gamuzas, y son del mismo género á que pertenecen los antílopes (1) africanos.—Son, exclamaba, las más lindas bestias que puedan verse, á pesar de haber nacido y de nutrirse sobre estas asperísimas rocas que se pierden en las nubes. Os parecerían trabajadas con el torno; tan lustrosas son, ágiles y ligeras: hasta su barba es lisa, y tienen lisos también los cuernos. Son mansos sobre todo encarecimiento si se saben domesticar, y de muy benigna mirada; sin embargo de huir en su estado natural, del hombre, como de su mayor enemigo.

—¡Quisiera verlas! dijeron casi á un tiempo las niñas.

—¡Imposible! respondió Julia, porque reunidas bajan muy temprano en busca de alimento; después de mediodía se recogen

[1] Género de mamíferos caracterizado por sus cuernos huecos, generalmente redondos.



tes altos que los cierra á la derecha. Desde allí corre el vallado del Chisone. Fenestrelle (Julia lo indicaba con el dedo en el mapa) es el primer lugar importante; más abajo Pinerolo, y á Levante, entre estos montes, Lucerna, Torre, Angroña, y así sucesivamente todo el país valdense.

—¡Ah! ¡Si hubiese un camino de hierro, exclamó mistress Needle, que nos condujese allí en derechura, sin este codo inmenso de Turín!

## XIV.

## CHÁCHARAS PARA EVITAR CHÁCHARAS.

Habiendo Julia oído aquella exclamación de mistress Ana en pró de los infelices cantones heréticos de Italia, auguró en su interior mal para sí: á lo ménos dos ó tres días de tribulación. Resignóse, sin embargo, procurando que la conversación versase sobre asuntos alegres, temiendo no poco que la señora entrara en cualquier discurso ascético relativo á los valdenses. Mientras cada uno ponía sus ojos en los peñascos es-

cabrosos y tristes dentro de los que vuela el *tren*, indicaba la joven el *Rocciamelone*, el *Col de la Rota* y el *Cenis*, cuyas cumbres se desvanecían envueltas en las turbadas, y ateridas por los hielos perennes. Hablando iba á las pequeñas, sentadas delante de ella, de los corzos de los Alpes, que llaman gamuzas, y son del mismo género á que pertenecen los antílopes (1) africanos.—Son, exclamaba, las más lindas bestias que puedan verse, á pesar de haber nacido y de nutrirse sobre estas asperísimas rocas que se pierden en las nubes. Os parecerían trabajadas con el torno; tan lustrosas son, ágiles y ligeras: hasta su barba es lisa, y tienen lisos también los cuernos. Son mansos sobre todo encarecimiento si se saben domesticar, y de muy benigna mirada; sin embargo de huir en su estado natural, del hombre, como de su mayor enemigo.

—¡Quisiera verlas! dijeron casi á un tiempo las niñas.

—¡Imposible! respondió Julia, porque reunidas bajan muy temprano en busca de alimento; después de mediodía se recogen

[1] Género de mamíferos caracterizado por sus cuernos huecos, generalmente redondos.



en lugares inaccesibles á fin de comer reposadamente y dormir un buen rato. ¡Oh! considerad la Providencia de Dios. Siempre que duermen, una vigila en la cima como centinela: si el enemigo aparece, da un grito, y sus compañeras instantáneamente saltan por cien senderos, de roca en roca y de cresta en cresta, alejándose y poniéndose á salvo.

—Mas ¿de qué viven? preguntó Clara; sólo veo piedras y nieve.

—¿Qué piensas? El Señor cuida de todos. Embóscanse cuando llega el invierno en los desfiladeros de los bosques, contentándose para su manutención con hallar bajo la nieve algunas hojas caídas en el otoño anterior, ó un pedazo de musgo verde que ha crecido al pie de un árbol viejo, ó un poco de cenómice (1), que es un líquen muy bajo, con mil ramitas entrelazadas y húmedas. El que se contenta con poco es rico siempre, y las gamuzas son discretas. En el estío, abandónase á todo bien de Dios; entre estos lugares enriscados existen también vallecitos, costas floridas y prados llenos de yerbas menudas y sabrosas; entonces las cabritas se tratan á cuerpo de rey

[1] Géne o de líquenes, tipo de la familia de las cenómices.  
Nota del traductor.

—¿Quién pudiese venir durante la primavera! exclamó mistress Needle, amante siempre de la hermosa naturaleza.

Julia:—Durante la primavera, señora, gozareis, si lo deseais, de los alrededores de Florencia. Prosiguió despues, dirigiéndose nuevamente á las niñas:—Es cierto que si diéseis una carrera por estas cimas alpestres en la buena estación, volveríais á casa con el canastillo lleno de las más deliciosas flores que colora el sol. Aquí crecen la genciana de los Alpes (1), vestida de hojas ovales, que se abre formando una campanilla de un azul inimitable; violas de varias clases, *orquideas* (2), yerbecitas de la gran familias de las labiadas (3), y de tan diversos olores, que no se hallan más en las perfumerías. Quisiera que pudieseis recoger la *Vindita* del bosque. Los señores la llaman *Escabiosa selvática* (4); mas para vergüenza de estos nombres y apellidos, es una nitidísima señorita de muy buen garbo. Al-

[1] Se refiere sin duda el autor á la genciana que tiene cuatro pies ó cinco, erociendo en las grandes montañas, pero sobre todo en los Alpes y en los Pirineos.

[2] Familia de plantas que crecen en los bosques, así como en los prados húmedos y sombríos.

[3] Yerbas ó arbustos de ramas tetrágonas, con hojas enteras ó divididas, y faltas de estipulas.

[4] Planta herbácea que crece en las comarcas montuosas y en los bosques ó arboledas de Europa, Asia y Africa.

Notas del traductor.



gunos dicen que la ingratitud le dió dichos sobrenombres infamantes, porque una de sus hermanas sirvió á veces para curar á los roñosos.

Riéronse las niñas al oír esta historia, y preguntaron:

—¿Cómo puede ser esto?

Respondió Julia:—Su hermana, que se llama Viuda ó Escabiosa de los campos, era buscada frecuentemente por los farmacéuticos, á fin de hacer medicinas para ciertas enfermedades de la piel. Va descompuesta más que arreglada, y con el semblante arrugado por el sol; como todas las del campo, se suele crear cerca de los arroyos. La Selvática, por el contrario, que habita en estos sitios solitarios de los Alpes, ha conservado mejor sus bellezas. La he visto yo perfectamente hospedada en el jardín botánico de Nápoles, y os puedo decir que, si bien sus pies son algo borrosos, según conviene á una montañesa, tiene lindas hojas ovales y dentadas, mostrando como flor un botón de tan alegre zafir, que después de haberlo visto lo querríais por adorno en el sombrero.

—¿Por qué no nos la enseñaste el año pasado en Nápoles? dijo una de las discípulas.

—La encontraremos quizá en el jardín botánico de Florencia. De todas maneras, conoceremos á su hermana mayor la *Escabiosa atropurpurea*, que es la que da el nombre de Viuda á la familia. Lleva en la cara un oscuro velo, que le da el aire de una noble mujer de Rubens con vestido de terciopelo; encima tiene un cisquero de puntos blancos, que son propiamente anteras (1), que presentan en el labio una especie de embudos, los cuales reunidos forman su cabeza melancólica. Como dama, no habita en los campos ni en los prados, placiéndole sólo los jardines, aunque antes de entrar en ellos se compone, y se perfuma con un poco de almizele.

—¿Qué pretensiones! dijo Clara interrumpiéndola.

—¿No la conoces? replicó Julia. Vuelve á pensar, porque acaso la viste cien veces. En inglés la llamas vosotras Widows' Flower.

¡Ah! ¡La Widows' Flower! exclamaron á una voz las niñas y su madre. Hasta John repitió: ¡Widows' Flower!

—Precisamente: ahora sabed que la flor

[1] Saquito membranoso, lleno de polen fecundante, colocado en el extremo de los estambres de las flores y considerado como el órgano macho de las plantas.



de las viudas tiene parientas cercanas en todas partes. Es como una ley natural que reine gradación de prendas y de hermosura en las familias vegetales y animales, así como que haya pobres y ricos, cual en la familia humana. ¿Os habeis fijado alguna vez en las Azaleas (1) y en los Rododendros (2), que meten tanto ruido en los jardines de los grandes señores? Pues tienen aquí sobre los Alpes á sus hermanos, rústicos y sin peinar, pero que no dejan por ello de ser tales, para constituir los jardines de las cabras, de los cabrones silvestres, de las marmotas y de los osos.

—¿Cuáles son? preguntó John, á quien interesaba ya lo que decía Julia.

—Pues son la *Azalea procumbens*, y los *Rhododendron*, el *ferrugineum* y el *hirsutum*: tres arbustos propios de la flora (3) alpina. Crecen asimismo en estos montes tales florecitas, que, trasportadas por manos industriosas, no parecerían mal, puestas en parangón con las más bonitas. Por ejemplo, en los pastos frescos se cría la

[1] Azalea ó Antodendro. Género de plantas de la familia de la ericáceas.

[2] Otro género de plantas parecidas. Crecen en las montañas de Europa, en el Asia Central, en la América del Norte, en la India y en las islas cercanas.

[3] Tratado ó colección de las flores y plantas de un país.

Notas del traductor.

Astrancia mayor (1). ¡Qué cabecita, si la viéseis! Una cabecita radiante de belleza. Es de la raza de las *umbelíferas* (2). Las florecitas de que se compone su flor se levantan sobre pequeños pedúnculos (3), que parten de un nudo, precisamente como los rayos de un paraguas, el cual los vuelve á encerrar en un haz por vía de envoltorio común, que forman hojitas, casi como una gorguerita de blonda en torno de un buen semblante. Es tal su candor argentino, si no toma un tinte de rosa, que no se puede parar el ojo á gozarlo cuando lo encuentra en el camino. Sería el adorno de un jardín, si alguno supiese cuidarla con la cultura doméstica. Mas ya se sabe: los jardineros prefieren las grandes flores á las delicadas.

—Y más aún, añadió mistress Needle, poder decir con vanagloria: “Es una flor de América, de la China ó de la Australia.”

—Es una vanísima vanidad, pero demasiado común. Mirad: nosotros tenemos los

[1] Común en los prados de los Alpes y de los Pirineos, que se cultiva como planta de adorno.

[2] Plantas que tienen las hojas alternas y las flores blancas, amarillas, rojizas y dispuestas en *umbelas*.

[3] Parte de la planta que sostiene la flor

Notas del traductor



muros de Roma y los techos de Nápoles cubiertos de Valeriana roja (1), que los botánicos modernos han convertido en un *Centranthus ruber*: una planta de follaje nobilísimo de color verdoso, con grandes flores en forma de ramillete y tan vistosas como un ramo de corales. ¿Habeis visto jamás algún jardinero que le dé sitio en puesto principal? A lo más la Valeriana roja se compra con el fin de hacer cuerpo en las masas de adornos rústicos. ¿Por qué? Por ser nuestra. Permiten, sin embargo, que nos invadan las Petunias (2), producto americano, tan duradero cuando florece, como fétido cuando á él os aproximais. Cada uno tiene sus gustos.

Clemencia salió entonces con su parecer:

—A mí me gustan sobre todo las florecitas.

—Pues de lindas flores pequeñas hay aquí una multitud. Entre otras la *Draba de las nieves* (3), *Draba nivalis*, cándida como las que le dan nombre: es una verdadera planta en miniatura. ¡Ojalá la pudiésemos recoger al pie de los hielos! Mas

[1] Género de plantas compuesto de muchas especies, que crecen en América, en Asia y en Europa.

[2] Género de plantas de la familia de las solanáceas, cuyas especies son yerbas que crecen en la América Central.

[3] Género de plantas compuesto de cien especies originarias de las regiones frías ó templadas de América, Asia ó Europa.

Notas del traductor

encontraremos la *Draba verna*, que es común en Italia. Hubo un tiempo en que tuvo fama de medicinal contra ciertas postemillas, por lo que los profanos llamáronla “yerba de los panadizos;” hoy no le queda más valor que el propio de su nativa belleza. Es tan pequeña, que quien no la mira con el lente del herbolario, la confunde fácilmente con un musgo: la he recogido yo, viva y en flor, en la plaza de San Pedro. Se asoma entre piedra y piedra para saludar los primeros soles de Febrero, sentándose sobre una roseta de hojas pequeñísimas, vellosas, oblongas y agudas, que le dan apariencias de estrella; se levanta sobre un tallo tan tenue como un hilo de seda. Las hay tan pequeñas, que su raíz, su varita, su flor y su fruto se podrían enterrar en una nuez, sin echarse á perder.

—¡Oh qué linda! exclamó Clemencia.

—¡Cuántas hermosísimas obras de Dios hollamos, exclamó Julia, sin que las miremos siquiera, por culpa de nuestra ignorancia!

En el momento en que la niña se enamoraba de la pequeña flor, y hacía la joven sus reflexiones morales, el *tren* deteníase algunos momentos en Salbertrand: una montañesa de saya vistosa pasaba bajo las



portezuelas de los coches, levantando con sus dos manos un canastillo, dentro del cual había diez ú ocho ramos de flores de la misma especie, en extremo agradables á la vista; Julia se dirigió á ellos, y comprando tres, puso uno en la falda de mistress Needle, alargando los otros á las muchachas, á las que dijo con aire de triunfo:—Ahora bien; decidme si no tenemos razón para prendarnos de tan amables criaturitas de Dios.

Cada uno miraba lleno de maravilla las flores: el estóico John pidió algunas á su madre, que dióle parte de su ramo; las olió mucho, poniendo varias en su ojal. ¡Qué perfume! decían en coro.—¡Qué buen olor! —¿Cómo se llama esta?

Julia:—Aquí hay un mundo de nombres y una historia que forma un volumen. Servía en otro tiempo á los farmacéuticos que preparaban con ella unguentos y medicinas: en muchas lenguas de Europa tiene dos nombres, uno de los cuales se refiere á la raíz otro á la flor. Los campesinos lo llaman Pan porcino, porque la raíz en todo semejante al nabo, es un confite para los animales negros; si estos, dando con el hocico en las tierras de los bosques, conocen su sitio, no cejan hasta después de haberlas

devorado y comido. Mas la gente que considera la hermosura de la flor, le da un nombre más digno: Turbante persa y flor de la mitra. Los botánicos aprobaron este nombre, y la llaman *Cyclamen europæum*. Esta es cabalmente su estación, y ¡cosa singular! mientras vive sobre las montañas, difunde á su alrededor una fragancia deliciosa; pero no bien la llevan á sitios cultos, pierde su olor y no se diferencia de cualquier yerba ruin de los campos.

—Le sucede, dijo entonces mistress Needle dirigiéndose á sus pequeñas, como á las niñas, á las cuales en su casa, junto á su mamá, todos acarician; pero no bien se vuelven andarinas y voladoras, todos las desdeñan, por que les falta la reserva y la modestia, que constituye su buen olor.

Julia continuó:—Fijaos bien en la forma que tiene. Estas hojas que envuelven el ramo, son las propias de la planta, nacidas todas de la raíz, porque el tallo es liso y pelado; como veis, son todas iguales, cortadas exactamente en el corazón, matizadas de verde oscuro y de verde claro, con venas y dibujos preciosos, por cuyas gracias figuran entre las hojas más lindas que vestir puedan á un vegetal. La corola también, cosa no frecuente, corresponde á su título.



Mirad; es un sombrero abierto por debajo, y adornado al rededor como un turbante,

—¡Es un turbante! dijeron todas á una; sí un verdadero turbante.

—Mas ¿qué sombrero oriental, proseguía diciendo Julia, sabría en torno de una cabeza disponer un turbante con tantísima gracia? ¡Que poética invención ésta de cortar la falda en cinco alitas separadas, y levantarlas sobre sí mismas, y envolverlas con garbo, y matizarlas de púrpura y enaltecerlas con tan suave fragancia! El que sólo viese una, la creería un capricho de la naturaleza; sin embargo, millones y millones esmaltan los bosques de estas montañas: no hallarías ninguna que se distinguiese de las demás en lo más mínimo. ¡Decid que la mano de Dios falta en alguna parte! ¡La casualidad que se repite millones de veces!

Cada uno de los presentes hacía sus reflexiones. Julia entregó á sus discípulas, á fin de que lo conservasen, el *Cyclamen europæum*, para disecarlo y ponerlo en el herbario.—Será, dijo, un recuerdo del paso de los Alpes.—

Entre tanto, la frecuencia de los túneles (algunos no breves) había interrumpido la conversación de las flores. Se descendía,

atravesando puentes y viaductos, colocados entre roca y roca, para caer de repente en subterráneos tenebrosos, y salir luego á la luz diurna, que se veía incontinenti arrebatada por nueva oscuridad; ó bien se tocaba volando la cima de aérea roca, bajo la que se contempla la Dora con maravilla y temor del atónito pasajero. Al fin, el lugar de la turbulenta ribera iba poco á poco desprendiéndose de los estribos de los montes que lo molestan, y aparecía más extenso y alegre el horizonte distinguiéndose una ciudad en el fondo del valle.

El valle de la Dora Riparia está lleno de tantos recuerdos históricos, que pocos países de Italia tienen quizá más. Aquí se levanta Susa, noble ya en los días de Augusto, de cuyos monumentos aun se vanagloria; Susa, antigua centinela perdida de la nación italiana, cuando Italia no había vendido las llaves de los Alpes. No lejos está la iglesia de San Miguel, madre y reina de ciento cincuenta entre iglesias y abadías, é ilustres aun hoy por sus reales sepulcros. Campeaba más alta todavía la Novalesa, albergue un tiempo de ciento cincuenta monjes dedicados á la oración y á la ciencia cuando en todos sus alrededores reinaban las tinieblas de la Edad Media. ¡Cómo creer



que los modernos restauradores de Italia no supieron sacar otro fruto de tal reliquia de las glorias patrias, fulgidísimas desde los tiempos de Carlomagno, sino transformando el monasterio en casino de bañistas y prostituyendo la más que milenaria basílica para salón de fumadores! ¡Oh sarracenos, que peleásteis otras veces por estos derrumbaderos! ¿Por qué no establecisteis un califato duradero en la Comba de la Novalesa? Creemos que hubiérais sido más suaves para la Italia; en todo caso, menos amarga sería la vergüenza vil viniendo del enemigo que del hermano.

Aquí las rocas de la Asieta, de Bard, de la Bruneta y de Exiles hicieron famosas las armas piamontesas por puras y santas batallas, verdaderamente provechosas á la Italia. Aquí el eco de los valles repite nombres claros en cada siglo: el del rey Cozzio, amigo ya de Augusto; el de la potente marquesa Adelaida, que antes hizo grandes los condes de Saboya, sacándolos fuera de las estrechuras alpinas; el de Federico Barborroja, unas veces vencedor y otras vencido, y los de tantos *mariscales* de Francia, que con parecida fortuna batallaron. Aquí los aficionados á la historia buscan las huellas de Napoleón, de Francisco I, de Car-

los VIII, de Penino, de Carlomagno, de Constantino, de César, de Pompeyo y de Aníbal, llegando algunos aun á los Brenos y á los Beloveses de los tiempos *prehistóricos*, como también á los Hércules de la mitología. Nosotros veneramos con más placer en Val de Suso los vestigios del Pobre de Asís, que, suplicado por Beatriz de Saboya para que le diese un recuerdo, hallóse poseedor sólo del hábito, habiendo dado á dicha soberana un girón de él. ¡Para nosotros con luz imperecedera brillan sobre estas montañas las huellas de dos Píos, el VI y el VII, que las subieron como Jesucristo subió el Calvario, arrastrados por los juídos de la revolución francesa!

Antes de emprender Julia el viaje, queriendo cumplir de todo punto su oficio de buena educadora, había procurado con afán recordar todo lo referente á la región que debían recorrer. Con sus reminiscencias, sus historias y sus guías, de las cuales había muchas en casa de la Needle, había reunido un tesoro, que expendía muy fácilmente. En presencia de los lugares no le había de faltar la palabra.

Veía entonces á su señora cada vez más indiferente á la conversación, y sin duda



con el espíritu en otra parte; veíala tomar de nuevo sus mapas, releer sus apuntes de la cartera, examinar otra vez ciertas cartas que tenía en el libro de memorias, aprovechándose obstinadamente del último rayo del día, ya próximo al crepúsculo: Julia, para no ser molesta, prescindía de sus erudiciones. Gozaba dulcemente aquel magnífico ingreso de Italia, indicando en baja voz á sus discípulas los más hermosos panoramas: cómo dilatábase por grados el horizonte; cómo sucedían á los montes ásperos las suaves colinas; cómo se presentaban los poyos de Almese, de Buttiglieria, de Villabarse y de Casellette, orgullosos aun después de la vendimia; cómo aparecía, en fin, la extensión ancha de la llanura entre Rivoli y Turín, donde á derecha é izquierda no encuentran el ojo confines.

Mistress Needle nada descubría en torno de sí. Sólo el Eden de los Valdenses absorbía todos sus pensamientos. Se había formado una idea correspondiente por completo á las mitologías que corren por Inglaterra. Para ella Turín era nada (habíala visto otras veces), sino en cuanto Turín tenía un camino de hierro con el cual podía-se llegar á Pinerolo. Desde Pinerolo ten-

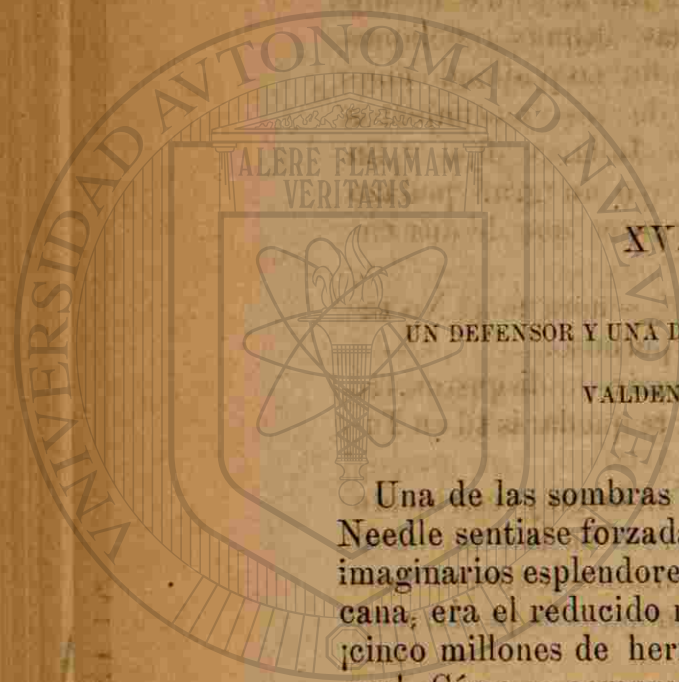
dería el vuelo á los valles protestantes, tan celebrados por los disidentes de su país como desconocidos en Italia, y en el mismo Piamonte, antes de las últimas rebeliones contra la Iglesia. En fin, no pudiendo contener la exaltación de sus sentimientos religiosos, dirigióse á Julia, y dijo: — En aquellos valles tengo yo un gran pedazo del corazón: ¿me permites que dé una carrera por ellos?

—¿Os burlais de mí, señora mía? No tenemos necesidad de mi permiso.

—No quisiera causarte un disgusto... Iré yo sola con las niñas: te quedarás tú en Turín con Kelerina.

Esto dijo mientras un largo y estridente silbido anunció el ingreso en la estación, ó más bien ciudad del camino de hierro, desde donde á los cinco minutos se penetra en la ciudad de Turín





UN DEFENSOR Y UNA DEFENSORA DE LOS

VALDENSES.

Una de las sombras que la leal mistress Needle sentíase forzada á reconocer en los imaginarios esplendores de la iglesia anglicana, era el reducido número de sus fieles: ¡cinco millones de hermanos, ó seis, si llegan! ¿Cómo se comprendía tan mal el concepto bíblico de la Iglesia, hasta el punto de verle realizado en grey tan flaca? ¿Podía el "Enseñad á todas las gentes," proferido por el Redentor, producir tan escaso fruto, que después de diez y nueve siglos de enseñanza, quedasen sólo algunos islotes iluminados por la Escritura? Aquí descubro un misterio, decía para sí la fervien-

te admiradora de la reforma de Enrique VIII: no puede quedar tan limitada, empuñada é infamada la celestial sociedad que fundó el Salvador del mundo.—Pero mistress Needle, con su industriosa imaginación, y sobre todo con el ímpetu de su obstinada voluntad, esforzabase por descubrir hijos para su iglesia y hermanos para sí propia. Por lo tanto, á excepción de los papistas y de los *puseistas* (según ella), peores que los papistas baladrones, abrazaba con amor todas las sectas protestantes, con tal que no se hubieran declarado enemigas acérrimas de la alta iglesia. Gustábale poner en parangón los símbolos de las varias religiones, incluso las nuevas, que brotaban todos los días en los países no católicos de la Europa y de América, divisando en ellas, de un modo ó de otro, la sustancia de los treinta y nueve artículos. Cuando las doctrinas de aquellas no chocaban con mucho encarnizamiento con las suyas, leía su mismo credo, un poco disminuido, un poco estirado, un poco encubierto, un poco modificado, un poco recompuesto, un poco desfigurado, un poco sobreentendido, pero que siempre podía reconocer con su caritativa obstinación—por lo cual daba en espíritu el abrazo fra-



terno á los herejes de todas aquellas tintas y colores diversos.

Sobre todos los demás vástagos heréticos acogía con amor singularísimo á los valdenses. Fomentaba en ella su predilección el odio general contra el Catolicismo por una parte, y por otra el espíritu tradicional de su secta. Constábale que Cromwell, el famoso protector de la república inglesa, había patrocinado con ardentísimo afán la causa de los infelices valdenses, cerca del duque de Saboya; y sin más, conformábase con la dulce persuasión de que su iglesia tenía en el Piamonte una digna hermana. Ni siquiera sirvió para que surgiese duda en su espíritu el carácter odioso é infame del protector, alma de hiel y de fango, dignísimo portaestandarte de cuantos verdugos y parricidas son execrados por la historia: ¡tan estrechamente velaba su entendimiento la venda de las preocupaciones mamadas con la leche! Por latir su corazón generoso en su pecho, había con frecuencia sido espléndida para construir templos y escuelas en Italia, imitando sin escrúpulo al atroz Cromwell, el cual, manando aún la inocente sangre católica que vertiera en su país, se deshacía en dulzuras con los val-

denses, castigados como rebeldes en Italia por su príncipe, asignándoles doce mil libras anuales del erario inglés.

Tanto la infeliz señora había dejado que la dominase su extraviada piedad, que le bastó leer la falsísima historia de sir Samuel Morland, representante extraordinario de Cromwell, cerca del duque de Saboya, y engullir además el fárrago de mentiras de Léger, que, refugiado en Holanda desde los valles, llenó allí el mundo de calumnias contra su príncipe, de querellas contra su justicia, y de imágenes de martirios despiadados é inverecundos, sufridos (en sueño) por los cómplices de su propia felonía. Cual si todo esto no bastase, mistress Needle revolvía y saboreaba en ocasiones los indigestos tomos de la historia valdense de Muston, titulada *El Israel de los Alpes*, y una multitud de otras novelas antiguas y modernas de Perrin, de Jones, de Mönastier y de Beattie (data de larguísima fecha la costumbre de colocar en el cielo, á fuerza de mentidas apotesis, á la cáfila de sectarios), así como las innobles patrañas de Parandier, de Geymonat, de Bert, de Desanetis y de Boni. No desdeñaba tampoco el pobre ciega! suscribirse á los pequeños periódicos valdenses, relativamente á los cua-



les basta un tinte de ciencia para reconocer á cada paso su ignorancia y su mala fe. Por todo lo cual era sumamente ilustrada en lo relativo á los valdenses, hasta el punto de poder competir pocos con ella: no conocía, no, la verdadera historia, pero sí la mitología clásica que inventaron los antiguos "rapsodistas" y volvieron á copiar los pedagogos modernos: tenía vivos y frescos en la memoria los ínclitos nombres de Angroña, de Luserna, de Ramola, de Pomareto y de Prarostino, tanto como los de Londres, de Manchester y de Liverpool.

Julia estaba sumamente lejos de saber la oculta debilidad de su discreta señora: sin la indicación que hizo en el viaje, absolutamente nunca hubiera ni soñado que aquellos valles, desconocidos casi en Italia, tuvieran tanto renombre en Inglaterra. Mucho menos sabía que los pretendidos mártires valdenses hicieran el milagro de abrir la bolsa de las sociedades bíblicas y sacar de ellas largas sumas: ignoraba por completo que en la Gran Bretaña protestante, aun los periódicos de más fama, como el *Daily Telegraph*, se honraran en nuestros días hablando muy bien de los valdenses, y que hombres de alguna reputación suplicasen á la graciosa reina Vic-

toria que sucediera á Cromwell en su protectorado sobre los valles en que aquellos vivían.

Julia, no bien se hubo acomodado en una fonda de Turín, vió llegar un ministro valdense, al que la señora Needle hizo un recibimiento honrosísimo y franco, como á persona, no sólo esperada, sino deseadísimá. Por las ceremonias comprendió la joven que desde Inglaterra le había comunicado las señas, el día y la hora de la llegada. No consignaremos nosotros su nombre, llamándolo el ministro sencillamente.

Tenía fama de ser el primero entre los famosos. Es verdad que sus opiniones disgustaron en la "Tabla," ó sea en el sanedrín supremo de los valdenses más ortodoxos, llamándosele por ende incrédulo y herético. Mas ¿cómo condenarle en asamblea, donde cada uno, en virtud del libre exámen, es juez supremo de sus juzgadores, sobre todo tratándose de un prepotente que se abría paso con sus escritos, los menos estúpidos entre los estupidísimos de la santa cofradía? En una palabra, después de muchas minas y contraminas la conminación de excomulgarle cesó, y el racionalista necio volvió desde los valles á Turín, señalado y bendecido, para gozar sus pre-



bendas, y hacer diabluras entre los cónsules de los países protestantes. No queremos llamar débil á la "Tabla" valdense; no podía hacer sino seguir sábiamente las huellas de los sinedrios de Berlín, de Londres y de Ginebra. Ahora bien: Sydow en Berlín, Colenso en Londres, otros arrianos, racionalistas y socinianos en Ginebra, en vez de excomuniones, lograron benevolencia, y vieron que los llamados consistorios, después de muchas amenazas y de muchas conminaciones, se aplacaron por último, y metieron en su funda los rayos ya encendidos, acordándose del proverbio: "Las ranas no tienen dientes." Pero volvamos al asunto.

Mistress Needle nada sabía ni sospechaba de las aventuras del ministro; por el contrario, conociéndolo sólo por cartas, considerábale hombre de valer, y valdense ortodoxo. Por ello, sin más examen, ansiando no perder tiempo, suscitó pronto la conversación del intentado viaje á los valles. —A todo trance quisiera yo, á lo menos una vez en mi vida, concurrir al servicio divino; tuve siempre una veneración altísima por aquellas iglesias santificadas hace siglos por persecuciones y martirios.

—Es una inspiración del Espíritu Santo,

respondió el ministro, que se apercibió de que hablaba con una *pietista* número uno. Yo mismo iría gustoso con vos, si precisamente pasado mañana no hubiese de oficiarse en nuestra iglesia de Turín. Mas le podré dar cartas de recomendación...es decir... me explicaré....

—Quedaréle reconocida en extremo, añadió interrumpiéndole mistress Needle.

—Me explicaré, continuó el ministro: en rigor se necesita sólo anunciar su nombre. Demasiado bien saben que sois una de las más insignes bienhechoras de los hermanos. Usía es la Electa de nuestros días, semejante á la que logró de Juan muy dulces saludos, "por razón de la verdad que demoraba en ella."

—Por merced, respondió con modestia la Needle, no me prive del mérito, si mérito hay, con tales parangones, pues por la confrontación me reduzco á la nada.

Julia, que se hallaba presente, observando que se metían en lo íntimo de la ascética, hizo ademán de retirarse; mas la señora la detuvo cortesmente, añadiendo:

—Contigo, bella mía, no tengo secretos.

—Y dirigiéndose después al ministro.

—Ahora bien: ¿no me podría encontrar uno á propósito, que quisiese hacer con-



migo la peregrinación, sirviéndome de compañero y de guía?

Meditó un poco el ministro, acariciando hasta la punta su barba, y luego:—¡Ah, sí! Aun esto no es imposible. Podré rogar á una señora (un diamante de la iglesia evangélica, un raro y precioso diamante), debiendo creer que se considerará honrada sirviéndola de guía.

Plació admirablemente á la señora la oferta; tanto más, cuanto el ministro recomendó á la protestante con elogios tan desmesurados, que hubieran sido excesivos tratándose de una santa. No bien hubo salido de su presencia, dijo la Needle á Julia:—Amiguita, no puedo en nada desconfiar de ti: te creo discreta y tolerante con mis opiniones, como lo soy con las tuyas. No debes imaginar que te quiero imponer un viaje que no sería de tu gusto. Iré con mis hijas, como te dije, y, si puedo, con la indicada señora, á fin de cambiar cuatro palabras en el camino. Aun cuando no venga, te quedarás de todas maneras en la fonda, dejándote por decoro á Kelerina. Podrás trotar un poco por Turín mientras vuelvo.

Mostróse contentísima Julia por tan bondadosa y cortés disposición, preguntando

inmediatamente:—Mas vos, ¿cuánto tiempo pasareis allí?

—Un día para ir, otro para permanecer, y otro para retornar: he aquí tres días en los cuales serás la señora de la casa.....por supuesto, lo eres siempre.—

Presentóse poco después la guía, trayendo, con las cartas comendaticias del ministro para los amigos de Lucerna y de Torre, la oferta de acompañar á la peregrina inglesa; mas quiso Dios que la Needle se hallase ausente, por lo cual fué forzoso á la pobre Julia recibirla con agrado en nombre de su señora. Cambiadas algunas frases con ella, la mente sagaz de la joven hizo que leyera en el corazón de la mujer lo bastante para sentir desdén y asco. Pronto se apercibió de que era pura toscana: una toscana y protestante, sólo podía ser apóstata, tan sucia y vilísima, por consecuencia, como el fango más asqueroso, siendo inaudito en Italia, y sobre todo en Toscana, que una señora de buenas costumbres dejase la fe católica por las novedades valdenses. El alma cándida, recta y religiosa de Julia sentía una vergüenza sin igual por tener que departir con una desventurada ramera, aunque la viese con traje de señora y haciendo melindres llenos de artificios. Sin



embargo, no pareciéndole decoroso manifestar su persuasión íntima, y mucho menos hacer salir á la que con tanto afán era esperada y apetecida por la inglesa, contentóse con detenerla en la sala, y dejando extinguir la conversación, aguardar muda el retorno de mistress Needle. Tardó esta pocos minutos, afortunadamente.

Estaba Julia en lo cierto. El digno diamante de la iglesia evangélica era una llamada inspectora de las escuelas de niñas. Había comenzado su carrera evangélica siendo maestra en Arezzo, donde su ambición de lazos y de adornos arrastróla de tal suerte, que hizose cómplice de un ministro anglicano. Confesa de haber distribuido con su mano á sus alumnas biblias de Diolati y trataditos heréticos, sin justificarse tampoco plenamente de ciertos corretajes ignominiosos, indignos de una noble muchacha, fué proscrita de Toscana en tiempos del Gran Duque, y peor hubiese salido á no estar patrocinada por la legación inglesa. Vivió algún tiempo ignorada en el Piamonte, sin saberse bien cómo, hasta que se le presentó la ocasión para comparecer de nuevo en público, con la doble aureola, en que antes no había pensado, de patriota y mártir de la santa causa.

Halló naturalmente favor en los profesores de las escuelas; se avenía perfectamente con los empleados, jefes de las oficinas, inspectores, maestros y proveedores; servía en las empresas para vigilar y escarnecer las escuelas religiosas que se querían suprimir, viniendo á ser un instrumento comodísimo en las manos del director de instrucción pública. Hasta corría el rumor entre los conocedores de ciertas historias, de ser la melindrosa maestra el ojo derecho de un ministro, cuando demandaba audiencia, no le hacían aguardar; á fin de anunciarse, mandaba delante, metida en un sobre, sobre su propia fotografía, con traje que hubiera parecido demasiado indecente, aun tratándose de una bailarina. El hecho fué que doña Elvira (llamémosla así, para nombrarla de algún modo), vió abiertas de par en par las puertas de los honores y de las ganancias, gozando el precio subidísimo de sus obras, acomodadas á los tiempos y á las personas.

¡Cosa digna de contarse! Los rumores escandalosos que circulaban relativamente á ella, no habían disminuido un punto su reputación en la hermandad del Evangelio flamante. Por el contrario, la protección de los dioses del Olimpo herético era causa

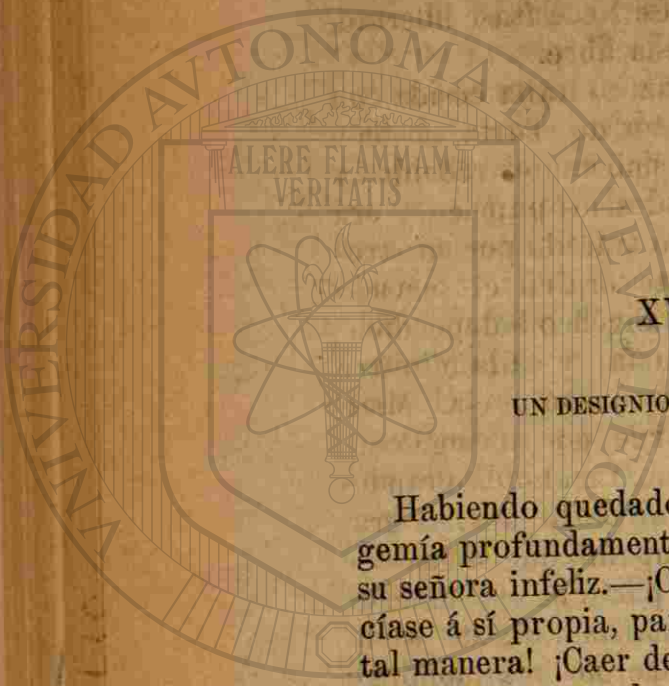


de que le hiciesen fundar las escuelas protestantes, para lo que valía cual el oro. Sólo que la orgullosa mujer, llevada en la palma de la mano, no se quería rebajar llamándose discípula de los valdenses. Trataba con intimidación á los pontífices de la secta, y ponía diestramente á precio su cooperación, así como el favor de que gozaba, consiguiendo así abundantes reembolsos por sus gastos de viaje, y vanagloriándose después de su celo desinteresado, diciendo que sufría incomodidades en servicio del Evangelio. Los honrados ministros le daban la razón, por convenirles aprovecharse de tal instrumento. No quitaba eso que se riese á hurtadillas de su bobería, ni que se hallase vendida en alma y cuerpo á la rival secta Evangélica italiana, independiente de la "Tabla" valdense.—¿Qué? decía conversando con los famosos *antivaldenses*: ¿hemos de ver á un rebaño de montañeses, que han venido rodando de las crestas alpinas, dictando leyes á los evangélicos de Italia? Nosotros en Toscana teníamos ya templos y escondidos puntos de reunión cuando los de Luserna y de Angroña estaban durmiendo aun en sus cuevas de marmotas. ¡Y pensar que hoy pretenden temer la sarten del mango, sometiendo á su Tabla la

la Italia entera! ¡Ellos, que solo saben hablar una mezcla de pésimo dialecto, mal italiano y peor francés! Necesítase libertad, libre examen, é Iglesia libre.

He aquí por qué razón estaba cosida con hilo doble con el pastor de Turín, no con el sujeto á la Tabla, sino con el rebelde y temido, que hacía todos los papeles, y era precisamente el único tratado por *miss*tres Needle. Tomaba parte, ora en el servicio valdense, ora en el evangélico independiente, según mejor le placía, y cada ministro necio la consideraba como su oveja. *Miss*tres Needle, sin embargo, por su ciega confianza en aquel, hizo á la malvada grandes obsequios, y después de darle muchas gracias por la buena compañía que dignábase ofrecerla, le propuso partir en el camino de hierro á la siguiente mañana, día de sábado, hacer noche en Pinerolo, y al domingo siguiente llegar en carruaje á tiempo para el servicio divino de Luserna.





## XVI.

### UN DESIGNIO DE BATALLA.

Habiendo quedado Julia sola en Turín, gemía profundamente por la ceguedad de su señora infeliz.—¡Oh, cómo lo hace, de cíase á sí propia, para dejarse alucinar de tal manera! ¡Caer de rodillas, extática, delante de un hato de campesinos necios, dejándose llevar de la nariz por cuatro ministros apóstatas y despedidos, que tienen un poco de cada cosa! E irse con una mujer.... ¡oh! ni aun en pintura la sufriría cerca de mí... Entre tanto, no ve los esplendores de la Iglesia católica, ni los milagros de la divina Providencia con este Papa prodigioso que con mil obispos gobierna el

mundo, en medio de las persecuciones, de sus martirios y de los fieles.... ¡Parece Jesucristo vuelto á la tierra....! ¡Y sin embargo, tiene buena fe! ¡Al pensar en ello me horrorizo...! ¡Dios mío, hasta qué punto pueden llevar las preocupaciones bebidas con la educación: pobres protestantes! Sólo el dedo de Dios puede romper su venda... Y sin embargo, lo quiero intentar, esperando que Dios me asistirá.... Más, ¿quien me aconseja? ¿Quién me guía? En tanto da vueltas ella para cegar, buscaré yo quien me ayude á romper el velo de su frente: es imposible que en una población tan grande como Turín no halle un hombre de Dios que me dé un buen consejo. Pero ¿cómo descubrirlo?—Llamó incontinenti á Kelerina, y la dijo:—Oye, ya que la señora nos deja solas aquí hasta el lunes, ¿quieres hacer lo que me parezca oportuno?

—Gustosamente: mándeme.

—¿Estás dispuesta? Mañana dejamos aparte la curiosidad, é invertimos algunas horas en hacer un poco de bien al alma: ¿te place?

—¿Y cuánto?

—Bien; nos levantaremos temprano, marchándonos á la iglesia, donde nos har-



taremos de bendiciones, de misas y de sacramentos, engordando para mucho tiempo. En Inglaterra se vive con mezquindad: una misa única, sola, solitaria, con poca gente que la oye, y con menos que comulga; á mí me place ver el templo lleno, las misas en dos ó tres altares, el comulgatorio completamente ocupado, los confesonarios con muchos que aguardan, las madres con sus hijos á su alrededor, procurando todos rogar á Jesucristo y santificarse en la presencia de Dios. . . . .

—¡Como en Tirol! exclamó Kelerina.

—Y en los demás países católicos, dijo Julia.

Su mayor deseo no era sólo ver un templo henchido de fieles, sino hallar un consejero excelente. Mas ¿á quien dirigirse? A nadie conocía en Turín. Marchó, pues, á tientas. Entró en el primer templo que presentósele delante, y allí con Kelerina hizo muy reposadamente sus devociones. Encaminóla el ministro de Dios, con quien se confesó, á un ilustre sacerdote, muy versado en las controversias protestantes, amonestándola para que le consultase. No lo dijo á un sordo. Dirigióse á él Julia llena de placer, juntamente con Kelerina.

La entrevista resultó para ella una especie de celestial revelación. Con la infantil sencillez, tan inexplicable y tan frecuente sin embargo en los católicos, se franqueó con aquel desconocido sacerdote, como si hubiera sido el íntimo confidente de su infancia. Resumió en pocas frases su pasada historia, su condición presente, y su designio de convertir á la familia protestante que la hospedaba. El sacerdote, después de averiguar minuciosamente su idea y la índole de los aludidos, aprobó ante todo por completo la conducta de la joven. Al oír las ansiadas frases, no supo contener ella el gozo de su corazón, y exclamó:— Bendigo, padre mio, el instante en que á su casa he venido; sus seguridades me dan un consuelo divino. Parecíame claro que ahora no podía obrar de otra suerte; pero no acababa de vivir tranquila con mi parecer. Temo sólo que tanto disimulo difiera las cosas en demasía; ansío ver aquellas queridas almas regeneradas por la verdad.

—No dejéis que os venza la impaciencia, dijo entonces el presbítero; el espíritu de Dios sopla cuando quiere, tocándonos sólo secundarle. Es preciso primeramente hacer al cielo violencia; persuadíds de que todas vuestras industrias, sin excluir las



más asombrosas que pudiérais inventar, se desvanecerían sin el socorro de Dios. Es de fe que vos, yo, y todos los misioneros de la tierra, incluso el Papa, somos impotentes para producir un mínimo movimiento de gracia interior. Lo cual no quiere decir que debemos permanecer con los brazos cruzados, sino, por el contrario, trabajar como si la conversión ajena dependiese no más de nosotros. Y la razón es que Dios generalmente obra en lo interior del corazón, acompañando la obra externa de sus siervos. ¿Os parece claro?

—Clarísimo.

—Entre todas nuestras industrias, la más importante de todas, después de la oración, la más necesaria y la más eficaz, no es discurrir bien, sino dar buen ejemplo.

—¡Ah, si supiese darlo! exclamó Julia con un vivo sentimiento de modestia.

—No es tan difícil como creéis. No hagais nada con el fin de que sea visto y admirado; mas cumplid fielmente los mandamientos de Dios y de la Iglesia; perdonad siempre sin ofenderos nunca, no por parecer mansa, sino por serlo: practicad vuestros ejercicios piadosos sin ostentación ni disimulo.

—¡Oh! ¿No convendría encubrir ciertas

prácticas no precisas, á fin de no lastimar?

—Explicaos.

—Por ejemplo, añadió Julia, me ha ocurrido encontrarme en el jardín rezando el rosario á la sombra de la gruta. Llega la señora, y escondo con viveza el rosario, para evitar habladurías.

—Señorita, no; no es el método mejor. Hubiera sido una imprudencia ir buscándola con el rosario pendiente; mas sorprendida con la mano en él, no lo debísteis esconder. Nuestra religion, que no teme la luz, nada tiene precisión de disimular ó encubrir. Desde los altísimos misterios de la Santísima Trinidad, hasta las más humildes prácticas del agua bendita, del rosario, del escapulario de la Virgen, todo es lógico y todo resplandece por su profunda filosofía; mejor dicho, todo está tomado de la sublime ciencia teológica. Avergüenzase sólo la Iglesia católica de la soberbia de algunos hijos suyos, que desprecian la oculta sublimidad de las prácticas más vulgares, y de la ignorancia de muchos que no las comprenden. Haced por estudiar asiduamente la religion, de modo que sepais defenderlo todo: estudiando, vereis salir torrentes de luz, é iluminarse con bellezas



maravillosas aún las oraciones que antes os parecían cosas de leve momento.

—Gracias á Dios, dijo Julia, no he olvidado nunca tal estudio, dulcísimo para mí.

—Tanto mejor. Pero añadid ahora lo más á propósito para las necesidades de las personas no católicas. Proporcionaos algunos libros.

—Necesitaré saber cuáles. ¿Me los diríais?

—Los siguientes. Ante todo, comprad un curso de teología para mujeres, á saber, un catecismo lleno, v. gr., el de Guillois. Repasadlo todo pausadamente, y tened vuestra ciencia en dinero contante, y aun en moneda menuda, con el fin de poderla expender siempre que sea necesario. Añadid la obra de Franco, *Objeciones más comunes*, en la cual hallareis sacos de doctrina y de razones de buen sentido, para triturar sólida y agradablemente todas las majaderías más usuales de los incrédulos en general. Para las preocupaciones propias de los protestantes anglicanos, hay muchos controversistas; pero vos, señorita, no debéis confundiros con demasiadas lecturas; proveos de las obras de Milner, de Newman y de Wiseman: producen oro batido y preparado según lo necesitan los

protestantes de buena fe. Ya que ha dado vuestra señora casi el corazón á los valdenses, debéis tener la obra recientísima del doctor Melia sobre ellos: es la más completa y segura que conozco. Si os gustase también un libro manual sobre la propia materia, adquirid el de Perrone, titulado *Los Valdenses*. Tampoco vendría mal el insigne trabajo de Charvaz....

—Por favor, dijo Julia interrumpiéndole. ¿Se dignaría darme una nota, y no decirme de viva voz?

—Con el mayor placer.—Al decir esto, puso el sacerdote una cuartilla de papel sobre su escritorio, tiñendo la pluma para escribir los nombres de los autores y los títulos de las obras, añadiendo en el ínterin: —Cuando residais por algún tiempo en cualquier punto, podré sugeriros más. Pero, creedme; no aprovecha lo mucho, sino más bien lo poco, estudiado concienzudamente.

Julia dijo entonces:—No se incomode ahora. Pasaré á recojer la nota, consultándole alguna cosa más. ¿Qué quiere? Vivo sola é inexperta entre los protestantes, teniendo en su virtud hambre de buenos avisos, de ser dirigida y aconsejada. ¿No se



ría demasiado indiscreta si volviese? ¿Podría darme otro momento cualquiera?

El sacerdote contestó afirmativamente, y Julia dijo:—Entre tanto, ¿qué puntos debería estudiar con preferencia en estos libros?

—Vedlo todo, contestó el ministro de Dios; mas la experiencia enséñame que las cuestiones capitales con los protestantes de buena fe son pocas. Primera, la infalibilidad de la Iglesia y la obediencia á su Jefe debida: es la llave maestra de todo, y gracias á Dios tiene argumentos invencibles, de luz maravillosa, que han de persuadir á cualquier entendimiento, no enemigo jurado de la verdad. Segunda, la presencia real, que importa exponer con fórmulas claras y ciertas. Tercera, la intercesión de la Virgen y de los Santos: basta destruir las calumniosas ideas que los protestantes atribuyen á la Iglesia católica, para vencer en el debate. Insinúad, por último, las inefables dulzuras de la confesión. He aquí los puntos que se deben conocer y tratar...

—Son precisamente los más odiosos para los protestantes.

—Os engañais, señorita. Raros son los convertidos, no impulsados á la fe por los esplendores de dichas verdades.

—¿Aun por la confesión?

—Sí; aun por la confesión. Descontadas algunas excepciones, este sacramento, cuando es conocido, se transforma en un encanto, que atrae maravillosamente. Sé con absoluta certeza que algunos protestantes se convirtieron por el ansia de confesarse; conozco algunos que lo quisieron hacer á la fuerza con sacerdotes católicos, sin entrar por ello en el catolicismo. “Pero sabeis perfectamente que no puedo absolveros,” decía el sacerdote. “No importa, siento precisión de confesar mis culpas.” “Si es así, replicaba el sacerdote, ¿por qué no acudís á vuestro ministro?” “¿Qué queréis! El ministro es un hombre honrado, que trata bien á su mujer, y no da mal ejemplo; mas no me inspira confianza.” Y oír era preciso la confesión del infeliz.

—Entonces, añadió Julia, ¿de dónde nace que sus predicadores dicen sin cesar pestes contra la confesión?

—No debeis maravillaros: es la cosa más natural del mundo. Los predicadores de Italia saben demasiado bien qué pez muerde su anzuelo, y ponen por tanto en él lo que más le gusta. Díceles la experiencia que nunca jamás les oirá un católico instruido y honrado; fuerza es, por consiguien-



te, dirigirse al vulgo necio, á los ociosos y á los contaminados por todos los vicios. Ahora bien; paréceles á estos que sacan el premio mayor de la lotería si prescinden del precepto pascual, y los protestantes toman este lado débil, diciendo mil desatinos. No hay cosa tan fácil de persuadir como lo que al oyente place. También vereis alguna vez que los pobres apóstatas refieren de súbito ciertos escándalos mayúsculos, y hacen aspavientos citando textos de la Biblia. ¿Sabeis por qué? Procuran con este barniz de moralidad exterior contener los remordimientos de su conciencia, y aumentar el prestigio de la religión nueva, comodísima para vivir entre secretas abominaciones, sin el freno de la saludable manifestación de las culpas.

—Principio á comprender el misterio.

Continuó el sacerdote:—Lo dicho vale para los neófitos protestantes, que conservan un resto de conciencia. Por lo demás, la mayoría no cambia poco ni mucho, añadiendo solamente este artículo á su confesión: “Creo en las monedas que me da el ministro,” ó bien “creo en la sopa que comen mis hijos en la escuela protestante.” Mientras duran las monedas y la sopa, el precepto pascual no se cumple, ni se va

por supuesto á la iglesia, y aun se deja escribir el propio nombre entre los engañados por el ministro de quien hace mucho caso la sociedad bíblica. Y nada más. Con estos prueba grandemente hablar contra la confesión. Mas en los países protestantes conviene á los católicos hacer lo contrario, por el motivo también opuesto. Los que á la verdad se rinden son de ordinario, por no decir siempre, las personas cultas, y las más honradas, ó que más amargamente deploran cualquier trasgresión, ó que á lo ménos alimentan el ánsia de disponerse á vivir en la gracia del Salvador. Hacedles comprender que el tribunal de la penitencia fué instituido por Jesús, y que se administra en la Iglesia romana un tesoro de perdón divino é indubitable; es claro que las almas buenas se enamorarán.

—Me persuade, dijo Julia.

—El hecho habla por sí. Tan falso es que no se puede tratar con los protestantes este punto, que aún entre ellos no es rara la confesión. Prescindamos de que se practica en algunos países, como en Suiza, y prescindamos también de los esfuerzos de los últimos años en Alemania, á fin de restablecerla: teneis en Inglaterra innume-



rables ejemplos cada día de confesión auricular. El gran partido de los *puseistas*, que abraza hoy ya una mitad de la iglesia anglicana, la predica, la promueve y la frecuenta (1).

—A la verdad, me dice cosas que me llenan de pasmo.

—Añado que los ministros quieren esto incontinenti, no espontáneamente, sino más bien para satisfacer las ansias de sus parroquianos. El impulso viene del interior, de los protestantes de buena fe, iluminados en medio de las doctrinas que salen de la

(1) Mientras escribimos estas líneas, cerca de quinientos ministros protestantes anglicanos firman un escrito común, en el que ruegan á sus Obispos que restablezcan la confesión, lo cual produce gran rumor en la Cámara de los Lores. Confiesa un orador que de veinte años á esta parte, males espantosos afligen á la alta iglesia (las numerosas conversiones al Catolicismo), y que dos ó trescientos ministros se han pasado á la Iglesia romana. Alábales porque son leales, y censura mucho á los que, viviendo con el pan de la Iglesia anglicana, se obstinan en introducir prácticas católicas; propone además que se nombre una comisión contra la confesión. La Cámara pone fin al debate no tomando resolución alguna, lo cual demuestra su sentido práctico. Nosotros votamos con los Lores, advirtiendo, sin embargo, á los buenos confesores y penitentes anglicanos, que antes de dar y recibir la absolución estudien á fondo la tesis de si los ministros son sacerdotes ó simples legos; averiguando después que los *reverendos* no son sacerdotes válidamente ordenados (cosa para nosotros indudable), no se entretendrán en confesar ni en confesarse; sin contar con que, suponiendo y no afirmando que un ministro fuese sacerdote, solo tendría jurisdicción como los sacerdotes cismáticos, en los casos extremos. Quien informarse quiera del movimiento laudable de los anglicanos para recobrar un sacramento que les arrebató Enrique VIII, consulte los periódicos de Francia é Inglaterra del 20 al 30 de Julio de 1873.

*archi*-protestante universidad de Oxford. Casi no puedo comprender cómo vuestra señora, que me pintais tan inclinada de suyo á la piedad, no ha dejado llevarse de la corriente que hoy arrastra casi á todos los protestantes que buscan la luz con amor sincero.

—Con todo, pasa lo contrario, diametralmente lo contrario. Cualquiera leve desconformidad con los treinta y nueve artículos le da tedio, y aborrece la confesión como cosa papista, pero principalmente porque los puseistas la desean restablecer entre los protestantes. ¡Ah, si hubiese un modo de tratar el asunto con ella! ¡Con una conciencia recta como la suya no podría menos de conseguirse algo! Considere que vive pensando en la Religión.

—Pues bien. Os prometo que tendreis la libertad de hablar con el corazón abierto, si aguardais que os la dé y no resolveis tomárosla. Vuestra presencia, las prácticas de vuestra religión, algún encuentro feliz, contribuirán á infundirle buenas ideas, dudas, reflexiones; descubriréis una benéfica melancolía, que una vez ú otra oscurecerá su frente, quitándole su ordinario gozo. Sin saber cómo ni de qué manera se desahogará un día con vos, confesándose me-



por que con un sacerdote. No soy profeta, ni soy hijo de profeta; pero es la infalible solución del problema, fundada en las leyes eternas de la psicología humana, y en la común economía de la gracia divina.

—¡Dios lo quiera! dijo Julia; recordando que la entrevista era demasiado gravosa para su interlocutor, con gentil discreción se puso en pie, y dijo:—Espero que tendreis la bondad de oírme otra vez aún hoy, cuando á buscar venga la nota de los libros: ahora no quiero abusar más de vuestras bondades con esta pobre desconocida.

—Hija, respondió el ministro de Dios; cuando cualquiera recurre al sacerdote para cosas espirituales, no es un desconocido, sino, por el contrario, un hijo muy estimado.

—Pues bien, sed mi padre (al decir estas palabras se arrodilló, y Kelerina hizo lo propio), confirmando vuestras amonestaciones con la bendición paternal.

Alzó la mano el sacerdote, y bendijo á entrambas. Al despedirse, dijo Julia:—Os prometo que apenas regrese á mi casa, escribiré cuanto me habeis dicho, considerando como mi regla de conducta.

## XVII.

## MÁS CONSEJOS AUN.

No necesitamos decir si acudió Julia puntualmente á la hora convenida, para recoger la nota de los libros, que se le prometiera en la entrevista de la mañana. Presentose al ministro de Dios con creciente confianza, y le alargó un cuadernillo de papel para que lo examinase, diciendo:—Dignaos pasar la vista por él.—Se maravilló el hombre de Dios y docto, al ver que había la muchacha en pocas páginas escrito en resumen limpiamente y dividido en capítulos, con sus propios epígrafes, toda la conversación anterior. No faltaba ninguna idea, y generalmente se habían conservado has-



por que con un sacerdote. No soy profeta, ni soy hijo de profeta; pero es la infalible solución del problema, fundada en las leyes eternas de la psicología humana, y en la común economía de la gracia divina.

—¡Dios lo quiera! dijo Julia; recordando que la entrevista era demasiado gravosa para su interlocutor, con gentil discreción se puso en pie, y dijo:—Espero que tendreis la bondad de oírme otra vez aún hoy, cuando á buscar venga la nota de los libros: ahora no quiero abusar más de vuestras bondades con esta pobre desconocida.

—Hija, respondió el ministro de Dios; cuando cualquiera recurre al sacerdote para cosas espirituales, no es un desconocido, sino, por el contrario, un hijo muy estimado.

—Pues bien, sed mi padre (al decir estas palabras se arrodilló, y Kelerina hizo lo propio), confirmando vuestras amonestaciones con la bendición paternal.

Alzó la mano el sacerdote, y bendijo á entrambas. Al despedirse, dijo Julia:—Os prometo que apenas regrese á mi casa, escribiré cuanto me habeis dicho, considerando como mi regla de conducta.

## XVII.

## MÁS CONSEJOS AUN.

No necesitamos decir si acudió Julia puntualmente á la hora convenida, para recoger la nota de los libros, que se le prometiera en la entrevista de la mañana. Presentose al ministro de Dios con creciente confianza, y le alargó un cuadernillo de papel para que lo examinase, diciendo:—Dignaos pasar la vista por él.—Se maravilló el hombre de Dios y docto, al ver que había la muchacha en pocas páginas escrito en resumen limpiamente y dividido en capítulos, con sus propios epígrafes, toda la conversación anterior. No faltaba ninguna idea, y generalmente se habían conservado has-



ta las frases.—Será mi guía práctico, dijo la joven al sacerdote, cuando me halle sola y consejera de mí misma; en esta instrucción me miraré como en un espejo..... Mas la obra no es completa, y falta la parte última.

—¿Cuál es?

—Que vos, mi buen padre, me indiqueis cualquier medio práctico de infundir respeto y amor á la Iglesia en los hijos de mi señora; por supuesto sin hablar directamete de religión, por mi promesa explícita de no tratar del asunto.

El sacerdote respondió:—No penseis en esto: el día en que vuestras oraciones y buenos ejemplos os abran el corazón de su madre, y sobre todo el día en que, vencida, se doblegue á la gracia de Dios, vereis caer en vuestros brazos aun á sus hijos. Los vereis madurando sin que se aperciban, al propio tiempo que se madura la madre. En los niños no hay rebelión contra el Espíritu Santo, ni puede siquiera existir, si cuidais de remover de ellos lo que anubla la fantasía ó vicia el corazón.

—Verdaderamente, dijo Julia, en cuanto á las dos niñas, espero salir bien, porque dependen en todo de mí es su madre deli-

cada en extremo, por no decir escrupulosa. Pero está el primogénito también, al que no veo sino en la mesa y en la reunión. Sólo el pensamiento de penetrar en su mente con un rayo de verdad, me desespera. Considerad lo que será, tratando, por decirlo así, de mudarle la cabeza. Es preciso verlo para formarse una idea del joven infeliz. Entrará el año que viene en su mayor edad, siendo, por consecuencia, el jefe de su casa; entre tanto, nadie puede vanagloriarse de saber lo que se propone. Figuraos un salvaje ó un orangután: tal es exactamente. Dista mucho de tener mala figura, es bueno, y aun lo reputo de gran inteligencia, porque ahonda en las obras de literatura, pareciendo como enterrado en ellas; mas por lo que hace á las cosas de la vida, es un verdadero tronco insensible; no se interesa por ninguno de los negocios de la casa: se necesitan las tenazas para sacar algunas palabras de su boca, y creo yo que para obtener una sonrisa, habría que darle con el pedernal. Nunca he oído que conversase mucho rato sino con un profesor suyo que fué á verle, y le entretuvo hablándole de bellas ediciones y de filosofía. Ahora bien; ¿cómo se hace para trabajar sobre materia tan intratable?



—Domareis vuestro orangután, respondió sonriendo el sacerdote, sin golpearlo. Tratadle con suma, con extraordinaria reserva. Las naturalezas impenetrables frecuentemente ocultan ingenios grandes y pasiones violentas; cara de hielo y corazón de fuego. Acaso estudia más de lo que os figuráis, y fizcaliza todos vuestros actos. ¿Quereis desempeñar con él la misión del apóstol? Forzadlo á que os estime por lo que más aprecian los jóvenes en las muchachas, esto es, la reserva. Sólo esto os puede abrir el camino á fin de hacerle bien, si os destina Dios para que se lo dispenseis.

—Por fortuna, dijo la joven con candor, ninguna cosa es más fácil para mí: está en mi sangre. Apuesto á que con él nadie me haría prescindir de mi carácter. Necesito que mi voluntad delibere antes, cada vez que le dirijo la palabra. Al contrario, con las discípulas temo llegar á ser demasiado condescendiente: ¡son tan ingenuas, tan agradecidas!

—Con ellas, repuso el sacerdote, dilatad vuestro corazón. Amadlas ante todo, y cenvencedlas de que son queridas. Procurad, empero, no equivocaros en el fin ni en los medios. Hay muchas madres que se mueren por sus hijas; solamente que to-

do su amor se reduce á estimarse á sí propias en sus niñas. Todo el santo día las contemplan, se las comen á besos, las halagan, y se sacarían la sangre de sus venas para que fuesen hermosas; acarician y lisonjean en las pobres criaturas la pasión del bien parecer, como si su fin supremo se redujera sólo á esto. Es propiamente el amor que la gata tiene á los gatitos. Debeis armaros de caridad nobilísima, esto es, de aquella que ardientemente ansía el bien de la persona estimada. Luego, ante todo, pensad en su alma, y reprimid las inclinaciones desarregladas, á fin de que crezcan todas las semillas de la virtud.

—¡Oh! ¡Si las pudiera enseñar un poco el catecismo!

—Podeis perfectamente. ¿Acaso su madre se ofenderá si las enseñais á obedecer, á tratar suavemente á los criados, á no mentir, á no despreciar al pobre, á no vanagloriarse, á perdonar, á no perder las horas en el espejo, á recordar que los ojos purísimos de Dios las vigilan, y así sucesivamente? Creedme; con esto las dispondreis á la conversión muy eficazmente. No os pagarán con besicos, según la costumbre de las muchachas con los que fomentan sus pasiones nacientes; pero en cambio se des-



pertará en sus corazoncitos aquel afecto grande y reverente, que pondrá la brida en vuestra mano á fin de llevarlas donde queráis. ¿Creeis por ventura que las niñas no distinguen al que las ama humanamente del que las ama con afecto cristiano? Lo distinguen perfectamente, por más que no sepan expresarlo con palabras; las vereis á veces hacer mil rarezas con su madre ó con su aya, que satisface todos sus caprichitos, y convertirse luego en ángeles con la monja, que no escasea en el colegio las reprensiones. ¿Por qué así? Porque traslucen en aquella hermana el deseo que tiene de hacerlas buenísimas, y que no es lícito resistir de ningún modo su amor santo.

Me haceis, padre, un tratado de filosofía terrible: temo que se sobreponga mi corazón á mi mente.

—Entendedme. No pretendo que debáis sermonear de continuo: quiero decir que las discípulas deben tener la persuasión de que sobre todo ansiáis ardientemente hacerlas buenas; por lo demás, es laudable y necesario también que os vean ansiosa sinceramente de instruir las, é interesada en su salud, en sus comodidades, en sus diversiones, en una palabra, en todo lo que les plazca honestamente.

—Esto lo sé hacer, quizá demasiado. También procuro lo posible que sea el estudio placentero y agradable; si no estoy en un error, las discípulas están de mí tan contentas como lo estoy yo de ellas.

—Bueno, pues; continuad.

—Tengo en casa una compañera, profesora igualmente, que me mira con malos ojos. No puede sufrir mis ligerezas italianas, como dice ella, que es una protestante anciana casi, buena en el fondo, si bien de una inflexible austeridad. Quisiera que se hiciese el estudio pasando muchas horas sobre la mesa, sin apartar los ojos del factisol. No concluye de atronarme los oídos diciendo que las educo demasiado delicadas, y que le maleo á las niñas.

—Todo extremo es vicioso, dijo el sacerdote; ni reducir el estudio á simple pasatiempo, ni convertirlo en una prensa que saca sólo gemidos y lágrimas. Me explicaré. Es fuerza exigir que las discípulas aprendan algo, así como que este algo lo sepan y alcancen de veras; mas nada prohíbe acudir á un sistema fácil, ligero y deleitoso, mayormente durante la primera edad. Nuestros pedagogos modernos se pavonean pensando tocar el cielo con la mano al revelarnos que los niños pueden



aprender muchas cosas deleitándolos con arte sutil. Ahora bien; se trata de una invención enmohecida hace muchos siglos: aquel antiguo viejo ermitaño que se llamó San Jerónimo, escribiendo á una dama de Roma sobre la manera de dar educación á una niña, descende á detalles minuciosos referentes á los artificios con los cuales se la podría enamorar del estudio, cambiándolo en pasatiempo.

Dijo Julia, respirando con gran placer: —Me confortais de veras.

—Sobre todo, prosiguió el sacerdote, en la primera edad tiernecita es un acto florido de cristiana estimación no poner á los niños en tortura, queriendo que apliquen demasiado su mente al estudio. En nuestros días, es una moda sumamente común querer convertir á todas las niñas pequeñas en doctores. A los siete ú ocho años ciertas madres las sepultan en la escuela; tanto de lectura, tanto de escritura, y tanto que aprender de memoria; además tanto para coser, tanto para bordar y tanto para las cuentas. Cosas que, tomadas en justa dosis, son á maravilla útiles; mas impuestas por deber principal, debilitan las fuerzas nacientes. Veréis á las pobres pequeñitas avispadadas, decidoras y loquillas como mujeres

de conversación, pero frágiles, sin color, víctimas infelices de la soberbia del siglo y de su madre. Si después de una infancia laboriosa viene, como demasiado pasa, una juventud consumida en las tertulias, en las conversaciones, en los teatros, en los baños, en los viajes, en los conciertos y en los desconciertos, ¡adiós educación! Haced que sean esposas y que sean madres; al primer fruto caen fatigadas é ineptas para criar; al segundo ó al tercero, principian las *aneurismas*, las aneurismas y las tisis; poco más tarde las apoplejías y las locuras que apagan la vida en medio de su carrera, después de haber agitado los cuarenta y dos pares de nervios que se tienen, con cuarenta y dos mil desgracias físicas y morales. Basta; dejemos el asunto aquí. Creo haberos indicado algunas ideas sobre la educación.

—Antes de la noche lo tendré bien apuntado; ignoro por qué, sus palabras descendieron á mi corazón, haciéndome decir: Esto es preciso hacer, y esto haré.

—Hija de Dios, nada os he dicho abstruso ni nuevo. Estoy persuadido, con todo, de que con estas vejeces mejoraría mucho la sociedad. En cuanto á vos, vuestra misión (así llamemósla), es hermosa, pudiendo



electrizar un espíritu gentil y generoso. Si bien lo considerais, debéis bendecir á Dios por vuestra condición, y aun agradecerle aquella desventura no real de que me hablabais esta mañana. Os ha exaltado el Señor. A quedar en vuestra casa, según todas las probabilidades, ahora os hallaríais empeñada en alguna negociación de casamiento, cosa honesta é importante á la verdad, pero baladí al lado de vuestra sublime vocación, que se parece á la de los ángeles custodios, á la de los Apóstoles, y á la del Redentor del mundo. ¡Oh! sí. ¿A qué vino á la tierra Jesucristo? A salvar las almas. Vos estais escogida para convertir probablemente á una familia entera, que puede arrastrar consigo toda su servidumbre, sus dependientes, sus amigos; y ser pronto el núcleo de una nueva cristiandad en la Gran Bretaña: en suma, el Señor os miró con predilección, cuando al parecer os quiso herir: estadle reconocida.—

Estas últimas palabras causaron un efecto admirable en el corazón de Julia, porque sus fibras eran muy sensibles, y tenía una mente abierta para los grandes pensamientos. Brilló á sus ojos vivísimos la oculta sublimidad y la gloria del oficio que Dios la imponía; una gran esperanza embriaga-

ba su espíritu, y vertía lagrimas deliciosas. —Padre mío, acabó diciendo: vuestras palabras me hacen un gran bien. Más me habeis dicho en algunos cuartos de hora, de lo que yo habría sabido fantasear por mí sola en un año. Decidme, por merced: si alguna vez recurriese á vos por escrito, ¿podría esperar que aun de léjos me favoreciéseis con vuestras amonestaciones?

El venerando sacerdote sacó una tarjeta de visita, que tenía debajo las señas de su casa, y alargándola á la joven, respondió: —Si mis ocupaciones lo consienten, procuraré contestaros á vuelta de correo.—

Con esto se despidió Julia. Al bajar los escalones parecía tener alas; un consuelo y una ventura nueva la dominaban. Maravillábase consigo propia de la oculta providencia de Dios, que sabe sacar el bien del mal.—A no tener, exclamaba, mi excelente amiga el capricho de visitar los Valles *valdenses*, no hubiera quedado aquí sola, no me hubiera ocurrido pasar la mañana en la iglesia, no hubiera encontrado quien me aconsejase que fuese á ver á este hombre santo, no hubiera tenido el gusto de ver aprobada mi conducta, ni de sentir cómo vuelve á brotar mi esperanza en lo venidero.—Absorta en estos dulces pensamien-



tos no pensaba en Kelerina, que, fatigada de tanto callar, dejó huir de su boca:—¡Oh! ¿Qué sucede, señorita, que os habeis quedado tan ensimismada?

—¿Cómo ensimismada? Estoy mas alegre que nunca merced á las buenas y santas cosas dichas por este verdadero ministro de Dios. ¿No las oíste acaso tú?

—También á mí me pareció que decía cosas bellas, cuando ví que las escuchábais tan atentamente. Pero, ¿cómo comprenderlas? ¡Las decía tan apresuradamente!

—Pues bien; sabe que me ha encarecido la conveniencia de rogar mucho por la señora, y que me ha dado multitud de consejos óptimos.

Kelerina exclamó con su sencillez montañesa:—¡Ah, qué fortuna tienen los que viven en países católicos! A lo menos saben á quién recurrir. Allí, por el contrario, vivimos solas. Mas roguemos: vos, que teneis todo el corazon de la señora, convertido un día ú otro al catolicismo, y entonces cambiarán las cosas de aspecto.

—Guárdate bien, dijo Julia, de pronunciar palabras parecidas cuando hables con alguno de casa.

—¿Por qué?

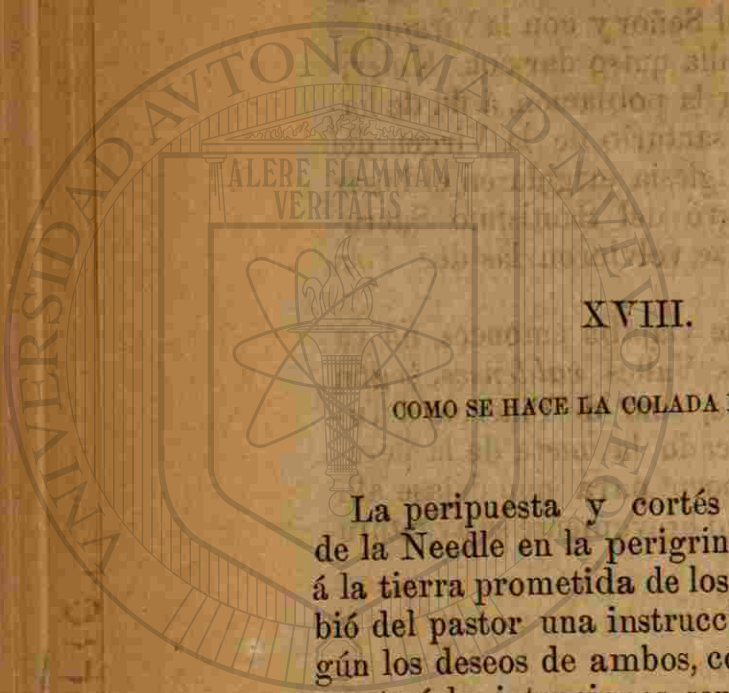
—Porque lo echaríais á perder todo; si

alguno tuviese una buena inspiración, serías tú causa de que se desvaneciese. Habla del asunto sólo con el Señor y con la Virgen.—

Entre tanto Julia quiso dar con Kelerina una vuelta por la población, á fin de hacer una visita al santuario de la Virgen del Consuelo, y á la iglesia erigida en el lugar del famoso milagro del Santísimo Sacramento. Después se volvieron las dos á la fonda.

Mistress Needle viajaba entonces, no ya de Pinerolo á los Valles *valdenses*, según el primer designio, sino de Pinerolo á Turín, sin haber tocado la meta de la peregrinación; faltó poco para que dejase allí á su guía. He aquí brevemente su aventura extraña.





### XVIII.

#### COMO SE HACE LA COLADA EN FAMILIA.

La peripuesta y cortés acompañadora de la Needle en la perigrinación entusiasta á la tierra prometida de los valdenses, recibió del pastor una instrucción especial, según los deseos de ambos, contraria enteramente á las intenciones sencillas y devotas de la inglesa. Queríase nada menos desacreditar lo posible á la Tabla valdense y á todos los que á ella pertenecían, para desposeerla de los generosos auxilios de la Sociedad bíblica, y encaminarlos al *evangelismo* independiente, si se presentaba coyuntura propicia. El oculto motor de semejante intención era precisamente andar el va-

leroso ministro en punta con la Tabla; era el combate tanto más desconocido por los profanos, cuanto más enconado en la familia. No podía sufrir la deshonra de haber sido en pleno sínodo tachado (justamente) de racionalista, de incrédulo, y de otras máculas de color obscuro, que después corrieron por tribunales civiles.

Al objeto no podía servirse de instrumento más á propósito que de Elvira. Estaba ésta á matar con el ministro, no precisamente por amor á una religión más que á otra, sino porque la vanagloria de aquellas cabras montesas de los Alpes la ofrecía, siendo, como era, grandemente defensora del protestantismo toscano, libre de trabas. Armábase hasta los dientes de libelos furibundos contra las dos facciones; conocía perfectamente los lados débiles del *valdismo* del país, y además de la historia falseada, referida con el guirigay de la secta para uso de los patanes, conocía la historia real. Parecíale mentira poder desahogarse un poco, aprovechando la ocasión de confiar á una inglesa su bilis político-religiosa. He aquí por qué, apenas se vió acomodada en el coche que la debía conducir á Pinerolo, cumplidas las usadas ceremonias del buen tono, puso valientemente ma-



nos á la obra concebida. Le proporcionó una ocasión mistress Needle, porque habiendo dicho cuán feliz se consideraba contemplando con sus ojos el oasis del desierto italiano, la Elvira, como si nada se propusiese, comenzó á decir:—Gran providencia de Dios ha sido para nuestra patria que, en medio de las densísimas tinieblas papales, quedára un puñado de fieles que nunca doblaron las rodillas á Baal: lo confieso, doy gracias al Señor. Mas ¿qué queréis? Hemos tenido una desventura que nos perjudica extraordinariamente, y que á poco más nos corta los nervios de la predicación.

—¿Qué desventura? preguntó mistress Needle, toda conmovida.

—Mirad, señora; si el faro de la luz se hubiera puesto en mejor lugar, en Toscana por ejemplo, toda Italia lo hubiese saludado ya, siendo conducida indudablemente á puerto de salvación. La desgracia está en los Valles no pueden ser la ciudad colocada en el monte, por lo cual la luz *valdense* no será nunca la lucerna que brilla en el candelero, sino más bien la tapada por el celemín.

Mistress Needle no pudo traslucir á dónde iba á parar este juego de palabras escriturarias, y pidió una explicación. Elvira

repuso más claramente:—Quiero decir que este pueblo, perdido en un ángulo del Piamonte, no podrá nunca lanzarse convenientemente al apostolado. Se trata del pueblo más inculto que habita en toda la Italia. Será laborioso, militar, matemático, comerciante, cuanto queráis; mas en materia de artes y de letras es *antidiluviano*; es toscano hasta el punto de que aun las personas civilizadas, queriendo hablar en italiano, nos crisan los nervios; los campesinos no comprenden ni una letra del idioma nacional, ó toscano, por lo que sus sacerdotes en el campo predicán en su dialecto. ¡Oír es preciso este dialecto! Una mezcla de francés, de provenzal, de longobardo, de sarraceno, de qué sé yo. Era tanta su persuasión de que no debían ser italianos, que en Turín, en Turín, notadlo bien, la puerta septentrional hasta el día de ayer se llamó de Italia; quien por ella pasaba en dirección á Lombardía, exclamaba: “¡Voy á Italia!”

—Y esto ¿qué le hace?

—Hace mucho. Rudo el Piamonte y groserísimo sobre todos los países, los Valles *valdenses*, ¿qué podía la palabra de la verdad en boca de tal gente? Hallábase des-



acreditada. A sus ministros, enviados para evangelizar aquí ó allá, los recibieron con silbidos y tronchos de col.

—¿Se mandaban por ventura personas sin educación, é ineptas para el ministerio de la palabra?

—¿Qué diré? Me consta únicamente que donde se pudieron establecer, alzaron solo una llama de paja, viniendo después el frío, la muerte y el sepulcro. Tienen el pecado original de no ser italianos, ni por su carácter, ni por su lengua, ni por sus sentimientos. Hasta el día de ayer, se puede decir que sus doctrinas y sus libros de liturgia estaban en francés, siéndoles regalados desde Suiza, desde Francia y desde Alemania.

—Mas al fin el evangelio es evangelio, y la verdad debía siempre abrirse paso, añadió la Needle.

—Convengo. Mas si San Pablo delante del Areópago, en vez de filosofar, citando los poetas griegos, hubiese comenzado con una retahíla de solecismos, ¿qué hubiera pasado? Lo que precisamente pasa todos los días á los ministros valdenses. Estos apodan con el nombre de *Barbas* á los habitantes de sus montes, de donde proviene la denominación ridícula que les dan de *Bar-*

*bitas*: por nuestra gran desventura, los *Barbas* siempre han seguido bárbaros. No han estudiado el tiempo presente, ni la Italia. Si á lo menos hubieran sabido marchar con la época, desbastarse, pulirse, asemejarse á los hombres civilizados, cultos, diestros, expedidos por las varias *confesiones* de Alemania, de América, y de Inglaterra principalmente, formando liga con ellos y haciendo causa común, la Italia estaría hoy cuando menos medio convertida.

—Me asombra lo que decís, señora Elvira.

—Lo siento mucho, prosiguió ésta, y estoy desolada de corazón. Más grave desventura no podía dificultar en Italia la obra de Dios. Quisiera engañarme y no creer lo que veo; mas los hechos son obstinados, se descubren con los ojos y se palpan con las manos. No podía suceder de otra manera. El mal no sólo está en la superficie: está en el fondo, en las entrañas mismas del *valdismo*, evidentemente no á propósito para lograr secuaces. ¿Cómo han de poder infundir la verdad en otros los que no tienen noción alguna clara y precisa de ella para sí propios? Las iglesias evangélicas tienen sus símbolos; por ejemplo, la vuestra tiene los treinta y nueve artículos, y no más; és-



tos siempre han ignorado en qué consiste el *valdismo*, y ahora no lo saben mejor que antes.

—¿Es posible?

—Demasiado! respondió Elvira con un gemido hipócrita. Por razón de mi empleo, he necesitado estudiar sus libros y su historia, pudiendo asegurarnos que hay en ella una increíble fantasmagoría. Primeramente, esto es, en el principio de su reforma eran papistas furibundos, y apenas supieron inventar alguna ligera variante, suficiente á romper con el Papa, que fué la única cosa buena que discurrieron; tales se conservaron durante siglos confesándose, adorando á la Virgen, recibiendo la santa Cena como verdadero cuerpo de Jesucristo, y así sucesivamente. Después algún rayo de luz consiguieron de Wiclef, y de los reformadores bohemos Huss y Jerónimo de Praga: en los días de Lutero se mancharon con ideas luteranas, mas pronto cayeron en las opiniones calvinistas; después amasaron ciertos emplastos de doctrina, semejantes á los sorbetes que tienen un poco de cada clase: había en ellos también algo de todo, menos de lógica y de claridad. ¿Cómo quereis con semejante doctrina

hacer impresión, conquistar y convertir las poblaciones?

—Sin embargo, dijo la Needle, en Inglaterra se recomienda de un modo extraordinario su fe y su virtud.

—En cuanto á la virtud, *transeat*, replicó la *evangélica*, sin apercibirse de su contradicción; mucho venero las virtudes de este pueblo sencillo y fiel al Evangelio; mas en cuanto á la fe, no me puedo engañar todo lo que quisiera. No diré nunca que profesen errores graves y perniciosos para su salvación: sólo aseguro que el símbolo *valdense* es un camaleón no fabuloso, que muda de colores según los tiempos. Las cosas vistas de cerca toman un aspecto diferente del que tenían miradas de lejos. Nosotros los *reformados* debemos poner la verdad sobre todo interés: la mala prueba que ha hecho el *valdismo* al evangelizar la Italia, no se puede poner en duda.

—¿Y los templos? ¿Y las escuelas para las cuales se reúne tanto en Inglaterra? ¿Son acaso castillos en el aire? preguntó mistress Needle.

—Nadie conoce como yo lo que ocurre, pues para fundar estas obras he puesto, no ya mi bolsa, sino todo mi tiempo, y frecuentemente mi salud, en medio de obstá-



culos, incomodidades y disgustos tales, que sólo se pueden sufrir por amor al evangelio. Estoy siempre al servicio de los valdenses; los ministros por su bondad tienen confianza en mí, como la tengo en ellos yo. Sin embargo, es preciso confesar que todos nuestros afanes lograron sólo erigir los edificios: en cuanto á llenarles y hacerles vivir (cosa que no me corresponde) hasta hoy ha sido un agujero en el agua. No hablo de los viejos valdenses, ignorados en Italia, de todo punto ignorados; hablo sólo de mi tiempo, de la era venturosa. Apenas el Piamonte alzó el estandarte de la libertad de conciencia, de varias partes, sacerdotes y frailes católicos instruidos, que no podían sufrir el yugo papal, se cobijaron á su sombra benéfica; vine también yo, perseguida en Toscana, por haber dado á leer algún buen libro, que me proporcionaron ministros anglicanos. Estos neófitos, naturalmente se arrojaban al *valdismo*: no podían hacer cosa mejor. El gobierno respetó la iglesia nacional *valdense*, llegando á cubrirla de favor y de fondos. Trasportado el Parlamento á Florencia, Rattazzi rechazó solemnemente la propuesta de apoderarse de lo que poseía la Tabla *valdense*, mientras se apoderaba de lo de la Igle-

sia católica, con aplauso de la Cámara y de la nación. Gozábamos del apogeo del favor público, sin que nada nos faltase; templos, escuelas y librerías brotaban de todas partes, gracias á los fraternales auxilios de Alemania, de América, y sobre todo de Inglaterra.

—¿Y no se obtuvo nada? preguntó ansiosamente la Needle.

—Y no se obtuvo nada. Cuantos en Italia tenían los ojos en los progresos de la Iglesia, llenábanse de esperanza; pedíase con grandes gritos que los valdenses se colocasen á la cabeza de la santa cruzada contra el *papismo*. ¡Qué! No supieron dar un paso digno y lógico; mientras en París, en Berlín, en Ginebra, en Zurich, y en toda la América, sin contar con la Gran Bretaña, que es la maestra, el evangelio era cada vez más extenso y conciliador, nuestros valerosos *barbas* montañeses sólo quisieron poner la Italia bajo su yugo y convertir la Tabla en una capital del protestantismo. La gente miraba en torno, y decía después: “Para ser tiranizados, vale más el Vaticano que la Tabla *valdense*.”

—Mas estas son las palabras, dijo la señora Needle, medio disgustada de la ma-



ledicencia suma; no puedo creer en tal tiranía. Quisiera oír los hechos.

—Preguntad por ellos al ministro de Turín, vuestro amigo y mío; sabreis como estuvo en vísperas de ser excomulgado por el sínodo, del cual es la columna más poderosa y la gloria más resplandeciente: es un hecho. Los valdenses, con dinero de la sociedad bíblica, lo intentaron realmente todo, y aun yo les ayudé personalmente para las fundaciones: ¿qué resta de sus proyectos? En Turín, en Génova, en Sampierdarena, en Niza, en Brescia, en Alejandría, en Asti, en Florencia, en Pisa, en Milán, se ven algunos de sus edificios desiertos el domingo, con sus pastores retribuidos grandemente para que los custodien durante la semana. Da pena sólo pensarlo. Ha sido forzoso, para salvar la reforma en Italia, establecer otras congregaciones libres de su yugo.

—¿Y el público conoce ya estas divisiones? preguntó la señora Needle.

—¡Ojalá no! respondió Elvira. Hácese lo posible para ocultar á los ojos profanos las disputas de familia. Mas demasiado se han traslucido en parte. Han circulado por la prensa provocaciones y defensas, réplicas y contrarréplicas. ¡Oh! ¿Qué se hace para

tenerlo todo escondido? Esto produjo como consecuencia escandalizar á los papistas, y reducir casi á nada las conversiones. Los valdenses recurieron entonces al medio indigno de poner precio á las conciencias, con desvergüenza tal, que ahora los católicos, no bien oyen que alguno se ha convertido, preguntan incontinenti: “¿Cuánto le han dado?” Es una ignominia. Aun en los asuntos religiosos se puede decir lo que de los políticos: “Se estaba mejor cuando estabase peor.”

—¿Cuándo?

—Quiero decir que cuando no había libertad de conciencia, ni prepotencia *valdense*, las conversiones se obtenían por la virtud de la predicación, siendo mucho más leales y duraderas. En Toscana, por ejemplo, trabajábase á escondidas, con algún peligro primero, con libertad creciente después, y al fin con la protección del gobierno del Gran Duque.

—¿Con su protección?

—Precisamente; aquellos valerosos ministros, que todos los días iban para ganar las indulgencias, á la Santísima Anunciación, nos favorecían tanto, que era una felicidad, á condición sólo de que no se metiera ruido: nos favorecían odiando al Pa-



pa completamente; nos favorecían poniendo bajo la suelas de su botas las pretensiones de la Iglesia romana; nos favorecían hasta dando golpes al que nos miraba con malos ojos. Podría deciros cosas increíbles de aquel bendito gobierno toscano. Básteos saber que algunos cuervos jesuitas, habiéndose atrevido á charlar mal de nosotros con energía, fueron valientemente mandados al confín uno tras otro. En suma; digo y sostengo que se progresaba más y mejor cuando los valdenses no se habían interpuesto en nuestra vía. Ellos, ellos destrozaron el evangelio, mientras bajo las alas de la libertad hallábase á punto de tender su vuelo; lo destrozaron á fuerza de estirarlo sobre el lecho de Procasto de su Tabla. ¡Y decir que se vanagloriaban de someter al *valdismo* la Italia entera! Parecíame contemplar la bestia monstruosa, descrita por Job con el nombre de Behemoth, que pretende sorber de un sorbo todo el río Jordán.

Mistress Needle hallábase no poco escandalizada de su guía, y queriendo mudar la conversación de los valdenses:—Bien, dijo: ¿qué se hace ahora, con ó sin ellos?

—Os lo confieso con lágrimas de mi corazón, repuso Elvira; se puede aguardar

muy poco en toda la Península, si no mudamos enteramente la marcha que se da por los valdenses á la predicación. Se difunden muchas biblias (Barbera, editor católico, nos imprime actualmente en Roma, y á los ojos del Papa, el nuevo Testamento de Diodati); muchas salas y templos se construyen, para meter gran ruido con las conferencias; pero las grandes basílicas de los papistas nos oprimen; llegan sacerdotes con sus Vírgenes, con las misiones, con los prestigios de los milagros, y el populacho va detrás, burlándose con descaro de nosotros.

—Me hareis desesperar casi de la conversión de Italia . . . .

—Yo no, dijo Elvira interrumpiéndola; los tercios montañeses, con su arrogancia, tienen la culpa.

—¿Pues qué aconsejarías? preguntó la Needle.

—¿Yo? Yo quisiera que se armonizase el evangelio con el siglo: quisiera que se suprimiera la Tabla *valdense*, ó que se reconstituyese con otros hombres; quizá debería darse libertad á cada asamblea para constituir Iglesia, sin más leyes que la ciencia y el progreso. Quisiera que se hiciera desaparecer los malos libros, llenos



de cosas copiadas, v. gr., las insulsas y bárbaras traducciones de obrillas extranjeras; quisiera que se arrojasen del campo evangélico las zizañas, esto es, toda la suciedad de los sacerdotes y de los frailes famosos por sus deshonestidades, que se han arrojado en brazos del *valdismo* para tomar mujer, cosa que nos infama inexorablemente á los ojos de los papistas. Entonces, sin avergonzarnos, seguiríamos la predicación apostólica, y si la Italia no resucitase á vida nueva, sería una cosa inexplicable. Mas si nos obstinamos en las mezquindades *valdenses*, no registraremos nunca la conversión de una señora gentil, ni de un hombre honrado. En cuanto á mí, confieso que si en el camino de la vida no hubiese hallado un docto y valiente ministro de la Iglesia anglicana, cien valdenses no me hubieran determinado á cambiar el *papismo* con el evangelio; por el contrario, sus maneras y sus pretensiones hubiesen apretado más la venda de mis ojos.—

Mistress Needle comenzaba á sentir náuseas y á tener asco de la intolerable libertad con que la Elvira daba sendas cuchilladas á la reputación de los valdenses. Sobre todo, le dolía la fatal impresión que sacarían sus tres hijos, los cuales escucha-

ban la conversación sin decir la menor cosa, pero con muy visible ansiedad. Hizo, pues, un esfuerzo para concluir la desventurada historia de los valdenses con algo para ellos honroso, y dijo:—Ya se sabe que no falta nunca en las cosas de los hombres algo sucio; aun Pablo y Bernabé no eran siempre del mismo parecer. Sin embargo, siempre será verdad que esta grey reducida es un pueblo de mártires; sus persecuciones, sufridas durante tres siglos, son la gloria del evangelio y de Italia. Habré leído diez veces el episodio de Gianavelo, en Val de Susa, y me parece nuevo cada vez. Aun el otro día, no bien salí del subterráneo de Fréjus, me lo representaba como un nuevo Josué; me parecía verle salir de aquellas golas asperísimas á la cabeza del pueblo elegido, y desbaratar los ejércitos de los infieles que se oponían á su paso, siempre con los suyos dispuestos á recobrar la tierra prometida de sus padres, ó morir mártires del evangelio.

—¡Ah, señora! exclamó Elvira; me consta que son muchos nuestros valdenses mártires, y no seré yo quien arrancar pretenda la palma de sus manos. Aun nosotros procuramos defenderlos de los ataques de los papistas. Mas, hablando en secreto, entre



el poema popular y la historia verdadera hay mucha discrepancia. Aquellos héroes famosos, vistos con el microscopio, resultan verdaderos criminales. Saqueaban el país no menos que sus verdugos y tiranos, todo lo consumían con el fuego; llevaban á los países católicos la desolación y el exterminio, matando, no solo los sacerdotes, á lo cual tenían derecho, sino también los ancianos, las mujeres y los niños. ¡Oh! Atengámonos al poema, edificante para el pueblo, y dejemos la historia; sería un escándalo. Tenemos el testimonio del historiador Botta, hombre de la laya de vuestro Macaulay, adversario acérrimo del *papismo*, que, sin embargo, al hablar de las persecuciones de los valdenses, vése compelido á reconocer que son fantasma, y nada más. Creedme, señora; en Inglaterra os dejáis vencer por la generosidad del corazón: nosotros, los italianos, sobre el lugar, estamos persuadidos de que ningún servicio mejor se puede hacer al evangelio como encubrir los hechos antiguos y recientes del *valdismo*, dándonos todos á predicar las verdades contra los papistas; y modelando la predicación sobre el progreso de las grandes iglesias de Inglaterra, Suiza y Alemania.

La señora Needle hubiera querido descubrir un medio cualquiera de poner fin á tan escandalosas revelaciones. Mas era inútil; la farota no concluía, y si bien la inglesa callaba tristemente, proseguía cada vez con más fuerza:—Tal es la opinión de todos los hombres grandes que ansían la salvación de Italia. El ministro Appia, valdense, *archivaldense*, confiesa que su comunión, después de la reforma de Calvino, no es la que fuera. De Michelis, una de las columnas de la reforma en Italia, después de referir las pruebas últimas para evangelizar la Italia, dice que, á fin de ser sinceros, es preciso convenir en que los valdenses no hicieron en resúmen más que percibir los fondos recibidos de la Sociedad bíblica. Nosotros, por caridad fraterna, hemos quitado su obra de las librerías evangélicas (1); mas ¿cómo quitar de las manos el *Times*?

—¡El *Times*! exclamó la Needle, llena de asombro.

—Sí: el *Times*. Apuntad el número del 27 Octubre 1868 (ya veis que hablo de cosas de ayer), y hallareis allí la pura verdad sobre nuestras infelices iglesias italia-

[1] Realmente no la pudimos encontrar en la llamada librería *librería evangélica central de Florencia*.



nas. Allí se asegura que el gobierno italiano no nos deja plénísima libertad (podía decir también que nos otorga favor amplísimo), y que después de todos los esfuerzos con las sociedades, predicaciones, biblias, etc., queda la duda de si se ha conseguido siquiera la conversión de un hombre de bien. Lo que ignora el *Times* lo sé yo: la causa de tan asombrosa esterilidad es el *valdismo*.

Al oír este último disparo, mistres Needle no dijo en contra una palabra: el *Times*, para ella, era el quinto evangelista. Se resolvió á cortar la conversación mediante un obstinado silencio. Mas callando razonaba en ella la imaginación, y la sencillez, y la buena fe, y la debilidad que tenía con todo lo referente á la alta iglesia. —Esta es, de seguro, una neófita de gran fervor: está convertida en un misionero nuestro anglicano; ha sufrido por la fe; dedícase por completo á evangelizar á sus hermanos.... hasta el ministro de Turin me la recomendó como el diamante de la Iglesia.... no exagera, ó si exagera, no poca verdad contiene lo que dice.... lo menos malo que hay es la división de los ánimos.... Hasta el *Times* consigna lo mismo.... —Cuando así deliraba la fer-

viente *pietista* le acudió un pensamiento, y dijo á la infiel italiana:—Y vos, señora, ¿por qué os prestais á intervenir en el servicio *valdense*, teniendo un concepto tan ruin de lo que hacen?

—Por amor á los hermanos, por celo, y por encubrir nuestras miserias á los ojos de los papistas, respondió Elvira, poniendo su vista como en actitud de una tortolilla gemidora.—

Volvió el silencio de una y otra parte. Mas en la inglesa se había desvanecido toda su ansia de visitar los valles, y asistir á la santa Cena en Luserna. Después de acumular tanta veneración y estupor leyendo las historias de los valdenses, tocábale ver la famosa Jerusalén, casi en su presencia, y atravesando casi sus umbrales, convertida en una Babilonia. Hubiera deseado no haberse comprometido á ir en su busca; mas, con gran dolor, había llegado casi á Pinerolo, y hubiérase acreditado de ligera por demás no continuando su viaje. Sólo que vino en su ayuda el mal tiempo. La noche fué oscura, nebulosa, rígida; al día siguiente las colinas de los alrededores de Pinerolo comparecieron cubiertas de nieve. Mistress Needle vió la salida que le



proporcionaba el cielo, sin mengua de su decoro. Dijo terminantemente á Elvira que, atendiendo á la salud delicada de sus pequeñas y de John, no era prudente aventurarse por las montañas, á riesgo de sufrir una borrasca invernal, no quedando, por consecuencia, otro partido que volverse á Turín con el primer *tren* de la vía férrea. En su propósito la confirmó muy gustosamente la Elvira, deplorando con la boca el desventurado contratiempo, y triunfando en su corazón por el éxito feliz de sus maquinaciones.

¡Cosa singular! Encontraba que había hecho una buena obra, diciendo la verdad si bien por envidia y malevolencia.

Al volver languidecía la conversación. John estaba generalmente en la portezuela echando grandes bocanadas de humo: pero había pedido licencia para fumar, y tachársele no se podía de poco cortés. Las pequeñas no comprendían nada de aquel ir y retornar tan precipitadamente, creyendo, por su sencillez, que la nevada tenía la culpa del percance. En el corazón de la madre se sucedían el despecho, el disgusto, y aun la vergüenza: el viaje parecióle inacabable. Desmontado que hubo del coche, acompañó en carretela á su guía

á su casa, y despidióse de ella, dándole muchas gracias, que no salían de su corazón. No acababa de perdonar que le hubiese arrancado de los ojos una venda que tanto quería, y desvanecido un largo sueño, tan dulce como agradable. Al volver á la fonda, decía esto á sus hijos:—¡He aquí una expedición enteramente malograda! En Italia sonrie sin duda el cielo y la naturaleza, mas el espíritu murió. El *papismo* ha desnaturalizado á este pobre pueblo, lo ha embrutecido y lo ha petrificado; cae la semilla del evangelio entre las rocas. ¡Viva nuestra Iglesia, con su Biblia, con su símbolo de treinta y nueve artículos, con su alto y bajo clero, con su liturgia fija y sus debates....! ¡Viva la iglesia anglicana!—

Así se desahogaba la pobre *pietista*, consolándose del cruel desengaño. Mas al volver á entrar en su habitación, la esperaba un desengaño, ligero en sí, pero que contribuyó no poco á disgustarla más de haberse detenido en el Piamonte, compeliéndola mucho á que apresurase la partida.





### XIX.

DETRAS DE LA PUERTA.

No era tan hipócrita mistress Needle que negara el desengaño sufrido, ni estaba tan desprendida de su religión que fuese á confesarlo. ¿Qué hacer, por consiguiente? Disimular y no decir palabra, cubriendo así las ignominias de sus queridos, siempre queridos valdenses. Apenas se hubo librado de la enfadosa guía, ocurriósele desquitarse del consuelo espiritual fallido, yendo á oír el sermón del ministro protestante. Habiendo llegado de Pinerolo con el primer *tren*, arribaba precisamente cuando aquél presentábase á su pequeño auditorio esparcido en el gran salón.

Parecióle á mistress Needle que casi todo y lo mejor del discurso corría llanamente, ajeno á los escollos dogmáticos, en las vagas regiones de una moral aérea, que podía servir lo mismo para un gentil de Australia que para un católico de Roma, y semejante por demás á una gárgola de agua fresca. El pastor había descubierto desde su principio á la bienhechora inglesa, y no faltó á la cortesía, perfumándola con algunos elogios á la Iglesia anglicana, los cuales aceptó la Needle con dulce satisfacción. Mucho más puso de realce su sincero júbilo cuando terminó el predicante con una exhortación ferviente á la tolerancia universal. Comprendió perfectamente que se trataba de apagar las disidencias entre los secuaces del *valdismo* y los *evangélicos* independientes, quedando en su virtud edificada.

Habiéndose detenido algunos minutos después de la función para saludar al ministro, debió naturalmente comenzar por rendir cuenta de su retorno anticipado, y confesó la verdad. El buen pastor aprovechó la coyuntura para remachar lo que dijo Elvira, por supuesto entre multitud de protestas de su muy alta y sincerísima veneración á la santa iglesia *valdense*, á la



cual gloriábase de pertenecer, á pesar de que habían estado á punto de repelerle y excomulgarle. No se puede con palabras expresar cuánto estas confesiones arrancadas (creía la Needle) por la fuerza de la verdad, dilataban la herida cruel del corazón de la ferviente admiradora del *valdismo*: no concluía de lamentar su contratiempo y sus días de viaje, más que inútilmente perdidos. Por ello el ministro gozoso respondió, con gran desenvoltura:—¡Oh! ¿Por qué no se repone la señora del disgusto suyo y mío? Decíame el corazón que debía evitároslo; pero me faltó valor para combatir su intento. Veníais de la Gran Bretaña resuelta tan firmemente á ir en peregrinación á los Valles, que me pareció descortesía oponerme. Haced lo que os diré; para ir á Florencia podeis emprender la vía de Génova. En Génova sí que la Reforma surge gallarda y batalladora; allí encontrareis cosas que alegran la vista y el corazón; templos, escuelas y favor público. Sin contar con que, marchando de Génova á Liorna, disfrutareis de aquella serie de vistas encantadoras, por las que sonríe toda la ribera de Levante. Se ven delicias, delicias cada vez nuevas, de marinas, de montes, de golfos y de sinuo-

idades, sobres cuyas pendientes se sientan paisajes, villas, casas de recreo; en suma, cuanto el arte y la naturaleza pueden reunir para contentamiento de los ojos.—En fin, tanto supo decir el ministro en favor de la vía de Génova, que la señora salió del templo *valdense* con el propósito de preferirla á la de Bolonia. Esperaba que, además de la distracción ansiada sobre todo encarecimiento, podría reponerse un poco del percance de la expedición infeliz á los Valles, demostrando á su familia que al fin de cuentas el protestantismo vive y prospera en Italia.

Supo en la fonda que la joven aun no había vuelto á su casa; y para librarse del fastidio de la soledad, se abandonó sobre un sofá, poniéndose á recorrer los periódicos del día. Pasaron así dos largas horas, tristes, porque, aun leyendo los diarios, no podía olvidar su pobre aventura, y las desoladas historias de sus queridos hermanos valdenses. Oyó de pronto los pasos y la voz de Julia, que subía las escaleras, hablando con Kelerina. A poco entró muy lista en la estancia principal.

—¡Oh! exclamó Julia, viendo á la señora: ¿tan presto?

—Mas presto de lo que aguardaba. Ha-



llé tanta nieve, que perdí el aliento. ¡Están Clara y Clemencia tan delicadas!

—No todo el mal viene para dañar, respondió Julia; consolaos, pues estaremos antes en Florencia.

—Y tú, ¿cómo te has distraído aquí? preguntó la señora.

—La palabra *distraído* no es propia, por haber logrado consuelos y delicias maravillosas.

Mistress Needle, por el pique consiguiénte á su fortuna tan contraria, dijo con viveza:—Eres hija de la gallina blanca; yo, por el contrario, soy un saco de desdichas. ¿A dónde has ido?

—A recorrer las iglesias con Kelerina.

—¿Y qué has hallado de nuevo?

—Nada: he querido proporcionarme la satisfacción de ver este pueblo innumerable, que hace tanto tiempo no veía; estoy embriagada de incienso, de luz, de órgano y por añadidura he oído medio sermón. Me parecía estar en Nápoles....

—Dilo todo, Julia: también te habrás confesado y recibido la santa Cena.

—Es claro, ha sido el primer pensamiento, respondió Julia con ingénua sonrisa.

—¡Oh! ¿Es que aquí conocíais algún ministro?

—No, no; nosotros nos arrodillamos en el primer confesionario que se presenta, y el conocimiento se hace pronto lindamente.

—¿Y tienes resolución para espontanearte con uno á quien no habias visto nunca?

—Sin duda; héme acercado llena de confianza, y, después de absuelta, he recibido la santa Comunión, como decimos nosotros; lo ha hecho también Kelerina, quedando todo muy liso; sin la menor arruga. Naturalmente: nosotros hallamos en todas partes la misma fe, la misma moral y las mismas costumbres.

Esto último hirió en el vivo de su corazón á mistress Needle, que no supo contener un suspiro:—Sí: ya lo he dicho; debo ser la única desgraciada: tú hallas rosas en el desierto, y espinas yo en el jardín. Había ido á Pinerolo con el deseo de contemplar una segunda edición de la Iglesia primitiva, pero me ha tocado conocer que ha sembrado en ella el enemigo la zizaña. Basta; no toquemos este asunto: es cosa de perder la cabeza. Anda, quítate la ropa, y entre tanto diré á Tom que ponga la comida en la mesa.—Y salió de la sala.



Kelerina estaba ya en el cuarto de Julia, con el fin de ayudarla, y, creyendo que mistress Needle se detenía dando disposiciones en las estancias de la parte opuesta, comenzó á decir todo lo que recordaba (tenía muy suelto el frenillo de la lengua), sobre lo visto aquel día y sobre cien cosas más, sin considerar que la puerta daba en el salón precisamente, que había vuelto la señora, y que oía perfectamente sus palabras. Primeramente, mistress Needle tuvo la intención de asomarse y de ordenar á la cotorra que callase de una vez; pero no se atrevió, por respeto á Julia. Pronto, al oír pronunciar el nombre de miss Mary, le picó la curiosidad de saber lo que decían de ella. Kelerina no acababa de referir los agravios que creía firmemente haber recibido de la quisquillosa vieja; pero Julia de vez en cuando la interrumpía, casi defendiendo á la pobre ausente. Mucho más vencida por la curiosidad, se acomodó á uno de los lados de la puerta, que á medio abrir estaba, enterándose perfectamente de toda la conversación.— Quisiera viajar siempre, exclamaba Kelerina con viveza, precisamente á fin de no tener que habérmelas nunca con miss Mary: con las señoritas me va perfectamente; sólo la pequeña me ri-

ñe porque la sábana tiene arrugas, ó porque la funda de la almohada está mal planchada, ó porque la cubierta no está bien limpia, ó porque el jabón no huele á lo que desea; nada deja por decir, y su mamá se lo aprueba todo.

—Eres una lenguaraz, una lenguaraz extraordinariamente grande: ya verías si hubieras de servir á otros señores.

—¡Oh! Lo digo también yo: no me lamento de nada. Tuve un placer loco cuando la señora me dijo que me preparase para el viaje y fuese también camarera de las niñas, porque miss Mary no venía con nosotros. Si ella no está con el fin de meter zizaña, todos contentos. Además, es preciso decirlo, hago lo que puedo; he sido camarera en la principal fonda de Innspruck; damas y princesas quedaban satisfechas de mí; ¡qué liras tan hermosas me daban de propina! Lo sabe mi madre, á la cual todo lo entregaba, sin retener un *creuzer* para mí. No tengo ambición. No soy tampoco de aquellas que lo invierten todo en lazos: yo no; cuando estoy limpia, tengo bastante. Casi nada gasto para mí: envío cada trimestre algo á mi casa. ¿Qué quiere que gaste? De lo que deja la señora me visto como una novia. ¡Oh! si hubiese de volver al país,



harina fuera de otro costal. Allí lograría una buena mesada, porque segura estoy de que la dueña de la fonda me tomaría nuevamente con placer. Era tan buena, ¡pobrecita! y me quería con el alma: lloró cuando la dejé. Ciertamente no pensaba salir de allá; fué mi madre la que absolutamente me quiso acomodar con esta señora. Y sin embargo, siendo mayor de edad, pude hacer lo que me pareciese. ¡Ah! Si hubiera sabido que tenía que tropezar con los regaños y maquinaciones de miss Mary, me hubiese asido á la fonda, y ¿quién me saca? porque debe saber . . .

—¡Oh! Cierra tu boca, dijo Julia interrumpiéndola: sé de memoria estas fruslerías. Son exageraciones tuyas: ¿no te avergüenzas de quejarte siempre de aquella pobre vieja?

—¡Es tan mala!

—¿Tan buena eres tú acaso? Esta mañana has recibido la Comunión, y ya estás haciendo un vestido á los otros. Vamos, cállate. Si ella es mala, es buena la señora que no cesa de hacerte bien. ¿Convienes? Sufre, pues, á la una por amor á la otra.—

Mistress Needle se llenó de placer oyendo esta razón tan honrosa para ella. Con-

tinuó diciendo Julia:—Como me atruenes de nuevo los oídos con estas habladurías, te reñiré yo de peor manera que miss Mary.

—¿Vos? No sabríais encontrar siquiera el tono: sois demasiado buena. ¿Qué me diríais para reñirme?

—Comenzaría diciéndote que haces muy mal en permanecer aquí charlando de cosas insignificantes, mientras quizás las señoritas tienen necesidad de tí para vestirse . . .

—Está la camarera de la señora.

—Vaya, déjame ya tranquila: ten la bondad de irte.

—Me voy en seguida; decidme sólo una cosa: ¿qué tenía la señora, que me pareció muy preocupada?

Mistress Needle hizo con la mano un pabellón para sus oídos, y se acercó más á la puerta. Julia respondió á Kelerina:—No es cosa que te incumbe, ni á mí. Anda; vete, vete.

La Needle respiró. Mas Kelerina, cuyos pretextos é importunidades no acababan jamás, añadió:—¿Sabeis que cosa deberíais hacer? Contar á la señora el milagro que hoy hemos visto . . .

—¡Oh santa paciencia! Vete á tus quehaceres.



—Pues bien: lo contaré yo á las señoritas esta noche al meterlas en la cama.

Mistress Needle estaba en brasas; pero salió de pena por la siguiente contestación de Julia:—Espero que tendrás bastante juicio para no decir una palabra de milagros. Ruega por todos, y nada más. Como hables, aunque sea poco, de religión, á las señoritas, no vuelvo á mirarte á la cara,

—¡Bien, bien! exclamó en su interior mistress Needle; á lo menos Julia se propone cumplir sus promesas.

Kelerina no se convencía por tan poco, y con su sencillez locuaz añadió:—No comprendo por qué no se ha de poder contar un hermoso prodigio, que honra tanto nuestra Religión santa.

—No le hace que tú no lo comprendas; basta que sepas callar, para que no sufra la señora. ¡Tanto se necesita para comprender que á los protestantes no les importa poco ni mucho un milagro, y que serías probablemente la causa de que aquellas inocentes dejasen salir de su boca alguna irreverencia contra Jesús sacramentado?

—Cuando supiesen que nosotras con nuestros ojos habíamos visto. . . .

Al llegar á este punto, más pudo en la Needle la curiosidad que sus hábitos de gravedad y moderación; tosiendo un poco, y dando fuerte con los talones en el suelo, á fin de indicar que llegaba entónces, empujó la puerta, diciendo:—¿Se puede. . . ? Se oye desde el fondo del salón hablar á Kelerina de milagros ¿qué milagros has visto tú?

—No le hagais caso, dijo Julia entrometiéndose: es una equivocación suya.

—¿Cómo equivocación, si grita: milagro, milagro?

—Quiere decir que hoy ha visto una iglesia edificada en el lugar de un milagro. He aquí todo.

—Esto precisamente quería decir.—Y con buenos modos se deslizó de allí, sin que dijese ya una palabra.

La Needle había oído afirmar el milagro no sólo por Kelerina, sino también por Julia, y sospechando, según costumbre, que acaso querían ocultarle algún extraño suceso visto durante aquel día, replicó:

—¿Es que has visto alguna extravagancia?

Julia, con el fin de aumentar el apetito de la señora, hizo el papel de las tercas:—



No es cosa para vos; creedme, dejadlo correr.

La Needle, con más ganas que nunca:— Pero ¿qué ha sido? ¿Alguna engañifa, algún abuso, alguna ilusión que se prepara en las iglesias de aquí á los forasteros?

—¡Oh! Esto no: mas ¿de qué sirve que os cuente una leyenda? Ni os haría buen provecho.

—¿Qué te importa? Dímela, para complaceme. Ya sabes que me gusta saber muchas cosas, verlo todo, y respetar, por añadidura, cuanto respetan los otros en su conciencia.

—Cuando querais, no tendré la menor dificultad en referirlo con todos sus detalles, ni en llevaros á ver el monumento.

—¡Oh! ¿Hasta existe un monumento?

—Sin duda, respondió la joven; ¡y qué monumento!

—¿Está lejos? preguntó la inglesa.

—Diez minutos en carruaje.

Mistress Needle miró su reloj, y dijo:— Dejémoslo para mañana, y vamos á comer. Mas yo me maravillo mucho de que, habiendo estado varias veces en Turín nadie me haya jamás hablado de ello; ya sabes que soy entremetida para descubrir lo curioso que hay.

—Puede depender de las relaciones que aquí tengais. Por lo demás, puedo deciros que el suceso es uno de los más famosos prodigios que se leen en los anales del mundo, así como una de las más lindas iglesias de Turín el monumento que lo recuerda.

—¿Y tú lo crees? preguntó la señora.

—Como creo que os hallais delante de mí: si tuviese duda, comenzaría también á temer que había perdido la cabeza.

—¿Luego, añadió mistress Needle, tú me creerás loca porque no asiento?

—¡Oh no, señora! Mil veces no. Vos no podeis creer lo que no habeis oído: aun cuando así no fuese, los católicos no reputamos incrédulos, impíos y ateos á los que no creen en los prodigios no revelados.

—¡Oh! ¿Qué dices ahora? He oído siempre que los católicos consideran de fe todas las leyendas de la Virgen y de los Santos; tú eres ahora medio hereje . . .

—¡Si supiéseis, contestó Julia con una sonrisa, cuántas cosas os hacen creer de los católicos!

—Luego por lo que hace á los milagros, ¿piensan como los protestantes?

—Vais demasiado lejos: nosotros decimos solamente que se puede admitir como



verdadero ó rechazar como falso este ó aquel milagro, sin ser hereje. Mas si alguno se obstinára en rechazar por falso este ó aquel prodijio, aun después de haberlo examinado la eclesiástica autoridad, aprobándole como verdadero, entónces sería necio, temerario é irreligioso; pero no hereje aun porque la Iglesia no propone tales hechos, sancionados por ella, como cosas de fe.

—En suma, dime tu milagro, y déjate de cuentos.

Al decir estas palabras, entraba un doméstico en el salón, y decía en alta voz:—La señora está servida.—La Needle se dirigió á Julia, diciendo:—Tanto mejor, así no entraremos en cuestiones religiosas.

## XX.

## EL MILAGRO Y SU LOGICA.

Apenas se había sentado á la mesa la familia, cuando la Needle, compelida por su altivez anglicana y por su miedo á las supersticiones papales, se dejó vencer, y dijo:—Oid; mañana miss Julia os dejará ver un templo, en el que ha ocurrido un milagro: cuidado, hijos, con no respetar la iglesia; nadie os fuerza á ir á los lugares católicos, y mucho menos á creer sus leyendas; más, si entráis, acordaos de la buena educación, y de no dar muestras de desprecio, sea lo que sea lo que refieran.

Julia:—No temais, señora; el sitio y el



verdadero ó rechazar como falso este ó aquel milagro, sin ser hereje. Mas si alguno se obstinára en rechazar por falso este ó aquel prodijio, aun después de haberlo examinado la eclesiástica autoridad, aprobándole como verdadero, entónces sería necio, temerario é irreligioso; pero no hereje aun porque la Iglesia no propone tales hechos, sancionados por ella, como cosas de fe.

—En suma, dime tu milagro, y déjate de cuentos.

Al decir estas palabras, entraba un doméstico en el salón, y decía en alta voz:—La señora está servida.—La Needle se dirigió á Julia, diciendo:—Tanto mejor, así no entraremos en cuestiones religiosas.

## XX.

## EL MILAGRO Y SU LOGICA.

Apenas se había sentado á la mesa la familia, cuando la Needle, compelida por su altivez anglicana y por su miedo á las supersticiones papales, se dejó vencer, y dijo:—Oid; mañana miss Julia os dejará ver un templo, en el que ha ocurrido un milagro: cuidado, hijos, con no respetar la iglesia; nadie os fuerza á ir á los lugares católicos, y mucho menos á creer sus leyendas; más, si entráis, acordaos de la buena educación, y de no dar muestras de desprecio, sea lo que sea lo que refieran.

Julia:—No temais, señora; el sitio y el



lugar, antes que desprecio, inspiran reverencia.

—Amiga estimada, tienes el espíritu muy noble, y dejas fácilmente que te induzca la piedad á creer lo que consuela tu corazón. No te reprendo, mas no me sucede á mí lo mismo; tengo el corazón un poco duro, y para creer necesito que medie la biblia y razones brillantes; si no, no.

Julia:—No habéis mal de vuestro corazón, porque me consta que es bueno, hermoso y pio. ¡Cuidado! ¡Mirad que hacer os podría cualquiera burla inesperada!

—No es temible: tengo la experiencia. He visto siempre que algunos hechos asombrosos, examinados de cerca, se trasforman en simples fenómenos naturales, ó bien se rodean de tantas sombras, que no es posible considerarles probados.

—Convengo; no se debe ir á prisa en gritar: ¡milagro! pero hay ocasiones en las cuales, para no verlos, sería preciso arrancarse los ojos de la frente.

—Por supuesto, dijo la Needle, que si vieses resucitar á un muerto, gritaría: es un milagro. Mas aquí te quiero; desde Lázaro hasta hoy no se ha visto tal cosa.

—Y sin embargo, debería verse, porque prometió el Señor que obrarían prodigios

los que creen en él, y mas asombrosos aun que los suyos.

—¡Cómo! Si esto sucediese, debería realizarse en las iglesias donde consérvase la pureza de la fe, como sucede (perdona, es mi opinión) en las inglesas. Pues bien. Nosotros hemos dejado de ver milagros en Inglaterra, porque ya no se hacen; si aun ocurrieran, ciertamente no podrían acontecer en las iglesias supersticiosas.

—Os referís á la Iglesia católica, ¿no es verdad? Ahora bien: ¿y si os desengañase algún suceso? Sabed que no hay cosa más obstinada que un hecho: se pone delante y cuanto más se argumenta contra él, menos se mueve. ¿Qué diríais si vierais un milagro tan indudablemente que os fuera imposible sospechar en alucinación alguna?

—¿Qué haría? Yo . . . . —Mistress Needle vacilaba: después, temiendo escandalizar á sus hijas, hizo un esfuerzo, y respondió:

—Diría que no adivino y que no comprendo nada.

Clara y Clemencia fijábanse, ora en Julia, ora en su madre, recogiendo las frases con atención tal, que preocupaba no poco á la señora, John, que generalmente comía con los ojos en el plato, estaba muy atento indicando alguna vez su propósito de tomar



parte activa en la conversación. Al fin, pareciéndole que su madre no contestaba bien del todo, añadió:—En cuanto á mí, si viese un milagro del cual no pudiera dudar, sencillamente diría: existe de seguro el prodigio, pero nada prueba.—

Gozó la buena Mistress por esta triunfal escapatoria de su hijo, añadiendo:—He aquí precisamente lo que yo quería decir.

Julia, sin descomponerse:—¿Y si el hecho probase alguna verdad?

John incontinenti:—Es imposible.

—Yo lo creo posible; porque . . .

John, no pudiendo contenerse ya, rojo lo mismo que amapola, rompió las palabras en la boca de Julia, recalando su dicho:

—Es imposible, porque siendo cada hecho una cosa práctica, concreta, particular, no puede dar razón de una verdad, que es un concepto especulativo, ideal, general: sea Dios, ó el diablo, ó la naturaleza la causa del hecho, nada dice y nada se puede inferir de él.—

Mistress Needle tocaba el cielo con la mano: abría su hijo los labios para decir cosas serias, con fuego, con demasiado fuego quizá, brillando por su talento, por su buen sentido (así le parecía), y por su piedad; todo según su corazón maternal. Mas

Julia no se mordía la lengua; sólo que, á fin de no lastimar al señor John, puso un poco de azúcar en la punta de la cucharada muy acerba que hacerle quería tragar.—A lo menos con vos da gusto discurrir, dijo, y si fuerais doctor en filosofía no hubiéseis robado la láurea. Voy á partir de vuestro principio. Antes decidme: ¿de dónde nace que los apologistas prueban la divinidad de Jesucristo por los milagros que obró? ¿Por qué las turbas, para creer en las doctrinas de Nuestro Señor, pedían portentos? ¿Qué decir quería el Redentor cuando les echaba en cara su incredulidad, diciendo: “Si no me quereis creer, creed en mis obras, y creed por causa de mis obras?” ¿Cómo explicar las últimas palabras de San Marcos: “Habiendo partido los Apóstoles, predicaron por todas partes, cooperando el Señor y robusteciendo su predicación con los milagros?” Ciertamente todos los portentos de Jesucristo y de los Apóstoles eran hechos particulares; sin embargo, el Hombre-Dios y los Santos Libros afirman que prueban la religión, compuesto de misterios y preceptos, que son verdades especulativas y generales.

John, comprendiendo que perdía terreno por la razón ineludible, aguzó su intelligen-



cia, replicando:—Por supuesto; Cristo y los Apóstoles llamaban á Dios en testimonio de las verdades predicadas, Dios se manifestaba con el milagro, y la gente creía: la cosa es natural. Mas los pretendidos milagros de hoy son cosa muy diversa; no los hacen Apóstoles de Dios en confirmación de una doctrina; son (dado que sean) acontecimientos maravillosos, que no afirman ni niegan proposición alguna. ¿Qué resulta en favor de cualquier doctrina, pregunto yo, aunque una imagen de la Madre de Dios mueva los ojos? ¿Aun cuando una criatura haya visto á la Virgen vestida de una manera ó de otra? ¿Aun cuando un enfermo cure después de beber el agua de Lourdes? Por de contado que son hechos en los cuales la imaginación tiene gran parte, mas suponiéndoles indudables, ¿qué doctrina especulativa y general se infiere por ellos? Absolutamente ninguna: dejan las cosas como las hallan. ¿Convenís conmigo, miss Julia?

Mistress Needle saltaba de gozo por la sutil distinción (tal le parecía,) aprobando con la cabeza y aplaudiendo á su hijo, llenándose además de ventura por el provecho espiritual que reportarían Clara y Clemencia. Mas duró poco su triunfo, porque

Julia, en el acto de cortar un pedazo de carne, como si nada hiciese, se dirigió á John, y le dijo con gentil sonrisa:—Veo que el señor John se ha propuesto esta mañana no dejarme comer un bocado en paz, tanto y tanto me apura. ¡Dos cuestiones á la vez, como si una no bastase! Decís, pues, primeramente, que los prodigios modernos no prueban como los apostólicos, porque no se obran en confirmación de una verdad, decís asimismo que cabe la sospecha de fraude y engaño relativamente á los prodigios modernos.

—O á lo menos la de alucinación involuntaria, interrumpió John, que ya se arrepentía de la viveza mostrada, queriendo seguir siendo cortés.

—Bien, empezó á decir entonces Julia: os hago juez nuevamente. Imaginad que yendo á ver, por gusto de viajante, una efigie de la Virgen, observárais que os dirigía una mirada benigna y amorosa, ¿no os parecería una invitación celestial para que veneráseis á María?

—No por cierto. Creería sencillamente tener algo en el estómago, que me deslumbraba; ó bien que mi imaginación se chancaba conmigo, si puedo hablar así; ó que



un juego de luz me hacía ver lo blanco negro.

—Y haríais perfectamente, añadió Julia ejercitada en la dialéctica; haríais perfectamente al principio, para preservaros de las ilusiones; pero supongamos que con reflexión madura, claramente viérais el movimiento de aquellas pupilas pintadas, como veis ahora las de vuestra señora madre: entonces ¿qué haríais? ¿No comenzaríais á creer que aquella mirada milagrosa y dulce os invitaba ciertamente á una cosa?

—¡Oh! En tal caso haría ciertamente mis reflexiones.

—Además, dijo insistiendo Julia, si una hermanita vuestra, al descender del coche, cayera de mal modo (Dios no lo permita), rompiéndose un brazo, y yo con un bañito de agua de Lourdes se lo volviese á su buen estado, ¿no os confirmaríais en la persuasión de que Dios agradecía y aprobaba con la señal milagrosa la confianza que tienen sus devotos en María?

—¡Aquí te quiero! respondió John. ¿Si estos hechos acaeciesen! Con *sís* se fabrican muchas cosas que no subsisten. Quisiera yo ver tales hechos; mas los negaré interin no los contemple con mis dos linternas.

Julia, sin dejarle respirar:—Luego convenís en que si lo viérais, veríais al propio tiempo iluminarse una doctrina especulativa, una verdad, un dogma, que os haría discurrir. Mas os encastillais en la segunda y postrer defensa de negar la existencia de los hechos mismos.

—Sí, sí, me atrincheró en este reducto dijo John con desenvoltura, persuadido de que allí sería inexpugnable; confieso que si los milagros sucediesen como los fingís, me darían en qué pensar. Mas siendo falsa la suposición, falsa es la consecuencia: ya se sabe que el absurdo nace del absurdo. Hacedme ver y palpar un milagro: después hablaremos nuevamente.

—Aquí mismo lo haría yo, si tuviera el encargo del Omnipotente, para contentar al señor John. . . . O más bien lo haría después de la comida, porque de otra suerte vuestras hermanitas, completamente ocupadas en el prodigio, irían á dormir sin probar bocado.—

Con estas palabras proponíase Julia diferir la conversación, para volver á ella en tiempo mejor, y no forzar á John á reconocer demasiado violentamente sus errores. Mas mistress Needle, no obstante sus propósitos de no suscitar cuestiones religiosas



empujó las cosas hasta el último extremo. Parecía que John continuaba vencedor aun batido en los demás puntos, mientras siguiese invulnerable en el de negar la existencia de los milagros modernos, y Julia no sabía referir ninguno incontrovertible. Queriendo afirmar su victoria, dijo:—Estoy cierta de que aquel milagro de que hablabas con Kelerina es precisamente de los que se desvanecen examinados de cerca.

—Añadió John con juvenil jactancia:—El que me cuente un milagro, fuera de los referidos en la biblia, y me lo haga creer, *erit mihi magnus Apollo*, le regalo desde ahora mi reloj de repetición y su cadena de oro. Ningún prodigio moderno reúne todas las condiciones que reputo precisas para considerarle digno de fe.

Julia, que no quería volver á combatir, respondió chanceándose:—Esto de fijar condiciones á Dios cuando no se quieren reconocer sus obras, me recuerda el efugio de un célebre personaje nuestro cómico, el cual, condenado por su rey á que le ahorcaran de un árbol, pidió poder á lo menos buscar uno hermoso que le gustase. Se le concedió y fué conducido á la selva para que lo escogiese. ¡Considerad lo que sucederá!

No le agradó ningún árbol para el indicado servicio y no pudo ser ahorcado.

—No es mi caso; dijo John. No impongo condiciones arbitrarias, exijo sólo la realización del prodigio en circunstancias razonables, que excluyan todo engaño posible. Por ejemplo, tratándose de una curación, como las de moda hoy, con el agua de Lourdes, quisiera que antes, en una consulta de médicos, se declarara el mal incurable; después, que se reconociera el líquido, para tener la certidumbre de si es ó no medicinal; después, que la salud se recobrará instantáneamente, á la luz del día, delante de muchos testigos; finalmente, quisiera esperar un año para ver si el favorecido recaía ó no.

—Podrías, añadió Julia, pedir directamente que descendiera el Espíritu Santo en figura de paloma, y que os revelara el portento hablandoos al oído. Los primeros convertidos no pedían tanto á los apóstoles para creer en su predicación, y me figuro que vos, imponiendo tantas condiciones á la Divinidad, no tendreis nunca la satisfacción de ver un milagro.

—Me paso bien sin ellos.

Duras verdades tenía Julia en la punta



de la lengua, con las cuales hubiera reprochado altamente el atrevimiento del joven, haciéndole palpar con la mano la injuria que se hace á Dios con semejantes pretenciones; mas resuelta como estaba firmemente á no salir de los límites de la bondad y de la finura, dijo, encogiéndose de espaldas:—Pues yo tengo hambre de sucesos maravillosos; cuando los encuentro en las historias antiguas y en las modernas, los gozo lo mismo que si fuesen un pedazo del empíreo; los saboreo, los estudio, y hago por leer en ellos las verdades religiosas que indican. Así es que me parece sabroso por demás el milagro que llaman de Turín, y no puedo abstenerme de hacer mis consideraciones....

—¡Oh! ¡Que nos lo cuente! dijo Clara, ya dominada por el hastío de la controversia, de la cual apenas comprendía la menor cosa.

Sí, cuéntalo, insistió mistress Needle, y cuéntalo propiamente con las mismas circunstancias que juzgues verdaderas.

Añadió John con aire de triunfo:—Os prometo, miss Julia, que, si no lo lleváis á mal, os mostraré luego de qué adolece la leyenda, y cual es su lado débil é increíble.—

Llegada la conversación á este punto, había terminado la comida: habiendo entrado en la sala de la tertulia, todos de pie, acercáronse á Julia, diciendo:—Oigamos el prodigio.

Julia sin confundirse poco ni mucho comenzó á decir:

—¡Oh! Entiéndalo; diré lo que me parece indudable, tocando á los que me oigan creerlo ó dejarlo de creer: no me meto en el interior de nadie. ¿Se acuerdan de aquel castillo bruno y ruinoso que hallamos una hora después de salir de Fréjus, á la izquierda?

—Bardonecchia, dijo John, Savoulx, Oulx, Salbertrand, Exilles....

—¡Exilles, Exilles! Allí hubo en el siglo XV gran confusión de guerras, y la villa fué saqueada. En medio del trastorno, mientras cometía la soldadesca toda clase de abominaciones, un malvado entró en la iglesia, rompiendo la puertecilla del tabernáculo, en el que se conserva el sagrado Pan que los católicos adoramos como el Cuerpo de Jesucristo.

Abría John su boca para combatir lo dicho por Julia; la madre le hizo callar con una señal, y con esta palabra:—Respetemos.



Julia prosiguió:—El sagrado Pan se conserva dentro de una joya, que se llama el *Ostensorio*. Usase ahora más frecuentemente la Custodia, pero no es necesario decirlo todo. El Ostensorio tiene la forma de un cilindro de cristal, ó de una cajita de vidrio, más alta que larga, con cubierta y pie que son generalmente de plata ó de oro. Este fué lo que tentó al ladrón sacrilego; lo cogió, sin acordarse siquiera, por la gran prisa, de quitar primero el Pan sagrado.

—¿Cómo está hecho este pan? preguntó una de las niñas.

—Está hecho con flor de harina de trigo, á guisa de oblea blanquísima, como las que sirven para las esquelas. Hácense muchas pequeñitas, que se distribuyen á los fieles en la santa Comunión, ó, como tú dirías en la santa Cena. Se hace una mayor, que se denomina Hostia magna; la cual se conserva en el tabernáculo, dentro del Ostensorio, para exponerla después á la adoración. El ladrón cogió el Ostensorio con la Hostia magna, lo puso en un lio de cosas arrebatadas, y, para mejor encubrir el delito, metiólas en un saco, y cargó la presa sobre un mulo, echando á correr. Poco más ó menos, tomó el camino hecho

presa sobre un mulo, echando á correr. Poco más ó menos, tomó el camino hecho por nosotros al salir del Fréjus. Llegado á Turín, hubo de pasar por la plaza. ¡He aquí la mano de Dios! El animal acurrucóse allí en medio, y no se halló la forma de hacerlo mover. . . .

—Estaría rendido: ¡qué asombro! exclamó John.

—Aun esto puede ser, continuó Julia. Corrió la gente para levantarle, como en casos tales sucede. Fué inútil: el animal parecía una estatua de mármol, cuando de repente, sin que nadie las tocase, las cuerdas del saco se desatan. . . .

—Estarían mal atadas, dijo John:

Julia, sonriendo pasó adelante:—Lo que había dentro se desenvuelve, y el Ostensorio se descubre.

John:—Algun listo muchacho, que se aprovecharía de la confusión para urgar en el saco.

—No lo creo, dijo Julia. Por veneración á la Hostia, y por horrorizar el sacrilegio, ninguno se atrevió á poner allí la mano. El Ostensorio desprendiéndose, comenzó á subir por los aires lentamente lentamente, hasta llegar á un punto desde el



cual podía ser visto por todos los de la plaza; paróse allí precisamente como si estuviese colocado sobre la mesa del altar. Figuraos lo que sucediera entre tanto: la gente caía arrodillada con el fin de adorar á Nuestro Señor Jesucristo, que con asombro tal se mostraba en la Hostia presente (á lo menos tal era su persuasión, y era eso á mi modo de ver); unos se postraban con el rostro en tierra, otros pedían el perdón de sus pecados, y otros rogaban con las manos juntas. En el ínterin la voz del gran prodigio se difundía por la ciudad, y se comunicaba del uno al otro, lo mismo que la chispa eléctrica en el cuadro mágico. Cada uno corría precipitadamente á gozar de la visión. Jóvenes, viejos, mujeres y niños, confusamente, apretábanse á cada momento en la plaza; ver, prosternarse en el suelo adorando, y suplicar con grandes voces, era obra de un segundo. El Obispo de la ciudad, que era un Ludovico, de la familia de los marqueses de Romagnano, no sabía en caso tan insólito qué partido tomar. Congregó al capítulo de la catedral, al clero de la ciudad y á los religiosos, en consulta extraordinaria, pidiéndoles consejo, desalentado, ansioso y lleno de temblor.

—¿Y entre tanto la Hostia continuaba siempre suspensa en alto? preguntó John, no ya burlándose, ni con alegría de su madre, sino con terrible angustia de ésta.

—Seguramente, respondió Julia, y las horas pasaban así. En el consejo se resolvió ir en procesión al sitio, é impetrar humildemente la manifestación del querer de Dios. Dicho y hecho; el Obispo se reviste de los hábitos pontificales, se dispone la pompa, y sale solemnemente de la catedral, con la expectación y ansiedad desmesurada del clero y del pueblo. Llegados á la plaza, la Hostia continuaba en su sitial aereo, sin que la multitud hubiera cesado de orar y verter lágrimas. De repente una maravilla se une á otra maravilla: ábrese la portezuela del Ostensorio, sale la Hostia, el vaso cae con todo su peso en tierra, y la Hostia queda sola manteniéndose en el aire, comenzando por iluminarse, por resplandecer, y por brillar con luz fulgidísima como un sol en mediodía. A tal vista ninguno puede contener el ímpetu de sus afectos: un coro unánime de alabanzas élévase por el prodigio; hieren las estrellas las exclamaciones, los llantos y los gritos, abandonándose cada uno á su propia piedad, de rodillas, ó casi echado



con el rostro en el suelo, ó de pie con los brazos en cruz. Un pensamiento tuvo el Obispo entonces: hace que le traigan un cáliz, y elevándolo, conjura con ardientes lágrimas al Señor para que se digne permanecer con sus fieles. ¡Admirable cosa! No bien cesa la oración, comienzan á disminuir los esplendores de la Hostia, y poco á poco, á la vista del pueblo, va descendiendo hasta meterse dentro del cáliz, dejando detrás de sí un rastro luminoso, que desaparece á no tardar.

John y sus hermanas alentaron, porque habían contenido la respiración como si vieran el hecho. Mistrees Needle, por el contrario, con el fin de impedir las peligrosas reflexiones que temía por el relato, dijo á Julia:—¡A sabes toda, y la sabes contar.

Añadió la joven, con el fin de golpear el hierro mientras estaba caliente:—Aseguro que yo he leído en las historias eclesiásticas todas las circunstancias del suceso: no he añadido ni quitado un punto. Aquí he tratado de informarme sobre el lugar: he ido con Kelerina, y el sacristán me ha repetido todo lo manifestado. He visto el lugar preciso donde la Hostia se levantó: lo cubre una lápida que cuenta lo sucedido, y

está rodeado de una orla de adorno con las armas de la ciudad; todo se halla contenido en una iglesia, que se denomina del *Corpus Domini*, cuyas palabras latinas dice aun el vulgo. Es una de las más bellas de Turín, que tiene no pocas lindas; la diseñó el arquitecto Vitozzi; en todas partes deja ver mármoles y bronce; aun los cuadros son superiores; en suma, es una cosa digna de verse.

John, que estudiaba un pretexto á fin de poner en duda los documentos históricos del milagro, calló al oír estos particulares, sobre todo al ver que Julia seguía diciendo:—Y como si para memoria del acontecimiento no bastase la tradición universal de toda una ciudad, y el templo que le da más esplendor, se instituyó una colegiata de canónigos para que oficiasen en la iglesia, una cofradía de legos, y solemnidades públicas anuales con intervención de los magistrados del municipio, y hasta una fiesta mensual; en fin, la población quiso gloriarse con el título de ciudad del Santísimo Sacramento.

John no se atrevió á decir palabra; silbando *sotto voce*, retiróse á su cuarto: sus hermanitas se fueron á descansar: estaba su madre llena de consternación. Lamentá-



base dolorosamente mistress Needle de las impresiones *papistas* que un hecho tal, clavado en su espíritu tan eficazmente, podría producir; acusábase de ligera é imprudente por haber promovido la conversación contra su propósito; en una palabra, no podía tener paz sino saliendo al día siguiente de Turín.—Dijo á Julia con cierta sequedad:—Mañana por la mañana saldremos en dirección á Génova.—Avergonzándose después de su salida brusca, endulzó la voz, diciendo:—¿Me permites? Iré dentro de poco á tu cuarto, y sabrás por qué: tengo que decirte algo en confianza.

## XXI.

## DE SILLA Á SILLA.

Invitada la joven á un coloquio tan secreto, con aquella voz entrecortada y temblorosa, en aquella hora, precisamente después del relato de un prodigio que destruía completamente las opiniones de mistress Needle sobre la Eucaristía, no dudó un momento de que debería entrar en nueva disputa, más animada que las anteriores. Esperaba y temía. Ciertamente había quedado por completo roto el hielo en materia de religión, y mucho más presto de lo que hubiera podido figurárselo. Previno á la señora diciendo:—Si no padezco un error, estais conturbada.



base dolorosamente mistress Needle de las impresiones *papistas* que un hecho tal, clavado en su espíritu tan eficazmente, podría producir; acusábase de ligera é imprudente por haber promovido la conversación contra su propósito; en una palabra, no podía tener paz sino saliendo al día siguiente de Turín.—Dijo á Julia con cierta sequedad:—Mañana por la mañana saldremos en dirección á Génova.—Avergonzándose después de su salida brusca, endulzó la voz, diciendo:—¿Me permites? Iré dentro de poco á tu cuarto, y sabrás por qué: tengo que decirte algo en confianza.

## XXI.

## DE SILLA Á SILLA.

Invitada la joven á un coloquio tan secreto, con aquella voz entrecortada y temblorosa, en aquella hora, precisamente después del relato de un prodigio que destruía completamente las opiniones de mistress Needle sobre la Eucaristía, no dudó un momento de que debería entrar en nueva disputa, más animada que las anteriores. Esperaba y temía. Ciertamente había quedado por completo roto el hielo en materia de religión, y mucho más presto de lo que hubiera podido figurárselo. Previó á la señora diciendo:—Si no padezco un error, estais conturbada.



—Demasiado, te lo confieso, respondió la Needle.

—¿Y por qué, si es lícito preguntarlo?

—¿No consideras el efecto que aquel discurso puede producir en mis hijos? ¡Ah! ¡Cuánto mejor hubieras hecho dejándolo aparte!

—Ciertamente no deseaba decirlo contra vuestra voluntad.

—¡Oh! Realmente no quería eso.

—Mas reflexionad; nada os he forzado. Oid: hoy he ido con Kelerina á la iglesia del *Corpus Domini*, por la curiosidad de ver un monumento que conforta mi fe viva en la real presencia del Salvador entre los hombres; dogma (os hablo, como debo con vos, con el corazón en los labios) para mí más dulce y delicioso que la propia vida. Sencilla como es, y dominada por su devoción, á todo trance quería que os rogase que viniérais á visitar la Iglesia, y no recuerdo qué cosas más. La he respondido con un *no* claro y redondo. La he vedado además decir una palabra, la he reñido, y hasta (cosa que no sé hacer) la he amenazado. Luego habeis venido aquí preguntándome con instancia, habiéndome todos juntos sacado de la boca cuanto habeis querido: ¿que había de hacer yo?

La Needle, que había escuchado á escondidas las charlas de Kelerina con la joven, no podía desconocer la verdad de la disculpa, y respondió lealmente:—Convengo, amiguita, la culpa, si existe, toda es mía y de John... ¡Tiene una cabeza extraña, en verdad! En conversación, como ves tu misma, es un erizo completo: ¡bienaventurado quien le puede hacer despegar los labios! Y hoy, sin saber cómo, cual si un tábano le picase, ha hecho una excursión por el territorio religioso; afirmado en los arzones, ha ido tan lejos, que ya no creía yo verle volver á casa. Con estas frases demostraba mistress Needle que se había olvidado de su parte propia. Julia tenía ganas de añadir: “El tábano se lo habeis puesto vos.” Mas le pareció prudente dar un buen rodeo, y aprovechando aquella coyuntura, dijo:— ¡Todo lo contrario! Si vuestro hijo parece casi estrambótico en ocasiones, es por culpa de la hipocondría que le roe hasta los huesos. Hoy razonaba con gran lógica, y me sorprendía extraordinariamente lo sutil de su dialéctica, que me hubiera hecho pasar graves apuros, á no seguir firme en la silla (á lo menos me lo figuro) con la verdad. Se ve que no lee los libros, sino que los estudia y penetra, convirtiéndolos en



jugo y en sangre. Su índole abstraída, encantada y aturdida, sólo puede provenir de que le preocupa de continuo algún pensamiento. Paréceme que ningún remedio podríais emplear más apropósito para corregir su carácter, que darle ocasión para manifestar sus conceptos, estimularle, compelerle, combatirle y al propio tiempo alentarle. Así no acumularía humor negro, perdiendo la costumbre de ser taciturno. Ciertamente no tiene mal corazón: habeis visto con qué cortesía me ha contradicho. ¿Es acaso grosero alguna vez con sus hermanitas? ¿Se encoge nunca de espaldas con vos? Estoy segura de que si trabajais con paciencia y longanimidad en torno de aquel enfermo, lograreis un hijo como una perla.

En los ojos de la madre infeliz brillaron lágrimas de ternura, oyendo hablar á la joven con tal amor de su desgraciado primogénito; no pudiendo encubrir su emoción dulce, dijo:—Buena Julia, tú sólo ves flores y rosas en mi familia: temo que mires con el corazón más que con los ojos, y sin embargo, tus frases me producen una impresión que vanamente intentaría explicar. ¿Qué queires que te diga? Yo me desanimé educando á John, y me desespero, mayormente al tener en cuenta que dentro

de un año será licenciado en filosofía y literatura, mayor de edad, y dueño de sí mismo. . . . En el ínterin no logro que mantenga una conversación de cinco minutos; nada le mueve, nada le interesa, y nada le entenece: me rompe la palabra con un *sí* ó un *no*, con quedar hecho una estatua, y con poner los ojos en un sitio cualquiera.

—Hoy, sin embargo, lanzaba fuego, dijo Julia, sin dejarme responder.

—¡Demasiado! Mas no son estas las conversaciones que oírle quisiera. Basta; no hablemos más del asunto. Solamente sabrías tú darle un poco de forma humana, haciéndole hablar de literatura y ciencias. Me consta que te quiere. Me dijo pocos días después de retornar de Cambridge: “Mamá; bien habeis hecho en traer á esta joven. A lo menos, cuando discurre se puede oír; aquella bendita miss Mary razona con los codos, y tiene además una boca de gato rabioso.” Esto, esto me dijo John. Deduzco, por consecuencia, que pues te aprecia, le puedes hacer algún bien.

—Me figuro que poco, muy poco. ¿Qué queires que pueda con un muchacho que ha hecho sus estudios una joven maestra?

—Pruébalo: tienes donaire; insistió la Needle. Mas por el cielo, una cosa única-



mente te suplico; no suscites cuestiones como la de hoy. Permíteme que te lo diga: estuve como en brasas.

—¿Al principio ó al fin? preguntó Julia.

—Siempre; pero sobre todo cuando contaste la leyenda. ¡Cuánto habré de fatigarme para destruir las impresiones hechas quizás en él y en sus hermanas! Y sin embargo, á lo menos, según mi conciencia, estoy obligada, y *archiobligada*. Quien sabe qué nieblas quedarán esparcidas en su mente! Tienes por demás el arte de hacerte creer.

—Mas, perdonadme, señora, dijo Julia interrumpiéndola. ¿Imagináis que yo he adornado y embellecido de algún modo el hecho con circunstancias inventadas por mí?

—¡Oh! Esto no; mas crees de un modo tan resuelto y obstinado, que tu persuasión viene á ser, por decirlo así, contagiosa.

—¿Quisiérais, pues, que hablase de mi religión tan friamente como de la de Confucio, ó que afirmase como cierta una cosa que no creo?

—Quisiera, contestó mistress Needle, que no creyeras demasiado fácilmente, con peligro de incurrir en error.—

Julia, valiéndose de la benevolencia poco antes conseguida, opuso con fuerza:— ¡Oh! ¿Por qué lo decís con tanta seguridad? Trátase de un hecho acaecido en día claro en presencia de todo un pueblo; con circunstancias que hubiesen abierto los ojos, no ya de un ciego, sino de un difunto; atestigüado hasta nosotros por una multitud de historias, de tradiciones y monumentos irrefragables: si soy crédula, crédulo será quien crea que vivió Alfredo el Grande, que acometió empresas Guillermo el Conquistador y que se dió la batalla de Hastings.

La Needle no dijo entonces nada; sólo después de alguna reflexión procuró salir de aquellas apreturas, añadiendo:—Oye; no me cuido de investigar lo verdadero ni lo falso de tu prodigio. Después de los milagros de Jesús y de sus Apóstoles, todos los demás son supérfluos para mí.

—¿Y si Dios juzgase algún milagro útil y oportuno? Si Dios los obra, me parece hay que decir que no los reputa inútiles del todo.

—¡Oh! por merced, replicó mistress Needle con alguna viveza: ¿que provecho puede reportar aquel gran milagro tuyo de la Hostia en el aire? ¿Por qué sucedió en Tu-



rín, y no en Londres? ¿Por qué tres siglos atrás, y hoy no?

—Dios sabe por qué, y no está obligado á venir para decírnoslo. Si acaecido hubiese hoy, se podría con igual razón (digo razón para no decir sinrazón) preguntar por qué no antes. Y si hubiese ocurrido en Londres, alguno de Turín podría preguntar: ¿por qué no sucedió aquí? Por lo demás, con respeto á la elección del tiempo y del sitio, aun nosotros podemos traher alguna causa.

—Oigámosla.

—¿Os ofendereis?

—¡Considera!

—Se puede imaginar que Turín... Pero no: nunca me perdonaríais mi pensamiento *papista* y *archipapista*.

—Por el contrario, te lo perdono aun antes de que lo manifiestes; la tolerancia es mi virtud predilecta.

—Pues bien, replicó Julia, observad: las novedades calvinistas, contrarias á la presencia real, iban á surgir en breve al otro lado de los Alpes, y hubieran encontrado el terreno pronto á recibir las en el Piamonte, donde los valdenses estaban en lucha con toda la Cristianidad, inclusa Inglaterra:

¿no era propio de la bondad y de la misericordia de Dios robustecer con un prodigio la fe antigua de la ciudad, que hallábase más expuesta naturalmente á las influencias de la nueva prevaricación? ¿No podía Dios, querer así cortar el paso á la herejía, de modo que la Italia, sede del Vicario de Jesucristo, quedase preservada del error que hacía estragos en torno de sus puertas? Lo repito: no alcanzamos los propósitos de Dios; mas hablando según mi religión, no me parecería lo dicho ajeno á la idea que nos formamos de la Divinidad.

—*Se non è vero, e ben trovato*, dijo la Needle sonriendo; y añadió pronto volviendo á su tema:—Mas una cosa es inventar en un instante una respuesta ingeniosa que acredita gran imaginación y corresponde completamente á las pretensiones, ó, si quieres, á las doctrinas de la confesión romana; otra es que yo la pueda tomar por buena. Comprende que no puedo permitir que mis hijos sean fanatizados por tales fantasías y explicaciones, que tu propia llamas archipapistas. Oye, Julia, soy franca; me parece justo dejarte con tu convicción, y que goces de todas sus dulzuras; respeto y aun envidia la serena paz que disfrutas; más en cuanto á mi, no debo ni



quiero, ni puedo consentir que ideas supersticiosas (perdóname esta frase que se ha escapado de mi boca) tomen asiento en mi casa. Haré siempre lo posible para echarlas muy lejos de los míos. Si tu me quieres bien, deja dormir una vez para siempre tus disputas religiosas, cuando en su presencia te halles. Por supuesto, se suspende desde ahora el pensamiento de visitar mañana la iglesia: hallaré una excusa: sería echar aceite en el fuego.

Al oír estas palabras, veía Julia cómo abríase paso el amor propio de la Needle, más que su conciencia, no pudiendo aun haber olvidado que la disputa nació y fué atizada de continuo por su perseverante voluntad; no reputó conveniente, sin embargo, exacerbar su dolor, echándola en rostro las palabras que poco antes había proferido. Su corazón habló más que su mente; por lo que, compadeciendo su triste ceguera, y dejándose dominar por el afecto incontrastable al alma de su querida bienhechora, tomó sus manos, besólas y estrechándolas contra su seno, dijo con una voz semejante á un gemido:—No temais dulce madre mía; no proferiré palabra que turbe la quietud de vuestros hijos; pero... ignoro si estoy en un error, quien desco-

nociese le rectitud de vuestras intenciones, creería que teníais miedo de la verdad.—

Mistress Needle, que sintió su mano húmeda por una caliente lágrima de su amiga, y pudo leer en sus ojos el afecto ardiente de que procedía su riguroso reproche, aunque justo, experimentó una mezcla de vergüenza y de remordimiento por su deslealtad. Le sugería el orgullo altanero palabras con que cubrir su derrota; pero ¿cómo reprender á una tan cándida angelita, que, llorando, besaba sus manos? Se hizo á sí misma violencia, y disimuló, respondiendo sin defenderse de la inculpación:—Vamos, tranquilízate; mañana cambiamos de cielo. Génova, con su mar, con su puerto y con sus vistas encantadoras, hará que nos olvidemos de todo.—Y retiróse.

Solo que al retirarse llevaba consigo el dardo.—¡Tienes miedo de la verdad! Julia ha leído en el fondo de mi corazón.—Aquella Hostia resplandeciente, colocada en el aire, vista por un pueblo innumerable, y en pleno mediodía, estaba delante de su espíritu conturbado; las consecuencias del hecho brotaban fáciles é inexorables; aun cuando estuviera cien mil leguas distante de temer convertirse al *papismo*, alcanzaba que no



debía despreciarse la relación de Julia. Procuraba borrar de su espíritu las pruebas aducidas por ella, é inquiría con avidez la forma de ponerlas en duda.—¡Vano intento!—Aquella bendita Julia no es una tonta que crea con facilidad, ni una hipócrita que me quiera seducir.... El hecho sucedió como dice: estas cosas y circunstancias no se inventan.... ¡He sido imprudente! la primera en hurgar en aquel avispero....!—Por estas agitaciones el cansancio la vencía, y mistress Needle cerraba sus ojos al sueño. De repente se despertó con cierto sobresalto: allí estaba Julia, en actitud de señalar con el dedo la Hostia fulgurante y amenazadora, sintiendo, con el beso y la lágrima en su mano, la fiera herida de la frase: “¡Tienes miedo de la verdad!”

Al día siguiente, á buena hora, mientras toda la familia descansaba, mistress Needle dirigióse á la estancia de Julia; abriendo la puerta un poco con mano vacilante, preguntó:—¿Permites?

Julia estaba de rodillas diciendo sus oraciones; reconocida la voz, levantóse, y abrióla precipitadamente de par en par: con rostro claro saludó á su señora, exclamando.

—Buenos días: ¿qué hay de nuevo? ¡Vestida ya para salir!

Y la Needle, como si continuase la conversación de la noche anterior.

—Quiero probarte, bella mía, que no tengo miedo á la verdad. Vístete, llévame á donde quieras, y visitemos la iglesia de que hablaste.

—No tengo interés alguno, contestó Julia; lo que os plazca.

—Sí, sí; lo quiero y lo ansío, á no ser que te disguste acompañarme.

—Os acompañaré con muchísimo gusto con tal que no lo hagais por complacerme.

—No, no; quiero ir por mi gusto.

—¿Vamos solas? preguntó Julia.

—No quiero molestar á las niñas: á esta hora duermen el sueñecillo del oro. En cuanto á John, estoy segura de que ronca como un marmota.

Julia no replicó. Se puso el sombrero y un abrigo de lana, acompañando á la señora con la mejor desenvoltura posible, sin decir palabra de las conversaciones del día precedente. Hizo de *cicerone* con discreción suma. Pero ¡qué sorpresa! Al acercarse á la barandilla que ciñe los mármoles colocados en el sitio del prodigioso acontecimiento, vieron á un joven encorvado



en extremo, y con la cabeza suspendida dentro de la balaustrada, procurando leer la inscripción con el auxilio de un lente.

—¡Es John! exclamó mistress Needle con doloroso estupor.

Era John realmente. La madre se paró de pie á contemplarlo, llenándose de angustia, y temiendo á cada instante que su hijo hiciese algún acto de veneración. Pero no sucedió. John, quieto é impassible, leyó muy tranquilamente la inscripción, sacó de su bolsillo una cartera, y la trascribió con su lápiz; volvió á esconder aquella, y sin demostrar reverencia ó irreverencia, salióse de la iglesia, no viendo á su madre ni á Julia. La pobre mistress Needle no quiso ver más: volvió á su casa llena de cruel aprensión. Preguntó á su hijo en dónde había estado, pues le dijeron que salió muy de madrugada. John respondió:—He ido á fumar un cigarro, y á ver la iglesia de que nos habló miss Julia.

No se atrevió la madre á preguntar más. Julia, sin manifestarlo, se alegró vivamente de la buena semilla sembrada, y esperando verla producir sus frutos alguna vez, hizo como quese había olvidado de las cosas pasadas. Aunque la señora, queriendo hacer ostentación de su seguridad, difirió la

marcha un día, la joven, encargada de dirigir las salidas del placer, no se acercó nuevamente á la iglesia del *Corpus Domini*. Dirigióse más bien por las calles rectas larguísimas, por las plazas y por los jardines; subió al monte al fin de gozar con una sola mirada de la perspectiva de la ciudad, sin detenerse nunca. Alegraba entre tanto á todos con frases indiferentes y lisonjeras. Embebidas las muchachas en tales diversiones, no pensaron ya en el monumento del prodigio. Por la noche no concluía Julia de disertar sobre las cosas bellísimas de Génova y de Florencia. Estaba mistress Needle muy contenta, sin advertir que Julia concedía tregua con objeto de no lastimarla, esperando sólo una buena coyuntura para volver al asalto.

John, después del disparo del día precedente, semejante á un castillo de fuegos artificiales, había vuelto á su natural, siendo parco en palabras, y más aun en admiración para los nuevos espectáculos que se le ponían delante. Con la buena miss Julia, mantenía su actitud ordinaria, cortés, respetuosa y heladísima. Sin embargo, había Julia visto lo necesario para no creer del todo en su frialdad; la oposición que le hizo, tan repentina, tan ardiente, tan osada



y tan fiera, habíale revelado el interior del joven caballero. Maravillábase de hallarlo tan diferente de lo que había temido; lo creía muerto para todo sentimiento de Religión. Su maravilla hubiese sido diez veces más grande á leer en la frente de John el secreto trabajo de su mente, superior acaso á su edad, y tanto más vivo interiormente, cuanto menos señales daba de vida externa. No tardó la joven mucho á tener otras pruebas.

## XXII.

UN CUARTO DE HORA EN LA ESTACION  
DE ALEJANDRIA

John, después de subir al coche para Génova, se arrojó en uno de los rincones, según costumbre. Echaba de cuando en cuando una mirada distraída en el país circunstante, y se volvía pronto á meter en un ángulo, cerrando los ojos. No fumaba, lo cual iba contra su costumbre frecuente; no leía, y esto iba contra su hábito invariable. Julia se lisonjeaba dulcemente de

que rumiaría su furioso ataque á los milagros, así como las saludables verdades oídas, haciendo alguna útil reflexión. En parte adivinaba, y en parte alejábase no poco de la verdad.

Nadie conocía enteramente la religión del joven: su propia madre no podía presumir leer más íntimamente en el interior de su hijo que un extraño. Cuando pasaba las vacaciones en familia, recitaba el *Evening prayer*, ó sea la oración de la tarde, con ella y con sus hermanas, diciendo perfectamente las palabras, con claridad y recta pronunciación, pero sin que ningún acento revelase un espíritu devoto ó indevoto: asistía también al oficio, y estaba dignamente, pero nada más: asimismo participaba de la santa Cena, cuando su madre se lo decía, sin oposición y sin celo. Sin embargo, no era indiferente de ningún modo en asunto de religión, ni lo podía ser en una familia donde la biblia y los treinta y nueve artículos de la iglesia anglicana formaban su vida interior, dando movimiento, medida y orden á todas las acciones. Mistress Needle no había sabido infundir la piedad en el corazón de su primogénito, tan suavemente como las madres católicas. Ignoraba las industrias de



y tan fiera, hábale revelado el interior del joven caballero. Maravillábase de hallarlo tan diferente de lo que había temido; lo creía muerto para todo sentimiento de Religión. Su maravilla hubiese sido diez veces más grande á leer en la frente de John el secreto trabajo de su mente, superior acaso á su edad, y tanto más vivo interiormente, cuanto menos señales daba de vida externa. No tardó la joven mucho á tener otras pruebas.

## XXII.

UN CUARTO DE HORA EN LA ESTACION  
DE ALEJANDRIA

John, después de subir al coche para Génova, se arrojó en uno de los rincones, según costumbre. Echaba de cuando en cuando una mirada distraída en el país circunstante, y se volvía pronto á meter en un ángulo, cerrando los ojos. No fumaba, lo cual iba contra su costumbre frecuente; no leía, y esto iba contra su hábito invariable. Julia se lisonjeaba dulcemente de

que rumiaría su furioso ataque á los milagros, así como las saludables verdades oídas, haciendo alguna útil reflexión. En parte adivinaba, y en parte alejábase no poco de la verdad.

Nadie conocía enteramente la religión del joven: su propia madre no podía presumir leer más íntimamente en el interior de su hijo que un extraño. Cuando pasaba las vacaciones en familia, recitaba el *Evening prayer*, ó sea la oración de la tarde, con ella y con sus hermanas, diciendo perfectamente las palabras, con claridad y recta pronunciación, pero sin que ningún acento revelase un espíritu devoto ó indevoto: asistía también al oficio, y estaba dignamente, pero nada más: asimismo participaba de la santa Cena, cuando su madre se lo decía, sin oposición y sin celo. Sin embargo, no era indiferente de ningún modo en asunto de religión, ni lo podía ser en una familia donde la biblia y los treinta y nueve artículos de la iglesia anglicana formaban su vida interior, dando movimiento, medida y orden á todas las acciones. Mistress Needle no había sabido infundir la piedad en el corazón de su primogénito, tan suavemente como las madres católicas. Ignoraba las industrias de



aquellas pías, que, imitando á los ángeles custodios, siéntanse junto á la cuna querida, inquiriendo nuevas formas de abrir la luz del cielo en favor del dulce parvulito cuyos ojos abrieron á la luz de la tierra. No había nunca sentado sobre sus rodillas á su hijo, si no para cubrirle de besos, ni pensaba en coger su manita y llevarla á la frente, al pecho, y á la espalda, con el fin de ofrecerlo á Dios con aquel primer acto de fe, ciega sí, pero santa, en la Trinidad divina y en el Redentor crucificado. Mucho menos se complacía, como tantas otras madres, en consagrar á Jesús el primer sonido articulado de la boca infantil, procurando que pronunciara su nombre bendito á fuerza de caricias y de cien mil pruebas. Lejos, lejos de ella el pensamiento de presentar á los ojos de su niño una vistosa imagen de María, por el placer de verle sonreír y gesticular con las manos al decirle:—"Besa la majestad; es tu madre celeste." Mistress Needle había educado á su primogénito con innumerables cuidados exquisitos y prudentes, á fin de que creciera todo lo sano que consentía su constitución delicada; pero nunca en los primeros albores de su razón había procurado acostumbrarle á sentimientos propios de la

bienaventuranza. Sólo á los siete años, un día en que, parte por la enfermedad y parte por la mala educación, mostróse colérico, descarado y caprichoso, se le puso delante, y mostrando el cielo:—"Mira, John, le dijo; allí arriba existe un Dios. ¿Sabes lo que decir quiere un Dios? Quiere decir que te hizo, y á mí, y á todo el mundo.... Es nuestro Señor; si eres bueno te premiará, y te castigará si eres malo.

Tal fué la primera noción que tuvo el joven de la Majestad divina. Verdad es que su madre no tardó mucho á imbuirle otros elementos de vida moral y religiosa. Con frecuencia procuraba suscitar en el muchacho el pensamiento de la presencia de Dios en todo sitio; con frecuencia también hacía resplandecer el premio eterno reservado á los justos, y el castigo perenne que sufren los ruines. En este punto de la eternidad de las penas infernales extendíase gustosamente con sus hijos, citando los textos de la Biblia, que lo afirman terminantemente, á fin de ponerlos en guardia contra las necias interpretaciones que habían llegado á estar en boga en los últimos tiempos. Estas enseñanzas maternas acompañaron á John al colegio, no sin fruto. Mas sirvióle todavía, para librar-



le de los precipicios extremos y de los escándalos insoportables de la educación del establecimiento, su mal humor y su carácter poco sociable. Gustábale cuidar de su salud, vivir alejado de sus compañeros, estudiar, dormir, y perder las horas haciendo castillos en el aire. En tal estado, no distraído por los juegos, ni por los placeres, ni por estrépitos, ni envenenado por la depravación precoz que grandemente perjudica en los modernos institutos, conservó sin dificultad una parte de los sentimientos religiosos que le había infundido su madre. Estaba muy lejos de ser lo que llaman los católicos un joven piadoso (desconocen por completo este tipo los protestantes); más conservaba cierta excelente actitud en las oraciones comunes; en la Universidad de Cambridge, permaneciendo en *King's college*, lejos de arrojarse á las ocultas bataholas con que ciertos condiscípulos suyos abreviaban el tedio de los llamados oficios divinos, prefería entretenerse mirando las admirables ventanas de la capilla, que se consideran en el país una obra maestra del arte gótico.

Un *fellow*, ó, como decimos aquí, un doctor colegiado de la Universidad, que, según las costumbres inglesas, era su *tutor*

*privado*, le fué iniciando en las últimas ideas de reforma, que hace muchos años se vienen agitando en el seno de la iglesia anglicana. John, muy apasionado por las lecturas, consumía las largas horas de soledad que le proporcionaba su índole selvática, devorando las obras de los más ardientes novadores. Grande había sido la transformación de sus creencias religiosas; más no bajaba de la mente al corazón, y nunca se le había ocurrido mezclarse con los abanderados de la secta reformadora. Parecíale sólo que debía mirar la escuela del puseísmo y del ritualismo como un faro de luz levantado por Dios para desvanecer las tinieblas del muerto canal de su iglesia; reverenciaba con sinceridad á los jefes de la rebelión contra los treinta y nueve artículos, como los sabios más ilustres del cristianismo, como los restauradores del *establecimiento* inglés, y como los Constantinos del alta iglesia. Conviene confesar que había cuando menos profundamente vislumbrado el verdadero sentido y el indudable fin de los directores, tanto más enemigos acérrimos de la Iglesia católica, cuanto más se aproximan á ella, limpiándose de algunos errores.

Por lo dicho, volviendo John á pasar el



otoño en Parque verde, no se cuidaba de poner de realce sus pensamientos religiosos ni de referir ningún cambio, sobre todo, conociendo perfectamente que cualquiera indicio de novedad hubiese causado á su madre una indescribible angustia. Más bien, para librar de amarguras á su familia, solía dejar en Cambridge sus libros religiosos. Un impreso llevaba sólo consigo, y era una página del *Times*, que refería la profesión de fe recitada por el nuevo obispo anglicano de Londres, doctor Jackson, al tomar posesión de la diócesis. Parecióle hallar en ella su fe, que había venido fabricándose por sí propio, bien que más formulada y menos obscura. Siguiendo los errores de sus maestros, veníase cada día persuadiendo más de que la iglesia de los anglicanos era sólo una rama de la única iglesia católica, fundada por Jesucristo, si bien la rama más robusta, más noble y más próxima al verdor apostólico, por ser la que, á causa de la reforma de Enrique VIII, se veía libre de las hojas marchitas y de las malas vegetaciones parásitas, que aun llenaban de sombra las iglesias orientales, pero muy principalmente la romana y la *papista*. Ahora bien: el obispo de Londres, precisamente así decia, hablando á su clero reu-

nido para la ceremonia: "He creído siempre que, no sólo uno de los principios característicos, sino la gloria de la iglesia anglicana, era encontrarse bellamente católica y protestante al propio tiempo: protestante en su actitud de oposición á las innovaciones de Roma; católica como miembro sano y vivo de la Iglesia única que es el cuerpo místico de Jesucristo. Es la más sana, por haber sufrido la reforma." No vacilaba en confesar su convencimiento de que la Reforma había sido una bendición, y no, como decían muchos, un delito (1).

Así suponía el buen obispo que en la Iglesia del Hombre-Dios había ramas podridas y ramas vigorosas, como también que vegetaba con más fuerza la cortada manifestamente del tronco primitivo con la segur de Enrique VIII: con tolerancia completamente desconocida en el tiempo apostólico, no negaba la vida, si bien menos enérgica, de las demás ramas, inclusa la de Roma. Conformándose John con tales doctrinas, creía que se hallaba la paz con todos los cristianos del mundo, fuera cual fuera su confesión, sin descubrir la necesidad de acogerse al puritanismo angli-

(1) *The Times*, 15 de Febrero de 1869.



cano, como lo pretendía con gran perseverancia su buena madre. Para mucho más satisfacer su propia conciencia, aplaudía los ensayos de los nuevos apóstoles, decididos á reformar la reforma de Enrique VIII, acomodarla, pulirla y hacerla tan próspera como duradera. Gozábase por ello con las nuevas costumbres que veía introducidas en determinados templos, como cruces en los altares, solemnidades con sacrificio eucarístico, misales, casullas, capas pluviales, según el uso romano, confesionarios y otras innovaciones semejantes, que demostraban una más espléndida liturgia, y una manifestación más sensible de piedad religiosa.

Parecíale á John ver más floreciente cada día el anglicanismo, por brotar con las hojas que tomara en préstamo á la religión católica, sin cuidarse nada de lo inane de tales hojas, cuando no existe el jugo vivo del tronco apostólico; cuando el sacerdocio falta radicalmente, y por consecuencia la administración de los sacramentos viene á ser una escena de teatro; cuando la misma adoración de las especies que se manipula en la que denominan santa Cena, se transforma en una idolatría odiosa; cuando todo lo que no se funda sobre la piedra que

puso Jesucristo para fundamento de la Iglesia, no es edificio, sino ruina. Cogiendo John más las apariencias que la sustancia de la verdad, se creía establecido en el corazón de la Iglesia del Redentor, tan distante de las intemperancias supersticiosas de los *papistas*, como de las intemperancias rigoristas de los reformadores del siglo décimo sexto.

Con tales disposiciones sincerísimas, pero nunca profesadas abiertamente, fácil es comprender qué impresión le causaría el prodigio que Julia contara. El, que había desde un principio hablado tan vivamente contra la verosimilitud de los milagros modernos, al fin de la relación se sintió vencido. No tardó mucho, siendo como era frío y razonador de religión, á encontrar el modo de colocarlo en su privada teología, sin descomponer demasiadamente sus principales máquinas. ¿Qué dificultad hay en admitir un prodigio que atestigüe la presencia real de Cristo en la Eucaristía? La nueva escuela cree á Cristo presente en la santa Cena, y declara (no inquiría John con qué lógica) que los propios artículos de la iglesia anglicana no contienen cosa en contrario. Podría mi propia madre adorar las especies del pan y del vino sin



detrimiento de su religión. ¿Qué maravilla que Dios quisiera confirmar la creencia con un prodigio? Si así es, como me parece indudable, lejos de conducirme al catolicismo del Papa, me corrobora en mi catolicismo protestante. ¡Pobre Julia, si se lisonjea de haberme alejado un punto de mi convencimiento!—

Estas y no otras eran las reflexiones que venía multiplicando, tendido en un rincón del coche. En el ínterin, espiaba el momento propicio de hablar un poco con Julia sin que se apercibiera su madre, á fin de confesar secretamente lo que pensaba de su conversación del día anterior. En Alejandría se detuvo el *tren* un cuarto de hora: John se fijó en ello, y no en vano. Mistress Needle, como buena inglesa, saltó incontinenti á la fonda, con el fin de comer algo con sus hijos. Julia quedóse fuera diciendo que le probaría mejor estirar las piernas, paseando un poco. John no dejó huir la buena coyuntura, y separándose de los suyos, detuvo á la joven, y sin preámbulos:—Miss Julia, dijo, no recordais mi deuda

—No en verdad, ni por sueño.

—Os debo mi reloj de repetición y su cadena de oro.

—Os chanceais, dijo Julia, que ya no se acordaba de lo que dijera John en el calor de la disputa.

Añadió el joven;—Os la debo, porque la prometí, si me convencíais de la existencia de un milagro. Esta mañana he descubierto que ya estaba casi convencido del todo: por consiguiente, reloj y cadena son vuestros. Resta sólo . . .

Aturdida Julia y temblando, dijo, con voz sofocada.

—Por el amor de Dios y de vuestra madre, os ruego que olvidéis la broma, como la tenía olvidada yo. ¿Os parece bien? Vuestra madre recibiría un golpe mortal.

—Lo he pensado; he aquí el medio . . .

—Por merced, no busqueis medio ni nada; no metamos tampoco ruido aquí.

—Pero ¿quién mete ruido? Sólo hablo. El reloj y cadena que me regaló mi madre valen veinticuatro esterlinas: si os place, haceis cuenta de que os los he consignado, y de que los he podido recobrar por su justo precio. . . .

—De ningún modo, dijo Julia, demostrando su firme resolución: ni el reloj, ni su precio: es imposible.

—Pensadlo, miss Julia: poneis á un ca-



ballero en el compromiso de faltar á su palabra de honor. ¿Puedo prometer y no cumplir?

—No faltais en nada, porque os dispenso, y os suplico que olvidéis la promesa.

—Pero mi honor está interesado en no admitir semejante dispensa. Luego estamos entendidos: os pasaré cuatro esterlinas al mes, lo cual puedo hacer sin dificultad.

Juntó Julia las manos, y en actitud de ruego vivísimo:

—Por todo lo que más ameís en el cielo y en la tierra, no me digáis semejante cosa: no os conviene señor John, ni á mí, ni á vuestra madre.

—Es inútil: quiero. Seré un oso, como me dice mi madre; pero no un hombre sin palabra.

Dijo esto con tan obstinada fiereza, que Julia conoció claramente la precisión de capitular, ó venir á un arreglo. Se resignó, pues, diciendo:—Ya que á todo trance lo queréis, aceptaré, haciendo lo que yo diga. Las dareis á los pobres vos mismo. ¿Os place?

—Vuestras son, miss Julia. ¿Queréis que las dé á pobres católicos?

—Lo mismo es: basta que deis la limosna por amor á Jesucristo.

—Pero por cuenta vuestra, como cosa vuestra también.

—Como queráis; bastará una esterlina por mes, para que no sufran detrimento vuestras diversiones.

—No: he dicho cuatro y cuatro deben ser.

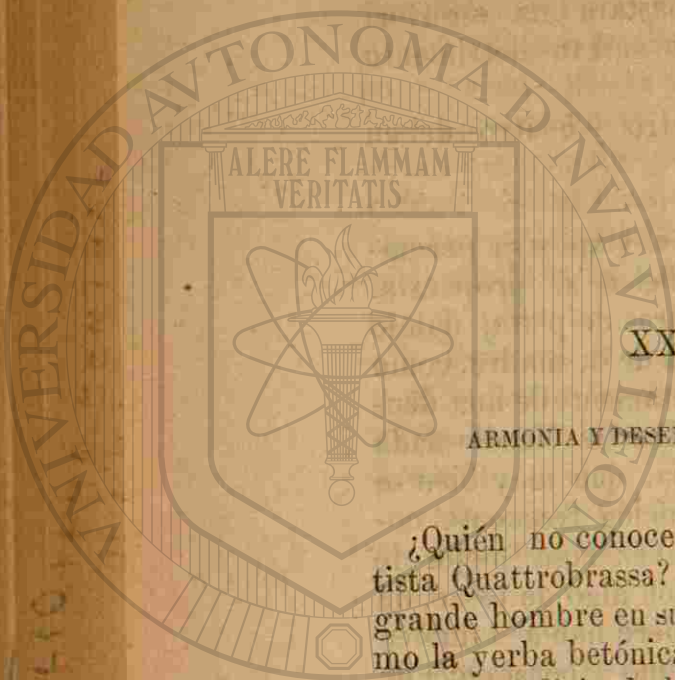
—Como queráis.

John, durante todo el viaje y su permanencia en Italia, fué fiel á su propuesta. Daba liras y medias liras de plata, dando casi todo lo que recibía de su madre, como para librarse más prontamente de una deuda que le oprimía. Mistress Needle nada supo ni sospechó. Julia, que muy bien se apercibía de la distribución frecuente, comenzó á esperar cada vez cosa mejor de John: había en su acción algo de tosco, de grosero y de mastín; pero había también lealtad, y fuerza de ánimo, y constancia de propósito.



guantes que tienen fama de blancos. Imagina ser poligloto, porque habla y echa mucho á perder varios idiomas, que con frecuencia sólo él comprende. En el pátrio es verdaderamente sapientísimo, merced á su gran predilección por la filología: muchas veces se le ocurre comenzar un discurso en italiano, é irse luego al más fino y primoroso genovés de Pádua.

De su país habla como un amante y como un erudito. Sabe de memoria cuanto existe á flor de marina, desde la *Foce* hasta la *Lanterna*; aun llegando á la cumbre de la plaza de Santo Domingo, y siguiendo el curso mediano de la ciudad, conoce al dedillo los palacios, como también los nombres de sus poseores pasados y presentes, pudiendo decir dónde hay una escalera, un salón, un panorama, una galería ú otra curiosidad digna de los viajeros. Si entra en un museo, no hay cuadro, estatua, vaso antiguo, bagatela apócrifa ó antigualla controvertida, que no bautice con franqueza, adornando su historia con arqueologías novísimas é inéditas. Cada portero le saluda como si fuese de su casa; los encargados de grandes fondas, cuando ansían un acompañante número uno, no recurren á otro que á *Sciou Baciccia*. A semejante alteza



## XXIII.

## ARMONIA Y DESENTONO EN GÉNOVA.

¿Quién no conoce en Génova á D. Bautista Quattrobrassa? *Sciou Baciccia* es un grande hombre en su género, conocido como la yerba betónica (1), y celebrado como el ave fénix de los *cicerones* de fonda. Figuraos un hombrecito gordo, altillo, musculoso, ágil, gentil, destinado á ser por la naturaleza un activo marinero, y compelido después por la precisión al arte del ocioso charlatán; figuráoslo como es en persona. Lleva noblemente su frac, su barba limpia, sus dos patillas tiesas de color de ratón, su olor de agua de Colonia, y sus

(1) Planta que se usa mucho en medicina.



social subió por mérito propio y por vocación especialísima. Hizo sus estudios sobre un barco llamado el *San Antonio Abad* que reinaba en el mar Mediterráneo, cuyos puertos recorría como una ardilla su cueva; promovido á la gran marinería, aprendió los idiomas y las costumbre de muchas gentes; por fin, habiendo combatido por ciertas balsas de bacalao, dejó en el Labrador un ojo, volviendo á su país para disfrutar el fondo inextinguible de los conocimientos adquiridos.

En los pocos días que mistres Needle permaneció en Génova decidida siempre á proseguir su viaje á Florencia, no salió nunca de la fonda sin haber consultado antes al señor Baciccia. Fuera porque chapurraba algunas frases inglesas, ó porque la señora comprendía algunas italianas, ó por que hacía Julia de intérprete para los dos, acababan de ordinario por entenderse los tres, y por ordenar el paseo del día. Mistress Ana, por lo tanto, con los suyos, y con tal escolta, siguió regularmente todas las revoluciones naturales de una forastera bien guiada: recorrió el mar con una lancha, en el puerto y fuera, cosa de precisión estricta para quien formarse ansí un concepto general del sitio y de la gran-

deza de la población; fué hasta Santa María de Carignan, y después en sentido inverso, hasta la punta de la Linterna; sin contar los paseos oblicuos, las carreras de través y las peregrinaciones excéntricas hasta el cementerio de Staglieno y la villa Pallavicino.

Cada uno de los viajeros tenía llena la mente de cien hermosuras. Ninguna ciudad presenta tantas perspectivas inesperadas, tantos suntuosos monumentos y tantos espectáculos distintos, como la Reina de la Liguria. Quien desde gran altura, y á vista de pájaro, la pudiese contemplar con todos sus alrededores, que forman un radio de diez millas, fácilmente reconocería que Génova la Soberbia escogió ó más bien compuso para sí la situación más encantadora del jardín itálico. Mistress Needle no sabía conformarse con la idea de haber pasado el invierno en Italia otras veces, sin ver á Génova. La grandiosidad acompañada de Turín, la visible opulencia de Milán, la severidad bizarra de Venecia, los adornos artísticos de Florencia, la estrepitosa alegría de Nápoles, la sonrisa oriental de Palermo, y, por fin, la indescribible majestad de Roma, desaparecían en presencia de las novedades de Génova, cu-



yo aspecto es completamente original; toda luz, toda mármole, toda movimiento, toda viva con la vida de un pueblo infatigable por tierra y por mar.

Tal fué la primera impresión de los viajeros. Sin embargo, la pietista anglicana, sobre todos los demás placeres, ponía el de admirar las ventajas obtenidas por la Reforma, en virtud del oro esparcido en Génova copiosamente, según le constaba. Acordábase de las pomposas relaciones comunicadas á la sociedad bíblica para encarecer las empresas de los protestantes en aquella ciudad, como también de las jactancias de los valdenses y de otros amantes del puro Evangelio: su corazón se llenaba de placer, esperando hallar florecientes las iglesias *antipapistas*, y sobre todo, su propia comunión.

Sólo que, después del éxito infeliz de su peregrinación á los valles de Pinerolo, no se atrevía mucho á meter ruido con su devoto deseo. Espiaba la ocasión de visitar los templos casi por sorpresa. Habiendo salido, por añadidura, de Turín un poco precipitadamente por el disgusto del plan fracasado y por el intermedio de la disputa entre la joven y John, habíale faltado tiempo para pedir al pastor de Turín explicaciones sobre

la situación del protestantismo en Génova. Vióse por ello en la precisión de atenerse á los informes del señor Baciccia. Llamóle aparte, y le dijo:—¿Me sabríais indicar el templo de la confesión anglicana?

Baciccia, que, preguntado sobre la Virgen de las Viñas, hubiera sabido conducir aun con los ojos vendados, se halló entonces bastante perplejo. Comprendió que ignorar algo de Génova era incompatible con el honor de su profesión, respondiendo francamente:—En la calle Assarotti,—é indicando el lugar en el mapa geográfico. Ignoraba el hombre intrépido que había en el mundo cien castas de protestantes, y alcanzando poco más ó menos que la señora preguntaba por una iglesia no católica, creyó sin más razón que se refería indudablemente á la única de que se acordaba. Tanto más, cuanto en su mente imaginaba que le hacía la pregunta por mera curiosidad, no acabando de persuadirse de que tan amable y humilde extranjera no fuese católica. ¿Cómo lo podía sospechar? No había notado que ni ella ni los suyos se burlasen de las cosas santas, viéndola más bien contenerse de buen modo en las iglesias, no charlar en voz alta, ni mofarse, ni comer por vicio, como lo hacen con frecuen-



cia villanamente ciertos protestantes en los santuarios más devotos. Cierto que no se arrodillaba con el fin de orar; más este abuso no es raro entre los católicos, y además veía á Julia de rodillas, como rogando en nombre de todos; creía, en fin, háberse las con señores católicos, ó, como decía, con cristianos.

Mistress Needle estudió en el mapa muy atentamente los alrededores y las entradas de la calle Assaroti; luego anunció á la familia un amenísimo paseo por la parte superior de la ciudad hasta el Albergue de los pobres:—Después de gozar allí las admirables vistas (esto decíalo al señor Bacciccia) iremos hasta la plataforma del ya temido castillito, y por último, á las calles de árboles del Acquasola.—Después pensaba con disimulo hacerse conducir á la calle Assaroti, para conocer el lugar á que había de acudir el próximo domingo á la hora del servicio divino. Tomaría entre tanto, lengua del ministro residente, del número de los fieles, de las escuelas frecuentadas, de la multitud de las conversiones, quedando sus hijos edificados, maravillada Julia y su iglesia con su verdadero renombre.

Sobre todo encarecimiento resplandecía

la mañana por su hemosura, marchándose alegremente con extraordinario regociio de las niñas y de Julia, como también con alguna rara muestra de admiración del joven. Este, que veía por la vez primera los países meridionales, llenábase de pasmo, sobre todo, por la suave atmósfera y por el cielo benigno de aquel otoño tardo. El oxígeno vivo y agudo de las alturas le recordó, antes de la hora de la comida, los derechos de su estómago inglés, y llegado al café del Acquasola, dijo á su madre:—Entre tanto mudar de escena, ¿no podríamos poner como intermedio, v. gr., una chuleta en el plato? ¿Qué os parece?

—Dices bien, respondió prontamente la buena madre: un puntal para sostenernos hasta que comamos, es preciso.—

Hízose, pues, una parada en el café, con toda comodidad. El acto prudente, si no desplació á nadie, parecióle providencial á Bautista Quattrobrassa. Así descendióse bajo el puente del Acquasola con el estómago refocilado, con el corazón tranquilo, y con el paso más ligero. Allí trataba mistres Needle de reconocerla iglesia, no pensando los otros sino en gozar la incomparable vista de la calle Assarotti, que sube ancha y derecha en dirección al monte.



—¡Qué espectáculo! exclamó la joven al primer golpe de vista.

También la señora estaba suspensa por el asombro.—¡Es preciso subir hasta la cumbre! dijo de propósito, sabiendo que hallaría la iglesia en la mitad de la calle. Se formó la escuadrilla de viaje: Clara y Clemencia formaron la vanguardia; la señora el cuerpo de batalla, con Julia y John armados de guías de piel roja; Baciccia constituyó la retaguardia, aunque frecuentemente iba como un tirador arriba y abajo, dirigiendo á todos, y contestando á las preguntas. Subían muy despacio, sin precipitación, gozando aquellas dos inacabables hileras de palacios nuevos que flanquean la calle hasta la plaza Manin; confesaba mistress Needle que pocas veces había encontrado una de más apariencias.

Añadía Julia:—¡Qué bien terminada! ¡Qué bien hecha! Observad el efecto mágico del abanico de la fortaleza en la punta más distante del monte: ¡cuán bellamente completa el panorama de la calle Assarott! Mas bien parece bosquejado por el feliz ingenio de un pintor de paisajes, que construido para las rudas necesidades de la guerra.

A John le abrían, por decirlo así, los

ojos las observaciones de Julia: Hasta entonces no había deseado tener fama de artista, admirando más bien cualquier objeto que se ofreciese á su mirada, si era de gran mole: con el propio sentimiento de aprobación hubiese mirado un *dock* de Liverpool que el palacio Strozzi de Florencia: no tenía el gusto de las artes, fuera de alguna luz que le proporcionaban en teoría sus conocimientos literarios. Pendía de los labios de Julia como un niño. Para él aquellas fábricas ingentes, revestidas algunas con puro mármol, todas grandiosas, simétricas y adornadas, eran el *non plus ultra* de la noble arquitectura. Mas la ilustrada doncella, que tenía en los ojos los compases, así como en la mente las obras maestras de Grecia y de Roma antigua, sin contar los monumentos arquitectónicos de la Italia de los siglos pasados, no sabía de ningún modo abstenerse de señalar algunos defectos.

—Es verdad, decía; hay cosas grandes y ricas; ningún municipio italiano, fuera del genovés, hubiera podido construir, como á toque de tambor, una carrera semejante de palacios, mas yo no hallo todo lo genovés viejo.

—¿Cuál? preguntó John.



Julia:—¿Os acordais del palacio Duca que vimos ayer, con su átrio sostenido por ochenta columnas de marmol blanquísimo, que podría envidiar una mansión para emperadores?—He aquí lo genovés viejo. ¿Recordais el palacio de la Universidad, el Doria Tursi, el Serra, los dos ó tres Durazzo, el Brignole y el Balbi? He aquí lo genovés viejo. Aquellos príncipes mercaderes gustaban de tener mansiones régias. Recordad el Albergue de los pobres que vimos poco antes, y el hospital de Pammatone; y Santa María de Carignan, y San Siro, y la Virgen de las Viñas, y San Lorenzo: por su simple vista se siente pequeño el que los contempla.

—Y sin embargo; esta calle, replicaba John, me parece magnífica; la ciudad moderna me causa estupor.

—Y con motivo. Génova, en la edad presente, es la que menos se aparta de las tradiciones antiguas italianas, y bien puede vanagloriarse de haber erigido las más espléndidas moles de toda la Italia: ¿Teneis presente su camposanto?

—¿Cómo no?

—Los hallareis, dijo Julia, con mejores jardines, como en Nápoles; más memorables por su antigüedad, como en Pisa, más

grandemente majestuosos, como en Turín, y más venerandos por el sitio y las circunstancias, como en Roma; pero un camposanto de tan severa y solemne arquitectura como el de Génova, que brilla por su hermosa unidad, no lo encontrareis. ¿Qué otro ayuntamiento hubiera nunca soñado un pórtico como el que ciñe el puerto franco, hecho en toda su extensión con vivas rocas de mármol de Carrara? Para esto se necesita el genio y la bolsa genovesa; se necesita este pueblo, el más árdido y comerciante de los de Italia.

John, á pesar de los reparos y explicaciones de Julia, continuaba siempre absorto en las maravillas, no concluyendo de mirar con el lente las fábricas de la derecha y de la izquierda.—Pero ¿que hallais vos, preguntó, que á la población antigua no corresponda? Es un sistema diferente, pero hermoso también, y magnífico.

—¿Lo quereis ver palmo á palmo? respondió Julia. Considerad una cosa vulgarísima en el arte. Las habitaciones de los viejos patricios, aquí, como en las demás partes, sólo se destinaban á proporcionar cómoda estancia á una familia de costumbres señoriles, acostumbrada, por lo tanto, á enaltecer y albergar espléndidamente á



sus huéspedes y amigos. Una sólo, pues, era la mansión de respeto, con algunas secundarias habitaciones en servicio del que hacía la casa para sí ó para comodidad de los suyos: lo demás destinábase á morada de los familiares y de la servidumbre numerosa, como también á cuadras, cocheras y almacenes. Con tal propósito diseñaban los arquitectos. Mirad ahora los palacios modernos, y miradlos desde la cabeza hasta los pies: ¿qué me decís de las tiendas que hay en su parte inferior? ¿No huele incontinenti á espíritu de granjería? Por fortuna, no todos las tienen. Mas contad los pisos . . . tres, cuatro cinco, seis y más: serán, si quereis, grandes casas de ricos banqueros y de poderosos empresarios; más nunca palacios de grandes señores. Halladme aquí un gran portal, una escalera suntuosa, un vestíbulo, un patio con columnas... ¡Quita allá! El dueño no quiere perder área sino conseguir estancias que alquilar: he aquí todo el pensamiento del que construye y edifica. Aun en aquel escaso trozo que sale de un lado de la fachada, por la subida del terreno, hay una ruin tienda, para que produzca: un genovés de pura raza hubiese allí hecho un gran vaso de plata de tres picos para sus *florentinas*.

Al oír John estas reflexiones sencillísimas, casi elementales, se maravillaba de que no le hubieran ocurrido antes de oírlas á otros.

La Needle se complacía, pero no tanto que olvidára la capilla protestante. Volviéndose á la izquierda, descubrió un edificio en construcción muy adelantado, que prometía ser un insigne monumento de buen gusto.

—¿Qué es aquello? preguntó al señor Baciccia.

—Es la iglesia de la Inmaculada Concepción: se construye á expensas de los devotos.—Esto respondió Baciccia, con poco placer de la señora, que se figuraba que era el templo ansiado. Lo peor fué que á poco paróse Julia, y viendo á la derecha un edificio enorme, juntó sus manos, exclamando:—¡Es posible! ¡Qué desentono! ¡No hay juicio!—La joven se puso en un ángulo, mirando al mismo tiempo la fachada sobre la vía Assarotti, y el lado sobre la calle Curtatone, midiendo con el sentido de una vivaz artista napolitana la multitud aquella de construcciones informes.—Venid aquí, señora, y ved si se puede acumu-



lar más desdén del arte en un solo diseño. ¡En la más adornada y linda de las calles de Génova poner un paredón de tal naturaleza, y tizarlo después con tintas sucias antipáticas! Esto es desafiar al buen sentido.

— Quiere representar, observó John, un muro de piedras cuadradas, negras y amarillas.

— Representa, respondió Julia, un montón de quesos de Parma, alternados con otros *gruyer* de los Alpes. ¿A quién se le podía ocurrir poner en la calle Assarotti una fachada tan lisa, sin una faja siquiera?

— Suplen las columnas.

— ¡Qué columnas de Egipto! Estos cordones que descienden de alto á bajo, si quieren figurar pilastras metidas para refuerzo, no tienen flancos, siendo pobres y débiles: si pretenden ser columnas, pregunto yo, ¿qué sostienen? Nada: están ahí de prestado. A mis ojos tienen apariencias de seis gárgolas para letrinas: ni más, ni menos. Para decorar un frontispicio es propiamente lo que se necesita . . . sobre todo con aquella mampara de arriba . . .

— ¿Dónde? preguntó John.

— Allí, sobre la cornisa. Me parece que

han tratado de representar un sobrepuesto antiguo; mas estudiándolo bien, pintado como está, parece, lo repito, una mampara.

John convino. Realmente Julia expresaba el pensamiento que ocurre á cualquier observador, teniendo un par de ojos para ver. No era muy difícil de contentar, ni tenía la mala costumbre de combatir toda especie de arquitectura que no fuese griega ó romana. Habíase detenido con placer para contemplar el oratorio *ojival*, erigido en el camposanto para la familia Rubaltino; había ensalzado de todo corazón la casita gótica, verdadera joya resplandeciente que surge al lado de la Inmaculada, aplaudiendo la discreción del propietario, que había la edificado más allá del jardín, y no al nivel de la calle. Si bien le delectaban poco los órdenes agudos, no desconocía el valor del arte, cuando valor tenía. No sabía, entre tanto, que sus reflexiones cruelmente lastimaban el corazón de mistress Needle. La buena pietista, que secretamente andaba en busca de un templo anglicano, había leído esta inscripción en la sobrepuerta de la casa: "Jesús le dijo: Yo soy la verdad y la vida. Ninguno viene al Padre sino por mí. Dios es espíritu, por lo que conviene que



los que le adoran le adoren en espíritu y en verdad." De lo cual había inferido que aquel era precisamente el oratorio de su comunión. El señor Baciccia, que ni por sueño pensaba en las infinitas variaciones protestantes, la confirmó en su conjetura.

Mas no tardó mucho en desengañarse. Habiéndose acercado en busca del conserje, vió una buena mujer junto á la puerta, que había ido á llevar verduras, y la preguntó:—¡Oh, amiga! ¿qué templo es este?

—No es un templo, respondió la intrépida mujer del pueblo; el templo está más arriba, á la izquierda: pregunte por San Bartolomé.

Baciccia se incorporó con la señora, confirmando nuevamente que sin duda era el templo protestante.

—¿Está el señor ministro? preguntó la Needle, cuando le abrieron la puerta.

—Está fuera, respondieron.

—¿Pero está en la población?

—No, señora; está de vacaciones en Pinerolo.

—¿No es un señor inglés? replicó la pietista, concibiendo sospechas al oír el nombre de Pinerolo.

—Señora, no.

—¿De qué protestantes es la iglesia? ¿De los ingleses?

—No, señora; de los protestantes venidos de Pinerolo.

—¿Quereis decir de los valdenses?

—Precisamente.

Se dirigió con algún despecho mistress Needle á Baciccia:—¿No os había dicho que buscaba el templo anglicano, el templo de los ingleses?

Perdonadme, señora; creí que buscábais el de los protestantes. Si hubiéseis mencionado la iglesia de los ingleses, os hubiera conducido en derechura: ¡considerad que conozco á Génova como á mi bolsillo! Pero es mal de nada: á pocos pasos de aquí está; dejaos guiar por mí.

—Vamos súbito, dijo la señora.—

El grupo, pues, comenzó á bajar por la calle Assarotti. Ya sabía Julia que mistress Ana iba de peregrinación devota, buscando su templo, y se propuso en su interior no decir nada contra su arquitectura, de cualquier modo que la encontrase. Se descendió casi hasta la plaza Corvetto, y por una breve travesía fueron á la de Marsala.

—¡He aquí otra vía Assarotti! exclamó Julia, viendo comparecer á su vista la calle Palestro.



Todos le dieron la razón por completo. El señor Baciccia hacía doctamente observar que en los paseos del Acquasola existe un punto desde el cual, con una sólo mirada, gózanse juntas aquellas dos admirandas calles. Realmente nacen ambas, como dos rayos, en la plaza Corvetto, y ascienden, con escasa divergencia, por dos vallecitos que forman las espigas de los collados sobre cuya pendiente se sienta la ciudad. Si la Assarotti corre más larga y suntuosa, la Palestro resulta quizás más poética en su conjunto: aquella principia en la fortaleza de San Martín, cuyo extremo horizonte admirablemente corta; ésta concluye sobre una costa elevada, que da idea de un escenario en el fondo de las quintas. ¡Qué escenario! Por el pie un cimiento gigantesco, cuyo dibujo corresponde á las bases de las grandes casas de la calle, que casi todas constan de un primer piso corcobado; encima se abre un vasto paisaje campestre y bien formado, en medio del cual sobresale noble y majestuosa una quinta de brillantes colores, salida por encanto sobre la popa de la montaña.

Sólo que toda medalla tiene su reverso. No habían andado aun cien pasos por la vía Palestro, cuando en un hondo á la iz-

quierda distinguieron una gran fábrica que atrae las miradas, como produce impresión en los oídos la voz falsa de un concierto. Baciccia la señaló con el dedo:—“He aquí la iglesia de los ingleses.” El oratorio, con respecto al arte, es criticado por los inteligentes, ora miren su dibujo, ora su no correspondencia al sitio donde figura. Mírese cuan largo y ancho es; estúdiense su fachada, sus flancos y su espalda: es una tumba de piedra. Imaginad cuatro paredes de roca férrea con un techo de cabaña encima, y tendreis lo exterior del templo, ó sea lo más tosco que pueden producir los órdenes septentrionales. Sus lados, á pesar de sus ventanas de mármol, muestran el donaire de un almacén de sal, porque nada ofrecen á la vista, fuera de algunas barbacanas más bien que contrafuertes de piedra tosca, que salen un palmo, y concluyen á la mitad de la altura del muro. El mismo frontis, que quisiera parecer galante, es liso como lo demás, terminando en un tímpano (naturalmente sin arquivado gótico) que por toda cornisa tiene en los lados superiores un resalto de pequeños festones, y está en medio agujereado por una gran rosa, tan groseramente tallada, que llora el mármol blanco de que se ha saca-



do. ¡Pobres vísceras de los montes de Carrara! debieron dar igualmente las fajas de las columnas de la puerta, que, completamente rasa y metida en el grosor del muro de piedra, encuéntrase como una gentil señora entre dos mozos de cordel del puerto. A tal iglesia corresponde el campanario: un cuerpo que surge cuadrado, bajito, abierto por troneras oblongas y arcadas de tres divisiones, y dentro un arco *ojivo*, todo cubierto por una especie de obelisco, en los ángulos de cuya base se ven cuatro montocitos agudos: agudos verdaderamente no, porque la punta cuelga por un lado con la gracia de aquel condenado del Dante:

Quindi storse la bocca; e di fuor trasse  
La lingua come bue che'l naso lecchi (1).

(1) Dobló la boca y lengua sacó fuera  
como buey que se lame sus hocicos.

Julia comprendió desde luego la disonancia de semejante construcción en semejante sitio. Tenía los ojos aun llenos de los amenísimos paseos de Acquasola y de la colina llamada la Villetta, que es su com-

plemento. Se exaltaba su imaginación por aquel poyo risueño, nacido casi en el centro de la ciudad, con sus matorrales siempre verdes, con sus espaldares de arbustos, con sus pradillos peinados, con sus riberas floridas, con sus eras lujosas de cien colores, con sus pequeños estanques, con sus estatuas, con sus pajarillos, con sus pequeñas grutas y con sus jaulas de fieras feroces, á todo lo cual acompañan las sinuosidades de la calle hasta el colmo, coronado por el palacio Di Negro, que es la piedra preciosa de la Villetta. Tanta elegancia respira este edificio, y tanta hermosura en su todo, por más que cada una de sus líneas es sencilla y severa, que todos lo creen albergue de un genio griego de los tiempos de Pericles, así como el jardín próximo parece acariciado por las manitas de las Gracias.

Si desde tales aéreas alturas miras á tu alrededor, cerca ó lejos, vas de maravilla en maravilla. A tus pies yace toda Génova, con sus tajados lucientes, con sus azoteas al viento, con sus miradores al aire, y con sus terrados llenos de flores, semejantes á los huertos pensiles del Oriente. Debajo de la población, el mar, y aun dos mares: después se extiende el piélago ámplio del gol-



fo, ora plácido, ora enfurecido, vário eternamente y deleitable; luego se contempla el seno aprisionado por los muelles, y no muerto, pues llegan á él mil naves de tráfico é infinitas barcas en construcción, y todo un pueblo trabajador sobre los puentes y las calas. Vuelve atrás, y te rodea un anfiteatro admirable, único en la tierra, especie de abanico de colinas que se difunden desde las cumbres más excelsas, sembrado de casitas, de castillitos, de palacios, de villas grandes y pequeñas, en medio de las que verdean alegremente los prados, se distinguen las selvas oscuras y los bosquecillos, se alegran las más feraces cultivaciones, alternan, en fin, campos y grupos de casas, y campanarios medio escondidos entre los árboles más frondosos: en una palabra, cuanto abarca la vista desde la punta de la Linterna, girando por las extremas cúspides apenas hasta las riberas encantadas de Albaro, encuentra sólo una corona de vistas deliciosas, que se gozan con una mirada en la Villetta de Negri.

Embriagada la fantasía de Julia con tantos lindos panoramas, con tantas cosas agradables de mar y tierra, con tantas hermosuras del arte y de la naturaleza, cuando topó con el infeliz edificio, extraño al lugar,

á la fe, al cielo y al arte de Italia, parecióle que caía sobre su estómago una roca de Northumberland. Se contuvo, empero, y si bien la señora, mirando alrededor del monumento, volvióse á ella con cierta mirada interrogante, se obstinaba en su silencio, temerosa de amargar á su amiga, criticando una cosa por ella tan fervorosamente buscada. Mas Julia engañábase grandemente. La Needle habíase ya no poco declarado contra el templo: había descubierto ciertas cruces griegas aquí y allá, no de su gusto, sin duda. Al fin preguntó terminantemente:—¿Qué tal, Julia? me dice mi corazón que este género no te place. Vamos; encuétranos el pelo en el huevo.

—¿Cómo? respondió Julia. Nada tengo que decir contra este pobre edificio; sólo me parece fuera de lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que estaría mejor en otras partes que aquí.

—¿Dónde? Oigamos.

—Por ejemplo, en cualquiera casa grande de la extrema Escocia, ó en las islas Orcadas. Aquellos pobres pescadores creerían tener una basílica.—

Sonrió mistres Needle al oír este nuevo



elogio. Viendo la joven á la señora poco enamorada de su templo, continuó:—Aquí en Génova, entre dos carreras de calles resplandecientes por sus mármoles, á la vista de Acquasola, bajo este cielo de zafir, un caserón obscuro de esta guisa me sofoca sólo mirándolo. ¿Qué quereis? Tengo gustos italianos. A mí aquel muro de piedra mohosa me da melancolía; aquel techo acaballado, sin arte, me horripila; aquella torre gruesa y enana me hace decir: ¿Estamos quizá en una casucha de gitanos?

—¿Querías tú, pues, dijo la Needle, un San Pablo de Londres?

—A decir verdad, me contentaría con menos, y aun con nada. Mas discurrendo como artistas, pregunto: ¿se han de armonizar la construcción y el sitio, ó basta que se trasplante donde se quiera un plano y ejecutarse? Es evidente que aquí requerían el cielo y la tierra una construcción dórica ó jónica, ó bien una joya trabajada según el arte bizantino, ya que no la ligereza de una rotunda corintia; algo, en suma, que correspondiese á lo circunstante.

—Pues yo, dijo entonces entrometiéndose John, que gustaba de parecer ar-

tista, creo que el estilo cristiano, por ser más austero, invita mejor á la oración que el gentil.

—¿Estilo cristiano, y estilo gentil! replicó Julia ¿Quién os ha dicho que el estilo dórico es genti? ¿No fué bautizado en las primeras iglesias cristianas, copiadas casi todas de basílicas griegas y romanas? ¿No floreció hasta en las catacumbas? El llamado gótico, sarraceno de origen, septentrional, ó lo que fuere, es á lo menos ocho siglos posterior al bautismo del gusto clásico: pareceme una exageración lleuísima de... á decir iba de ignorancia, regalarle por antonomasia el título de cristiano. Mas dejémoslo: si de todas maneras se prefiriesen los órdenes agudos, ¿por qué no construir alguna cosa elegante y adornada, propia de su situación?

—¿Por ejemplo? preguntó John, que no entendía los perfiles de los sistemas *ojivales*.

Julia:—Por ejemplo, quiero decir, que aun el arte acutángulo tiene, para quien lo sabe tratar, su nobleza y sus galanterías; éste, sin ir más lejos, era un sitio á propósito para probarlo, si hacer no se quería cosa diferente. ¿Se necesita escoger lo que hay en el gótico de más ostrogodo? ¿No se



podía sacar alguna gracia del verdadero *ojivo*, ó las riquezas del *ojivo* florido, del arco Tudor, ó de alguno de los demás que tienen festones? Y si no placían los adornos de encajes, de florones, de follajes, y de aquellas cien cosas más que los amadores del *sexto agudo* saben poner profusamente, si es necesario, ¿por qué á lo menos no restaurar lo profundo del género con los agilísimos ardimentos de las formas normandas? ¿Quién lo duda? Hay templos góticos, de aspecto digno y severo á un tiempo, que satisfacen la vista y levantan el espíritu á Dios, de tal suerte, que es una devoción entrar en ellos....

John escuchaba con fijeza. Su madre interrumpió á Julia:—Tú nos haces una disertación.

—Muy elemental.

Basta, repuso la Needle: no ahondo tanto como tú: lo que me dice á mí la vista es que todo junto el monumento en este sitio tiene no poco de extravagante. Miremos ahora su interior.—

Abierta estaba la puerta, y los albañiles con otros obreros trabajaban allí todavía. Al asomarse Julia por la primera vez, ofendióle lo sencillo de la tribuna. no fun-

dada sobre la sección de un polígono, sino reducida á un paralelogramo, algo más estrecho que la nave: un cajoncito incrustado es un cajón. En vez de ajustarse á la costumbre católica, tenía enfrente tres aberturas parrlelas, que dejaban ver dentro arcos de varia elevación, repartidos en cuatro columnas lisas con zócalos y plintos: cosa muda para la mente de los fieles.—Se abstuvo, con todo, de comunicar su propia impresión. Mirando arriba, vió que por tejado había sólo la trabazón de las vigas, formando laguna de tal desnudez, que mejor no se podría desear en una cuadra.—Es propio del estilo, decía para sus adentros la joven, mas ¿por qué recurrir á tal estilo?—Se puso á ver el altar: también lo había, y añadió:—Parece sacado de los *arcosolios* de las catacumbas romanas; sólo que aquel bendito arco que forma un angulo, y que domina el único cuerpo, le da propiamente aires de puerta de un subterráneo, atravesado por el escalón de una cárcel.

Esta parte arquitectónica, que Julia miraba indiferentemente, era el espantajo, el espectro, la pesadilla de la pobre mistress Needle. Ella no consideraba poco ni mucho las razones *estéticas* de la construcción; mas había descubierto con horror la



mesa con mucho paramento, como un frontal romano, y encima una grada saliente; además, dentro de la pared lateral se escondía un dicho, y en él una media columna, sosteniendo una especie de plato, evidentemente para poner allí las botellas, como en las capillas católicas. Una cruel sospecha asaltó á la celosa puritana: la de haber entrado en una cueva de puseistas. Quiso saber toda la verdad. Subió la grada, y acercóse á uno que, por llevar traje decente, parecía el sobrestante de la obra: le preguntó en inglés:

—¿Para qué sirve esto?

—Para poner la cruz y los candeleros, respondió el interrogado. ¿No lo veis? Este es un altar, y aquel su grada.

Añadió la Needle, más turbada que nunca:—¿A qué confesión pertenece el oratorio?

—A la alta iglesia anglicana.

—¿Y se ponen cruces y candeleros?

—Sepa, señora, que se fabrica para los reformados de la nueva escuela.--

La duda de mistres Needle se cambió en terrible certidumbre: había caído verdaderamente en la sinagoga de los puseistas como las llamaba, y sus horrendas cere-

monias en representación de aquella Misa romana que el artículo treinta y uno del alta iglesia coloca entre las *blasphemous fables*; acumuló en su fantasía todas las abominaciones que dentro de poco se realizarían en aquel recinto; como una leona que quita sus hijos al cazador, tomó á sus niñas de la mano y se fué precipitadamente. Los demás la siguieron cabizbajos.

Por el camino, la desengañada señora no despegó los labios. En la fonda llamó á su dependiente, y le dijo:—Procurad partir esta noche á Florencia con los equipajes, marchando por tierra, porque mañana tomaremos nosotros el camino de hierro, sin pararnos en lugar alguno. Nos hallareis en la estación de Florencia en el *tren* de la noche, guiándonos luego á la fonda que hayais escogido. Ya conocéis mis gustos: habitación cómoda, bella vista, y muebles elegantes. No nos detendremos en la ciudad, y podeis desde vuestra llegada fijaros en cualquiera casa de campo de los alrededores.—El agente respondió únicamente inclinando la cabeza, y diciendo:—La señora será servida.

Mistress Needle salió sola. Nadie supo á dónde fué. Imaginó Julia que había ido



á visitar al cónsul inglés, ó alguno de sus corresponsales, no queriendo que fuese conocido. El hecho fué que no volvió hasta poco antes de la hora de comer. Estaba verde de cólera, que confundía con el celo de la casa de Dios. Comió de mala gana. Escogió el momento elegido por Julia para limpiar ó recoger sus vestidos, y á solas con sus hijos se desahogó grandemente:— Nos hacen traición en todas partes. Se da y se vuelve á dar, no concluyéndose nunca de dar para las sociedades bíblicas y para las sociedades de las misiones; pero no se funda nada sólido ni duradero. Estoy informada de todo, y todo vacila. El templo *valdense* sólo sirve para que tenga sombra la calle; no es la fe ni la conciencia lo que conduce á los genoveses á la conversión: es el dinero. Los convertidos son pocos y de mala reputación; el desecho de la sociedad: no hay un hombre ni una mujer de buen porte que haya entrado en la comunión. Las mismas escuelas no dan fruto: acude á ellas en el invierno alguna canalla muy hambrienta, y nada más. Aun los institutos de la iglesia anglicana (hablo de la verdadera y alta iglesia) prueban mal: el pueblo no sabe siquiera donde están, y nosotros hemos pasado cerca, sin que el

*cicerone* haya sabido indicarlos. Los frecuentan sólo algunos de nuestros paisanos, sin los cuales quedarían desiertos, y más desiertos aún si el interés no atrajese algunos campesinos del contorno. No vive sino aquella miserable cueva de ladrones.... esperan abrirse paso con los viajeros que..

John, que veía en su interior con buenos ojos la prosperidad de los puseistas, preguntó con estudiada indiferencia:—¿De quiénes quereis hablar, mamá?

—Quiero hablar, respondió, de los desventurados de la escuela de Oxford, que han venido aquí á plantar tienda *de papismo*, como si no la hubiese de antemano en Italia. ¿Has visto esta mañana la iglesia que están construyendo?

—La he visto, pero no me importa. Conocí en Cambridge á muchos de la escuela; no me pareció gente mala, sino buena, honorable....

—Honorables apóstatas, que no tienen siquiera valor para declarar que lo son, dijo con fuerza mistress Needle.—Tú no sabes á qué tiende su secta. Son cien veces más despreciables que los papistas, que á lo menos profesan su religión públicamente, persuadidos y de buena fe: con ellos se puede tratar. Vé á miss Julia, papis-



ta indudablemente hasta la médula de los huesos: es leal, y me avengo con ella como si fuese una hermana: con aquellos no; no me puedo acomodar; no los sufriría en persona, ni en pintura. Son desleales; protestan contra la Iglesia papal, y entre tanto renuevan sus supersticiones; celebran la misa, arrodillanse delante del Pan de la Cena, introducen santos y vírgenes en sus templos, ruegan por los difuntos, vuelven á la confesión: ¿qué les falta para ser papistas, corrompidos papistas? Y con estas abominaciones pretenden seguir siendo anglicanos, los más dignos anglicanos, los reformadores, los justos, los santos de nuestra iglesia; mientras de un modo tan vituperable hacen traición á su fe, disfrutan los beneficios y se comen las entradas... Estimo cien mil veces más un protestante que se pasa á la Iglesia papista, claramente, si su conciencia le impulsa á ello, que un protestante que procura introducir en su Iglesia el papismo á fuerza de hipocresías.—

John dejó caer toda esta granizada de ira religiosa de su buena madre, respondiendo tranquilamente:—No os inquietéis, mamá; nunca he dicho nada en favor de la nueva reforma; mas puedo sostener que conocí en Cambridge profesores adictos á esas nove-

dades, que me parecieron doctos y honrados.

—Haz, dijo la Needle, que no te oiga decir eso, si no quieres envenenar mi espíritu con crueles sospechas.

—No dudeis de mí, respondió John: nada yo haré nunca contra mi conciencia. Nada más dijo mistres Needle. El fin de aquel día y la noche le parecieron eternos: tardábale salir de Génova. No concluía de disponer á sus hijos contra los escándalos de la capilla, execrando la mala fe y la guerra parricida de los puseistas contra la iglesia anglicana. Pasaba en revista todos los nuevos dogmas, y las sacrílegas ceremonias, escarneciendo con ferviente celo sus sagradas vestiduras, sus predicaciones, tendiendo siempre á disfrazar los treinta y nueve artículos, sus esfuerzos para establecer conventos de religiosas protestantes, y sobre todo, su pretensión de oír las confesiones y celebrar la santa Cena con el misal, el *Kiries*, el *Gloria*, la Elevación y las demás prácticas, que reputaba más aborrecibles y mucho más perniciosas que el *papismo* declarado. Entre tales imprecações subió al coche.

Julia no la contradijo. El catolicismo



aparente de los puseistas, si bien útil á muchas almas rectas, que lo trasformaron en escala para subir al verdadero catolicismo del Hombre-Dios, no merecía en su sentir frases de defensa.—En él falta lo mejor, pensaba; no hay sacerdocio, y por consiguiente no hay Eucaristía, y hay por lo tanto idolatría material en la adoración de la Hostia por ellos consagrada. No existe comunión de obediencia con el Jefe de la Iglesia: luego no hay caridad ni espíritu de Jesucristo.... Cisma, pues, unido á las herejías que subsisten: ¡pobres puseistas!

## XXIV.

## PRIMERAS AURAS DE FLORENCIA.

Todo se hizo según lo había resuelto mistress Needle; sólo que al llegar á Bolonia, no tuvo ánimo para meterse en el corazón de los Apeninos, sin hacer una parada. Puso, pues, un parte telegráfico á su dependiente, ya llegado á Florencia. Al otro día fué á esperarla en la estación de Santa María Nueva.—Señora, le dijo él por saludo primero; estais alojada en la fonda de Nueva York: he tomado quince cuartos provistos de lo indispensable para el invierno.

—¿Buena vista? preguntó la señora.

—Una de las más agradables; pero si



aparente de los puseistas, si bien útil á muchas almas rectas, que lo trasformaron en escala para subir al verdadero catolicismo del Hombre-Dios, no merecía en su sentir frases de defensa.—En él falta lo mejor, pensaba; no hay sacerdocio, y por consiguiente no hay Eucaristía, y hay por lo tanto idolatría material en la adoración de la Hostia por ellos consagrada. No existe comunión de obediencia con el Jefe de la Iglesia: luego no hay caridad ni espíritu de Jesucristo.... Cisma, pues, unido á las herejías que subsisten: ¡pobres puseistas!

## XXIV.

## PRIMERAS AURAS DE FLORENCIA.

Todo se hizo según lo había resuelto mistress Needle; sólo que al llegar á Bolonia, no tuvo ánimo para meterse en el corazón de los Apeninos, sin hacer una parada. Puso, pues, un parte telegráfico á su dependiente, ya llegado á Florencia. Al otro día fué á esperarla en la estación de Santa María Nueva.—Señora, le dijo él por saludo primero; estais alojada en la fonda de Nueva York: he tomado quince cuartos provistos de lo indispensable para el invierno.

—¿Buena vista? preguntó la señora.

—Una de las más agradables; pero si



quisiérais otra mejor, hay una multitud de casas y de villas hermosas. He tomado informes en las agencias de los alquileres, y me dicen que siempre las hay desocupadas en los alrededores de la ciudad, casi á tiro de fusil; á dos ó tres millas de distancia, poco más ó menos: las hay en la llanura, en medio de la costa y sobre las colinas.

—Veremos, dijo la señora: y dirigiéndose á Julia:—¿Tú qué piensas?

—Estará muy bien hecho lo que más os guste, respondió la joven. ¿No habeis venido por causas de salud y por placer? Digo sólo que me parece oportuno descansar algunos días, aconsejándonos después con el tiempo y la estación.—

Entróse así en Florencia. Mistress Needle iba recobrando su ordinaria quietud, al alejarse de Génova. Esperaba que así como había en Génova borrado los recuerdos *papistas* de Turín, repararía en Florencia los desengaños de Génova. Tenía formada la resolución de invernar alegremente, sin cuidarse más de devociones extraordinarias: su iglesia doméstica, como llamaba en lenguaje bíblico á su familia, sería bastante para ocuparla, coronando, por decirlo así, sus deberes religiosos el servicio divino en

cualquier templo protestante. El mejor bien espiritual (colocaba éste de continuo sobre todos sus pensamientos) se lograría en su sentir por medio de parangones, mezclándose algo con los católicos y con sus prácticas rituales, inspirando luego á sus hijos el mayor odio que pudiese hacia ellas. Obteníanse con esto (ella lo creía) dos importantísimas ventajas: afirmarlos en el puro *anglicanismo*, confrontándolo con las supersticiones *papistas*, é infundir en ellos un odio racional y grande contra el puseismo, que serpenteaba demasiado en Inglaterra; porque al fin, ¿qué cosa era el puseismo sino un guisado de productos de Roma, calentado y rehecho al estilo protestante? Julia, no sospechando su fin oculto, se prestaría voluntariamente á introducirla en los lugares *papistas*, correspondiendo así á los propósitos maternales. Era justo, razonaba la fervida pietista, que su amiga se enmendase, á lo menos sin saberlo, del escándalo que diera en Turín con aquel prodigio de importuna memoria.

Naturalmente mistress Needle no la dijo una palabra de sus tortuosos intentos, que juzgaba santos y benditos. Por el contrario, durante la travesía de Génova á Florencia, le fué manifestando su ardiente



deseo de hacer en esta población la vida más agradable del mundo, y de que se reanudasen los estudios de las muchachas, que se habían interrumpido necesariamente por las distracciones del viaje y sus frecuentes paradas.—Nos fijaremos, decía, en la fonda, si á ella vamos, ó en una casita fuera de la ciudad; lo importante es que vuelvan á recibir las lecciones seguidamente. ¿Qué dices de la idea?

—Es lo que deseo, respondió Julia: deploro no poner manos á la obra incontinenti.

—Dispondremos un horario, como un edicto, sujetándonos á él todos estrictamente....

—¿Qué horario? El más hermoso es el prescrito por las circunstancias: las horas más dulces se dejan para el paseo, el desayuno después, y toda la mañana dedicarse al estudio.

—Mas, sábelo, ansío el recogimiento: demasiadas horas se han perdido con las diversiones, convirtiéndonos en un grupo de molinos de viento y de vagabundos.

—Está bien: mas alguna hora del día se debe conceder á vuestros hijos para que gocen un poco de sol, cuando el Señor se lo mande; además, no querreis, creo yo, iros

de Florencia sin haber visitado sus monumentos.

—Por de contado; esto se cae de su peso, con tal que las niñas no se acostumbren demasiado á ser andariegas. Por lo demás, pongo la cosa en tu mano: hazlas estudiar, y hazlas divertir; aprobaré cuanto hagás.

—No lo dudeis; procuraré que el reposo aumente los deseos del trabajo, y que obtenga el trabajo el premio del reposo.—

Con tales propósitos, mistress Needle había ido acercando á la ciudad de las flores. Aquel tinte de humor negro que la dominó en las dos paradas precedentes, desvaneciase á simple vista. Quiso la casualidad que al vislumbrarse las cumbres apeninas, Toscana la hiciese un recibimiento alegrísimo, y mostrase una límpida atmósfera llena de luz, bajo un cielo primaveral. John la comparaba con la formidable salida de las cavernas del Fréjus. Allá se salía de las grutas subterráneas, para entrar en montes asperísimos, entre rocas escarpadas, pareciendo que se iba, ora bajo escollos amenazadores, ora sobre abismos y hondonadas peligrosas; aquí se volaba rodeando una hilera de montes, como para gozar de las más variadas vistas de las llanuras de debajo. Allá encontrábanse po-



cos sitios menos salvajes que los demás, y los árboles surgían como cabelleras encanecidas por las nieblas y tapadas por la niebla; aquí una atmósfera dulce daba en el rostro, y prometía el invierno templado del país. Todo estaba verde aún; y Julia mostraba con el dedo alegremente á John los olivos que suben muy altos sobre aquellos lomos felices, hasta donde el castaño y la encina les disputan el sitio.—Mirad, señor John, decía: crece á vuestro alrededor el árbol de Minerva; dirigid el lente, y descubriréis entre hoja y hoja las olivas negras, que dan un aceite muy bueno. Donde quiera encontréis un olivo, decid: aquí el invierno no es cruel. Acaso no será como en Nápoles; pero se vive á gusto.

En toda la travesía de Pistoya á Florencia, mistress Needle no concluyó de apartar los ojos de aquellas casitas de los campesinos, que reanimaban toda la campiña.—Es un género completamente particular, decía; las marinas parecen desiertos, ó más bien, malezas perennes; en Lombardía y en el Piamonte, las grandes casas rústicas dicen que el país es rico y ubérrimo; alrededor de Nápoles las habitaciones de los aldeanos tienen no poco de rústico y de descuidado: aquí todo es jardín; los terre-

nos están repartidos y desmenuzados; las casas rurales parecen casitas de señores.

—Y sin embargo, no son de señores, pero sí de gente que no sufre la miseria.

—¡Si pudiéramos, exclamó bruscamente John, hacer habitaciones como éstas de las cabañas de nuestros arrendadores!

—Entonces, respondió Julia, no tendríais muchos terratenientes millonarios en vuestro Northumberland y en lo demás de la Gran Bretaña.

¿Por qué?

—Porque la riqueza de pocos se forma con la pobreza de muchos. Si se dejase que se arregláran así los cultivadores de la tierra, gozando la mitad de los frutos, al señor sólo le quedarían la otra mitad.

—¿Cómo lo hacen los propietarios de Italia? preguntó John.

—Lo hacen de muchas maneras, pero, por regla general, el campesino tiene con holgura lo necesario.

—¿Y los dueños se contentan con recibir alegremente sus entradas reducidas?

—Lo veis con vuestros ojos: es costumbre nuestra, ó si quereis es la costumbre de la cristiana civilización antigua, que no ha concluído entre nosotros. De aquí nace que



la Italia tiene diez veces ménos ricos que la Inglaterra, y diez veces menos pobres.

—¿Cómo así?

—No es una paradoja, dijo Julia: es una verdad clara como la luz del sol. Aquí la tierra está dividida en porciones innumerables; siendo muchísimas las personas á las que toca lo bastante para vivir cómodamente, sin nadar por ello en la opulencia, contentándose con dejar vivir honradamente á los que cultivan la tierra, como hermanos menores, resulta un pueblo no rico, ni pobre, pero desahogado y dichoso. ¡Ojalá no nos empobreciese ahora el desgobierno del país! De todas maneras, aun después de las innumerables ruinas de las naciones, no hallareis aquí aquellos ricazos y ricachos insaciables, que engullen toda la riqueza de un pueblo, ni tampoco aquellas masas de pobres, andrajosos llenos de miseria, muertos de hambre, que por fuerza caen bajo la vara despótica de los pocos propietarios. ¿Os parece claro?

—Es cierto, dijo mistress Needle, con su lealtad acostumbrada. He visto alguna que otra vez las aldeas italianas en los días festivos; no se puede negar que aquellas gentes, comparadas con las nuestras, son un pueblo de señores.—

La interrumpió un grito de John, que señalaba con el dedo una casita eminente sobre los poyos de la izquierda, rodeada de algunos pajares:— ¡Venid á ver! ¡Con qué gusto viviría yo en aquella casa! ¡Sí así viven los campesinos, los señores deben habitar en palacios de cristal!

Sonrió Julia, y repuso:—¿Os contentaríais luego cada día con un poco de torta ó de palenta, en vez de las chuletas del almuerzo? Estos, señor John, no viven con desahogo; pan escaso; vino poco ó nada; un pedazo de oveja ó de vaca dura, en domingo, y es una cosa muy encarecida. La limpieza que os encanta no cuesta mucho: está en el instinto del país. Los toscanos no se pueden ver sucios; lo emblanquecen, limpian y pulen todo. ¿Han de hacer un pajar? Plantan un palo en tierra, amontonan luego las gavillas de la paja con maestría en todo alrededor, y encima entretejen el techo que guarda la lluvia, del modo que veis, y que conserva la paja enjugadísima. Si esta es mucha por suerte, los pajares son varios, y se colocan en torno de la casa con simetría y arte. Una hacienda en la cual vive un quintero, no solamente ha de estar cultivada, sino también limpia, bien dispuesta y acariciada



como un jardín lleno de flores. Tal es á lo menos la idea que formé de la Toscana cuando por ella dí un paseo hace algunos años.

—¡Oh! ¿Qué es aquella cosa amarilla? añadió John, interrumpiéndola, no sabiendo designar de otro modo lo que veía.

—Son panojas del maíz, que vosotros llamais *Indian Corn*: uno de los alimentos también más comunes del pueblo, y aun en nuestros días de las familias desahogadas.

—¿Por qué se tiene suspendido y de muestra? preguntó una de las niñas.

—¡Oh hermosa! dijo Julia; para enjugarlo y madurarlo mucho mejor á los rayos del sol. Es una costumbre de este país: se forman trenzas, y los campesinos se glorían de revestir con ellas todas las paredes de las casas en que da el sol, de la propia manera con que los de los alrededores de Nápoles gustan de engalanarlas con macarrones.

¿Comeremos, dijeron las niñas á su madre, comeremos también nosotros *Indian Corn*, ¿no es verdad?

—Todo lo que querais, respondió la buena madre amorosa y alegre, con tal que con provecho estudies.—

En la fonda todo gustó extraordinaria-

mente á mistress Needle. Julia, cual si el viaje le hubiera servido de reposo, se apresuró á vaciar los baúles y los sacos, á desenvolver los envoltorios, á distribuir las cosas y á ponerlo todo en orden. Aquí dirigía y allá ordenaba, sin tener inconveniente alguno en ayudar á las dos camareras. No pensaba en sí hasta después de arreglar á los otros. A poco tenía dispuesta la habitación de las muchachas, que se vieron provistas de todas las comodidades, como si hubieran permanecido sin cesar en aquel albergue. No sólo miraba con interés lo referente á sus verdaderas necesidades, como la salud, el estudio, el traje, sino también sus juegos y bagatelas, queriendo contentarlas y satisfacer sus caprichos inocentes. Ciertamente su madre las hubiera proporcionado todo lo preciso, á estar sola para disponer sus cosas; pero notando que Julia espontáneamente adelantábase á ella, previniendo y adivinando, no sólo sus indicaciones, sino sus pensamientos íntimos, y empleando con sus discípulas la mayor solicitud, descansaba en ella completamente. Gozaba viéndola manos á la obra, siempre alegre, como si fuera de diversión en diversión; casi sin advertirlo,



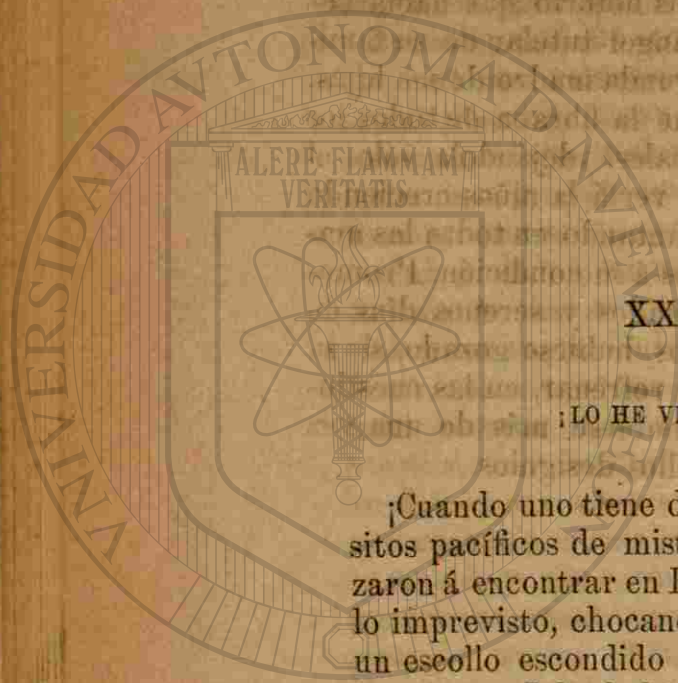
dejábase también ella dirigir por la joven, pareciéndole óptimo cuanto hubiese merecido su aprobación.

Julia, después de arreglar las cosas caseras, halló un hermoso par de horas para tomar posesión, como ella decía, de Florencia. Subieron todos á un coche, y adelante: con grandísimo gusto de mistress Needle, dieron un paseo general por la ciudad, yendo á ver las quintas, las calles de árboles, las carreras arboladas y las vías principales. Volviendo después á la fonda, decía la joven á sus discípulas:—Mañana, escuela; escuela fija y formal. Para entretenernos, bastarán los paseos de todos los días, y las vacaciones extraordinarias que ganareis, si sois buenas. Así lo quiere la mamá, y tiene razón.—John, desde el primer día, entre dos bostezos, formó su plan de buena vida. Había traído las obras más agradables para él, y encontraría fácilmente otras en las librerías públicas ó en las circulantes; alguna cuestión literaria, ó de otro género, con Julia, animaría las noches; alguna escapatoria aquí ó allá por Florencia, según el humor; no deseaba más.

Viendo mistress Needle que todas estas cosas se realizaban pacíficamente, no con-

cluía en sus adentros de bendecir á Dios por la feliz inspiración que había tenido de llamar á su casa á la buena Julia. Parecíale diariamente más notorio que había venido á ser ella el ángel tutelar de su familia, y casi una segunda madre de sus hijas, respecto de las que la libraba de todos los cuidados maternos, dejándola sólo el dulce contento de ver á la niñas creciendo en bondad y adelantando en todas las materias convenientes á su condición. Prometíase los más reposados y serenos días de su vida. Quizás los hubiese gozado, si su celo, que no podía refrenar, en las cuestiones papistas, no hubiese más de una vez perturbado sus bellos designios.





XXV.

¡LO HE VISTO YO!

¡Cuando uno tiene desgracia! Los propósitos pacíficos de mistress Needle comenzaron á encontrar en Florencia un obstáculo imprevisto, chocando y estrellándose en un escollo escondido hasta entonces bajo las aguas. John habíase aficionado á discutir con Julia. De vez en cuando, saltando como un resorte, dirigía ciertas preguntas que disgustaban á su madre: aun cuando ella, con la mayor suavidad y dulzura posible, procurase compelerlo á buscar otra materia para las conversaciones, no podía conseguirlo. La madre amorosa no se atrevía á insistir demasiado, por conocer per-

fectamente que su pobre hijo, si no podía razonar muy á gusto, encerraríase luego en sí mismo, precisamente como en aquellas lúgubres veladas de Parque verde, cuando estar en conversación con él reducíase á tener un sillón más, y otra cosa no. Por el contrario, su nuevo capricho de discutir un poco con Julia hacía que se uniese á los demás de su casa, y que tomase algo de aquel tinte de hombre sociable, que tan ardientemente hubiera querido darle. ¿Era, por otra parte, prudente disgustar á un hijo, casi en vísperas de su mayor edad, é infundirle alguna mala idea de separación de la familia?

Añadíase á estas consideraciones el carácter de mistress Needle, que, sin embargo de asegurar que no quería en su casa cuestiones religiosas, no bien suscitábase alguna, no se sabía contener, entrando en el palenque con velas desplegadas, con el propósito de tutelar la sana fe de sus hijos. De aquí que Julia no tenía precisión de discurrir la forma de promover las conversaciones que deseaba: las coyunturas se presentaban á la mano, cada día mejor. Poniéndose á considerar John aun lo más indiferente, sacaba razones en favor de una reflexión *antipapista*. Parecía que el



aire elástico de ciertos días de tramontana dábale la manía de filosofar. Julia, mirando en su virtud alguna vez el ocaso sereno y lo estrellado de la noche, se bromeaba con la señora, y decía:—Mañana el viento traerá disertaciones; vereis como John me asalta en toda la línea: en literatura, en bellas artes, en biblia, en todo; se me comerá bella y viva.

—¡Oh, *bah, bah!* respondíale mistress Ana sonriendo; tú no temes que te hostigue; eres bastante capaz de rechazarle y hacerle caer de rodillas en tu presencia.

—¿Qué quereis? Cada uno hace fuego con la leña que tiene.

—Dejando aparte las bromas: te doy las gracias con las manos juntas. Me lo has domesticado y pulido más en pocas semanas, que todos los profesores de Cambridge en tantos años de universidad.

—¡Ah, no! Sois vos quien lo humanizais y pulís: si no tomárais en ella parte, la conversación languidecería.

—¡Sí, yo! Sobre ciertas cosas nunca diré palabra; nunca, bien lo sabes. Pero ¿cómo se hace para callar, cuando vosotros me poneis en tortura?—

Comprendía Julia demasiado cuáles eran los argumentos que desagradaban á la se-

ñora; y como excusándose, respondió:—Por merced, ¿podeis acaso decir que prescindo de los consejos que me dísteis? El busca ciertas cosas, las busca con afán: ¿os gustaría que le cambiase las palabras en la boca, y le respondiese haches por erres?

—No digo esto: por el contrario, páreceme todo muy bien cuando le veo defenderse, y soltar la lengua y combatir: me gusta no poco.—

Para no dar motivo de disgusto, la buena muchacha procuró beneficiar otra mina de conversaciones inocentes, acometiendo una empresa común, que debería ocupar á las niñas, y á todos, en las horas de familiares entretenimientos. Fundó con solemne decreto un álbum *de omnibus rebus et de quibusdam aliis*, en el cual debían entrar curiosidades de todo género, á condición sólo de que hubiesen sido vistas de veras y estudiadas de intento.—Es mejor poco y bien, decía la joven á sus alumnas, que mucho, y mal comprendido. Cuando se ha de discurrir con personas de distinción, trae cuenta tener ideas justas y cumplidas, mejor que un baturrillo de mil cosas que se conocen sólo por su nombre.— Con tal propósito llevaba casi diariamente á la familia (mistress Needle no quería na-



da mejor) á gozar una vista deliciosa, una pintura de gran fama, una iglesia, un palacio, un monumento, una cosa de arte, etc. Estudiábase alrededor sin soltar las guías, añadiendo Julia sus comentarios. Tocaba después á las pequeñas describirlo y esto debíase hacer en la lección de italiano. Debían poner el día, el sitio, las circunstancias de la visita hecha, como también la relación de cuanto habían visto, y los juicios que les inspiraba el examen, pero principalmente la maestra. Corregida después la descripción, y copiada en un hermoso cartoncito, formaba, digámoslo así, la historia y el complemento de la fotografía que habíase comprado en el lugar del estudio; en su defecto, suplía Julia con un boceto de pocos razgos, que diseñaba. Así el álbum enriquecíase todas las semanas con cuatro cosas ó cinco.

Con tal industria, la joven aguda mataba dos pájaros de una pedrada. El trabajo del álbum de Florencia ocupaba, no solamente á las niñas en la escuela, sino también á los demás y un poco todo el día, alimentando las conversaciones á gusto de Julia. La señora y su primogénito oían con gran gusto las lucubraciones artísticas, ya de Clara, ya de Clemencia, conociendo por

ellas el buen sentido de la profesora. Las confrontaban con las figuras, y hacían luego sus reflexiones. John proponíase comprender el italiano; como poseía el latín egregiamente, y muy bien el francés, no tardó mucho en conseguir cuando menos entenderlo. Pretendía su madre hablarlo perfectamente, no curándose de hacer masculinos los femeninos y femeninos los masculinos, derecho que los ingleses otorgan sólo en teoría á la omnipotencia del Parlamento: hacía unas veces de maestra, y otras de alumna. La casa se había convertido en academia de idioma italiano; naturalmente, Julia era la presidente y manejaba la campanilla.

Otro fruto importantísimo recogía Julia de su descubrimiento: poder elegir á su gusto las obras de arte, con que se proponía entretener á las muchachas, excluyendo las que creía peligrosas é importunas. Volviendo á encarecer la conveniencia de estudiar las obras de primer orden, hacía que su gente volara de sitio en sitio, encantándola donde nadie pudiese disminuir el candor de aquellas inocentes almas queridas. No tardó mistress Needle en vislumbrar la estratagema: lejos de que la desaprobase, secundó los deseos de Julia. Al-



gunas veces hablaba claro y alto, según lo requería su corazón de madre y la integridad de su conciencia, recomendando sin rodeos la modestia de los ojos.—Cuidado, decía; los museos en Italia han sido formados para la mayoría, y la mayoría no es buena: ahora más que nunca contienen cosas que ninguna niña virtuosa quisiera encontrar. ¿Sabeis lo que hacer os toca si tropezais con cualquiera pintura desvergonzada, y si en los escaparates veis alguna indecencia? Despreciar en vuestro corazón al vil que insulta en público el honor vuestro, y mirar á otro sitio. Así lo manda el Espíritu Santo en las divinas Escrituras.—

Julia, después, con el pretexto de las explicaciones, no desaprovechaba la coyuntura de inspirar cualquier buen pensamiento, realzando la gloria de la Religión católica, que inspiró casi siempre las cien y mil hermosuras de Florencia. No vacilaba un punto en gemir altamente por el despojo violento de las propiedades de la Iglesia, por la soledad de los sagrados conventos, y por la opresión de la más santa de todas las civilizaciones. Vertía llanto al recorrer aquellos antiguos y venerados lugares de la propiedad religiosa, reducidos

á cueva profana y guardados por alguaciles del fisco; así como al ver vendido á la curiosidad de los forasteros (una lira cada persona) el gusto de contemplar la ignominia de su patria, y las sagradas imágenes, pintura de dichosos artistas, y las reliquias de un gran santo, y gran doctor, y gran ciudadano de Florencia, deshonradas y casi hechas un lazo de pasatiempo, como si fuesen rarezas de un saltimbanquis.

—¡Ah, bárbaros! exclamaba: ¡bárbaros florentinos....! Los florentinos, no; quien con ellos se cubre, como tambien con los demás de Italia. A vuestros ojos fueron arrojados á la calle los siervos de Dios, y las palomas del Señor arrancadas de sus santos nidos, ó reducidas y sitiadas por hambre como enemigas; ¡y son vuestras hijas ó vuestras hermanas....! ¡Oh! ¿Qué temíais de aquellas débiles? ¿Qué odiásteis en ellas? ¡Su inocencia y su oración! Os instalais en casa de otros, os vestísteis con despojos ajenos, y preparásteis la mesa con el pan que no era vuestro. Si algo semejante hubieran hecho en Constantinopla los musulmanes contra los judíos, nos hubiérais atronado los oídos con demostraciones y protestas: ¡y lo hicísteis en el corazón de la cristianidad! ¡Lo hicísteis, siendo



cristianos, contra los cristianos. . . .! Quien ahora recorre las ciudades italianas, donde quiera que pone los ojos, queda ofendido por las ruinas de la religión y del sacrilegio permanente y triunfante.—

Mistress Needle no tenía ojos para ver todo esto que veía Julia, ni todo su corazón para llorarlo. Empero, en su conciencia íntima no sabía combatir á la joven, cuando dejaba escapar alguna queja por la persecución desencadenada contra la propia Iglesia. Hallaba los periódicos, las conversaciones, la atmósfera, por decirlo así, llena de noticias de conventos ocupados á mano armada, de monjas y religiosos lanzados de sus habitaciones, de bienes de la Iglesia confiscados y vendidos en pública subasta: todo esto, por su espíritu recto y honrado, la impresionaba como un público asesinato. Al que observaba que se hacía todo en virtud de leyes, no debiendo, por consecuencia, tacharse de violencia, contestaba, encogiéndose de hombros:—Será legal y justo para vosotros los católicos: no me importa. Nosotros ingleses y protestantes, estamos á punto de quitar la constitución legal á nuestra iglesia de Irlanda: quedará, pues, lo eclesiástico á discreción del gobierno. Ahora bien: os

puedo decir que si tuviera el descaro de apropiarse, por ley, un *chelin* ó medio, no habría un inglés que no gritase altamente: “Ladrones, ladrones!” Los católicos tienen otro decálogo y otra justicia.—Así decía la honrada protestante, atribuyendo á los católicos italianos la obra de sus enemigos.

Esta especie de uniformidad teórica, que por fortuna existía entre mistress Needle y la joven, conservaba la armonía de la conversación. Nunca se hubiera oído el estrépito de una disputa, si John no la hubiese suscitado alguna vez de propósito. No conocía los pactos concluidos entre su madre y la maestra de sus hermanas; aunque los hubiese conocido, no hubiera tolerado voluntariamente que le pusieran una mordaza. Evitaba, sí, alguna vez tocar ciertos puntos, únicamente por cortesía y por condescendencia con su madre; estaba resuelto á mantener, como decía, la libertad de discusión, como derecho relacionado con la de conciencia. Ejercitaba esta libertad frecuentemente, con su aspereza propia, pero siempre clara y leal. Ninguno, por tanto, se maravilló de verlo entrar un día en el salón antes de comer, dirigiéndose á Julia derechamente para embestirla:—¡Esta la he visto yo!



—¿Qué? preguntó Julia.

—Cosas inexplicables, locas, absurdas hasta no más.

—¿Cuáles? ¿Dónde?

—En una iglesia de la Virgen.

—¿En cuál?

John, después de recordarlo:—En la Anunciación.

—¿Quereis decir en la Santísima *Annunziata*?

—Precisamente. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro nombre?

—Esta. La Santísima *Annunziata* es el nombre usado por el pueblo florentino; ninguno entendería el otro; aunque solamente os olvidarais del adjetivo Santísima, cada buen ciudadano os corregiría como si padeciérais un error: me ha sucedido á mí.

—Pues en la Santísima *Annunziata* he visto hace poco un montón de herejías, ó sea de costumbres heréticas; heréticas, notadlo bien, no sólo contra la Escritura, sino también contra la doctrina papal: la conozco bien, como sabeis.

—¡No es posible! dijo Julia. Me alegro, con todo, de veros, por la vez primera, tan celoso del puro papismo. Adelante: pasad el rosario; decid, una tras otra, todas las

herejías que habeis visto . . . aunque sin el celo de Elías.—

Advirtió John que en el ímpetu, en la voz y en el gesto había traspasado los límites de la moderación de que se vanagloriaba. Templándose por ello, y simulando frialdad, empezó á decir:—He permanecido una hora quieto estudiando la actitud de los fieles que iban adorar á la Virgen...

—Espero, dijo Julia interrumpiéndole, que no habeis visto á ninguno.

—¿Cómo á ninguno? Estaba plantado allí cerca del altar de la famosa efigie, propiamente en el fondo que hay cerca, siempre mirando con el lente las actitudes de los semblantes y los gestos de los devotos: he visto bien unas ochenta personas de todas edades y condiciones.

Mistress Needle, viendo la disputa promovida por John, habíase acercado y dijo:—Espero que no habrás hecho ninguna de aquellas groserías de que los católicos acusan con gusto á nuestros compatriotas.

—Es claro, ya sabeis cómo soy; no incomodo á una mosca, como no sufro que nadie me incomode á mí. Además, aquello estaba obscuro, y sin ser observado podía verlo todo muy cómodamente. Estaba *correctamente* de rodillas ó *correctamente*



sentado, según lo que veía yo hacer á un vecino. ¡Si me hubierais visto, me hubierais tomado por un católico, ó á lo menos por un puseísta!

—¡Dios no lo permita! exclamó mistress Needle.

—Ahora bien: ¿qué habeis visto? preguntó Julia; decidlo en buena hora. ¿Habeis descubierto con el lente nuevas manchas en el sol? ¿La adoración? ¿El verdadero culto de latria, arrebatado á la Divinidad y concedido de un modo idolátrico á la criatura?

—Esto no, repuso John: los actos íntimos sólo Dios los descubre, mas no faltaba la menor cosa de cuanto en el exterior patentiza la interna adoración. Arrodillábase la gente al ir y al volver, ó se inclinaba profundamente, y luego miraba la tela que cubre la imagen, con los ojos fijos y lacrimosos, y se formaba la cruz en el pecho, y absorta se detenía en oración, y besaba el suelo y el borde de la mesa; y algunos hasta permanecían prosternados con el rostro sobre las gradas del altar. Y no sólo mujercitas vulgares, que se pueden exceder por su simplicidad, sino también hombres de todas las edades, y de buena posición, según se podía inferir de su traje.

Ahora pregunto yo: ¿cómo se puede atestiguar mejor el espíritu de adoración? Los católicos adoran el Pan eucarístico: ¿convenís en ello?

—¿Quién lo duda? Es un dogma de la Iglesia romana.

—Ahora bien, añadió John: ¿cómo demostrais esta adoración? Con estos mismos actos: luego es la misma. He hecho además el parangón. He preguntado dónde estaba el altar del sagrado Pan; comprendido al fin, me lo han mostrado en el brazo derecho de la iglesia. Los mismísimos actos delante de este, y ninguno más; alguno menos acaso. He visto también que algunos permanecían ocupados sólo en la adoración de la Virgen, y que volvían las espaldas al sagrado Pan. He aquí donde hallo el error, no solo contra la Escritura, sino contra la doctrina católica. Porque, al fin, vosotros, teóricamente hablando, no sosteneis la divinidad de la Virgen, sino de Jesucristo, este es, del Pan trasustanciado, como decís, en el Cuerpo del Señor. Os confieso, miss Julia, que nunca hubiera creído enteramente que así adorasen de veras los católicos á la Virgen; mas ahora no puedo



dejar de creer en mis ojos: lo he visto yo.—

Dejó correr por su pendiente Julia el fiero acto de acusación, contestando después con airosa tranquilidad:

—¡Cuántas herejías palpitantes habeis cogido al vuelo! Os aseguro, sin embargo, que no las observásteis todas. Yo he contemplado una que me enternece al recordarla. Figuraos un hombre de fresca edad y de cabello bruno, que se presentó en el santuario conduciendo á dos angelitos, que podían deslucir aquellos dos de plata que hay en la mesa. Los puso de rodillas cerca de sí, uno á cada lado; hizo que unieran sus manitas, mostróles la imagen con el dedo, y permaneció un buen rato en profunda meditación, como quien ruega dolorosamente afligido. Al fin, puso la mano en el bolsillo de su pecho, sacó dos monedas, entrególas á sus hijitos, y tomando después á cada uno por los sobacos, los levantó hasta que pusieron el óbolo en el cepillo y besaron ruidosamente la orilla del altar. Mi pensamiento imaginó espontáneamente un padre que había perdido recientemente á su esposa, y que imploraba la protección de la Madre celestial para sus amados niños, huérfanos de su ma-

dre terrena. Me sentía conmover las fibras más delicadas del corazón, y ocurrió un segundo caso opuesto del todo, aunque del todo semejante. En el propio sitio sucedió al hombre una mujer, circundada también de criaturas. Eran tres, y grandecitas; después de orar con su madre, besaron todas el altar por sí mismas, á excepción de una pequeñuela, que fué tomada en brazos por su madre para que pudiese hacerlo. La mujer llevaba luto riguroso, teniendo apariencias de una viuda desconsolada, que buscaba el consuelo de la que llamamos nosotros la Consoladora de los afligidos. ¡No puedo contaros la impresion que me hizo ver á toda la familia congregada, reuniéndose junto al altar! Sobre todo la madre con la parvulita en sus brazos, era digna de que la retratasen. Me pareció una *herejía* poética, sublime (añadió Julia sonriendo y dirigiéndose á John), aunque sólo muy propia del sitio, porque no se acostumbra en todas partes besar así los altares; me gustó, sin embargo, caí en ella abiertamente con plena malicia del corazón, y quise llegar á ser *herética* como el pueblo florentino.—

Viendo John que Julia tomaba su discurso como á broma, se figuró que no se



juzgaba firme en su silla respecto de aquel punto de costumbre papistas, y que por ello, dando una media vuelta, hacía lo posible para mudar de conversación. En su virtud, más resuelto que nunca, quiso acosarla; pero su madre le hizo una señal para que desistiera, diciéndole:—¡Oh! Vamos á comer un poco, sin disputar de estas cosas.

—John sentóse á la mesa y no pronunció palabra. Discurría sus razones y sus argumentos incontrastables contra Julia, diciendo en su corazón: “¡Esta te la guardo! Lograré desquite de la partida que perdí en Turín, cuyo escote pago aún; ¡es una cosa que yo he visto!”

## XXVI.

## UNA ESCARAMUZA ENCARNIZADA.

Tanto conservó John su propósito de batallar con miss Julia, que no bien hubo dejado la mesa, fué á su encuentro. No podía estar tranquilo si aquella misma noche no salía de penas á su modo, intentando su desquite, que se lisonjeaba de conseguir.

—Cuando vayais, dijo á la joven, á la comedia de la Santísima *Annunziata*, avisadme.

—Con mucho placer, respondió Julia. ¡Oh! ¿Aun dais vueltas á las herejías que habeis visto allí?

—No, nada: me quiero proporcionar el gusto (cada cual tiene los suyos) de ver si



juzgaba firme en su silla respecto de aquel punto de costumbre papistas, y que por ello, dando una media vuelta, hacía lo posible para mudar de conversación. En su virtud, más resuelto que nunca, quiso acosarla; pero su madre le hizo una señal para que desistiera, diciéndole:—¡Oh! Vamos á comer un poco, sin disputar de estas cosas.

—John sentóse á la mesa y no pronunció palabra. Discurría sus razones y sus argumentos incontrastables contra Julia, diciendo en su corazón: “¡Esta te la guardo! Lograré desquite de la partida que perdí en Turín, cuyo escote pago aún; ¡es una cosa que yo he visto!”

## XXVI.

## UNA ESCARAMUZA ENCARNIZADA.

Tanto conservó John su propósito de batallar con miss Julia, que no bien hubo dejado la mesa, fué á su encuentro. No podía estar tranquilo si aquella misma noche no salía de penas á su modo, intentando su desquite, que se lisonjeaba de conseguir.

—Cuando vayais, dijo á la joven, á la comedia de la Santísima *Annunziata*, avisadme.

—Con mucho placer, respondió Julia. ¡Oh! ¿Aun dais vueltas á las herejías que habeis visto allí?

—No, nada: me quiero proporcionar el gusto (cada cual tiene los suyos) de ver si



á vos, tan conocedora de la biblia, os ocurre imitar también al pueblo ignorante.

—Si ya os lo he dicho! Yo soy la más plebeya de la plebe cristiana. Nosotros no tenemos una fe de varias ediciones; una económica para los sencillos, y otra de lujo para que halague la soberbia de los literatos: todos constituimos el pueblo: la misma fe para todos, la misma religión y las mismas prácticas.

—¿Inclusa la de adorar todos á la Virgen en la Santísima *Annunziata*?—

Mistress Needle desesperó desde un principio de hacerlo callar. No se atrevía ni deseaba tampoco reñir á John en presencia de Julia. Procuró, pues, desviar á lo menos un poco la cuestión, diciendo á su hijo:—Por merced, deja en paz á la pobre iglesia. Ignoro por qué le has tomado firria. No recuerdo haberla visto siquiera. ¿Dónde está?

—En el fondo de la calle de los Siervos; es una de las mejor situadas de toda Florencia, dijo John.

La joven, dirigiéndose á la señora:—¿Os acordais de aquella iglesia deslumbrante de oro? Fué una de las primeras que visitamos. Tiene una galería abierta delante, corres-

pondiente á otras dos que flanquean la plaza, diseñadas por Brunelleschi.—

Mistress Needle, sin fatigar mucho su memoria, lo recordó perfectamente.

—Recordareis entonces, añadió Julia, que desde la galería se entra en un patio de pequeñas columnas, cerrado alrededor por vidrieras, en las cuales gozamos admirables pinturas de artistas de primer orden: es un verdadero *narthex*, para el uso de las antiguas basílicas, aunque dispuesto según el uso florentino, que todo lo adorna y sublima con las más bellas artes.—

La señora hizo entonces innumerables preguntas, y parecía más curiosa de lo que lo era, con el fin de distraer á John de su intento; mas este, después de permitir que devanaran un poco la madeja de las bellas artes, dijo, cogiendo la hebra suya:—Yo estudié, sobre todo, aquella capilla que hay á la izquierda del que entra en el templo, y domina con su hermosa cúpula en el vano de la nave. Allí está el punto que miss Julia quisiera evitar.

—De ningún modo, contestó la Joven con fuerza; es un centro de mis aspiraciones, al que voy con el alma, cuando no puedo ir en persona. ¡Considerad si hablaré con gusto de él!



Mistress Needle se conformó con su suerte: no pudiendo impedir que su hijo faltase á sus propósitos, se consoló, dándole la razón.—También yo, dijo, no pude menos de escandalizarme un poco.

—¿Y por qué? preguntó Julia.

—No prepares tus armas, ni te inquietes, bella mía, respondió la Needle; ya sabes que no desprecio yo lo que amas tú; pero permíteme que lo diga; allí nosotros pisábamos el pórfido y el granito egipciano, mirándonos en paredes cubiertas con ágata y diaspro: delante de nosotros resplandecía un tesoro de objetos de plata; cornisas, frontales de medio relieve....

—¡Ah, sí! Un San Luis consagrándose á la Virgen.

—No me fijé; mas recuerdo que los angelitos, los candelabros, los lirios, las lámparas, todo era de plata, y casi surgió en mi espíritu la idea de Judas á la vista del unguento derramado....

—Espero, dijo Julia interrumpiéndola, que habreis vivamente desechado esta mala idea, tan contraria, no sólo á vuestro corazón pío, sino también á la Biblia.

—Sí y no, dijo la Needle: aquí las riquezas no sirven para el culto de la Persona divina de Jesucristo; sirven para hon-

rrar á una simple criatura como nosotros, lo cual no alcanzo cómo se compagina con el mandamiento de adorar sólo á Dios.

—Aquí está vuestro error: imaginar que todos los honores tributados á una criatura disminuyen los debidos á Dios. Precisamente, precisamente lo contrario, porque nosotros honramos en María la excelencia personal que le confirió Dios con dones supremos de gracia. *Salve, llena de gracia*: lo dice el Evangelio de San Lucas. Pregunto yo: ¿puede injuriarse á Dios, reconociendo sus dones á sus criaturas, y exaltándolos? Aquí está el señor John; tiene un magnífico reloj de repetición y una cadena bellísima: yo, delante de vos, se la elogio, y le digo:—Me alegro, señor; esta cadenita es noble, rica, grandiosa: vuestra madre la escogió con exquisito gusto, y persuadíos de que la llevais perfectamente. Ahora bien; decidme, señora: ¿os juzgaríais maltratada por estas frases? Todo lo contrario; os complacerían, y con justicia, imaginando que trataba de haceros un cumplido á vos misma, dirigiéndolo á vuestro hijo. De igual manera hónrase á Dios, exaltando en María los dones celestiales.

—Está bien, añadió entonces John sutilizando; mas en el ínterin, perdeis de vista



el honor sumo que se debe á Jesucristo, y que fuerza es quitar á Dios Hijo el que ofreéis á la Madre, simple criatura.

Fingiendo Julia no responder, volvió las espaldas á John, y con gracia dijo á la señora:—Mistress Ana, sois la madre más dichosa de Inglaterra que conozco; teneis un hijo que es la perla de los hijos, amante con vos, respetuoso, agradecido, de ingenio feliz, agudo, razonador, dialéctico terrible: ¡feliz vos, y bendito el fruto de vuestro seno!—Así habló Julia; y añadió luego, fijando la vista en John:—Señor, ¿os he ofendido en algo?

Callaba John: Julia, insistiendo:—¿Os parece que nosotros, magnificando á María por ser Madre de Jesucristo (pues la Maternidad divina es el fundamento y el principio sobre que descansan todas las glorias de la Virgen); os parece, digo, que deshonoramos á Jesucristo? Mil veces no; por el contrario, los honores, si bien tribútanse á la Virgen, dignísima de veneración, aunque sea una criatura, después sustancialmente suben á Jesucristo: de la propia manera precisamente que os juzgais honrado, si, por consideración á vos, honro á vuestra madre.—

Como ni John ni su madre hallaron la

forma de combatir este raciocinio victorioso, Julia se apresuró á sacar la conclusión:—Luégo veis claramente, mi buena señora, que criticar aquellos metales y piedras preciosas que tanto embellecen el altar de la Santísima *Annunziata*, sería exactamente lo mismo que tener el celo avaro é irreligioso que cordialmente detestais en el opóstol murmurador.

Sin embargo, no tardó mucho John en levantar la cabeza, galleando y diciendo:—Vos, miss Julia, con todas vuestras habilidades, no habeis probado sino que se puede respetar y enaltecer á la Madre de Jesucristo sin inferirla una injuria. Hasta aquí puede seguirsos todo buen protestante; ¿quién de nosotros enseña que debe ser despreciada la Madre de Dios? El mal está en que los católicos la honran con un culto igual á Dios: he aquí el error; he aquí (perdonad) ¡la idolatría!—

Mistress Needle aprobaba con la cabeza y con el gesto. Añadió Julia:—Ya que vos hablais con libertad, permitid que me explique libremente.

—¡Oh! Esto sí, contestó la señora, que hubiera hecho callar á la joven con gran gusto.

—Todos tenemos nuestras preocupacio-



nes de nacimiento, continuó Julia: yo la primera. En Nápoles siendo muy niña, imaginaba que todos los no católicos eran sin más enemigos jurados de la verdad conocida. Después tratádoos y tratando á otros protestantes, debí persuadirme de la falsedad de mi opinión pueril, por descubrir en las comuniones heterodoxas muchas personas de buena fe, sin excluir las instruídas. Me libré poco á poco de mi error, reconociendo con sumo placer que, si muchos son los que yerran, son poquísimos los *herejes* propiamente tales, es decir, los obstinados en profesar un error conocido. Ahora bien: haced otro tanto, dejad aparte las prevenciones mamadas con la leche, y . . . .

—Lo he visto con mis ojos, añadió John interrumpiéndola.

—No habeis visto nada que os dé derecho de acusarnos de adorar á la Virgen. ¿Qué habeis visto? A los fieles hacer genuflexión y prosternarse, besando el altar de María. Ahora bien. Abrid la Biblia, y hallareis actos muy parecidos de personajes santos. Abraham *adoró* el pueblo del país á que había llegado; Jacob *adoró* siete veces á su hermano Esaú; David *adoró* á Saúl; Saul *adoró* á Samuel; el profeta Natán

*adoró* á Salomón; la *Sunamita adoró* al profeta Elías; Abraham, Lot y Jousé *adoraron* á los ángeles del cielo que se les presentaron. ¿Qué se significa con la palabra *adorar*? Que se postraron y enaltecieron profundamente á determinadas personas, sin que por esto las idolatrasen. Lo mismo hacen los católicos delante del altar de María. ¿Quién os dice que le atribuyen una dignidad divina, un poder semejante al de Dios, ni siquiera una potestad independiente?

—No lo hareis vos, dijo John, por ser grandemente literata; pero ¿y los otros?

—Los otros, respondió Julia, obran lo mismo y mejor que yo. ¿Quién es tan estúpido entre nosotros que trate á la Virgen como una Diosa?

—Cuanto he visto con mis ojos; á la prueba. El pueblo católico ciertamente adora el Pan de la Eucaristía, y lo adora con el culto supremo, propio de la Divinidad. Ahora bien: delante de él hacen exactamente lo que hacen en presencia de la imagen de la Virgen. Debeis, por consecuencia, confesar que, ó los católicos niegan la adoración á Jesucristo en la Eucaristía, ó que la conceden también á la Virgen. No hay escape.



—Hay escape, y cómodo, repuso Julia con una sonrisa: vos mismo me abriéis la puerta de par en par, después de un momento de reflexión. No creo que seais mal metafísico, hasta el punto de referir la adoración á los actos externos: de otra suerte, Abraham, Jacob, David, y otros santos enaltecidos en la Biblia, hubieran sido idólatras, sólo porque se prosternaron delante de otros hombres; serían idólatras todos los que se postran en presencia del Papa ó de los Obispos; serían idólatras todos los buenos hijos que se arrodillan á los pies de sus padres, implorando su bendición.

—Mas las intenciones se revelan por los actos externos.

—Sí, repuso Julia; cuando los actos externos son claramente significativos de las intenciones; no siendo así, precisa inferirlas del cúmulo de las circunstancias. Y aquí las circunstancias demuestran con absoluta evidencia que adora el católico á la Eucaristía, pero no á la Virgen.

—¿Cuáles son estas circunstancias?

—Sus palabras, y los sentimientos que expresan.

—¿Cómo lo sabeis?

—¡Qué salida! Conozco sus sentimientos

íntimos, como los vuestros. ¿Puedo poner en duda los vestros, cuando teneis el *Prayerbook* en la mano? Lo leéis voluntariamente; por consecuencia, expresais dichos sentimientos. Lo mismo hacen los católicos todos nuestros libros litúrgicos, el misal, el oficio divino, las ceremonias sagradas, expresan terminantemente la adoración á Jesucristo y la simple veneración á la Madre del Redentor.

—Transeat, dijo John. Quieroos conceder (aunque no me parece claro) que los libros de los sacerdotes consiguen alguna diferencia entre el eulto de Dios y el de la criatura; mas el pueblo . . .

—Yo lo constituyo con todos los demás legos, dijo Julia. Nosotros nos regulamos con el catecismo, donde la doctrina de adorar sólo á Dios está inculcada vivísimamente, mucho más que en vuestros treinta y nueve artículos. Además, aun nosotros, sencillos é ignorantes de la teología, tenemos cien y mil libros devotos, en los cuales la Virgen es reconocida como simple criatura.

—Quisiera verlo claro con mis ojos.—

Julia saltó de su asiento, y deslízose á su habitación, volviendo con cuatro libros ó cinco; hojeándolos delante de John, dijo:—



Recorredlos, señor, estudiadlos, hacedlos pasar por el tamiz, analizadlos; si hallais en ellos solo una palabra, un tilde una alusión que á la Virgen atribuya un poder, no diré divino sino independiente de Dios, rasgad la página idaltárica y maldita, llevándomela después, porque lo hallaré lo mismo que vos.—

Tomando John friamente los libros, entendió una vela, y sentóse aparte en una pequeño cascabel. Julia le dejó hacer; no pensando en otra cosa. Al cabo de quince minutos, el joven se mezcló de nuevo en la conversaci6n, y dijo:—Si no hay inconveniente, tendré los libros aún mañana.

—Cuanto querais, respondió Julia.—

Mistress Needle estaba brasas, pero no se atrevió á interponerse entre Julia y John su hijo era el verdadero culpable de la disputa, el obstinado en llegar á su fondo, y el terco en perpetuarla. Bien puso él de realce su obstinación, añadiendo:—Entre tanto, miss Julia, convenís en que, sea cual sea la doctrina de los libros redactados por los doctos el pueblo adora dulcemente á su Virgen.

—¿Qué paciencia se necesita con vos! exclamó Julia, templando el reproche con la suavidad de la voz y del gusto. El pue-

blo lee como vos y como yo; si no sabe leer, sabe de memoria el catecismo y sus oraciones. No hablo de la *Salve Regina* ni del *Ave maris stella*, porque vos les pondriais la tacha de que son latinas; pero hablo del Ave María, que todos saben en latín y en lengua vulgar. Si os hubiéseis mezclado un poco con los hombres, mujeres y niños del pueblo que alrededor del altar de la Santísima *Annunziata* rezaban devotamente, hubiérais oído un susurro de *Ave marías* capaces de alegrar al ángel Gabriel que las inventó primeramente. Ahora bien. ¿Qué se dice en la oración? *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.* ¿Habéis comprendido? *¡Ruega por nosotros!* aquí hay todo un tratado de teología: honrase á María, por ser *santa*, como también por ser *Madre de Jesucristo*, reconociéndose luego su naturaleza humana y dependiente de Dios, al que debe recurrir para impetrar gracias en favor nuestro. He aquí la fe profesada por los sacerdotes, por los doctos y por el pueblo. Ahora gritad contra nuestra idolatría.—

Quedó Jhon herido por la evidencia de tal demostración. Mistress Needle reprimía difícilmente su afán, sobre todo por Clara



y Clemencia, que no perdían una palabra de la discusión, demostrando comprenderla. Su inexorable primogénito, sin confundirse grandemente, dió un paso atrás, cayendo, por decirlo así, de cabeza:—Sí; convenís con nosotros los protestantes en que no se debe adorar á la Virgen.

—Realmente los católicos no lo hacen, añadió Julia.

—Mas ¿cómo compagináis esta moderada veneración con la doctrina expresada por San Pablo, según el que tenemos por *abogado á Jesucristo?*

—Esta es otra cuestión, respondió Julia: cada vez una distinta. Primero, volvedme mi honor. Delante de vuestra madre y de vuestras hermanas, confesad que no soy ídólatra . . . De lo contrario (añadió Julia con voz conmovida), ¿cómo podría levantar los ojos en esta casa, si pesase sobre mi frente mancha tan sucia?

—No, no; no eres ídólatra, exclamaron las pequeñas, alteradas por la conmoción de su dulce maestra. El grito inocente de las niñas fué un dardo que traspasó de terrible modo el corazón de su madre. Jhon, nada enternecido, respondió con una media sonrisa:—Quedais absuelta . . . ; en cuanto á lo demás, lo veremos después de exami-

nar los libros de oración. De todas maneras, no puedo absolver la falsa piedad con que los católicos invocan la intercesión de la Virgen, sin embargo de que la Escritura indica como mediador al Hombre Dios: “Tenemos por nuestro abogado, cerca del Padre, á Jesucristo justo.”

—¿Y qué inferís de la frase escrituraria? Que Jesucristo es nuestro sumo y soberano mediador. Ciertamente, la Biblia no dice más. Ahora bien; la Iglesia católica os da la razón millones de veces cada día, porque concluye todas sus oraciones solemnes precisamente recurriendo al abogado que deseais: “Per Christum Dominum nostrum,” por reverencia, por los méritos, por la mediación de Jesucristo, Señor nuestro. ¿Estais contento?

—Descontentísimo, respondió Jhon; porque, supuesto este abogado, no discurro á propósito de qué recurrese á otros intercesores honorarios, á procuradores innumerables y á mediadores humanos para que ayuden á un mediador divino. Deberíais saber que hasta San Pablo opina como los protestantes, porque repele toda mediación suplementaria, revelándonos que “Uno es nuestro mediador, Jesucristo.”

—¿He aquí lo que ocurre leyendo á San



Pablo con preocupaciones!, exclamó Julia. Si San Pablo quisiera excluir á todo intercesor para con Dios, no se recomendaría él mismo á las oraciones de los fieles vivos....

—Se recomienda, observó Jhon, para que los fieles recurran por él al mediador Cristo.

—Es precisamente, respondió Julia, lo que hacemos nosotros recomendándonos á la Virgen y á los Santos en general. Nosotros confesamos que Jesucristo es el único mediador por excelencia, que une la naturaleza divina y la humana en sí, por lo cual sus intercesiones alcanzan un precio supereminente é infinito: esto quiere decir San Pablo. Para llegar á Jesús nos servimos de nuestros hermanos que aún viven, y que juzgamos amigos suyos; recurrimos á los Santos del cielo, seguros de que son sus favoritos; y sobre todo, suplicamos á la Madre de Dios, porque ninguno debe tener más imperio sobre un hijo que su madre. Esto, como veis, nada deroga la mediación soberana del Redentor. Supongo por un momento que sois el ministro único de la graciosa reina Victoria, y que toda Inglaterra encuéntrase á vuestra disposición, como Egipto en manos del virrey José. Si

para obtener de vos alguna gracia, otros hiciesen que os hablara vuestra madre, ¿quedaría disminuido vuestro poder? Ciertamente no. Por el contrario, con su conducta reconocerían que sois el único y supremo mediador para la Reina, por empeñarse en llegar á vos, y por no descubrir sin vos medio de llegar á la soberana. En fin, oíd la voz del buen sentido. ¿Dónde está el texto de la Biblia que lo prohíba?

—¿Qué buen sentido?

—Pido que me citeis un texto de San Pablo ó de San Pedro que despoje á la Madre de Jesucristo del derecho inherente á cada madre; es decir, del poder lograr algo de sus propios hijos. Además, ¿por qué sospechais que pueda menos en el empíreo de lo que podía en la tierra? ¿No fué mediadora con su Hijo en las bodas de Caná? ¿Qué honor logra el hijo privando á la madre de sus naturales atributos? ¿El buen sentido, señor Jhon! ¿Paréceos que aumentaría vuestra gloria si vuestra madre nada os pudiese pedir? Sería una vergüenza para la señora, y más aún para vos.

Miró Jhon á su madre vivamente, comprendiendo el gran ultraje que le haría privándola de influencia sobre su persona. Mistress Needle, por un sentimiento semejan-



te, sintió en su rostro la vergüenza, sólo al pensar que podría ser extraña é impotente para el corazón de su hijo. Entonces razonó el corazón más que la mente, suspendiéndose por un rato las hostilidades. Después, según costumbre, Jhon se repuso, y disimulando la convicción que adquiriendo iba muy á su pesar, buscó una honrosa retirada.

—Miss Julia, lo sabeis explicar todo con arte por su lado hermoso y racional; mas temo mucho que las doctrinas romanas sean por vos embellecidas...

—¡Cómo! dijo Julia interrumpiéndole: ¿me creéis capaz de hacer traición á mis creencias, y de disfrazarlas, entreteniéndome con juegos de palabras? ¡Dios me libre!

—Pues bien, os quiero creer, á lo menos por hoy. Decidme solamente cómo podeis cohonestar los visibles excesos que censuramos en los católicos. Todo está lleno de pequeñas devociones y de santuarios en cada país, edificándose siempre otros nuevos: imágenes milagrosas, meses de Mayo, novenas, etc. ¿Dónde y cuándo manda la Biblia que, por decirlo así, se desgrane la religión de tal modo?

Julia no permitió que se cambiara de

asunto, y queriendo robustecer la razón que le habían dado, replicó:—¡Muy bien! Ahora sí que habláis como un filósofo. No es la adoración á María lo que os ofende, ni el honor que se le tributa, ni el recurso á su mediación cerca de Dios. Todo esto lo habeis comprendido según su noción verdadera, y solamente condenais las muchas prácticas piadosas. No os desplace, pues, la sustancia del dogma, sino su excesiva aplicación. A decirme esto desde un principio, hubiéramos disputado un instante nada más, porque los excesos tampoco me gustan á mí; ciertamente que la Biblia no los impone.—

Animóse Jhon por la condescendencia de Julia, que no carecía de intención.—Pues aquí, contestó, está el verdadero nudo de la controversia; porque los protestantes no serían tan enemigos de la devoción de la Virgen, si no estuvieran escandalizados de las exorbitancias del pueblo católico, que vos misma condenais.

—Cuidado con incurrir en error, respondió Julia. Esas exorbitancias son más subjetivas del que las imagina, que objetivas del que las comete. Para formar juicio sobre el poco y el mucho en materia de devoción, necesitaríais antes comprender su



concepto genérico. ¿Queréis que lo exponga en pocas frases?—

Respondió mistress Noedle tirando de la campanilla, que era una señal para que la servidumbre diera por la noche la mano última á las habitaciones, y al mismo tiempo un aviso á los demás para que dejaran de hablar. Fué Julia la primera que se puso en pie, buscó su vela, encendióla prontamente como de costumbre, y retiróse antes de que la familia recitara las oraciones protestantes.

## XXVII.

## CON LA VELA EN LA MANO.

Vanamente Julia cortaba su discurso haciendo además de retirarse: habían comprendido las niñas que su amada maestra, hablando de la Virgen, tenía el gobernalle, y que John (á sus ojos más que doctor) le daba casi la razón. Por ello, mal de su grado, se suspendía el debate. Mistress Needle, que lo notó, dijo á Julia:—Es tarde ya;



concepto genérico. ¿Queréis que lo exponga en pocas frases?—

Respondió mistress Noedle tirando de la campanilla, que era una señal para que la servidumbre diera por la noche la mano última á las habitaciones, y al mismo tiempo un aviso á los demás para que dejaran de hablar. Fué Julia la primera que se puso en pie, buscó su vela, encendiola prontamente como de costumbre, y retiróse antes de que la familia recitara las oraciones protestantes.

## XXVII.

## CON LA VELA EN LA MANO.

Vanamente Julia cortaba su discurso haciendo además de retirarse: habían comprendido las niñas que su amada maestra, hablando de la Virgen, tenía el gobernalle, y que John (á sus ojos más que doctor) le daba casi la razón. Por ello, mal de su grado, se suspendía el debate. Mistress Needle, que lo notó, dijo á Julia:—Es tarde ya;



me parece el mejor partido el que ciertos areopagitas proponían á San Pablo: "Te oiremos otra vez sobre esto." Tanto más, cuanto á estas criaturas se les cierran los ojos sin querer.

Clara y Clemencia se opusieron vivamente, gritando en coro:—No, mamá; no se nos cierran.

Añadió Jhon con más fuerza:—Esperad un momento, porque no podría dormir sin llegar antes al fondo de la cuestión.

Repuso Julia:—Se resume todo en una sola palabra. María es considerada por los católicos como Madre de Dios, y como su Madre; he aquí el germen de todos los actos de piedad; la síntesis de sus sentimientos devotos; la medida y la regla de cada demostración extrínseca. Esto dicho, algunas prácticas que os parecerán primero excesivas, convertiránse de pronto en lógicas, justas y moderadas. ¿Cómo podrían limitarse las ternuras de un hijo para honrar á su madre?

—Eso de que reconozcan á la Mujer de Nazaret como madre de los fieles, parece-me una de las patrañas que en el invierno...

—Poco á poco, dijo Julia interrumpiéndole. Conociendo la filosofía, debéis convenir

en que cuando una opinión reina en gran número de personas entendidas, leales y sinceras, no puede ser una simple patraña; algo verdadero contendrá. Ahora bien: todos los católicos saludan á María como su Madre.

—Nosotros los anglicanos, no.

—¿Cuántos sois? ¿Cuántos años teneis? dijo Julia: y añadió, respondiéndose á sí propia:—Sois pocos millones de individuos del Alta iglesia, entre los cuales por cierto una inmensa parte da culto también á la Madre celeste. Casi ayer desertásteis de la creencia católica. Antes, esto es, hace pocos siglos, los ingleses aclamaban á María como Madre, lo mismo que nosotros los italianos y el resto de la cristiandad. Vuestra excepción es una gota respecto del mar. Tanto más, cuanto, no sólo la Iglesia católica, sino también todas las comuniones cismáticas del Septentrión y del Oriente, están en este punto completamente de acuerdo. Cuando un individuo, ó pocos individuos, se hallan así en presencia del Catolicismo universal, deben sentir que se ahoga su voz en la garganta, si se proponen oponerse, combatir y hacer protestas. Por consecuencia, la maternidad moral de María de-



be obtener de vos, si no más, un silencio respetuoso.

—Es verdad, dijo Jhon; no somos muchos, y estamos divididos profundamente: mas para consuelo de nuestra escasez, tenemos el auxilio de las divinas Escrituras, por lo cual colocamos con justicia entre las patrañas la maternidad moral de la Virgen.

—Citad el pasaje, dijo Julia, en que la Biblia rechaza la maternidad moral de María.—

Jhon comprendió que se había precipitado demasiado, porque no encontraba un texto que le hiciera salir de apuros. Julia, insistiendo, añadía:—Yo, por el contrario, os puedo probar, como dos y tres son cinco, que dicha maternidad de María es un concepto exacto y divino.

—¡Imposible!—gritó Jhon.

Julia:—¿Fué María madre de San Juan Evangelista? ¿Sí ó no? Sí; el Evangelio lo dice: “Jesús dijo al discípulo: He aquí á tu madre.” ¿Fué madre física? No... Luego fué madre moral. He aquí aquella maternidad inventada y sostenida por el Hijo de Dios.—

El joven callaba, no sabiendo qué oponer á la fuerza de la razón. Añadió Julia,

cada vez con más fuerza y con ademanes más pronunciados:—Falta sólo saber si esta maternidad se restringe sólo al discípulo mencionado, ó van comprendidos en el prohijamiento todos los fieles. Aquí no quiero dogmatizar peligrosamente. Ninguna definición de la Iglesia convirtió lo dicho en dogma de fe. Puede un católico no creer en este moral prohijamiento hacia la Virgen, sin incurrir por ello en la nota de hereje. Mas incurría en la de necio, en la de temerario y en la de irreligioso, porque se trata de una doctrina que ha penetrado en las entrañas del pueblo fiel, que ha sido predicada por los Padres, difundida por una inmensa tradición, y enseñada en las Escrituras, ó á lo menos explícitamente favorecida por ellas.

—Sin embargo, todavía lo pongo en duda.

—Sois muy dueño. Pero si quereis seguir siendo protestante lógico, no podeis negar á los católicos el derecho de creerse hijos de esta madre celestial, porque la Biblia no lo niega en parte alguna. Por lo demás, nada importa para nuestro fin que os convenza yo de la verdad ó de la mentira católica relativamente á la maternidad moral de María; basta solo que reconozcais



el hecho, á saber: que los católicos consideran á María como madre que les dió Jesucristo, como también que nuestra opinión no es absurda ni contraria á las Escrituras,

—Sobre todo, dijo Jhon, no puede nacer dificultad; habla el hecho por sí solo, viéndose con los ojos y palpándose con las manos. ¡Demasiado! No quiero yo desconocer en los católicos el derecho de interpretar á su manera la Escritura, como los protestantes.

—Pues bien, replicó Julia; entended ahora la profunda lógica del devoto de María. He aquí cómo razona: “La madre de Jesucristo ha venido á ser mi madre; madre moral y adoptiva. Lo ha venido á ser, porque Jesucristo le confirió este carácter, al decir: “He aquí á tu madre.” Tan omnipotentes eran estas palabras de Jesucristo moribundo en el Calvario, como el *fiat* primitivo que se pronunció sobre el caos. Realmente, por tanto, en el corazón de esta mujer se colocó un tesoro de maternidad para bien mío; un tesoro que se compone de amor materno, de intercesión, de providencia, de perdón, de todo lo que responde á una maternidad divinamente creada. Luego ella puede, quiere y obra mil favo-

res para mí: todos los siglos, con sus santuarios, con los altares, con los votos y con los milagros, cantan las glorias de esta Madre auxiliadora de sus hijos: debo recurrir á ella admirando su excelencia, agradeciendo las gracias recibidas, y alimentando una confianza sin límites respecto de las futuras.” Así habla el católico. Decidme ahora, señor Jhon: ¿es irracional el que así habla? No; mil veces no. Dada la idea fundamental de dicha maternidad de la Virgen, nuestras cien mil manifestaciones de afecto á ella se convierten en una natural correspondencia del concepto, en un corolario y en una necesidad: el pensamiento de una madre celeste, de afecto inextinguible para nosotros, engendra la devoción, silogiza sus movimientos, gobierna sus significaciones externas, y enciende sus ímpetus más sublimes. ¿Quién puede decir á un hijo: cesa de amar á tu madre?

—Sois una poetisa, exclamó Jhon.

—Soy una historiadora, repuso Julia. Nada he añadido ni quitado á lo que nos enseña el Catecismo católico; ni el más vulgar concepto que llena la mente y el corazón de cada fiel, docto ó ignorante.... Habéis visto sólo un lánguido destello de la inmensa luz.—



Al decir con fogocidad estas frases, que salían de lo más profundo de su corazón, su semblante parecía resplandecer con una luz suave, y sus ojos, iluminados con la vela que siempre tenía, en actitud de retirarse, tomaban el brillo del afecto virginal y celeste con que hablaba. John, aunque tosco é inaccesible á las simpatías, sintió que al afecto aridísimo que alimentaba por Julia, aumentábase casi un movimiento de reverencia. Dijo luego á la joven:—Basta; estudiaré vuestros libros; si descubro que me habeis manifestado toda la verdad, os diré claramente que os absuelvo perpetuamente sobre la devoción á la Virgen: soy incapaz de mentir.

Replicó Julia:—Pero al estudiar, tened en cuenta las tres cuestiones que antes habeis suscitado. Primera: si la Iglesia católica adora ó no á la Virgen; vereis más claro que la luz del sol confesada en nuestras oraciones su naturaleza humana y dependiente. Segunda: si es lícito invocar á la Virgen como amiga potente de la divinidad; hallareis que para negarle toda intervención respecto de Jesucristo, precisa primeramente destruir en El la condición de Hijo que tomó, así como en María su condición privilegiada de madre. Tercera: si

es excesiva la confianza de los fieles en María; os parecerá evidente que la excelencia infinita casi de su condición de Madre de Dios justifica el singular culto que se la tributa, mucho más admitido el concepto católico de su moral maternidad, con el que ninguna confianza ni demostración de tierno cariño á ella se puede creer excesiva.—Hubiera añadido Julia muchas cosas más; pero mistress Needle, que había sufrido ya demasiadamente callando, dijo, interrumpiéndola:—Basta, basta; es tarde. Recitemos las oraciones de la noche.—John buscó el *Prayerbook*, y las niñas dispusieron á rezar, con el pensamiento de que bien podía tener razón su maestra, porque, sobre no haberla convencido John ni su madre, había pronunciado la última palabra.

Al día siguiente no se profirió una ni media de religión. Parecía el joven haber olvidado los libros que tomó para su examen. Julia le dijo por la noche:—Espero que me devolvéis el domingo alguno de los libritos, para servirme de ellos en la santa misa.

—Aguardad un poco más aún, repuso el joven, por única respuesta.—

Esperó Julia, por lo tanto. A los tres



días asomóse John al cuarto donde las niñas aguardaban á su maestra como de costumbre para la lección de italiano, y alargándoles los libros, dijo:—Los dareis á miss Julia.—Así lo hicieron. Una carta se descubría en el principio de uno, como por vía de señal. Eran dos páginas que contenían las letanías *lauretanas*, así como un estudio religioso de John, así concebido: “Ni superstición, ni deslealtad! *Amicus Cicero, amicus Plato, sed magis amica veritas*. Juzgo evidente que mis *correligionarios*, acusando á los católicos de que idolatran á la Madre de Jesucristo, calumnian, sin saberlo, á la Iglesia papal. Estudiado he la *Letanía de la Virgen Bienaventurada*, como la llaman. Las primeras invocaciones *Kyrie eleison* y *Christe eleison*, con las cuatro siguientes, son, á mi entender, completamente ortodoxas, confrontándose á maravilla con los primeros artículos de nuestra profesión anglicana, que confiesan la divinidad de las tres divinas Personas: las siguientes aspiraciones poéticas niegan explícitamente todo atributo divino á la Virgen, porque la suplican que interceda cerca de Dios. Examinado he las *Letanías de los Santos*; la misma conclusión.

“Héme detenido, sobre todo, en el *Ave María*, por ser la oración más usual del pueblo católico, recitándose, según se me dijo, casi siempre después del Padre nuestro. Paréceme que nada contiene contrario á la Biblia. Su parte primera menciona sólo palabras del Evangelio de Lucas; es indudable que la podemos repetir también nosotros. El *Santa María* se puede defender, por estar la Virgen llena de gracia y por ser santa. *Madre de Dios*, es como decir Madre de Jesucristo, Dios y Hombre; aun Isabel, según Lucas, la llamó *Madre del Señor*.

“*Ruega por nosotros, pecadores*. He aquí lo duro. Quiero pensarlo más, aunque desde ahora conozco que no debo condenar á muchos anglicanos de bien, que recomiéndanse á la Madre de Cristo, sin excesos. María rogó realmente por los esposos de Caná, y obtuvo un milagro. Oraba San Pablo por los fieles, suplicándoles que rezaran por él. Toda la Iglesia rogaba por San Pedro, encarcelado. Hasta Simón Magó se recomendó para que los Apóstoles pidiesen por él. Ordenó Cristo que se rogase por los perseguidores. Ahora bien: si pueden los justos que viven obtener favores para sus hermanos, ¿por qué no lo



podrán conseguirlos los justos del cielo? ¿Porqué no podrá lograrlos la Madre de Jesucristo?

“No hallo en la Biblia el precepto de no reverenciar á los amigos de Dios en la bienaventuranza. Si alguna vez el Espíritu Santo parece desaprobador el honor rendido á los ángeles y á los demás bienaventurados, siempre, siempre se trata de la adoración propiamente dicha: el simple culto no está prohibido en parte alguna.

“Resumen: 1. ° El Ave María de los católicos podría entrar en el *Prayer-book* anglicano, sin destruir ninguno de los treinta y nueve artículos. Si el vigésimosegundo parece contrario, explícate con el sexto, que da como norma de fe absoluta únicamente la Biblia. Así, en efecto, lo entienden muchos doctores nuestros, óptimos protestantes anglicanos, sobre todo de la escuela de Oxford.

“Lo que no puede en conciencia hacer un anglicano, es excederse mucho en demostraciones de afecto, como rosarios y peregrinaciones supersticiosas, ni tampoco creer fácilmente los milagros que se atribuyen á la Virgen todos los días. Aun supuesta su maternidad moral y nuestro moral prohijamiento (que no me parece cla-

ro), todos los extremos son viciosos; los excesos, si no están prohibidos formalmente por la Biblia, lo están por la recta razón. Así lo pieuso.”

Ahora preguntamos. ¿Había John dejado por inadvertencia este escrito bien principiado y mal concluido, ó lo había dejado allí de propósito? Julia imaginó lo segundo, creyéndolo formalmente. John, en efecto, había dado pruebas de gran lealtad en la cuestión referente al prodigio de Turín. Pues bien; ¿por qué no podía igualmente querer demostrar hasta qué punto quedaba convencido en el extremo de la devoción á la Virgen? De todas maneras, Julia no buscó más, dejando al Señor el cuidado de aumentar el rayo de luz que penetrara en la mente de John, quien le parecía diariamente mejor dispuesto, así como de inteligencia noble y ánimo recto, bajo una corteza rústica.

Otro fruto dalcísimo encontró que había logrado la buena Julia. Las niñas, encargadas por su hermano de volverle los libros, nada hicieron más pronto que abrirlos y hojearlos curiosamente. No habían hasta entonces visto nunca libros católicos de devoción, y por las disputas de su hermano tenían ganas de verles, despertándo-



se ya en su espíritu los primeros indicios de las diferencias religiosas. Por ello los libros de miss Julia parecieronle un gran bocado. Si bien no comprendieron el fondo de todas las razones de la carta, vislumbraron que John, estudioso, literato y capaz de contender con Julia, declaraba hermosa y buena la oración del Ave María. Nunca, nunca hubieran imaginado que su profesora, la buena, pía y amante Julia, fuese capaz de decir una oración mala; mas el voto de John parecióles una licencia formal para recoger la oración, sin detrimento de su conciencia. Por el irresistible atractivo que sin duda ejerce lo bueno sobre las almas excelentes, sobre todo si va con el cebo de la novedad, pusiéronse inconteneti á trascribirla.

En aquel momento entró Julia para dar su lección. Vió el hecho, brillando su corazón de gozo; mas la prudencia le aconsejaba que no sembrase disgustos entre ella y la Needle, comprometiendo las grandes conquistas para salvar las pequeñas.— Por otra parte, parecíale injusto privar á las inocentes del derecho de pedir á la Reina del cielo. Inventó un expediente, y dijo: —No permitiré que metáis en vuestros libritos la oración, porque podríais

desplacer á vuestra excelente mamá. Si deseáis recitarla, sólo teneis que cojer mi libro; no ignorais que nada tengo cerrado.—Hizo Julia más y mejor. No salía nunca de casa con las niñas sin que procurase ganar las indulgencias en cualquier templo. Allí sacaba un librito, en el cual tenia, de intento, una hermosa Virgen, como señal, en la página del Ave María. Las discípulasle pedían el libro, pasando de la mano de la una á la de la otra. A poco las queridas criaturas supieron de memoria la oración, y se acostumbraron á decirla secretamente.

Aunque no era esto el colmo de las ansias de Julia, sabía que las vías del corazón son largas, ásperas y difíciles en sus principios, no ignorando que poco después pueden convertirse en rápidas, llanas y fáciles, á veces por circunstancias de todo punto imprevistas.



## XXVIII.

SIR CONTRAVENENO.

A causa de ser tan frecuentemente provocada en materias religiosas, enfervorizábase Julia en el estudio de las controversias, devorando los buenos libros que comprara en Turín. A éstos consagraba las horas que hubiera podido dar al descanso, y todos los minutos que podía quitar á sus deberes, á fin de hallarse de continuo en disposición de combatir con las armas limpias y relucientes, para defender la verdad, consiguiendo que resplandeciera en la hospitalaria familia Needle, Como estaba su mente llena de abundantes conocimientos positivos, habiéndose ya ejercita-

do en las más elevadas especulaciones muchos años, gozaba extraordinariamente al tender el vuelo por las serenas regiones de los celestiales esplendores, llenándose de gozo al fijar su consideración en los siempre nuevos y cada vez más vastos horizontes, cuya inmensidad desconocen altamente los profanos. Triunfaba en su interior al recorrer, conducida por soberanos pensadores, la escala de las verdades reveladas, comenzando por la primera, es decir, la existencia de Dios, y concluyendo por las más menudas prácticas del Catolicismo, como el Rosario, el agua bendita y el escapulario de la Virgen. Descubría con la mayor claridad que cada una se apoyaba en luminosas demostraciones, sirviéndose mutuamente de fundamento, iluminándose con sus rayos recíprocos, y brillando todas, desde la cumbre hasta el extremo último, con incomparables bellezas lógicas, morales y *estéticas* de todas clases.

Sucedía, en su virtud, alguna vez que á solas exaltábase como si conversara con el joven ó con mistress Needle, proponiéndoles sus razones en favor de las creencias católicas, combatiendo las prevenciones sistemáticas de los anglicanos, y estrechando á sus contrincantes con sus ratiocinios



nervosos, que desvanecían sus objeciones. Adiestrábase al mismo tiempo en templar idealmente sus fórmulas y sus frases, á fin de no herir la delicadeza de los referidos. — ¡Pobres ciegos, exclamaba: ciegos y orgullosos; nutridos con el odio á la Iglesia romana; desconfiados de todo lo que no es inglés; crueles por añadidura, por la soberbia de poseer únicamente las divinas Escrituras, como si nadie las entendiera como ellos; y jactanciosos hasta el punto de atribuirse la infalibilidad que niegan al Vicario de Jesucristo, á los Concilios, á la Iglesia . . . ! Os haré tocar con la mano que . . . ¡Mas yo deliro! Despacio, paz, quietud, oración, silencio.—

Tal era la conclusión práctica de los estudios ardentísimos de Julia. Comprendía que con dos ó tres batallas semejantes á la última sobre la devoción á la Virgen, envenenaría sus relaciones amigables con la señora Needle, alejando, en su virtud, la esperanza de convertirla. Tenía, pues, precisión de no dejarse arrastrar fácilmente á las controversias, aunque con ahínco las deseara. Por ello, más que nunca, dióse á la obra del album artístico, fundado para que sus alumnas estudiaran y para que los demás se distrajesen. Se hablaba sin cesar

de cuadros, esculturas, monumentos é historia natural, y florecía nuevamente la conversación de las puerilidades inocentes con las pequeñas; inventaba juegos, proponía cuestiones de literatura é historia, hablaba de política ó de las novedades corrientes; conseguía, sobre todo, que se alegrase y conmoviese de placer la familia, tocando el piano sola ó con otras señoritas.

No le faltaba tampoco la compañía de los aficionados á la música. Para no pocas buenas mamás inglesas y americanas que invernaban en Florencia, era muy alegre y deleitoso el salón de la señora Needle, por lo cual volvían á él frecuentemente con sus hijas, como si fuera un dulce nido de veladas familiares. Allí Julia naturalmente resplandecía con todo el esplendor de sus gracias naturales y de su educación, llenándose mistress Needle de gozo. Parecíale, y no sin motivo, á la experta señora, que comenzando á introducir en las reuniones distinguidas á sus pequeñas, bajo las alas de tan excelente profesora, se conseguía grandemente acreditar de madre sabia, y circundaba también á sus hijas con la aureola de una exquisita educación.

Tanto más complacían á mistress Needle



los triunfos de su amiga, cuanto notaba que, después de la disputa sobre la Virgen, hacía todo lo posible para no empeñar combate, al que con frecuencia la compeñía John. No acababa la celosa pietista de persuadirse de que su amado primogénito conservaba todo su rigor puritano, haciendo recaer la culpa, no sobre la joven, sino sobre él mismo, que con su manía reciente no cesaba de picotear á la joven sobre su religión. Si bien se mostraba tan buena como Julia, no concluía de inquirir ansiosamente los medios de contrastar su influencia en asuntos religiosos.

Con tal intento, se fijó en una persona que le parecía completamente á propósito para que la ayudase. Era un viejo encanecido, de maneras distinguidas é inglés de *pura sangre*, que se había refugiado en Florencia para prolongar sus años enfermizos, merced á un aire puro y clemente. Los amigos habíanle presentado á la señora Needleno bien llegó á Florencia; había contribuido más que los otros á que desistiese de su idea de sustituir la fonda de la ciudad con una quinta del campo. Enemiga la dama de placeres ruidosos, conformábase con los apacibles de la familia y con las relaciones amistosas, cosiderándose feliz por aque-

llos y por estas. La amistad de sir Roberto Smith (así se llamaba el anciano) tenía sobre todos un precio inestimable para la señora. Como conocía el buen viejo minuciosamente todas las historias, todas las bagatelas y todos los detalles de las comuniones protestantes, hablaba con gusto de ellas frecuentemente, prefiriendo, por de contado, la Alta Iglesia, de la cual era defensor. No hay que decir si la Needle haría en ello hincapie, colmándole de atenciones, á fin de atraerlo á su casa y excitarlo á sus conversaciones favoritas, sobre todo delante de su John, de su Clara y de su Clemencia; en su interior sólo le llama *Sir Contraveneno*.

Además de cuya ventaja, suprema y ansiadísima, otra no despreciable conseguía por Smith: la de que hallándose presente, no había peligro de fastidiarse. Era hombre que hablaba siempre solo, un cuarto de hora, ó media, sin permitir que los demás dijese la menor cosa; entre tanto, pasaba en revista las nuevas de su país y de de América, con tan sabrosas chanzas, que todos pendían voluntariamente de sus labios. Otras veces entraba del mismo modo en las reminiscencias de sus viajes (había recorrido medio mundo), en las aven-



turas de su juventud, en los hechos y proezas de los hombres ilustres con los cuales había tenido familiaridad. Entonces parecía olvidarse de sus años, que frisaban entre los setenta y los ochenta; se coloraba su rostro, saliendo las palabras tan abundantes, tan cultas, tan dignas de un caballero, que al oírlo creían asistir los presentes, no á una tertulia de pasatiempo, sino á una sesión académica. La Needle lo proponía á John por modelo, esforzándose para que ambos cambiaran recíprocamente sus conversaciones.

Sólo que sir Roberto Smith, en ciertas fases de la luna, padecía un esplín sumo, tétrico, impenetrable. No viéndolo comparecer mistress Needle, iba en su busca, disponiendo que su hijo fuese con ella. Encontrábale ahondado en su sillón oscilante, sepultado entre almohadas, sin periódicos, ni libros, ni papeles á su alrededor, pero con una voluminosa Biblia sobre una mesa, cerrada con broches de plata. Tenía los ojos fijos en el fuego de la chimenea, de la cual se apartaba sólo un momento, á fin de saludar á la visitadora con una leve inclinación de cabeza, é indicarla que se sentase á su lado.

—¡Oh! ¿Qué linda cosa meditais? pre-

guntábale mistress Needle, al estrechar su mano.

— La muerte, respondía Smith.

—Dejad las tristezas; quien está sano es joven.

—Aunque estuviese bueno, que no lo estoy, dice Platón que toda su vida piensa el sabio en la muerte.—

La pobre Needle, en parte por lástima, y en parte por educación, procuraba iniciar alguna plática indiferente, agradable ó espiritual. Tiempo perdido: su interlocutor era una estatua de mármol. ¿Hacía señal de retirarse, después de muchas tentativas inútiles y de mucho silencio, mezclado con muy pocas palabras? El viejo estrechaba grandemente sus manos, suplicándola con su actitud y con sus ojos que permaneciese más tiempo con él. Era preciso contentarle.—¿Qué hombre tan misterioso! (decía luego en su interior, cuando al fin lograba que la dejase marchar.) Tiene un corazón de oro: nuestro ministro me asegura que nunca recurre á él vanamente, cuando se trata de socorrer á los pobres británicos; él mismo me dice que da indiferentemente al párroco católico y al pastor protestante. ¡Y luego se llena de melancolía con el pensamiento de la



muerte! ¡Quién lo creyera....! Es capaz de irme á visitar mañana y de meter más ruido y más estruendo que nunca con una comedia de chácharas. Descifrad el enigma.—

Y era exacto. Sir Roberto iba al día siguiente por la noche á casa de la Needle, después de la función religiosa; aunque se había hecho sostener por su criado y por su bastón para subir la escalera de la fonda de Nueva York, al entrar no desatendía ciertamente á nadie, y estrechaba la mano de todos los que veía: á mistress Needle, á John y á Julia, dando encarecidamente las gracias á los que lo habían visitado. No acababa de hacer fiestas á las niñas.— Hoy, ¿á dónde habeis ido, hermosas?

—A la iglesia, contestaban.

Y Smith, marchando prontamente por el camino abierto, decía á la madre.—¿Os habeis distraído al oír á nuestro pastor?

—Decidme primeramente qué paso de su sermón os gustó más.

—Contestaré casi con aquel crítico nuestro, respondía Smith, que me gustó principalmente su paso del púlpito á la sacristía.

—¡Oh! Cada cual tiene sus gustos.

Smith:—A decir verdad, me gusta oír á

nuestros ministros en la conversación, tratándose de personas cultas; pero en el servicio del templo me propocionan un placer semejante al que proporciona el humo á los ojos.

—¡Oh! ¿Por que? preguntó escandalizada la Needle.

—Porque al predicar no dicen nunca nada que llegue hasta nosotros. Siempre vuelan por las cimas de los campanarios, temiendo contrariar las diversas confesiones corrientes. Hallo en ello mucho de pálido, de exánime, de limón exprimido. ¿Digo bien?

—Cada cual tiene sus gustos, repitió la Needle, que por una parte vislumbraba la verdad de la observación, y por otra temía ofender á la Alta Iglesia.

—Cuando pienso que esta clase de hombres nos han de asistir en el lecho de la muerte, sufro anticipadamente los espantos de la agonía. En batalla fuí herido dos veces en las Indias, y llevado á la enfermería ambulante. Tuve á mi alrededor ¡cosa rara! ministros de diversas confesiones. ¡Qué gente tan poco á propósito! Uno me asaltó, exclamando:—“Amigo, haora es el tiempo de recibir al Espíritu



Santo y de convertiros, por que dentro de poco morireis." Otro quiso que se arrancaran las cortinas del lecho, asegurando que mi alma combatía con los espíritus infernales. Después un tercero sentóse alegremente á la cabecera, y de repente dió un salto hasta Ezequiel, diciéndome:—"¿Os acordais de los hermosos tiempos de la juventud, cuando hacíamos de las Escrituras nuestras delicias? ¡El capítulo décimo de Ezequiel!" Y entróme luego en un embrollo de querubines, de carros y de ríos Chobar (1). ¡Figuraos! Yo repeto la Biblia tanto como la puede respetar cualquiera fiel protestante; pero en la juventud en otras cosas había de ocuparme, y no en aprender de memoria el capítulo décimo de Ezequiel precisamente.

—¿En dónde hicisteis vuestros estudios? le preguntó la señora.

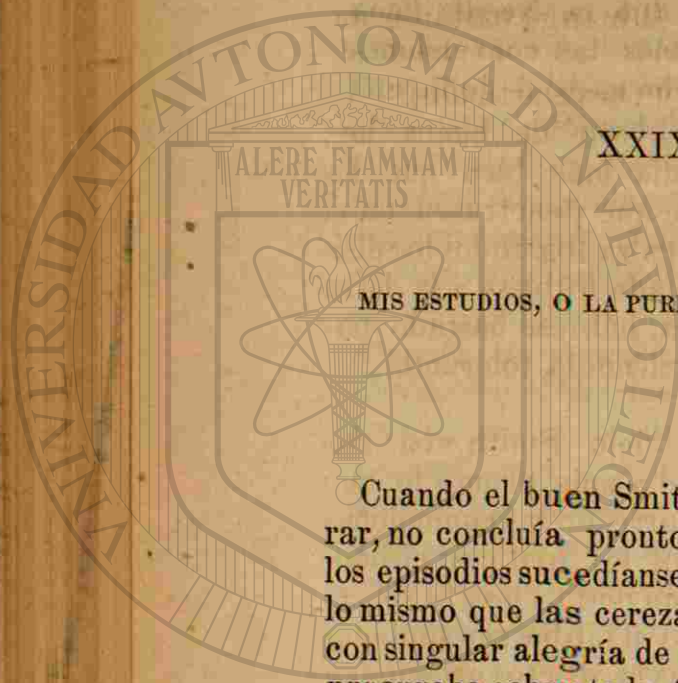
—Un poco en cada parte: la última del curso la voy siguiendo ahora en Florencia, esperando mi fin. Sobre todo, en materia de religión nunca tengo bastante, y nada me parece demasiado (la señora llenóse de gozo); mas si estudié yo en algún lugar de

[1] Los tres casos son rigurosamente históricos.

veras el mundo, fué sin duda en Ginebra, donde me convertí casi en un misionero.

—¡Oh! contadnos, dijo la Needle llena de curiosidad, contadnos las conversiones que conseguisteis. Echó luego á John una mirada, que decia:—"¡Escucha"





XXIX.

MIS ESTUDIOS, O LA PUREZA PROTESTANTE.

○ Cuando el buen Smith poníase á perorar, no concluía pronto, y por añadidura los episodios sucedíanse los unos á los otros lo mismo que las cerezas, aunque siempre con singular alegría de mistress Nedle, que procuraba, sobre todo, fortificar en el corazón de su hijo el celo y el amor á la Alta Iglesia. A fin de asegurarse más de la pureza de sir Roberto, preguntóle:—Cuando llegásteis á Ginebra, ¿os hallábais firme aún en vuestra confesión, ó bien íbais por ansia de novedad?

—¿Qué? contestó Smith; era yo anglicano de corazón, cuanto lo puede ser un

alumno de la universidad de Cambrige, donde había concluido mi carrera de letras: sólo que tenía la manga bastante ancha.

—¿Y los treinta y nueve artículos?

—Los consideraba oro de buena ley, salvo que los extendía más bien que los estrechaba, á fin de que penetrasen en el empíreo, vestidos y calzados, todos los disidentes. ¡Oh! Si tomado hubiese á la letra lo que ví en Ginebra, hubiese bastado para dilatar mi fe, haciéndola tolerante.

—¿Qué visteis?

—Vi, contestó el viejo Smith con voz grave, que allí sucedía más pronto lo que más tarde pasó y ocurre en las comuniones protestantes de todos los matices: el pueblo continúa firme sin duda en su fe sobrenatural, conservando su biblia, sus símbolos y sus confesiones; mas los doctos prescinden de ella disolutamente. En Ginebra lo vi con mis ojos, tomando en la representación alguna parte. Las antiguas reformas de Calvino habían respetado los dogmas fundamentales del cristianismo, á saber, la Trinidad de las divinas Personas y la divinidad de Jesús. Los descendientes de aquellos reformadores, más fieles al principio del libre examen que á las fórmulas de su igle-



sia, fueron poco á poco protestando, cada vez con más tirria. En una palabra; cuando llegué á Ginebra, ansioso de penetrar á fondo su ciencia religiosa célebre, la confusión no podía ser mayor. De todo el dogma cristiano, de todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, había quedado únicamente un moribundo resplandor de deísmo.

—¿Sin símbolos? preguntó la Needle.

—¿Sin biblia? preguntó John, que había-se acercado á Smith, y que, con los dedos sobre un piano, tenía fija en él la mirada, cual si devorar quisiera sus frases.

Julia, por el contrario, temerosa de quedar envuelta, muy á su pesar, en una discusión de la cual quería huir, diestramente tomó el portante. La Needle observó el hecho, y juzgándolo discreción, quedóse sobre todo encarecimiento contenta. Smith continuó:—Todo había terminado: los símbolos se habían suspendido de las higueras, y la biblia había-se desterrado. La Venerable compañía de los Pastores de Ginebra estaba de punta con la Academia, á cuyas cátedras iba yo como tantos otros, á fin de aprender la sincera doctrina de la Reforma; pero los profesores enseñaban en lenguaje bíblico las bellas teorías de Voltaire y de Rousseau. Por fortuna esta-

ba yo asido fuertemente á mis bravos treinta y nueve artículos. Entre tanto, comprended qué raza de ministros se educaban en tales escuelas, con el apéndice de la crápula, de los desarreglos y de lo demás...

—¡Pobres madres! exclamó mistress Needle.

—¡Pobres pueblos! deberíais decir, prosiguió el anciano. Los jóvenes así educados desempeñan todos los oficios pastorales; ahora existen en todas partes, y tiemblo al pensar que uno me habrá de asistir á la hora de la muerte.

—No os preocupeis de ello, dijo la señora; aquel debió ser un año climatérico.

—¿Qué? replicó Smith: todos los años son parecidos, si no peores. ¿Habeis conocido á sir Spencer?

—¿Cuál?

—El hijo del conde Jorge Jonh Spencer, primer lord del almirantazgo, que siendo ministro de nuestra confesión, declaróse papista, y ahora es fraile, si no ha fallecido últimamente.

—He oído hablar de él, dijo la Needle.

—Ahora bien: era éste aún de los nuestros cuando llegó á Ginebra, y le hablé por eutonces. ¡Era preciso oír cómo se in-



dignaba contando lo que había visto allí. ¡Cómo describía aquellos predicantes y ministros en ciernes, inquirir en los cafés lo que á su oficio pastoral correspondía, con el cigarro en la boca y los papeles en la mano! Por lo demás, las cosas que ví no eran del día de ayer, ni del día precedente, sino viejas, antiquísimas. El pueblo ginebrino decía contra ellas pestes y más pestes. En una palabra: el escándalo, como siempre, produjo la reforma. Se halló un grupo de ministros que se avergonzaron de estos horrores. Figuraos nuestros *tratarianos* ó puseístas...

—¡Dios nos libre! exclamó la señora, implacable hasta contra el nombre de los puseístas.

Smith, sonriendo:—En una palabra; figuraos á los reformadores, ansiosos de reedificar cosa sagrada y sobrenatural sobre la Biblia. Se reunieron en casa de un predicador de gran nombre, llamado Malan; fraternizaron con algunos jefes Wesleyanos y con los hermanos Moravos, jurando que vituperarían en público el paganismo dominante en Ginebra. La bomba estalló bajo la forma de un librito, que á la luz del sol demostraba la apostasía de la iglesia ginebrina, aduciendo como prueba los

pasajes de las obras de los pastores y de los públicos catedráticos, que renegaban de la divinidad de Jesucristo. No había nada que decir; el hecho estaba probado como tres y dos son cinco. Podeis imaginar la indignación del pueblo, mejor aún que sus maestros. Decían en alta voz que áquellos señores de la Venerable compañía, los del Consistorio y los de la Academia, eran una cáfila de arrianos, de deístas, de socinianos, de ateos, y nada más. Hablábase sólo de la Biblia negada por los pastores, ó de la Trinidad de Dios y de la divinidad de Jesucristo escarnecida; estaba llena la población de lo que se decía, desde las salas del Gran Consejo hasta las relojerías, las fondas, las trastiendas, las tabernas donde se teologizaba entre los *chopines* de la cerveza y las copas del *kirschenwasser*. No tardaron los pastores en tomar su propia defensa, recurriendo á su autoridad y á su astucia, por serles imposible desvanecer con buenas razones la tacha de incrédulos. Publicaron un decreto fulminante, que prohibía las discusiones religiosas: suspendieron a Malan y castigaron de manera diferente á otros ministros; llevando la guerra después al territorio enemigo, diéronse á desacreditar en los pe-



riódicos á los nuevos regeneradores del protestantismo, como si fueran una manada de charlatanes santurrones que intentarían convertir á Ginebra en un convento de capuchinos. Cuando yo ví esta lucha desleal....

—Mas, decidnos por merced, añadió John interrumpiéndole: ¿á cuál de los partidos os inclinabais?

—¿Yo? Tenía poco más ó menos vuestra edad; era colérico como un potro, y tenía la cabeza á pájaros. Miraba aquella escaramuza de Ginebra como hubiera mirado una corrida de toros en Valladolid. ¿Qué peligraba yo? Nada. Había, por el contrario, ido allí para estudiar las opiniones de la iglesia ginebrina, y el estudio se hacía por sí propio, sin fatigarme sobre los libros; aquellas idas y venidas de la Venerable compañía, aquellas cabriolas de los pastores del Consistorio, aquellos profesores de la Universidad, me revelaban la íntima podredumbre de la iglesia.

—Mas en el fondo, dijo John insistiendo, ¿al lado de quién os poniais?

—¿Me lo preguntais? Como debe todo cristiano, me ponía de parte de la fe, de la Biblia, de losobrenatural (mistress Needle se llenó de gozo al oír estas palabras).

Exteriormente, sin embargo, mostraba buen semblante á todos (entonces se alegró John). Hice más aún, pues acudí en auxilio de la parte mejor; porque hubiera sentido en el alma que la reforma concluyera en juguetes y fanfarronadas. Me puse ocultamente de acuerdo con la sociedad bíblica de Londres, que se mostró dispuesta en extremo á sostener á los reformadores. Cubiertos al por mayor de bellas esterlinas, nosotros (digo *nosotros*, porque yo me había entregado al asunto en cuerpo y alma) comenzamos á guerrear en toda regla; construimos capillas y templos contra las capillas y templos de Ginebra; abrimos escuelas, cuidamos de nombrar ministros y predicadores, con gran cólera de la Venerable Compañía y todos ellos.

—Se ve, dijo la señora mirando á su hijo, que desde joven teniais el celo de la casa del Señor. ¡Ojalá lo tuviese mi John.

El joven:—No me juzgueis indiferente; quizá bajo la ceniza encubro más fuego del que imaginais. Tengo curiosidad de saber, señor Smith, qué lograsteis con vuestros esfuerzos.

—¿Qué quereis? Tuve sólo el mérito de una laudable acción. El cuerpo de los pastores era omnipotente por su tenacidad;



fijas las garras en los empleos lucrativos, tronaba en todos los púlpitos, ofendía desde todas las cátedras, batallaba en todos los periódicos, tenía, en fin, á las espaldas el auxilio del Gran Consejo y las fuerzas de los gobernantes: en una palabra, no pudimos edificar nada duradero. ¡Se necesita tan poco para conseguir que se crea el pueblo engañado! Éramos motejados de saltimbanquis y de bufones; los ministros chillaban en coro, que para entrar en la pureza de la reforma convenía romper ante todos los cepos de la escritura, de los símbolos y de las profesiones de fe; que de tales fórmulas sólo debía subsistir la quinta esencia, que es la libertad del espíritu, dándose alas á la razón, á la filosofía y á la crítica; que á la Academia ginebrina tocábale levantar la bandera de la restauración racional, etc., etc. ¡Abajo las vejeces, abajo las trabas, abajo las cadenas del pensamiento? Los pretendidos reformadores, que fingían querer restaurar en Ginebra los dogmas positivos é inmutables, eran en realidad adversarios del protestantismo, y desconocedores de su espíritu; cerebros angostos, obstinados en sacar del sepulcro una momia seca de cristianismo, los melindres de la devoción á Jesu-

cristo eran burlas desaliñadas, capaces de arrastrar á mujercitas, y nada más; no bien Ginebra diese oídos á los pastores jesuíticos, el papismo ó sea la gran meretriz predicha por el *Apocalipsis*, presentaría allí con las fauces abiertas para engullir á Ginebra, y á los ginebrinos, y á todos los protestantes. Esto se voceaba contra nosotros...

—¡Es posible! exclamó Jonh. ¿Eran necios los ginebrinos hasta el punto de no comprender que se trataba de los fundamentos del cristianismo? ¿No leen la biblia?

—Querido joven, respondió Smith; el pueblo es siempre pueblo; la biblia es un libro que no puede hablar, y permite que se comprenda como place al lector. ¡Oh! ¿Por ventura no tenemos trescientas ó cuatrocientas diferentes comuniones, fundadas todas en ella? Lo cierto es que allí el furor contra los reformadores llegó á tal punto, que los estudiantes de la Academia quisieron triturar la reforma con las violencias más brutales.

—¡Estudiantes de teología! exclamó John, semi-poniendo en duda y semi-escandalizándose de lo que oía.

—Os digo lo que ví con mis ojos, caro



John, y lo que escuché con mis oídos; lo que toda Ginebra miró con espanto: basta releer los periódicos de aquel tiempo, y los libros que se publicaron. Sin saber de qué manera, oigo decir que hay tumulto en la capilla de los *Momieros*, como nos llamaban por burla. Corro á ver, me confundo con la multitud, examino aquí y allá con mi gente, interrogo. Eran los valientes ministros en agraz, los pastores que creían en la escuela de la Venerable compañía, los cuales iban á combatir con los adversarios de la divinidad de Jesucristo. Sus silogismos estaban en la punta de los bastones nudosos y en las mazas de hierro; las conclusiones volaban entre un terrible diluvio de piedras, en medio del que se oía el grito infernal de: ¡Abajo Jesucristo! “¡Bien por mis predicantes! decía yo: vosotros predicareis un nuevo evangelio.”

—¿Escuchásteis el grito? preguntó John.

—Como ahora vuestra palabra, repuso Smith; y continuó:— Por lo demás, el hecho no pareció extraño á las gentes de allí. Desde las cátedras maltratábase á Cristo á la faz del clero joven, negándose su divinidad, lo cual valía tanto como declararlo impostor y blasfemo atrevido hasta el punto de llamarse Dios; es claro que con tal

frenesí embebido en el ánimo, debían mover guerra contra los que intentaban restaurar la fe de Jesucristo.

—Pienso, dijo John, que tales exorbitancias aumentarían el renombre de los reformadores.

—Imaginaba yo lo mismo, respondió Smith; mas no fué nada. Un poco de viento comenzaba ciertamente á hinchar las velas de la empresa con la clase media. “A lo menos, decían las madres de familia, adórase á Jesucristo y cítase la biblia como un libro celestial.”

—¿Iba la gente á los nuevos templos? preguntó la Needle.

—¡Si iba! Estaban llenos y atestados; rebosaban, á lo menos en el principio.

—¿Y luego?

—Luego, después de una llamarada de prosperidad, todo se desvaneció como el humo. ¿Qué había pasado? Los ministros del nuevo culto, en vez de marchar unidos y compactos á combatir la buena causa de la biblia y de las verdades primitivas de la religión, no se ponían ya de acuerdo entre sí. Se ocultó la rivalidad un poco, rompiendo después en abierta discordia. Tres eran las capillas de los *Momieros* ó reformadores, siendo tres también las di-



ferentes reformas, los evangelios y las morales. Cada uno de los jefes quiso hacer que prevaleciera la suya; se picotearon unos á otros en el púlpito, se mordieron, besaron y escarnecieron, excomulgándose al fin recíprocamente como locos coléricos.

—¡Siempre así! exclamó mistress Needle, sin poder dominar el primer movimiento; aunque añadió pronto, corrigiéndose: —A lo menos fuera de la Alta Iglesia.

—¿A propósito de qué? preguntó John, con la vista en el suelo.

—A propósito de nada, respoució Smith; tanto, que sus amigos empezaban á reirse, y sus adversarios á burlarse. Figuraos que uno de los escollos contra que más se rompió la nueva reforma, fueron los sombreros de las señoras.

—¡Como en Troya! respondió John; ¡siempre una Elena! ¿Qué tenían que ver los sombreros con la reforma?

—¡Qué quereis! Uno de los *pietistas* más fervientes dejóse tentar, ignoro si por el demonio ó por la locura, y dió una reprimenda á las señoras reformadas, pretendiendo que, tratándose de reavivar el dogma religioso, se debiese primero reavivar la modestia cristiana. ¡Nunca lo hubiera hecho! Al domingo siguiente el patriarca

de la reforma combatió dicha prédica, desgañitándose al recomendar la moda:—

“¿Qué rigorismo frailuno es este?, gritaba. ¿Se quieren desterrar de la iglesia reformada las costumbres de las personas cultas? Se pretende que para seguir la Biblia y las ortodoxas doctrinas sobrenaturales, las señoritas deben venir á la casa del Eterno (el nombre de *Dios* no place á Ginebra) con cofias en la cabeza ó con las tocadas tiesas de las Hermanas. Hermanos, no; sombreros se pueden llevar, y adornos, y flores, y vestidos hechos según la moda corriente. Aun cuando no existiese otra razón, existiría siempre la de mantener el espíritu de libertad, que es el alma de la reforma. He aquí la obligación de una señora y de una señorita en la iglesia reformada.”—Al oír tales predicaciones, las elegantes de la asamblea se miraban de reojo y se morían de gusto. Afuera, todo lo contrario. Los hombres sesudos comenzaban á considerar la reforma como un pasatiempo de sus partidarios, que no tenían fe ni moral firme; á determinadas disputas calificábanlas de chismografías. En el interin, uno de los reformadores, cierta persona llamada Bost, se presentó con un li-



bro, refiriendo algunas escenas, y atribuyéndolas al orgullo de sus caros cofrades, á su ansia de aura popular y á su avaricia. Decía claramente que cada uno trataba de conseguir más parroquianos en su capilla, con el fin de alquilar los bancos á mayor precio y obtener los productos. Entonces los reformados comenzaron á mirar á su alrededor, y á desconfiar de la reforma; hablóse menos de Biblia y de dogmas; por un inmenso silbido del público desapareció la nueva iglesia, con todas sus discordias intestinas y con todas sus buenas intenciones.

—Fué un mal, dijo la Needle.

—Inmenso, replicó Smith. Tanto más, que los católicos lo veían, y gozaban con el mayor gusto por las luchas entre los ortodoxos y los heterodoxos, entre los viejos empedernidos y los jóvenes reformadores. ¿Tengo que decirlo todo? ¿Me perdonareis por mi juventud?

—¡No faltaba más!, gritó John; ¡contadlo todo, sin omitir la menor cosa.

—Pues bien; me puse á un lado entonces, y dejé que la reforma se viniese abajo muy agusto. Me dí en el alma y cuerpo al párroco de los católicos.

—¿Siendo protestante vos,? dijeron á una, interrumpiéndole, Jonh y su madre.

—No acostumbro á mentir, respondió el viejo con dignidad. El párroco de los papistas en medio de aquella babilonia me pareció un grande hombre, y yo siempre me incliné á los grandes hombres, sin curarme de sus ideas. Estudiaba las figuras que pasaban y se las habían en las polémicas, esto es, los ministros de la Venerable compañía de los pastores, los catedráticos, los consejeros de Estado, los reformadores, los periodistas, los predicantes y los escritores; al otro lado veía yo al sacerdote romano seguir firme, aprovecharse de los errores de sus adversarios, y recoger diariamente en su barca la flor de los enemigos, sin que faltase al decoro ni á la lealtad.

Mistress Needle hizo una señal de asombro y de disgusto: mas sir Roberto no era hombre que se alterase por tan poco, y continuó:—Aquel altivo sacerdote de cabello blanco, ardiente como un león y cauto como el generalísimo de un ejército, me pareció un poema viviente; yo, joven, atrevido, de corazón ingenuo, me dejé prender en sus redes....



—¿Prender cómo? preguntó llena de ansiedad la Needle.

—Siendo su amigo.

—¿Amigo de un sacerdote papista?

—¿Y por qué no? repuso Smith. ¿Qué mal me podía sobrevenir? ¿No era libre de dar mi estimación á quien me pareciese? Vernos, estrechar las relaciones y estimarnos en el alma, fué cosa de pocos días. Después de tres ó cuatro visitas, me dijo:—“¡Atolondrado! Te conozco; eres el más rabioso protestante que hay bajo la capa del cielo; pero eres leal. Te amo como á un amigo viejo.” Y me dió un apretón inglés.

—¿De qué os servía semejante amistad? preguntó John.

—De mucho. Quería penetrar en lo íntimo de la Iglesia católica, comprender su espíritu, observar la vida interior de los Pastores papistas y sus relaciones con su grey, parangonándolo todo con las acciones de los pastores protestantes de Ginebra y de mi comunión. Pues bien, ¿lo creeríais? Nunca manifestó la menor desconfianza de mí. Entraba en su habitación á cualquier hora, y le veía en su estudio, entre sus papeles ó con sus cartas en la mano; no tenía secretos conmigo, ni yo con

él, me hubiera parecido un sacrilegio mentir con un hombre tan leal. Sabía que se carteaba con los embajadores de las cortes extranjeras y con el Soberano, constándome además que había salvado los intereses de su religión en el Congreso de Viena, y que había establecido en Ginebra la Iglesia católica tan firme, que no debía temer nunca que desapareciese.

—¿Cómo se llama este hombre tan extraordinario? preguntó John.

—Era el famoso abate Vuarin, á quien no quiso el Pontífice hacer Cardenal, sólo porque no sabía cómo sustituirlo en la Iglesia de Ginebra. Sus glorias me hacían querer y venerar aquel hombre, más quizá de lo que quise y veneré á ningún otro. Me complacía (¿á qué ocultarlo?) me complacía en sus triunfos, en verle combatir con tanto convencimiento por sus opiniones, y en leer sus opúsculos, con los cuales llevaba frecuentemente la confusión al campo de los conservadores y de los radicales, azuzando á los unos contra los otros, y poniéndolos en ridículo recíprocamente, sin la menor exageración, y mucho más sin mentira. Negar no podía yo á mis ojos que, si bien papista, era un ministro perfecto de la religión, pobre para sí, rico



para los demás, limosnero igualmente para los suyos que para los protestantes, adorado de los católicos, temido y aun respetado por los enemigos del Papa, humilde con los inferiores, impertérrito con los grandes, de bronce para las desventuras...

--Un semidios, dijo John sonriendo.

Añadió mistress Needle, con cierta ironía; --¿Y nunca os habló para que os hicierais papista?

--Lo hizo, sí; mas si él era muy astuto, yo lo era más.

John le preguntó curiosamente: --¿Qué os decía con el fin de arrastraros?

Respondió Smith: --Nada que no se lo inspirase la más pura lealtad. Frecuentemente me hablaba de religión, me hacía entrar en lo íntimo de los dogmas católicos, me los explicaba claramente, y después añadía: "Soberbio hijo de Albión, inclina la cabeza. confíesate sumiso á Dios, cree todo lo que ha revelado á su Iglesia, y pide después perdón de tus pecados: si no, irás derecho á la casa del diablo. De todas maneras, ahora no te quiero hacer católico, porque aun no tienes bastante juicio; mas vendrá un día en que serás papista, papista furibundo: cuando lo medites bien todo con buena fe."

--Esto es hablar claro, observó John.

Mistress Needle preguntó con ansiedad disimulada: --¿Nunca os sentísteis compelido?

--No (á la señora dilatósele su corazón); no me sentía inclinado poco ni mucho al papismo, aunque sí grandemente conmovido y agitado en mis opiniones. Consideraba el principal centro de la reforma protestante reducido á una caverna tenebrosa, sin fe cierta, ni verdad inconcusa, ni dogma definido, ni respeto á la inspiración de la Biblia, ni creencia en la Trinidad de Dios y en la divinidad de Jesucristo; todo esto sin esperanza de restauración... Por último, á fin de no perder mi profesión anglicana, huí de Ginebra y marchéme á Roma para estudiar antigüedades.

--¿Ni aun en Roma, le preguntó la Needle, tuvísteis nunca veleidades papistas?

--Os diré que las cosas papistas me gustaron y me desplazieron... --

Aquí un golpe de tos sorprendió al pobre viejo, jadeante por la extensa y precipitada conversación. La Needle hizo que le trajeran un té, que no aceptó. Roberto Smith buscó su fiel maza de oro, y



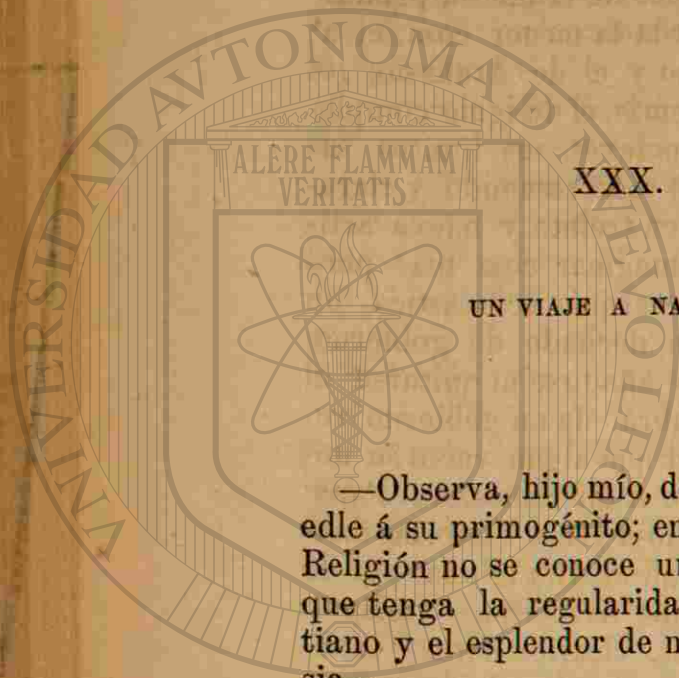
levantándose, despidióse casi bruscamente. Habíase ofendido por la poca tolerancia de la Needle y de su hijo relativamente á los católicos; pero mucho más por la desconfianza con que habían acogido sus observaciones críticas sobre el desercido del protestantismo.

Con todo, ¡hasta qué punto engañábase! John se había enamorado de su modo de juzgar altivo y sin preocupaciones; la madre se lo perdonaba todo, merced á su frase última, con la cual confesó que seguía siendo anglicano y enemigo de las cosas de los papistas, aun después de sus estudios en Ginebra y en Roma. Por ello se figuraba la buena madre que la conversación de sir Roberto sería sumamente ventajosa para su hijo, desacreditando por una parte los abusos de los racionalistas, y al papismo por otra. No sabía qué cosa desear mejor para mantener firme á su hijo muy amado en el justo medio, esto es, en el Alta iglesia.

Al despedir al anciano, le renovó una multitud de ofertas é invitaciones. Cuando hubo partido, dijo muy alegre para sus adentros:—A lo menos cuando está Sir Contraveneno, Julia no se atreve á echarla de doctora. . . . Cuando retorne de Nápoles hallaré destejada toda su tela.—

Así decía la Needle, porque Julia estaba en vísperas de hacer un breve viaje para visitar á los suyos, antes de partir nuevamente á Inglaterra.





XXX.

UN VIAJE A NAPOLES.

—Observa, hijo mío, decía mistress Needle á su primogénito; en la historia de la Religión no se conoce un *establecimiento* que tenga la regularidad, el espíritu cristiano y el esplendor de nuestra Alta iglesia.—

Se resignaba John á tales discursos; no decía sí ni no; su frente no se desarrugaba, ni fruncía el seño; dejaba llover.

Añadía mistress Needle, cada vez más afectuosa en la mirada, en el gesto y en el tono de su voz:—Obsérvalo, joya mía; nosotros poseemos la flor de las instituciones celestiales; no sólo la Biblia, que honramos como corresponde á un libro escrito

bajo la inspiración del Espíritu Santo, sin<sup>o</sup> también los símbolos de la iglesia primitiva, sin que se pierda la menor cosa; el apostólico, el niceno y el de Atanasio; ¿te parece poco? Además, el designio completo de la iglesia, sus leyes, sus límites, sus dogmas, su moral; todo resumido y claramente registrado en treinta y nueve artículos; ¿se puede imaginar cosa más perfecta? Añade la jerarquía eclesiástica, un sistema que es un dechado de gobierno, al que nada puede añadirse ni quitarse: el ideal, en una palabra, de un gobierno religioso. Es verdad que algún vacío se nota, faltando, como si dijéramos, un Papa; mas suple la graciosa reina Victoria, dando cuerpo y unidad al Alta iglesia; por lo demás, tenemos dos Arzobispos, Obispos, decanos, canónigos, vicarios, curas y cuanto se requiere para el orden de las parroquias. Todo lo tenemos, caro John, todo lo tenemos, gracias á Dios; nada nos falta; constituimos una iglesia perfectísima, ó, mejor dicho, la verdadera iglesia. ¿Qué mas tienen los papistas, que se jactan de una jerarquía mejor ordenada? ¿Qué podrían añadir los *puseistas*, que pretenden restablecer y mejorar el *anglicanismo*?—  
John se frotaba la frente, como sintien-



do nacer en su espíritu una observación contradictoria, y luego se contenía.

La celosa madre continuaba:—Por mucho que miro yo en torno mío, en las comuniones evangélicas nada descubro que se pueda poner en parangón con nuestra iglesia; veo, por el contrario, al salir de ella, que hay cosas deplorables en todas partes. ¿Oíste lo que sir Roberto Smith refería de Ginebra? Pues bien: te confieso que había oído contar á otros las mismas cosas, y que lo contradecía sólo porque me desplace oír las historias que manchan á nuestras iglesias. Lo mismo que pasa en Ginebra, pasa en Zurich, en las universidades alemanas, en América, y hasta en las escuelas evangélicas de Francia. La fe hace sitio para la incredulidad, que se desliza en las cátedras, en los púlpitos y en los sentimientos populares. Entre nosotros no es el racionalismo el que mueve lucha contra la iglesia; es la santurronería, el *tratarianismo*, el *puseísmo*, el *ritualismo*, en suma, todos los *ismos* que nacen del papismo más ó menos disfrazado. No hay otro medio, tratando de ir con rectitud, que atenerse á la Alta iglesia, firme y generosamente: la iglesia, dice San Pablo, es la columna de la verdad, y nosotros la reconocemos por

su noble sencillez, libre de excesos, hostil á las supersticiones, con la Biblia á la derecha y los treinta y nueve artículos á la izquierda.—

Estas dolientes parénesis caían con frecuencia sobre las espaldas de John, que las recibía con singular desemvultura, disimulando el desdén con que las escuchaba.—Según nosotros los anglicanos, decía en su interior, la iglesia es columna de verdad, más solamente cuando no yerra; los artículos de nuestra profesión admiten claramente que la iglesia puede tropezar, así como que los Concilios ecuménicos muchas y muchas veces erraron en materia de fe; luego sólo queda firme la Escritura... No veo por qué la deba entender yo como mi madre, ni por qué se ha de mandar al diablo á los puseístas que la entieden á su modo... En esto tiene razon sir Roberto Smith, que condena únicamente á los adversarios de la Biblia y de la divinidad de Jesucristo.

—Mistress Needle no conocia estas internas rebeliones de su John, y sólo por alguna leves sospecha redoblada sus solicitudes espirituales.

¡Pobre madre! A su ojo sumamente penetrante no podía escondérsele que John



había dejado en la universidad Canbridge una parte de su rigidez puritana, y que venía perdiendo la otra por su familiaridad con Julia. ¿Qué hacer? ¿Alejar á la joven? Hubiese sido una injusticia contra ella, y un daño irreparable á la educación de sus amadas hijas. Si alguna vez, oprimida por el remordimiento y turbada por el horror de ver á John menos escrupuloso en materia de doctrina, dejábase sorprender por la vaga idea de despedir á Julia, poco después, al verla, el insano designio alejábase á mil leguas de distancia, y sin decir nada enmendábase, acariciando más que nunca á la inocente paloma sin hiel, á su amiga tan tierna, á su casi afectuosa hija.

Entonces pasaba en revista otros planes, diciendo:—¿No le podré renovar la prohibición de promover cuestiones religiosas? Pero... ¿qué? ¿Falta ella á su palabra? ¿Acaso es la primera en iniciarlas? ¿No viene todo el mal de John?...? ¿Hablaré á solas con mi hijo, persuadiéndolo de que no debe nunca tocar ciertos puntos? Lo haría, si fuese ménos oso; pero es capaz de coger el sombrero, guarecerse en su propia fortaleza, y seguir tres meses con la cara fosca. Fuera de que no puedo negar que Julia me lo civiliza, me lo pei-

na y me lo pule... Además, si se le ocurriese teologizar con ella en oculto, ¿no sería peor que dejarle un poco con su gusto, bajo la inspección mía?—Por todas partes la desolada mujer descubría daños y peligros dominantes, si bien, casi como una luz entre las tinieblas, resplandecía la esperanza puesta en Smith, llegado felizmente de Florencia.—Este viejo, decía, tiene la lengua un poco larga tratándose de censurar nuestras miserias; mas en el fondo es siempre un fiel del Alta iglesia que supo resistir las insidias del papismo; después de tanto estudiar en Roma y en Italia, ha conseguido confirmarse mucho en su odio á las cosas romanas: luego John y toda mi familia sólo podrán obtener ventajas de sus conversaciones.—

El daño estaba en que sir Roberto Smith, además de ser un lindo parlador y ortodoxo de veinticuatro quilates, tenía el don de incomodarse más de una vez, pareciendo en su virtud que olvidaba sus relaciones con la familia Needle. Habían pasado dos días sin que se dejase ver; luego tres, y luego cuatro. La señora envió á su casa, con el fin de tener noticias. Respondieron: “Está bien;” y nada más.—¡Oh! ¿Se habrá enfadado con nosotros? preguntaba



John á su madre, ansioso de volverlo á ver.

—¡Quién sabe! respondió mistress Needle. Habrás observado que tiene días blancos y días negros; quizás nos hallamos en la semana negra.—

Un artificio sirvió para desenfadar á sir Roberto Smith: la señora y su hijo le visitaron, con el pretexto de invitarle á dar un paseo en coche al día siguiente hasta Fiésole, á fin de estudiar allí los muros gigantescos de la *acrópolis* vetusta. El viejo aprovechó muy á gusto la ocasión de reconciliarse. La ofensa estaba en su fantasía sólo, habiéndose lastimado por la poca tolerancia religiosa de mistress Needle. Esta, por el contrario, ansiaba más que nunca tratar con él, y ponerlo en relación muy estrecha con su familia, especialmente ahora que una feliz coyuntura tenía lejos de combate á la joven.

Precisamente por aquellos días habíase presentado á Julia una proporción favorable para dar una vuelta por Nápoles. He aquí cómo. Una familia inglesa, de las que frecuentaban los salones de la Needle, compélida para que volviese á su país, deseó vivamente saludar á Nápoles, á lo menos un poco, antes de salir de Italia. Le pare-

cía un sueño á la joven poder aprovecharse de la oportunidad y ver nuevamente á los suyos con tan buena compañía. Habiendo parecido bien su deseo á los viajeros y á la Needle, pudo pasar dos días entre las más dulces y afectuosas demostraciones de afecto, no sólo de su padre, sino también de su madrastra, de su hermano menor y de su hermana. Desde que se marchó habían trascurrido cerca de seis meses, que á la buena Julia parecían seis años. No menos largos habían parecido á su familia; que recibió el parte telegráfico de aviso como una sonrisa celestial, y la llegada de la joven como una fortuna.

La situación de la casa del conde de los Laureles era mejor, y aunque las epístolas frecuentes habían informado á la desterrada voluntariamente de todas las novedades domésticas, tuvo Julia un placer extraordinario viendo con sus ojos los adelantos conseguidos por los de su casa. El conde Octavio había buscado animosamente y conseguido un empleo en el Monte de piedad, considerando más honroso para un noble católico ganar el pan para su familia, que combatir la fortuna hostil con las manos en los bolsillos. Igualmente



su mujer, hallándose sola y en la precisión absoluta de dirigir su casa entre los rigores de su pobreza, comenzó á comprender hasta qué punto hubiese sido útil para ellos la presencia de Julia. Abriendo iba sus ojos; considerando, aunque de lejos, su conducta, su paciencia, su sumisión, su cordialidad, y sobre todo sus generosas disposiciones en las últimas y penosísimas desgracias de la familia, no cesaba de acusarse á sí propia en secreto; rendía el primer afecto á la joven, manifestándola por medio de cartas su gratitud vivísima.

—¡Oh! ¿Por qué no permaneces con nosotros algunas semanas? preguntó á Julia la condesa de los Laureles, cuando la hubo abrazado tiernamente, y después de besar sus mejillas. ¿Te presentas amenazándonos con partir muy pronto?

El padre, el hermano y la hermana sostuvieron el mismo ataque. Mas Julia fácilmente se defendió, haciendo valer en general la obligación del servicio á que se comprometiera, y su palabra de retornar juntamente con la familia con la que llegara. Después expuso sus razones á su padre, que con vivas instancias la compelió para que volviese á su casa de un modo definitivo. —¡Oh padre mío! ¿Querriais desha-

cer ahora el bien que se ha hecho? Mi alejamiento precisamente conserva la paz aquí, como también cierta bonanza...

—Exactísimo, respondió el conde; mas entre tanto, sin tí envejezco demasíadamente pronto.

—¡Valor! Un año, dos, ó tres... resignación y juicio: nos será más dulce abrazarnos nuevamente después, á su tiempo. De una cosa nace otra. ¡Sabe Dios qué consuelos nos prepara si llevamos tranquilamente nuestra cruz!

—¿Tienes alguna esperanza? ¿Vislumbra acaso algún punto luminoso?

—Yo; nada; me pongo en manos de la Divina Providencia, dijo Julia.

—En el interin, me consumo, sabiendo que comes el pan en casa de otro. ¿Por ventura te has acostumbrado á semejante humillación?

—No deja de parecerme salado el pan ajeno, sobre todo al pensar en nuestra historia; mas, debiendo caer, no podía dar en sitio más blando. Soy amada como una hija, y tratada como una princesa.

—Estoy persuadido de ello: si así no fuese, no podrías socorrernos unas veces con cien libras al mes, y otras con ciento cincuenta: sin embargo, más dulce deslizaría-



se mi vida estando con nosotros... Más te quiero á tí que á tus lirás.

—Oíd, padre mio; lo que me decís lo siento yo también. Mas el afecto es hermoso cuando lo regula la razón. Dejando las cosas como ahora están, teneis bastante casa; pero si me quedase, sería muy angosta: es un pequeño nido, aunque decente, para cuatro personas. Es más: con mi venida aumentaríanse los gastos, disminuyendo las entradas. Por añadidura, la mamá tendría ocasión de pensar en nuestro desastre, mientras que ahora, ocupada en los asuntos interiores, fáltale tiempo para llenarse de tristeza.

—Hablas muy bien, observó el conde Octavio; pero tú lo alegrarías todo con tu presencia.

—Espero que podré un poco más tarde, repuso Julia. Os digo la verdad; á prever yo que habíais de reponeros algo de los golpes sufridos; á imaginar que estuviera el tío á punto de salir de apuros, con la esperanza de recobrar mi dote, no hubiera quizás tomado las de Villadiego tan precipitadamente; mas ahora que me veo embarcada, y que, gracias á Dios, me sopla un viento propicio, ¿á qué fin retroceder? Además, os confieso que mi corazón háse

pegado no poco á la obra que tengo entre manos. Paréceme, si no me alucina el amor propio, que no es inútil completamente mi permanencia con la familia que me acoge. ¿Quién sabe si con el tiempo haré algún bien á aquellos pobres protestantes tan excelentes y afectuosos conmigo?

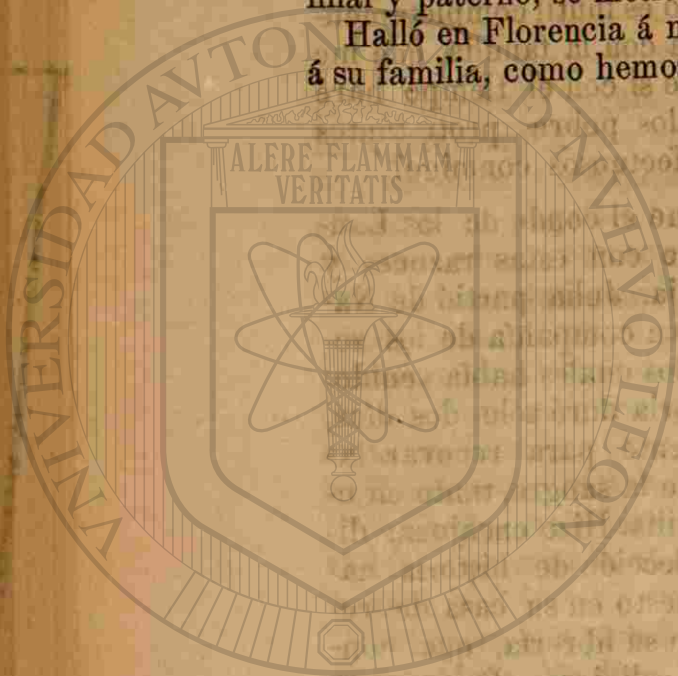
Fué necesario que el conde de los Lanreles se conformase con estas razones y propósitos de su hija. Julia partió de Nápoles á Florencia, en compañía de los señores ingleses con los cuales había venido. Si bien su escapatoria duró sólo dos días, sirvió admirablemente para renovar las santas afecciones de la sangre, tanto en ella como en su familia. Hizo encajonar diligentemente su colección de historia natural, que había puesto en su casa de recreo, como también su librería, que contaba muchos libros religiosos. Dejó encargado que las cajas estuvieran en disposición siempre de ser expedidas á Parque verde, no bien las solicitase.

Durante su permanencia en la casa de campo, no visitó á sus parientes ni á sus amigos, pasando las horas con los hijos de la madastra, con ésta y con su padre; cubierta, por último, con los besos de todos



y llena de placer por el renovado cariño filial y paterno, se metió en el tren.

Halló en Florencia á mistress Needle y á su familia, como hemos dicho antes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

de que tengo que ir a la casa de  
un conde. Vamos a ir a casa de  
este conde y que no ha llegado  
este conde con mucho gusto para lo que  
de la temporada.

XXXI.

AL TEATRO EN FLORENCIA.

Se acababa de comer en casa de la Needle, hablándose de naderías, pero sobre todo de la próxima vuelta de miss Julia. De pronto un lacayo anunció á la señora que sir Roberto Smith estaba en el salón.

—¡Qué fortuna! exclamó súbitamente mistress Needle. Y apresuróse á recibirlo.

—Vengo con el fin de haceros un pobre regalo, dijo el viejo.

—No sois capaz, respondió la señora, veo, por el contrario, uno excelente, que deseaba muchísimo; vuestra visita.

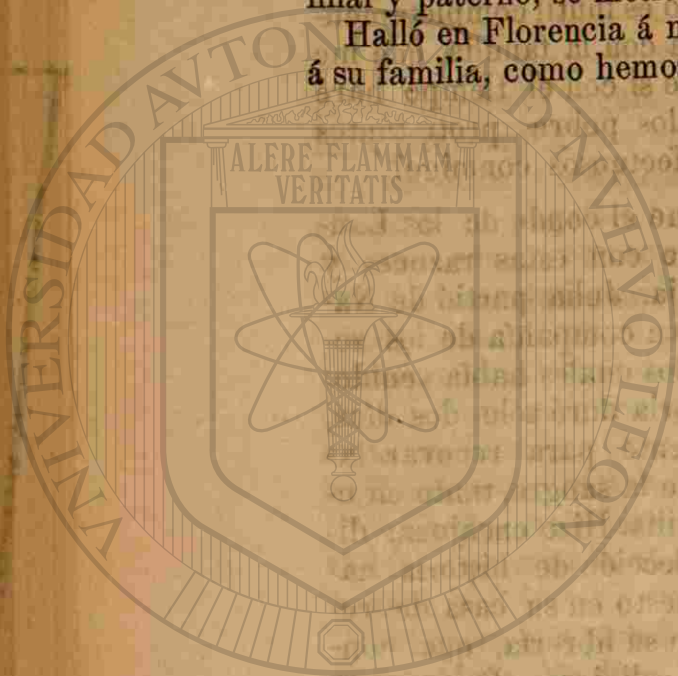
—Gracias; os contentáis muy fácilmente. De todas maneras, supuesto que sea excelente, admitid el malo también. Conside-





y llena de placer por el renovado cariño filial y paterno, se metió en el tren.

Halló en Florencia á mistress Needle y á su familia, como hemos dicho antes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

de que tengo que ir a la casa de  
un conde. Vamos a ir a casa de  
este conde y que no ha llegado  
este conde con mucho gusto para lo que  
de la temporada.

XXXI.

AL TEATRO EN FLORENCIA.

Se acababa de comer en casa de la Needle, hablándose de naderías, pero sobre todo de la próxima vuelta de miss Julia. De pronto un lacayo anunció á la señora que sir Roberto Smith estaba en el salón.

—¡Qué fortuna! exclamó súbitamente mistress Needle. Y apresuróse á recibirlo.

—Vengo con el fin de haceros un pobre regalo, dijo el viejo.

—No sois capaz, respondió la señora, veo, por el contrario, uno excelente, que deseaba muchísimo; vuestra visita.

—Gracias; os contentáis muy fácilmente. De todas maneras, supuesto que sea excelente, admitid el malo también. Conside-





rad que tengo aquí la llave del palco de un coliseo. Vamos, no os escandaliceis; lo tomé para unos sobrinos que aguardaba este invierno, y que no han llegado; os lo cedo con mucho gusto para lo que resta de la tempoaada.

—Acéptola con mucho placer, dijo la señora con finura, y la utilizaré, á condición (por ningún concepto debeis negaros), á condición de que me acompañareis, á lo menos una vez....

—¡Qué burla! Lo decís en broma.

—Aquí no hay broma ni burla; es un gusto, un buen gusto que tengo, y un favor que os pido. ¿Qué hallais de particular en ello?

—¡Oh! La cosa en sí no es mala; pero comprended que á mi edad, con mis achaques.... me creerian una mona que había ido allí de contrabando.

—Nada de esto; os creerian un padre de familia ó el abuelo, si quereis, de mis hijas, que á distraerse va un poco con las muchachas.

—Vamos, vamos, ireis vos, dijo Smith; yo después oiré de vuestra boca si os ha gustado la sinfonía, que no he oído de diez á quince años á esta parte.

—Razón de más para que os reconcilieis con el teatro.

—No, por el amor de Dios. En esto quiero ser *quáquero* hasta la muerte.

—Ablandaos, buen amigo, añadió la Needle con insistencia; no tendria el menor placer si fuese sola, y mis hijas....

Al oír estas frases, Clara y Clemencia se pusieron alrededor del anciano, sosteniendo con sus gracias infantiles la invitación de su madre. No esperaba Smith aquel asalto, y, como suele suceder con los viejos, comenzó á prometer por las caricias de las muchachas lo que quizás no hubiera concedido por las razones de la señora. Dijo, pues, resistiéndose débilmente:—Lo que demandais es imposible. ¿Cómo quereis que me arrastre hasta el teatro, si al subir mi escalera tengo necesidad de ser remolcado como una nave que se desarma?

—¿Qué decís? replicó la señora; á hora oportuna iremos á sacaros de vuestra casa; os pondremos en el coche como....

—Como un saco de huesos.

—Como un ramo de flores.

—¡Frescas, en verdad! dijo Smith.

—¡Oh! Hay muchos jóvenes que no pueden compararse con vos. Cuando quereis,



sois listo como una perdiz. Sólo debeis temer la escalera. Pues bien: para subir al palco, yo y Jhon os daremos el brazo.

—Y yo llevaré en la mano vuestro bastón, dijo Clara cogiéndolo.

—Y yo, dijo Clemencia, llevaré para vos los gemelos nuevos.—

El viejo Smith, vencido por estas dulces violencias, se rindió á discreción.

—En fin, si lo deseais, cogedme y llevadme á donde gustéis. Pensaba que moriría sin hacer nuevas locuras, y veo que no concluye uno nunca de cometerlas.

—Todo lo contrario, dijo la Needle; reparais más bien las de la juventud, si las hicisteis, con un acto de discreción exquisita, cual es guardar á jóvenes en el teatro. . . . ¿Cuándo lo hareis? Veámos.

—John, que no había dicho hasta entonces la menor cosa, terció con flemma en el debate:—Estoy dispuesto á sostener la tesis siguiente: Mejor esta noche que otra.

—Vais demasiado aprisa, dijo Smith: ¿aun no me habeis condenado casi, y queis ya ejecutar la sentencia?—

Mistress Needle miraba el reloj y hacía sus cálculos.—Sí, ciertamente; queda tiempo para todo. ¿A qué fin, pues, dejar la partida para mañana?

El pobre Smith se opuso bellamente todo lo posible, é inventó excusas; mas no hubo medio, y debió ceder. Después de media hora que gastaron en componerse la señora y sus hijas, lo cogieron, y con gran gozo suyo por verse tan acariciado, lleváronle al coliseo.

Hasta aquí no había nada de extraordinario, á excepción de la cortesía insólita de mistress Needle, compelida, como se comprende, por el afán de congraciarse con el viejo protestante. Mas la noble dama, en el calor de su idea, por el cúmulo de los cumplimientos, y entre la satisfacción de la victoria, olvidó su cautela ordinaria de informarse de la representación, antes de conducir á su familia. Ahora bien. Ocurría (no es raro en Italia) que aquella noche precisamente representábase un drama vituperable y estúpido sobre toda ponderación. No queremos decir su nombre, como también omitimos el del teatro. De pronto el escenario se vió lleno de frailes, de monjas, de Cardenales y de otros personajes religiosos. Mistress Needle no amaba mucho á esta gente; mas por un sentimiento de decoro inglés, y principalmente por su deber maternal, comprendió con viveza que había caído,



juntamente con sus pequeñas, en una de las emboscadas que tan á maravilla saben tender al pudor los coliseos italianos. El corazón se le revolvió de horror: después de un rato de disgusto, las nauseas y la indignación invencible la dominaron de tal suerte, que ocultó el rostro en las palmas de las manos, tapándose además los ojos con el pañuelo. Poco después surgió en su espíritu la consideración del escándalo á que exponía á John, como también á sus inocentes hijas. ¿Podía tranquilamente tenerlas allí, delante de un espectáculo tan indigno? Se le agolpaba la sangre á la cabeza, las venas martillaban de continuo, y el remordimiento se convertía en fiebre. No se contuvo, y tomando de un modo convulsivo la mano de Smith:—Sir Roberto, le dijo, perdonadme; he de volver á casa: me siento mala.

—Vámonos de seguida, respondió Smith. ¿Quereis antes algo? ¿Café? ¿Agua?

—Nada, nada: salgamos.

E hizo ademán de levantarse. John, al oír dichas palabras, miró á su madre, viendo su rostro encendido:—¿Qué teneis, mamá? dijo. Al decir esto, la cogió por el sobaco á fin de levantarla.

—No, repuso la madre: da el brazo al

señor Smith; bajaré yo sola con las niñas.

Sir Roberto salió primeramente con el apoyo del joven, siguiéndoles Clara y Clemencia; salió por fin mistress Needle, no sin hacer gran ruido al cerrar la puerta del palco. Apenas estuvieron acomodados en el coche, la señora se puso á decir llena de indignación: *Shame! Shame!* (¡vergüenza; vergüenza!) ¿Se puede ver nada más vil en un palco escénico? Es preciso ir á los países católicos para presenciar estas infamias (1). Nosotros los protestantes respetamos á los ministros papistas, que no queremos, y respetamos también á sus monjas; cuando se propuso en el Parlamento la idea de mandar comisarios que visitásen los monasterios católicos, dejóse oír el grito universal de los ingleses honrados, contra semejante tiranía necia, y el gobierno debió desistir... ¡Y hemos de ver

[1] Aprovechamos esta coyuntura para deplorar amargamente las representaciones obscenas que permiten las autoridades en algunos teatros de Madrid. El gobernador civil anterior mandó cerrar el inmundo colisco de Capellanes, que hace algún tiempo vuelve á llenar de oprobio, con sus piezas indignas y sus bailes ignominiosos, la noble capital de la monarquía española. Es un escándalo que nos avergüenza, y que no dejará de atraer sobre los que lo dan y sobre los que lo permiten las maldiciones del cielo.

4 de Abril de 1875.

(Nota del traductor.)



en Italia á los católicos arrastrando sus monjas á la escena, suponiéndolas, por añadidura, en relaciones amorosas con los frailes...! ¡Vergüenza! ¡vergüenza!

—¿Qué quereis? (observó el viejo Smith, que comprendió entonces cuál había sido el honroso desvanecimiento de mistress Needle.) Los empresarios no han sido nunca modelos de conciencia escrupulosa. Tienden sólo á llenar el teatro.

—A llenarle de almas viles, contestó la honrada protestante, de mujeres sin pudor, de padres y madres traidores á sus hijos. ¡Pensar que los ayuntamientos de Italia dan cantidades para tan asquerosas diversiones, que no poco envenenan á los ciudadanos, y que lo hacen quitando al pueblo el pan de su boca, y exigiendo por cada vaso de vino tantos centésimos de contribución! En fin, prescindamos de los ayuntamientos, que no tienen entrañas en este país ni en los demás, y que cuando han dorado el pesebre á la bestia popular, juzgan que tocan el cielo con la mano; lo que no puedo sufrir, es ver á los principales de la población encantándose hasta el punto de juzgar plausibles estas impiedades obscenas. ¿Sabeis lo que creía? Imaginaba yo que á poco de alzado el telón

todas las señoras se levantarían indignadas, volviéndose de espaldas, y que el pueblo, gritando “¡Vergüenza?” dejaría vacío el teatro.

—Ciertamente lo debieron hacer; mas no todos tienen vuestra decisión.

—No se necesita decisión, dijo la sincera *pietista*; basta no haber renegado de la fe ni del pudor. ¡Cómo! ¿Puede un cristiano (aunque sea tan papista como guste) permanecer impasible cuando ve su religión arrastrada á la vergüenza como mujeres perdidas? ¡Oh! vamos; esto pasa los límites de lo soportable. Observad que sabían poco más ó menos el espectáculo que les aguardaba, por haber leído antes los carteles. Hay, pues, maridos que quieren edificar á sus esposas con estas ignominias; hay padres que conducen á sus hijos para que se revuelvan por el fango; hay madres (¡es posible! ¡madres!) que violan la inocencia de sus hijas, constriniéndolas á que se diviertan con este ludibrio de todo sentimiento noble. Basta, no hablemos más: ardo toda de corage...

—Dormid tranquilamente, dijo el anciano, que pendía mucho á la tolerancia, tanto en moral como en religión. Acaso mañana sereis menos rigurosa.



—¿Mañana? Más enfurecida que hoy. Nunca perdonaré cobardía semejante á las señoras de Florencia. ¿Intentaríais, por ventura, disculparlas?

—¡Dios me libre y me guardel! respondió Smith. Repito que teneis muchísima razón. Mas os haré observar que muchas piensan poco en la escena, y van al teatro por la música, por la gente, para ver y ser vistas. ¡Quién sabe! Al día siguiente hallaríais quizá en las iglesias á la mayor parte.

¡Nunca hubiese dicho el señor Smith estas palabras imprudentes! Fueron aceite sobre las brasas, y la señora, más irritada que nunca, prosiguió:—Esta es la hipocresía más sucia y la más vil; el colmo de la hipocresía italiana. Siempre lo he dicho yo: el papismo es una mezcla de corrupción y de falsa piedad. Me desplace lo sucedido, por vos, señor Smith; pero en todo mal existe una semilla de bien. Casi me da gusto haber cogido infraganti á estas papistas santurronas, beatas, melindrosas, confitadas de piedad. Dará esto á mis hijos una idea justa de la superstición católica. Quisiera que hubiese ido con nosotros miss Julia, que tan bien sabe disculpar los yerros de los papistas.

—Le podeis referir todo lo sucedido, con sus pelos y señales, mañana por la noche, si vuelve, como decís, de Nápoles. Por lo demás, puedo anunciaros lo que os dirá, teniendo en cuenta su juicio sosegado, penetrante, matemático.

—¡A ver, á ver! ¿Creis, señor, que miss Julia tomaría la defensa de éstas...? Más vale callar.

—Creo, respondió Smith, lo contrario enteramente. He oído discurrir muchas veces á miss Julia, y sé cuánto pesa. Le saldrían los colores al rostro de santa vergüenza, como á vos, pensando en dichas desvergüenzas, acusándolas diez veces más acerbamente aún; dejaría, sin intentar la menor defensa, que las llamáseis casquivanas, coquetas, ociosas, etc.; mas...

—Oigamos este pero: debe ser hermoso y flamante.

—Pero alabaría después á los innumerables florentinos y florentinas que no acudieron al espectáculo.

—Quereis decir...

—Quiero decir (hablo siempre en nombre de miss Julia, y después la interrogareis), que las pocas personas que había en el teatro eran una fracción insignifi-



cante respecto de la mayoría extraordinaria de los ciudadanos. Para un rebaño de infelices que con descoco se deleitan con el mal, existen cien y mil á quienes avergüenza. Hay personas, hay (y conozco muchísimas) que antes se informan del teatro, de las representaciones, del baile, de todo, para no caer de pronto en las emboscadas, y que, caídas por sorpresa, defenderíanse como leonas, precisamente lo mismo que vos. Hay no pocas que, lejos de invertir el dinero en festines y teatros, lo gastan en socorrer á los pobres, y llevan con su mano el socorro á las guardillas más inmundas, á riesgo de volver cargadas de pena. Añadiría miss Julia que hay en todas partes mucha gente sin seso, y acaso más en nuestro país que en los otros; y que algunos de nuestros teatros no ceden un punto á los de Italia en cuanto á infamia, ni al concurso de señores carcomidos; y que ciertos debates públicos sobre causas odiosas execrables, son honrados por auditorios llenísimos de señoras... Y que por todas estas razones, en fin, y por otras muchas, no nos corresponde á nosotros, ingleses y protestantes, tirar la primera piedra.

—No os creía verdaderamente tan par-

cial con los católicos, respondió mistress Needle con un poco de colérica maravilla.

Envejeciendo, respondió Smith, llega uno á ser parcial con todos, sin excluir á los papistas. Hace bastante tiempo que siento correr por mí una vena de tolerancia y un gran deseo de perdonar á los hombres. Hago como nuestros jurados de Inglaterra; mientras se puede, procuro con ahinco separar á los inocentes de los criminales, pronunciando en favor de los primeros una sentencia absolutoria; si la evidencia de la culpa salta á los ojos, busco las circunstancias atenuantes.

—Me parece, observó la señora, que esta teoría os reconciliaría fácilmente aún con los escándalos más odiosos; es bastante laxa.

—No la defiendo como estricta y rigurosa; mas me sirve para vivir tranquilamente con la sociedad de los hombres; con los pueblos, no obstante tantos delinquentes, ladrones y asesinos; con Italia, no obstante su gobierno; con los florentinos, no obstante cuatro bribones y cuatro farotas.—

Comenzaba mistress Needle á comprender que su indignación, aunque justa en



principio, extendíase demasiado, envolviendo á demasiada gente, por lo cual dijo:— No quiero que creais que guardo rencor con toda Florencia; cuidado: lo sabéis bien; yo chillo, chillo, y al volver las espaldas dejo de ser la misma. Una cosa no me perdonaré á mí propia nunca: con insistencia tanta haberos fastidiado á fin de conducirnos á ver un . . . .

—Un buen ejemplo, sí, un grande y noble ejemplo, dijo sir Roberto Smith interrumpiéndola. Por tolerante que sea yo tratándose de opiniones religiosas y de miserias humanas, sé apreciar lo bueno y lo hermoso. Os aseguro que ninguna comedia me gustó tanto nunca como vuestro desvanecimiento moral y vuestra furia graciosa. Ponen de realce un decoro sumo y un sentimiento de dignidad materna que es un consuelo en estos días malísimos. Estos actos (entonces Smith se dirigió á Jhon y á las niñas, que continuaban como antes mudas y atónitas por las fieras palabras de su madre) los debéis recordar á tiempo, formando con tales enseñanzas vuestra conciencia y vuestro carácter.—

Este serio elogio, en boca del anciano, grave y digno, admirablemente lisonjeó el amor propio de mistress Needle, sir-

viendo mucho para que se amansase. Así se llegó á la puerta de la casa de Smith. Jhon saltó á tierra con el fin de ayudar al viejo á descender, con amor verdaderamente filial. Su madre lo secundaba dentro del coche. Teniendo ya el pie en tierra, se quedó el buen viejo con ambas manos agarrado á la portezuela, en actitud de despedirse de la señora y de sus hijas. En el interin, un criado, al oír el ruido del carruaje, bajó con una luz. En aquel momento un caballo se impacientó, adelantándose un poco. Bastó para que la rueda de atrás rozase la rodilla del pobre viejo, que cayó en la acera. Dejóse oír un ¡ay! de todos, que bajaron, mientras John y el criado hicieron lo posible para levantar al caído.—Es nada, es nada, respondía Smith á las afectuosas preguntas que todos le dirigían. Entre tanto no se podía tener en pie, y fué preciso conducirlo á su habitación en volandas. Tuvo, sin embargo, bastante fuerza para volverse á la señora y decir con voz firme:—Mistress Ana; os ruego que no perdais la tranquilidad por un accidente tan ligero. Retiraos, por merced; os lo suplico y lo quiero. Dormid tranquilamente. Mañana os enviaré nuevas mias, ó las llevaré yo mismo . . . . es nada.



Al día siguiente volvía Julia de Nápoles, y todo cambiaba de aspecto. ¡Cuán vanos son los designios de los hombres! ¡Y cuán poco se conocen éstos recíprocamente!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XXXII

LOS VENDEDORES DE BIBLIAS Y DE LIBROS.

No es fácil decir hasta qué punto quedó turbada la Needle por el terrible accidente ocurrido á sir Roberto. No podía tranquilizarse. Afligiase por su compasión grandemente, y más por la circunstancia de haber causado la desventura, iuvitándole al coliseo.—¡Quién sabe las consecuencias que puede traer consigo su caída! ¡A su edad! Podría sobrevenir la muerte, amargando mi vida de una manera inconsolable. ¡Qué noche tan desventurada! Todo me ha salido de la manera peor . . . . ¿Qué



Al día siguiente volvía Julia de Nápoles, y todo cambiaba de aspecto. ¡Cuán vanos son los designios de los hombres! ¡Y cuán poco se conocen éstos recíprocamente!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XXXII

LOS VENDEDORES DE BIBLIAS Y DE LIBROS.

No es fácil decir hasta qué punto quedó turbada la Needle por el terrible accidente ocurrido á sir Roberto. No podía tranquilizarse. Afligiase por su compasión grandemente, y más por la circunstancia de haber causado la desventura, iuvitándole al coliseo.—¡Quién sabe las consecuencias que puede traer consigo su caída! ¡A su edad! Podría sobrevenir la muerte, amargando mi vida de una manera inconsolable. ¡Qué noche tan desventurada! Todo me ha salido de la manera peor . . . . ¿Qué



necesidad había de ir al teatro, y arrastrarle á él tan de repente?... Mañana sabré si el mal es grande ó pequeño. . .; el corazón me anuncia que aquel pobre viejo ha recibido el golpe de gracia, y por mi terquedad. . . ¡Oh! A estar Julia, no hubiera sucedido eso ciertamente; nos hubiera dado un poco de música en el salón, yéndonos á dormir luego con tranquilidad como unos benditos. Por fortuna volverá mañana por la noche.—

A las primeras horas del día siguiente envió mistress Needle á John para informarse del estado de sir Roberto. Le dijo, por vía de instrucción, que le participase su inmenso dolor y el de la familia por el fiero caso sucedido, que inquiriese por Smith y por los criados las condiciones de la lesión, y que anunciase la visita de su madre antes del mediodía.

Apenas hubo salido el joven, no pudo dominar su corazón piadoso; se metió en un coche y fué á ver al enfermo. Su hijo había llegado entonces precisamente, y entreteníase en la antecámara esperando que los médicos saliesen de la habitación del doliente, donde estaban hacía mucho rato reunidos en consulta. No bien salieron, la Needle y su hijo les preguntaron ansiosa-

mente. Respondió el doctor, ordinario facultativo de Smith, que la lesión en sí no era grave, por consistir en una leve rozadura en la rótula; pero que agravarse podía por haberse abierto nuevamente al caer una vieja herida debajo de la tetilla derecha; añadió que se quejaba, por añadidura, el anciano de un pequeño dolor en el pescuezo, cuya causa difícilmente se podía inferir, y que aclararíase más tarde si había ó no peligro.

—Por tales noticias la piadosa dama entró á ver á sir Roberto, desolada y compungida. Recibióla de una manera completamente inesperada. El valiente Smith, echado en su sillón (no se halló forma para persuadirle de que se debía meter en la cama), y con la sonrisa en los labios, rompió en la boca de la doliente visitadora las palabras de conmiseración, asegurando que su mal era cosa de nada, y que así lo habían reconocido los doctores, por lo que hablar no debían de él poco ni mucho. Para suscitar una conversación diversa de la que mistress Needle intentaría naturalmente promover:—Mirad aquí, la dijo, y ved si nuestra gente no conjura para que no podamos poner nunca los pies en Italia.—Al decir esto, suspendió con su mano



un paquete de folletos y libros que tenía sobre su escritorio.

John lo miró, y dijo, metiéndose en la conversación:—Los conozco; también he recibido yo mi parte. He visto en Florencia cómo ciertos bribones los distribuyen por entregas, por tomos y por banastas: van á meterlos por los ojos en los cafés, en las plazas y en los paseos públicos.

—Añadid que ciertas damiselas de color ceniciento y de ojos remellados van al jardín de *Azeglio*, á la puerta de San Galo y á las *Cascinas*, metiéndose entre las niñas que miran cómo saltan los niños por el prado, vaciando á derecha é izquierda la mercancía que conducen en un cesto; yo gustosamente haría recoger á los barrenaderos y arrojar en el Arno, vengando así la ignominia del nombre protestante.—

Mistress Needle añadió, maravillándose un poco:—No creía, después de la desgracia de ayer, hallaros esta mañana tan vivo y tan batallador.

—¿Qué decís? Yo me siento más vigoroso que nunca después de un golpe. Considero punto de honor alzar nuevamente la cabeza después de recibir una cabezada.

—Por eso, añadió la señora, aunque viejo y herido, continuais alegre y espiri-

tual. Mas, decidme por merced: ¿qué razón teneis para lanzaros tan fieramente contra estos pobres libritos?

—Tengo diez razones, respondió Smith con uno de aquellos ímpetus que le distinguían cuando á una disertación se lanzaba. Hay en ellos epidemia, veneno y muerte. Decídmelo á mí, que los conozco hace mucho tiempo, y ardo de vergüenza, que debían tener los expendedores. Quisiera que á lo menos evangelizase con un poco de gracia y con un poco de lealtad; aquí en Italia catequizan con fingimiento, con doblez, con falsedad, y á fuerza de boberías, por añadidura. Leed estos títulos: “La paz.—Un corazón agradecido.—La custodia del Crucifijo.—Receta para la felicidad.—Los dos soldados americanos.—El peaje satisfecho.—La terrible cadena.—Antes el infierno y ahora la bienaventuranza.—Debemos ser santos.—El hombre muerto.—Señales del Espíritu Santo.—Os conviene nacer de nuevo,” etc., etc. Tengo montones de suciedades como estas, que me regalan los ministros de varios colores, esperando que las distribuiré, y que acepto á fin de llevarlas á la letrina. Ahora bien: os aseguro que no hay página en estas porquerías que no apestee por sus máxi-



mas ruines; para digna corona de la obra, me dicen los italianos cultos que su estilo es propio de un limpiabotas.

Contorcíase la ferviente *pietista* oyendo criticar así la propagación del puro evangelio, mayormente recordando que había contribuido á sostener las sociedades fundadas á fin de difundir biblias. Sin embargo, apenas osó decir al viejo, demostrando una especie de duda:—Pues yo he oído hablar siempre bien de ellas.—Contestó Smith:—Acaso á los que nunca las leyeron; pero el que las haya hojeado un poco, debe aborrecer una manera tan vil de armar insidias contra la fe de los católicos romanos.

Aunque mistress Needle hallábase resuelta á no disputar con el pobre doliente, al oír estas palabras perdió los estribos, y dijo:—¡Pero vos no me habláis como un celoso protestante que sois!

—¿Cómo no? Me constituyo abogado en general del honor anglicano y protestante. Oíd, mistress Ana; yo permitiría sin dificultad toda clase de apostatado, con tal que fuese honesto; mas éste, sin duda, es deshonesto. Os puedo decir en pocas palabras el resumen de la mayor parte de nuestros trataditos de propaganda: en la

primera parte dicese que un tal Matea ó Mateo fué un gran ignorante, lleno de vicios, muerto para toda idea de honor y decoro; pero hace saber la segunda que un celoso amigo de la Biblia dió al hombre ruin una; asegura la tercera que apenas el Verbo de Dios hubo tocado las pupilas del apóstol, le iluminó y le cambió en un santo, cayendo desde aquel punto á torrentes la paz y la dicha sobre su cabeza. Cosas falsas todas. Enseña la experiencia que los millones de biblias que nosotros con millones de esterlinas hacemos distribuir en las cinco partes del mundo, no logran hacer un protestante honrado, sino únicamente congregar en torno de nuestros ministros una cáfila de bribones que venden la propia fe por treinta dineros, prontos á revenderla mañana á mejor comprador. Frecuentemente con nuestras biblias sólo se consigue turbar la fe de los sencillos, llenarlos de soberbia, indisponerlos con sus pastores y alejarlos de sus propias iglesias, sin enseñarles nada sólido ni verdadero, que supla el vacío dejado, con lo cual se cumple á la letra el dicho del Salvador á los fariseos: “Vosotros andais girando por mar y tierra para convertir un gentil, y después de convertido le haceis con vues-



tro ejemplo y doctrina digno del infierno, dos veces mas que vosotros." He aquí el fruto de nuestras biblias, y de nuestros trataditos compuestos para fomentar la lectura de ellas.

La señora Needle quería pronunciar una palabra en defensa de las biblias y de los tratados; pero Smith, impaciente, continuó:—Otros malos libros hay que no hablan de biblia, pero que charlan de ascética, encontrándose en sus lucubraciones cosas dignas de centáuros, y no de hombres; pasajes del Evangelio citados importunamente; boberías capaces de hacer reír á los muertos; fritadas en tonto; emplastos de malvabisco y de adormideras, en los que no hay nada que tenga sabor, sino las calumnias virulentas, derramadas en grande contra el Papa, contra el clero católico y contra la confesión; después, por salsa del manjar, blasfemias contra la Eucaristía y obscenidades nefandas contra la Madre de Jesucristo. Por lo que hace á la moral. . . .

Entonces la Needle no se pudo contener: y dijo interrumpiéndole:—He leído algunos, y no he hallado nada de esto. Me figuro que nuestros pastores no sufrirán á propagandistas de tales libelos...—  
Smith, olvidando un momento las biblias

y los libritos, habló contra los expendedores:—¡He aquí lo que sucede á los protestantes de conciencia! Imaginai que los ministros evangélicos de Italia son de la misma estofa que los de nuestra patria, en la cual vos y yo conocemos bastantes probos, bien educados y cultos. ¡Qué error! Aquí sólo hay algunos valdenses que hayan nacido protestantes; todos los demás, ministros y expendedores ó expendedoras de biblias, constituyen una raza de apóstoles que deshonra no poco el apostolado. Basta, no me hagais hablar; conozco algunos, escapados de los presidios de su país, llenos de deudas y de vicios, é infamados en sus pueblos respectivos, así como mujeres llenas de manchas. He aquí la gente que se ocupa en Italia en las biblias y en los tratados. Vinieron por desesperación á ponerse á sueldo de los predicantes, que los pulieron, los adornaron y los cubrieron con nuestras libras esterlinas, á fin de que sirvieran de trujamanes para la repartición de los libros. Estos entregan toda la piel para la devoción, y la frente para la desvergüenza; aprenden cuatro textos bíblicos, con los cuales lardean á todo pastosus paparruchas, y creen haber compuesto el mundo cuando han vaciado una ba-



nasta de biblias en una parroquia. Si luego son de lengua muy suelta, bribones, diestros y activos, una hermosa mañana nuestros señores los engañan y hacen ser ministros predicantes; hállanse por las villas de los alrededores ministros de éstos, que hicieron sus estudios detrás del arado, artesanos vagabundos, mercaderes quebrados y cosa peor. No hay en el mundo raza tan presuntuosa; creen en el Evangelio según sus cálculos, y lo glosan á sus prosélitos con la seguridad de catedráticos ó desparpajo de saltimbanquis. Los he visto yo con mis ojos y los he oído con mis orejas; he visto uno que era zapatero y que estaba todos los días en su taburete con las manos sucias por la pez, con una Biblia entre las suelas viejas y las nuevas; peroraba con los compradores, y al llegar los puntos difíciles, acudía su mujer en su auxilio; ¡figuraos qué sandeces teológicas inventarían aquel par de doctores! Otro he conocido, á quien los nuestros enaltecieron con el nombre de obispo, que su párroco no lo hubiera querido para que arrojase á los perros de la iglesia. En su virtud, decía un sacerdote católico, predicando á los campesinos: "Guardaos de los que van á vuestro alrededor cuando seguís detrás del bo-

rrico, porque ciertos bobalicones que dan vueltas por el país, entre un *arre* y otro, os pueden plantar una mitra en la cabeza, volviendo á vuestra casa obispos protestantes. Son cosas que suceden." El pueblo se reía y exclamaba por lo bajo: "¡Es fulano de tal! ¡Es zutano!" De las mujeres nada quiero decir; hay expendedoras de biblias y de libritos, que nosotros pagamos con buenas esterlinas, y que no las quisiérais ni para lavanderas. Es preciso permanecer un poco en Italia si se quieren juzgar bien estas cosas. Decidme, pues, mi buena señora: ¿seré yo excelente protestante cuando condeno tales abusos.?

—No quiero excusarlos, respondió la honesta mujer; mas no puedo proscribir en globo á los expendedores leales de buenos libros porque algunos sean malos. Ni aun los folletos que se difunden me parecen merecedores de censura: los que han llevado á John, que se parecen mucho á los vuestros, hablan, por regla general, de los frutos de la fe en Jesucristo...

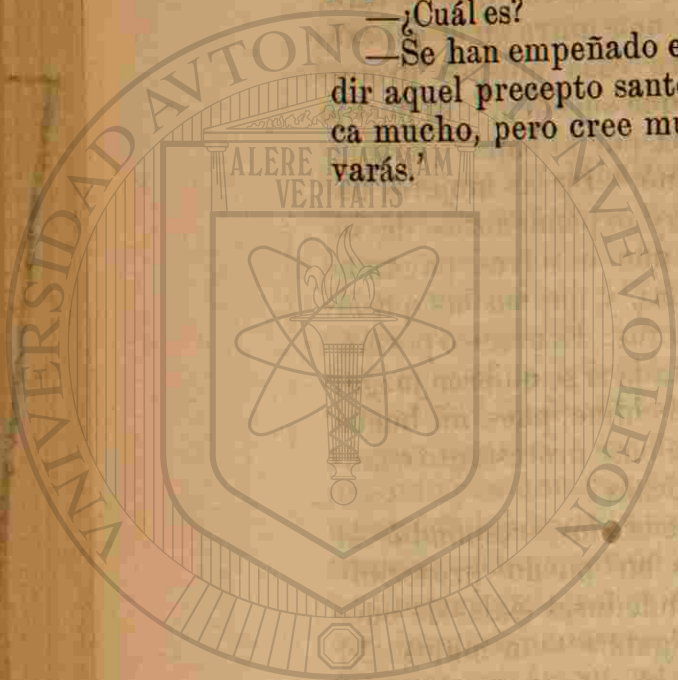
—Son los peores de todos, y llueven ahora sobre toda la Italia, pero muy especialmente en Roma, en Nápoles y en Florencia. Son hechuras de las iglesias evangélicas



del país, que se han empeñado en hacer popular la doctrina de los Anomeos.

—¿Cuál es?

—Se han empeñado en explicar y difundir aquel precepto santo de Lutero: "Peca mucho, pero cree muchísimo, y te salvarás."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIII

CREE Y PECA.

Al oír la piadosa protestante que los libritos evangélicos eran apología del pecado, dió un salto de horror, como si oyese una negra calumnia, y dijo:—¡Es imposible!

—¿Es imposible? (respondió Smith, tocando los libros que tenía delante) ¿Es imposible? Hélos examinado todos, uno después de otro. Sólo enseñan á salvarse por medio de la fe: dicen que la fe purifica del pecado, que nos hace amigos de Dios, que nos trae la paz, y que nos asegura el paraíso.

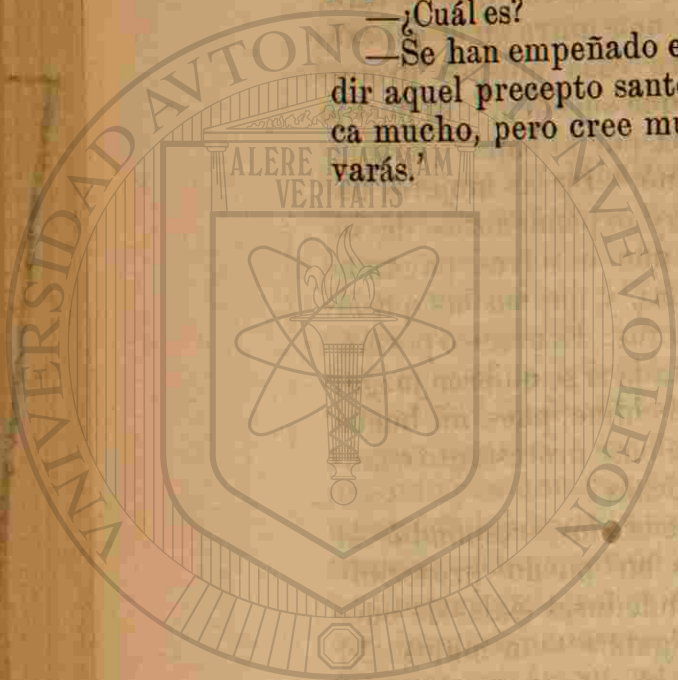
—Esto lo afirmo también yo, repuso animosa la Needle: es el artículo xii de nuestra profesión anglicana.



del país, que se han empeñado en hacer popular la doctrina de los Anomeos.

—¿Cuál es?

—Se han empeñado en explicar y difundir aquel precepto santo de Lutero: "Peca mucho, pero cree muchísimo, y te salvarás."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIII

CREE Y PECA.

Al oír la piadosa protestante que los libritos evangélicos eran apología del pecado, dió un salto de horror, como si oyese una negra calumnia, y dijo:—¡Es imposible!

—¿Es imposible? (respondió Smith, tocando los libros que tenía delante) ¿Es imposible? Hélos examinado todos, uno después de otro. Sólo enseñan á salvarse por medio de la fe: dicen que la fe purifica del pecado, que nos hace amigos de Dios, que nos trae la paz, y que nos asegura el paraíso.

—Esto lo afirmo también yo, repuso animosa la Needle: es el artículo xii de nuestra profesión anglicana.



—Convengo; mas nosotros no despreciamos las obras buenas; á lo menos somos libres para tenerlas en mucho, porque, según al artículo ix, creemos que se pueden hacer, y que para ello se necesita el socorro de la gracia divina. Mas en estos libracos se grita solo: “¡Fe, fe!” y nada más. “Luego (debe concluir el lector) hacer penitencia es innecesario, y desvivirse para observar los preceptos es una demasía, y las obras buenas son un fardo inútil, y el pecado no se opone de ningún modo á la obra de la justificación y de la salud....”

—Mas ¿quién será tan necio, dijo mistress Needle interrumpiéndole, que saque tan impía conclusión?

—Cien y mil. Cayó en ella Calvino, por ser muy lógica, pretendiendo que las buenas obras son como manchas delante de Dios; cayó más profundamente Lutero, formulando aquella hermosa ley: “Peca fuertemente y cree más fuertemente.” Cayó su amigo el docto Melancton, que aseguró que las buenas obras de los justos son otros tantos pecados; cayó Amsdorfio, creado obispo por Lutero, que redactó un libro á propósito para demostrar que las pretendidas obras buenas son altamen-

ts perniciosas para la salud; cayeron gran parte de los *metodistas*, que no vacilaron en hacer la apología del pecado en Inglaterra y en América: entre ellos, el famoso predicante Hill anunciaba que el adulterio, el infanticidio y todos los demás pecados son otros tantos avances para subir á las alturas del paraíso, con tal (por supuesto) que nos acompañe la fe, cayeron los *pietistas* reformadores de Ginebra; caen en toda Italia los chillones que nos asordan gritando: “¡Fe! ¡fe, y nada más que fe!” Así lo comprende el pueblo, es decir, los cuatro bribones que ahondan un poco más en la predicación moderna y en la sustancia de los libelos. A lo ménos no se atreven á propinar sin rodeos á los italianos la infame prédica: “Peca fuertemente.” Esto se podía decir á los alemanes, dominados por el vértigo en los días de Lutero; ahora es preciso un velo de diplomacia. Exáltanse los méritos de Cristo, como también su infinita y absoluta redención. Se habla diestramente de las alegrías del que con la fe consigue aplicarse sus méritos; interpretándose mal la palabra *fe*, se dicen maravillas sobre la confianza en el Hombre-Dios, añadiéndose una retahila de textos escriturarios, y callándose con



astucia la necesidad de la penitencia, de la observancia de los mandamientos y de las buenas obras. Así se viene formando para el pecador un dulce lecho, y puede hacer todas las diabluras imaginables, así como saldar todas las partidas con la fe. Los más lógicos, como ciertos *metodistas* (y no hablo de cosas antiguas, sino modernas), llegan á predicar que si el pecado del creyente desplace á Dios, de ningún modo el creyente pecador, por estar provisto de la fe que lo salva: semejante doctrina la saben demasiado bien poner en práctica en cierta solemnidad, que llaman *revival*, celebrada por los creyentes y las creyentes en los prados ó en los bosques...

—¡Ellos tienen la culpa! repuso la honesta dama, pero no la doctrina.

—No, respondió lastimado el viejo; la culpa es de la lógica. Ya Lutero dijo, antes que los metodistas modernos: "Dios no tiene para nada en cuenta el pecado del que se justifica por la fe: es consecuencia necesaria del *peca mucho y cree más*." Con esto decía implícitamente que la fe cubre los pecados, de modo que no puedan perjudicar al pecador creyente. Mas él sacó de un modo explícito la consecuencia, y deploro que la cultura inglesa me impi-

da recordar el símil que inventó para defender su doctrina.

—Decidlo, señor Smith, replicó John: cuando se trata de ciencia, todo es limpio y decente.—

Smith:—Pues bien, oídlo y olvidadlo. Sabeis que Lutero tomó mujer, en la cual tuvo varios hijos. Pues para explicar el impuro cómo Dios no se ofende por los pecados de los creyentes, dice: "Así como, por ser su padre, no siento el hedor cuando mi Juanito y mi Magdalenita se ensucian en cualquier ángulo de la casa, cuando pecan los hombres, que tienen fe, no siente Dios el hedor de su pecado en gracia de la fe."—

No se atrevió mistress Needle á oponer observación alguna sobre tan indecoroso y villano símil, que le daba náuseas; mas John, impasible y osado, dijo:—¡Ah! ¡Para un apóstol reformador, es oportuno!

—Pues bien, añadió Smith; tales son, y otras no, las doctrinas de estos libros detestables; dórase la píldora, pero es la propia. Pecad y creed, sin peligro de condenaros. ¿No tengo razón de indignarme contra los que procuran extinguir todo sentimiento de piedad, y arrastran á sus semejantes á toda suerte de vicios?



Con especial gusto hubiera mistress Nedle puesto entonces fin á la conversación y á la visita. Mas su hijo, por el contrario, pertinaz como de costumbre para llegar al fondo de las cuestiones, reanudaba y á reanudar volvía el hilo del discurso:—Hacen mal, ciertamente, dijo; convendría que se explicaran mejor, aunque sin dar en el exceso contrario. ¿Quisiérais que se afirmase altamente que nos justifican las buenas obras? Sería caer en pleno papismo, contra los artículos de nuestra profesión.

—Sea lo que quiera, respondió Smith, de ciertos artículos inventados por los hombres, si hallára el buen sentido en una doctrina romana, recibiríala con aplauso, como también si hallase una verdad en el Corán... Por ejemplo: Del símbolo de los musulmanes, *Dios es Dios, y Mahoma es su profeta*, admito lo primero. Por lo demás, un buen protestante anglicano del Alta Iglesia episcopal se debe, ante todo, á la biblia. ¡Todo y únicamente lo que la biblia enseña! He aquí el símbolo sintético heredado por nosotros de Lutero, de Calvino, de Zuinglio, de todos los jefes reformadores de Alemania, de Suiza y de Holanda: nosotros hemos plantado el artículo entre los nuestros, en el número

vi y en el xx. Ahora bien. ¿Qué nos pide la Sagrada Escritura para suponernos justos y asegurarnos el paraíso?

—La fe en Jesucristo, dijo John.

—La fe y las buenas obras, replicó Smith con energía fiera y sin consideraciones. Por merced, olvidaos un poco de nuestra profesión anglicana, y oíd lo que dice la biblia... Ni precisa recurrir á ella, bastándonos el sentido íntimo y la palabra de Dios esculpida en nuestro corazón. ¿No quedaríais horrorizado si os dijese: Señor John; podeis odiar á vuestra madre, como también alegremente hollarla, asirla por los cabellos, darla de puñaladas y degollarla, porque luego un poco de confianza en Cristo os volverá inocente como una paloma; ni lo considerará Dios una gran culpa, si os habeis acordado de concebir primeramente un gran acto de fe? ¿No os llenaríais de indignación si viniese yo asegurando á vuestra madre, que es la matrona más respetable que conozco, que no sería menos cándida á los ojos de Dios si, presupuesto un acto de fe, arrastrase su honor por todas las calles de Londres?

La gentil señora sentíase herida por tan atroz modo de sostener una opinión; pero resplandecía la verdad á sus ojos, al mismo



tiempo que su corazón se indignaba. En el ínterin, Smith seguía diciendo:—No, cien veces no; no se debe predicar una doctrina de la cual resulta por consecuencia que robar, mentir y asesinar, sazoados por la fe, no comprometen la eterna salud. Si mil artículos de nuestra profesión anglicana jurasen que la fe sola justifica, los desmentiría yo mil veces, protestando que además de la fe, se necesita el arrepentimiento íntimo, así como conformarse con la fe profesada, viviendo y obrando bien. Sólo entonces la confianza en los méritos de Jesucristo resulta una virtud; si no, es una loca presunción.—

Hubiera querido el joven que le citara la Escritura, y no el buen sentido. Respondió:—Perdonadme, señor, si me atrevo á demandaros la solución de una dificultad que bulle ahora en mi mente.

—Decid, decid joven: no impongo mis opiniones á nadie; busco la verdad, que debe agradaros á vos, á vuestra madre y á mí y á todos.

—Pues bien, preguntó John: ¿cómo explicais aquel dicho de San Pablo, según el cual *es justificado el hombre, no por las obras de la ley, sino por la fe?*

—¡Buen Dios! exclamó Smith; esto está

más claro que la luz. Estudiado he cien veces el pasaje de San Pablo, en su epístola á los romanos, y varios otros semejantes de la misma. Es evidente que clama el apóstol contra ciertos judíos ó judaizantes de Roma, que pretendían salvarse con las obras ó con la observancia de la ley de Moisés, sin reconocer como Mesías á Jesucristo; por esto les intima que depongan la vanidad de las obras legales, ya insuficientes, y abracen la fe.

Avergonzóse John de haber citado al apóstol tan fuera de propósito, y dijo.—Volveré á estudiar el texto.

—Sí, sí; volvedlo á estudiar, y vereis palpablemente que de ningún modo soñó San Pablo en decir que la sola fe justifica. Dejad que vaya yo al fondo de todas las dificultades. Sí; alguna vez en las Escrituras la justificación y la salud se atribuyen á la fe, pero jamás como causa única y total. Se dice que la fe salva, como se dice asimismo en la biblia que salva la esperanza y que salva la limosna. Quiere por ello Dios indicar que la fe concurre para nuestra salvación, que es necesaria, que es el fundamento de la salud, y que sin ella es imposible agradar al Señor; pero nunca que baste, sin más, como aseguraron Lu-



tero, Calvino y nuestra confesión anglicana.

—Me parece, dijo John, que si en algún lugar dice la Escritura que la fe justifica, nos podemos atener al pasaje,

—Sí, en el caso de que la Escritura en todas partes no pida las buenas obras, además de la fe. Pues bien: San Pablo, en la epístola que dirigió á los de Corintio, dice claramente: “Aun cuando yo hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles; aun cuando consiguiese el don de profecía, y penetrase los misterios, y tuviese toda la fe, hasta el punto de trasportar los montes, si no tengo la caridad, nada soy.” ¿Lo veis? San Pablo, á pesar de “una fe que trasportarse los montes,” nos envía á la casa del diablo, si no nos salvamos añadiendo la caridad. Este pasaje ponía furioso á Lutero, que calificaba de *asnos* y de ignorantes á los que se lo referían; mas nunca lo supo explicar. San Pablo replica de nuevo, en la epístola que dirigió á los de Roma: “No se adquiere la justicia sólo con oír la fe, pero se logra siguiéndola.” A las Gálatas dice: “Nada importa en la Iglesia de Cristo ser ó no circunciso; pero vale la fe que obra por medio de la caridad.” ¿Comprendeis? La fe que obra os la

saludable. Además, Santiago parece que tomó el cometido de desmentir *ad hoc* este punto de nuestra profesión, porque no concluye de declarar que “la fe sin obras es muerta; que también los diablos creen; lo cual de nada les sirve; y que precisa demostrar la fe con las obras buenas.” Re-eled, por favor, este pasaje, y os avergonzareis de nuestro artículo infeliz; ¡tan solemnemente anatematizado está en él!—

John puso la mano sobre una biblia que allí había, en actitud de querer consultarla. Mistress Needle le contuvo, para no prolongar la disputa. Mas no pudo contener la elocuencia del anciano, que prosiguió con nuevo brío, como si entonces apenas comenzase:—Lo peor es que también condena Nuestro Señor Jesucristo al infierno la pretendida bondad que se reduce á no hacer nada bueno sino creer. Al paso que exigía la fe, la ensalzaba y aplaudía, premiándola con prodigios, no dejaba de recordar la penitencia. *¡Haced penitencia!* Tal era el asunto y la esencia de todas sus predicaciones. El reverso precisamente de los sermones de nuestro predicante y de las advertencias de estos libros infandos. Queriendo el Salvador resumir en pocas máximas toda su moral, reveló las ocho



bienaventuranzas, en las cuales ni una palabra se dice de la fe: ciertamente la considera fundamento de la salvación, mas entre tanto promete la beatitud al que se desprende de lo suyo, al misericordioso, al que se abstiene del pecado, al que soporta las injurias, al que sufre con paciencia las tribulaciones, y así sucesivamente; obras santas todas, como veís, y no actos de fe. Más. Habiéndole preguntado un joven qué debería él hacer con el fin de asegurarse la vida eterna, el Divino Maestro no le contestó, como nuestros reformadores, "Cree y te salvarás," sino "Si quieres entrar en el cielo, guarda los mandamientos." Y para que nadie pudiera engañarse imaginando que la observancia de los preceptos era cosa de simple consejo, amenazó abiertamente con excluir de la salud á los que no hubieran tratado con caridad al prójimo, no menos que á los que despreciaran su revelación. "El que no crea, será condenado," como tambien: "Id, malditos, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me dísteis de comer, tuve sed y no me dísteis de beber." etc. Podría citar otros cien pasajes escriturarios del Viejo y del Nuevo Testamento, en los cuales la justificación y la salud se prometen á

las buenas obras, sin excluir, por supuesto, la fe, que es la fundamental de todas ellas, y sin la cual complacer á Dios es imposible. Mas no quiero pronunciar una disertación. Es, por consiguiente, un error notorio el que nos enseña nuestra profesión anglicana, diciendo que la fe sola nos justifica; error evidentemente contrario al verbo de Dios, al sentido común, y al testimonio de toda conciencia escrupulosa. He aquí por qué me indigno viendo la malvada guerra que hacen algunos en los países católicos, con el fin de propagar el error. Una cosa me consuela; aunque sea predicado, sólo los bribones se conforman con él; aun cuando se haya escrito en diferentes confesiones protestantes, es abjurado en la práctica por todas las almas rectas. No existe un protestante honrado que no dé limosna, que no frecuente la iglesia, que no lea con cuidado la biblia, persuadido íntimamente de que, á los ojos de Dios, así logrará gracia con estas y otras buenas obras, asegurándose la salvación eterna. Quien profesa en teoría la fe justificante por sí sola, en la práctica saludablemente la reniega. Vos misma, señora, con los ejemplos continuos que dais de todas las virtudes domésticas, sociales y



cristianas, sois, sin pensarlo, una noble y piadosa renegada.—

Había John bebido atentamente todas las palabras del viejo, apreciando su valor y su fuerza. Su madre, por el contrario, no fijándose de ningún modo en las razones, se había puesto verde de cólera, viéndose á un anglicano segar sin miramiento en los treinta y nueve artículos del Alta Iglesia. Sin embargo, no pareciéndole decoroso promover una cuestión para reivindicar su fe, tragó la muy amarga píldora, reservándose su derecho de plantar al señor Smith y sus escandalosas opiniones. Para no despedirse con excesiva sequedad, dijo:—Demasiado noto que no llegamos á entendernos en todas las materias, aun cuando existe un punto en el cual estamos por dicha siempre de acuerdo...

—¿Cuál es?

—Respetamos recíprocamente la libertad de opiniones.

—Está bien, dijo Smith; mas quisiera yo algo más.

—¿Qué?

—Que continuárais considerándome puro, sincero y leal protestante, así como perfecto secuaz de nuestra Alta Iglesia.

—Procuraré obedeceros, contestó la

Needle, todo lo posible; pero juzgando con tanta libertad los treinta y nueve artículos...

—¿Cómo? dijo Smith, interrumpiéndola; acepto los treinta y nueve artículos por oro de buena ley, cuando los encuentro conformes con la biblia. ¿Quién puede pedir más á un protestante? Vos misma en los treinta y nueve artículos veís lo que dice con tono de sentencia: "Todo y solamente lo que hay en la biblia."

—Sí; mas vos la entendeis según os parece.

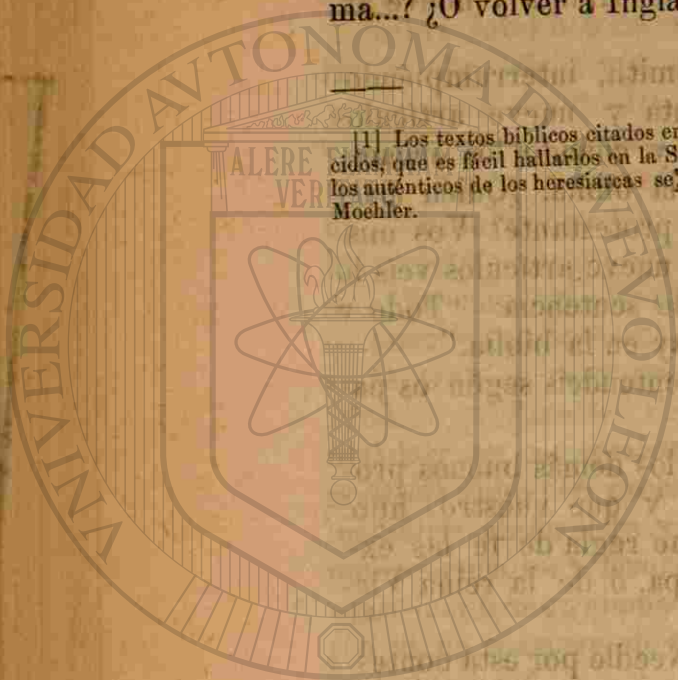
—Lo mismo que los demás buenos protestantes, que vos, y que vuestro hijo. ¿Quereís tomar como regla de fe las explicaciones del Papa, ó de la reina Victoria?—

Herida mistress Needle por esta contestación, que no dejaba escape, prescindió de toda respuesta, despidiéndose lo más cortésmente que supo. No prometió empero ver nuevamente á Smith: por el contrario, al bajar la escalera juraba en su corazón no tornarle á visitar en mucho tiempo, alejando á su hijo, por todos los medios posibles, de sus conversaciones con



él.—¡Oh! decía en sus adentros: ¿no podré trasladarme á Niza...? ¿A Nápoles...? A Roma...? ¿O volver á Inglaterra (1)?

[1] Los textos bíblicos citados en este capítulo son tan conocidos, que es fácil hallarlos en la Sagrada Escritura; casi todos los auténticos de los heresiarcas se hallan en la *Simbólica* de Moehler.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXXIV.

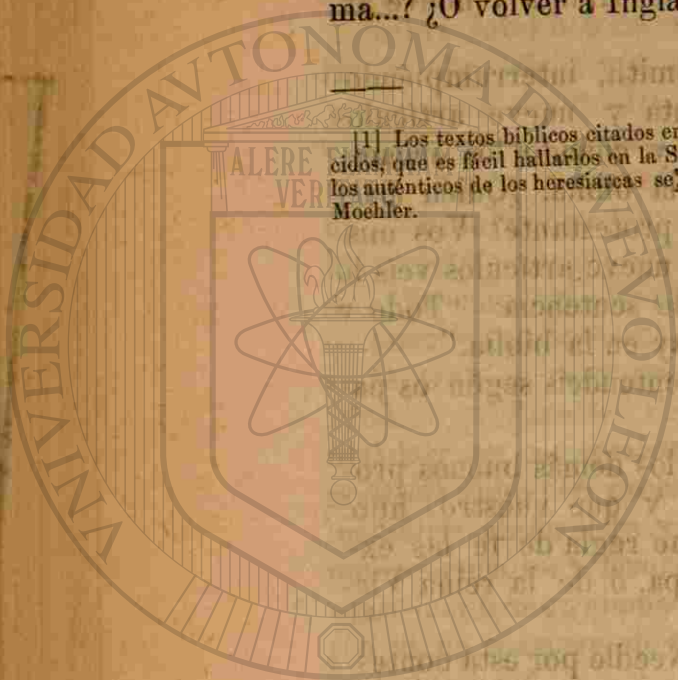
## UNA DESOBEDIENCIA BIBLICA.

Después de despedirse de sir Roberto Smith con la sonrisa en los labios, mistress Needle volvió á su casa llena de irritación. De ningún modo quería conformarse con las vivas razones alegadas por aquel viejo culto y excelente. Sólo pensaba en la indignidad de lanzarse ¡un anglicano! sin freno ni pudor contra un artículo de su propia confesión, y en el riesgo que corría de pervertirse su amado hijo.—¡Demasiado cree Johu sus palabras, como si fueran oráculos...! A lo menos cuando batalla con Julia, sabe que es una papista rabiosa; la oye con desconfianza, se pone muy en guardia, disputa y se defiende con la tizo-



él.—¡Oh! decía en sus adentros: ¿no podré trasladarme á Niza...? ¿A Nápoles...? A Roma...? ¿O volver á Inglaterra (1)?

[1] Los textos bíblicos citados en este capítulo son tan conocidos, que es fácil hallarlos en la Sagrada Escritura; casi todos los auténticos de los heresiarcas se hallan en la *Simbólica* de Moehler.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXXIV.

## UNA DESOBEDIENCIA BIBLICA.

Después de despedirse de sir Roberto Smith con la sonrisa en los labios, mistress Needle volvió á su casa llena de irritación. De ningún modo quería conformarse con las vivas razones alegadas por aquel viejo culto y excelente. Sólo pensaba en la indignidad de lanzarse ¡un anglicano! sin freno ni pudor contra un artículo de su propia confesión, y en el riesgo que corría de pervertirse su amado hijo.—¡Demasiado cree Johu sus palabras, como si fueran oráculos...! A lo menos cuando batalla con Julia, sabe que es una papista rabiosa; la oye con desconfianza, se pone muy en guardia, disputa y se defiende con la tizo-



na desenvainada; mas ¿qué puede contra sir Roberto Smith...? Es viejo, tiene autoridad, parla donosamente...; además, como se jacta de ser un anglicano fiel! Según sus palabras, es más ortodoxo que el obispo de Londres... Sí, creedle... ¡Quién me hubiera dicho que este hombre, tan honesto en todo, había de salir tan pésimo...! Se necesita cortar por lo sano. ¡Afuera las conveniencias sociales! La conciencia me lo impone. Diga el mundo lo que quiera: soy madre, y mi obligación es antes que todo.—En estos afanosos pensamientos, la pía mujer extraviada se exaltó por espacio de muchas horas, fantaseando sin tregua expedientes, á fin de impedir que John tuviera familiaridad con sir Roberto Smith. Todos los más enérgicos, los más prontos y los más absolutos le parecían buenos: sólo vacilaba, esperando descubrir uno que fuese radical, pero no ruidoso.

Su primogénito, por el contrario, había vuelto de la visita de Smith edificado altamente de su independencia, por la que tomaba sólo á la Escritura por guía, y la convertía en regla de fe. La doctrina de la necesidad de las buenas obras parecía también que su óptima madre se la había

enseñado en la práctica con sus infinitos afanes, á fin de alejarlo del mal y disponerlo á la vida buena.—Además, decía, nuestra propia confesión anglicana no se opone, porque dice que las buenas obras se pueden hacer con el auxilio de la gracia. Entonces, ¿por qué nos ayuda Dios para ellas, si con ellas no llegamos á ser justos y amigos suyos...? Si sola la fe justifica, sólo ella se requiere, y no las buenas obras: Dios debía solamente darnos la gracia indispensable á fin de creer, y nada más. Luego, ó las buenas obras sirven de algo, ó nuestros treinta y nueve artículos se contradicen. Por consiguiente, atengámonos á la biblia: fe, sí, pero fe con obras: he aquí lo verdadero y lo justo.—

Parecíale á John ver claro en el asunto, dándose á hojear el Evangelio y las epístolas de San Pablo, para poner en parangón los textos referidos por sir Roberto, y escribir por vía de estudio, como acostumbraba en tales casos, desentrañando y esclareciendo la materia.

En lo más profundo de sus peculaciones, oyó que se abría la puerta, viendo entrar á su madre. Mistress Needle había reunido en su corazón todo el sentimiento del deber, en su cara toda la magestad de ma-



dre, y en sus labios toda la persuasión de la dulzura: venía con el fin de dar un golpe grande. Preguntó con airosa gravedad:—¿Me darías, hijo mio, una prueba de respeto y de obediencia?—

Contestó John, maravillado del solemne exordio:—¿Qué quereis decir?

—Pregunto: ¿estás pronto á lo que me complacería muchísimo, y que deseo además para tu bien?

—Cosa que yo pueda, siempre: ¿quién lo duda, mamá?

—Pues bien, oye; quisiera que precindiésemos ó relajásemos un poco nuestras relaciones con sir Roberto Smith.

—¿Por qué? preguntó John un poco turbado.

—¿No lo adivinas? ¿Te parece oportuno que nos pongamos á trinchar tan libremente sobre nuestra profesión? Me place la libertad de opinión, pero me horroriza la licencia.

—Madre mía, contestó John; creo que conviene saber obrar con aplomo. Sir Roberto Smith no es un calavera, y mucho menos un impío. Verdad es que difiere de nosotros sobre algún punto de los artículos del *Prayer-book*; mas no se aparta un

dedo de la biblia, siendo tan buen protestante como vos y como yo.

—Luego tú, dijo insistiendo la madre, ¿no has comprendido nada de cuanto decía sobre la justificación por medio de la fe?—

John, en actitud respetuosa:—Nunca disputaré con mi madre. Tendrá razón ó no la tendrá; no lo indago, ni lo quiero saber. Mas debéis convenir en que alegaba razones propias de un hombre convencido, dando igualmente pruebas bíblicas no despreciables. ¿Qué será de nuestra celebrada libertad de conciencia si no podemos asentir á lo que juzgamos leer en la palabra de Dios?

—¿Luego tú faltas á tu fe por tan leve oposición? dijo la pobre *pietista*, con un gemido de sincero espanto.

—Aquí no se trata de faltar á la fe, respondió John semiofendido; no creo ir contra mi profesión dejando que otros pacíficamente atribuyan á la Escritura uno ú otro sentido. Hago así lo que hace nuestra Iglesia, que jamás excomulgó á los que no la siguieron en la interpretación de la biblia y de los treinta y nueve artículos. Por ejemplo, los ministros de la escuela de Oxford.

—¿Quieres hablar de los puseistas?—En-



tonces, como si hubiese pisado un áspid, horrorizada y mudando de tono, añadió austeramente:—Si no quieres afligir á tu madre, no me cites como buen ejemplo lo que reputo un escándalo. No mientes á los puseistas sino para despreciarlos cordialmente. Somos anglicanos, esto es, fieles del Alta Iglesia episcopal, sin añadidas ni glosas.

—Sin embargo, creemos todo y únicamente lo que la biblia enseña, dijo John, lastimado del tono demasiado de autoridad que tomó su madre.

—¿Quieres tú, pues, replicó mistress Needle con más sobrecejo, separarte de la creencia de la familia?

—Ciertamente no, si la familia es infalible.

—Mas las consideraciones que debes á tu madre...

—Nunca he faltado ni faltaré á ellas. Mas vos propia me habeis puesto cien veces la biblia en la mano, diciéndome que sólo allí está la palabra de Dios; toda en la biblia, y sólo en ella; nunca me dijisteis que vuestro modo de comprenderla fuese infalible.

—Lo sé (dijo la madre afligida, comprimiendo su indignación para salvar á su

caro primogénito del precipicio); nunca pretendí ser infalible; mas las doctrinas que aprendiste de mi, no son mias, sino de nuestros pastores más ortodoxos y de nuestros obispos.

—¡Oh! ¿Son por ventura infalibles?

—No puedes poner en duda lo que cree nuestra Iglesia: ¿pretenderías acaso saber solo más que toda ella?

—Ni aun nuestra Iglesia se juzga infalible: confiesa su propia falibilidad en los artículos XIX, XX y XXI.—

Al oír esta incontrastable y terrible respuesta, la triste señora quedó cortada, y no sabiendo qué razón oponer, quiso ganar lo perdido por las vías de la autoridad y de la súplica:—Dejando, dijo, aparte todo esto, prométeme sólo que no volverás en adelante á casa de sir Roberto Smith.

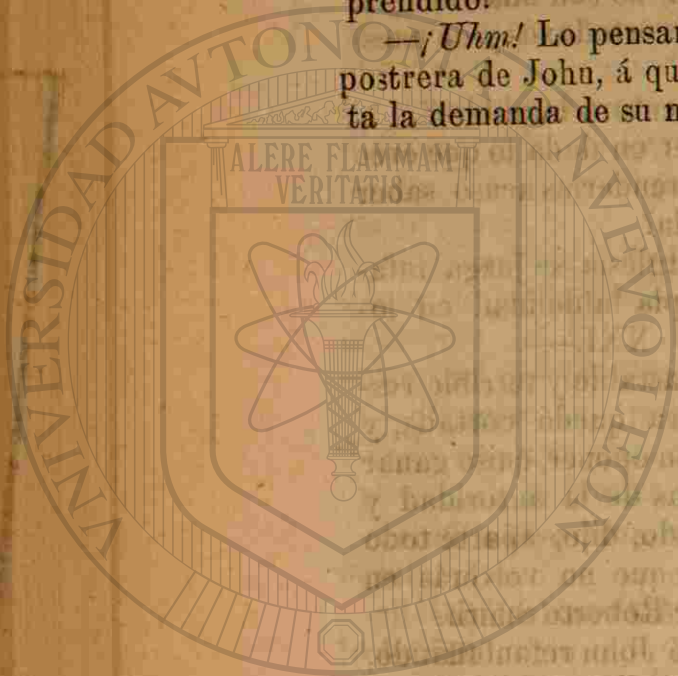
—¡Cómo! respondió John refunfuñando; ¿hasta el día de ayer sir Roberto Smith era para nosotros un caballero cumplido y un ortodoxo ejemplar: ahora su conversación se transforma en pestífera, sólo porque no está conforme con nosotros y con vos en un punto de la Escritura? Esta no es la tolerancia que me predicásteis siempre: no la entiendo yo así.

—No será razonable, mas me desplace



que lo visites con frecuencia: ¿me has comprendido?

— ¡Uhm! Lo pensaré. Fué la palabra postrera de John, á quien le pareció injusta la demanda de su madre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXV.

MINA Y CONTRAMINA.

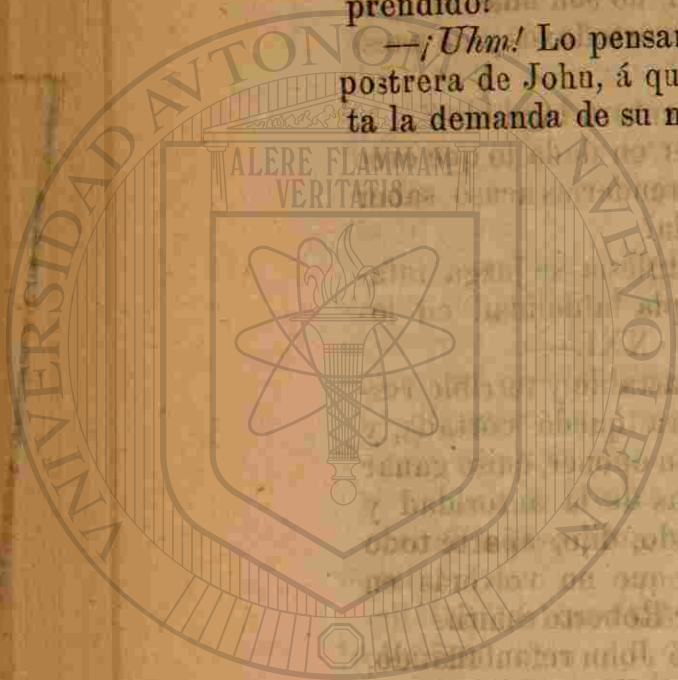
Mistress Needle no se atrevió á insistir más, temiendo acaso que su hijo le faltase gravemente. Retiróse con los ojos llenos de lágrimas, con el espíritu agitado por la cruel tempestad de sus afectos, y oprimida por angustias muy hondas. Atermentábase mucho no haber sabido contrarrestar el argumento de su hijo, y haber tenido precisión de recurrir á su autoridad, sin más fruto que descubrir en él un principio de rebelión, nunca temido anteriormente. ¡Afortunadamente aguardaban de un momento á otro á Julia!

Julia, fiel á sus promesas, llegó de Ná-



que lo visites con frecuencia: ¿me has comprendido?

— ¡Uhm! Lo pensaré. Fué la palabra postrera de John, á quien le pareció injusta la demanda de su madre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXV.

MINA Y CONTRAMINA.

Mistress Needle no se atrevió á insistir más, temiendo acaso que su hijo le faltase gravemente. Retiróse con los ojos llenos de lágrimas, con el espíritu agitado por la cruel tempestad de sus afectos, y oprimida por angustias muy hondas. Atermentábase mucho no haber sabido contrarrestar el argumento de su hijo, y haber tenido precisión de recurrir á su autoridad, sin más fruto que descubrir en él un principio de rebelión, nunca temido anteriormente. ¡Afortunadamente aguardaban de un momento á otro á Julia!

Julia, fiel á sus promesas, llegó de Ná-



poles en la tarde del día más doloroso para mistress Needle. Una semana no cumplida de ausencia había hecho conocer mejor á la señora el precio de la joven, y cuánto la necesitaba: abrazóla, pues, sumamente conmovida, y con las lágrimas que saltaban de sus ojos. Apenas la hizo preguntas sobre su viaje y las cosas de Nápoles; entrando pronto á desahogarse sobre su propia desventura, le contó con afán los accidentes de aquellos pocos días. Julia lo escuchó todo, enterándose aun de los más pequeños particulares, con afectuosa solicitud, procurando con el mayor ahinco infundir el bálsamo de la compasión y de los buenos consejos en el corazón exulcerado de su amiga excelente. Sobre lo de John, suplicó ante todo á mistress Needle que se olvidára de la especie de injuria, atribuyéndola sólo á su índole tosca y tenáz, pero no á mala intención. Le dijo que recordándole sus palabras, le pondría en el caso de obstinarse y de promover una discordia formal, mientras que la condescendencia lo volvería pronto á su índole pacífica y complaciente. Calló que daba en su interior la razón al joven, por lo que hace á la sustancia, desaprobando el modo solamente. Por el contrario, pon-

deró de todo corazón el ejemplo noble que diera en el teatro mistress Needle, asegurándola que si bien no tenía grandes deseos de frecuentar los espectáculos, deploraba no haberse hallado junto á ella en aquella noche, para tener el gusto de imitarla. Aseguró que el teatro había llegado en Italia á corromperse de tal manera, después de las últimas revoluciones, que las señoras dignas no se atrevían á poner los pies en el coliseo sin enviar antes personas que se informáran de las representaciones; que en Milán, en Nápoles, en Turín y en Roma, ciertos teatros, se habían convertido en casas de público pecado, y que le complacía mucho que, no siendo del país, hubiese dado una lección de modestia á las señoras florentinas; añadió la joven que no se había de creer con facilidad que verdaderamente se reunieran en gran número para el odioso espectáculo, siendo creíble que las concurrentes constituyeran la hez y no la flor de las damas de la ciudad.

Por lo que hace al grave caso de sir Roberto, Julia se mostró sobre todo encarecimiento conmovida. Las obras y las palabras del caballero cumplidísimo le habían gustado extraordinariamente; prometió ir á visitarlo con frecuencia. Un desig-



no secreto movíala indudablemente: mistress Needle, no sospechándolo de ningún modo, le respondió:—Será difícil que puedas visitarlo mucho.

—¿Por qué?

—Porque, á fin de alejar á John de sus conversaciones, no veo mejor partido que marcharnos de Florencia.

—¿Habeis, por consiguiente, resuelto volver á Inglaterra?

—Aun no: es demasiado rígida la estación. Hoy mismo he mandado que alquilen una casa de campo sobre la colina de Fiésolle. Esta mañana, no bien oí la respuesta desagradable de mi hijo, que no sabe desprenderse de aquella casa, mandé á mi representante tomar un coche y no volver sin descubrir antes una casita fuera de la población, y sin acabar el contrato. Ya sabes que logro hacerme obedecer cuando lo quiero de veras. Fué obra de tres horas ó cuatro hallarla, verla y ajustarla. Está tomada, y la tengo á mi disposición. Mañana iré á verla; de todas suertes, sea lo que sea, trátase solo de algunas semanas, durante las que se derretirán las nieves de Parque verde: lo importante únicamente, sin duda, es que John no pueda ir á casa de Smith. Ahora bien. Pienso en tí para

disimular la partida, de modo que no aparezca demasiado evidente mi fin.

—¿Cómo? ¿Qué podré yo hacer?

—Hélo aquí: me aconsejarás esta tarde, después de comer, que conduzca las niñas á gozar algunos días del aire de la colina. Yo presentaré dificultades, y tú las solventarás pronto, resolviendo al fin hacer lo que propongas.

—Sabeis, señora, que yo sé fingir poco.

—Pruébalo: aquí no media mentira. En cuanto á ir, todo lo he previsto. Dejaremos en la fonda los baules grandes, conduciendo sólo al campo lo preciso para pasar en él tres semanas ó cuatro; á lo más, cinco.—

Mientras la madre afligida formaba estos designios juntamente con Julia, John había salido calladamente de casa. ¡Cuán acerba agonía hubiera sufrido mistress Needle á saber á dónde tornaba en aquel mismo día y en los siguientes, hasta que se fueran á la casa de campo! Dirigiase á la de sir Roberto Smith, desentendiéndose de la prohibición maternal, que á escrúpulo doméstico atribuía y que juzgaba contraria á la libertad de conciencia. Sólo, para no disgustar á su madre, hacía lo posible para que no se trasluciese á dónde



había ido. Llevábalo irresistiblemente su gran ingenio á las especulaciones literarias y científicas, así como su índole piadosa, que á su madre debía, empujábale principalmente á los asuntos religiosos. Además, sus conversaciones con miss Julia venían á servir como de incitativo y escuela para ver claro en las doctrinas católicas y en las protestantes. Mientras su madre lo juzgaba vagando por las galerías y por los paseos, sentado invariablemente junto al viejo Smith, filosofaba, discutía y teologizaba.

Curioso era su modo de introducirse. Después de saludar cortésmente, decía en sustancia.—Señor Smith, vengo á fin de terminar la cuestión de esta mañana. En la universidad de Cambridge me ocupé mucho en materias de religión y de puseísmo, pero...

—¡Oh! ¿Acaso han surgido en vuestro espíritu dudas contra nuestra Iglesia episcopal?

—No, nunca: mas me place la ciencia de las cosas supremas, y si no veo mal, el punto tocado esta mañana es el fundamento y el eje de toda la moral de Jesucristo. Cómo y por qué es justo el hombre, es decir, digno caballero cristiano.

—Joven, respondió Smith; esta demanda es honra mucho: reconozco que sois un verdadero inglés. He observado frecuentemente que nuestros grandes hombres de estado, de guerra, de comercio y de hacienda, conocen á fondo la religión. A pesar de nuestras heridas, el inglés no se olvida de la ciencia de la vida futura: toda la raza anglo-sajona de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, es una raza de animales religiosos, sin excepción casi. Únicamente los estúpidos pueden despreciar las cuestiones serias. Cuando sir Jorge Spencer, hecho ya católico y fraile, con sumo ardor, á fin de constituir la sociedad para la unión del cristianismo, fué á conferenciar, fuera de otros, con los ministros de Estado y con diversos estadistas, entre los cuales hallábanse lord Russell, lord Derby y lord Clarendon, no hubo ninguno al que grandemente no interesase oír los designios de la liga de oraciones fundada por el religioso. Cúmpleme sólo exceptuar á lord Palmerston, que si bien la reconocía sublime, desaprobó el fin. Si al propio tiempo Spencer hubiese hablado de plegarias con los ministros de Francia y de Italia, hubiera ciertamente



hallado el proceso de Jesucristo en la corte del rey Herodes. Aquí, sobre todo, los pretendidos grandes hombres me parecen grandes muchachos. Oídos en las conversaciones: un cartel de teatro es para ellos cien veces más importante que una cuestión religiosa...

—Impaciente John de venir al punto, dijo interrumpiéndole:—Si en lo demás no lo soy, ciertamente soy en esto puro inglés. Venía precisamente á fin de agotar la cuestión que comenzásteis con mi madre.

—¿Qué más deseáis?

—Quisiera que me trazárais una línea clara entre la doctrina papal y la nuestra. Tengo en casa ciertamente una maestra, que se denomina miss Julia, la cual presto y gustosamente me explicaría su fe; mas no concluyo de ver desvanecidas mis sospechas de que adorna sus teorías: ¡tan especiosas las hace! Por el contrario, de vos me fio enteramente.

—Me considero muy honrado por vuestra confianza. Considerad, sin embargo, que no me demandáis una disertación, sino un libro.

—Un libro no, repuso John; el índice más bien.—

Sonrió el viejo por esta expresión del

joven, comenzando gravemente:—Reduzco todo el libro, ó más bien su índice, á cuatro palabras sustanciales. Para los papistas la justificación es el pasaje del estado de desgracia al de gracia, ó de amistad con Dios.

—Me parece, dijo John, que también nosotros los anglicanos lo entendemos así.

—Sí, en la superficie de las palabras; en el tondo del sentido hay una profunda é irreconciliable oposición.

—Es propiamente lo que quisiera yo entender.

—Los católicos, prosiguió Smith, hablando de este fenómeno espiritual, distinguen tres tiempos: en el primero surge la justificación; en el segundo se completa, y en el tercero subsiste ó se perfecciona.

—Perfectamente, gritó John lleno de gozo; esto me interesa por demás.—Y acercó su silla al sillón de sir Roberto.

—¿Cómo se engendra en nosotros el estado de gracia? (comenzó el viejo con tono de profesor.) Se inicia el cambio por el socorro sobrenatural de la Divinidad, que invita y compele al alma pecadora, ó, como dicen los teólogos papistas, con la gra-



cia preveniente otorgada á la criatura por los méritos del Redentor. Bajo el influjo benigno y continuado de este auxilio celestial, el hombre abre voluntariamente su corazón al rayo de la fe; ésta la conmueve y agita con el espanto de los juicios de Dios, ó las esperanzas de las promesas celestiales, hasta desprenderse por su voluntad el alma del amor del mal, dirigiéndose al soberano Bien, que principia entonces á amar, siendo por El querido; en este último acto el hombre queda constituido justo con una justicia verdadera y permanente por su índole.

—Yo, dijo John, no hubiera sabido formular el concepto analíticamente, aunque lo comprendía en general así. Me asombro de hallarme papista sin saberlo.

—Los papistas, siguió diciendo sir Roberto Smith, explican después la propia naturaleza del nuevo estado infundido y formado por la divina Bondad, así como su conservación, diciendo que lleva consigo un moral enderezamiento del alma: en él es perdonado, abolido, aniquilado y destruido el pecado, surgiendo en su lugar una rectitud habitual, con inclinación á la observancia de la ley de su amadísimo Señor, no obstante la lucha de las pasio-

nes. En su virtud el hombre, intrínsecamente ordenado de nuevo, es realmente justo y santo, amigo de Dios, templo del Espíritu Santo, hijo adoptivo del Omnipotente heredero y coheredero del reino celeste con Cristo, su hermano primogénito, miembro místico del Jefe celestial de la Iglesia, del que y por el que influye mucho en él la vida de la gracia habitual, ó habitual amistad divina.

—¡Admirable concepto! exclamó John; ¡magnífico! ¡asombroso! ¡Oh si fuese verdadero! Aún me gustara más la doctrina si, en el trabajo interior de la conversión, los católicos dieran una parte más importante á la fe, á la cual tanto atribuye San Pablo.

—¿Qué decís? replicó Smith; reconociendo los papistas los verdaderos derechos de la libre voluntad humana y de la caridad en la transformación del alma del estado de culpa al de gracia, no niegan poco ni mucho la obra de la fe: por el contrario, atribuyen á ella el fundamento, el principio y el germen de la conversión. Según ellos, la luz de la fe divina es la primera que toca el alma sumida en las tinieblas de la ignorancia y de la culpa; la fe gratuitamente la llama, aunque inméritamente, re-



velándole los tormentos preparados para el impío, la gloria de los justos y el medio de salvarse por la unión con el Redentor: de aquí (siempre hablo en el sentido papista) que sin fe, la conversión no puede crecer, durar ni perpetuarse.—

Oía John ávidamente tales conceptos católicos, que le parecían sublimes. Observó, siu embargo:—Pues bien; si, según los católicos, consiste la plena justicia del hombre en la fe voluntaria y en el amor á Dios, ¿por qué insisten tanto en la precisión de las obras buenas?

—Porque lo quiere la lógica, sin contar la biblia. Insisten en las obras buenas, porque creer á Dios soberano bien y no mostrarle amor realmente con las obras, sería, según ellos, una fe injuriosa y un amor de burla. Insisten, porque creer ne Cristo legislador y hollar sus leyes, es para ellos un absurdo y uua enemistad cubierta con el manto del amor. Insisten, porque la confianza en los méritos del Salvador, cuando Este no es amado sino desobedecido, se convierte, según ellos, en una presunción provocadora de su ira, mientras la fe que compele á obedecer á Dios, uniendo la confianza con el amor operante, según ellos, hace verdadera y real la de-

pendencia de la criatura respecto del Creador, y constituye la perfecta relación del hijo adoptivo con el Padre celeste, la semejanza de los miembros con la Cabeza divina. En la doctrina católica las obras buenas, impuestas ó voluntarias, aumentan la amistad de Dios al hombre justo, fundando el mérito de la gloria siempre más elevada. Hé aquí en bosquejo la teoría de la justificación según los católicos. Los protestantes, por el contrario, profesan muy diferentes doctrinas, opuestas de todo punto entre sí.—

Exaltándose John, por haber comprendido la teoría de los católicos, se puso en pié, y estrechando vivamente la mano del viejo, le interrumpió á la mitad del discurso, diciéndole:—Basta por ahora. De todo corazón os doy las gracias: nunca había comprendido tan claramente la opinión católica.

—¿No quereis oír las varias opiniones de las iglesias protestantes?

—No, no, dijo John. No vengo á encontraros sólo por el placer que me proporciona vuestra conversación, sino también, y principalmente, con el fin de aclarar mis ideas; pero no quiero poner en el asador demasiada carne. No podeis figu-



raros hasta qué punto me deleita comprender enteramente un punto doctrinal y filosófico, estudiarle bajo todos sus aspectos, y distinguir lo que me parece verdadero, lo que reputo falso, y lo que considero controvertible ó dudoso. Las horas se me pasan en un momento, sobre todo, después que á la terrible y sutil parladora miss Julia debo la manía de las controversias. Pero, antes de que se me olvide, una observación: las teorías tan hermosas que me habeis explicado, ¿hallan algún fundamento en la biblia?

—¡Oh querido joven! dejad que os deje aquí un poco con las ganas. Si principio á tocar este punto, no concluiré antes de la noche, y quizás vuestra madre os espera para comer. Haced lo que os diré: id mañana á la biblioteca *magliabechiana*, ó, como dicen ahora, nacional, leed algún libro de teología católica, y tendreis el gusto de hallar textos escriturarios... Mas ¿deseais un breve opúsculo, ó un tratado completo?

—Ansío un tratado completo; una obra solemne, grande, llena, autorizada, por la cual pueda después decirme á mí propio: "He visto la opinion católica con sus fundamentos, y conozco lo que vale." Son ar-

gumentos que ansío comparar con nuestras doctrinas, para elegir después la verdadera verdad, y poseerla de guisa que ninguno pueda quitármela en lo sucesivo.

—¡Bien! dijo el viejo con admiración sincera; profetizo que sereis un caballero formal y valiente. Me felicitó con vos y con vuestra familia. Pedid, pues, el tomo cuarto de las controversias de Belarmino: ¿Os inspira miedo un Cardenal?

—Por el contrario, respondió John; un Cardenal, más que otros, estará en el caso de hacerme conocer la opinion católica.

—Pues bien, buskais en el índice del libro los puntos que os plazca examinar, y os prometo que hallareis centenares de razones poderosas y de textos de la biblia. Sobre todo, están discutidos éstos con una ciencia de *exégesis* incomparable.

John tocaba el cielo con la mano: tomó el sombrero, se puso en pie, y se despedía. De pronto añadió, sentándose nuevamente:—Satisfaced, si podeis, otra curiosidad mia. Me parece que habeis explicado la opinion papista con alguna preferencia.

—No lo niego, respondió prontamente



—sir Roberto Smith; es la única que me parece lógica, completa y conforme con la Escritura, al paso que nuestras confesiones en este punto dicen muchas tonterías. La más incoherente de todas es la profesión anglicana, que admite con Lutero y Calvino la fe como único principio justificante, viniendo á ponderarnos después las buenas obras, cosa, en mi sentir, completamente inútil si para ser justos no se necesitan. Lutero y Calvino son más lógicos: las condenan y escarnecen. Además, impugna las obras de supererogación, que define mal: en suma, nuestros treinta y nueve artículos, si se comparan con la biblia, no son oro puro.

—¡Oh! ¿Cómo compagináis esta libertad de opiniones (que yo admiro), con vuestra profesión de anglicano de la Alta iglesia episcopal?

—Nada más fácil. ¿Acaso nuestros dogmas son un quinto evangélico? Razonemos. ¿Valía la pena de que protestásemos contra el Papa, contra los Concilios, contra la Iglesia toda, y contra los quince siglos anteriores á la reforma, para después ligarnos servilmente á una declaración de fe, compilada por cuatro saltimbanquis, socorridos por el gobierno?

—Sea quien sea el compilador, ¿es verdad que se trata del símbolo recibido y jurado por nuestros obispos? . . . Es una dificultad, notadlo, no una opinión mía; porque yo tampoco lo considero infalible.

—¿Sabeis quién autenticó nuestra profesión de fe? Un concilio de obispos que no formaba la centésima parte de los de aquel tiempo. Casi me vienen las ganas de reír cuando veo en el *Common Prayer-book*, al pie de la profesión de fe anglicana, la ratificación de una mujer: ¡la reina Isabel!

—¿Luego la rechazais toda?

—No; la juzgo con el criterio que la profesión coloca en mi mano para juzgar á los otros símbolos. En el artículo octavo me dice que se deben recibir el de Nicea, el de Atanasio y el Apostólico, por estar conformes con la sacra Escritura. Pues bien. Yo igualmente admito el símbolo de los treinta y nueve artículos, en cuanto lo encuentro conforme con la sagrada Escritura; y en cuanto no, lo dejo aparte. Me parece que quedo anglicano, *archi-anglicano*, más anglicano que el anglicanismo.

John esperaba poco más ó menos esta contestación, y no replicó: estrechó la mano del viejo, y se fué. Estaba tan muerto



tratándose de las cosas domésticas, como vivo para sus gustos literarios ó científicos. Salió de casa de Smith con el rostro encendido y la manía de ahondar en los libros con toda su alma, deseoso de ver la última palabra de la gran cuestión que lo tenía completamente absorto. Parecía que no llegaba jamás el día siguiente. En el ínterin, escribió diligentemente todos los puntos doctrinales expuestos por Smith; dos veces hubo de ser llamado para ir á la mesa.

Ahora bien. ¿Quién podría contar hasta qué punto parecióle cruel y extraña la ocurrencia de Julia, que indicó la idea de sustituir á Florencia con Fiésole? Se opuso ásperamente con multitud de dificultades. No le costó mucho, siendo como era sagaz, comprender que cumplía Julia un encargo. Realmente su proposición, hecha con alguna timidez, fué con ardor recogida, celebrada, encarecida, ponderada y admitida por mistress Needle. — Por consiguiente, concluyó John, la empresa viene de mi mamá, y no habla Julia por su cuenta... La clave de la cifra es que mi madre se agita, con el fin de sacarme de aquí para tenerme lejos de sir Roberto Smith... Lo pensaré. —

Comió de mal talante como nunca. Al

día siguiente, una media hora antes de que se abriese la biblioteca, desempedra-  
ba arriba y abajo los cantos de los Museos. Aquel día, sin perder un segundo, hojeó y devoró muchos capítulos de Belarmino. Copió párrafos, anotó textos y escribió sumarios. Por la tarde, discutiendo con Julia, suscitó la conversación de sus estudios, y con gran maravilla conoció que la joven estaba completamente de acuerdo en las doctrinas con sir Roberto Smith, y ambos con Belarmino. Había encontrado en éste lo que precisamente deseaba; una multitud de alegaciones bíblicas para establecer la verdad papista y destruir las varias opiniones de los protestantes. Parecía que, respeto á conocer bien la doctrina católica, no le quedaba cosa por inquirir, y por añadidura, parecía más que plausible, aun examinada bajo el prisma de la simple razón. Sin embargo, quiso asegurarse mejor, y pidió un catecismo á la joven, á fin de divertirse, decía, parangonando la opinión católica con la protestante. Comprendiendo Julia que semejante diversión podía llegar á ser una cosa seria, en vez del catecismo, le dió la *Simbólica* de Moehler, señalándole las páginas que debía consultar. Aquella misma



noche pasó John manos á la obra; leyó y releyó los puntos controvertidos, comparando las diversas opiniones de los católicos y de los reformadores, pareciéndole ya éstas, después del estudio hecho, absurdas y opuestas á la palabra de Dios. Con tales especulaciones, ora paseando por su habitación, ora sentado con la pluma en la mano, no cesó su estudio hasta muy entrada la noche.

Habiendo sabido después su madre por los criados estas novedades, quedó sumamente preocupada; mucho más la compeleron á disponer ántes la partida. En el ínterin, una extrañeza inexplicable de John vino á confundir sus ideas, y á sumergirla en un mar de sospechas. Había dicho que á la mañana siguiente irían todos en coche á instalarse ya en la casa de campo. Cuando llegó la hora, cada uno había dispuesto las cosas, y sólo se aguardaba el carruaje. Julia y las niñas metían un ruido alegrísimo, y formaban cien planes de pasatiempos campestres. Mistress Needle respiraba contenta por haber hallado un expediente honroso para librar á John de la influencia de sir Roberto Smith. Sólo John murmuraba en su cuarto, y nunca concluía de hallarse dispuesto á marchar.

Finalmente, cuando los demás estaban casi á punto de subir al coche, salió fuera, en traje completo de cazador, y con una hermosa carabina *Lefauchaux* que asustó á las niñas.

—¿Qué te pasa? le dijo su madre.

—He tomado también mis determinaciones para vivir en el campo.

—¿Piensas cazar ahora?

—¿Por qué no? Conviene que halle la forma de ahogar el fastidio de los próximos días.—

Mistress Needle no acababa de comprender la flamante ocurrencia de su hijo, contraria enteramente á sus costumbres inveteradas. Los placeres de John solían generalmente consistir en estar encerrado en su estancia, en leer buenos libros, y en hablar sobre literatura ó ciencias, cuando alguno, como Julia, conseguía sacarlo de su silencio. ¿Cómo así de repente le había ocurrido dedicarse á la vida ligera y agitada del cazador? Quién le había enseñado el manejo de las armas? ¿Y quién le había satisfecho los gastos de todas sus compras? Preguntóle:—Quién ha pagado estos arneses?

—Todo está satisfecho, y exhausto quedó mi bolsillo.—



La buena madre ignoraba si debía criticar ó aplaudir la salida de John. Pronto acordándose del consejo de Julia de reconciliarse con él, aprovechó la ocasión para demostrar que había olvidado las pasadas diferencias; abriendo su *portamonedas*, sacó una buena suma de oro, y la puso en la mano de John, diciendo:—No quiero que estés sin dinero...; aunque me lo hubieras podido decir antes, si tenías este gran deseo.—

John aceptó voluntariamente, pero se lefa en su faz algo misterioso.

## XXXVI.

## A LA CAZA.

El hecho fué que apenas la familia Needle se hubo acomodado en la casa de campo á la mitad de la cuesta de Fiésole, John pareció un cazador asiduo é infatigable. Al amanecer desaparecía, calzado como los correos, con la chupa de terciopelo encima, y al hombro la escopeta. Volvía poco antes del almuerzo, con algún pajarito en el zurrón, sin tener aventura que contar. Proponía, por el contrario, una multitud de cuestiones, y batallaba tremendamente con Julia sobre puntos religiosos; si algunas veces no salía, por llover á ma-



La buena madre ignoraba si debía criticar ó aplaudir la salida de John. Pronto acordándose del consejo de Julia de reconciliarse con él, aprovechó la ocasión para demostrar que había olvidado las pasadas diferencias; abriendo su *portamonedas*, sacó una buena suma de oro, y la puso en la mano de John, diciendo:—No quiero que estés sin dinero...; aunque me lo hubieras podido decir antes, si tenías este gran deseo.—

John aceptó voluntariamente, pero se lefa en su faz algo misterioso.

## XXXVI.

## A LA CAZA.

El hecho fué que apenas la familia Needle se hubo acomodado en la casa de campo á la mitad de la cuesta de Fiésole, John pareció un cazador asiduo é infatigable. Al amanecer desaparecía, calzado como los correos, con la chupa de terciopelo encima, y al hombro la escopeta. Volvía poco antes del almuerzo, con algún pajarito en el zurrón, sin tener aventura que contar. Proponía, por el contrario, una multitud de cuestiones, y batallaba tremendamente con Julia sobre puntos religiosos; si algunas veces no salía, por llover á ma-



res, encerrábase pronto en su cuarto, embrollándose á solas, hojeando libros de la joven, ó escribiendo papeles y más papeles. En vano invitábanle para que tomase parte con la familia en las diversiones de los paseos ó de las expediciones deleitosas. Sólo dos gustos le ocupan: ir á cazar, ó sepultarse vivo en el escritorio.

La propia vista, tan admirable, de Florencia, no le cautivaba. Y sin embargo, contemplada desde las alturas de Fiésole, forma uno de los espectáculos más poéticos que pueden contemplarse. Las mujeres, y sobre todo Julia, no se hartaban de admirar la majestuosa curva de la cúpula de Brunelleschi y la torre altiva de Arnolfo, al rededor de cuyos monumentos se juntan las muchas maravillas del arte, de que se compone la ciudad reina de Toscana. Desde la masa de los edificios tendían la vista, con placer siempre nuevo, por las amenas colinas que ciñen la cuna de Florencia, verdeantes por los olivos aun en invierno, y deliciosas por su cultivación variada; seguían lejos con su mirada el valle del Arno, que dilátase debajo de la ciudad, á fin de acoger un inmenso jardín, brillante por su naturaleza rica, y resplandeciente por sus villas y castillos.

Florencia tiene, además, sobre las restantes ciudades, la circunstancia de que así como éstas yacen escondidas bajo el fúnebre velo de la noche, osténtase no menos poética entonces que en medio del día. Quien la contemple desde las colinas al anochecer, la ve poco á poco iluminarse con su vago dibujo y recobrar su gloria; cree descubrir casi dos cielos, uno colocado en las alturas, extendido el otro á sus pies, y estrellados ambos no se sabe cuál más graciosamente. Las manzanas de las casas comparecen llenas de luces infinitas, que corren á manera de inmensos rayos en las calles rectas, ó haciendo curvas y serpenteando, en las travesías, paseos y sinuosidades de las alturas más allá del Arno. En unas partes las luces entrelázanse con gracia, en otras se reúnen formando ricas constelaciones, y en otras se extienden, constituyendo nuevas vías lácteas, ó se esparcen con hermoso desorden, ó parecen cubrirse con incierto claror, á guisa de nebulosas; en suma, Florencia viene á ser como un espejo del pabellón celeste que de astros la cubre. Alrededor los fulgores se dilatan gradualmente, como el cielo que en los límites del horizonte se oscurece por la niebla, haciendo resaltar más no-



blemente, por el contraste, su centro estrellado.

Pues bien. Apenas se dignaba John fijar su mirada distraída en tales espectáculos encantadores, y se volvía pronto á meter en su estudio, infiriendo la joven, en conclusión, que algún nuevo plan combinaba. No había nunca concluido de creer que John pasase las horas de su ausencia batallando con los mirlos y con los gorriónes. Con fundamento lo creía. El altivo joven, lastimado por ver que artificiosamente le privaban de la conversación de sir Roberto Smith, había opuesto el engaño de la caza de los pájaros á la estratagemma de su madre. Saliendo á buena hora de la quinta, dirigíase derechamente á la ciudad y á la casa del viejo, invirtiendo todo el día en debatir con él sobre materias religiosas. Por lo que hace á Smith, condenado á no moverse de su habitación por la herida, no curada del todo, experimentaba un placer singular en discutir con un joven de ingenio perspicaz, que no se cuidaba de las diversiones, y que sólo quería vivamente aclarar sus ideas. John le pagaba sus solicitudes pendiendo de sus labios con incomparable confianza, por admirar en el viejo una vida proba,

y sobre todo, un carácter entero, firme, hostil á todo lo que se propusiese combatir la libertad del pensamiento.

John entraba en su habitación con seguridad de amigo y actitud de alumno. Sin preámbulos promovía la cuestión que lo preocupaba, reanudando el debate del día precedente. A veces sacaba sus papeles y leía sus observaciones en ellos consignadas, para inquirir el parecer del anciano. Esto hizo precisamente sobre la cuestión de las buenas obras, que con tanta calor había debatido en los días anteriores.—Querría, dijo, que con el conocimiento que teneis de las iglesias protestantes, me de lineárais la doctrina verdadera que oponemos á la católica; pero ahora, si no estoy en un error, héme formado por mí mismo una idea exacta.

—No es poco, respondió Smith; porque corren entre los nuestros conceptos tan distintos y enmarañados, que se parecen á una madeja imposible de devanar.

—Temo padecer un error; he hallado la opinión papista, tal como me la explicásteis, desarrollada por Belarmino. Sólo que vos me la dísteis en pocas palabras, y allí se apoya en multitud de textos bíblicos: lo que más me asombra es haberla



encontrado idéntica, y muy viva, en los labios de miss Julia.

—No hay que maravillarse, amigo caro, contestó Smith; en esto los católicos nos vencen á cien leguas. Constituyen un pueblo *unius labii*, y se repiten el uno al otro; si bien tienen la biblia lo mismo que nosotros, no tienen para su interpretación las cien *confesiones* de nuestras iglesias, ni el espíritu privado.

—Esta es, repuso el joven, la observación que á los ojos me saltaba también al inquirir los dictámenes de los *reformados* sobre la necesidad de vivir bien. ¡Gran Dios! Cuanto más intentaba encontrar en ellos algo común ó semejante, menos lo conseguía.

—¿Qué libros habeis consultado?

—El de Belarmino, como me aconsejasteis; después, para las variaciones más modernas, la *Simbólica* de Moheler, que me proporcionó miss Julia.

—Miss Julia, contestó Smith, os ha sugerido una obra excelente; porque Moheler, aunque papista por demás, tiene de bueno que no atribuye á las iglesias protestantes ninguna doctrina sin alegar pronto los documentos, citados á la letra, de las obras de nuestros jefes reformadores, ó de las

auténticas profesiones de fe usadas en nuestras iglesias.

—Esto es, repuso John, lo que me desalienta. No puedo decir: aquí Moehler exagera, aquí lo entiende mal, aquí calumnia, y aquí se muestra defensor exagerado de su religión, no: procede como un gigante impasible, sin dejar que salga una interjección de ira, y oprime con textos, de los cuales resulta evidente la enseñanza de las distintas comuniones protestantes.

—Bien: ¿y qué habeis inferido? preguntó Smith.

—Que vuestras doctrinas, por lo que hace al fundamento de toda moralidad, son un caos de contradicciones. Proponíame relacionar el concepto de la predestinación por parte de Dios con la acción de nuestro libre albedrío y del socorro celestial para conseguir la salvación, así como la esencia de la vida justa y cristiana.

—Habeis escogido muy bien los puntos...

—¡Para desengañarme! He debido tocar con la mano que nuestros sumos reformadores, lo mismo que sus iglesias, entiéndese mutuamente como gatos y perros. Figuraos que se ponen delante Calvino y Beza, con sus iglesias helvética, francesa, ho-



landesa, y con gran parte de los *metodistas* modernos de Inglaterra y de América, todos los cuales me representan la predestinación en forma tan horribilísima, que los pelos se me ponen de punta. "Dios, dicen, según se le antoja, crea al hombre sobre la tierra con el fin de convertirlo en una joya para el cielo, ó bien con el de preparar un tizón para el infierno: y, no hay medio, cada uno, por más esfuerzos que haga, llegará finalmente al sitio predestinado."

—Este es un dogma de origen inglés, dijo Smith, es de nuestro Wicleff.

—Sea de quien sea, es atroz y evidentemente absurdo. ¿Cómo un Sér infinitamente bueno puede producir nunca de propósito una criatura sensible y racional, con el fin de oprimirla bajo la prensa de un odio eterno, enclavarla con una maldición irrevocable, y atormentarla con un fuego inextinguible? Si así fuese, Dios resultaría cien veces peor que el diablo. Hacen, por tanto, bien los Anabaptistas y los *Memnonistas* (I), con sus sectas de *Ernütters*

(I) Los sectarios de Simón Memno, apóstata de Frisia, que quiso reunir en Holanda las diferentes sectas de los Anabaptistas, como lo intentaron Gabriel y Hutter en la Moravia.

[Nota del autor.]

y *Hermanos de Moravia*, que reniegan de tan feroz dogma, y despláceme que nuestra confesión anglicana quédase allí en medio, sin saber qué partido tomar, y nos planta un artículo, el XVII, para decir que no precisa pensar en la predestinación.

—¡Qué quereis! dijo Smith; no deseaba ofender á los calvinistas ni á los luteranos.

—Pues yo digo que necesario era decir la verdad. Lutero inclinase visiblemente al mismo lado que Calvino, aunque hay de bueno que los suyos reniegan de su doctrina. Sus discípulos Flaccio y Hesusio combatieron abiertamente la infernal teoría; Zuinglio se declaró adversario de Lutero en este punto y en otros muchos; después, las *confesiones* luteranas, cual más, cual menos, rechazaron la predestinación absoluta enseñada por su maestro. Mas he aquí, concluyo diciendo yo, á una mitad de las iglesias protestantes armada contra la otra, en un punto muy capital, y que interrogando yo á todo el protestantismo, no puedo saber si Dios es un amoroso Padre, ó un tirano feroz.

—Mas á lo menos, repuso Smith casi bromeándose, los habreis hallado conformes respecto del libre albedrío.



—De ningún modo. Peor todavía. Los reformadores más renombrados se apalean en este particular con una licencia que pasa los límites de lo creible. Cuando estudiaba en Cambridge creía que todas las discusiones eran entre los anglicanos puros y los devotos puseistas, pero que al fin todos aceptaban los treinta y nueve artículos; ahora que voy eusanchando el horizonte, descubro que todo vacila. Lutero y su amigo Melancton niegan de un modo terminante la existencia de la libre voluntad; hablan expresamente del arbitrio *esclavo*; dicen á las claras que por necesidad obran el bien los que disfrutan del auxilio de lo alto, y que sin él obran el mal por precisión, así como que Dios es autor del pecado, no sólo permitiendo que haga diabluras el libre albedrío, sino causando efectivamente la traición de Judas ó el adulterio de David, como produjo efectivamente la conversión de San Pablo. Es verdad que algún discípulo rechazó esta blasfemia (á lo menos, me lo parece), acercándose á la profesión católica; mas entre tanto, Calvino, Zuinglio y Beza persisten en el desatino. En su sentir, el hombre es un autómeta, del cual Dios se sirve para producir obras buenas ó pecados, según lo ha

creado para salvarle ó hacerle ir al infierno. Después, como por burla, excusan á Dios por esta maldad, diciendo que cuando compele á uno al pecado, El, con todo, no peca, por no estar sometido á ley alguna, y que necesita leña para el infierno, si debe hacer brillar el atributo de su justicia. Ahora bien. A Satanás, ¿qué le queda, si Dios le usurpa su cometido, empujando á los hombres al mal? ¡Y pensar que aun dan semejantes locuras impías como verdades de fe!

—Nosotros los anglicanos, observó Smith, no caímos en esa red; hemos conservado el libre albedrío, la posibilidad de las buenas obras y la obligación de hacer penitencia.

—Mejor, respondió John; mas no trato yo de esto: trato de las opiniones vigentes en las iglesias, y descubro que las reformas tudesca, suiza, francesa y holandesa van contra nosotros, negando todas, más ó menos, el libre albedrío. Ahora bien. Paréceme que, negada la libertad, podían ahorrarse la pena de dogmatizar sobre la justificación y sobre las obras: es lo mismo que hablar á los mancos y á los parálíticos, de la esgrima.

—Decís muy bien; mas, por la bondad



de Dios, los reformadores no fueron siempre lógicos, y con frecuencia, después de cortar el tronco de un árbol se ponen á discurrir sobre las ramas; como si éstas continuasen viviendo. Acaso aquí son menos incoherentes de lo que parece á primera vista.

—¡Dios lo quisiese! En cuanto á mí, no he conseguido hallar una idea clara sobre la fe justificante, que, sin embargo, casi todas las iglesias no católicas, inclusa la nuestra, reconocen como medio único de que consigan la salvación los predestinados para ella. ¿Quién puede saber qué cosa es, ni en qué consiste, ni cómo se ejercita? A juicio de algunos, es el acto sencillo de aceptar la revelación cristiana; otros la consideran un instrumento indefinido, con el cual se conoce Cristo; Lutero unas veces habla de ella como de cosa que ninguna relación tiene con las buenas obras, y otras la transforma en un medio seguro para éstas; Melancton la define una confianza absoluta en la divina misericordia; Calvino la bautiza con el nombre de confianza en Cristo, que á la penitencia es la que produce la fe: á nosotros, anglicanos, nos dice nuestra iglesia que la sola

fe justifica, y nada más. ¿Qué cosa es tal fe? preguntamos. Vete á saberlo.

—Y la razón es obvia para nuestra iglesia, dijo Smith. Cuando se redactaron los treinta y nueve artículos, el país estaba lleno de luteranos, de calvinistas y de innumerables neófitos de varias reformas, procurándose por ello mantener el dogma muy alto, para no descontentar á nadie. Mas no se puede mantener la acusación de incoherencia que fulminais contra los jefes reformadores; porque no dicen que, quitando el libre albedrío, el hombre puede aun creer voluntariamente y llegar á justificarse, no; luteranos y calvinistas (con todas las iglesias adherentes) confiesan que el creer y el justificarse son cosas completamente de Dios solo, en las cuales no tiene parte alguna el hombre. El que Dios justifique será justo, é impío *in sæcula sæculorum* el que Dios rechace. Especialmente Lutero, á decir llegaba que, respecto de aceptar la fe y de convertirse en amigo de Dios, el hombre es "una estatua de sal, como la mujer de Lot," un *tronco*, una *pedra*, y que le trasporta el Señor al estado de la gracia desde la culpa. Ni podía ser de otra manera, supuesto el dogma fundamental de las iglesias *reforma-*



das, según el que Dios produce á unos hombres para salvarlos, y á otros para condenarlos.

—Pues bien, replicó John; aunque sean tan lógicos como quereis en esta lógica cruel, preguntaré yo: ¿A qué fin entonces predicar el Evangelio? ¿A qué fin exhortar á la conversión? Comprendo que hablen de ella los teólogos papistas, que admiten la libre acción de la humana voluntad al valerse del auxilio de Dios y al observar los mandamientos; ¿mas cómo nosotros, los protestantes, podemos invitar al prójimo á convertirse? ¿A qué fin esparcir biblias y tratados para alimentar al pueblo con la fe? Calvino dice de un modo terminante que Dios cierra herméticamente á ciertos hombres el camino del cielo, y que produce en el interin en su corazón una apariencia de fe, á fin de hacerlos más inexcusables. Las iglesias luteranas y las reformadas nos cuentan que Dios mueve á los hombres con su prepotente voluntad, como el saltimbanquis mueve á los muñecos con sus hilos, subiéndonos después al cielo ó arrojándonos en el infierno, según nos hizo representar un personaje bueno ó ruin: esto admitido, aseguro yo que predicar la

conversión á los hombres es como decir á las máquinas de Manchester que hilen bien.

—Creedme, joven; si quereis sosiego, dad al olvido todas las *profesiones* de las iglesias protestantes, ateniéndoos á la biblia. A lo menos no os alejeis en este particular de nuestra *profesión* anglicana, que templa en sus artículos xvi y xvii no poco las opiniones suiza y tudesca; ó bien quedaos con la confesión escocesa, que no se distingue mucho de la papista.

—Mas no salimos del propio lugar: nuestras iglesias de este y del otro lado del Estrecho, se ponen de acuerdo como los que levantaron la torre de Babel. He tenido el gusto también de analizar la intrínseca naturaleza de la justicia, para saber en qué consiste, según nuestros reformadores, la justicia, la santidad y la celeste amistad: aun aquí la opinión papista me parece mejor que la nuestra, ó, por mejor decir, que las nuestras. Según los católicos, el hombre, una vez conseguida la justificación, queda interiormente renovado y convertido en mejor; cesa, en suma, de ser pecador, convirtiéndose realmente en santo y en amigo de la divinidad: es una opinión que consuela, y que consuela tanto más, cuanto se funda en la



biblia, como asimismo en innumerables testimonios de autores de los primeros siglos. Nosotros los protestantes, por el contrario, decimos que la justificación no cambia lo interior del alma; dejándola pecadora como ántes, si bien Dios la deja de odiar, gracias á la fe: según todas las iglesias luteranas ó reformadas, el justo difiere del pecador sólo en quedar libre del castigo, pero no de la suciedad del pecado: realmente aun los justos sufren las malas pasiones, y los movimientos de la ira, de la soberbia, de la avaricia, de la lujuria, y demuestran que reina en ellos el pecado hasta la muerte, por que tales movimientos (dicen) son pecados, y pecados graves, por más que acaecen voluntariamente.

—¡Bravo, joven! dijo entónces el viejo Smith interrumpiéndole; habeis alcanzado el profundo sentido de las opiniones luteranas y calvinistas, como también de la mayor parte de las iglesias protestantes.

—¿Qué dificultad había? respondió John. He hallado los textos literales en Moheler, referidos el uno á la cola del otro. Únicamente no he logrado descubrir el verdadero sentido de nuestra iglesia anglicana

—La razón es sencillísima: no tiene alguno propio. Cada uno de nuestros magnos varones acude al peculiar de su persona. El anglicano puede decir, con Lutero, que el justo es un pecador cuyos pecados tiene Dios ocultos; puede decir con Calvino, que el justo es un pecador al que Dios mira como perdonado; puede decir que el justo es un pecador á quien Dios externamente atribuye la santidad de Cristo; puede decir que toda la justicia no destruye el pecado en él; en suma, puede decir que el justo es un bribón, al que deja Dios impune.

—Os confieso, dijo John, que todas estas teorías de nuestras iglesias no me gustan. Si tales doctrinas fuesen verdaderas, sólo tendríamos que abandonarnos á la inercia ó á la desesperación.

—Pues no, repuso sir Roberto Smith. Nuestros reformadores pretenden que la creencia de que toda la obra de la salvación se hace por El, sin intervenir nada nosotros, favorece la humildad y el abandono en las manos de Dios...

—¡Abandono fatalista y mahometano! exclamó John. Si Dios me ha predestinado para la gloria, me salvará de todas mane-



ras; por consecuencia, puedo estar me con las manos en la faltriquera, y puedo igualmente cometer mil maldades: he aquí la inercia. Si Dios me ha predestinado para el infierno, ¿de qué sirve agitarme? Caeré: he aquí la desesperación. Así razona la lógica respecto del dogma protestante. Mas ¡vive Dios! que no dice la biblia esto: rechazo este dogma como absurdo, cruel y malvado: creo ser cada día mejor protestante, ateniéndome á la opinión papista, según la que Dios quiere la salvación de todos, les proporciona los auxilios para que se salven, se pierden los que abusan por su voluntad del socorro divino, y se salvan los que con éste desean salvarse. Así razonaba el Hombre-Dios cuando respondió al joven que le preguntaba qué hacer debía para salvarse: Si quieres salvarte, observa los preceptos... *¡Si quieres!*—

Sir Roberto Smith animaba con movimientos de cabeza las palabras de su discípulo. Añadió entonces:—¿Qué habeis descubierto en nuestras profesiones de fe relativamente á esta observancia de los preceptos, esto es, á las buenas obras?

—¿Qué quereis? Me tiraba de los cabellos: ¡tanta es la gradación de opiniones por mí recorridas! La iglesia anglicana nos

dice que cada obra hecha sin fe es un pecado. Luego concluyo yo en buena lógica, un infiel ó un hereje peca socorriendo á los pobres y honrando á sus padres. Esto es absurdo: absurdo es, por consecuencia, nuestro artículo.

—Es una sentencia, advirtió sir Roberto Smith, heredada por nosotros de Lutero y Calvino. Comenzaron éstos por exaltar la fe, y pretendieron después que sin la fe todo era pecado mortal, mientras que, por el contrario, con ella ya no había pecado posible, y que Dios no toma en cuenta los pecados de los creyentes; al fin llegaron á compeler al pecado, considerándole instrumento de salvación. ¡Tanto al buen sentido perjudica embarcarse una vez en el error!

—Figurábame yo, dijo John, que cuando á Lutero se atribuía la máxima: Cree y peca, se afirmaba por burla, ó exagerando no poco. Pues no: es propiamente su doctrina formal. La he trascrito en mi cartera: "Lutero escribe á Melancton: Si eres predicador, predica una gracia verdadera y no fingida: si la gracia es verdadera, obra como verdadero pecador: no salva Dios á los pecadores fingidos. Sé pecador, y peca mucho, pero cree mucho más, y



goza en Cristo, vencedor del pecado, de la muerte y del mundo: es preciso pecar mientras se vive aquí abajo. Esta vida no es habitación de la justicia; mas esperamos otros cielos, dice Pedro, y otra tierra en que habitará la justicia. Para las riquezas de la gloria de Dios, bástanos haber reconocido el Cordero que borra los pecados del mundo: de este no nos apartará el pecado, aunque mil veces, mil veces en un día, cayéramos en fornicación ó en homicidio." ¿Puede darse, pregunto yo, más diabólica blasfemia? ¿Mil fornicaciones y mil homicidios no nos separan del Cordero celestial! "Las obras de Lutero llenas están de enseñanzas ascéticas. En otro lugar escribe: Las almas pías que practican la virtud para ganar el reino de los cielos, no sólo no llegarán á él, sino que precisa contarlas entre los impíos; es mucho más necesario precaverse contra las obras buenas que contra el pecado." Os digo la verdad, caro señor Smith; después de leer tales maldades, me sentía arder de vergüenza por nuestra iglesia anglicana, que tanta parte de su profesión copió de Lutero.

—Tranquilizaos: los luteranos reniegan frecuentemente de su maestro...

—Lo sé, lo sé, dijo John; mas resulta

siempre cierto que él, con gran número de sus secuaces y de iglesias protestantes, estuvieron y están de acuerdo en proscribir la buena voluntad de proceder como un hombre honesto. Una doctrina tan perversa no podía menos de producir contradicciones. Los Anabaptistas, discípulos primeramente, y después adversarios irreconciliables de Lutero, que los hizo exterminar con el hierro y el fuego, hicieron consistir el nervio de la piedad cristiana en las buenas obras...

—Pero no las hacían, dijo Smith sonriendo, sino que, por el contrario, cometían muchas malísimas.

—Sea; mas los Anabaptistas impugnaron á Lutero; contra ellos se lanzaron, además de Lutero, Melancton, Zuinglio y Calvino. Más fieros contra el luteranismo levantáronse nuestros Cuáqueros, que terminantemente condenan á todos sus hermanos protestantes, declarando que sin las obras buenas todos se perderán. Detrás de los Cuáqueros, se levantaron contra las demás iglesias protestantes también los Ernútteiros y los Hermanos de Moravia, protestando también contra la fe de Lutero y de Calvino. Al parecer, la rebelión no podía ir más adelante; mas he aquí al reforma-



dor de los reformadores, Manuel Schwedenborg, hijo de un obispo luterano, que funda otra iglesia protestante, revelando al mundo que ha visto con sus ojos el infierno, y condenados en él á Calvino y á Melancton, precisamente por sus pérfidas doctrinas de la predestinación y sobre la fe justificante sin las obras. Además, nos hace saber que Lutero no se ha salvado aún, pero está en vías de salvación, porque renegó en el otro mundo de una parte de sus pestíferas doctrinas, confesando que las obras son indispensables para salvarse.. He aquí, pues (concluyo diciendo yo), plena y absoluta contradicción: una mitad de nuestras iglesias rechaza las buenas obras, como inútiles ó perjudiciales, y la otra las juzga saludables y necesarias. ¿Cómo ponerlas de acuerdo?—

Sir Roberto Smith, queriendo llegar á su punto, respondió artificiosamente:—

Acordadlas como nuestra iglesia, esto es, dando razón á una parte y á otra.

—¿Cómo es posible poner de acuerdo al que dice sí y al que dice no, sobre lo mismo?

—Como nuestra iglesia: un artículo dice que la sola fe justifica, otro alaba las bue-

nas obras, y un tercero propone la penitencia como medio de salvación...

—Y esto, repuso John, es el más absurdo baturrillo que puede soñarse. Si llego á ser amigo de Dios con la sola fe, ¿qué necesidad ha y de penitencia y de buenas obras? ¡A lo ménos este absurdo fuese común en nuestras iglesias! No: las escisiones existen aun entre nosotros. Nuestros Metodistas reforman el anglicanismo y en premio se ven excomulgados por la iglesia anglicana. Entonces forman aparte otra iglesia proveyéndose de obispos y de pastores. Sin saber cómo, véseles divididos en wesleyanos y en whitefieldianos, así como luego subdivididos en ocho ó diez retoños de iglesias (á lo ménos así lo decían nuestros almanaques del año actual), y todos estos anglicanos reformados ó deformados se persiguen. Unos predicán la predestinación al infierno, según Calvino, y otros la niegan, conformes con algunas iglesias luteranas; unos hacen consistir la salvación en el bien obrar y otros en el bien creer; éstos recomiendan la virtud, y aquellos dicen que facilita el vicio la conversión. Hoy, para refuerzo de los Metodistas, tenemos á los Trataranistas, á los Puseístas y á los Ritualistas, todos los cuales, más ó



menos, disfrazan los treinta y nueve artículos, restableciendo la confesión, las devociones, la penitencia, la comunión frecuente y la piedad práctica: luego advierten que no brota poco ni mucho de todas estas buenas obras el mérito de la eterna salvación. En una palabra; si las iglesias suizas, francesas, tudescas, holandesas y americanas están discordes entre sí, en nuestra iglesia nacional sucede lo mismo. No se reúne nada común sobre estos puntos, que forman la base de toda moral... Me arrepiento casi de haber querido penetrar en este espinar. Pregunto á los reformadores famosos y á las iglesias modernas: ¿Me ha creado Dios para el cielo? Varias iglesias me responden: No se sabe; puede ser que te haya creado intencionadamente para el infierno. Pregunto: ¿A lo menos podré, con mi libre voluntad, cambiar alguna cosa en este destino? Me responden: Nada: para las cosas de la salvación, el hombre es una piedra. Pregunto aún: Y si Dios, por su voluntad, me hubiese destinado al paraíso, ¿me volvería mejor, é interiormente justo, bueno y honrado? Me responden: No: serías pecador y malvado hasta la muerte; todos los movimientos de tus pasiones, aun indeliberados, son ultrajes que infieres á la

Divinidad, que sin embargo no te castigará, por respeto á tu fe. Pregunto en fin: Decidme, á lo menos, si para salvarme he de hacer algo bueno; decidme si orar, cumplir los preceptos de Dios, socorrer al pobre y perdonar las ofensas me harán más acepto á Dios, asegurándome la salvación. Me contestan: Cree; por lo demás, de nada sirve para salvarse vivir como un ladrón ó un santo; nada importa obrar como un hombre ó un cerdo. Tal es la doctrina que halló profesada por las distintas iglesias protestantes.—

Sir Roberto Smith aguardaba en este paso á su amigo filósofo, y le respondió gravemente:—Caro joven, dos cosas admiro en vos: vuestra feliz memoria para referir exactamente las doctrinas de las varias iglesias protestantes, y vuestro ingenio agudo para ponerlas en parangón, juzgarlas y sacar las consecuencias lógicas. Me habeis delineado nuestras doctrinas *confesionales*, con tanta veracidad, que no os apartais un punto de lo cierto. Mas decidme cándidamente: ¿procurais internaros en los dogmas protestantes por un placer académico, ó á fin de hallar cualquier norma práctica para vuestra vida religiosa?



—Para lo uno y lo otro, respondió John.

—Ahora bien. Os digo que, relativamente á la pura ciencia, todas las contradicciones de nuestras iglesias y de los famosos reformadores deben demostraros la debilidad de los humanos pensamientos, y nada más. Por lo que hace á la guía práctica, vereis claro como la luz del sol que nuestras profesiones (tenemos cincuenta ó sesenta, por no decir más) se destruyen y en recíprocamente en los puntos capitales, y que no existe una que afirme un punto sin que la otra la desmienta; sin embargo, todas tienen igual autoridad. Cuando el viajero oye que le dicen: "Marcha por este camino. No, vé por el otro," evidentemente no es guiado, y debe continuar incierto por la vía. Luego las profesiones de nuestras iglesias, los artículos, los capítulos concordados y los decretos de nuestros concilios protestantes no constituyen una guía... Es preciso buscar otra, que debe por fuerza existir, si Dios no nos ha puesto en este mundo de propósito para envolvernos en este error... Así decíame á mí propio en mi juventud. (Entonces el venerable viejo levantó la cabeza encanecida; temblaba su voz, cayendo sus palabras paulatinamente y con lentitud, como

• si revelase un gran arcano escondido en el alma cuidadosamente.) También yo experimenté las ansias de los pensamientos sublimes y profundos que herían mi mente y mi corazón. ¡Oh! tú, hombre, no eres sólo tierra, sino un espíritu inmortal. Pasaba por mi fantasía como un relámpago la segunda vida, con sus horizontes infinitos. La sola posibilidad filosófica de una eternidad feliz ó desventurada, es tal asunto para uno que piensa, que no puede menos que ser una persona vil quien no se siente atraído á considerarlo; es voluntariamente más brutal que el bruto, y más material que la materia. También yo subí con afán la escala que ahora subís vos; pero dí un paso más adelante... un paso que me dió la luz y la paz...

—¿Cuál? preguntó John, que hasta entonces no había respirado, ni dicho la menor cosa.—

El viejo, sin responderle, continuó.—

¿Qué requiere Dios de su criatura para que sea eternamente feliz? No lo demando á vosotros, papistas, envueltos en los errores y en las supersticiones: lo demando á los sabios que restauraron las ruinas de la Iglesia de Cristo; lo pregunto á Lutero, á Calvino, á Enrique VIII, á Knox, á Zuin-



glio, á Melancton, á Memno, á Fox, á Wesley, á Whitefield, á todos los reveladores de nuevas *confesiones*, á todas las iglesias reformadas de mi patria y del mundo... Pasé meses y años repitiendo esta pregunta; hojeando libros y profesiones de fe, otra respuesta no hallaba fuera de una voz discordante: "Observa los preceptos... No aprovecha observarlos.—Cree y basta... No basta creer.—Puedes creer, si quieres... No está en tu mano creer.—El cielo es tuyo, si deseas merecerle... No; Dios te puede haber destinado al infierno; compeleráte al pecado, castigándote luego eternamente." En fin, fatigado de la lucha, me rebelé contra los maestros, que me parecía jugaban conmigo, preguntándoles con una especie de rugido: "¿En nombre de quién (he aquí, mi querido John, el paso feliz), en nombre de quién me revelais vosotros tan duras contradicciones y tan ferales conceptos?"

"Estamos acordes en esto sólo, me respondían todas las voces: no somos reveladores: somos solamente intérpretes de la palabra de Dios, la palabra de Dios razona en nosotros, siendo el único fundamento de todas nuestras profesiones y de todas nuestras iglesias."—"Mas si es así, re-

plicaba más irritado, ¿por qué os contradecís? ¿Acaso la palabra de Dios se contradice?" Y concluía, sin esperar la respuesta: "Dadme á mí esta biblia, que no sabéis leer ni descifrar; la consultaré yo mismo, y la palabra de Dios será mi norma en adelante, y no vuestras *profesiones* contradictorias." Desde entonces hasta hoy fuí anglicano, porque tal había nacido y tal moriré. Mas entre tanto, de los treinta y nueve artículos y de todas las *profesiones* luteranas y calvinistas, suizas, francesas, holandesas, etc., etc., no admito nada fuera de lo que hallo conforme con la biblia. Que se destruyan ellas recíprocamente; yo dejo ir las ramas por el aire: esta es (Smith tocaba la biblia con respeto) mi profesión de fe y mi verdadera iglesia. Con ella en la mano, lo juzgo todo y á todos; con esta luz he distinguido lo verdadero de lo falso, he aceptado doctrinas de cada iglesia protestante, y os confieso que el todo formado por mí contiene muchos puntos cardinales conformes con el Concilio de Trento, sin que por esto me haya creído nunca obligado á cambiar mi anglicana iglesia con la de Roma. Tal es mi fe.

—Quizá será la mía también, exclamó



John, que no comprendía el lado débil de semejante profesión.—

Prosiguió sir Roberto Smith con voz cansada:—Si tomáis á la biblia por guía única y suprema, fabricando sobre ella vuestra iglesia, ninguna otra podrá condenaros, y deberán todas aplaudiros. Veo que los reformadores de mayor fama, que dejaron detrás de sí las reformas más numerosas, recurrieron todos á la biblia. Recorred el gran ciclo de la separación de la Iglesia romana, esto es, de los Albigeneses, de Pedro Valdo, de Wicleff: de Juan Huss, pasando por Lutero, Calvino y compañeros del siglo xvi, hasta los recientes Fox, Wesley, Zinzendorf, Schwedenborg, hasta los mormones y los *rongistas* de ayer, y los viejos católicos, cuya aparición he visto esta mañana en los periódicos; no existe uno que no reciba de alguna manera la biblia como un libro celestial. Tendreis aquí el consuelo de hallaros completamente acorde con vuestra iglesia nativa, la anglicana, consiguiendo el apoyo, por añadidura, de trescientos millones de católicos romanos.

—De doscientos millones, quereis decir, repuso John.

—No, no, respondió Smith; digo de pro-

pósito trescientos millones, según las recientes estadísticas. ¿Os parece poco el sufragio de una iglesia cristiana tan numerosa, y, digámoslo también, establecida tan fuertemente sobre sus bases? Añadid las iglesias orientales y la rusa; en fin, el cristianismo universal acoge la Escritura como el oráculo del Omnipotente revelador y legislador. Cuando habla Dirs, debe callar el hombre y obedecer.

Al joven John el discurso del venerando viejo pareció admirable, sublime, incontrovertible. ¡Pobrecito! Era bien digno de compasión y casi de excusa. Con todo el ardor de un joven de ingenio perspicaz y de buenos estudios, había intentado reconocer la base de su vida moral, pidiendo aclaraciones precisas á todas las iglesias protestantes, no menos que á su propia *confesion* anglicana, y no había conseguido descubrir una sola verdad común á todas; cada una le había dado una respuesta distinta, pretendiendo todas exponer el puro sentido de la biblia. ¡Cuán fácil y obvia era, pues, la conclusión: "Luego la biblia no es bastante para enseñar la verdad! Si se han engañado tantos famosos sabios y reformadores, ¿cómo puedo alimentar la confianza de no engañarme yo?" Mas John



se paró á medio camino, infiriendo sólo de las contradicciones de las iglesias protestantes que estaban evidentemente sumidas en el error, ó sujetas á él. La confianza en los treinta y nueve artículos, como en cualquiera otra *profesión*, estaba destruida, y destruida para siempre. Su áncora venía, por consiguiente, á ser la biblia, y sólo la biblia.

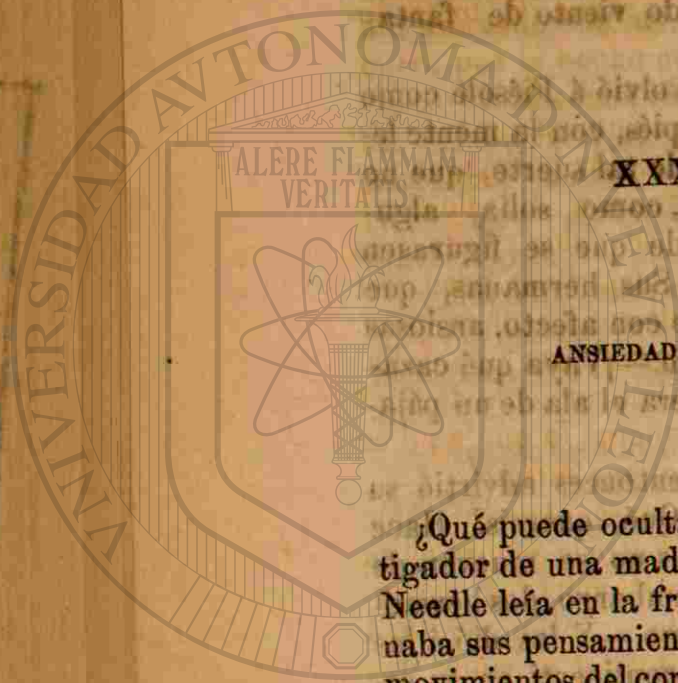
Ni notaba que ya ésta no se apoyaba en lo firme de la palabra de Dios, sino en su vacilante y aérea imaginación, que á cada versículo podía atribuir la significación verdadera ó falsa que le pareciese. No temía entender mal los dogmas y los preceptos divinos, á pesar del ejemplo de cien reformadores y de cien iglesias que, contradiciéndose, demostraban abiertamente que no nos habían entendido bien. Además, ¿quién le aseguraba de no tener que cambiar su fe hoy ó mañana, según el nuevo sentido escriturario que le pareciese más plausible? ¿No llegaría luego á dudar, á confundirse y á engañarse, vagando á merced de las opiniones cotidianas? Se lisonjeaba de haber colocado el fundamento inmutable sobre el cual construir su creencia religiosa; al mismo tiempo que destruía la base, creía haber apoyado el pie

sobre la roca, lanzándose, por el contrario, en el fortuito mar del capricho individual, á merced de todo viento de fantasía ó de pasión.

Con esto, el joven volvió á Fiésole como si tuviese alas en los piés, con la mente levantada y abstraída de tal suerte, que no se acordó de comprar, como solía, algunos gorriones, á fin de que se figurasen que había cazado. Sus hermanas, que aguardábanle siempre con afecto, ansiosas de hurgar en el surrón:—¡Vaya qué cazador! dijeron: ¡ni siquiera el ala de un pájaro!—

El joven, que sólo entonces advirtió su descuido, repuso:—¿Qué quereis? Hace viento, y los animalitos no se mueven de su lugar. . . Tengo, sin embargo, dos hermosas naranjas de Palermo.—Y las dió á las niñas, encerrándose incontinenti en su estudio. Su madre tuvo sospechas; y se amedrentó; pasó la noche temiendo males gravísimos y soñando en los remedios.





XXXVII.

ANSIEDAD MATERNA.

¿Qué puede ocultar un hijo al ojo investigador de una madre amorosa? Mistress Needle leía en la frente del suyo, y adivinaba sus pensamientos, contando casi los movimientos del corazón. Disgustábale mucho su obstinación en esconderse en su cuarto todo el tiempo que no invertía en la caza, y encontrarle de continuo encorvado sobre su pupitre, con algún libro de Julia en una parte, con una multitud de papeles escritos de su puño en otra, con la pluma en la mano, y con el rostro encendido. Por añadidura, John, sorprendido entre sus especulaciones, levantaba los ojos

en presencia de su madre, con la faz atónita, vacilando en sus respuestas, y haciendo comprender que le dolía la interrupción.

Así razonaba la experta señora:—¿Cómo es que John pasa de un extremo á otro en un instante? Un día vida holgazana por montes y valles; al siguiente, vida de ermitaño que no sale de su celda. Toda una jornada tirando á los pajaritos; pero por la noche un curso de filosofía y de religión. ¿Cómo es que, no bien tropieza con Julia, suscita debate sobre algún artículo de fe...? Yo sabré de todas maneras lo que aquí se oculta... ¡mañana! ¡mañana mismo!

Al día siguiente habíase alejado John, como de costumbre. Entró la señora en su cuarto, resuelta completamente á encontrar los manuscritos de su primogénito, á leerlo todo, y á descubrir el arcano. Mas John, contra lo que antes hiciera, había puesto en orden su estudio y metido diligentemente los apuntes en un cajón, llevándose la llavecita. Forzar la cerradura era descubrir las sospechas maternas y poner demasiado á prueba la ira terrible de su hijo. Tuvo que desistir de su propósito.—A lo menos sabré, díjose así propia, qué hay en esta caza... No acabo de



creer... ¡John desobediente! ¡Pasaré los días con sir Roberto Smith! Volveré de allí mareado con las teorías sobre que discurre por la noche con Julia...; apostaré ciento contra uno: no puede ser otra cosa.—Hace venir al cocinero, y con aquella autoridad que la distinguía, si era necesario, le dice:—Quiero saber una cosa, sin subterfugios.

—Mandad, señora.

—¿Te parece si han sido muertos ó recientemente los pájaros que trae el señor John?

—Según los días, respondió el criado.

—¿Y la becada de la otra noche?

—Era un hermoso pájaro que debió comprar muerto: según mi nariz, tres días ántes.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Creí que lo advertirían en la mesa: y luego... perdonadme, señora, no me atrevía yo á decir que caza el señor John en el Mercado viejo.

—Esta noche, añadió la madre, déjame ver, antes de desplumarlo, lo que traiga.—

Por casualidad, aquella noche llevó en el zurrón una liebre fresquesísima. Mistres Needle, dudando mas que nunca de aque-

lla habilidad del cazador novicio, le hizo un cumplimento agri-dulce, y terminó preguntándole:—Dime; ¿cuánto has satisfecho por ella?

John, no cuidándose de ocultar la cosa, respondió:—A los cazadores no se les dirijen ciertas preguntas: básteos saber que la he adquirido manando sangre aún.

—Así contestó la madre, podemos vivir seguros de que la salvajina no nos faltará en mucho tiempo.—No dijo nada más. Tenía la confesión de lo que le importaba sobre todo, aumentando su sospecha de que pasaba todo el día platicando con Smith. Aprovechó la coyuntura de que antes de comer tomaba John un poco el aire con Julia y con sus hermanas en el jardín, dirigiéndose callandito á su cámara. El ánsia maternal sugirióle un medio de fiscalizar: examinó atentamente, á la luz de una bujía, los dos cañones de la escopeta; no descubrió en las bocas indicio de haber disparado; la llave y toda la máquina de la culata decían claramente, con su brillo hermoso, que no se había inutilizado un sólo pistón en la chimenea. Pasó más adelante: contó pacientemente, los pistones que había en la cápsula, completamente llena, y tomó la medida, contando cuántas



cargas de pólvora contenía el frasco.—Mañana sabré, dijo, si han disparado, y cuantas veces. Ya el corazón le aseguraba como indudable que John hasta entonces no había empuñado el arma, y que, por desventura grande, aquella manía de cazar era un pretexto para encubrir sus sesiones en casa de Smith.

Al día siguiente, al entrar Julia en su estancia, encontróla triste y pensativa. Deliraba la pobre madre por los extravíos de su amado primogénito; y con los ojos llorosos por el fresco llanto.—Es menester, exclamó dirigiéndose á su excelente amiga, que también dejemos cuanto antes este lugar delicioso.

Repuso Julia maravillada:—¿Por qué, si es lícito saberlo?

—Está demasiado próximo á Florencia.

No necesitó Julia más palabras para traslucir todo el pensamiento de su señora: sin embargo, haciendo ver que no comprendía de ningún modo á donde á parar iba la frase, respondió.—¿Por ventura no es un bien hallarnos cerca? Además, cuando esteis aburrída, tenemos á Parque verde...

—Lo digo yo también; mas es preciso

diferir la marcha veinte días, cuando menos. Tú no piensas que sigue lleno el país de nieve y de hielo.

—¿Y entonces?

—No queda más recurso, añadió la Needle, que pasar algún tiempo en Toscana ó en Nápoles. No me importa gastar cien ó doscientas esterlinas; el dinero no me detiene: es preciso salir de los alrededores de Florencia. ¡Oh! ¡Si hubiésemos aceptado aquella casa de campo que nos ofreció la condesa Giacinti en el Casentino! ¡Y la rechacé yo para complacer á sir Roberto Smith! ¡Para gozar de su conversación! Para no separarme de él permanecí en Florencia! ¡Y es ahora la ruina de mi John!

—Si mal no recuerdo, dijo la joven, aquella posesión os pareció demasiado angosta y distante de la ciudad.

—Debí recurrir á una excusa honrosa y cortés para no aceptar, por haber llegado casi á darle palabra. Ahora la casa pareceríame cómoda, comodísima; aunque más lejana estuviese de Florencia, me parecería muy á propósito: quisiera yo estar á cien leguas de la casa de Smith.

—No considerais que la quinta está perdida en medio del campo, y que el lugar



próximo es un pueblecito de mil quinientas almas únicamente.

Quisiera, respondió la Needle, que se hallára en el desierto y sin caminos: á lo ménos así estaría por algún tiempo sosegada.

—Oid, señora mia, dijo entonces Julia; si tanto ansiáis pasar algunos días en aquel desierto, no juzgo imposible promover nuevamente las negociaciones. Con dinero se logra todo. Si no os desplace pagar un trimestre de....

—Pagaré un año, si es preciso. Con tal de sacar á John de aquí súbitamente, nada me importan las esterlinas: trátase de la fe del hijo mio.

—¿Quereis volverlo á intentar?

—No tendría valor para presentarme, después de haber roto el trato, hallándonos á punto de terminarle.

—Es mal de nada: mandadme, é iré yo en vuestro nombre.

—¿Tendrias valor? preguntó la señora, maravillada.

—Yo sí, respondió Julia: ¿qué dificultad, cuando la cosa es honesta y os place? Después de lo que pasó, ha venido la condesa varias veces á visitaros: es dama buena y cortés; un día que fuí á verla se deshizo

en cumplimientos. Creo que, cogiéndola con oportunidad, y exponiendo con algún calor vuestras ansias, lo arreglaré yo en media hora.

—Todo lo encuentras fácil: eres joven.

—¿Pero qué se pierde probándolo?

—Haz lo que te parezca, repuso la señora. Si lo consigues, te querré más aún..., si esto es posible.—

Julia llamó á Kelerina para que se dispusiera pronto á ir con ella. Una hora después, desde las alturas de Fiésole, descendían las dos en Santo Domingo, donde hallaron el ómnibus para Florencia. Mientras el conductor asordaba el país con su cuerno de salida, llegaba corriendo y jadeante un campesino, despachado por mistress Needle para Julia, con un pedacito de papel en la mano, que decía: "Si te queda tiempo, saluda cortésmente á sir Roberto Smith. No quiero que nos crea irritados. Hazle los cumplimientos que puedas en mi nombre.—Tuya, Ana." Complació sobremanera el cargo á la joven, que había formado muy buena opinión de aquel protestante digno: además, dudando mucho de su curación, deseaba vivamente decirle algo que llegase á su alma. Juzgábase hombre de conciencia, pero muy afe-



rrado á sus errores (si bien bastante des-  
prendido de ellos por sus estudios y por  
su ingenio perspicaz; lo creía sumamente  
peligroso para John, á cuyos ojos arranca-  
ría, en su sentir, una venda, para sustituir-  
la con otra más espesa.

Por desgracia, la condesa Giacinti, que  
ofreciera su villa del Casentino cuando  
mistress Needle buscaba una, poco después  
de llegar á Florencia, había cambiado en-  
teramente de opinión, y oyó mal la pro-  
puesta de Julia. Abiertamente dijo que no  
tenía deseos de alquilar su posesión por  
pocas semanas.

Pero ¿por qué? insistía Julia, muy de-  
seosa de contentar á la iglesia: ¿existe, por  
ventura, un obstáculo que no se pueda des-  
vanecer? Sino la puede alquilar por cuatro  
semanas, se tomará por tres meses.

—Para concluir, dijo la condesa, aho-  
ra no me conviene, ni le conviene á ella.  
No á mí, por que quiero gozar la villa por  
causa de la misión que se dará en el pue-  
blo; no á ella porque... siendo protestan-  
te... ya comprendéis... se maravillan de to-  
do... interpretan las cosas al revés... No  
quisiera suscitar habladurías en el país.—

Julia permaneció un rato pensativa, di-  
ciendo después abierta y blandamente:—

Condesa, lo que me decís aumenta mis de-  
seos de la posesión, doliéndome mucho  
de que no se pueda ultimar el trato sin  
molestia para vos. En mi sentir, ya no es  
un asunto de interés, sino de cortesía y de  
amor cristiano.

—No comprendo, repuso la condesa.

—Oid: vuestra villa tiene más atractivo  
á mis ojos, precisamente por la circunstan-  
cia de las misiones: éstas podrían produ-  
cir acaso una saludable impresión en el al-  
ma de la señora Needle.

—¿En una protestante?

—¿Qué? dijo la joven: ¿imagináis, por  
ventura, que pertenece al número de aque-  
llas infelices que llenas de ignorancia y al-  
tanería, sólo se saben admirar á sí mismas  
y sus propias preocupaciones? Todo lo con-  
trario: la señora Needle tiene templado el  
espíritu por una exquisita educación, cono-  
ciendo en su virtud y apreciando á mara-  
villa lo hermoso, donde quiera que brilla.  
Es el corazón más sensible y afectuoso de  
cuantos he conocido. Es además, matrona  
integérrima y madre de familia modelo, ha-  
llando más inclinada á la piedad de lo que  
se puede creer en una protestante. Por  
añadidura, su hijo, que dentro de poco se-  
rá mayor de edad, pasa el día meditando



la Escritura, y está enteramente sumergido en estudios religiosos. El corazón me dice que, para la una como para el otro, puede despertar excelentes reflexiones la coyuntura de asistir á una misión católica. Resplandece tanto la verdad y hay tal exuberancia de vida católica en una visión vista de cerca! Por ninguna cosa del mundo, si pudiese arreglarse sin extorsión, quisiera privar yo del espectáculo á tan noble familia. Pensadlo bien, condesa; y si cualquier ángel bueno os sugiriese la manera de conciliarlo todo, tendríais el mérito de haber contribuido á echar una excelente semilla en aquellas almas tan dignas de lástima. Antes de buscar otra villa, esperaremos vuestra decisión.—

Al oír estas palabras la condesa Giacinti, que era pía, como lo son casi todas las damas de Florencia, se sintió conmovida en lo delicado del corazón. En consecuencia, mudando de actitud, preguntó—¿Estais persuadida verdaderamente de que esta familia protestante puede sacar ventaja de una misión católica?

—No lo dudo, respondió Julia.

—Pues bien; hagámosle así: decid á mistress Needle que no puedo dejar de ir á la

villa, por causa de las solemnidades religiosas que . . .

—Quisiera omitir esto, dijo Julia interrumpiéndola.

—Según os plazca, repuso la Condesa. Decidle, pues, que mis asuntos me fuerzan á ir á la villa en el mes actual precisamente, y que consentimiento no le puedo ahora ofrecer todas las habitaciones; pero que si acepta mi hospitalidad (ya no se alquilan en Florencia las villas por semanas), me juzgaré altamente honrada con poner á su disposición todo el piso superior. Encontrará escalera separada, cocina, ocho alcobas con todo lo necesario, jardín libre á todas horas, y mi salón principal, del que nos podemos servir en común. Si necesitan algún otro cuarto, se hallará en mi piso, por ser nosotros solamente cuatro personas: yo, mi hija con su esposo, y su niño.

Obtenia Julia de una vez mucho más de lo que aguardaba, y respondió:—Demasiado, demasiado me confundís con vuestra bondad. Intentais ciertamente algo más que poner de realce vuestra cortesía. Dios, que vé vuestras intenciones, las recompense. En el ínterin, os tributo las gracias más sinceras en nombre de la señora de Needle



y de su familia; yo no puedo expresar con palabras la gratitud. . . .

— ¡Oh! ¿Qué ganais en ello?

— ¿Yo? Todo. Os confieso que lo que á mistress Needle contenta, me contenta dos veces más á mí, me trata como amiga, y aún como hija. ¿Qué quereis? Tengo un poco de corazón: mayormente si juzgo que una cosa puede aprovechar á su alma, me parece una fiesta de bodas. Ahora bien, decidme, condesa: ¿cuándo podremos servirnos de vuestros favores?

— Mañana mismo: á cualquiera hora, sereis bien recibidos. Hoy vendrá uno de mis criados, y daré por él orden á la casera para que tenga el piso en disposición de recibir á mi amiga.

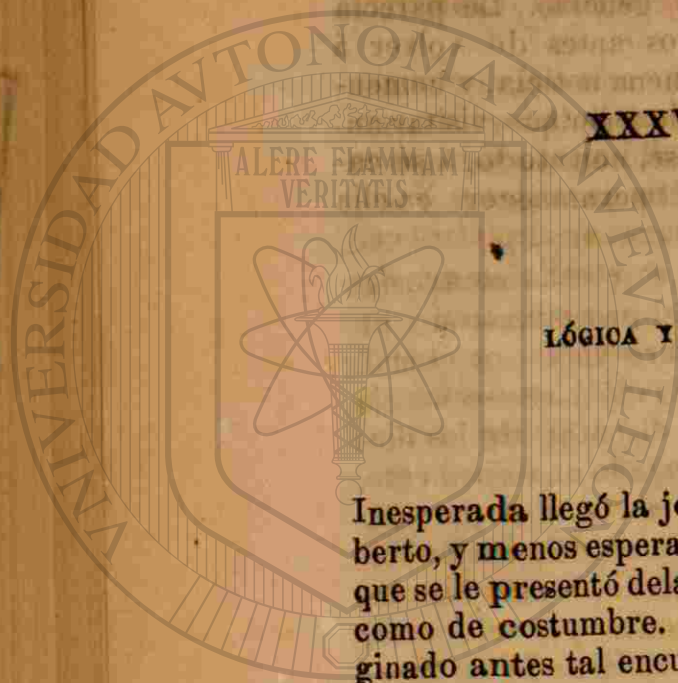
— ¿Tardareis mucho en volver á la villa?

— No puedo decíroslo por ahora, respondió la condesa; más no dude mistress Needle de que será recibida con el mayor agrado, ni de que gozará plenísima libertad, aún en mi ausencia.

Con esto se despidió Julia, renovando una y muchas veces las gracias más afectuosas por poder decir á la Needle que aceptado había el partido definitivamente. Espera con esto que podia desvanecer cual-

quiera vacilación que acaso nacería de su espíritu, por repugnar á su delicadeza admitir una oferta tan generoso. Le parecia que pasaban mil años antes de volver á Fiésolle á llevar la buena noticia, y comenzaba casi á dolerse de tener que visitar antes á Smith. Dirigióse, con todo, á su casa, con el intento de permanecer en ella poquísimo rato.





XXXVIII.

LÓGICA Y SOFISMA.

Inesperada llegó la joven á casa de sir Roberto, y menos esperaba ella el espectáculo que se le presentó delante. Allí estaba John, como de costumbre. Si Julia hubiese imaginado antes tal encuentro, hubiérase ceñido á dejar al portero una tarjeta; mas no sospechando nada, se hizo anunciar, y, anunciada, fué introducida. John tuvo un placer grandísimo. Ni le preocupaba la idea de que Julia pudiese decir que lo había visto en aquella casa: parecíale que había condescendido demasiado con su madre, sirviéndose de la estratagema de la caza. Pensando sólo en lo que requerían

sus estudios; según él los llamaba, se alegró de su presencia, creyendo que podría, con su saber católico, aclarar cualquiera duda que surgiese.

Sir Roberto Smith, más acostado que sentado en su anchísima butaca, hizo cordial aunque breve recibimiento á la joven cortés, y á la embajatriz de mistress Needle, pronto volvió á reanudar su plática con el joven. Esta vez no se ventilaban teorías sueltas, tratándose del protestantismo en globo. Rendido el pobre viejo por el mal, y por añadidura fatigado á consecuencia de las interminables disputas de los días anteriores, había inventado un expediente, con el fin de ahorrar la voz y el pulmón. Tenía entre ciertas hileras de papeles polvorosos, un gran cuaderno, ó más bien un tomo de cuadernos cosidos por el dorso, en el cual había ido consignando sus sistemas religiosos; poco á poco los iba corroborando con algunos textos de la biblia. En vez de ventilar con el joven sus propias ideas, se contentó con hacerle buscar el paquete de los escritos, y con hacérselo leer, glozándolo si lo consideraba oportuno, é ilustrándolo. Queriendo también introducir á miss Julia en el debate la dijo:—



Señorita gentil: me consta que os placen los estudios religiosos, y me consta igualmente que ahondais más que ciertos sabios graves...

— Siempre cumplimentero, sir Roberto Smith.

— No lo digo por galantería. Hasta juzgo que en nuestro entretenimiento académico venís como una oyente conocedora del asunto: os quiero por juez y presidenta.

— Pues yo, repuso Julia, invoco contra vos la ley sálica, que excluye del trono á las mujeres. Aunque yo estuviera en disposición de poder decidir con algún acierto, quisiera siempre tomarme tiempo para dar sentencia; y sólo puedo detenerme aquí un instante, para tener el consuelo de llevar á Fiésolo buenas noticias de vos.

— Hay tiempo para todo, dijo entonces John. También yo cuento volver á Fiésolo á pie, después (entonces dejó escapar una sonrisa), después de haber provisto cómodamente mi surrón: vos en coche llegareis muy á tiempo.—

Añadió sir Roberto Smith:— Ni queremos fastidiaros con largas conversaciones. Tengo aquí ciertos apuntes, que tomé cuando era joven y tenía humor para teológi-

zar. Es una cosa escrita con cien interrupciones y en cien lugares, sin otra hilación que la fantaseada por mi capricho. Mas posteriormente (añadió el viejo con complacencia) he vuelto á peinar estos rizos diseminados en la juventud, y puedo decir que forman la esencia de mi religión, expresada después de cuarenta años de meditar la Sagrada Escritura y la historia del protestantismo. Ahora precisamente hacía yo leer un trozo al señor John, respondiendo á sus preguntas sobre la naturaleza y condiciones de la iglesia cristiana...

— Preveo, dijo Julia interrumpiéndole, que con disgusto grande me será forzoso condenaros, si debo fallar.

— Sí y no, repuso el viejo. En el cuerpo del proceso nos hayaremos conformes; no lo dudó. Sólo la conclusión final os parecerá inaceptable. Esto no impedirá que aprecie vuestra leal independencia, y que vos me conserveis, según espero, vuestra estimación. Por gracia, mi buen amigo, releed desde el principio, para que miss Julia comprenda el estado de la cuestión.

El joven leyó lo siguiente: "¿Es preciso pertenecer á una iglesia? Contestación: Si,



señor. Cuantos quieran profesar la Religión revelada por Jesucristo, cosa de necesidad estricta para los que no quieran ir á la casa del diablo, deben absolutamente agregarse á la iglesia fundada por el Salvador, Redentor y Maestro del mundo. La Escritura lo dice claramente; la voz tradicional de todo el cristianismo viejo lo repite alto con los monumentos históricos; gran número de protestantes y los papistas convienen en ello. No lo he dudado, no lo dudo y no lo dudaré: si lo pusiera en duda, el primero que me encuentre á mi en la calle, me puede atar y conducir á la casa de locos más próxima."

—¡Bravo, señor Smith! exclamó Julia: á lo menos sois de los protestantes ortodoxos, y no de los *racionalistas*, que tienen en un zapato biblia é iglesia.

—También yo los tengo en un zapato, respondió Smith. A los protestantes *racionalistas* los considero animales irracionales, por no decir animales inmundos, cuya lógica única es el paralogismo y cuya sola divinidad es el vientre. Mas oíd, y vereis que soy protestante tan ortodoxo en las premisas, como heterodoxo en las consecuencias.—

John siguió leyendo: "¿Cuál es la igle-

sia fundada por Cristo? Respuesta: En teoría, es la cosa que se puede determinar más fácilmente. Cristo fundó su iglesia por medio de los apóstoles; aquella sociedad cristiana, pues, cuyos orígenes, cuya fe y cuyas instituciones se remontan hasta los apóstoles, constituye la verdadera iglesia. Intención del Fundador fué que se difundiese por todos los extremos del mundo, y que por todas partes llevara el germen de la santidad con leyes santas: sobre todo, Cristo le imprimió el carácter de unidad; unidad absoluta en el dogma, en el amor recíproco de los miembros y en la confederación social. Hállase todo escrito en la biblia con caracteres brillantes: no lo desconocen los católicos romanos, ni los rusos, ni los orientales; muchas iglesias protestantes, como la mia anglicana, recitan el símbolo: "Creo en la iglesia una, santa, católica, apostólica." Hasta aquí no tropieza el hombre sincero.

—No está todo, dijo Julia; mas lo dicho es verdadero. Por ahora suscribo vuestra fe.

John prosiguió la lectura: La dificultad seria principia cuando se quiere determinar en la práctica cuál es la sociedad cris-



tiana embellecida con tales distintivos. Responderé con un poeta italiano:

*Ch vi sia ciascum lo dice  
Deve sia nessum lo sa (1)."*

— ¡Poco á poco! repuso Julia. Hago mis reservas: sostengo que la iglesia papista, como la llamais, lleva en su frente dichos caracteres visibles, resplandecientes, brillantes, indelebles, que la señalan al mundo como la única sociedad establecida por Cristo.—

Contestó Sir Roberto Smith, si darse por ofendido:— ¡Feliz vos, miss Julia, que podeis manteneros en tal persuasión! Puedo creer también yo que los católicos, más que los restantes cristianos, pueden estar con justicia orgullosos hasta cierto punto de su iglesia. Mas no me refiero á ella: discuto simplemente los títulos de nuestras iglesias protestantes, y afirmo que, ateniéndose á su profesión de fe, ninguna tiene los caracteres esenciales que se demandan, así como que, renunciando á sus dogmas manipulados por los hombres, todas pueden tenerlos, y constituir la verdadera iglesia.

[1]

Que existe, todos lo dicen;  
Mas ninguno sabe donde.

—Será un prodigio, contestó Julia, si probais la segunda parte de vuestro aserto. Mas oigamos.

El joven prosiguió, con atención suma: “¡La iglesia apostólica! Sí: más preguntad á un luterano como el luteranismo comenizó desde los apóstoles, y se pondrá seguidamente á reir, si es un hombre serio. Entre el nacimiento de la reforma y el tiempo apostólico existe una laguna de quince siglos. Fingir que los dogmas de Lutero, referentes al albedrío siervo y á la babilonia de Roma, estuvieran latentes durante mil quinientos años, y que, trascurridos, sólo él lo supo leerlo en la Escritura, siendo sucedido por Dios cual otro Elías, son patrañas buenas para referidas al fuego en los inviernos de Sajonia. Si á lo menos el apóstata después de haberse subido al tercer cielo para oír las ocultas revelaciones, no se hubiera precipitado de súbito á la tierra para tornar mujer! ¡Más todos los apóstoles de la reforma hicieron lo mismo! Tuvieron nunca la humorada Calvino, Zuñglio y Enrique VIII de considerarse oyentes de los apóstoles Pedro y Pablo? ¿Qué apóstol instruyó á Mucier para que fabricarse la Iglesia de los anabaptistas? ¿Quién ordenó la de Schwedemborg? ¿Quién despa-



chó al zapatero Fox para hilvanar la de los *cuáqueros*? Fué porventura un apóstol el que instituyó, casi al mismo tiempo, la de los *Ernuteros*, la de los *Muggletonianos*, la de los *Sandemanianos* la de los hermanos de Plymouth y la de los *Connesistas* de la condesa Huntingdon? En todo el protestantismo no hallo ninguna iglesia apostólica, y aun *ultra-apostólica*, sino la de los Mormones, que afirman recibieron la biblia nueva, descendida para ellos del emperio, con el precioso descubrimiento de que los americanos descienden de los ju-díos, y tienen el derecho de casarse con diez ó cuarenta mujeres á la vez. .... Vamos, vamos; si un protestante se gloria de su *apostolicidad*, lo refutaré haciendo la mueca de un pilluelo de plaza: un pulgar en la punta de la nariz, y flauta con los demás dedos."

—Teneis razón para dar y vender, dijo Julia sonriendo: más no la expresais con lenguaje bíblico y teológico.

—Lo mismo da, dijo Smith. Era joven cuando escribí, y ahora que soy viejo no me gusta echar á perder mi poesía juvenil.—

John, se curaba poco de la forma, y mucho del valor de las razones. Siguió ade-

lante: "Es claro que Cristo, por una parte, prohibió cambiar nada de su evangelio, y que ordenó por otra que se predicara á todas las criaturas racionales. Luego un mismo evangelio debe ser común á todos los siglos y á todas las gentes: hé aquí porqué la iglesia debe ser católica. esto es, universal. Busqué la universalidad de las iglesias protestantes. Realmente tanto les falta, que hace pocos años estaban menos difundidas que un punto matemático: no existían en el cielo, ni en la tierra, ni en lugar alguno: Algunas son más jóvenes que mi barba. Las más antiguas hace trescientos años no habían nacido aún. Venidas luego á la luz, realmente se dividieron y quebrantaron hasta llegar á ser un mosaico esparcido en las regiones que primeramente acogieron la reforma. ¡Pobres iglesias impalpables, *homeopáticas*, *microscópicas*, imponderables! Y vosotras pretendéis constituir la Iglesia que Cristo fundó, á fin de abrazar poco á poco todas las gentes? Lo peor es que por consignar estas iglesias como fundamento de su fe la profesión de un fundador, en naciendo (por la eterna volubilidad de los hombres) otro reformador, deben cambiar de fe: así la primitiva sociedad, en vez de propagarse, se dismi-



nuye, y en vez de llegar á ser universal, se transforma en "cantonal," local é individual. Es lo que vemos; el protestantismo no se dilata, sino que se tritura: su naturaleza íntima quítale hasta la posibilidad de ser un día universal. Nunca me forjaré ilusiones en este punto."

—Pero ¿voz sois católico! exclamó Julia. Si la Iglesia de Cristo existe, y no en ninguna sociedad protestante, debéis buscarla entre los católicos; á no ser que os propongais encontrarla entre los musulmanes.

—No es necesario; tengo un expediente mucho más sencillo, repuso el anciano. Dejad primero que lo demuela todo, y después reedificaré.

John, preocupado, iba pasando las palabras por el alambique: "Vengámos al carácter de santidad intrínseca y de actividad santificadora que Cristo dió á su iglesia. He oído á protestantes jurar y perjurar que en sus países existe mayor moralidad que entre los que profesan otras religiones, y sobre todo, que entre los papistas. ¡Fábula! He tocado con el dedo que nacen en todas partes hombres de bien y malsines. Queriendo juzgar rectamente, sería preciso hacer el parangón de las so-

ciedades en condiciones idénticas. Quien, por ejemplo, compare la Francia del noventa y tres con la Inglaterra del mismo tiempo, no resolverá ningún problema sobre la moralidad relativa de las dos religiones, papista y protestante. Es preciso comparar una sociedad regida por leyes profundamente católicas con otra gobernada por leyes de todo punto protestantes, y que se hallen en circunstancias parecidas; es preciso luego comparar las clases con las clases correspondientes. Esto no se hace nunca ó casi nunca. He intentado hacerlo yo, y desapasionadamente: no he sacado más consecuencias que conjeturas. Si debiese decir dónde me inclino á creer mayor moralidad en el pueblo, según las estadísticas de los doctos, y según mis observaciones, afirmarí que la virtud moral goza de mayor crédito entre los papistas. Entre ellos (hablo de las sociedades católicas regidas por gobiernos católicos) el delito se reprime con leyes inexorables y la pública decencia es amparada: los teatros, los periódicos y la prostitución, son refrenados; por el contrario, la beneficencia brota con una fecundidad maravillosa é incomparable. Su alabanza incontrastable y única es que la caridad católica



se ejerce de un modo peculiar; esto es, por medio del personal sacrificio de la comunidad, de las comodidades, de los bienes, y de la vida. Compañías innumerables de hombres y de mujeres se dedican á ella con heroica inmólación, en la flor de sus años, y hasta exhalar el último suspiro. Su clero regular y secular constituye un verdadero ejército de célibes voluntarios, con un ejército auxiliar de doncellas, vírgenes consagradas; todos tienden á librar de la barbarie las tierras de los infieles, á mantener la piedad entre los fieles, y aliviar las necesidades de los enfermos, de los ciegos, de los locos, de los presos, de los apestados, de los díscolos, de los que han prevaricado y de los vacilantes. Para uno que falte á su vocación, hay ciento que siguen en ella constantes hasta la muerte. Nosotros desconocemos en absoluto este bello espíritu, verdaderamente santo á los ojos de cualquier hombre razonable. Hemos fundado ciertamente misiones, sociedades bíblicas, hospitales y obras de beneficencia; mas todo con dinero. En tres siglos de reforma no hemos producido un misionero voluntariamente pobre, ni una Hermana de la Caridad. Mas aquí no está el nervio de la cuestión."

—¿Dónde, pues? dijo Julia interrumpiéndole. Si aquí no está la cuestión toda, está en gran parte.

—Oíd, oíd, respondió John con el cuaderno en la mano. "La cuestión está en ver si las instituciones y las leyes morales de cada iglesia son á propósito para producir la santidad. Suprema institución de cada iglesia es su gobierno. Ahora bien. Veo que en todas las protestantes la gerarquía eclesiástica que gobierna tiene influencia santificadora escasísima. Nuestros pastores no son educados para esto, viven consagrados á los cuidados de su familia, y el pueblo mira el pastor, no como un ministro de santificación, sino como un empleado. En la Iglesia romana sucede todo lo contrario. El clero viene preparado y dispuesto á su misión con largos ejercicios; vive célibe, tiene acción continua sobre su grey, es su predicador asiduo, esencha su confesión voluntaria, lo reprende, lo aconseja, es el visitador del enfermo, el amigo del aldeano, el padre de la cristiana familia. Dejando, pues, la parte que corresponde á la humana debilidad, que juzgo igual en uno y en otro campo, es preciso, que las iglesias protestantes estén menos santificadas que la papista, y



mucho menos aquellas comuniones en las cuales la jerarquía episcopal ha sido destruida, y mucho menos aún aquellas donde sólo hay seglares. Existe otro más radical y absoluto obstáculo para la santidad de nuestras iglesias: su propia doctrina inmoral.

Al leer esta palabra última, John se detuvo un rato, y, vacilante, preguntó al viejo:—¿Quereis verdaderamente decir que entre nosotros se enseñan doctrinas inmorales?

—Leed, respondió Smith.

John leyó: “¿Qué cosa existe más inmoral que decir al hombre: Tú no eres libre al hacer el bien ó el mal? ¿Qué mayor obstáculo para las buenas obras que decir al hombre: Tus obras buenas no logran gracia cerca de Dios, ni te hacen merecedor de ningún premio en el cielo? ¿Qué mayor licencia para el delito que decir al hombre: Tus vicios no te perjudican, si los cubres con la fe? ¿Qué mayor excitación para que aleje de sí todo pensamiento de salud que decir al hombre: Si Dios te ha predestinado para el cielo, te salvarás; si no, te perderás; nada puedes obtener con tu voluntad y con tus esfuerzos? Y sin embargo, todos estos dogmas están más ó me-

nos largamente defendidos en las profesiones protestantes, al paso que la Iglesia romana los proscribiera. Nace de aquí que toda bondad moral en el protestante es ilógica, y que por la virtud de su religión debería ser impío, fraudulento, disoluto y ladrón, libremente y sin remordimiento. Es honrado sólo porque el grito de la conciencia humana, más fuerte aún que el de su profesión, fuérsale á renegar en la práctica de los principios protestantes; en tanto es hombre bueno en cuanto abjura sus dogmas fundamentales; así como en tanto es ruin en cuanto los escucha, convirtiéndolos en su norma práctica. Luego no hay que buscar en ninguna de nuestras iglesias la santidad intrínseca, siendo nuestros dictámenes subversivos de toda santidad; por idénticas y más poderosas razones, no están dotadas de la virtud santificadora de sus individuos.”

—Sin embargo, dijo John, creo que hay entre los católicos gente peor que yo, por más que, según ellos, las buenas obras producen frutos de vida eterna, y que no haya creído lo contrario hasta el día de ayer. También mi madre . . . Miss Julia puede servir de testimonio.

—Julia repuso pronto:—Precisamente



por la razón que ha indicado el señor Smith; porque vuestra honradez sofoca los principios profesados; en otras palabras, porque vuestra conciencia es papista, gritando inexorablemente: "El bien es bien, place á Dios, asegura su amistad y la salvación eterna," en otras palabras aún: "porque el corazón, naturalmente católico, va contra la inteligencia protestante."

El joven no se mostró muy satisfecho de tal explicación; siguió la lectura: "De todos los distintivos con que Jesucristo adornó su sociedad, el más espléndido y el más esencial es indudablemente la unidad, unidad de fraternidad, de gobierno y de doctrina: así como es uno el Cristo, es una su esposa, como se llama la iglesia en las divinas Escrituras. Ahora bien: es precisamente el distintivo que al protestantismo falta, sin linaje de duda. No me ha costado nunca resolver esta cuestión; es demasiado clara. Abro la biblia, y la iglesia de Cristo resplandece bajo el nombre de *reino*; en el protestantismo no hallo ni el monarca reinante ni el pueblo regido. La iglesia es designada en la Escritura con el nombre de *familia*; en el protestantismo no encuentro ni el padre que mande, ni los hijos que obedezcan. San Pablo llama *cuer-*

po á la Iglesia: vanamente busco la cabeza de los miembros protestantes. Cristo imagina la iglesia bajo el concepto de grey y de rebaño; entre nosotros nunca he visto al único pastor de esta grey desbandada en cien grupos. La denominación del cristianismo (según Cristo) más propia, es la voz *Iglesia*; esto es, reunión, asamblea, sociedad; y el protestantismo está formado por cien sociedades esparcidas que se producen las unas á las otras, dividiéndose luego y dispersándose sin depender de una común autoridad, sin asemejarse por su fe, sin vínculo de comunión fraterna. ¡A lo menos si alguna de ellas, separada una vez de la Iglesia romana, hubiese reconocido algún jefe único y estable! Mas no: cada una de las iglesias particulares de la reforma nació pareciéndose á su madre, y tuvo por decirlo así, la humorada de ramificarse en otras subiglesias, que á su vez acabaron y se subdividieron. En una palabra: el protestantismo á los ojos de un imparcial, no es una iglesia, sino iglesias reducidas á polvo."

—No puedo imaginar, dijo Julia interrumpiéndole, qué sustituiréis á esta demolición general. . . .



Dejadme concluir, dijo el viejo, y vereis que mi lógica es como la lanza de Aquiles: hiere y sana.

John tomó el cuaderno algo más tranquilizado, y se puso á leer: "Nada es más obstinado que los hechos: vedlos aquí, según los cuentan nuestros mismos escritores. Cada una de nuestras iglesias nació de una rebelión contra otra preexistente. Comenzó Lutero, el gran rebelde, imitador de los anteriores rebeldes Valdo, Wiclef, Huss, como éstos habían imitado á los rebeldes más antiguos, Pelagio, Nestorio, Arrio y Simón Mago. He aquí que al lado de Lutero se rebela Calvino, se rebela Zuinglio, y se rebela Enrique VIII. En medio siglo contábanse ya treinta ó cuarenta *confesiones* diversas, esto es, símbolos jurados por treinta ó cuarenta iglesias no menos enemigas entre sí que rebeldes á la iglesia romana. Las rebeliones engendraban rebeliones. Contra la iglesia luterana surgía Muncer, el anabaptista; surgía Schwenkfeld, que proclamó la inspiración individual; surgía Menno, tronco desventurado de numerosas sectas; surgía toda la escuela llamada sociniana, que corroyó las visceras de casi todas las iglesias protestantes. Al mismo tiempo que la iglesia de

Lutero se deshacía, la de Calvino andaba revuelta; porque se dividía en *arminianos* y *gomaristas*, que guerreaban con la biblia en una mano y la espada en la otra, terminando sus lides con el sínodo de Dortrecht, cuyas decisiones eran recibidas en Francia y en Suiza, rechazadas por cuatro provincias holandesas, combatidas por los luteranos, y vilipendiadas por los anglicanos. En Inglaterra, entre tanto, se cuarteaba la iglesia de Enrique VIII, que había venido á ser un juguete antes en las manos de un muchacho, Eduardo VI, y que cayó después bajo las tijeras de una mujer: Isabel. En vano para complacer á la multitud mendigaba errores de los luteranos, de los calvinistas y de los zuinglianos; contra el anglicanismo combatía la fiera iglesia presbiteriana, que capitaneó Knox (ya quemado en efígie por los protestantes de Ginebra); que rechazaba la institución de los Obispos; contra los presbiterianos combatía la iglesia brownista, que rechazaba también á los sacerdotes. Simultáneamente, y poco después, estas iglesias perdían gran parte de sus fieles por las recíprocas persecuciones, ó por las reformas de las reformas que se sucedieron, quedando un osario de iglesias: la purita-



na, la cameroniana; la cuáquera, la metodista, que (antes de morir su fundador) se dividió en wesleyana y en whitefieldiana; y así sucesivamente, alcanzando una rebelión á la otra, como una ola sucede á la otra en la tempestad, hasta nuestros días, en los cuales la división parece haber llegado al último extremo. Cuarenta iglesias mencionan hoy nuestras estadísticas, y todas vegetan en el suelo anglicano, sólo de los presbiterianos tenemos tres diferentes; se cuentan seis de los bautistas y ocho de los metodistas. En los cuarenta no se computan los tratarianos, ni los puseístas, ni los ritualistas, que, sin apartarse del anglicanismo, destruyen su profesión y constituyen ahora una mitad del alta iglesia episcopaliana; no se computan tampoco las innumerables iglesias de nuestros hermanos de los Estados Unidos, donde á cada cuarto de luna sale una nueva reforma, sin que las puedan conocer todas las que no leen los periódicos. Entre tal hervidero de iglesias, todos los frenesís hallan apóstoles y profetas que los transforman en artículos de fe. En la iglesia erwingiana, el culto se celebra por vía de éxtasis y de convulsiones; en la mormónica, se atribuye á Dios carne y hueso, como á un gran-

de y perfectísimo animal, concediéndose al hombre la facultad de tener cien mujeres. Los espiritualistas (iglesia reciente), creen explicar la biblia según las ilustraciones que reciben de los espíritus de los muertos. Los agapemonitas se santifican en las casas de amor, donde los fieles viven en "placeres inocentes," y en confusión, según la divina Escritura. Los perfeccionistas llegan á la perfección evangélica por la comunidad de mujeres. Los hermanos cristianos se atienen más al voluptuoso Corán que al Evangelio. . . . ¡Oh unidad de la Iglesia de Cristo! ¿Dónde estás en el protestantismo? ¿Dónde está el un Dios, una fe, un bautismo que proclamara San Pablo? ¿Cuál de vuestras iglesias erguir puede la cabeza y exclamar: soy la que Cristo llamó mi Iglesia?

Llegado á este punto, John descansó, respirando fuertemente. Había meditado más bien que leído, y una gran dificultad iba surgiendo en su mente, aumentando á medida que avanzaba en la lectura.—Señor Smith, dijo: permitidme una observación. Toda la historia del protestantismo, que compendiais en dos pequeñas páginas, prueba demasiadamente que, hablando en rigor, no es un reino, ni una familia, ni un



cuerpo, ni un rebaño, ni una iglesia; mas ¿no se podría decir que, relativamente á considerarse como hermanos los protestantes de todos los colores, están perfectamente unidos? Veo que al ajustar cuentas discordamos sólo de la iglesia papista; por lo que hace á las varias iglesias protestantes, nuestras diferencias son leves discordias en puntos accesorios, pero después se ponen de acuerdo en los fundamentales. Así, bien puede decirse que todas las iglesias protestantes forman la única iglesia de Cristo, su reino, su familia, su cuerpo, su rebaño.

Sonrió Sir Roberto por esta vulgarísima y tristísima objeción. Mostrando con su dedo el manuscrito:—Volved la hoja, exclamó, y hallareis este sofisma desvanecido. Nuestras disenciones son profundas, radicales, absolutas. Nos dividimos en el dogma de la naturaleza divina y en el de la Trinidad; nos dividimos sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la predestinación, sobre la fe, sobre las obras, sobre el libre albedrío, sobre la necesidad de los preceptos, sobre el bautismo, sobre la presencia real de Cristo en el Sacramento, sobre la confesión, sobre el culto de los santos y de la Madre de Dios, sobre la eternidad del

infierno y hasta sobre la biblia, que es esencialmente diversa en las varias iglesias, y sobre la cual corren opiniones de todo punto contrarias en nuestras distintas iglesias; en una palabra, no existe nada común, ó casi nada. Recurrir á la unidad del protestantismo en los puntos fundamentales, es declararse no enterado de nuestras profesiones de fe, y renegar de nuestra historia, tejido de luchas fratricidas, de recíprocas excomuniones, y frecuentemente de persecuciones con el hierro y el fuego.

—¿Luego, concluyó John un poco turbado, según vos, ninguna iglesia protestante, ni aun el protestantismo todo, considerado en su conjunto, merece el nombre de iglesia? Mereciéndolo aún menos las iglesias rusa, oriental y papista, seguiráse que no existe la iglesia de Cristo, y que nadie puede conseguir la eterna salvación.

—¡Nada de todo esto! exclamó sir Roberto Smith con aire de triunfo: sólo se infiere que la iglesia de Jesucristo hállase aquí (tocaba el tomo de la biblia). Esta iglesia es apostólica, porque la biblia viene de los apóstoles; es católica ó sea, universal, porque innumerable fué en todo tiempo el número de los que creyeron en



ella, ora se llamasen católicos, ora herejes, ora cismáticos: es santa, porque es la palabra de Dios, siendo justo el que la cree y observa; tiene, por último, una perfecta unidad; un solo dogma; una sola ley moral, un sólo juez, un solo centro: la biblia.—

John quedó aturdido, alucinado, satisfecho; tanto más, cuanto con este sistema concedía indulto á todas las escisiones protestantes, se hallaba hermano de los católicos y de todos los cristianos del mundo, sin mudar nada de su fe, colocándose en medio de la iglesia de Jesucristo. Mas Julia, que se había levantado para volver solícitamente á Fiésole, sintió hervir una mezcla de lástima é indignación hacia el delirante viejo; que después de tanto estudiar la religión, se había parado en un concepto pueril, absurdo, ridículo. Reprimiendo el ímpetu de su corazón, se acercó á él, y con voz dulce á par que manza, le dijo:—Perdonad, señor Smith, mas no hallo en vuestra conclusión la alteza de vuestro raciocinio. ¿Cómo sabeis vos que vuestra biblia es la de los apóstoles, si no lo asegura una iglesia infalible? ¿Cómo la biblia funda una iglesia santa, si lee cada uno en ella las teorías inmorales de que hablabais hace poco? ¿Cómo nace de la biblia

una fe universal, si en cada una de las iglesias cada cual la entiende á su modo? ¿Cómo puede jamás la biblia crear la iglesia una? La biblia, explicada por una iglesia autorizada, unifica los espíritus en una misma fe; mas explicada según el propio capricho, produce las divisiones profundas é inconciliables que conoceis, desde Simón Mago hasta los mormones de ayer y los viejos católicos de hoy, todas las vanas opiniones se fundan en la Escritura, interpretada según place á los reformadores. ¡Todos citan la biblia en favor de sus errores! Además, os contradecís (perdonadme la palabra, que se me ha escapado sin reflexión); porque, ¿cuándo ni dónde dijo Jesucristo que había puesto como fundamento de su Iglesia un libro santo, sí, pero mudo; un libro veraz, pero que puede interpretarse de un modo falso y fantásticamente? Cristo fundó una Iglesia infalible, dándole la misión de interpretar la biblia, para que floreciese la unidad de la fe. Aunque todos los lectores protestantes se pusieran de acuerdo para entender la biblia de un modo, ¿formaría por esto acaso una sociedad, un reino, una familia, una iglesia? No: cincuenta ó sesenta mil suscritores leen el *Times* y admiten sus ideas; mas



no por esto constituyen una sociedad política. No, no; señor Smith; mirad la historia de las herejías y de todo el protestantismo: vereis que la biblia, entendida como á cada uno acomoda, no es el fundamento de la Iglesia una, sino el fundamento de Babel; no es una piedra, sino una ruina. Presentad contra la iglesia que fundais sobre un libro los razonamientos que aducís contra las iglesias protestantes, y vereis que corresponden perfectamente... Entonces buscad otra iglesia, que cerca está de vos, y lleva en su frente todos los caracteres divinos que buseásteis en otras partes en vano.

—¿Os referís á la romana?

—No quiero poner nada de mi parte, respondió Julia. Vuestro talento y vuestra ciencia no necesitan del magisterio de una muchacha. En cuanto á mí, creo haber encontrado la verdadera iglesia...; la poseo y la gozo con indecible confianza y con tranquilidad infinita... —

Dichas estas palabras, Julia se despidió, dejando á Smith pensativo. John pidió permiso á su maestro para llevarse los manuscritos. Smith, cogiéndolos, escogió algunos. Le dejó los ya leídos, como también otros en los cuales desvanecía la opinión

de la unidad del protestantismo en los artículos fundamentales. Por lo que hace al último, en el cual levantaba su iglesia sobre la biblia, dijo:—Este lo quiero yo leer otra vez... é inquirir si la objeción de mis Julia tiene ó no fuerza. ¡Qué joven! Esta napolitana se nos presenta delante con los brazos en cruz, y con los ojos bajos, como una Virgen del beato Angélico; mas luego su lengua traspasa como una saeta. No puede negarse; tiene talento y corazón.—

Vuelto John á la villa, con el zurrón vacío y la mente llena de la discusión sobre las iglesias protestantes, poco seguro de la que su maestro deseaba construir sobre la biblia, llevaba en la frente una nube de melancolía.

Ignoraba por cierto aún que Julia, pocos minutos antes, había llevado á mistress Needle la deseada noticia de que al día siguiente podría trasladarse ya desde la casa de Fiésole á la villa del Casentino.



La vuelta de la joven á Fiésolo, con el mensaje de la condesa, que ofrecía tan cortesmente su posesión del Casentino, fué para la desolada mistress Needle como un rayo de luz, en medio de las nubes de un cielo encapotado y amenazador. A los saludos que le trajo de sir Roberto Smith, respondió con un gracias sumamente seco; mas por la oferta de la finca se alegró muchísimo, manifestando el mayor placer por aquella especie de victoria. En otras circunstancias, por nada del mundo hubiese admitido un regalo tan generoso de una reciente amiga; mas lo apremiante del tiempo y la precisión de librar á su hijo de las seducciones de sir Roberto desva-

necieron las delicadas consideraciones, sin vacilar por ello un instante, dirigió á la condesa una carta confirmando que admitía, no teniendo reparo en añadir:—Verdaderamente debo desengañarme; hallo en las damas católicas tal noble cortesía, que no la imaginaba ni de cien leguas. ¡Dios se lo pague á la condesa Giacinti.!. Así á lo menos no volverá mi cazador tan pronto á coger pájaros en Florencia.—

En la mesa, mistress Needle habló de la determinación tomada de ir al Casentino, y la propuso á las niñas como una prueba del cariño materno, á fin de pasar mucho más alegres las últimas semanas de la permanencia en Italia, y como un premio por su buena conducta y por haber aprovechado no poco el estudio de la lengua italiana. Por ello Clara y Clemencia movieron mucho ruido; gracias á su sencillez, cada novedad era una fiesta. Por el contrario, John, que comprendió la trama, se puso verde de cólera, pero á su modo; cólera muda, que ahogaba en su corazón, aunque meditando su venganza. Esta fué terrible, porque discurriendo con Julia después del desayuno, llegó á decir (en voz alta, para ser oído por su madre) que á la nueva mansión llevaría un amigo que dis-



minuiría su tedio, esto es, un manuscrito de sir Roberto Smith, que le gustaba extraordinariamente. Herida la pobre madre en las más tiernas fibras de su corazón, sólo pudo prorrumpir en un gemido sofocado; comprendía que irritar á su hijo después de la fiera determinación tomada, era tanto como añadir ira nueva á la vieja, y ponerlo en el trance de hacer una demostración de mal encubierto enojo. Parecióle, pues, mejor callar, si bien la jactancia de su primogénito quedó atravesada en sus visceras cual hoja de acero. No obstante todo esto, continuando algunos días en Florencia, antes de dirigirse á la nueva villa, no quiso faltar por ningún concepto al deber de la cortesía con sir Roberto Smith, sobre todo porque Julia le había dicho que su dolencia empeoraba, lejos de disminuir. Con toda la familia fué á despedirse del venerando viejo, por lo cual el doliente se mostró agradecido sobremedura. Como en toda la visita no dijo una palabra ni media de religión, mistress Needle infirió que había oído de John, ó imaginado por sí, el verdadero motivo de la precipitada fuga de Fiésolo. Cuando la dama se despedía, dijo Smith:—Hogaríame mucho de hablar un rato con Julia; si antes

de partir pudiese llegar hasta mí, quedaría obligadísimo á ella y á vos.—

Julia no se lo hizo decir dos veces; era su vivísimo deseo. La entrevista fué breve y concisa, como pasa tratándose de óptimos entendedores de buena fe.—Nunca imaginé, dijo Smith por primer saludo, que una niña me pudiese decir cosas que me hicieran pensar, y sin embargo no concluyo aún de digerir aquellas observaciones vuestras.

—¿Cuáles?

—Sobre la biblia.—

Dijo Julia, con modestia y actitud afectuosa:—Oíd, señor Smith; á vuestra edad, con vuestros estudios, con vuestra agudeza y con la experiencia de una larga vida, no podeis ciertamente aprender nada de mí; mas todos, en todas edades, debemos ser discípulos de la verdad, cuando resulta evidente. No quiero deciros las razones por las cuales es claro como el sol que la biblia no funda iglesia de ningún género: os suplico solamente, como una niña puede suplicar á su padre, que vos mismo examinéis esta proposición: El que cree en la biblia pertenece á la sociedad fundada por Jesucristo. Si aplicais á tal estudio la invencible dialéctica, por la que habeis re-



conocido que ninguna de las comuniones protestantes constituye verdadera sociedad de Jesucristo, descubriréis que aquella proposición no se sostiene. Por creer en la biblia, según os parece ó no, tenéis una opinión religiosa, y nada más, porque no os somete á la Cabeza, á la cual Cristo dió el encargo de apacentar la grey cristiana; no os une á los hermanos, ni os abre camino para los Sacramentos vitales, de los que sólo es dispensadora la Iglesia de Cristo, católica, apostólica, única; creeren aquel libro ni siquiera os asegura de conocer el verdadero sentido de la palabra de Dios, por cuanto veis innumerables hombres que yerran con la biblia en la mano, y se contradicen mutuamente respecto de las verdades más esenciales de la religión. Basta; no quiero haceros perder los minutos afirmando lo que vos, si reflexionais un poco, podríais enseñarme. Os ruego sólo que si alguna vez recibis cualquier carta mía, la mireis como una prueba de mi gran respeto por vos y por vuestra virtud.--

Con estas y semejantes palabras despidióse Julia, dejando más que nunca en el corazón del pobre doliente la semilla de una verdad saludable, y saliendo con la

esperanza no leve de que debían fomentarla la buena fe, la fuerte lógica de Smith, y el aura benigna del Espíritu Santo.

Al día siguiente, á eso de las cuatro, tres coches empolvados (el tiempo era sequísimo, y comenzaba la primavera) llegaban á la villa Giasini. En el primero iba mistress Needle, con sus hijas y Julia. John, según costumbre, había preferido ir sentado á sus anchas, envuelto en el polvillo y con el fusil en lo alto del coche. En los otros dos iban los criados, con las balijas y lo demás. Según costumbre, la Needle envió en el día precedente á su representante, con el mandato de inspeccionar con detenimiento el piso y ponerle muy en orden. Había mandado partir también al cocinero con algunas cajas de provisiones y de muebles, pensando encontrar entonces desierta la finca. Consíderese cuál sería su asombro cuando, al pisar las alfombras de la doble escala exterior del palacio, vió descender á la condesa Giacinti, en traje sencillo de campo, con un gran sombrero de paja, los brazos abiertos, dulce sonrisa en los labios, y rostro clarísimo, que respiraba la amistad, anunciando el sincero gozo con que recibía á la fo-



rastera y á su familia. Grandes fueron los cumplimientos y las acciones de gracias de la Needle, que, introducida pronto en un salón lleno de luces y de flores, debió renovarlas mientras la excelente condesa presentaba á su hija Paulina, al marqués Lauri, su yerno, y á su hijo, muy gracioso infante, Horacio de nombre. Hubiera querido marcharse para volver al terrado y vigilar el transporte de los bagajes.—No os incomodéis, le dijo la condesa: nuestros campesinos los han subido ya, y los han entregado á vuestros dependientes, por lo cual, á esta hora, todo lo teneis arreglado en vuestro piso. Sólo falta que subais, después de quitáros el polvo y la sed.—

Esto decía la condesa, porque entonces se presentaban en el salón dos servidores con guantes blancos, llevando dos fuentes llenas de dulces, de vinos y de refrescos. No hay que decir si Clara y Clemencia se pusieron alegres. John admitió una copita de vino que le llaman santo, color de ámbar, que le pareció excelente, y después de comer algo, bebió de nuevo. Concluido á poco el nuevo refresco, la señora de la casa dió el brazo á la huésped británica, y dijo:—Ahora vamos, si os place descansar un poco en vuestra casa... Así llamo

al piso superior, por decirlo, porque toda la villa es vuestra, sin duda. Un poco más tarde vendré á oír si estais en disposición de comer.

—Pero yo, repuso la Needle, me figuraba que . . .

—¿Qué? ¿Qué? dijo la condesa interrumpiéndola; espero que el primer día que honrais mi casa honrareis así mismo mi mesa campestre.

—¿Tan pronto?

—¿Qué quereis? A mi hija y á mi yerno les tarda mucho conoceros un poco. Adelante; es cosa resuelta: dentro de una hora vendré á buscaros.—

Maravillada mistress Needle de tanta cortesía, no encontró frases para rechazar la oferta; conformándose de buen grado. Visitó las habitaciones con la condesa, pareciéndole grandes, ventiladas, bien dispuestas, y, aunque no lujosas, provistas de lo necesario y conveniente. Como preguntaba el cocinero á qué hora comería:—Mañana, respondió mistress Needle, á la hora de costumbre; porque hoy comeremos dos horas antes, para corresponder á la invitación de estos señores.—

Repuso la Giasinti prontamente:—Aun hoy os corresponde fijar la hora; porque



á nosotros lo mismo nos da comer luego ó tarde.—

Contestó la Needle, refiriéndose á las niñas, que se encantaban mirando el jardín:—Estas están siempre prontas; tanto más, porque sobre su conciencia sólo tienen una colación de cosa fria, tomada en el coche.

—Bien, dijo la condesa; os dejo un instante de reposo, y volveré á encontraros.—

Quedó, pues, sola mistress Needle con sus hijos y con Julia, que tuvo arreglado en pocos momentos el piso, haciendo colocar las ropas á su placer. Para su persona, bastábale un momento, y se ponía de súbito al rededor de sus discípulas, no desdénando los más humildes oficios de camarera, y ayudando con su mano hábil á ponerlas nuevos trajes y arreglarlas de todo. Después de lo cual las llevó á su madre, que salía entonces precisamente de su cámara, triunfante de gozo por haber llegado á tan hermosa villa, según los deseos de su corazón.—Un despropósito, exclamó abrazando á Julia con viveza infantil casi, un despropósito solamente, pero grande, hicimos, no dirigiéndonos aquí al llegar á Florencia.

—Mejor es tarde que nunca, dijo la joven.

—Ciertamente; mas, á no dejarme fascinar por las hermosas razones de sir Roberto, no hubiéramos permanecido tanto tiempo en Florencia, con todos los males deplorados. ¡Ah! Si hubiera venido personalmente á ver la quinta, hubiéramos gozado este paraíso muy cerca de dos meses.—Al decir esto, tiraba de la mano á Julia, dirigiéndose á ésta ó á la otra ventana, mostrando también á su hijo y á las niñas los amenos paisajes que por todas partes se presentaban, las colinas, los vallecitos, los prados, los campos cubiertos de trigo en yerba, las calles de árboles que comenzaban á reverdecer por las nuevas hojas, y el jardín, que estaba debajo, á uno y otro lado. Sobre ser de gran extensión y hermoso, estaba muy cuidado, no faltándole almendros y albérchigos convertidos en verdaderos ramos de flores. En una palabra, disfrutaba ella felizmente una de las mayores felicidades que podía desear, ó sea la de hallarse en un sitio donde abrazaba con la vista y el corazón juntas todas las delicias de la naturaleza.

John había vuelto á su cuarto, á instancia del camarero. Si este no se le hubiera



ocurrido advertirle que mudara de traje no hubiera hecho más que deponer el fusil, sacudirse algo el polvo, y presentarse á la mesa. Tuvo cuidado de abrir una cartera, de la cual sacó un lío de papeles, que con presteza puso en una cajita, cerrándola con llave. Reunido á los suyos, al verlo la joven un poco aparte en el vano de una ventana, mientras la señora ponía sobre las nubes las bellezas del cielo y de la tierra, le dijo brevemente con voz muy baja:—Quisiera, señor John, que me hicierais una merced....

—Soy un oso y lo seré, repuso incontinenti; pero me parece que nunca fuí descortés con vos: decid lo que gustéis, miss Julia.

La joven:—Ignorais cuán feliz sería vuestra madre aquí, queriendo vos...

—¡Oh! ¿Acaso ha sido jamás infeliz por mi culpa?

—No digo esto; mas se preocupa de vuestras disertaciones religiosas: pierde el sueño por la pena, y á solas derrama lágrimas amarguísimas, que solamente Dios conoce, y un poco yo. Por gracia, sed con ella un hijo amoroso...

—Entre tanto, dijo John interrumpiéndola, casi á las claras, me irrita huyendo de Florencia, para privarme de mis place-

res, que son los más honestos que una madre puede permitir á un hijo. Os aseguro que para mostrarme amoroso con ella se necesita muchísimo.

—No importa: es vuestra madre; una madre que se consume por vos y por vuestro bien. Un escrúpulo de conciencia, y nada más, le inspiró este partido: Concedle á lo menos, por vía de tregua, estos pocos días que vamos á permanecer aquí, para que se tranquilice con una permanencia pacífica. Dejemos aparte las conversaciones que la conturban.

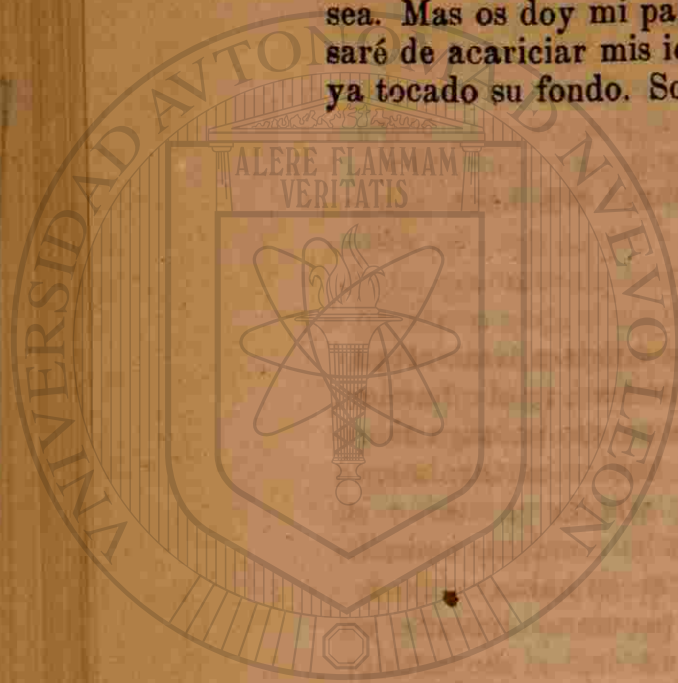
—No sé hablar sino de lo que pienso.

—No pido repuso Julia, que prescindais de vuestros estudios predilectos; me place, por el contrario, extraordinariamente oiros entrar en propósitos elevados y dignos de vos; pero ¿qué precisión hay de que los convirtamos en asunto de conversación diaria? Si deseais ventilar conmigo cualquier punto, hablarme podeis en el jardín, cuando voy sola con vuestras hermanas. Así no se contristaré vuestra pobre madre.

Esta última palabra descubrió á John todo el designio de Julia, que no era retirarse de las diarias escaramuzas, sino sólo cetarlas, por compasión á su madre. Pa-



recióle un acto gentil y cordial, por lo cual le respondió:—Puesto que lo quereis, sea. Mas os doy mi palabra de que no cesaré de acariciar mis ideas, hasta que haya tocado su fondo. Soy así.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## XL.

### COSITAS DE MENOS QUE NADA.

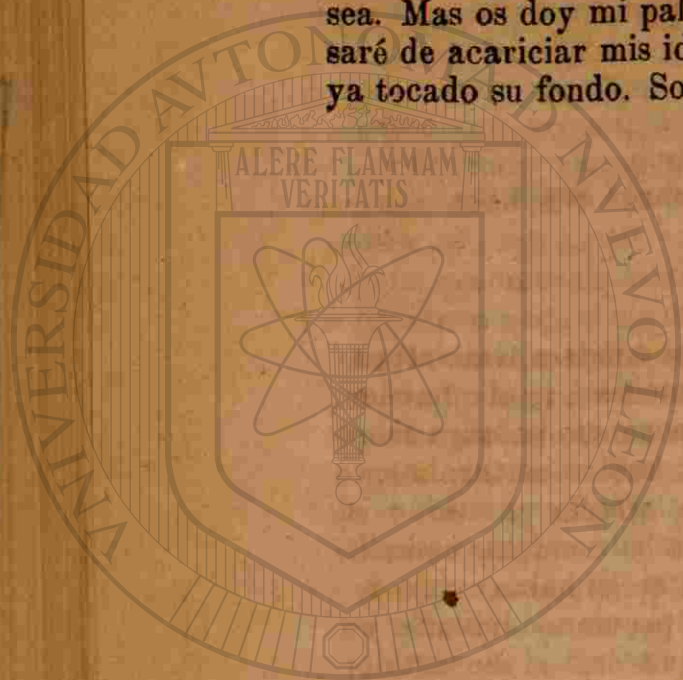
En esto entraba la condesa Giacinti para invitar á sus huéspedes á ir al comedor. En la mesa no se pronunció palabra sobre religión ó irreligión; hablóse naturalmente de los placeres que ofrecía el sitio y el tiempo. Imaginando la condesa complacer al joven John, á quien había visto armado con su fusil, prometió hallarle un guía para la caza, que era el repartidor de la correspondencia del pueblo. Dijo, dirigiéndose á la señora:—Os lo doy por un hombre de bien á carta cabal; hará compañía excelente á vuestro cazador. El yerno de la condesa, corroborando sus palabras, añadió:

—Pierone (así llamábase aquel) es una copa de oro: no es malo con los pajaritos. Me ha proporcionado sesenta ó se-





recióle un acto gentil y cordial, por lo cual le respondió:—Puesto que lo quereis, sea. Mas os doy mi palabra de que no cesaré de acariciar mis ideas, hasta que haya tocado su fondo. Soy así.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## XL.

### COSITAS DE MENOS QUE NADA.

En esto entraba la condesa Giacinti para invitar á sus huéspedes á ir al comedor. En la mesa no se pronunció palabra sobre religión ó irreligión; hablóse naturalmente de los placeres que ofrecía el sitio y el tiempo. Imaginando la condesa complacer al joven John, á quien había visto armado con su fusil, prometió hallarle un guía para la caza, que era el repartidor de la correspondencia del pueblo. Dijo, dirigiéndose á la señora:—Os lo doy por un hombre de bien á carta cabal; hará compañía excelente á vuestro cazador. El yerno de la condesa, corroborando sus palabras, añadió:

—Pierone (así llamábase aquel) es una copa de oro: no es malo con los pajaritos. Me ha proporcionado sesenta ó se-



tenta de los que mas infestan el país: he mandado que los disecaran en Florencia, con el fin de adornar algunos armarios, que os haré ver después de la comida.—

John no contestaba la menor cosa: tenía por una parte pocas ansias de recorrer el campo, y por otra tenía menos aún de manifestarse desde luego un cazador fantástico. Julia tomó la palabra á fin de sacarle del atolladero.—Pues bien, dijo; mientras el señor John dará batallas campales contra los príncipes del aire, nosotras haremos guerra formal á las alondras, á las curujas y los pinzones.

—¡Oh! dijo la marquesa Lauri: ¿también vos, señorita, teneis espíritu batallador? ¿Disparais?

—No, marquesa, respondió Julia; podremos, con todo, sin ser demasiado crueles, cazar de mentirijillas.

Si es sólo esto, replicó la dama, descenderé gustosamente al campo con vos y con estas caras niñas... Conduciré también á mi Horacio, y si por añadidura mistress Needle hace de capitana, formaremos una intrépida compañía; ó á lo ménos un piquete de amazonas.

—¿Quién lo duda? se puso á decir el marido de la marquesa. Bien que la esta-

ción no sea demasiado favorable para coger pájaros á nuestro modo, podrán estos señores conocer algunas de las cazas del país...

—E introducir las después en nuestras regiones, añadió John. Las aprenderé hasta llegar á ser maestro.—

Esta breve frase del hijo bastó para ensanchar el corazón de mistress Needle.—A lo menos, dijo para sí, se acabó el enfado.—Apetecía vivamente que se ocupase John en la más extraña é inútil cosa del mundo, con tal de arrancarlo de su afán por las especulaciones bíblicas y papistas. A fin de corresponder, se dirigió á la marquesa, diciendo:—Sólo me desplace que mis negocios de Inglaterra me impedirán descansar mucho en estas colinas deliciosas; mas mientras estemos, nos hallamos todos decididos á llevar la vida más disipada que sea posible... Hareis de mí una cazadora, ó lo que os plazca.

¡Oh! En cuanto á esto, todos estaremos conformes, dijo la condesa madre. En honor de la verdad, si verdaderamente tuviésemos la ocurrencia de pasar alguna mañana en el bosque, sólo tendríamos que advertir á uno de nuestros campesinos: en todas las estratajemas para cazar pájaros



es doctor *in utroque*, y nos prepararía cuantas cazas ansiásemos. Habladle sólo de sitios buenos para pescar, de jaulas, de trampitas, de redes, de arcos pequeños y de lazos: vereis que vale tanto como dar á un torrente salida. Figuraos que todos los inviernos se deja caer en Maremma para ejercitar la profesión de vendedor de mirlos.

—¡Muy bien! exclamó la Needle, mostrando vivo interés por una cosa que interesábale sólo para distraer á Jhon. Mas no deseo. Quisiera que mis niñas hicieran un poco la vida campestre, á fin de que aumentaran sus fuerzas, antes del viaje. Miss Julia las conducirá, juntamente con vos, á la caza, y no prometo no acompañarlas alguna vez.

Entre cuyas palabras y designios placenteros, había terminado la comida muy alegremente, sin que faltase aquella expansión que nace con facilidad tratándose de personas buenas y bien educadas. Contribuía no poco á esto la sencillez de la comida, espléndida y copiosa, más al uso inglés que al toscano, y nada ostentosa. Las muchas flores que cubrían la mesa y el pavimento, anunciaban la primavera; objetos de plata (ni pocos ni muchos) res-

plandecían entre aquellas, y sus artísticas entalladuras decían que la casa era muy rica de antiguo. Mistress Needle gozaba de una manera indecible, por el amoroso recibimiento, confesándose así propia:— Verdaderamente es diez veces más fácil conseguir la hospitalidad italiana que la inglesa . . . ; tenemos tanto corazón como los italianos, y más; pero no lo demostramos pronto.—John no se deshacía en ceremonias, sin escapársele por ello acciones ni palabras groseras. Clara y Clemencia, después de las repetidas lecciones de Julia, no eran las salvajitas de antes, sosteniendo por el contrario, muy bien la conversación, atendida su edad; y pronunciando algunas frases italianas, que eran celebradas y aplaudidas con grandísimo júbilo de su madre.

Un gracioso regalo los aguardaba en el salón del café. El niño del marqués llevaba para ellos un azafate, dentro del cual había brescas de miel fresquísima y olorosa, que descansaba en el suelo, sobre hojas aromáticas y flores. Habíale su padre adiestrado antes, diciéndole cuanto tenía que hacer y decir: el infante, sin vacilar un punto, saludó graciosamente á la señora Needle, y dijo:—Si lo permitís, ofrece-



ré yo esta poca miel á las señoritas vuestras hijas.—

Mistress Needle le respondió con una caricia, y apretando uno de sus carrillos, dióle un beso en el otro, diciendo:— Gracias, Horacieto; eres un botón de rosa como tu mamá, y gentil como tu padre.

Añadió, volviéndose á la marquesa, que á su lado hallábase sentada:—Me colmais y me confundís con tantos favores.—

Las niñas estuvieron prontas á recibir el regalo no sin alguna vergüenza, y mirando á su madre, que animábalas para que aceptasen, diesen las gracias á los señores, y llevasen la fuente á todos. Entonces dijo la marquesa:—Vos no sabéis que esta miel me cuesta más á mí que á las abejas. ¿Veis aquel hombre? (mostraba con el dedo al marido) El mismo cultiva tales frutos. Cuando vivimos en el campo, no lo puedo sacar de las colmenas, y cuando estamos en la ciudad, desaparece sin saber cómo: hállasele aquí entre las abejas, que cuida con su mano: yo estoy encima de él siempre, temerosa de verlo un día ú otro volver desfigurado ó ciego por aquellas bestias vengativas.

—En suma, dijo la condesa Giacinti en broma, debeis compadecer mucho á mi

hija; tiene un esposo ¡pobres! que la provee á su riesgo de toda dulzura.

—Pues no, dijo entonces el marqués; no hay peligro de ninguna especie. Oír no puedo calumniar á mis discípulas sin ser su abogado. Como aquellos amados animalitos se conocen mal, tienen fama de tercas, de rabiosas y de malignas: el mundo es malo aun con las abejas. Mas yo que las conozco de cerca, sé que constituyen un pueblo educado y cortés. Cuando queráis visitarlas, juntamente con vuestras niñas, quedareis convencida también con los hechos. Venid con la cara descubierta; con tal que no tembleis al oírlas zumbar á vuestro alrededor, nial ver cómo ligeramente se posan en la cara ó en el cuello, os aseguro que os harán un cordialísimo recibimiento.

—Iré yo, dijo John; quiero ver si Virgilio dice la verdad en sus *Geórgicas*.

—Muchas más cosas vereis, añadió el marqués, que Virgilio no dijo ni supo. Las abejas, en nuestros días tienen una historia natural completísima, de la que apenas conocieron los antiguos los elementos primordiales.—

Entre tanto Julia y las niñas, guiadas por Horacio, habíanse deslizado á la estan-



cia vecina, donde estaba la colección *ornitológica*: su maestra gentil, vistas las piezas en estado excelente y bien arregladas, las recorría una por una, y se fijaba por querer dar algunas lecciones de ornitología á sus alumnas, á lo menos como pasatiempo en los días lluviosos. El infantil Horacio, según suelen hacerlo los niños, quiso mostrar á los huéspedes su juguete favorito, que era precisamente un pájaro vivo, esto es, una corneja, grande como un pichón, que habían tenido encerrada hasta entonces en el gallinero, para que no fastidiase á los forasteros con su petulante familiaridad. Al abrir la portezuela, el pobre animal, como si tuviese corazón y entendimiento, saltó gozoso al brazo que le preparara su pequeño señor; sacudiendo además sus hermosas alas moradas, y agitando la fiera cabeza linda de color entre negra y azul turquí, daba las más clamorosas acciones de gracias con una salva de *que, que, que*. Tan cortés acto de gratitud enamoró á todos, y resolvióse darle su desayuno, ya demasiadamente diferido. Horacio, acariciándole y acercándole los carrillos, lo llevó á la mesa, no levantada todavía; y la valiente corneja, parándose un poco sobre uno de los ángulos como pa-

ra deliberar sobre lo que debía escoger, al fin se decidió por un poco de carne, que puso entre sus zampitas, devorándola en un instante; después se dirigió derechamente á una frutera de pasas y de pepitas tostadas, que abrió muy bien, probando luego mazapan: por último, habiendo visto un pequeño vaso de clarito encarnado, metió y volvió á meter allí el pico, beborroteando gallardamente. Entonces el niño corrió á la sala para encontrarle un pedazo de bresca, que ebidó parecerle bien, porque habiéndose comido una parte llevóse consigo la otra, con el fin de guardarla. Los niños le siguieron. Vieron al pródigo animalito colocar la provisión dentro de una silla, junto á la puerta de su mansión, y luego acumular á su alrededor papel, hojas, aristas, etc., hasta cubrirla, espiándola después cuidadosamente desde varios puntos, é inclinar la cabeza para ver si estaba bien escodido su tesoro, de forma que no se descubriese desde ninguna parte. No satisfecho aún, se puso en centinela; y porque Julia hizo como que se acercaba, la corneja, hinchadas las plumas, extendidas las alas, bajó la cabeza en actitud de defenderse de una manera tan



terrible, que se le debió dejar en posesión pacífica de su adquirido tesoro.

En el ínterin, el pequeño Horacio contaba muy alegremente los hechos y las proezas maravillosas de *Quequé* (tal era el hombre del pájaro); cómo lo habían cazado jóven, en una llanura cubierta por completo de nieve, donde Domingo el pajarero había preparado la única insidia en la cual se dejan coger aquellos astutísimos animales.—Se abrió sitio, decía Horacio, y sobre aquel lugar descubierto se pusieron algunos cucuruchos de papel del diametro de una cáscara de nuez, abiertos en el fondo, y con un puñadito de grano dentro. Las cornejas tuvieron largamente consejo, voceando, graznando, chillando y llenando el aire de vueltas y de danzas, antes de resolverse á bajar. Descendieron por fin; á poco, hé aquí tres ó cuatro que llevaron su pico á los cucuruchos, quedando con la especie de cofia encolada en la cabeza, que las impedía ver. Trataban entonces de librarse, agitándose, y dando en tierra con el pico, lo cual equivalía por cierto á ponerse una venda en los oios. Desesperadas, emprendieron el vuelo alto y rápidamente, por fin, hasta que, aturdidas y fatigadas, se dejaron caer á plomo

en el suelo. Al decir Horacio esto, gesticulaba elocuentemente, imitando las posturas y actitudes de la pobre corneja; volvía-se después para consolar á la infeliz prisionera, prometiéndole darla mucho queso, muchos confites y cuanto le gustase.

Entre tanto no veía que para oír sus declamaciones había venido su familia con John y la señora Needle, que, oída la gran algazara de los niños, habíanse acercado muy poco á poco á sus espaldas. Continuaba Horacio su panegírico, descubriendo las raras virtudes de *Quequé*, diciendo que pronto se le domesticó, aficionándose á la casa, de tal suerte que no hufa ni aun cuando le dejaban volar libremente por el jardín. Su mérito principal era hacerle á él, Horacio, un nuêvo recibimiento cada vez que volvía de fuera, mostrándose tan enamorada de su persona, que par la mañana-casi al salir el sol, iba á invitarlo para que se levantase, con ciertos grazniditos quedos y corteses, aguardándole en silencio pacientemente sentado en una silla, si por ventura tardaba á obedecerlo. Otras cosas peregrinas sabía el cuervo hacer: gustábale muchísimo el humo, por lo cual tenía gran afición á mirar el campo si se disponía una fumigación, siendo capáz de



condecir él mismo astillas y trapos, así como de pararse para contemplar cómo ardían y ahumaban. ¿Qué más? ¿Qué comía el fuego, no ya fingiéndolo como los saltimbanquis, sino realmente, tragándose vivos los pequeños carbones que caían al suelo, como también los pábilos de las luces, bellos y encendidos, y . . . .

Llegado á este punto, abrazó la marquesa por las espaldas á su pequeño predicador, y besando su mejilla:—Horacio, le dijo; ¿quieres por lo visto hablar tú siempre sólo?—El niño advirtió entonces la presencia de su familia y de los señores forasteros, avergonzándose un poco. Las buenas madres se alegraron viendo que sus hijos habían estrechado amistad y que todo era común. Gozaba especialmente la señora Needle, que vivía y disfrutaba mucho con sus hijos: entre aquellos pasatiempos juveniles, alimentaba la esperanza dulce de que su primogénito, ocupado en placeres de familia, olvidaría de sus aficiones religiosas.

Aumentó su esperanza en los días siguientes: se cree lo que se ama.

## XLI.

## LA ORNITOLOGIA MORAL.

Pasaban los días velozmente para mistress Needle, que creía ver realizado su sueño. John primeramente sabía disimular tanto, que su muy experta madre se equivocaba. Bien que invirtiese algunas horas en examinar los papeles que le diera sir Roberto Smih, siguiendo las indicaciones de mis Julia, mostraba tomar parte activa en los entretenimientos de los demás. Hallábase á veces aquí ó allá, con la *Ornitología toscana* de Sabi, libro que pidiera prestado al marqués Lauri. No había dicho palabra del fusil, ni de la ca-



condecir él mismo astillas y trapos, así como de pararse para contemplar cómo ardían y ahumaban. ¿Qué más? ¿Qué comía el fuego, no ya fingiéndolo como los saltimbanquis, sino realmente, tragándose vivos los pequeños carbones que caían al suelo, como también los pábilos de las luces, bellos y encendidos, y . . . .

Llegado á este punto, abrazó la marquesa por las espaldas á su pequeño predicador, y besando su mejilla:—Horacio, le dijo; ¿quieres por lo visto hablar tú siempre sólo?—El niño advirtió entonces la presencia de su familia y de los señores forasteros, avergonzándose un poco. Las buenas madres se alegraron viendo que sus hijos habían estrechado amistad y que todo era común. Gozaba especialmente la señora Needle, que vivía y disfrutaba mucho con sus hijos: entre aquellos pasatiempos juveniles, alimentaba la esperanza dulce de que su primogénito, ocupado en placeres de familia, olvidaría de sus aficiones religiosas.

Aumentó su esperanza en los días siguientes: se cree lo que se ama.

## XLI.

## LA ORNITOLOGIA MORAL.

Pasaban los días velozmente para mistress Needle, que creía ver realizado su sueño. John primeramente sabía disimular tanto, que su muy experta madre se equivocaba. Bien que invirtiese algunas horas en examinar los papeles que le diera sir Roberto Smih, siguiendo las indicaciones de mis Julia, mostraba tomar parte activa en los entretenimientos de los demás. Hallábase á veces aquí ó allá, con la *Ornitología toscana* de Sabi, libro que pidiera prestado al marqués Lauri. No había dicho palabra del fusil, ni de la ca-



za, ni su madre, muy poco amiga de ésta, se lo había recordado, recomendó por el contrario, á los señores de la quinta que de ningún modo le compelieran al ejercicio peligroso. John metía mucho ruido con los pájaros, entablando conversaciones sobre los buitres, sobre los grifos, sobre las águilas, sobre las alcones, sobre los milanos, sobre las asores y sobre los gavilanes. A la verdad algo había él aprendido; el fin de las disertaciones era generalmente descender con sus hermanas y con la joven á la galería de los pájaros, donde delante de los individuos disecados rectificaba ella sus errares.

Como las horas de comer de ambas familias eran las mismas, poco más ó menos, sucedía que aun las de la conversación eran generalmente comunes; por lo cual todos venían á confundirse gustosamente en un sólo grupo. Julia entonces, con el pretexto de instruir á sus discípulas, ostentaba su ciencia de historia natural, haciendo notar los caracteres distintivos de las principales familias y géneros de las Rapaces, que eran las más numerosas en la pequeña colección. En las horas del estudio enriquecía el álbum de sus alumnas con cuatro figuras ó cinco de pájaros famosos,

exigiendo que disen, como de costumbre, su descripción minuciosa. Era un singular placer, aun para los señores Lauri, oír cómo se releían en común tales estudios, y ver á las muchachas bien instruidas distinguir por sus señales ciertas el Aguila real, ó el aleonado pájaro de Júpiter, de las águilas, de los mismos géneros y de otros afines, sobre todo cuando por diversión llamábase al factor Pierone, que pretendía haberla muerto él sobre las altísimas crestas del monte Controne, cerca de Luca, si bien (segun las crónicas más sinceras) habíala comprado sólo á uno del país, que, muerta, la llevaba á Florencia. Añadía el buen hombre la fábula de los muchos niños, sin contar los perros y los carneros, que se había comido en los países próximos. Segun él, á poco más la región hubiese quedado desierta; pero, valeroso, con su fusil había librado al mundo de un monstruo más homicida que la Hydra de Lerna.

Pasábase después al Milano real, de plumage lindo, más resplandeciente que la misma águila, y más batallador en las fábulas que en la historia natural; después á las varias generaciones de halcones: los



alcotanes, los gavilanes, los gerifaltes y los esparabanos, verdaderos tiranos del mundo menudo de los animales, que fueron ya la gloria de la halconería de nuestros abuelos, cuando el arcabuz aun no había ofendido el reino del aire. Clara y Clemencia contaban recíprocamente las costumbres salvajes y crueles. Que ama el halcón la soledad, y da grandes vueltas sobre las crestas de los montes, sin que haga nunca su nido sino entre las grietas de las peñas inaccesibles. Desde allí, si el ansia de pasto lo compele, se va por las pendientes menos incultas y por los valles magníficos, donde mueve guerra á las zorras, á las liebres, á los peces, á las serpientes, y mucho más á la tímida grey de las aves. Julia lo consideraba como un símbolo del diablo.— El halcón, decía, cuando ha designado una víctima para su furor, la estudia primeramente, rodando mucho tiempo sobre ella, y después cae de repente en cima, sacándole los ojos por primera operación. ¡Precisamente, precisamente como el demonio! Si el demonio desea perder un alma de modo seguro, primeramente procura cegarla de guisa que rechace la verdad y se aferre al error; con esta estratagemata está cierto de conseguir su propósito.— Di-

cho esto, Julia enseñaba otros ladrones y piratas de las selvas:

Aunque John se consagrara á solas á estos estudios poco á poco, cual complemento de los más graves y ajustados á su carácter, había caído en la tentación de enamorarse de las Estriges. Cada uno tiene sus gustos, y su carácter llevábale á ellas. Se le veía entreteniéndose algunas horas, completamente solo con la *Ornitología* abierta sobre un taburete y con el lápiz en la mano, á fin de apuntar los caracteres de una ave ó de un buho principalmente, comparándolos luego entre sí y con otras estriges de la tribu de las Rapaces nocturnas. Julia, para mantener su afición lejos de las pláticas religiosas, le fué diseñando un magnífico buho. Lo minió del natural, un poco de perfil, con su soberbio manto de oro leonado, y sus adornos trasversales de lindas pequeñas fajas cenicientas, pintó el pecho, en parte de blanco puro, y en parte de semi amarillo, con pintas casi negras, que hacían resaltar los calzones, como los llaman los *ornitólogos*, tejidos de pluma blanquísima como la nieve, y más menuda cada vez que más apartábase de la espalda hacia el tarso, donde á la pluma sustituía un delicado plu-



món, que bajo los dedos parecía un velo sutil de lana sedosa. Puso el mayor estudio en el retrato de la cara, á fin de expresar aquel pico angosto y blanquecino, estrechado por dos cercos de pluma blanca aleonada, volviendo sus ruedas hasta encima del píleo de la cabeza, con dos ojos dentro prominentes, fijos y malignos, que fascinan hasta el punto de amedrentar á los pajaritos tiernos, los cuales sin defensa entréganse al monstruo, que después los devora.

Julia escribió al pie: "*Strix flammea* de Linneo. El buho. *The Wite Owl*." Ofreciéndolo á John, en presencia de su madre y de sus hermanas:—Os doy, dijo, el pájaro más toscano que se cría en Toscana; porque reina sobre la cúpula de la Catedral de Florencia, sobre la torre del palacio de la Señoría, y sobre el camposanto de Pisa, sin existir un resto de torre ó escombros de antigua muralla donde no haga nido y descanse. En todas partes funda un gobierno al uso corriente. Ama en apariencia la moderación; mas no bien acaba el día, ningún débil animalito está seguro en su albergue. Ratas, topes, comadrejas, mureielagos, todo es suyo; con una zarpada coge á los pobres gorriónes

del nido, y se los come; si halla el rastro de un palomar, es capaz de disponer quedamente una insidia con aire de protector manso y benigno, celebrando luego cada noche su cena comiéndose uno de sus protegidos. ¿Por ventura no sucede lo propio en el mundo moderno?—

Sonrió John al oír las costumbres políticas del pajarraco, y dióse á poner en parangón el animal verdadero con el pintado, maravillándose de la facilidad con que Julia lo había dibujado en poco tiempo, pintándolo y concluyéndolo felizmente. Como gustábanle también las fábulas sencillas, hacía referir al factor la relación de los animales por él cogidos, colocados entonces por vía de adorno en la colección. De cada uno sabía decir Pierone el año preciso, el día y cómo habíase apoderado de él. John le daba cuerda con el fin de que charlase mucho, abonándole por oro de buena ley cualquier cuento. Hacíale pronto hablar del mochuelo, del cual el factor era enemigo jurado.—Es un animal fiero, decía; cuando ha cogido la presa, se complace mucho en tenerla palpitante bajo sus garras, antes de acabarla de matar á picotazos. A los pájaros los despluma primero, y á las ratas les quita la piel.



He hallado yo pieles de ellas en su nido; estaban como una media. Además de cruel es mago, maléfico y de mal augurio. Conoce lo futuro desgraciado, y se goza en él. Si se presenta uno en lo alto de un techo á media noche y canta el *cucu tío*, es indudable que á los pocos días ocurre una desgracia. Si hay uno postrado en cama, y el mochuelo se pone á cantar tres veces junto á la ventana, el pobrecito debe juzgarse difunto; apenas hay tiempo para darle la Santa Unción apresuradamente.—Pierone confirmaba esta doctrina con un repertorio de casos, todos auténticos, y añadía:—Si yo estuviese malo y observase al mochuelo junto á mi balcón, saltaría de la cama con el fin de tirarle, por cumplido, un escopetazo, y tener la certidumbre de que no erraría el tiro.

Cuyo gran horror al mochuelo no era tan inexorable en el buen hombre, nada bobo, que matando alguno viejo y gordo, no lo ondimentara y se lo comiera sabrosamente como una estarna: seguraba que eran tan ruines yendo por los tejados, como excelentes tostados en el asador, sobre todo echando encima un poco de limón. Además de esto, educaba varios anualmente para sus cazas caseras. Tres tenía guar-

dados aquel año, habiéndoles escogido teja y nido: educábalos exquisitamente para que hicieran el retornelo en la caza y sirvieran de reclamo. Naturalmente John ansió conocer la justa. Gustábale mucho al factor poner de realce su habilidad, y ganarse además alguna propina. La caza del mochuelo dista poco de la de otros animales semejantes. John, maravillado de la facundia del buen hombre, le pedía que se las dejase ver.

A los pocos días, en el piso de mistress Needle sólo se hablaba de ligas y de palos. Por añadidura, el marqués Lauri renovaba sus invitaciones para que visitasen su colmenar. A la buena madre no le parecía vedado tener en casa todas estas cosas inocentes, con muy poco gasto, y la grandísima ventaja de apartar á John de sus aficiones papistas. Tocaba el cielo con la mano, é iba buscando cualquier pretexto para prolongar su estancia más de lo que había decidido. Mas en medio de tantas consolaciones serenas presentábase ya en el límite del horizonte alguna mancha negra. John no se abandonaba tan por completo á las diversiones, que alguna vez no se dejase sorprender con ciertos manuscritos (eran los cartapacios de sir Ro-



berto), que cubría diestramente, aunque no tanto que la madre no vislumbrara un secreto, abriéndosele por consecuencia nuevamente la herida que recibió antes de partir de Florencia. Teníanla también inquieta las muchas cartas de miss Mary desde Parque verde, en las cuales se anunciaban males acaecidos en la parroquia y riesgos de puseísmo, que siempre á renacer volvía. Como si eso no fuese bastante para turbar la quietud de mistress Needle, antes de trascurrir diez días desde su llegada, oyó un sábado en el pueblo próximo un solemnísimo toque de fiesta, preguntando en su virtud: —¿Qué pasa?

Respondieronle: —Mañana comienza la misión.

## XLII.

## COQUETAS Y PISAVERDES.

John, el tosco, el taciturno, el literato, el filósofo, á fuerza de cazar de mentirijillas, se había dejado vencer por la pasión de la caza, de tal suerte, que no parecía el mismo. El factor Pierone y el padre Domingo habíansela inspirado. Mistress Needle tenía, pues, el placer grande de oír á John agitarse muy temprano por la cámara, tirar luego la gran cadena de



berto), que cubría diestramente, aunque no tanto que la madre no vislumbrara un secreto, abriéndosele por consecuencia nuevamente la herida que recibió antes de partir de Florencia. Teníanla también inquieta las muchas cartas de miss Mary desde Parque verde, en las cuales se anunciaban males acaecidos en la parroquia y riesgos de puseísmo, que siempre á renacer volvía. Como si eso no fuese bastante para turbar la quietud de mistress Needle, antes de trascurrir diez días desde su llegada, oyó un sábado en el pueblo próximo un solemnísimo toque de fiesta, preguntando en su virtud: —¿Qué pasa?

Respondieronle: —Mañana comienza la misión.

## XLII.

## COQUETAS Y PISAVERDES.

John, el tosco, el taciturno, el literato, el filósofo, á fuerza de cazar de mentirijillas, se había dejado vencer por la pasión de la caza, de tal suerte, que no parecía el mismo. El factor Pierone y el padre Domingo habíansela inspirado. Mistress Needle tenía, pues, el placer grande de oír á John agitarse muy temprano por la cámara, tirar luego la gran cadena de



portal, y echar á corer antes de que amaneciese. A veces á media mañana espíabalo, teniéndolo las persianas entreabiertas, sólo por el gusto de verlo volver cargado de trampas, con ocho ó diez palos dentro, que le habían servido para cazar pájaros. Julia, burlándose, lo mostraba con el dedo, y decía:—Os quejais de que tiene mucho de oso, y me parece que lo trasforma Italia en un Cupido. ¡Miradlo, ágil y ligero como si tuviera alas, y con aquella especie de carcax lleno de saetas!

—Sí, respondía la Needle: es un Cupido completo; mas no de los que cantan los poetas, sino más bien de los que se pintan en las pantallas.—

De todas maneras, John dedicaba una gran parte del día á cazar pájaros, y no iba ciertamente á ver á sir Roberto Smith; tal era el deseo más vivo de la madre recelosa. Lo veía partir con dichos dos brazos campesinos, de los cuales llevaba uno el mochuelo y otro un palo; habían ido á esperarle ambos en el jardín. Llegaban desde allí al cerco donde el límite de un gran bosque confinaba con otro de matorrales y de viñedos. Escogía John el lugar y plantaba el palo á su modo, rodeándolo de palitos con liga, fijos en tierra, y

un poco oblicuos de arte que pudieran descansar los pájaros en ellos. Colocado después el mochuelo en el trono, escondíase en un espinal, ó bien los compañeros le construían con hojas un césped postizo. Idos sus maestros, poníase a esperar con paciencia la presa; y raramente sucedía que, por el fastidio de ver pronto el fruto de sus habilidades, sacase un librito que llevaba en el bolsillo del pecho. La mayor parte de las veces encantábase así mismo, contemplando el mochuelo y su mímica natural, que al parecer fascina mucho á otros pájaros necios; sobre todo á las curujas, á los pinsones, á las tordellas, á los grajos marinos y á otros infelices pajaritos, que al oír el grito del animal, se acercan de rama en rama dando un saltito cada vez, á fin de conocerlo, estudiarlo y tenerlo propicio, hasta que, puesto el pié incautamente sobre un palito con liga, quedan presos en él, así como enviscadas sus alas, no bien las agitan, abandonándose por muertos y dando en tierra con todo su peso. No bien John veía en el suelo á cuatro ó cinco, no sabía resistir el deseo de cogerlos y llevárselos á casa; era tan verdadero y triunfante pajarero como an-



tes había sido cazador falso é infeliz. Por el mochuelo le dieron un día una solemne lección al conversar con las señoras. Una mañana muy temprano, habiendo oído Julia la santa Misa en el oratorio de la casa de campo, la marquesa Lauri tuvo ganas de ir con ella para sorprender al joven en medio de su diversión. Habiéndolo saludado en voz baja, sentáronse cerca de un césped, rogando al cazador que no abandonase su sitio, porque habían ido á fin de gozar de la caza. Naturalmente, el ruido de sus vestidos ahuyentó entonces á los pájaros, y sólo podían ver al mochuelo. Dijo la marquesa á Julia:—Ignoro por qué á las mujeres, por cualquier cosa, nos llaman coquetas, comparándonos con aquel animal sin gracia que no se puede mirar. ¿Qué puntos de semejanza tiene con nosotras?—

Julia se contentó con sonreír quedamente: la marquesa no era tan inocente que no comprendiera la razón. El joven se volvió, aunque nada le decían, y un poco disgustado por lo sucedido, repuso:—Por sus actitudes pesaliñadas que toma la vestia: vedlo, señora.—Y habiendo dado un tirón al bramante, hizo que volviera el animal á

subir al palo. Mas en aquel instante, habiendo advertido su poca finura, procuró encubrirla, y dijo:—Vos no sabeis comprender la semejanza porque ni siquiera imagináis un acto poco fino.

Repuso la marquesa: —¿Qué decís? ¿Somos nosotras las únicas que hacemos monadas? Yo creo que los jóvenes las hacen mejor todavía....

—No ciertamente el señor John, añadió la joven á su oído, y con una sonrisa picaresca.

—A nosotras, continuó doña Paulina, nos llaman coquetas, porque, según dicen, estamos todo el día componiéndonos: traje de mañana y traje de día, traje de recibimiento y traje de tertulia, traje de ciudad y traje de campo. ¡Muy bien! Pero ¿no hacen lo mismo en todas partes los jóvenes presumidos? Ciertamente veo con frecuencia pisaverdes adornados y compuestos, que deben, de seguro, pasar largas horas consultando en el espejo el nudo de la corbata y la dirección que deben dar á sus bigotes. Vedles plantados en un paseo público, y decidme si son ó no mochuelos que se colocan sobre el palo; multitud de inclinaciones, y reverencias y miradas de soslayo aquí y allá; ponen en movimiento



los anteojos y los lentes, y siguen con la vista, y cazan á las urracas: aún no ha pasado un coche lleno de señoras, cuando ya se cuentan mutuamente las historias y hacen sus comentarios....

—¡Misericordia! exclamó John. Debeis ser tan terrible en la ciudad, marquesa, como sois benigna en la casa de campo. ¡Ay de mis costillas, si os encontrase en paseo! Dios sabe cuántas cosas descubriríais de mí, que ni siquiera se me habrían ocurrido en sueños.

—Vos, señor John, replicó la señora devolviéndole el cumplido de poco antes, no debeis temer mi *terribilidad*: apuesto á que ciertas cosas ni siquiera las advertís: sois demasiado ilustrado y abstraído. Sin embargo, basta abrir los ojos para verlas. ¡Oh! ¡Nunca os encontrais por casualidad con aquellos pisaverdes brillantes desde la cabeza á los piés, y tan ataviados que diríase los conservan en los escaparates? En su rostro se lee su profesión del galanteo, y sus inclinaciones á espiar neciamente: hauen el zángano aquí y el holgazán allá. Van agitados, moviéndose á compás y mirando de continuo su traje; se cogen con las uñas un pelito que ha caído en su manga, como si buscasen lo que no quiero de-

cir; se componen los puños de la camisa, y se arreglan el botón de la pechera, se atuzan el pelo, se retuercen los bigotes, y se colocan el pañuelo en el bolsillo del pecho, de manera que lo que sobresale deje ver la corona condal bordada en él. Esta corona es su parte flaca, la llevan en el dedo, en los botones de la camisa, en el alfiler de la corbata; la llevan sobre las piernas, en la manta atigrada cuando van en calesa, queriéndola grandísima y de color chillón, á fin de que la vean a cien millas. Al contemplarlos, todos dicen que su actitud es la de inquirir á quien cortejar, en defecto de otras, para cortejarse á sí mismos. Ahora bien, señor John, decidme: ¿no es esto coquetear más y mejor de lo que lo sabemos hacer nosotras, pobres mujeres?

—¡Pis! dijo John; ¡qué anatomía! No sé cómo nunca me había fijado en tal cosa.

—Pues bien; cuando vayais á Florencia, dad una vuelta desde la calle Martelli hasta la de Cerretani, como también una carrera delante del café Doney, hasta llegar al puente de la Carraia, y llegaos así sucesivamente al fondo de las Cascinas; sabreis lo que pasa. Escoged la hora del paseo.



Aunque van tonteando los referidos todo el santo día, aquella es la hora del reclamo. También se les encuentra en las tertulias. ¡Precisa oírles! Peroran con los puños de los bastones, así como hacen estudios sobre las golillas, sobre los figurines y sobre los sombreros de última moda. Cuando se elevan más, recitan un pedazo de *periodicucho* leído poco antes en el café haciendo recaer presto la conversación sobre la ópera y el teatro diciendo, v. gr. que la señora A. estaba en la galería de la Pérgola; que la señora B. cantó la cavatina en la tertulia C.; que llevaba un traje color de rosa, y una flor en el pelo: en suma, los galancetes varones saben coquetear más que las coquetas femeninas.... Yo me digo á veces á mí misma: ¡pobres padres! tanto desvelarse para meter cuatro letras en estas calabazas de viento, y atronarles las orejas con la física, con las matemáticas, con la historia y con todo lo demás; y luego ver como crecen estos hermosos niños, inútiles para sí y fastidiosos para sus semejantes....

Julia, que hasta entonces había callado, quiso cortar la conversación, que ya era poco agradable, y dijo interrumpiendo á la marquesa:— Señor John, apuntadlo en

vuestra cartera; hubiérais recibido una gran lección si fuérais de aquellos.

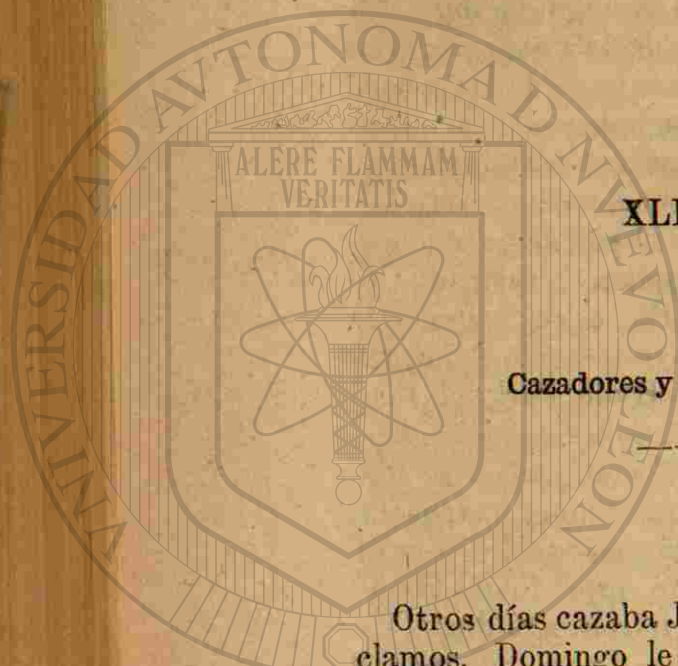
El joven se alzó de su lugar, y dijo:—Si fuese de aquellos no podría caer bajo un pincel más inexorable que el de la señora marquesa.—Y luego añadió á esta:—¿Tan to abundan en Florencia los originales?

—Los hay á montones y á carretadas; pero nunca logramos el privilegio exclusivo: el género se multiplica en Turín, en Génova, en Milán, en Roma, en Nápoles, y un poco en todas partes. Vos lo encontraréis en los *dandys* de Hyde Park, en Londres, donde superan á todos.

—¡Cáspita! ¿Aun allí los hallásteis? Sabéis que me asustásteis? Vamos, marquesa, si os ofrezco el brazo para volver á casa, ¿me tomareis por un prófugo de Hyde Park? ¿No me describireis otro día?

Sonrió la marquesa Lauri, y dando el brazo á John, encaminóse al jardín de su casa, riéndose Julia ocultamente, y más todavía la madre del joven, cuando Julia le contó el varapalo que su hijo acababa de recibir.





XLIII.

Cazadores y Cazadoras.

Otros días cazaba Jhon por medio de reclamos. Domingo le había construído un emparrado espacioso, donde puso una silla y un apoyo. Había colocado dentro un mortorral de madroños, plantados primeramente para su propio uso, en medio precisamente de un claro de plantas mayores. Al rededor de la choza surgían cuatro árboles dispuestos para el intento, no demasiadamente altos y de copa espesa en demasía. El intrépido pajarero cortó las ra-

mitas pequeñas, y á la hora de cazar ayudaba gustosamente á John á reemplazarlas con los palitos con liga; uníanse estos levemente con un alfiler que llevaban en la punta superior. Hecho lo cual, el joven alegremente se sentaba en la choza con el pajarero de profesión; recíprocamente hacían sonar los reclamos, haciendo lo posible para imitar á los mochuelos, á los buhos y otros pájaros. Comenzaba pronto á orsírse al rededor del bosque un ruido nuevo. Los pinzones eran generalmente los primeros en gritar á las armas, y luego poco á poco el tímido pueblo de los pájaros del bosque, batiendo sus alas y sus colas, así como aoi-tando sus plumas, entonaba un coro discordante; nada existía más agradable para el cazador novicio que los esperaba desde su cueva. Trascurría poco tiempo antes de que, haciendo sonar con más fuerza los misteriosos reclamos, y creciendo los graznidos, los cantos y los píos de los pájaros en los alrededores, un pitirojo insolente ó un grajo desvergonzado, se atreviese á inquirir de cerca el origen del desconocido estruendo. Tocar aquellas ramas hechizadas y caer sobre un palo con liga, ó enviscarse al volar, era cosa de un instante: faltaba bajo el pie el palo traidor, y el pája-



ro venía al suelo derrivado y lleno de pez. Ni la desgracia del primer atrevido explorador impedía que otros probasen fortuna, cayendo así en poco tiempo cinco, seis ó diez. Siendo el bosque que había en los alrededores un albergue muy propio por la mucha comida, abundaban las oropéndolas, las alondras y todo género de pájaros de la estación. Hubo día en que casi todos los palos cayeran al suelo en menos de dos horas.

Una mañana llegó multitud de cuclillos de primer vuelo, que quizás procedían de sus regiones nativas, y llenando la selva de *cucús*, sacudiendo fieramente sus alas, pagaron pronto su atrevimiento, quedando cinco envidados y cogidos. Fué un acontecimiento que aumentó extraordinariamente el gran rumor que movían ya en la casa de campo las proezas de John. Pero ¿qué hacer de cinco cuclillos jóvenes y flacos? Clara y Clemencia opinaban que debían ser lavados limpiamente de la liga, volviéndoseles la libertad en atención á que se trataba de pájaros inocentes, que, según su maestra, sólo hacían guerra á los insectos. Mas Julia conocía muy bien la materia, y continuaba su historia diciendo:

—Debeis saber que las hembras de los

cuclillos son pésimas madres de familia, y tienen la costumbre de introducir sus propios huevos en los nidos ajenos, cuando los pájaros los aovan. Los tordos, las sencillas alondras y otros animalitos que no saben pensar mal de nadie, reciben el pobre regalo, y además de la fatiga de aovar los huevos no suyos, se ven después constreñidos á gastar para la crianza de los cuclillos pequeños, con no leve molestia. Porque ellos pronto tienen un cuerpo más grande y gallardo que los hijos legítimos de la propia nidada, y cuesta muchísimo trabajo llenar incesantemente aquellos picos voraces, siempre abiertos para gritar y comer. ¿Creeis vosotras que los padres y su madre pagan, digámoslo así, la nodriza? Sí; la pagan los propios favorecidos, que se colocan en el fondo del nido, se meten con violencia en el lugar de sus hermanos, y levantándose sobre sus patas los arrojan de la casa paterna, no parando hasta que han asesinado á toda la familia, á su ama de leche y á su bienhechora.

—¡Bestias malvadas! exclamaron las niñas. Convendría exterminar á todos los cuclillos que hay en el mundo. No merecen compasión.

Domingo el pajarero, que allí seguía y



aprobaba lo dicho por Julia y por los demás, por tratarse de cosas que sabía con certeza, tomó sobre sí el encargo de cumplir la sentencia y se comió los cuclillos para que la justicia no faltara. Mas Clara y Clemencia no se contentaban con condenar á muerte á los pájaros malhechores, y se morían de ganas de cazarlos también. Costaba mucho á su madre y á Julia contenerlas para que dejaran de acompañar á John, cuando este saliendo de caza, hacía sonar el reclamo para probarlo. La excelente condesa Giacinti, estudiaba la manera de contentar á los cazadores y cazadoras de pájaros.

La sacó de apuros Domingo, el cual, conocido al deseo de su señora, y vislumbrando un poco cuán conveniente sería para su bolsa contentar á los señores forasteros, se jactó de que en tres días tendría preparadas las redes en un bosquecito, precisamente allí donde John cazaba con reclamos. Mistress Nedle, que estaba presente, celebró mucho el plan, porque hubiera dado gustosamente un ojo de la cara con tal de apartar á John de sus especulaciones peligrosas. Animó al buen pajarero diciéndole: Haz, haz presto y bien.

—Sí, respondió él, soy hombre que cum-

pló mis palabras: aun cuando esta no es la estación mejor, yo forzaré á los pajaritos para que acudan, y será para los señores una diversión jamás gozada.

—A la prueba, dijo la señora; si nos cumples la palabra, te aseguro que quedarás contento de nosotras. Al día siguiente muy temprano el intrépido Domingo entró en el bosque con un plumado pendiente de la cintura, conduciendo á su hijo, muchacho hacendoso y diestro. Primeramente plantó una especie de barraca, cubriéndola con paja y con hojas verdes; para recibirla, un espeso bosquecillo de carpas y encinas que parecía nacido allí á propósito. Abrió bonitamente una senda, á fin de que pudiesen llegar las señoras sin dejar las puntas de sus faldas entre las zarzas y la retamas. Después, habiendo visto á su alrededor los matorrales que debía arrancar y los que debía componer, se puso á podar sus ramas, abriendo entre los unos y los otros pequeños senderos sinuosos, extirpando al efecto las zarzas que había en medio cortando y desarraigando en todas partes las madre-selvas, los eléboros, las breñas y los abedules, escardando con un instrumento la yerba seca del año anterior, y pasando por encima de ella el trillo, con el fin



de igualarla. Arreglado así un buen trozo de terreno, y reducido á una pequeña selva de ramitas bien ordenadas, se puso á disponer las insidias en todas partes.

Entonces comenzó á intervenir también como un jornalero hasta John, que de veras se había empeñado en aprender esta caza. Llegaba cargado de palitos que había cortado en el bosque y reducido á la medida correspondiente, después de deshojarlos. Escogía los palos limpios y grandecitos para poner los travesaños, sobre los que plantaba otros dos palitos de cuatro dedos de altura, capaces de sostener una cerda sutil, paralela al travesaño. Formábanse de cuatro á siete lazos; esto es, grandes mallas de crin, ó más bien nudos corredizos; de modo que poniendo el travesaño horizontalmente, los lazos quedaran encima, tocándolo casi, aunque siguiendo en el llano comprendido entre el travesaño y la guía. Esta fué la principal trama para construir, por la cual John tuvo necesidad muchas veces de desempeñar el papel de aprendiz. Pronto empero se acostumbró su mano, obstinándose con aquella tenacidad que hubiera puesto de realce á proponerse esclarecer una cuestión bíblica. Solitó la cooperación de Julia y de sus herma-

nas para los trabajos de cerda; hasta su madre se prestaba gustosamente, con el fin de contentarle en una diversión tan útil. En la quinta tratábase solamente de la caza de los pájaros: John hablaba de ella durante el día, y soñaba en ella por la noche. Era acaso la vez primera que se apasionaba verdaderamente por una diversión.

Mucho más fácilmente llegó á ser maestro en el arte de colocar los lazos dispuestos. Con el auxilio fiel de Domingo escogía los matorrales, donde crecía mayor abundancia de ramas sutiles, llenas de hojas y sin ramitas oblicuas; entre césped y césped, ó bien entre los huecos de un mismo matorral, atravesaba los travesaños, atándoles estrechamente las dos puntas, para mantenerlos firmes, y para que prendieran verticalmente los lazos que dominaban. Pronto á la selva de las plantas opúsose otra de más de quinientos insidiosos apoyos. John, al colocarlos, tuvo una concurrencia literaria y filológica que consultó por la noche con Julia.

—He descubierto, dijo, la caza clásica de los antiguos romanos: propiamente aquella que describe Horacio. ¿Os acordáis, miss Julia, del sitio donde habla de la caza con lazos?



—No por cierto, respondió Julia.

—Y sin embargo, existe: lo he recordado mientras colocaba uno de los lazos, y me decía Domingo:—¡Cuántos tordos cazaríamos si estuviésemos en el invierno!

—Decid el verso, señor John, y veremos.

—Está en el Epodo, *Beatus ille qui procul negotiis*: allí se dice due el que se recrea en el campo *Amite lavi rara tendit retia Turdis edacibus dolos*. En nuestro caso, sin duda, las *rara retia* son precisamente las mallas sutilísimas que Domingo llama lazos. Si Horacio no quisiera indicar esto, el epíteto de raras dado á las redes, sería un epíteto de la casa real del Parnaso.

Julia meditó un poco y dijo después:—¿Sabeis que os sobra muchísima razón? Reduciremos con propiedad el dístico de Horacio á lo siguiente: “Sobre el liso travesaño coloca los lazos para engañar á los tordos voraces.”

Exaltábase John, gloriándose de su fácil descubrimiento. Mas faltaba en el bosquecito lo principal y lo mejor, esto es, reanimarle por medio de reclamos. Pensó en ello Domingo recogiendo sus jaulas en los chozos, llenas todas de pajaritos canta-

dores y alegres, de que cuidaba todos los días perfectamente. Luego, á fin de atraer á los matorrales los pájaros de los bosques próximos, hizo provisión de grandes gavillas de enebro y de mirto, que fué colocando aquí y allá en los céspedes, dejando sobresalir los palos más provistos de trampas; en otras partes ponía cimas de matorrales, con sus frutos purpurinos y vistosos, como también hojas de yedra con grandes ramilletes granados, siempre llenos de trampas. Con estas precauciones faltaba sólo distribuir los reclamos á la hora prefijada y gozar de la caza.

Cuanto hervía la misión en el país, hervía la caza de los pajaros en la villa Giancinti. Domingo, que por nada del mundo hubiese perdido uno de los sermones de la mañana, tenía la certidumbre de hallar á John en arribando al bosquecito, dedicado á disponer los reclamos, á mudar el agua de los abrevaderos, y á conducir las jaulas á los sitios designados. En hora más suave llegaban Julia ó mistrees Needle con Clara y Clemencia. Nadie podía impedir que las niñas diesen una ojeada por todos los senderos del lugar de la caza, ni que volbiesen triunfantes á la choza mostrando



dos ó tres pajaritos que habían hallado aquí ó allá pendientes de las trampas. El pajarero entraba entonces en disertaciones técnicas. — Véanlo, señoritas, el pájaro se coloca sin pensar en el travesaño, ansioso de la comida que lo invita, y no advierte ¡pobrecito! que mete el cuello dentro del lazo que pende sobre él. Cuando luego lo siente ó ve, no piensa en retirarse, sino que procura huir adelantándose; la maya se corre quedando preso por la gola. . . . Mas es preciso no dejarse ver demasiado por las aberturas del bosquecito; de lo contrario, los pajaritos sospechan, y si alguno está sobre las hojas, ya derrepente se pone á volar y se aleja. Pero sí; predicaba Domingo á los puercos.

Lo peor entonces era que las señoras venían todas con el marqués Lauri y con Horacio. Afortunadamente iban tarde y poco daño hacían aunque la caza se suspendiese. Siendo angosta la cabaña espareíanse todos á fin de dar una vuelta por los senderos, siendo feliz el que hallaba la presa: suya era. Fuera de que John, que se consideraba cazador titular del bosquecito hacía los honores á los huéspedes y gustaba de ofrecer caballerosamente á las damas lo mejor que había acogido aquel día,

un lindo tordo, una torda gordísima, un pitirojo escogido, un mirlo blanco ó con manchas; ó tornasolado, si alguno había por ventura caído en las redes.

Por todas cuyas cosas experimentaba mistress Needle un consuelo incomparable. Por el contrario, le fastidiaba y displacía grandemente que John, después de cazar en el bosquecillo y de comer á prisa, tomase las de villadiego. No había forma de impedir que corriese á escuchar los sermones de la noche. No cesaba de repetirle. Deja que vayan los señores Giancinti, y deja que vaya también miss Julia, es natural: ¿qué tienes que hacer allí tú?

—Me instruyo de las cosas de los católicos y me distraigo.

—¡Oh! Podrías distraerte un poco con nosotras: nos dejas solas toda la noche.

—Volveré muy pronto.—Y se iba, sin volver hasta que las funciones se concluían.

Mistres Needle había enteramente olvidado su intento atrevido de mostrar á su familia las prácticas y las costumbres papistas, á fin de que concibiesen una santa indignación contra ellas. Había comprendido, muy á su pesar (así lo creía), que la presencia de Julia lo echaba todo á perder y que al fin de cuentas hablar de las cosas



de los católicos era causa de que perdiese más bien que ganase terreno. Durante las dos semanas de la predicación solemne, se abstuvo de comparecer en el pueblo, como también de asistir á las funciones. Su curiosidad personal era, sin embargo, grandísima; mas ¿cómo detener á sus hijas yendo ella? ¿Y qué efecto conseguiría caso de que fuesen? ¿Quién sabe cuántas herejías oirían del misionero, y con qué peligro toda vez que comprendían bastante bien la lengua italiana! ¿No era de temer que por el ejemplo de Julia y de los del lugar se arrodillasen á la bendición de la Eucaristía, con la prohibición expresísima del Prayer book? ¿O que cayeran en idolatría respecto de la imagen de la Virgen?

Demasiadamente (pensaba ella) llénale su hermano la cabeza con las cosas de la misión. El joven no creía faltar á su promesa de poner término á las disputas con referir sencillamente lo que ocurría en el pueblo: el ruido de los muchachos que una hora antes de las funciones apretábanse ya en torno de la iglesia, entrando y saliendo con un perenne vocerío; la multitud que acudía y asediaba los confesionarios ó la casa rectoral, donde vivía el misionero, las barracas abiertas, llenísimas de rosarios,

de imágenes, de pequeñas estatuas, de anillos, de escapularios de la Virgen y de Crucifijos. Había comprado John diferentes objetos de piedad católica, no por devoción sino por gusto, como hubiera comprado un idolito en las Indias ó en China.

No sólo hablaba en su casa con la familia, sino que pasando las horas en el bosquecito, no concluía de preguntar á Domingo y al factor. No lo hacía disputando con espíritu sofisticado y maligno, sino para conocer á fondo la naturaleza de sus creencias. Iba tocando con la mano que aquellos excelentes hombres toscos conocían su religión, sin caer en los excesos que con frecuencia y calumniosamente los protestantes echan en rostro á los católicos. Lejos de escandalizarse de sus respuestas, á veces vacilantes y enmarañadas, maravillábase de descubrir en campesinos tal abundancia de conocimientos religiosos, tan conformes con los que á personas cultas oyera. Pedía las respuestas exactas á miss Julia, que sabía dar muy bien cuando lo deseaba. Bien que, por cierta laudable reserva, huyese de conferenciar á solas con él, no se apartaba de los discursos serios, cuando John iba en su busca, estando con sus hermanas.



Admirable cosa era en verdad ver como John, en medio de las diversiones, que parecían absorber enteramente su espíritu, era capaz de olvidarlo todo y de promover una cuestión sobre un punto tocado por el misionero en el día precedente, ó sobre una dificultad nacida en el acto de leer el manuscrito de sir Roberto Smith. Así, aprovechándose de los días lluviosos, redujo á puntos obvios y ordenados la doctrina católica sobre las prácticas del rosario y del viacrucis. Habíale Julia explicado su profunda filosofía, añadiéndole que semejantes devociones comenzaban á comparecer de nuevo en las iglesias de los anglicanos ritualistas, sin que por esto se rompiese su comunión con el alta Iglesia. Habíase compendiado también así á su manera la doctrina del purgatorio, y con mucho mayor cuidado la teoría de la confesión, cuyo uso iba siendo frecuentísimo entre los anglicanos, como bien le constaba. No sabía primeramente comprender el celo extraordinario con que veía por entonces ceñidos y semiasaltados los tribunales de la penitencia, ni alcanzaba que aquella multitud de ignorantes pudiese concebir la confesión de otra manera que como un relato material de las propias

culpas, con la vana ilusión de quedar libres de ellas sólo por él. Sacólo de su engaño el pajarero, que, provocado para que hablase sobre la confesión, escandalizóse mucho de tal concepto, declarándole terminantemente que si se confesara de tal manera lo creía católico: tantas veces veía-lo en la iglesia,) cometería un sacrilegio nada menos.

—¿Qué quieres decir? preguntóle John.

—¡Me maravillo, contestó el pajarero, de que un señor como vos lo pregunte á un ignorante! Sacrilegio quiere decir una confesión que no sirve de nada, que hace reír al diablo, y que redobla la cadena del infierno.

—¡Ah! ¿Luego vosotros creéis deveras preciso arrepentirse del mal hecho, y resolverse á no cometerlo en adelante?

—¿Y no lo creéis vos? respondió el pajarero. Preguntadlo al Sr. Cura.

El misionero contestó pronto á John, antes de ser interrogado, porque aquella tarde precisamente tocó el punto de las confesiones mal hechas, apresuradamente por costumbre, sin propósito de la conversión. Se desgañitaba el fraile intrépido por inculcar la precisión absoluta del verdadero dolor de corazón, mencionando, para



ponerla de realce cabalmente algunos textos de la Escritura que John creía olvidados por los católicos; á fin de imprimir y confirmar en la inteligencia de los más ignorantes la verdad, citaba muchos ejemplos y hacía no pocas comparaciones; hablaba con todo el esfuerzo de su elocuencia contra las ocasiones próximas del pecado, haciendo sonar muy alto el irremisible deber de perdonar á los ofensores y de restituir lo mal adquirido; concluía formando con el pueblo un solemne acto de contrición, tan ardiente y vivo en el punto del odio al pecado, que sintióse John en extremo conmovido.

—¿Oísteis, señor? preguntó á John el pajarero, encontrándolo al volver á su casa. ¿Tenía yo razón? El padre misionero ha dicho lo propio que yo decía, añadiendo sólo algunos latinazos para darle más fuerza.

—Rióse John de la sencillez nada necia de su pajarero, y le respondió:—¿No comprendiste que lo decía por burla?

El buen campesino repuso:—Pues ciertas cosas no las diría ni por broma: es como una blasfemia, que aun no dicha de veras es pecado.

Si bien clara y Clemencia seguían apar-

tadas de las funciones católicas, de las conversaciones que su hermano cambiaba con ellas y con su profesora, habían inferido que la misión era un gran acontecimiento religioso, que revolvía el país completamente; ardían en deseos de ver, y envidiaban á John, que podía con toda libertad ir á la iglesia diariamente. Sin embargo, no se atrevieron á decir nunca la menor palabra, y mucho menos solicitar formalmente que las llevaran. Con su pequeño juicio naciente, adivinaban que su madre las reñiría fieramente si á manifestar llegaban semejante deseo.

Solo que la misión les fué á buscar cuando menos lo esperaban.





XLIV.

LA PROCESION.

Es de notar que la situación de la villa Giacinti, distante más de quince minutos del pueblo y de la parroquia permitía á los forasteros anticatólicos no sufrir muy penosamente la incomodidad de la misión que se daba en el pueblo. La Needle, con todos los demás, pasaba el tiempo sumamente tranquila, sin excluir el de las funciones más ruidosas, sobre todo, porque á excepción de los días festivos, los ejercicios religiosos ordinariamente se verifica-

ban en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde, invirtiéndose las demás, con poco estrépito, en enseñar á los niños la doctrina y oír confesiones. El solo disgusto inevitable para la celosa pietista era ver á John frecuentar la iglesia católica apasionadamente, si bien protestaba que iba con el único deseo de conocer las costumbres de los papistas. Por añadidura, los señores de la familia Giacinti habían convenido en no decir una sola palabra de las funciones religiosas. He aquí por qué, á no hacer frecuentemente John un relato de las cosas del día, Clara y Clemencia hubieran pasado todo aquel tiempo en la quinta sin saber de la misión sino el nombre; hubieranla considerado como un fenómeno de la iglesia papista, con la que nada tenían que ver.

Empero, no pudo pasar lo mismo hasta el fin. El último domingo de los ejercicios, en pleno día, los señores de la casa se fueron todos á la iglesia, llevándose á Julia y á John, el cual por ninguna cosa del mundo se hubiera privado del espectáculo (así lo llamaba) del término de la misión. Mistress Needle, por tanto, daba vueltas, ya por las estancias, ya por los caminitos del jardín, fastidiándose, y mucho más sus hi-



jas: confortábalas el pensamiento de que al día siguiente habrían concluido el estruendo de las funciones, las inquietudes ocasionadas por John, y el fastidio de la soledad. Entre semejantes pensamientos vino á sorprenderlas el fragoso sonido de campanas que tocaban á fiesta, pareciéndolas que á cada instante volvían á empezar con más ruido.—¡Y no cesan! iba diciendo consigo propia *mistrees Needle*; ¡no dan señales de cesar pronto! ¡Diríase que no han tocado nunca! ¡Paciencia! Será el toque de respeto; después de la girándula debe venir lo demás.

Así había trascurrido un cuarto de hora. De pronto, Clara dijo gritando:—¿Oís, mamá? ¡Las trompetas!

—Sí, sí, las trompetas, replicó *Clemencia*.

Las trompetas, y las trompas, y los trombones, y los clarinetes, sonaban en efecto; ya llegaba distintamente la armonía de la música tocando una marcha.—He aquí las charlatanerías católicas, dijo la madre á sus amadas: no saben adorar á Dios en espíritu y en verdad: necesitan cosas que despierten, y tambores, y campanadas, y fuegos, y cohetes (estallaban entonces una porción de morteros); en suma, todo lo que

sirve para destruir la verdadera devoción grave y seria.

Entre tanto la música tocaba fuertemente, pareciendo acercarse; ya no podía ponerse en duda.—¿Vendrán á meter ruido hasta por aquí? dice la señora: ¡sólo esto me faltaba! Sube á la casa, se asoma ¡y qué observa! Despuntaba en el fondo del gran camino de regreso un estandarte pintado y vistoso, viniendo poco después un gran Crucifijo, llevado por cofrades con capa blanca, que sostenían cuatro faroles sobre palos; seguía detrás la procesión. La *Needle* bajó á la casa de los señores *Giacinti* para saber lo que decir quería todo aquello. No encontró alma viva. Por fin, en el terrado halló una vieja criada que se había quedado para guardar el edificio.

—¡Oh! ¿Vienen aquí? dijo la señora con ímpetu.

—Sí señora, contestó la vieja.

—Pero . . . ¿por qué? ¿A qué vienen?

—Por un derecho que tienen nuestros señores de que la procesión pase por delante del palacio.

Verdaderamente no existía tal derecho, sino sólo una costumbre y conveniencia, por ser el camino ancho, recto y largo; diríase que invitaba á la procesión para que



desplegase allí toda su pompa. Para ello pedía el párroco venía cada vez; y los señores de la quinta no solo la otorgaban gustosamente, sino que permitían atravesar á la piadosa comitiva un prado más allá de aquella, volviendo después á la parroquia por el camino principal. Así hacíase cuando las rogativas y cuando el Corpus. El quintero y la casera tenían orden de dar paso en nombre de los dueños cuando estuvieran ausentes: por añadidura debían disponer la parte exterior de los balcones con arañas, abrir la puerta de la capilla doméstica y tocar la campana. El misionero, que con el párroco había ido á cumplimentar á los Sres. Giacinti, los cuales no poco habían contribuido para los gastos de la misión, conociendo la costumbre del país, habíase fijado en aquel sitio para que se detuviese allí la procesión y se cantasen unos fervorines al aire libre. A la verdad, su elección fué acertadísima, porque delante del palacio había una gran explanada, á guisa de anfiteatro, muy á propósito para recibir el gentío innumerable, por extenderse largamente aquella planicie por el contorno, ceñido en semicírculo por un bosque alto y espeso de laureles y cerezos: veíanse también cajones de limo-

neros y toronjiles. Por una parte allí desemboca el camino, y por otra una abertura metía en los prados.

Doliéndose amargamente la vieja de no poder ir á la procesión, alegrábase de que á lo menos la fuese á encontrar á su casa, é invitó á la señora para que viese los tapices de la fachada, primero que la gente lo llenase todo. Mostróle la magnífica peana, dispuesta en frente del balcón, para colocar encima la imagen, como también los vasos de rododendros, camelias y azaleas que la circundaban, y el dosel verde con flores bordadas que la cubría. Todo era nuevo para mistress Needle. Nadie habíale dicho la menor palabra en el día precedente, ni hecho indicación alguna; habiendo salido únicamente al jardín detrás de la casa, no lo había visto. En el interín tocábase la campana de la capilla, la cual, aun sin entrar, se veía llena de luces y adornos. Clara y Clemencia, como dos ardillas, daban vueltas por todas partes, dentro y fuera de la capilla, subiendo al terrado para ver la procesión, que muy lentamente subía por el camino, y demandando pormenores á la vieja. Mistress Needle, incomodada, tomolas de la mano y se retiró á su habitación. Fué inútil, las niñas no la de-



jaban en paz, suplicando con ademán de llorar y pidiendo licencia para salir un instante á uno de los balcones; la infeliz señora conoció que sería la violencia demasiada, confinándolas en un rincón en el instante en que un espectáculo tan nuevo para ellas se representaba debajo; condescendió, pues, de mal talante, pero descendió.

Una mayor angustia comenzaba en verdad á mortificarla, y decía:—¡Si el tontísimo John se hubiera también metido en esta locura! El que va con los lobos, aulla por fin, como ellos. . . . Claro; el que no siente horror al papismo y al puseismo, es capaz de todo.

La desolada señora se dejó caer sobre una butaca, y palpitando por la cruel expectación, así decía:—¡Oh! A preveer todo esto, no estaría ciertamente aquí! ¡Mejor en Parque Verde, en Siberia y bajo los hielos, que entre estas bataholas!—No se podía tranquilizar pareciéndole presentir que su primogénito debía encontrarse allí en compañía del pueblo, detrás de la procesión católica. Al revés sus hijas; pensando sólo en satisfacer la pueril curiosidad, gesticulaban de gozo, y volviéndose de vez

en cuando á su madre:— Mamá, gritaban, el Crucifijo! ¡Mamá, los hombres con un traje blanco!—Venga usted á verlos: ¡las mujeres van en hilera como los soldados!— La pobre madre, con el mismo gusto con que da el ruiseñor en la boca de la serpiente, movióse por último, abrió las persianas, que hasta entonces habían ocupado las pequeñas, y se apoyó en el antepecho, procurando conformarse con cualquiera desventura que le tuviesen preparada.—A lo menos, dijo, quiero saber á qué me condenan, sin que me lo cuenten los demás.

Llegaba entonces un estandarte á la explanada delante del palacio: formaban el primer grupo las mujeres ancianas, sin velas, pero con el rosario, que iban pasando entre los dedos, rezándole en voz baja.

No pocas llevaban á sus hijitos, vestidos unos como San Luis Gonzaga, con sobrepelliz, bonete y cirio en la mano: otros como San Juan Bautista, con la piel de cordero atravesada desde las espaldas al lado. Además había una multitud de ángeles, no bajados del cielo, sino salidos de todas las casas; unos con cándidas basquiñas planchadas, y otros con grandes alas



llenas de estrellas simétricas y cubiertas de oropel. A los ángeles tocaba esparcir flores sobre el camino de la Virgen, por lo cual llevaban bellos cestitos forrados de tela blanca, llenos de yerbas olorosas y de flores deshojadas, que á puñados iban echando en medio de la calle.

Seguía la Congregación de las Hijas de María, detrás de un estandarte desplegado, que representaba una hermosa Virgen inmaculada, bajo cuyo pié de nieve se enfiurecía la cabezota de un dragón. Clara y Clemencia estaban absortas mirando la serpiente infernal, que se agitaba en vano desplegando la pompa de sus escamas verdes y matizadas, y lanzando la punta venenosa de la cola. La madre casi se olvidaba de sus pensamientos tristes, viendo aquellas jóvenes virginales que proseguían decorosamente con hermosas hachas en la mano, con los ojos bajos, con sus velos blancos que caían sobre su frente, lindas por las gracias de la edad y por aquella elegante distinción, tan propia de las campesinas toscanas. Venían cantando con argentinas voces, perfectamente acompañadas, el *Ave maris Stela*, alternándolo con alabanzas en italiano de viva y dulce melodía.

Formando el último de los grupos femeninos, avanzaban las cofrades del Rosario, sobre toda ponderación numerosas, porque había el misionero admitido las que pertenecían á la congregación de los pueblos próximos, que acudieron atraídas por la solemnidad y por su propia devoción. De pronto grita Ciara:—¡Julia! ¡Julia! ¡También está miss Julia! Habíala descubierto con sus ojos penetrantes, á pesar de que aun distaba doscientos pasos, y mostrábala con el dedo á su madre y á su hermana. Realmente iba Julia de pareja con una excelente aldeana, sin ver cosa de lo que á su alrededor sucedía: De igual modo, tras ella, iba la condesa Giacinti, y, por fin, en el lugar más distinguido, á saber, en medio de la procesión, la joven marquesa Lauri, entre dos dignidades de la cofradía, una de las cuales era la mujer de Domingo, el guardabosque de la señora. Había sido elegida la marquesa por unanimidad priora de la Congregación, en la junta del año precedente, y había correspondido al honor, dando al tomar posesión del cargo, la bandera estrenada en aquel día.

Mistress Needle maravillábase mucho de que las damas se juntasen así con las



mujeres del pueblo, sin poder saborear todo el ideal cristiano, preocupada por el pensamiento de su John. Comparecían ya los congregantes con capa blanca, con sus capirotos de uniforme de varios colores, según las cofradías: otros con las capuchas en la cabeza y los ojos agujerados, que daban espanto á la inglesa, otros teniéndolas caídas detrás de sus espaldas, mostrando ciertos hermosos semblantes barbudos, huesosos y varoniles, cuyo boceto hubiera sacado con gran gusto un pintor de fama. La señora buscaba, naturalmente, al marqués Lauri, y no viéndole:—¡Quién sabe, decía, quizás también esté encapuchado! ¿Quién podría distinguir al marqués de su boyero?

En aquel momento entraba la imagen de la Virgen, que sobre andas conducían ocho jóvenes robustos, que se iban reemplazando desvelándose por llevarla perfectamente, como si fuera un vaso de agua. Parecía que la Virgen iba por el aire, sin dar un paso, como una visión. La pobre puritana sentía traspasado su corazón por la idolatría con que el pueblo arrodillábase al pasar la imagen, haciéndose la cruz como en actitud de recibir la bendición de la Virgen.—¡Pobre gente! pensaba, y no son ma

los; pero sus sacerdotes los echan á perder á fuerza de supersticiones.... ¡Y dice John que los papistas no adoran á la Virgen! Yo veo,.... Mirad, hijas mías, la Madre de Jesucristo es una noble y santa criatura; pero una criatura y nada más: estos visajes que hacen los católicos en torno de su imagen, son abominaciones....

El estruendo de un tambor y el ruido extraordinario de la música interrumpió el catecismo anglicano. Querían los excelentes aficionados honrar á los señores de la quinta y cubrir con el ruido de la sinfonía el rumor que surge naturalmente al tomar sitio en la explanada el pueblo y la procesión. Detrás de la máquina triunfal, y antes de los músicos, habíanse reunido los propietarios del país, que iban vestidos de etiqueta. El síndico estaba en medio, rodeándole y siguiéndole los consejeros del municipio, el secretario, el médico, el boticario y el maestro de la escuela. La señora no se fijó en ellos, latiendo como latía su corazón al inquirir si entre la ola magna del pueblo estaba su hijo. Creía que si en alguna parte se hallaba, debíalo descubrir en aquella multitud que seguía la música. Mas John había hecho cosa para ella peor. Habíase puesto bravamen-



te con los señores, desnuda la cabeza también, teniendo en una mano el sombrero sobre su pecho, y en la otra la luz encendida. Hallándose en la iglesia sin hacha, y viendo á los demás provistos, pidió una al quintero de la posesión que se juzgó muy honrado, haciéndole traer pronto la más doble y elegante que había en las cajas de la cofradía: habiéndolo reconocido el síndico por uno de los forasteros instalados en casa Giacinti, hábale ofrecido con sumo donaire puesto á su derecha.

El primero que le descubrió fué su hermana Clemencia:—Mamá, ¡John!

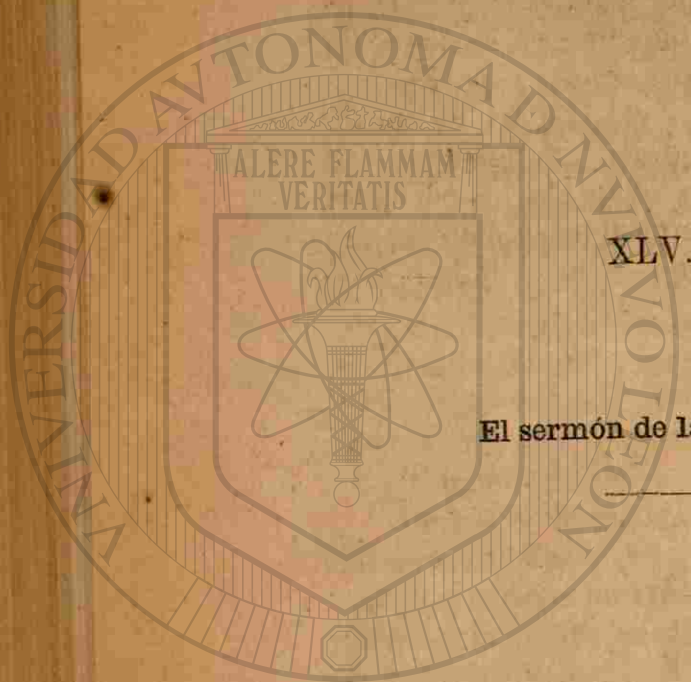
—¿Dónde? ¿dónde?

—Detrás de la misma imagen, y lo mostraba con el dedo.

—¡Me han hecho traición! ¡Ay de mí! exclamó la pobre *pietista*. ¡Nunca debí venir á estos sitios...! No debí dejar la brida sobre su cuello... ¡La culpa es mía!—Un pensamiento daba vueltas en su mente; bajar, correr donde John estaba; apagar su hacha, y llevarle á casa de la mano. Mas ¿de qué servía la locura?—El mal hecho no se deshace: aumenta el escándalo; seré la irrisión del país, y se ayergonzarían los que me han hospedado... ¡Y si por añadidura John resistiese...?

¡Es muy capaz!... ¡Qué humillación para mí!—Miraba entretanto á John fijamente: hubiera querido contundirle con la mirada, y tenía los ojos fijos en los suyos, esperando que los alzase para expresar con un vistazo su ira, y echarle así en cara su delito, confundiéndolo y castigándolo. Todo inútil: John no levantaba los párpados, siguiendo firme, impasible, de piedra y con semblante tranquilo, como si nada hiciese.





XLV.

El sermón de las perlas.

Entre tanto los ordenadores de las cofradías designaban los puestos á los cofrades y á las hermanas, colocando á cada una en torno de su propia cruz; apoyaban los estandartes al rededor del bosque, y ponían, en fin, sobre su trono la imagen de la Virgen. Cerca se levantaba el púlpito del predicador. Dando una vuelta John, habíase colocado detrás de la imá-

gen, que con su gran manto quitábale á la línea visual de la ventana, desde donde con el rabo del ojo perfectamente lo había divisado su madre. Cambió de lugar esta también, y desde otra ventana se le puso enfrente, á fin de poder distinguir todos sus movimientos durante la fiesta. Hasta hubiese querido contar las palpitaciones de su corazón, sondeando toda su caída. No le quitó nunca los ojos de encima.

Ya se restableció el silencio y el fraile se dejaba ver en su sitio. No intentaba renovar los sermones terminados en la iglesia, sino tejer el elogio de aquellos campesinos excelentes, dándoles las gracias por la cristiana y noble acogida que habían hecho á él y á la palabra de Dios. En fin, para dejar un recuerdo durable de la misión, propuso que se regalase un buen collar de perlas á la imagen de María. La ocasión se le presentaba propicia sobre todo encarecimiento, por cuanto en el país religioso hacía tiempo que las buenas campesinas deseaban tributar aquel homenaje á su Virgen querida.

Se susurraba mucho que se haría una colecta con tal fin; los más celosos consideraban una ignominia que mientras todas las casadas y casi todas las solteras se



adornaban con lindas joyas, sólo la Virgen estuviese sin ellas. Esta razón, evidente y perentoria, convencía teóricamente á todos; mas la dificultad estaba en sacar la consecuencia práctica. Pretendían los prudentes que debíanse aguardar tiempos mejores, agregando que con las contribuciones, y los recargos, y los impuestos de guerra, y los arbitrios municipales, y las cosechas escasas, y el grano subido hasta las estrellas, no había forma de hacer gastos poco urgentes. Corrían así las cosas con deplorable frialdad: habiéndose ventilado nuevamente la cuestión en un consejo de las Hijas de María, tomó la palabra un valiente, que tenía suelto el frenillo de la lengua, y adujo una porción de razones, según las cuales era insoportable absolutamente tener una Virgen en el país, que los mismos señores de Florencia calificaban de linda y devota, completamente sin adornos, y sin un collar de perlas.—Mi opinión es, concluyó diciendo la oradora, que se haga el collar, y pronto. Si me oís á mí, se hará sin gastos. . . .

—Esto es imposible. . . . ¡Qué ocurrencia! gritaron en coro las del consejo.

—Es posible, muy posible, replicó la celosa preopinante.

—¿Y cómo?

—Vedlo; trescientas tenemos collar; cada una de nosotras dé una perla ó dos á la Virgen y se hará un. . . .

Un grito de aprobación acogió este felicísimo expediente, comprendido al vuelo. —Doy gustosamente la mía.—Yo también. —Pronta estoy á ello incontinenti. Yo dos. —Será el más bello collar del país, como es justo.—Tendrá tres vueltas, cuatro, cinco.—Nuestra Virgen tendrá el collar más rico y hermoso de toda la Toscana. Ya no se dirá que nosotras llevamos collar y ella no. Hubiesen deseado en aquella misma sesión comenzar á poner en práctica el decreto, sacando de sus propios collares la bendita perla que debía brillar en el cuello de la Virgen. Sólo que cuanto parecía portentoso el recurso á las jóvenes, otro tanto dejaba que desear al párroco, que concurría, por supuesto, á las deliberaciones de aquellas pías habladoras. No acababa de persuadirse de que los padres aprobarían la liberalidad de sus hijas, y persistía en su opinión diciendo:—Opino que no se puede hacer nada. . . . En estas circunstancias no se debe sembrar el disgusto en las familias. . . .

Entre tanto, la fama, con sus cien bocas



y sus cien trompetas, llenaba el país y las parroquias vecinas de lo sucedido en el parlamento de las Hijas de María. Unos enzalaban á las jóvenes y otros al párroco: pero el partido del sí ganaba terreno cada día, defendido como lo era por las lenguas más elocuentes del país, y, conviene decirlo, por los corazones más amantes, más férvidos y más sinceramente devotos.

En fin, se decía que casi solo se quedaba el párroco en el partido del no, dudándose de su celo y de su devoción. El se mantenía en sus trece. Como era natural, durante la misión hervía más que nunca el ansia de adornar á la Virgen. Rogóse al padre misionero que patrocinase una causa tan santa en el púlpito, pero prevenido á tiempo por el cura, iba negándose y defendiéndose con las mismas razones del sacerdote de la parroquia. En el día precedente había llegado á su poder una larga Memoria, extendida por uno de los que conocían mejor el país, en la cual renovábanse las súplicas para que perorase á lo menos una vez en favor del collar; habíánle firmado el síndico, los prohombres del pueblo, y cuantos padres de familia sabían escribir ó hacer un garabato. Con esto las dificultades desaparecían derrepente. El

discreto predicador había dejado este asunto para la despedida final, como si quisiese dejar dulce con ese confite la boca del los del país.

Contó, pues, con todos los adornos retóricos el hecho, á saber, el ansia manifestada por las jóvenes de enriquecer la imagen de la Virgen con un collar de perlas excelentes colmándolas de las merecidas alabanzas; por último, en medio del silencio y de la suspensión ansiosa del auditorio, añadió:— Ya que tal es la voluntad del país, y todos con amor y de acuerdo quereis dar á nuestra celeste Madre común, esta prenda de piedad filial, declaro solemnemente que lo agradece y lo acepta desde el cielo, sobre todo, por cuanto se hace la oferta en un día que todos teneis el corazón puro y santificado por los divinos Sacramentos. Sólo falta poner manos á la obra. Ante todo se necesita una colectora de las perlas. Creo hacer una cosa grata escogiendo aquí mismo para el encargo nobilísimo de procuradora de la Virgen, á la señora condesa. A ella, pues, desde esta noche, se podrán llevar las perlas: una ó dos (no se recibirían más) cada esposa ó cada soltera: bien podeis creer que en las manos de la generosa depositaria, que tanto ha favorecido



la misión, serán bien custodiadas; si algún peligro hay, es que su número aumente.

Un contenido murmullo de aprobación universal siguió á estas palabras, continuando el misionero: Mas tened en cuenta, devotas donantes, que la lucida perla que, desprendida de vuestro collar, adornará la garganta y el cuello de la Reina de los ángeles, penderá cerca del corazón de la Madre como una prenda del corazón de sus hijas. Será como un escrito entregado á la Virgen, comprometiéndoos á conservar siempre vuestro corazón puro é inmaculado, para nunca desplacer ni al verdadero Dios, su Hijo, ni á la divina Madre. ¡Ay de vosotras si, yendo á la iglesia, os presentárais en el altar de la Virgen con el corazón manchado! La perla con su candor os echaría en rostro vuestra mancha, acusándoos del delito de traición contra la divina Madre, rechazando la Virgen en el cielo el dón del alma traidora, como acoge hoy el del alma fiel. ¿Cuál es la que no quiere cumplir su palabra? ¿Cuál la que quiere amargar el corazón de tan tierna Madre? Ninguna, por el contrario, todas estais decididas á mantener vuestras promesas . . . ; promesas de fidelidad constante, inviolable y eterna. La que no quiera

prometer cállese . . . La que prometa con sinceridad, levante la voz y grite conmigo: ¡Viva Jesús!

Un ¡Viva Jesús! gritado por cien y mil bocas resonó por el valle.

Muy bien, continuó el predicador. Habeis hecho á Jesús y á María la promesa de observar fielmente la ley de Dios; es un contrato que estipulásteis durante la misión, al que habeis puesto ahora la firma con esta invocación pública . . . Dios lo ha visto desde la bienaventuranza, y los ángeles del Señor son testigos. ¡Ay de la joven primera que osase rasgar el contrato! ¡Ay de aquella mujer que no hiciese honor á su firma . . . ! Mas comprendo que á mantener los pactos contraídos con Dios en la misión no deben estar dispuestas sólo las que regalen perlas. No, no, también los jóvenes, que son la flor del país, los padres de familia y los ancianos, en los cuales está el juicio y el deber del buen ejemplo.

Sí, sí; también estos, y más aun que los restantes. Invito, pues, á todos, para que ratifiquen los buenos propósitos con un fuerte grito que salga del profundo de su corazón: ¡Viva Jesús!

Un estallido de voces masculinas repitió la santa exclamación.



—¡Viva María!

Un trueno más grande, largamente renovado por toda la reunión, saludó el bello nombre de la Virgen.

El misionero no había dicho aun la última palabra. Añadió en breve: Ea, pues, hermanos; hasta los hombres han firmado el contrato de eterna fidelidad á la ley santa del Señor. Falta que dén una prenda, como lo han hecho sus esposas, sus hijas y sus hermanas. No son bastantes las palabras y se necesitan hechos. Las madres y sus hijas adornarán el pecho de María: los hombres pondrán la corona en su cabeza.

Me alejaría de este amado país con el corazón contento á medias, si sólo una mitad del pueblo hubiese ofrecido el tributo á María, negándosele la otra mitad. ¿Por ventura estos robustos muchachos no reconocen también á María? por Madre suya ¿Qué padres hay que no sean también hijos de María? ¿Quién no necesita de su protección? ¿Quién no la implora para su asistencia en el lecho de muerte? ¿Quién no ansía tenerla por abogada é intercesora en el tribunal de su divino Hijo?

Había comprendido el pueblo que se trataba de meter la mano en el bolsillo, pero confusamente sólo: la proposición, por

lo tanto, no se había recibido aún con favor. El misionero se puso á explicarla: “Me consta bien que no son tiempos los presentes para pedir á los pueblos grandes desembolsos: lo sé, lo sé, y os compadezco. Sin embargo, no hay que olvidar que todos los tiempos son buenos para el bien; digo poco sino digo que cuando los tiempos son tristes, más se necesita la protección del cielo. Por lo demás, yo conozco el país, y hablándoos como embajador de vuestra Madre celeste, no os pido una corona llena de brillantes, ni una corona de oro; no por cierto: una simple corona de plata, que demuestre á un tiempo la común pobreza y la devoción común. Por consecuencia, hermanos míos, no pido que hagais llover doblones, escudos, libras brillantes, ó monedas con pelucas: ni me atrevo á pedir antiguas monedas de plata (eran propias de los tiempos ominosos, y venida la libertad, se perdió hasta su cimiento.)

Acogió una gran risa este paréntesis.

Dad del poco que os queda; algún billete semirroto y grasiento (1); algunos sueldos ó algunos ochavos.... Con muchos

(1) En Italia corren billetes hasta de media lira, ó sea de dos reales. Apenas se ve una moneda de oro ni de plata.—Nota del traductor.



pocos se reúne mucho, ó á lo menos se reúne lo suficiente.

Estas explicaciones alegraron en extremo, leyéndose en la cara de los oyentes que aceptaban la propuesta. Sacaban ya los portamonedas y las bolsas, metiendo algunos otros su mano en los bolsillos del pecho. El padre golpeó el hierro mientras estaba caliente. "Ya que se puede haer el bien, no lo dejemos para mañana. Aquí, aquí mismo, póngase la corona en la cabeza de María, ofreciendo la suma precisa para su coronación. Así se terminará la misión, al mismo tiempo, más dulce y alegremente recibireis la última bendición merecida con una obra buena y durable, con un solemne homenaje á la Madre de aquel Dios, del cual descienden todas las bendiciones en vida y en muerte, en el tiempo y en la eternidad."

El misionero prosiguió explicando las significaciones místicas de la corona de María, y la necesidad de nunca ofender al Hijo, después de haber honrado á la Madre, poniendo decoroso fin al discurso, con otras cosas útiles al pueblo. Entre tanto, no habiendo bolsas suficientes para el objeto de recoger pronto lo que había de dar una multitud tan numerosa, el marqués

Lauri, que estaba con una veste cubierta, junto al prefecto de la Congregación, le sopló en el oído:—Recojamos nosotros los congregantes, y sólo de los hombres. . . . Llevaré yo la bandeja.—Dicho y hecho; entra en su casa con su pequeño Horacio, que hábale acompañado á la procesión, y sale con una gran bandeja de plata. El prefecto entonces le dijo:—¡Oh, señor marqués! ¿por qué no haceis vos la colecta?—El cristiano patricio no se lo hace repetir, y dice á su hijo:—Lleva tú la bandeja.—Y por comenzar dando ejemplo, echa detrás la capucha, extiende sobre el plato un billete de veinte liras del Banco de Toscana, y luego, acompañado siempre por su hijo y por otros encargados de recoger, comienza á dar la vuelta. Todos le daban, y los colectores de la Congregación, con el bolso de costumbre, se distribuían por los límites extremos de la multitud.

Miraba la protestante mistress Needle desde arriba este cuadro; oyendo el discurso idolátrico del misionero, y sin aprobarlo, no perdía de vista á su hijo John, que ciertamente de propósito no había levantado á ella los ojos una sola vez. En su virtud, á la mujer angustiada quedábale sólo el recurso de ir rumiando consigo las



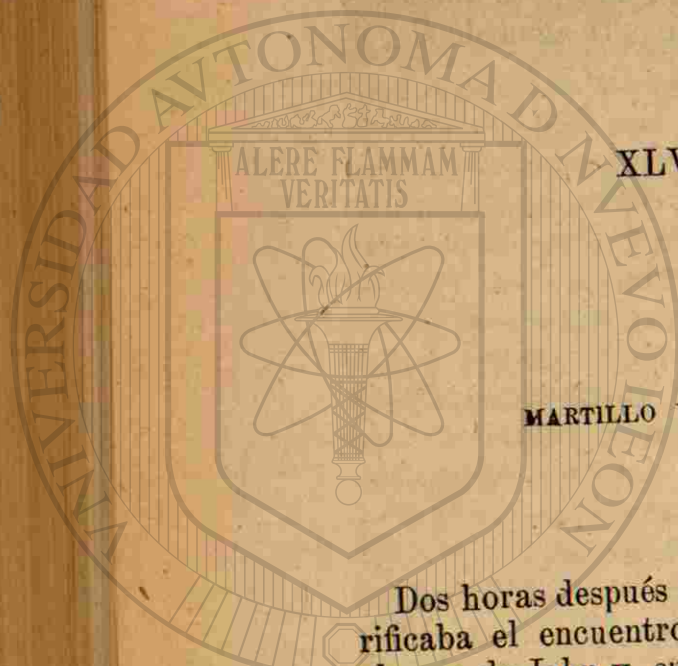
terribles palabras con que le recibiría cuando á casa volviese. En el ínterin, le reprochaba desde lejos y decía para sí:— ¡Descortés! ¡Mal criado! ¡Ni siquiera me ha dirigido una mirada.....! ¡Como si no supiera que aquí está su madre.....! Conoce que su conciencia se ha manchado, y no se atreve á sufrir las miradas mías.— Esperábala otra puñalada. Al llevar la bandeja por los alrededores el marqués Lauri, procuraba prudentemente no ir por donde seguía el joven. John, completamente por su gusto, sacó también otro billete y lo puso con los demás. El colector no lo pudo rechazar.

—¡Hasta esto era preciso! exclamó la madre ¡Y á mi vista!.....! Para John he concluido; no será ya nunca un buen protestante.....; ha prevaricado! ¡Ha roto con su Iglesia.....! ¡No lo maldeciré, no, nunca! ¡Libreme Dios! Más ¿cómo le puedo dar mi bendición?..... ¿Qué vida será la nuestra juntos? ¡Después de tal escándalo delante de mí y de sus hermanas.....! ¡Después de haberse apartado tan en público de nuestra fe!

Por tan crueles angustias atormentada, vió la fiesta concluirse, volverse la procesión y seguir su hijo el ejemplo de los de-

más, sin haberse dignado mirarla una sola vez. Acompañólo con un gesto amenazador, que decir quería:—Te aguardo al volver.





XLVI.

MARTILLO Y YUNQUE.

Dos horas después de la procesión se verificaba el encuentro, ó, mejor dicho, el choque de John y su madre. Si la mujer había largamente acumulado la ira del ataque, no menos largamente había el hijo dispuesto la constancia de la defensa. El joven entró de nuevo en su casa, y como si nada extraordinario hubiese sucedido retiróse á su cuarto, cogió un libro, y acercóse á una ventana; con el fin de aprovechar aquel poco tiempo antes de comer. La madre, que oyó algún ruido se fué á él y con la faz demudada y la voz tembloro-

sa por el enojo le dijo:—Vengo á saber si has apostatado de la fe de tu madre . . .

John, sin dejar apenas el libro, con una frialdad glacial, fijó los ojos en la faz de su madre, y dijo:—Os ruego, mamá mía, que dejeis por ahora la cuestión. Mañana tengo que ir á Florencia para ver al dentista; á mi retorno, á sangre fría, me pedireis explicaciones. Ahora no sabriais razonar: hasta os ha desfigurado la ira.

—Ira justa, respondió más exacerbada la mujer, que tú provocas cruelmente.

—Así será, tendré mis defectos; pero vos, irritada, no me comprenderías... No nos entenderíamos. Considerad que tengo veinte años... que hace veinte años os amo y respeto... no me pongais á prueba.

Dijo, y reanudó su lectura. Mistress Needle sintió el escollo en la firmeza con que su hijo pronunció las últimas palabras. A la ira sucedió el desaliento. Recogió todas las fuerzas de su espíritu para no dar en excesos irremediables, y sin añadir palabra, retiróse. Se arrepintió John de la semiamenaza que se le había escapado, no sin un dulce sentimiento de haber medido el poder de sus fuerzas. Propúsose, sin embargo, resistir en adelante con menos dureza:—Está en un error, se dijo, mas la



debo compeler á que lo reconozca á fuerza de razones.

La comida fué un mortuorio. Callaba la madre, y pareció el hijo fuera del mundo presente. Clara y Clemencia conocían que estaba el tiempo amenazador, no atreviéndose á desplegar los labios. Julia intentó con cautela decir algo indiferente. En vano: morían todas las frases al nacer. Breve fué también la conversación en la sala por haberse retrasado la comida. Las muchachas, que tenían cien y cien cosas que demandar sobre la procesión, dejaban para después las preguntas. Con todo, halló Julia coyuntura para soplar en el oído de John estas dos palabras:—Por el amor de Dios, no os disgustéis con vuestra madre; dejad que yo hable primero.

Mas no hubo forma de impedir el estallido. Oyendo John sonar la hora del rezo de costumbre, dejó el libro, buscando el *Evening Prayer*. Faltó poco para mistress Needle se lo arrebatase de la mano como si fuese un apóstata indigno, pero no tuvo valor para tan atroz demostración que se podía convertir en la mecha de una mina. Además había John acusado de cólera, jurando por ello en sus adentros desmentirlo con la tranquilidad de su resentimiento.

Sin embargo, después de las oraciones era imposible que se fuese á dormir sin obtener una explicación del acontecimiento del día, y sin atenuar el escándalo que diera John á sus hermanas. Volviéndose pues á su hijo con un esfuerzo de artificial dulzura:—John, dijo; antes de que me acueste (¡Dios sabe cómo dormiré esta noche!) debes sacarme la espina del corazón, ó rasgar completamente toda la llaga... Dime si hay entre mis hijos un renegado.

John, con no menos afectada tranquilidad, respondió:—No, no hay un renegado; no he depuesto un ápice de mi religión.

—¿Y te metes en las bataholas de los papistas que adoran á sus Vírgenes?

—No os irriteis por cosas de poco momento, madre mía. Debeis saber que los papistas adoran á la Virgen tanto como yo y como vos; es una cuestión de buena fe, por nosotros discutida y resuelta.

—¡Pero tú en la procesión! ¿No considerabas la herida mortal que me inferías y el escándalo de tus hermanas?

John:—Clara, Clemencia, ¿os habeis escandalizado?

La más pequeña calló haciéndola enmudecer el temor de amargar á su mamá; pero Clara, figurándose que así la dulcifi-



caría, respondió:—¿Qué escándalo?... Mamá, no os conturbeis.

John continuó su impasible respuesta:—Por lo que hace á la herida mortal, á vos toca, madre mía, sacaros el puñal del pecho de modo que no sintais el más leve rasguño: basta que razonemos un poco.

—¿Quieres, pues, que no destile sangre del corazón de una madre abandonada por su hijo?

—¿Que abandonó el Egipto? Acabo de orar con vuestro *Prayer-book*...

—¡Negando su fe!

—¡Dale! ¿Qué tiene que ver la fe con lo hecho? Sed razonable: ¿no se ven todos los días protestantes de una comunión asistir á las funciones religiosas de otra? ¿No lo suele hacer así nuestra graciosa reina, jefe de la iglesia anglicana? ¿No presenciásteis conmigo el servicio valdense? ¿No pusisteis en Florencia buen semblante al hormiguero aquel de iglesias é iglesiasitas prusianas, escocesas, americanas, inglesas, pinarolesas, florentinas, con fes de varios colores, como son varios sus nombres, y, lo peor es, sembradas en aquella población con el oro, en lugar del verbo de Dios?

—Pero son protestantes, añadió la madre.

—Mas vos, ¿cuántas fes teneis? Una. ¿La renunciasteis por haber asistido á la función de otra iglesia? No. Tampoco yo: solamente que vos, abrazando en vuestra tolerancia todas las iglesias de Florencia y del mundo, no sabéis tolerar también la papista: yo tengo la manga más ancha: la tolero igualmente, y la juzgo tan respetable como todas las iglesias protestantes menudísimas que hay en el mundo, inclusa la misma nuestra anglicana, sin creer que reniego de mi fe por intervenir en una función papista. Y así como no habeis escandalizado vos á vuestros hijos concurriendo á la iglesia de los valdenses, costeando biblias en Italia y templos *no conformistas*, no escandalizaré yo yendo á la procesión católica.

—Es una temeridad, una temeridad grande, poner en parangón las iglesias protestantes con la papistas, dijo la madre, haciéndose violencia para no irritarse, es peor que una temeridad; pero aun pasando por lo que dices, ¿era lícito también que hicieras aquellas cosas de payaso, tan odiadas por mí, escandalizando además á tus hermanas? ¿Tú con hacha en la mano!



seguía diciendo, más que nunca terriblemente tranquilo:—No me aconsejo de nadie al rogar por mí ó por otros; me basta la guía de mi conciencia.

—La cual, dijo su madre, te permite rasgar la profesión de fe anglicana, en la que fuiste bautizado.

—¿Qué fe? ¿Qué artículos? preguntó Jhon.

—El artículo vigésimo segundo, respondió la madre.—Cogiendo el *Prayer-book* lo abrió y se puso á leer: “la doctrina romana concerniente al purgatorio, á los perdones, á las indulgencias, á la adoración de las imágenes y de las reliquias, como también la invocación de los Santos, es cosa del todo vanamente inventada.” He aquí la fe que profesaste hasta el día de ayer, que hoy has renegado.

Contestó Jhon sin turbarse:—Dejádme lo leer.—Logrado el libro, continuó:—Vos no conocéis todos los artículos anglicanos; he aquí uno que olvidais: “Como han errado las iglesias de Jerusalén, de Alejandría y de Antioquía, así ha errado la iglesia de Roma.” Bien. añadió yo: así yerra la Alta iglesia británica. Además aprendí el artículo sexto, el cual me asegura que sólo la Biblia es regla de la verdad, así como que

no es de fe indispensable una verdad no contenida ó aprobada en aquella. Decidme vos misma: cuando en mi sentir uno de nuestros treinta y nueve artículos sea contrario á la Biblia, ¿cuál de las páginas deberé romper? ¿La de la profesión ratificada por la reina Isabel, ó la de la Biblia inspirada por el Espíritu Santo?

Mistress Needle no supo qué responder. Gozábase Julia, pero disimulaba. John proseguía:—¿En qué lugar prohíbe la Biblia recurrir á la Madre de Dios? En ninguno. Luego debemos respetar la conciencia de quien la invoca: vos la mía, como yo la vuestra. En el caso de hoy, además de la licitud de la cosa, brillaba lo artístico, lo hermoso y lo sublime. ¿No es un espectáculo que á todos enamora ver á las mujeres y niñas de un país al rededor de una Imagen de la Virgen, haciendo voto de conservar la pureza de su alma? ¿Y ver cómo todos, por el ímpetu de su devoción, se quitan del pecho una perla con el fin de adornar el pecho de la Madre de Dios en señal de su promesa?

—No, no á la Madre de Dios; á una imagen de madera: ®

—¡Falso! gritó John; ¡falso! Ninguna de aquellas jóvenes pensaba que hacía el dón



sino á la Madre de Dios . . . ; luego lo colocaba á la imagen no pudiéndolo poner en el original, como yo, encontrándome lejos de vos, besaría vuestro retrato. He descubierto una poesía elevada, que nosotros los anglicanos del Norte no podríamos siquiera imaginar; aquellas gentiles aldeanas, púdicas y modestas, á mi modo de ver, representaban un idilio tan tierno y oloroso, de fragancia celestial, que jamás idearon cosa semejante Teócrito ni Virgilio.

No cabía en sí propia la maravillada Julia al descubrir en el taciturno y tosco John tan exquisito sentido del ideal religioso, al mismo tiempo que defendía con lógica incontrastable su propia opinión. El joven, conociendo que casi era señor del campo, quería vencer del todo; abusando de su triunfo, añadió:—Quien no tiene corazón no percibe tales bellezas de arte cristiano; vos, madre mía, no podeis menos de haberlas traslucido y saboreado. Habeis faltado vos; yo no. Debisteis dejar á mis hermanas en medio de aquellas piadosas jóvenes campesinas. ¿No es verdad (dirigióse á Clara y á Clemencia) que gustosamente hubierais ofrecido una perla, y rogado á la Madre de Jesús para que os conservara siempre buenas y obedientes á nuestra mamá?

Clara, que hacía meses rogaba secretamente á la Virgen, viendo que tendría de su parte á John, y segura de Julia, osó responder:—Con gusto, si la mamá lo permitiese.—Clemencia imitó á su hermana.

Al ver que tan inesperadamente pasábase al enemigo sus amadas hijas, educadas con tanto celo y nutridas con tan pura doctrina anglicana, la pobre madre advirtió que estaba sola y era condenada por todos; sintióse mujer y débil. Prorrumpió en llanto, tapóse la cara con el pañuelo, y no sin grandes sollozos arrastró á la joven á su estancia.



da de su aflicción; esto es, la conciencia errónea. Compadeciendo primeramente mucho la cruel tortura, según lo requería el espíritu exulcerado de la Needle, y confesando que John había obrado mal defendiendo tan ásperamente sus propias ideas, comenzó á excusar sus intentos. No hay cosa tan fácil como excusar á un hijo con su madre. Y Julia tenía la miel en los labios, porque le sobraba corazón. Por añadidura la madre sentía como una ciega necesidad de condescender, de tranquilizarse, de no tener que decirse á sí propia que John y sus hijas habían roto con ella.

Julia, empero, excusadas las intenciones del joven, poco á poco, según lo sabía perfectamente hacer, se puso á disculpar asimismo el hecho de concurrir á la procesión, demostrando con suaves insinuaciones, que no había en ello ningún cambio sustancial de religión. Sirviéndose con destreza de cuanto había estudiado de los autores, explicó que antes de la reforma todos los ingleses habían invocado á la Virgen María, haciéndolo aun muchísimos anglicanos. — Mas, añadía ella, en vuestra misma liturgia del *Prayer-book*, la Madre de Dios es honrada con el nombre de “Virgen bendita,” existiendo varias fiestas consagradas

## XLVII.

## CONSULTA DE CONCIENCIA.

Durante el fiero combate que había presenciado, Julia no despegó los labios. A cada momento sentía la tentación de hablar con el intento de poner paz en los contendientes, y á cada momento conocía que la intervención era peligrosa. ¿Culparía á John? Se lo vedaba su conciencia. ¿Favorecería su causa? Prohibíasele la conmiseración del no fingido dolor de mistress Needle. Pronto tomó el oficio de pacificadora, cuando estuvo solamente con la intelicísima señora, cuyo corazón estaba desfrozado de angustia por la más horrible de las desventuras que podía temer. Se fijó, por tanto, en la causa primera y más hon-



en vuestro calendario con su nombre. ¿Cómo pues, suponeis que hay en el hecho de obsequiar á la Virgen una formal apostasía del protestantismo? Existe sólo una interpretación un poco lata; pero no tanto que desdiga de una religión que, como la vuestra, gloríase de tener por única guía y regla de fe la Biblia, interpretada según el libre examen.

—Mas ¿no te parece, preguntó la Needle; no te parece á tí, que conoces nuestras creencias, que la invocación á la Virgen bendita es incompatible con los treinta y nueve artículos?

Julia respondió con sinceridad igual á la confianza con que la interrogaba la fervorosa pietista:—Ciertamente, ateniéndonos al rigor de la letra, donde se prohíbe la invocación de los Santos, parece por igual razón prohibida la de la Virgen, pero muchos de vosotros, que pasan por fieles á la Alta iglesia, creen poder invocarla sin detrimento de su conciencia.—Entonces adujo la joven los motivos intrínsecos y luminosos en los cuales se apoya la invocación á los Santos y á la Virgen, haciendo tocar con la mano que ni la razón natural ni la revelación bíblica prohíben recomendarnos á María, y solicitar sus oficios cerca de su

Hijo, único mediador divino, sobre lo cual le recordó brevemente cuanto había dicho en otras ocasiones. Cuando notó que sus palabras habían abierto profunda brecha en la mente, destruyendo con el rayo de la evidencia de todo escrúpulo racional, dirigió sus baterías al corazón. Dijo que viese y considerase si era preferente tolerar á su hijo la inocente satisfacción, á vivir con él en guerra encendida siempre, y añadió:—Y si Clara y Clemencia tienen también tal piadosa inclinación, ¿á qué fin combatirla? ¿Se puede aguardar que la paz de la familia se restablezca, manteniendo perpetuamente la semilla de la discordia? Proponía, por lo tanto, que se callase sobre lo sucedido, dejando libre á John para que hiciese su gusto, mientras nada intentase deshonesto, como también que no se combatese la inocente afición de Clara y de Clemencia.—Si quereis dar un gran golpe, añadió Julia, y hacer que como por encanto desaparezcan todas las cuestiones, dad vos misma el ejemplo. Pues comprendéis claramente que el Salvador del mundo no puede menos que aprobar el honor tributado á su Madre, ofreced algo para el adorno de la imagen, y ofrecedlo juntamente con vuestras hijas. Tendreis tiempo antes del rega-



lo para explicar á las criaturas de lo que se trata, y precaverlas contra el peligro de la adoración, para lo cual podré también ayudaros, si os place. Estoy pronta yo á catequizarlas en vuestra presencia, de guisa que vos y ellas, y aun el Señor, deba juzgarse satisfecho. Así florecerá de nuevo la confianza recíproca entre vos y vuestros hijos, sin que hayan de hacer nada contra la conciencia.

Julia sostenía tales conclusiones más que audaces con tan franco candor y con tan persuasivo afecto que mistress Needle apenas advertía que le aconsejaba que se desdijese y retractase de lo dicho y hecho en aquel día. Sin embargo, un poco libre de la fascinación de Julia, que la tenía como encantada:—Tú, le dijo, con tu bella mórita, me llevas á declararme papista.

A lo cual repuso Julia con sencillez:— ¡Ojalá supiese y lograrse persuadiros, como quisiera incontinenti hacerlo! Indignísima fuera de la confianza que me demostrais, confiándome las secretas dudas y temores de vuestra conciencia, si no ansiase ardentemente infundir en vos aquella paz profundísima de que gozo en mi religión. Mas no por ello aconsejaré nunca que tomeis un partido repugnante á vuestro leal pare-

cer. Estais aun á mil millas de distancia del riesgo, como lo llamais, del papismo; desdichadamente, aun confesando una verdad incontrovertible, y haciendo cualquier acto de devoción á la Virgen bendita, seguireis siendo la íntegra y honesta protestante que siempre conocí en vos.

Oprimida y fascinada mistress Needle, estuvo buen rato meditando y combatiendo con sus propias ideas. Sentíase amada por Julia con sincerísimo amor, y creíala de tan pura conciencia, que no vacilaba en dejar que resolviese sus escrúpulos anglicanos.—Pronunció al fin estas palabras:— ¿Me aseguras tú que tales actos externos de los católicos no contienen adoración á la Madre de Dios?

—Si no se tratase de una cosa de conciencia me harías reír con semejante pregunta, respondió la joven. Yo, y todas las excelentes personas que han ido á la procesión, profesamos ódio mortal á la idolatría; creeríamos con vos y con todo anglicano digno, un ultraje gravísimo al Omnipotente adorar á la Virgen como si adorásemos á Júpiter ó á Buda. Invocamos á la Virgen como una criatura excelente y amada por su Creador....

—¿Pero tienes en la memoria el pasaje



de San Pablo, donde dice que *uno* es nuestro mediador?

—Lo tengo muy en la memoria. No me turba, porque nosotros buscamos en María una mediadora de gracia cerca del Mediador de naturaleza. Reconocemos que Cristo es el único Mediador, y lo reconocemos hasta en las oraciones del misal en honor de la Virgen, que acaban siempre invocando al Mediador divino: "Per Christum Dominum nostrum."

Mistress Needle no descubría en su pensamiento ya ninguna razón de duda. Por el contrario, la idea de conseguir la protección de una criatura privilegiada y altísima, que había mencionado siempre con reverencia en el *Prayer-book* con el adjetivo de *bendita*, comenzaba por la primera vez á lisonjear su corazón pío y puro. No obstante, ¡oh tiranía de las preocupaciones mamadas con la leche! se afanaba, tenía miedo y temblaba casi al resolverse: tomó la mano de su dulce amiga, que firme y serena la miraba, diciéndola al fijar en ella sus dos ojos suplicantes:—Asegúrame como amiga que invocando á la madre Dios y permitiendo que la invoquen mis hijos, no faltaré á la obligación de reconocer sólo un Mediador divino.

—Os lo aseguro sobre mi conciencia—  
Y Julia puso la mano en su pecho.

—Me consta que has estudiado profundamente la religión; tú eres sincera, y buena; no me vendes. . . . Mas mi corazón late; temo y confía: la mente me dice sí, y el corazón me dice no; me parece que doy un paso al borde del precipicio.

—Mande la razón y obedezca la voluntad, dijo Julia.

—Pues bien, yo exijo un juramento; júrame por el honor y el alma que no idolatro ni disminuyo la veneración á Dios debida. . . . Piénsalo primeramente delante de Dios, que ha de juzgarnos a entrambas.

—Esto, dijo Julia interrumpiéndola, á vos toca. ¿Teneis conciencia de querer adorar á la Virgen como una Diosa? No. ¿Teneis otro deseo sino empeñarla con el fin de que interceda con Dios? No. Luego estais cierta de no idolatrar y de no disminuir el honor á Dios; tan cierta como yo lo estoy. Con todo, ya que os conforta esto, juro (añadió con frases contadas y solemnes) delante de Dios, verdad suprema, juez y vengador de la mentira, saber con absoluta evidencia que vos y yo, rogando á la Madre de Dios que interceda cerca



del Criador por nosotros, solamente correspondemos á las intenciones divinas, haciendo una cosa muy agradable al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Así me haga partícipe Nuestro Señor de su paraíso como estoy segura de no engañaros.

Rindióse mistress Needle al oír estas palabras, dichas con un convencimiento que se infundía de irresistible modo en su espíritu vacilante,—Bien, bien, contestó; permito á mis hijos lo que Dios permite.

—No obstante, invocadla también; decid como el ángel Gabriel: “Ave, María, llena de gracia.”

Intentóla la Needle una vez y dos; la frase moría en el labio sofocada por un ciego terror; pero al fin prevaleció la razón, y dijo:—Ave, María, llena de gracia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## EL TURCO.

—  
ODA.

Del Bósforo vagaba en la ribera  
De noche un turco de su bien distante,  
Palido de mortal melancolía;  
Mal compuesto llevaba su turbante,  
Y con voz angustiada así decía:

Aquí en la playa de los tristes mares,  
Al resplandor de la callada luna,  
Renacen en el alma mil pesares  
Al recordar que la querida mía  
Ausentóse llorando de mi lado,  
Llorando inconsolable en su agonía.

Infeliz, agitado, sin consuelo,  
Yo mismo me desgarró la honda herida  
Que abrió en mi pecho el enojado cielo.



del Criador por nosotros, solamente correspondemos á las intenciones divinas, haciendo una cosa muy agradable al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Así me haga partícipe Nuestro Señor de su paraíso como estoy segura de no engañaros.

Rindióse mistress Needle al oír estas palabras, dichas con un convencimiento que se infundía de irresistible modo en su espíritu vacilante.—Bien, bien, contestó; permito á mis hijos lo que Dios permite.

—No obstante, invocadla también; decid como el ángel Gabriel: “Ave, María, llena de gracia.”

Intentóla la Needle una vez y dos; la frase moría en el labio sofocada por un ciego terror; pero al fin prevaleció la razón, y dijo:—Ave, María, llena de gracia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## EL TURCO.

—  
ODA.

Del Bósforo vagaba en la ribera  
De noche un turco de su bien distante,  
Palido de mortal melancolía;  
Mal compuesto llevaba su turbante,  
Y con voz angustiada así decía:

Aquí en la playa de los tristes mares,  
Al resplandor de la callada luna,  
Renacen en el alma mil pesares  
Al recordar que la querida mía  
Ausentóse llorando de mi lado,  
Llorando inconsolable en su agonía.

Infeliz, agitado, sin consuelo,  
Yo mismo me desgarró la honda herida  
Que abrió en mi pecho el enojado cielo.



De borrasca en borrasca arrebatado,  
 En medio de la angustia más tremenda,  
 De la vida fatal corrí la senda,  
 Sin encontrar en mi dolor terrible  
 Algún amigo á quien volver la cara,  
 Que por piedad mis ojos enjugara.  
 ¡Ay! ¡infeliz del que nació sensible!  
 Ora tal vez la hermosa en blando lloro  
 Mojará su blanquísima mejilla,  
 Y suelto al aire su cabello de oro,  
 Sobre la arena hincada la rodilla,  
 Acaso volverá sus ojos tiernos  
 Y entrambas manos á esta triste orilla.  
 O, qué se yo, si al resplandor divino  
 De esa luna tranquila y apacible,  
 Asida al brazo de un rival amado,  
 Palpitará su corazón sensible,  
 Como otras veces palpité á mi lado.

Desde la hora fatal de su partida  
 Devorado de bárbara tristeza,  
 Busco la soledad más escondida,  
 Visito á solas la musgosa fuente,  
 O recorro tal vez la playa ardiente  
 Que al lado frecuenté de mi querida.  
 ¡Con qué placer pasábamos las horas  
 Oyendo de las aguas el estruendo,  
 Y el triste grito del alción marino  
 Que revolaba sobre el mar tremendo!

Su blanca mano aquí coger solía  
 El nido de la acuática paloma,  
 O lazos á la tórtola tendía  
 Entre el junco flexible y amarillo.  
 ¡Cuánto aprecié sus inocentes juegos!  
 ¡Cuánto envidié su corazón sencillo!

¿Cómo se fueron tan hermosos días?  
 ¿Cómo en la playa me he quedado solo  
 Sin quien alivie las desgracias mías?  
 Mujer incomparable, ¿qué se hicieron  
 De aquella vida la quietud y encanto?  
 ¿Cómo de un golpe para siempre huyeron,  
 Y me dejaron soledad y llanto?  
 Miro marchita de una vez mi gloria  
 Como la flor que deshojó el arado:  
 Yo era feliz, mas sólo la memoria  
 Ora conservo de mi bien pasado.  
 Todo á tu lado era á mis ojos dulce:  
 Esa luna magnífica y radiosa,  
 Esos astros de luz, ese hondo cielo,  
 Ese ponto feroz que no reposa,  
 Esos grandes peñascos, ese suelo  
 Con sus aves, sus árboles y flores;  
 Todo me acompañaba en mi alegría;  
 Hoy todo me acompaña en mis dolores.  
 Tanto, sin tí, me agobian los pesares,  
 Que á veces en la noche me importuna  
 Ver levantarse la redonda luna



Alla detras de los hirvientes mares.  
 ¿Qué me interesa en el distante cielo  
 El centellante Orión y Cinosura.  
 Si tan lejos estoy de tu hermosura,  
 Único bien que sin cesar anhelo?  
 ¿Qué me importa sin tí la blanca nube  
 Volando incierta por el aire leve?  
 ¿Qué los grandes y verdes platanares  
 Que fresco el viento vagaroso mueve,  
 Si nos separan los inmensos mares?  
 ¿De qué me sirven los jacintos rojos,  
 El lirio azul y el loto de la fuente,  
 Si no los han de ver aquellos ojos,  
 Si no han de coronar aquella frente?  
 Ora tal vez en la riebra opuesta  
 Fijas la vista en esa luna triste,  
 Y sollozas al ver su luz funesta  
 Que allá nos alumbró cuando partiste.  
 Yo también la contemplo aquí á mis solas,  
 Y recuerdo tu llanto y tu agonía,  
 Y recuerdo que al golpe de las olas  
 Temblaba tu alma y á la par la mía.  
 Me acuerdo que tus ojos soberanos  
 Se clavaron dos veces en el suelo,  
 Dos veces se clavaron en el cielo,  
 Y alzaste juntas esas blancas manos.  
 Nunca jamás me olvidaré en mis días  
 De cuando hablamos por la vez postrera:  
 ¿Me olvidarás por otra? me decías:

¿No llorarás por mí cuando me muera?  
 En tanto se agitaba tu semblante;  
 Y cambiaba de formas y coloves,  
 Trémulo enmudeció tu labio bello,  
 Las lágrimas rodaron de tus bellos ojos,  
 Y en tu alba frente se erizó el cabello.

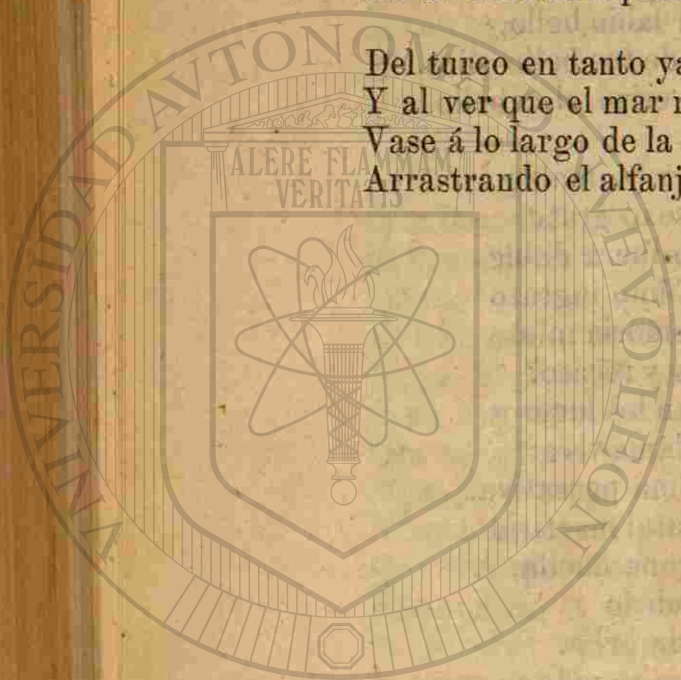
Inocente mujer, pura y amable,  
 La más amable de tu sexo grato,  
 ¿Cómo á mi corazón le fuera dable  
 Olvidarte por otra? ¿Cómo ingrato  
 Podré borrar de la memoria mía  
 Tanta ternura, gracias y recato?  
 Agitado me encuentran los luceros,  
 Y del ardiente sol la llama viva;  
 Siempre te busca el alma pensativa,  
 Y si descubro en mi fatal martirio  
 De tu pie delicado alguna huella,  
 Agitado de trémulo delirio  
 Mi llanto moja tu pisada bella.  
 Por piedad una lágrima te pido,  
 (Tengo hincada en el suelo una rodilla)  
 Una lágrima sola de ternura  
 En recompensa de mi fe sencilla;  
 Mientras que yo, sumido en mi tristeza,  
 Repaso á solas mi tremenda historia,  
 Y al repasarla traigo á la memoria  
 Tu dulce rostro y su fatal belleza.  
 Alzando á ratos mi semblante adusto



Pídole al cielo que dichosa seas,  
Pídole al cielo que otra vez me veas  
En la mansión espléndida del justo.

Del turco en tanto ya la voz desmaya;  
Y al ver que el mar no cuida de su pena,  
Vase á lo largo de la triste playa  
Arrastrando el alfanje por la arena.

MANUEL CARPIO.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





